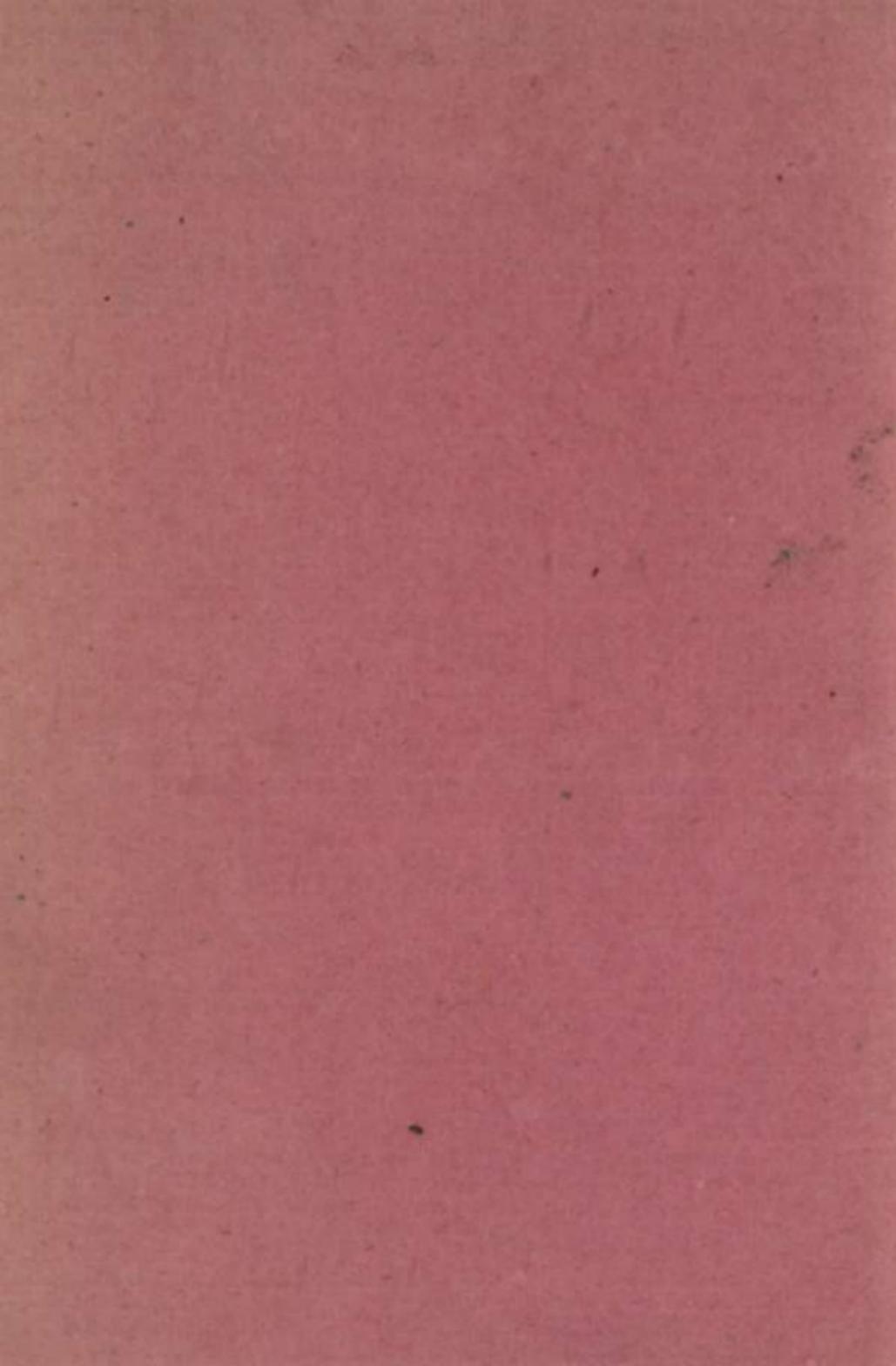






ANT
XIX
A30



MARTIN

EL ESPÓDITO.

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA.

MARTIN

Concluida la obra costará 6 rls. cada tomo.

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA

23 ans.

R-43.765



MARTIN

EL ESPÓBITO,

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA.



SEVILLA.

*Imprenta de Gomez, calle de
las Serpes n. 13, junto al café
del Turco.—Año 1846.*



MARTIN

DE LAS ISLAS

6

MANIFIESTO DE LA ALDIA DE CANARIAS



SEVILLA

Imprenta de Gomez, calle de
las Surtas n. 13, junto al café
del Torco.—Año 1816.



CAPÍTULO I.

La Doble Caza.

Aquella parte de la Sologne en que se unen de Norte á Sud los departamentos del Loiret, y Loer-et-Cher, y que forma lo que se llama la Hoya de la *Sauldre*, ofrece un aspecto singular. Bosques inmensos de pinos, cortados acá y allá por inmensas llanuras de brezos ó por terrenos hornagueros que inundan frecuentemente las avenidas de los rios y arroyos: anchas lagunas rodeadas de bosquecillos de lirios y juncos floridos, aguas pantanosas agitadas en su

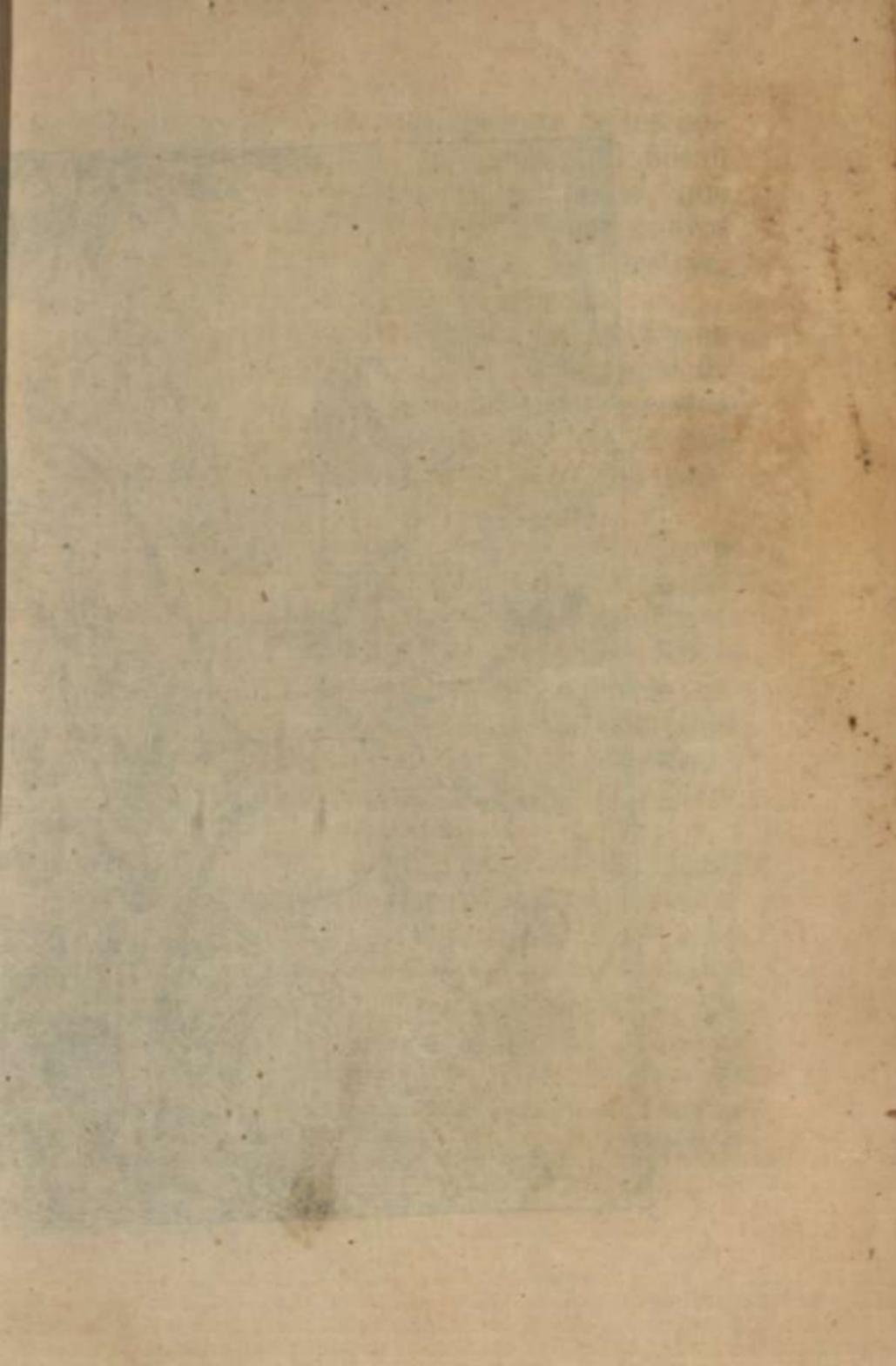
superficie por el vuelo circular de los chorlitos cercetas y arvelas, valles y praderas pobladas de sombrías encinas, interrumpen el aspecto de aquel solitario paisaje.

Nada es capaz de pintar la melancolia de aquel pais desierto, cuyos vastos horizontes marcan bosques siempre verdes de copudos pinos; de aquellas soledades profundas donde retumba de vez en cuando el ruido sonoro del hacha del leñador, y de donde sale, cuando arrecia el viento, un ruido sordo, prolongado, imponente, como el lejano rugido del mar: ruido que produce la agitación y choque de las ramas de los verdes árboles: magestuoso espectáculo es tambien ver ponerse lentamente el sol, detras de aquellas inmensas llanuras, unidas como un lago y cubiertas de arbustos rosados y doradas junquillas que la brisa de la tarde hace ondular suavemente.

Las aves de rapiña que se guarecen en los grandes y desiertos bosques, los pigargos, las águilas de Sologne, los milanos yalcones son tan comunes en aquellas soledades como los pájaros acuáticos.

Lo que en invierno, sobre todo, da á aquellos sitios un aspecto singular, es la eterna y sombría verdura de los pinos, mezclados con abetos y encinas en donde se ocultan los zorros, corzos y lobos, y alguna vez los ciervos y javalies de los bosques inmediatos.

Asi es que aquel pais es la tierra de promision



LAM. DE MARTIN T. I.



de los cazadores, y por consiguiente de los cosarios, porque la liebre, la perdiz y el faisán abundan: y el conejo prolifera de tal modo, que desde el rico propietario cuyos árboles nuevos roe, hasta el colono cuyos barbechos destruye, le miran como una plaga destructora.

Hacia el fin del mes de octubre de 1845 y en una hermosa mañana de otoño, dos grupos de aspecto diferente y que traían caminos opuestos marchaban el uno al encuentro del otro al través de una llanura cubierta de matorrales, limitada al Norte por un inmenso bosque.

Componiase de un montero á caballo y dos á pie, conduciendo acollarada una hermosa trailla como de treinta perros ingleses de la pura raza de los *Fox-Hounds*: su pelo anaranjado y blanco tenía al mismo tiempo algunas manchas negras: el montero á caballo marchaba al paso delante de la trailla que le seguía en el mayor orden, gracias al látigo de los de á pie que formaban la retaguardia.

Seria el montero como de sesenta años, tenía la tez tostada, los ojos negros y vivos, y el pelo cano: llevaba una gorra de caza de badana, una levita castaña con cuello azul claro, galoneado de plata lo mismo que los bolsillos, botas de montar y calzon de terciopelo oscuro. Los de á pie llevaban vestidos de caza con la misma librea; pero reemplazaban los botines de cuero negro y luciente á las botas, y tenían colgadas á la espalda las lucientes y sonoras trompas.

El grupo que avanzaba por la parte opuesta, o formaban cuatro gendarmes mandados por un sargento, hombre entrado en años y cuya fisonomía era una mezcla de simpleza y presunción. Con el tricornio colocado en facha sobre su puntiaguda frente, las cejas arqueadas, la nariz roma y remangada y patillas de media luna, con el pecho abultado por bajo de su uniforme azul, que atravesaba una cartuchera amarilla; la cintura ceñida con la correa del sable, las piernas derechas encerradas en enormes botas, y el puño en el muslo; *M. Beucadet*, sargento primero de la gendarmería departamental, avanzaba al paso echando de vez en cuando una imperiosa mirada á su escolta.

Esta era, por decirlo así, la fisonomía oficial de *M. Beucadet*; pero aunque gendarme, no por eso dejaba de ser *hombre, y hombre amable*, según él mismo se complacía en afirmar, porque apesar de su edad madura, no renunciaba á *agradar* y el ruido de sus amores, no menos célebre que la de sus sumarias se extendía desde *Saltris* á *Romorautin*: las funciones á la vez civiles y militares de *M. Beucadet* le obligaban á guardar cierto decoro, ocultaba su libertinage solapado revistiéndose de la traza de un alcalde de lugar hipócrita y lujurioso. En una palabra cubrid con el traje de *Comisario* comedia antigua el uniforme del soldado y tendreis el retrato completo de *M. Beucadet*, tipo precioso de la imbecilidad magistral y sa-

tisfecha de si mismo.

Los cazadores y los gendarmes que venian por distinto camino debian juntarse en una encrucijada abierta por el lado de la llanura y rodeada por el del bosque de espesos matorrales.

—Ah! ved á M. Beucadet, dijo con inquietud el montero de acaballo á los de á pié deteniéndose junto á una cruz puesta en la encrucijada. Es preciso saludar con politica á este buengendarme; porque, escuchadme bien, muchachos, al gendarme se le saluda siempre en razon á que los domingos hace la policia de las tabernas, y como no se atreve á beber, la sed de los demas le pone feroz.

M. Beucadet alcanzó pronto á los monteros detuvo su caballo junto al del anciano, y dirigiéndole la palabra dijo con voz hueca y tono de importancia.

—Y bien tio *Latrace*, estais pronto á seguir por montes y valles las fieras de estos bosques?

—Sois demasiado bueno, M. Beucadet, respondió el montero llevando la mano á la visera de su gorra, la fiera que vamos á cazar no es tan feroz como astuta:...es un canalla de zorro, espero que le pondremos el pié en el pezcuezo, en el momento que lleguen el señor Conde, su hijo y compañeros.

—¡Ah! ¿es este el lugar de vuestra cita de caza?

—Sí, M. Beaucadet. ya que teneis fama de adorador del bello sexo, encontrareis en la compañía que viene con el señor conde, casa fina y hermosa.

—Soy hombre y como tal no debo ignorar la ley...del amor, respondió M. Beaucadet contoneándose orgulloso de este equivoquillo periódico que se complacia en repetir á menudo. ¿Pero cuál es esa excelente caza de que hablais, tio Latrace?

—Unas vecinas de la casa de campo del señor conde, Mme. Wilson y su hija.

—Ah! sí, las americanas, la hermana y la hija de aquel hombre grueso que parece un barril....las recién llegadas al país...Dicen que son de lo bueno; lo veremos, dijo Beaucadet afirmándose el tricornio y dándole una inclinacion de cuarenta y cinco grados de cráneo-caída, preciso es que vaya á hacer visar mi certificado de ronda en casa de las americanas, para *probarlas* un rato con los ojos.

—Y abandonareis de ese modo á la *Bruyere*? dijo con aire socarron el montero.

—Qué *Bruyere*? preguntó desdeñosamente Beaucadet.

—*Bruyere*? la vendedora de pavos de la hacienda de *Grand-Genevrier*, una muchacha alta como mis botas, que tiene aire de loca, con los ojos espantados y una corona de hojas verdes en la cabeza, y que esos

imbéciles de soloñeses miran como una hechicera ó cosa semejante? Vamos pues, tío Latrace, me creéis capaz de componer parte de la piara de la pavera para que me vengaís con semejantes cuentos?

—Vamos pues, M. Reaucadet, continuó el anciano montero con una calma irónica: vos que lo entendeis y sois aficionado, Os hé oido varias veces decir que no hay en diez leguas á la redonda, muchacha mas linda que la Bruyére, á pesar de ser pequeña.

—Abusaba de vuestra anciana juventud, tío Latrace.

—Diantres! dicen por ahí que os han visto varias veces correr por los eriales, con las botas de montar y el caballo del diestro para ayudar á la Bruyére á reunir sus pavos.

—Yo!

—Sí, vos, M. Beaucadet; y aun añaden que cierto dia quisisteis retozar con ella contra su voluntad y que sus dos grandes gallos de indias que creen que ha hechizado, y que son tan bravos que la defenderian como un perro, os saltaron á la cara y os picotearon la nariz, aunque procurásteis defenderos con la vaina del sable, interin la Bruyére huia riendo á carcajadas.

M. Beaucadet frunció las cejas, levantó al aire su nariz roma, y prosiguió con una entonacion particular procurando sonreirse irónicamente.

—;De mejor en mejor! yo que represento

la fuerza de la ley en carne y hueso, me hubiera bajado hasta ponerme al nivel de los gallos de Indias para que me vencieran y me picotearan por haber querido jugar un rato con la bruja de la pavera! Yo!

—Basta de chanzas con la autoridad, viejo marrullero; hablemos de otra cosa. ¿Con que está de vuelta el señor conde? ¿Viene por mucho tiempo.

—En verdad, lo ignoro; el señor conde no peca de hablador; al contrario, hombre inflexible y duro, se contenta con decir á secas: hágase esto.

—¡El... el señor conde!... Lo creo, exclamó Beaucader con un sentimiento de admiración. Propietario modelo! tan insensible á las lamentaciones importunas, como lo sería una bala de cañon, escudado siempre con la ley, su derecho y su propiedad; pero de raza que muere y no ladra, y que mas de veinte veces ha tenido la amabilidad de enviarme á prender á varios de esos arrastra-muertos de soloñoses, por haber recogido leña seca en sus bosques. Hombre admirable, no por el valor de la leña, sino por la importancia de la accion... ¡Ah! yo te quiero, propietario insigne. añadió Beaucader como evocacion jaculatoria. Y cuando se le antoja, ¡qué cara! Hay procuradores del rey y comisarios de policia que pagarian á alto precio el placer de una fisonomia por el estilo para hacer temblar á los malhechores.

—Así es, amigo Latrace, que os vereis obligado á convenir en que al lado del conde, su hijo el vizconde tiene trazas de muger.

—Lo cierto es que el señor conde no es lo que se llama *tierno*; pero es justo; si no os perdona ninguna, tampoco os riñe sin razon. Con todo dicen que otras veces era demasiado bueno y que ninguno era mas llano.

—El señor conde llano? abusais de mi candor, tio Latrace.

—Sí, tan bueno y llano que era débil

—El señor conde débil! abusais de mi pudor.

—Pero que de repente, de cordero se convirtió en lobo.

—Le esquilaria muy al pelo.

—Puede: pero ello es que ama la caza con delirio, y esta cualidad reemplaza, para mí, á las demas, dijo Latrace sonriendo.

—Sin contar con que todo cazador es implacable para con los cosarios, polilla roedora, testigo ese tuno de *Hediondo* cuyo nombre le sienta á las mil maravillas: oh! yo sé que se dá la importancia mas grande, diciendo que se burla de mí siempre, pero tarde ó temprano, yo le atraparé por vida de Beaucadet.

—Y hareis bien, dijo el montero en cuyo rostro se dejó ver una ligera inquietud; el conde os lo agradecerá porque ama la caza con delirio.

—Lo creo, porque habiendo llegado antes de ayer, empieza ya á cazar hoy.

—Escuchadme M. Beucadet; pronto hará ocho meses que ni él ni su hijo han agarrado la escopeta; ni oído el sonido de una trompa de caza, pues que salieron de aquí por marzo al declararse la veda; y vos sois inexcusable en esto de veda, de modo que formariais una sumaria al mas encopetado si cazase despues del 12 de marzo.

—De lo cual me envanezco y glorio, respecto á ley, cuya imagen soy. El 12 de marzo acaba la temporada de caza, todos deben saberlo, porque *á ninguno es lícito ignorar la ley*, como dijo el legislador, un viejo *tuvo* añadió Beucadet por paréntesis, con sonrisa maligna, y como yo les repito diariamente á todos esos arrastra-muertos de solonenses, cuando vienen á decirme con tono conpungido «*Yo ignoraba que estuviere prohibido hacer eso.*» No puedo conocer la ley, porque ni sé leer, ni me le han leído.

—Ya se vé, dijo el montero, no sabiendo leer ni habiéndosela hecho saber, es difícil que guarden la ley.

Uno de los gendarmes de la escolta, veterano. de fisonomía severa y franca, adornada con la cicatriz de una cuchillada, con galones en la manga y la cruz en el pecho, se habia encogido de hombros muchas veces durante el diálogo de su gefe con el montero: hasta que al fin, usando de la libertad que le concedian sus dilatados servicios. dijo á su gefe:

—Con esa charla se pasa el tiempo y perdemos la ocasion.

—Silencio en las filas, dijo imperiosamente M. Beucadet, mirando por cima del hombro al interruptor.

—Inútil era entonces hacernos cargar carabinas y pistolas, murmuró enfadado el veterano.

—Una batida? ¿Armas cargadas? dijo sorprendido el montero, ah! ya caigo, andais á caza de algun prófugo, de algun cosario, del Hediondo quizás?

Y en el semblante del anciano se notó alguna inquietud.

—Un cosario? dijo con desprecio el sargento. Ah! ah! La res que yo persigo se parece á un cazador como un javali á un zorro, tras del que venis vos, tio Latrace; pero me doy prisa á empezar la fiesta y tengo motivos para ello.

Antes de proseguir recordaremos al lector, que la escena pasaba junto á un bosque de encinas seguido de un espesísimo pinar.

—Perseguis, pues, á algun malhechor, dijo el montero.

Pero Beucadet asaltado por una idea repentina, le dijo.

—¿Hacia qué parte del bosque vais á dirigir la batida?

—El zorro se ha ocultado en el segundo recinto del pinar.

El sargento continuó.

—¿No hay allí muchos pedregales y una sel-

va inaccesible?

—Si, respondió, M. Beaucadet, vivienda pintiparada, para los javalies, un soto tan espeso que mis perros han de trabajar para penetrar en él.

El sargento reflexionó un momento, y dijo:

—El que yo persigo debe hallarse allí dentro. Esta mañana un leñador vió internarse en el soto á un hombre cubierto de Andrajos. cuyas señas son idénticas á las del que yo persigo; y como no se atreverá á salir del bosque interior sea de dia, tengo seguridad de echarle el guante como vos la teneis de dar con vuestro zorro.

—¿Y por qué no empezais?

—Espero á uno que debe venir á anunciarme el principio de la batida, y él sospechoso se hallará entonces rodeado por todas partes, refugiándose hácia esta que custodiaré yo con mis hombres.

—¿Y desde cuando anda por aqui ese tuno?

—Ha mucho que habeis estado en Salbreis?

—Dos dias.

—Entonces no habeis visto sus señas fijadas en la puerta alcaldia.

—No.

—Pues voy á leéros la por si le encontrais, y así podreis detenerle con ayuda de los muchachos. Escuchad todos con atencion, dijo M. Beaucadet.

Sacó un papel y leyó lo que sigue:

Señas del llamado Bamboche.

—¡Jesus que nombre! dijo Latrace.

—No se le conoce otro y la justicia tiene á la fuerza que usar de este, y prosiguió.

«Se ignora su nombre verdadero y antecedentes; logró escaparse de la cárcel de Bourges en la noche del 12 al 13 de octubre: estaba encausado por dos asesinatos, hay indicios para creer ha hallado un asilo en los bosques de Romorantin, donde le faltó poco para ser cogido, internóse en los bosques y llanuras desiertas que hay de Veirzon á Salbreis y la Ferté San Aubin.

«Sus fuerzas son hercúleas y es extraordinariamente atrevido: representa 32 años: tiene 5 pies, 7 pulgadas y dos líneas; el pelo cano á pesar de su juventud, ceja y barba castañas, frente ancha, despejada y calva: ojos melados y redondos, nariz aguileña, boca regular, cara larga, mejillas salientes, color moreno.

«*Señas particulares:* tiene sobre la tetilla izquierda una señal azul y encarnada (como las que se pintan los indios y los presidarios), representando dos corazones atravesados por una flecha y coronados por una calavera, debajo de ellos dos puñales en cruz atados con una cinta negra, en la cual en letras rojas se leen estas palabras.

BASQUINE MIENTRAS VIVA:
SU AMOR, Ó LA MUERTE.

15 de febrero de 1826.»

—Basquine ¡vaya otro nombre extraño! dijo

el picador.

—Nombre digno de ser escrito sobre el pecho de un malhechor llamado *Bamboche*, repuso el gendarme. Basquine! no he oido otro nombre por el estilo.

—Pues por mi vida, dijo el montero, que si en 1826 juro amor eterno á la señorita Basquine, ese señor Bamboche se enamoró con harta anticipacion, pues teniendo ahora treinta años juró amor mientras vivise, á la edad de diez ó doce.

—Precoz en amores fué el tunante: bien que suele decirse que los precoces en amor salen malas piezas, objetó sentenciosamente M. Beaucaudet: y continuó la enumeracion de las señas particulares del fugitivo.

Sobre la tetilla derecha, otra marca, tambien encarnada y negra, representa dos manos estrechamente enlazadas, y debajo estas palabras.

AMISTAD FRATERNAL DE POR VIDA

A MARTIN.

10 de diciembre de 1825.»

—Cuerpo de tal, el Bamboche aun ha sido precoz en amistad que en amor, dijo Latrace.

—Será otro bandolero de su calaña, que se criaria con él en casa de algun ladronazo viejo:

educados para el crimen, por Dios que no han desperdiciado el tiempo, añadió el sargento; y tornó á la lectura de las señas.

«Debajo de estas palabras se ve un signo singular comparable á una marca de panadero; y sobre él formando una línea doble azulada, hay hechos cinco pequeños surcos trasversales é irregulares que llenan como la cuarta parte de longitud del signo.

«Poco mas abajo de la quinta costilla, á la derecha del pecho, tiene él una cicatriz procedente de herida de arma de fuego, y otras dos cicatrices muy profundas en el brazo derecho, resultantes de heridas hechas con instrumento cortante.

«La última vez que se le vió al prófugo en el bosque de Romorautin llevaba una blusa azul muy rota, un pantalon garance viejo, del color de los que usan los soldados de infanteria; un pié desnudo y el otro envuelto en trapos: con una mano sujetaba un lio cubierto con un pañuelo de cuadros, y con la otra se apoyaba en un enorme garrote de nudos.

Leído el papel de filiacion, guardólo Beaucaudet en las pistoleras, y dijo al picador que se habia quedado pensativo:

—Me parece que no es difícil conocer á mi hombre y que no se equivocará vuestra caza con la mia, tio Latrace: mas qué diablos estais cavilando?

—Pensaba, dijo lentamente el montero,

que es una casualidad muy singular.

—Cuál?

—Que el bandido á quien perseguís se pintára en el pecho:—*Amistad fraternal á MARTIN.*

—Y en eso qué hallais de estraño?

—Toma! que el nuevo ayuda de cámara que ha traído el señor conde se llama.... Martin.

—Diantre! exclamó M. Beaucadet, empujándose sobre los estribos.

Despues de un instante de silencio y de sorpresa, dijo el gendarme, dirigiéndose al picador.

—Conque se llama Martin el nuevo ayuda de cámara del señor conde Duriveau?

—Sí.

—Y desde cuando está sirviendo al señor conde.

—Creo que haga muy poco tiempo.

—Le habeis visto?

—Anoche, porque él fué á darme órdenes.

—Qué señas tiene? Alto? bajo? gordo? flaco?

—Es un buen mozo.

—Edad?

—Ya próximo á los treinta .

—Qué ojos tiene? qué nariz? qué frente qué boca? vamos preguntó el sargento aceleradamente.

—No puedo complaceros Mr. Beaucadet, porque no le miré bastante para especificar todas esas señas. Era ya de noche cuando vino á la perrera y solo le ví á la luz de la linterna.

—Decis que hace poco tiempo que servís al señor conde?

—Sin duda; porque esta mañana cuando fui por el caballo, le dije al gefe de la cuadra:

Conque tiene el señor conde nuevo ayuda de cámara, flamante me contestó el de la cuadra.

—Oh! puedo prestar un servicio insigne á la justicia, dijo Mr. Beaucadet pensativo; nada se sabe de la vida pasada del prófugo, pues de grado ó por fuerza, yo haré hablar á ese Martin cuyo nombre lleva escrito el prófugo en su condenado pecho y..

—Poco á poco, Mr. Beaucadet, dijo el picador interrumpiendo al sargento; acordaos de aquel famoso refran: *Mas de un burro va á la feria que se llama Martin*, por ejemplo: pues lo que se dice de los burros. ¿Porque no ha de poder decirse de los ayudas de cámaras? Ademas....

—Qué.

—No echeis en olvido que el señor conde, tan severo, tan exigente con sus subalternos, jamas admite á nadie en su casa sin haber tomado los mas minuciosos informes.

—Y eso qué?

—Es posible que un hombre de bien, como no puede menos de ser el señor Martin, sirviendo á nuestro amo, haya tenido relaciones con el malhechor á quien buscais?

—Ya empezó la batida, exclamó Mr. Beaucaudet interrumpiendo al picador. Ahí viene Ramageau.

—Algun sabueso? preguntó Latrace.

—Si, un sabueso de botas y tricornio, contestó Beaucaudet mostrando á lo lejos un gendarme que se venia corriendo.

—Buena caza, M. Beaucaudet! dijo el montero.

—Cuento con vos, pues entre cazadores debe ser mútua la ayuda. Si dais con el hombre, duro en él.

—Por supuesto, M. Beaucaudet, si mi zorro os sale al paso, toda vez que os quedais á este lindero, espantadle á gritos hácia la llanura.

—Descuidad, se me figura que he de tener buena caza, y puede que dobie; pues acaso pellizque al paso á ese picaro de Hediondo que hasta ahora se me ha escapado.

Al oír esta nueva amenaza contra el cazador, no pudo el picador disimular la inquietud, de que no se apercibió el sargento, esperando á que llegara el gendarme.

El picador prosiguió despues de una breve pausa:

—En una cacería no debe atenderse mas

que á una cosa, sopena de perder el tiempo: contentaos hoy con cazar al lobo, y mañana perseguireis al gato montés.

—Bah! señor Latrace, es mucho que siendo antiguo en el oficio olvideis que en una batida se tira á cuanto pasa, ya sea ciervo ó conejo. Que se me aparezca el Hediondo y yo le diré lo que viene al caso. No ignoro que el muy tunante está apoyado por la gente del país, que esos gandules de solloñeses le ayudan á ocultarse y no le delatan nunca, porque dicen que posee secretos para curar sus calenturas! Mas ya ha rodado bastante y es tiempo de enjaularle.

En aquel instante un chillido de ave, chillido agudo, sonoro, prolongado, partió del espeso soto que habia inmediato.

Estremeciése el montero poniéndose mas encarnado que un tomate, y el sargento, sorprendido por ruido tan inesperado, dió un bote sobre la silla y alzó con curiosidad los ojos hácia las verdes y espesas copas de los pinos.

Este movimiento no le permitió observar la sensacion del picador, asi como tampoco cierto roce del follaje por el lado mas espeso.

Qué raro grito de ave! dijo M. Beaucadet.

—No conoceis el chillido del águila de Salogne? dijo Latrace tranquilamente; vedla allá abajo como se encamina á su guarida, rasando con las copas de las encinas. Vaya un

aleteo!

—¿Por dónde vá? no la veo.

—Allá abajo, á la izquierda, por encima de aquel pino torcido.... otra vez se levanta, miradla.

—No distingo, porque no tengo como vos ojos de cazador. Si fuera el Hediondo ó el prófugo, á cien varas le atisbaría. Ya se acerca Ramageau, y tendremos noticias de la batida.

Con efecto, llegó el gendarme á galope con el caballo cubierto de espuma.

—¿Qué hay, Ramageau? preguntó el sargento.

—Sr. Beaucadet, se ha dado principio á la batida. Los aldeanos requisados para ojear el monte, tienen rodeado el Espinar por todas partes y vienen hácia este lado.

—Gendarmes! exclamó M. Beaucadet en tono de general en jefe que arenga á sus tropas al tiempo de entrar en accion.—Gendarmes! El combate nos espera, cuento con vosotros monten pistolas, sable en mano, arr!

Hizo Mr. Beaucadet, pavoneándose, una señal protectora con la mano al picador, y se alejó á la cabeza de sus cinco hombres, apostándolos de centinela sobre el lindero del bosque

Durante estas operaciones estratégicas de Mr. Beaucadet, viose aparecer á lo lejos un carruaje descubierto con dos señoras acom-

pañadas de varios caballeros, vestidos de casacas encarnadas, y seguido por criados que llevaban del diestro caballos enjaezados.

—Muchachos, dijo el picador á sus compañeros, reunid la trilla, que no se aparten los perros: el señor conde se acerca.

Dicho esto, apeose Latrace del caballo para salir á recibir con el debido respeto á su señor el conde Duriveau.

CAPÍTULO II.

El Solo.

La caza habia empezado hacia mucho tiempo; el sol, pronto á ponerse, dejaba aun escapar sus cálidos rayos; las copas de las encinas y los troncos de los pinos, parecian delineados sobre un fondo rojo; en medio de espesos matorrales; impenetrables por la espesiva vejétation de las retamas, inhiestas, zarzas y helechos, en fin en lo mas oculto del

bosque donde se daba la batida, había un pequeño espacio como una plazuela, salpicada acá y allá con pedazos de rocas grises y musgosas. ocultas casi enteramente por una espesa capa de yedras, caracoles de enredadera y madre-selvas.

Al silencio profundo de aquella soledad le interrumpía á raros intervalos, el sordo murmullo de las ramas de los pinos agitadas por las brisas ó el lejano sonido de las trompetas de caza.

Oyóse un crujido repentinamente en el suelo que rodeaba la plazuela, las ramas de las encinas ondulan, se abren, y sale de la espesura un hombre medio encorvado y casi arrastrando.

Este hombre, cuyas señas conoce ya el lector, es Bamboche, el preso escapado de las cárceles de Bourges, acusado de dos asesinatos. La vieja blusa azul, su único vestido, desgarrada por los espinos, dejaba ver por diversas partes su pecho velludo y sus brazos de atleta; su pantalon, otras veces, de paño encarnado, lleno de lodo y roto, estaba enteramente destrozado hasta las rodillas, sangrientos arañes cubren sus pies y manos; está jadeando y el sudor inunda su rostro.

Detiénese un momento aplicando el oído al menor rumor y se apoya contra un árbol para cobrar aliento: arranca un puñado de hojas, llévalas de repente á sus enardecidos la-

bios y las masca para apagar su sed devoradora. Los ojos de aquel hombre brillan con un aspecto selvático; sus cabellos entrecanos erizados sobre su calva frente, formando un contraste con su barba castaña y la juventud de su fisonomía. Palidecido por la necesidad y la angustia, su rostro espresa el dolor y el espanto.

De repente una voz que sale, por decirlo así, de debajo de sus pies grita:

—Bamboche!

Al oír á aquel hombre salta de sorpresa mira á su alrededor con miedo, incierto si huir ó quedarse: en seguida bajándose rápidamente, agarra dos grandes piedras, que en sus manos pueden ser un arma terrible.

Todo había vuelto á quedar en el silencio mas profundo.

Bamboche miraba á su alrededor cada vez con mas ansiedad; cuando de repente y como si saliese de debajo de tierra se le presenta un hombre á tres pasos de distancia, vestido de un modo extraño.

Aquel personaje, de talla mediana llevaba una anguarina ancha y pantalones de piel de lobo, con el cuero de un corzo se había improvisado una gorra adornada con una franja de Tejon, sus facciones alteradas y tostadas por la intemperie de las estaciones se ocultaban casi enteramente con su barba espesa y erizada; sus ojos pardos, móviles y pene-

trantes, parecían iluminados interiormente por una pupila dilatada y fosfórica, como si la costumbre de dormir durante el día y vagar de noche, le hubiese hecho nictalopé como lo son casi todas las fieras: sin embargo la figura de aquel hombre no ofrecía un tipo bestial y repugnante. En su inteligente y atrevido rostro, contraído muchas veces por una amarga sonrisa irónica, se veía ese sello de grandeza inexplicable que imprime siempre en la frente del proscrito, la costumbre de vivir en el peligro, la soledad y la rebelión. Sin duda que ya el lector habrá reconocido al cosario llamado por apodo el Hediondo y que oculto en la espesura de la encrucijada de la cruz había asistido invisible á la conferencia del montero y M. Beaucadet.

Hasta el momento de su inesperada aparición á Bamboche, el cosario se había mantenido oculto, en lo que en términos de montería se llama un puesto, especie de agujero de cinco ó seis pies de profundidad, cubierto con ramaje y retamas por entre las cuales el cazador, que permanecía horas enteras inmóvil, acechando su presa, puede verla y tirarla á boca de jarro.

A vista del Hediondo, Bamboche á pesar de su audacia dió un paso atrás lleno de estupor cayéronsele de las manos las piedras que había tomado para defenderse, bien sea porque á la vista de una escopeta de dos caño-

nes que el cazador tenia montada, comprendió el prófugo la desigualdad de la lucha, bien en fin porque un presentimiento interior le dijese que debia existir una afinidad simpática, entre su condicion de prófugo y la vida aventurera del hombre del bosque á quien encontraba.

Con todo retirándose aun continuó echando al cosario una mirada de inquietud feroz.

—Tú te llamas Bamboche, te has escapado de las cárceles de Bourges, perseguido como una fiera no podrias escapar, vengo en tu ayuda...en nombre de *Martin*.

Al oír el nombre de Martin la feroz fisonomía de Bamboche se trasfiguró; una tierna emocion dilató sus facciones, hasta entonces duras y contraídas: una lágrima veló el resplandor salvaje de su mirada; con las manos juntas, los labios entreabiertos el corazón palpitante y el pecho agitado, solo pudo pronunciar con voz ahogada por el enternecimiento.

—Martin!

—Sí, Martin.... BASQUINE.... LA LEORASTE....le....

Bamboche interrumpió al cosario, como si los nombres raros que habia pronunciado hubiesen probado suficientemente la identidad de Martin, y exclamó enagenado.

—Es él, sí, es él.

El fugitivo olvidaba enteramente la perse-

cucion de que habia sido objeto y de la que escapára como por milagro, pudiendo volver á ser su victima en pocos momentos.

Ninguna de las impresiones de Bamboche escapa á la vista penetrante del Hediondo: de pronto formando con la mano una especie de concha la acercó á su oido, y aun cuando continuaba reinando el mas profundo silencio en aquella soledad, dijo en voz baja, despues de haber escuchado aun un momento.

—Se acercan, eres perdido.

—Conoceis á Martin...ha vuelta del extranjero, dijo el prófugo, olvidando el peligro.

Aquella obnegacion de si mismo en un momento tan crítico, conmovió al cosario, que le dijo:

—Martin está aquí....te debe mucho, lo sé; y en su nombre te salvaré, inocente ó culpable.

El prófugo se estremeció.

—Mas por la amistad fraternal que profesas á Martin prométeme que si él lo manda te presentarás tú mismo á la justicia.

—Qué Martin me diga....entregate...y me entregaré.

—Puedo creerte...lo sé...sigueme, ya estás en salvo.

Internándose entonces unos cuantos pasos en la espesura á la izquierda del puesto en que se habia ocultado, el cosario descubrió

con trabajo la estrecha entrada de una especie de caverna. La trampa que la cerraba se componia de espesas ramas de pino, cubiertas de piedras musgosas y tierra, en donde á fuerza de tiempo los espinos habian crecido.

El prófugo iba á ocultarse en el inesperado refugio, cuando el cosario le dijo con acento tristemente solemne.

—Respeto y compasion, por lo que veas si no serás un sacrilegio indigno de compasion.

Y al echar el fugitivo sobre el cosario una mirada sorprendida é inquieta, el ruido de las trompas que hasta entonces se habia oido confusamente, se acercó mucho mas. El Hediondo empujando fuertemente á Bombache por la espalda, le dijo en voz baja, despues de haber escuchado de nuevo con atencion.

—Oigo el galope de los caballos... Pronto... pronto... ocúltate

En seguida, asaltado por una idea repentina, interin que Bombache entraba por la abertura, saltó fuera de la espesura y acostándose boca abajo puso el oido contra la tierra, percibiendo asi mas claramente los rumores lejanos.

Levantóse á poco rato esclamando.

—Maldicion, el zorro trae la caza hácia este sitio.

Alarmado doblemente corrió el cosario á cerrar la entrada de su escondite; pero al mismo tiempo salió el prófugo lívido, desencajado y diciendo con trémula voz:

—Mas quiero ser cogido muerto, que permanecer en ese subterráneo! Ah! lo que he visto!.... si supiérais que fatalidad encierra ese nombre de Bruyére. Oh! yo voy á volverme loco.

De repente se aproximaron los ladridos de la jauría, distante hasta entonces, retumbando á poco con formidable estruendo en medio de aquellas selvas silenciosas y sonoras. Al mismo tiempo, una ráfaga de brisa les llevó un eco confuso de gritos y de voces que avanzaban por varias partes á la par. Estos gritos eran los de los que perseguían al prófugo.

Habían ocurrido estos dos incidentes en menos tiempo del que se necesita, para escribirlos, y á la sazón que Bamboche, saltando de la cueva del cazador, exclamaba poseído de terror:

«Mas quiero ser cogido... muerto, que permanecer en ese subterráneo!... Ah! lo que he visto!... si supiérais que fatalidad encierra ese nombre de Bruyére. Oh! yo voy á volverme loco.

—Eres muerto! exclamó el cazador con acento terrible, alzando la escopeta: te mato, si te encuentran aquí sin que yo haya podido cerrar este albergue.

Aun no había acabado de formular su ame-

naza el cazador, y yá el ramaje sonó como agiado por algun objeto que cruzaba con violencia. Estremecióse el prófugo, y ora obedeciese al desesperado mandato del cazador, ora que instinto de conservacion prevaleciera sobre su terror, ello es que se precipitó dentro del subterráneo.

—El Hediondo volvió á colocar la pesada trampa, borró la huellas de los pasos de Bamboche, y apenas tuvo el tiempo preciso para ocultarse en el puesto.

CAPÍTULO III.

La pista perdida.

 CABABA de desaparecer el cazador: al chasquido de las ojas siguió el ruido causado por un ligero galope, y un enorme zorro de piel tostada con las orejas y las patas negras, entró en el raso precipitadamente: venia chorreando agua, pues acababa de atravesar una laguna para desorientar á los perros; ardid que tuvo buen resultado, pues la jauria, que se acercaba un mo-

mento; volvió á alejarse, segun indicaban los ladridos, mas distantes cada vez.

Jadeaba el zorro sofocado: colgábale de las abiertas fauces la lengua roja y seca: le chispeaban los verdosos ojos, en tanto que las orejas caidas, el rabo entre las piernas y los hijares agitados denotaban la rapidéz de la carrera y el abatimiento de sus fuerzas: descansó un instante, buscó el viento revolviendo á uno y otro lado el negro hocico, y así estuvo algunos minutos escuchando por la parte de poniente con tanta atencion como ansiedad.— Mas nada percibió:

Como el puesto del cazador distaba pocos pasos ademas de estar situado en hondo, no olfateaba el zorro la vecindad, y habiendo cesado completamente los ladridos de los perros que perdieran el rastro, aprovechó el pobre animal perseguido, aquellos pocos minutos para recobrar fuerzas; dejóse caer con las patas estiradas, recostada en el suelo la cabeza y entreabierta la boca: hubiera podido parecer muerto, á no ser por el movimiento incesante, casi convulsivo de las orejas, dispuesta á coger el mas ligero umor.

Repentinamente se incorporó el zorro como impulsado por un resorte, conteniendo la fatigosa respiracion; cuyo alternado movimiento estorbaba á la delicada percepcion de sus oidos, y así se aplicó á escuchar.

La cacería, en virtud de sus capriciosas evo-

luciones y de sus vueltas rápidas y repentinas se acercaba otra vez hácia aquel lado, acompañando los ecos de las bocinas al estrépito de los sabuesos.

En tan supremo momento amagado de una muerte inminente, intentó el animal un pos-trer esfuerzo, una treta desesperada, para desorientar otra vez á los perros y escaparse. Cruzó aquel poco de terreno raso en todas las direcciones, multiplicando las huellas de sus pasos en un laberinto tan inestricable que los perros se confundieran; achicándose en seguida, de un salto enorme pasó de la plazuela á la espesura, cayó en medio de las piedras, casi sobre la trampa, cubierta de zarzales: apoyando apenas las patas en el musgo del penasco, dió otro empuje desesperado, de seis pies lo menos hácia la parte mas enmarañada, donde repitió hasta tres ó cuatro veces la misma operacion, y echó á huir con toda la velocidad de sus miembros, envarados por la fatiga y el reciente baño frío.

En virtud de un maravilloso instinto de conservacion, interrumpia el zorro con aquellos saltos enormes y sucesivos en un radio de treinta ó cuarenta pasos, la pista formada por el olor acre y caliente que dejan sus pies impresos en el suelo; emanaciones fuertes, ráfagas penetrantes que, percibidas por el sutil olfato de los perros, son las que les guian en su perseguijento.

Así que desapareció el zorro, salió el cazador de su escondite, y echado de bruces, buscó las huellas del animal perseguido que no le fué difícil reconocer, apresurándose á borrarlas todas, y destruyendo de esta suerte no solo las señales, sino que también el olor resultante de los pasos, con lo cual favorecía la fuga del zorro, y lo que le importaba más, impedía que los perros y cazadores viniesen por aquella parte.

Oíanse ya con suma claridad los ladridos de los sabuesos y las tocatas de las trompas, alternados con los gritos de los ojeadores, que por tres lados distintos avanzaban en busca del fugitivo.

Cada vez más asustado con tan temido lance, penetró en la espesura el cazador, donde volvió á encontrar huellas del zorro, que borró igualmente, hasta llegar á un enorme tronco de árbol derribado que obstruía el paso, y por encima del cual saltara el animal sin duda.

Seguro ya de que con la inmensa solución de continuidad que quedaba en la pista, los perros se desorientarían en breve y tendrían que alejarse, internóse por lo más intrincado de la selva.

En un principio se realizaron punto por punto los pronósticos del Hediondo.

Poco rato hacía que el cazador desapareciera cuando estallaron con fuerza suma los

ladridos de los perros; mas de repente cesaron como por encanto tan sonoros ecos; habian perdido el rastro, pues así que hubieron saltado el enorme tronco, desde donde el cazador destruyera la huella y olor que deja el paso de la bestia, no teniendo la jauria nada para guiarse, enmudeció en el momento, pues es sabido que solamente ladra cuando sigue un rastro. Yendo y viniendo, inquietos, desconcertados con la inesperada interrupcion de una pista que tan fuerte percibieran hasta allí, daban cien vueltas los perros derrotados, con el hocico pegado al suelo. A unos doscientos pasos de la cueva del cazador habian perdido los perros el rastro totalmente.

Enterado el montero de esta novedad por el repentino silencio de los perros, dióse prisa á alcanzarlos para ayudar á su instinto: tropezó no obstante con el obstáculo del tronco derribado que le separaba de los sabuesos, y cuya magnitud, mas disforme aun con las ramas que le abultaban, era un estorbo no poco peligroso. Tenia Latrace, á pesar de su arrojó, demasiada experiencia para esponer su vida ó la de su caballo con una proeza inútil, y así, viendo que por ambos extremos del tronco, tambien estaba obstruido el camino con la mas enmarañada espesura, prefirió dar un largo rodeo para incorporarse con la jauria.

De pronto, dos señoras en traje de amazonas que venian cruzando el bosque en rápidos corceles, llegaron delante del tronco que el prudente montero no se atrevió á saltar, y en seguida aparecieron otros dos caballeros, que al reparar en el estorbo exclamaron á una voz.

—Señora, refrenad el caballo.

—Cuidado, señorita!

Pero á pesar de estas súplicas, la que primero asomára de las dos señoras, no siendo dueña ya de contener el empuje del bruto, ó tal vez complaciéndose por temeridad arrostrar el peligro, aplicó á su cavalgadura un vigoroso latigazo, y le hizo saltar el tronco con no menos osadía que desembarazo, la violencia del salto y la accion del viento, que levantó un poco la larga falda de aquella muger intrépida, descubrió el delicado contorno de una pierna elegante, calzada con rica media blanca de seda, y apoyando con firmeza en el estrivo un pié delicioso, cuya negra botita iba armada de un espolin de plata.

Asombrados de tanta temeridad los dos cazadores, no pudieron contener una exclamacion de terror, y dirigiéndose entrambos á la otra cazadora, que se disponia á imitar á su compañera, gritaron:

—Señorita, en nombre del cielo, deteneos!

—Voy á unirme con mi madre, respondió

la jóven con voz dulcísima, señalándô á la que ya habia saltado.

Esta, con el caballo quieto á la parte opuesta del estorbo, dirigia hácia los espectadores un semblante risueño y ligeramente animado por la emociou orgullosa del peligro arrosado, mas á vista de su hija que iba á imitarla, quedóse pálida como un cadáver, y gritó!

—Por Dios! Rafaela.

No era ya tiempo, porque la doncella, tan atrevida como su madre, estaba saltando el tronco á la sazón misma, con un movimiento de púdica gracia sujetaba con la punta del látigo los pliegues de la falda, á fin de impedir que se alzara indiscretamente como á su madre la habia sucedido.



CAPÍTULO IV.

Un Padre Foven.

Los dos hombres que acompañaban á Mad. Welson y su hija (que así se llamaban las dos intrépidas cazadoras) eran el conde Duriveau y su hijo. El conde Duriveau, dueño de la jauría que cazaba, había tenido por padre á un posadero de Clermont Ferrand: este hombre de una avaricia desmedida, llegó á ser poseedor de una

fortuna inmensa, que empezó por la usura, aumentó con la compra de bienes nacionales, y completó con los suministros hechos al ejército bajo el directorio; había doblado, cuadruplicado sus bienes con toda suerte de infamias, robos legales y la mas sórdida avaricia.

A la muerte de su padre Adolfo Dorveau, que entonces no era conde, se halló dueño de trescientos mil francos de renta en bienes inmuebles: Adolfo, al salir del estado de ilotismo, de penuria en que le había tenido su padre con dureza sin igual y encontrando un tutor honrado, se inclinó al principio al bien, á pesar de su mala educacion, y sintió algunos impulsos hácia las ideas elevadas; entregándose con expansion á una vida espléndidamente dichosa, á todos los placeres de que hasta entonces había estado privado: mostróse generoso y bueno cediendo á los impulsos de su corazon y á la especie de vértigo que produce frecuentemente el exceso de una felicidad repentina y desconocida hasta entonces.

Los ensayos de generosidad de Adolfo Duriveau, fueron muchas veces pagados con ingratitudes; la ingratitud..... crisol donde se prueban las almas verdaderamente generosas y perseverantes. Aquel hombre no resistió á tan dura prueba, empezó por aflijirse, agrióse despues, se irritó, se endureció, su corazon

en fin llegó á ser de bronce. Así como otros muchos, armándose del poco bien que habia intentado hacer M. Duriveau erigió la ingratitud humana en principio, la dureza de corazon en deber si nó queria ser victima de los ingratos. Desilusionado fácilmente del bien; porque su generosidad sin esperiencia y aturdida, carecia de paciencia, desinterés, discernimiento, resignacion, y sobre todo de misterio y de *pudor* si así puede decirse, M. Duriveau no sospechaba que le habia faltado el conocimiento de los males que habia creído aliviar y que á veces agravaba, porque era brusco; impaciente, duro, y el alivio de ciertos infortunios tímidos y ocultos necesita un tacto de una delicadeza y dulzura estremada.

Aquel ensayo digno de alabanza, pero desgraciado en la práctica de las ideas generosas, debia causar y causó en efecto una reaccion funesta en el ánimo de Alfonso Duriveau: para él la insensibilidad sismática llegó á ser, *esperiencia de los hombres*; la piedad, *debilidad*; egoismo, *buen sentido*; la avaricia, *prevision*; el profundo desprecio de los demas, *conciencia de su valor legitimo*; la desgracia de otro, *justo castigo de sus desórdenes*, *fatalidad inherente al estado social*, *consecuencia del pecado original*, *voluntad providencial*, etc.

M. Duriveaut se mostraba en una palabra

Furioso fanático de aquel sacrilego axioma que dice:

QUE UN DIOS TODO BONDAD HA CREADO AL HOMBRE PARA LA DESGRACIA.

Este axioma legitimaba la dureza de aquel implacable egoísta.

Arguía del modo siguiente y triunfaba.

Los hombres han nacido para la desgracia, decía con insolente ironía; Dios lo ha querido; cúmplase la voluntad de Dios! no la encontraremos jamás! contentémonos con vivir espléndida y alegremente, siendo una dichosa escepcion..... que confirma la regla.»

Aquel hombre podía decir y decía bajo aquel punto de vista.

«He sido bueno, generoso y humano; he encontrado solamente desengaños é ingratitude, todo infortunio es merecido, necio será el que se apiade.

Preciso es confesarlo, M. Duriveau, dotado de un talento natural notable, de una gran energía de voluntad, de una rara audacia de carácter, sabia de esta suerte, á fuerza de cinismo y descaro, dar cierto no sé qué de picante á sus crueles paradojas y hallaba repetidas veces en la sociedad que frecuentaba aprobadores ó cómplices.

La comunicacion con cierta gente, escesivamente orgullosa y envanecida con sus riquezas y recientes títulos, la lepra del vicio, el maligno influjo, casi inevitable de una inmensa

fortuna adquirida sin trabajo, ahogaron en breve las primeras tendencias de M. Duriveau siguió siendo orgulloso y amigo del Fausto pero se hizo avaro: en seguida no bastándole ser rico, quiso ser noble como... tantos otros. Su matrimonio con la hija de un duque del imperio, atado despues á la restauracion, le valió el titulo de conde; y Adolfo Duriveau, hijo del tío Duriveau el pesadero, usurero despojador indigno, se creyó conde y llamose muy seriamente el CONDE DURIVRAU. Su muger muerta muy jóven, le dejó un hijo, Scipion; vizconde Duriveau.

La dicha, ó mas bien el orgullo de Adolfo Duriveau, se habia concentrado, reasumido en estas dos cosas; ser uno de los mayores propietarios de Francia, y hacerse llamar SEÑOR CONDE por sus lacayos, abastecedores y arrendatarios; mas tarde una veleidosa ambicion política (esplicaremos despues la causa) se unió á estas vanidades.

Archi-millonario y conde no soñó otro porvenir, otra felicidad para su hijo, y quizá mas vano aun que codicioso, vió en aquel joven un nuevo medio de hacer alarde de su opulencia. A los quince años Scipion Duriveau, de hermosa figura; de inteligencia precoz y criado por un profesor de casa grande, que es decirlo todo, llegó á ser un nuevo alimento para el orgullo de su padre envanecido de mostrar aquel tesoro de impertinencia y gracia.

Existia entonces en la buena sociedad de Paris ó que l'amban *padres jóvenes*.

Eran *viudos* mas ó menos jóvenes, hombres de humor y de placeres, amigos de bromas, que vivian alegremente y tuteaban, generalmente á las principales entretenidas de Paris; aquellos padres jóvenes, partiendo del principio, excelente en si, que nada es mas odioso ni mas funesto por sus consecuencias, que la mezquindad y tiranías paternas, que privando á los jóvenes de todo placer y libertad, con la esperanza de hacer pequeños santos, no hace sino malos diab'os: aquellos padres jóvenes ostentaban por el contrario, la tolerancia mas excesiva... y muchas veces mas que tolerancia.

Así el uno, padre de dos niñas encantadoras de seis ó siete años las llevaba al teatro, al que tiernos lazos le hacian ser asiduo; y la gracia la charlataneria infantil de aquellos dos angelitos hacian las delicias y admiracion de las cómicas.

Entraba en el plan de educacion práctica de otro joven padre, poseer las primeras letras de cambio de su hijo (llamaba á esto, *la virginidad de la acentacion*.) Para lograrlo, le facilitaba por hajo de mano empréstitos al parecer espantosamente usurarios, de los que no se aprovechaba, diciendo que un padre es el *creedornato* de su hijo.

Otro tenia por principio inflexible, embor-

rachar á su hijo querido con vino detestable; para inspirarle desde muy temprano, decia, un horror profundo, invencible y saludable...a! mal vino.

Dos ó tres de estos jóvenes padres, hombres del mejor tono y de la mas brillante sociedad, eran amigos del conde Duriveau. Orgulloso ya este con la gracia de su hijo, le pareció de rigorosa necesidad ser, en su mani de nobiliaria imitacion, padre joven con otro cualquiera; esto olia á la regencia desde una legua, porque así se habia mostrado el mariscal de Richelien en sus relaciones con su hijo Mr. Frouzá.

Citóse en breve al conde Duriveau entre los mas alegres padres jóvenes de Paris, satisfaciéndose su orgullo, siempre el orgullo, en ver que Scipion eclipsaba á los hijos de los demas padres jóvenes, de suerte que á los diez y siete años tenia cien lúises de oro todos los meses para sus placeres, cuarto separado en el palacio paterno, seis caballos en las cuadras del conde, y un asiento como él en un palco de hombres en la ópera, abono que daba el derecho de entrada entre bastidores.

Inútil es decir cuán festejado fué Scipion con sus diez y siete años y su hermosa figura, en aquel infierno á donde fué solememente presentado por su padre. Pocos meses despues, el adolescente contaba el núme-

ro infinito de sus fáciles queridas: á los diez y ocho años habia matado con la mayor frescura un hombre en un desafio, en el que le sirvió de testigo su padre, y mas de una vez el dia al nacer sorprendió al conde y á su hijo en una estrepitosa orgia; animada por las impuras de mas nombre.

Por extraño que parezca este sistema de educacion, por poco que se conozca en la sociedad, hay que confesar:

Que dadas la posicion social y las riquezas del vizconde Scipion Duriveau de cien jóvenes ricos y ociosos, noventa mas ó menos harán la vida de escipion, solo que no les será fácil sostenerse sino con ayuda de empréstitos usurarios á ocultas de su familia, cuya herencia codician con una paciencia ligeramente parricida.

Esto supuesto, no negaremos que los *padres jóvenes* tenían cierto buen sentido práctico procurando á lo menos guiar, dirigir por sí los estravios juveniles que no podian corregir.

Ciertamente para el hombre observador, tan malo es el remedio como la enfermedad es iududable que es sensible ver disiparse así sumas enormes y duele considerar cómo se marchitan en flor tantos instintos nobles y buenos, como se apagan y mueren inteligencias en medio de aquella atmósfera viciada; mas todos estos males y muchos otros;

resultan inevitablemente del estado actual de *la familia y de la propiedad* y sobre todo de la gran iniquidad de la herencia.

Claro es que llevando ya muchos años de vivir como *padre joven*, la dignidad paternal del conde y el respeto filial del vizconde habían sufrido modificaciones y aminorado notablemente, sin que la rápida é impetuosa corriente por donde descendieron permitiera ya deshacer lo andado:: mas de una vez la calma irónica é impertinente del hijo dominó el natural altanero y la enérgica voluntad del conde Duriveau, como algunos maridos de los de buena sociedad, que teniendo parecer celosos, devoran en silencio sus lágrimas y su vergüenza, así el conde hizo mas de una vez su papel de padre joven con la risa en los labios y la rabia en el corazon...

Empero no le quadaba otro arbitrio que resignarse á que su hijo le tratára con la impertinente familiaridad, contraída en la participacion comun de placeres indignos, familiaridad que en un principio hizo reir grandemente al conde y á sus amigos, y que acabó por sofocar en el alma del mancebo todo sentimiento de deferencia y de respeto filial.

El conde Duriveau, aunque próximo á los 50 años apenas representaba 40 pues estaba ágil y erguido, rebosando en todas sus acciones juventud, vigor y energia. Era de color trigue

no, asomábale por entre los lábios una magnífica caja de dientes, y respiraban vivezas sus ojos muy rasgados y muy azules, conservándose de color de azabache las cejas, barba y cabellos, á pesar de los años; podría haber facciones mas regulares, mas atractivas que las del conde Duriveau mas difícilmente se hallaría una fisonomía mas expresiva, ni mas agradable, ni mas resuelta, y sobre todo que revelára una fuerza de voluntad mas indomable; por esta razón M. Duriveau inspiraba generalmente la reserva, la deferencia el temor que imponen los géneos enteros y altivos, sintiendo pocos hácia el niño ni simpatía.

No obstante, este hombre tan enérgico, tenía la debilidad de un niño con su hijo. Y acababa de perder el color y temblar de pies á cabeza, viendo á Mad. Welson arrostrar con tanta intrepidez un peligro positivo: en aquel instante lo mismo que durante toda la vida, había observado el conde los menores movimientos de la encantadora viuda con una ansiedad llena de ternura é interés: casi nunca se apartaban de la hermosa dama sus miradas inquietas, apasionadas, ardientes, y era indudable que tan solo las leyes del buen tono le impedían manifestar mas francamente el irresistible imperio que sobre él ejercía. Padre é hijo llevaban gorras de terciopelo negro, levitas de color de escarlata con bo-

tones plateados, calzon blanco de gamuza y botas de campana.

El físico del vizconde contrastaba singularmente con el exterior de su padre; la varonil figura de M. Duriveau, sus movimientos ágiles y prontos revelaban grande plenitud de vida, de pasión, de fuerza: las facciones del vizconde, delicadas y regulares como las de una mujer, estaban ya marchitas por excesos prematuros. Apenas frisaba en los veinte años, y ya era flaca y hundida su cara guarnecida con sedosas patillas rubias como los cabellos y los nacientes ligotes. Al fresco colorido de la juventud había tiempo que sustituyera la palidez del decaimiento de fuerzas; los ojos grandes y hermosos estaban rodeados de profundas ojeras, y los párpados encendidos con el calor acre de las veladas y orgias: porque Scipion acaba de llegar de París, donde alentado por el conde y por sus amigos, el pobre joven pasaba con razón como uno de los corifeos de la vida ociosa, prodiga, enfermiza, en que trascurren las horas entre queridas, juegos, comilonas y desórdenes. Para el baile prohibido no conocía Scipion mas rivales que dos: un par de Francia, diplomático muy notable, y el *Nestor del cancan*, el gran Chicard.

No obstante, el vizconde Scipion se vanagloriaba de estar ya gastado para los placeres. En realidad tantas veces había abusa-

do sin sed de los mas esquisitos vinos, que ya le empalagaban todos, y preferia el aguardiente, cuanto mas grosero, cuanto mas falsificado estuviera: se hallaba tan hecho á la sociedad inmunda, depravada, de las ninflas que le iniciaran en el amor, que su predilecta era la que mas bebia, ó fumaba ó juraba con mas desenfado, y sobre todo aquella á quien podia despreciar mas altamente. La niña solia devolverle los ultrajes y desprecios en el idioma *cal* de la canalla, que no era tampoco desconocido al ilustre manco, divirtiéndole mucho estas polémicas, aunque sin desprenderse nunca de su seriedad glacial, ni de su calma insolente: los hombres gastados jamás se rien. En cuanto á sus sentidos, puede decirse que los tenia muertos á fuerza de tantos excesos prematuros, y por la fatal accion del vino y de los licores espirituosos. Quedábanle no obstante todavia al vizconde las febriles sensaciones del juego, de las apuestas ó de ciertos amores terribles de que hablaremos mas adelante.

Empero, aunque fatigado y marchito, y á pesar del tono impertinente y aburrido (vizconde se quejaba de no tener ya edad ni humor para la caza se conservaba bastante grata su fisonomia, ni talle mas delicado y elegante, ni conjunto mas seductor se encontraria con facilidad; á lo menos, este era el pensamiento secreto de la hija de Mad. Wilson,

la señorita Rafaela.

Mad. Meley Wilson (francesa de nacimiento y viuda de M. Stephen Wilson, banquero americano) y Rafaela Wilson, que vivian en compañía de un tío de esta, y hermano de la mamá, M. Alcides Dumolard, asistian como ya dijimos á la cacería, convidadas por el conde Duriveau y su hijo.

Si no se hubiera abusado tanto de la mitológica comparacion de Juno y Hébe, lo aplicaríamos á Mad. Wilson y á su hija: no porque la primera tuviese en sus facciones ó continente algo de la severa magestad de la *reina del Olimpo*; antes al contrario, Mad. Wilson era lo que se llama una muger bonita, en toda la estension de la palabra, á pesar de que ya andaba cerca de los treinta y dos años. Pero hablando de Juno y Hébe, queríamos solamente pintar la diferencia que existe entre la belleza en todo su desarrollo, y la belleza en su primera flor, porque Rafaela contaba diez y seis años escasos.

La fisonomía de la madre se distinguia por la viveza, la movilidad y la gracia; la de la hija por la candidéz y melancolía.

Ni las nublosas viñetas inglesas, ni el aristocrático pincel de Lawrence, produjeron jamás cosa parecida á aquel bello ideal de la muger, verdad es que ningun colorido artificial era capaz de copiar la palidéz trasparente de aquel cutis ligeramente sonrosado, ni el

azul de sus rasgados ojos, dulces á la par que vivos, ni la lustrosa blancura, de la frente coronada por finísimos cabellos castaños, cuyos rizos naturales endulaban con torno de su preciosa cabeza, tan ligeros como el velo de gasa verde que llevaba sujeto por un lado al sombrero de montar.

Bajo el elegante corpiño del traje de amazona que llevaban madre é hija, dibujábanse admirablemente las figuras respectivas, mas esbeltas, mas gallarda, mas casta, si puede decirse así, la de Rafaela; mas llena, mas voluptuosa la de su madre.

Esta diferencia aparecia mas notable por el corte de los vestidos: así el cuerpo del de Rafaela, que subia rigorosamente cerrado hasta la garganta, no enseñaba mas que un cuellicito plegado y sujeto por una estrecha corbata de seda azul celeste como los ojos de la doncella, al paso que el corpiño de Mad. Wilson, abierto por delante con solapas descubria un pequeño chaleco amarillo claro de cachimir con botones de oro, debajo del cual lucia un camisolin de batista cerrado con dos rubies sobre duros elásticos contornos: finalmente, para completar estos pormenores tan vanos como significativo, diremos que el cuello del hombre que Mad. Wilson llevaba iba doblado sobre una corbata de seda de color de púrpura, menos suave menos rica, menos viva que la de sus lábios y risueños y encantadores.

Luego que hubieron salvado el peligroso obstáculo de que ya hicimos mencion, difirió la espresion de la fisonomia de madre é hija, pues la primera que se asustára tanto en vista del peligro á que la segunda se habia espuesto contemplábala despues con todo el gozo, con todo el orgullo de la ternura maternal, en tanto que Rafaela, indiferente para el peligro, buscaba con empeño las miradas distraidas de Scipion.

Excusamos decir que el conde Duriveau y su hijo no se mostraron menos resueltos que madama Wilson y Rafaela; entrambos á corta distancia, saltaron el tronco; el padre, con todo el imperioso ardor de su carácter; el hijo con cierta especie de indolencia desdeñosa, porque montaba perfectamente llevó su temeridad hasta el extremo de elegir el momento rápido en que el corcel guiado con la mano izquierda, se levantaba por encima del formidable tronco para quitarse de los lábios el cigarro con la otra manó echar al aire una ráfaga de humo azulado.

Si esta bravata hubiera sido provocada por presencia de dos bellas y llevada á cabo con la loca petulancia de la juventud habria tenido el hechizo niseparable de todo lo que es brillante osado y repentino: pero en su calidad de hombre gastado, Scipion hacia alarde de manifestar en todo y para todo gran desden y sangre fria; por esta razon perman-

necieron impasibles sus facciones, mientas que Mad. Wilson; y sobre todo su hija le felicitaban por tan valerosa presencia de ánimo.

Sorprendido el conde de la actitud de su hijo y aprovechando un momento en que no podia ser visto ni oido por las señoras, dijo á Scipion por lo bajo con acento cordial al parecer pero que ocultaba patente disgusto:

—En qué estás pensando, Scipion? ni quisiera ser cortés con Rafaela, y eso que...

—Hola! sabes que estás haciendo bonito oficio? respondiòle Scipion interrumpiendo á su padre y encendiendo otro cigarro: cierto es que con buenos fines, mas por eso mismo eres imperdonable, oh desdichado autor de mis dias!

Aunque harto acostumbrado á estas zumbas, en aquel momento y por razones graves no pudo contener M. Duriveau la cólera que le causaba tal réplica, y dijo á su hijo sin alzar la voz pero con tono firme y lacónico:

—Basta de chanzonetas; hablo con formalidad; esa conducta es inaudita; *hablaremos* esta noche y....

—Mad. Wilson, Saltó Spion sin quitarse el cigarro de la boca é interrumpiendo otra vez á su padre.

—¿Qué quereis repuso la linda viuda, volviendo la cabeza con no poca ansiedad del donde.

—Cuando querais ver á papá en todo su

esplendor, rogadle que represente su papel de *barba*; no tiene igual para ellos.

El despecho y el enojo tenían contraídas las facciones de M. Duriveau; mas por fuerza hubo de acoger con una sonrisa la primera mirada de Mad. Wilson, quien respondió al vizconde jovialmente:

—Y vos querido Scipion, haceis como pocos los papeles de calavera... mas allá viene nuestro rodrigon, que os recordará, si es preciso, señor aturdido el respeto que debeis tener á una muger de *mis años*.

Y dirigiéndose á un nuevo personage, añadió Mad. Wilson.

—Vamos, hermano, vamos venid.

Dijimos ya que las dos parejas estaban reunidas al otro lado del tronco, en medio de los perros desorientados, cuando apareció por la parte opuesta M. Alcides Dumolard, hermano de Mad. Wilson.

Mr. Alcides Dumolard, viudo muy á su sabor de Mad. Dumolard, tenia cuarenta años, cara imberbe y disforme obesidad. Con nada podríamos comparar mejor aquel abultado rostro de carrillos colganderos, ojos hundidos y cráneo estrecho, que con las moñetudas figuras de mandarines que pintan en los vasos de la China: el vientre enorme y monstruosa cintura de Mr. Dumolard, tan repleto de espaldas como de abdomen, tenia en perpétuo peligro los ojales de su levitin de

caza, y no era posible discurrir espectáculo mas grotesco que aquella grandísima cara, que sobresalía por todos lados bajo la gorrilla de terciopelo; colocada en el vértice de la cabeza. Montaba Mr. Dumolard, con suma prudencia una jaca de dos cuerpos, de fuerzas hercúleas, cual era necesario para sostener semejante dromedario.

Es inútil decir que el nuevo personaje tuvo la modestia de pararse delante del árbol caído, por lo cual le dijo el vizconde con impertinente cachaza:

—Vaya, Mr. Dumolard, un saltito para aligerar esa humanidad! No temais, caeréis como sobre colchones!

—Saltar! no en mis días; no son juegos en que debe comprometerse un hombre que llega á reunir cincuenta mil escudos de renta, contestó el panzudo dándose importancia y buscando otro camino menos espuesto.

—Os estorban para saltar los escudos? replicó Scipion con fisga. A no ser que esteis tan finchado, por ser rico /bueno fuera que viniérais aforrado en billetes de banco!

—Silencio, por Dios! exclamó el gordo con inquietud: esa chanza es un poco pesada. Ponerse á gritar en medio de estas selvas, de este país de lobos y mendigos que vengo aforrado en billetes de banco... Si os oyeran, pobrecito de mi!

Y dirigiéndose en seguida al picador que aca-

haba de renmirse con los perros, le gritó Mr. Dumolard.

— Buen amigo, no habrá otro camino? porque yo no tengo gana de romperme la crisma.

— Seguid por la espesura á la derecha, contestó el montero, y un poco mas arriba encontrareis una senda que conduce aqui.

— Senda! saltó Scipion, perdido sois, os mata quien os saque de caminos reales.

Encojióse de hombros Mr. Dumolard, torció las riendas y siguió la indicacion del montero.

Digamos ahora lo que ocurrió de resultas de haber perdido el rastro la jauria á unos doscientos pasos de la cueva de Hediondo el cazador.

CAPITULO V.

Luvineau.

Muchos y desconcertados los sabuesos, recorrían en todas direcciones la parte del bosque en que el cazador habia interrumpido las huellas del zorro; y el montero, estimulado

por la presencia de su amo y de las personas que le acompañaban, examinaba atentamente aquel espacio, doblado sobre el caballo, buscando la huella y alentando á los perros con sus gritos de:

«A la pista, valientes: á la pista!»

El conde Duriveau, muy entendido en montería, fógoso para sus placeres como para sus pesares y contento con hallar aquella ocasion de distraer el enojo que le causaba la conducta de Scipion, habiase alejado de Mad. Wilson y de su hija, ayudando al montero y exhortando á los perros con sus voces.

Mientras desplegaba el conde su natural actividad, Scipion, por otra parte, apoyando indolentemente sobre la silla y columpiando la pierna izquierda le entretenia en chocar el acero de la espuela con el del estribo siguiendo con la vista, las espirales del humo del cigarro, y sin decir una palabra á Mad. Wilson á su hija, junto á la cual se halla á la sazón.

Aprovechando un instante en que interesaba la madre por los varios incidentes de la batida, volvía la cabeza, acercó Rafaela, su caballo al de Scipion; y tras pasada de pena le dijo en voz baja y temblorosa.

—Scipion, qué os he hecho yo?

—Nada, contestó el vizconde sin apartar los ojos de la azulada nube que brotaba del cigarro.

—Spion.—volvió á decir la doncella con voz alterada suplicante y conteniendo con dificultad las lágrimas que arrasaban sus ojos —Spion, que significa esa frialdad esa dureza? qué te he hecho yo?

—Nada, repitió el vizconde con la misma desdeñosa calma.

—Leed esto y puede que tengais lástima, dijo la jóven alargando precipitadamente á Scipion un billete que había sacado del guante:

Guardóse el vizconde sin acelerarse demasiado, el papel en el bolsillo del chaleco, y viendo que Rafaela iba á proseguir alzó la voz para llamar la atención á Mad. de Vilson diciendo:

Mad. Vilson, os divierte mucho esta función? Confesad que es un placer convencional... como la ópera, como los casamientos por amo:

Apenas hubo pronunciado Escipion estas palabras, hizo Rafaela como que le caía sobre el rostro el velo, y así, al volverse no pudo ver la madre las lágrimas que brotaban de los ojos de su hija.

Durante la batida, á pesar de su buen humor y animación aparente, observara de reojo Mad. Vilson á Escipion, y mas de una vez la sorpresa y aun cierta vaga inquietud anublaron el rostro de la linda viuda, resentida del impertinente despegó con que trataba el viz-

conde á Rafaela.... A consecuencia de algunas reflexiones, habíase serenado ya Mad. Vilson, pudiendo así acojer con irónica sonrisa la importuna del vizconde.

—Apuesto, querido Scipion, repuso la viudita riendo, que á la edad de doce años, en lugar de contentaros con una de las graciosas chaquetas redondas que tan bien sientan á los niños, apeteciais un horrible frac, para parecer un hombrecito hecho y derecho...

Apesar de su aplomo: no dejó esta réplica de desconcertar á Scipion, quien volvió á decir, no obstante con su ordinaria sangre fría:

—No comprendo, señora.

—Oh! pues es muy sensillo: el niño mimado que á los doce años anhela parecer un caballero, es muy natural que á los veinte quiera pasar por hombre gastado y viejo.

Esto era herir en lo vivo las pretensiones de Scipion.... pretensiones justificadas desgraciadamente por el hábito de aparentarlas y por el abuso de placeres perniciosos.

Ocultando su despecho, prorrumpió de nuevo el vizconde con mayor indiferencia y serenidad:

—Bah! hago yo por ventura el papel de hombre gastado?

—Si, y por cierto que le haceis muy mal, á juicios de inteligentes, amigo mio, aunque por desgracia, demasiado bien.... para espectadores cándidos.

Esto lo dijo Mad. Wilson mirando á su hija tiernamente; y segura de tranquilizarla en breve, toda vez que ya habia notado su tristeza, prosiguió jovialmente:

—Vaya, vaya, querido Scipion, no queráis pasar por viejo siendo jóven: esas apariencias no profundizan mas allá de la epidermis.

Llevais el traje de moda, y nada mas.... Por extraño que os parezca, es preciso que sepais que una muger *vieja* tiene derecho de decir cuanto piensa... y vuestro usurpado traje no llegará jamás á desfiguraros. Por mas que digais la *caza, placer de convencion*, con todo, os espondreis á romperos la cabeza corriendo tras nuestros perros. El *matrimonio... el amor... placer convencional*. Pero no le respondamos á esto Rafaela.... y Mad. Wilson se volvió con rostro placentero hácia Rafaela, á quien tranquilizaban ya las palabras de su madre... no, no le respondamos, eso seria demasiada vanidad. *La ópera, placer de convencion* que cante *Mad. Stolz*, y que baile *Mlle. Carlota*, que á la vez cante y baile *Mlle. Basquine* y se alborotarán palcos y lunetas y en sus trasportes de frenética admiracion, por estas dos maravillas de talento y gracia, y sobre todo por *Mlle Basquine*, gazela y ruiñeñor. La vez, se han visto reventar guantes y descomponerse mas de una corbata... ¡Y os deis usades!

Al pronunciar Mad. Wilson el nombre de Basquine, una espresion estraña animó ligeramente las facciones de Scipion; era una mezcla de ironía, orgullo comprimido y desalio atrevido.

Echando á Mlle. Wilson una mirada penetrante, le dijo Scipion con una calma imperturbable y sin dejar su eterno cigarro.

—¿Por qué me suponeis enamorado de Mlle. Basquine?

—¿Pues qué, se enamoran los hombres gastados?

¿Veis cómo representais mal vuestro papel?... dijo sonriéndose Mad. Wilson: en seguida presentándose en su semblante una amable gravedad, añadió con tono afectuoso de conviccion. Hablemos sériamente mi querido Scipion; sí, creo que estais gastado y me felicito; sí, os creo fastidiado... pero de los vanos placeres, de los mentirosos; goces; y me parece, estoy segura de que lo bueno, lo generoso, lo sincero y noble, tiene y debe tener para vos el hechizo irresistible de la novedad en el buen camino; hechizo seductor que los aficionará para siempre los únicos objetos dignos de un hombre de corazon y de talento. Mas vuestro padre se acerca; espero señor aturdido, que no le digais que yo tambien me acabo de espresar como madre jóven.

—En qué estado va la caza. conde? prosiguió dirigiéndose á este.

—Vengo á pedirós mil perdonos, señora, por haberos invitado á una diversion que concluye tan mal.

—¿Pues como?

—Tenemos que renunciar á cojer el zorro.

—¿Y por qué?

—Porque los perros han perdido la pista y es imposible dar otra vez con él.

—¿Con que es inútil la batida?

—Sí, señora; á este lado del tronco caído se pierde, y por mas que hemos hecho para encontrarla, imposible: hemos registrado todo al rededor del tronco, suponiendo que ocultará alguna boca, pero nada: es cosa incomprensible!

—Consolaos. amigo mio, con el placer del paseo.

—Y con la esperanza de que pasemos el resto del dia juntos, pues supongo que vendreis con vuestra amable hija y Mr. Dumolard á comer al Tremblay, y en compañía de algunos vecinos?

—Escogido entre los electores mas influyentes del distrito? lo apostára, añadió Mad. Vilson sonriéndose, porque no ignoro vuestros proyectos ambiciosos: vaya, yo tambien trabajaré para conquistar sus votos; colocadme junto al mas remiso, y ya vereis...

—No dudo de vuestro poder, dijo el conde sonriéndose tambien: si defendeis mi causa, la doy por ganada... Conque, despídámonos de

la carceria... Latrace, recoje los perros.

—Hija mia, tenemos que renunciar á ver al zorro, dijo Mad. Vilson á su hija, cuyo semblante volvió á animarse con graciosa sonrisa, despues de algunas palabras que añadió la madre por lo bajo.

A la sazón llegaba M. Alcides Dumolard; despues de un rodeo, sin ostigar demasiado á la cabalgadura, y dijo con tono misterioso al conde.

—¿Qué gente es esa, armada de hoces y de palos, que viene dando de trecho entretrecho una especie de grito de señal?

—No sé nada, querido Dumolard, dijo el conde sorprendido.

Entonces el montero se acercó á su señor para satisfacer su curiosidad.

—Son paisanos, señor conde, que vienen ayudando á M. Beaucadet y á sus gendarmes.

—¿Para qué? preguntó el conde mas admirado.

—Para sorprender á un asesino muy terrible, que se ha escapado de las cárceles de Bourges, y está escondido desde ayer en estas selvas.

—¿En esta misma en que estamos? exclamó M. Dumolard.

—Sí, señor, respondió el montero. Esta mañana le vieron unos leñadores, y...

—Mas de pronto calló, aplicando el oido á un rumor lejano, y se apartó algunos pasos.

=/Un asesino terrible! murmuró Alcides poseído de miedo retroactivo: y yo que he andado solo por esa espesura, despues de gritar Scipion que venia aforrado en billetes de banco....

—Silencio, amigo mio, le dijo el conde encojiéndose de hombros, no hay peligro alguno, y escusamos asustar á esas señoras, que no han oido nada por fortuna.

=Señor conde, prorrumpió de repente Latrace, despues de haber escuchado con suma atencion.—Señor conde, no desesperemos.

—¿Qué dices?

=Lumineau da la voz.

—No oigo nada. ¿Estás cierto?

=Ciertísimo, Lumineau es el rey de los perros, y como siempre habrá tomado delantera de medio cuarto de legúa. Ahora, señor conde, lo ois?

—En efecto, algo distingo, pero hácia qué lado?

=A doscientos pasos de aqui, hácia el raso próximo á las piedras.

=Señoras, dijo el conde acercándose á ellas: la fortuna nos es propicia: desesperábamos hace un momento, y ya tenemos buenas esperanzas: si cazamos el zorro, será un verdadero prodigio debido al valiente Lumineau.

=Oh! siempre lo mismo! se atrevió á decir el montero con orgullo.

Y á galope se dirigió hácia el sitio señala-

do y que distaba muy poco del escondrijo del cazador.

—No hay nada mas delicioso que la esperanza que viene en pos de la desesperacion, dijo Mad. Vilson á su hija, lanzándola una mirada de inteligencia, Mi querido conde, veamos si ese milagroso Lumineau efectua el prodigio que promete.

Y apretando el paso, partió la cabalgata velozmente en la direccion que el montero habia tomado.

Solo Dumolard se quedó atrás muy en breve, porque era necesario manejar el caballo con habilidad, para poder correr por entre aquel laberinto de pinos gigantescos. Como Mr. Dumolard no trataba de escigir de su cabalgadura esta prueba de agilidad serpentina, limitóse á seguir lejos á los cazadores, unas veces al paso y otras al trote corto. Empero, como á pesar de sus esfuerzos iba siendo mayor por momentos el espacio que de sus compañeros le apartaba, sintióse aguijoneado por un modo insoportable, pues sin cesar se le venia á la memoria la idea del feroz asesino que andaba perseguido por la selva.

—En momentos desesperado un malhechor es capaz de cualquier cosa; las desgracias suceden en un santiamen, y estan tan solitarios estos bosques! murmuraba el panzudo señor trotando por entre los árboles con toda celeridad que le permitia su prudencia, Duriveau

que lo sabe, y se larga, dejándome solo!.... egoista! Despues que su hijo tuvo la imprudencia de decir que venia yo aforjado de billetes de bancò.... Ah! por fortuna allá abajo.... columbro á mi gente... Gracias al color encarnado de las levitas que se vé de lejos.

A este tiempo, espoleado por el miedo y por la esperanza de incorporarse con los cazadores aprovechó un terreno algo mas practicable para partir al galope.

—Ah! ah! ah! ya estoy cerca, decia respirando. Voy á llamarlos para que me esperen.

Y sin dejar de galopar, para no perderla ventaja; comenzó á gritar,

—Hermana, Melcy, espérame!

Pero su hermana! no debió oirle, porque en pos de su hija, que iba delante, desapareció al mismo tiempo por un camino lateral al través de una intrincadisima espesura.

—Duriveau! aguardad! qué diantre voceó Dumolard con todo el vigor de sus pulmones.

Pero el conde Duriveau desapareció con todos los demas.

—Qué horrible indiferencia! exclamó Alcides con tanta amargura como temor; mas, á Dios gracias, distingo el camino que llevan... han tomado hácia la izquierda, y...

No pudo continuar el pobre hombre: el caballo, que venia á galope, se plantó derepente, y fué tan violenta la reaccion de este movimiento inesperado, que faltó poco para

que M. Dumolard fuera lanzado al suelo.

Acomodose en la silla refunfunando, y trató de averiguar la causa que tan de improviso habia contenido el galope de su caballo, era un ancho canal de salubridad perfectamente construido para dar salida á las aguas pantanosas, atravesaba el bosque en toda su latitud y tenia ocho pies de anchura por seis de profundidad.

A vista de aquel boqueron que le interceptaba el paso, apoderose la desesperacion de M. Dumolard, y mas al observar por las huellas que sus compañeros habian saltado el estorbo. M. Dumolard debia renunciar á reunirse con ellos, pues habria preferido la muerte cien veces antes que intentar el salto mortal. Volver atrás era alejarse mas de la partida, y el sol iba declinando velozmente; pues sucedia lo que vamos refiriendo en uno de los pocos dias del equinoccio en que la noche sustituye al dia casi sin transicion.

—Me han perdido! esto es como entregarme en manos del asesino! dijo M. Dumolard gimiendo: este maldito de levita encarnada servirá para que me vea desde una legua. Si llamo, puede oirme ese ladron. Triste de mí! sigamos esta orilla, á ver si desemboca en algun sendero.

M. Dumolard, muy entristecido, costeó el canal hasta un sitio en que hacia un recodo y donde le asaltaron nuevas dificultades: un

laberinto impenetrable de copudas encinas y espesos carrascales obstruía el paso completamente; meterse por aquella confusión, le parecía al pobre Alcides no menos peligroso que dar el salto, pues para avanzar por tales parajes era menester encomendarse al instinto del caballo, bajar la cabeza, guarecer la cara con el codo y andar á ciegas.

No obstante al miedo que este recurso le inspiraba, atendida la proximidad de la noche y el temor de ser visto en sitio mas desembarazado, de dos males optó M. Dumolard por el menor, y se propuso cruzar la espesura, esperanzado de encontrar á los cazadores.

Abandonemos á M. Dumolard á los percances de su tentativa, y en dos palabras espliquemos el prodigio que se esperaba del famoso perro, á cuya voz todos se habian congregado en las inmediaciones del albergue del cazador de contrabando.

Despues de haber buscado en vano como los demas perros de la jauría la pista del zorro, el buen Lumineau, amaestrado por la experiencia, guiado maravillosamente por su instinto, hizo el siguiente raciocinio sumamente lógico, á saber: que el zorro bastante astuto para dar saltos enormes, á fin de interrumpir la pista y dejar en blanco á los perros que cazan solamente por el honor, limitándose su ambicion á coger el zorro y ahogar-

te, porque su carne les inspira una repugnancia invencible; estos buenos perros, á fin de hallar las trazas del traidor, incapáz de desvanecerse en el aire, debian alejarse poco á poco del sitio en que perdian la pista, describiendo círculos cada vez mayores, bien seguros que encontrarían de este modo el rastro del fugitivo. En efecto, á pesar de la enormidad de dos ó tres saltos, gracias á los que interrumpió su pista, el zorro debió en seguida tomar su paso ordinario, y continuar su camino á derecha ó izquierda, á la parte de acá ó á la de allá del sitio en que se perdió el rastro. Ahora bien; marchando el perro en círculos cada vez mayores, debia sin remedio en un punto dado encontrar el viento del zorro.

Esta maniobra se llama en el language de los cazadores *tomar las grandes delanteras y las traseras*.

Poniendo en práctica esta excelente teoria, y abandonando la vulgar de la trailla, que buscaba y rebuscaba en vano en el mismo sitio, Lumineau interrogó al suelo con su nariz, y empezó á describir al galope círculos cada vez mayores, llegando así al principio hasta el raso que atravesó, y en seguida á los peñascos, donde se hallaba la trampa que servia para cerrar la entrada de la cueva en que Banboche se habia refugiado. Recordaremos que el zorro no habia hecho mas que

reposarse un segundo apenas sobre las piedras para dar un nuevo salto, pero gracias á la finura del olfato de Lumineau, la ácre emanacion hirió, por decirlo así, los nervios de su nariz, y al punto sus ladridos de triunfo resonaron y atrajeron á los cazadores, desesperanzados ya en aquel momento.

Después de aquel primer ballazgo, hallando Lumineau una nueva interrupcion en la pista, hubiera debido empezar sus pesquisas circulares, y á los treinta pasos hubiera dado de lleno en la pista del zorro, desde allí en adelante no interrumpida: pero Lumineau sintió hueco el terreno, á la Lien disimulada entrada de la cueva del cosario; creyendo entonces que el zorro se habia agazapado, redobló sus ahullidos, escarbando con las dos patas, y pronto por entre los espinos y la tierra descubrió parte de la boca de la cueva.

Durante este intervalo, el montero primero, después el conde, su hijo, Mad. Wilson y Rafaela llegaron sucesivamente al raso.

—El zorro es nuestro, aquí está agazapado, gritó el montero al ver á su perro escarbar la tierra con furia.

Y bajándose del caballo, corrió armado de mango de su látigo á ayudar á Lumineau á ensanchar el agujero.

El conde Duriveau cediendo á la pasion por la caza, resintió un momento la alegria de una esperanza ya perdida, saltó tambien aba-

jo del caballo y dejando á un lado el orgullo, se paso de rodillas al lado de su montero, para ayudarle á desembarazar rápidamente la entrada del subterráneo que habian tomado por la madriguera del zorro.

CAPITULO VI.

La cueva.

L cabo de algunos minutos el conde Duviveau y su montero quitaron las piedras sujetas con tierra, plantadas de espinos que ocultaban la trampa de la cueva del cosario, refugio inesperado en el que Bamboche habia desaparecido.

Mad. Wilson y su hija esperaban con interés el resultado de aquella nueva peripecia de la caza, apoyadas sobre el cuello de sus caballos: el mismo Scipion á pesar de su desdenosa indiferencia, participaba de la curiosidad general.

—Pero esto no es una madriguera! gritó de repente el conde Duriveau descubriendo al fin la trampa, limpia ya de las piedras y espinos que la ocultaban.

Distinguiendo al través de las fuertes barras de madera las tinieblas del subterráneo, el conde cada vez mas sorprendido exclamó:

—Diriase que es la entrada de una caverna.

Una caverna, dijo alegremente Mad. Wilson, es muy romancesco; no todo el que quiere las halla; en estos tiempos los subterráneos son raros.

—Subterráneo ó no nuestro zorro debe estar oculto en él, gritó el montero, levantando del todo la trampa que al abrirse dejó ver una bajada estrecha y rápida.

—Es extraño, dijo el conde reflexionando, que semejante subterráneo exista en mis bosques sin que yo lo haya sabido jamás. ¿Tu tampoco habias oído hablar de ella, Latrace?

—No, no, señor conde.

Y por la primer vez despues de haber descubierto la trampa el montero pareció embarazado sin duda por reflexion.

—Quiero examinar por mí mismo el subterráneo y saber á donde sale, dijo el conde.

—El señor conde no tiene necesidad de bajar, echando á Lumineau, veremos pronto si el zorro está dentro. Adentro mi pequeño Lumineau, añadió el montero indicando al perro la entrada de la cueva.

El perro se precipitó en ella.

El conde sin responder á la observacion de su montero, se preparaba á seguir á Lumineau despues de haber dado su caballo á uno de los criados de á pié, cuando Mad. Wilson dirigiéndose á M. Duriveau le dijo:

—Mi querido conde, tened cuidado. ¿No es quizá una imprudencia que os aventureis así en esas profundidades?

—¡Qué niñería! Señora, dijo el conde sonriéndose, ¿creeis que va á salir de esa caverna un leon ó un tigre? Por desgracia estos bosques son demasiado modestos para ocultar á tan reales huéspedes. Permitidme que os deje un momento, porque mi curiosidad está excitada hasta el mas alto grado.

—Tranquilizaos, señora, dijo Scipion irónicamente; voy á partir los gloriosos peligros de mi padre.

Y bajándose del caballo se unió al conde.

—Es raro decia el conde, deteniéndose en el primer escalon de la bajada y mirando al interior de la cueva. Se diria que hay dentro un reflejo de luz.

—Damos en lo fantástico, dijo Scipion llevando á sus ojos el doble lente.

El conde iba á entrar en el subterráneo cuando el ruido de muchos y precipitados pasos llamó su atencion, como tambien la de los demas espectadores: acercábanse estos por diferentes sitios; el conde con un pié en el es-

calon y otro fuera de la cueva, permaneció inmóvil, viendo llegar al raso por varias salidas, una treintena de paisanos mal vestidos y armados, cuales de hoces, cuales de guadañas y cuales de nudosos palos.

Al acercarse los diferentes grupos, los hombres que al parecer habian dirigido su marcha, cambiaron estas palabras de lo mas lejos que se vieron.

—Y bien?

—Nada..... y vosotros?

—Nada; y sin embargo no hemos dejado una mata sin registrar.

—Ni nosotros un árbol cuyas ramas no hayamos mirado como quien caza caracoles.

—Y nosotros un foso al que no hayamos bajado.

—Y con todo, nada, nada.

—Puede que Lancelot que ha dirigido su batida derecho al encuentro de M. Beaucadet, habrá tenido mas suerte que nosotros y habrá dado con el brigán.

—¿Qué canalla es esa que corre así al través de mis bosques? dijo á su montero el conde Duriveau arrugando el entrecejo.

—Ojeadores que persiguen al malhechor de que hablé hace un momento al señor conde.

—Un malhechor! un malhechor! gritó madama Wilson, acercándose al conde, como su hija.

—Por no asustaros; señoras, dijo sonrien-

do Mr. Duriveau, os habia ocultado este incidente que con la descubierta del subterráneo compone un dia muy romanesco. En una palabra, dicen que un bandido escapado de las cárceles de Bourges, se ha refugiado en estos bosques.

—Y ese subterráneo en que híbais á entrar dijo Mad. Wilson con susto, pensad que ese hombre puede ocultarse en él.

—Verdad es, dijo el conde acercándose vivamente á la entrada de la cueva, de la que se habia alejado un momento para venir á hablar á la jóven viuda: puede que el bandido esté en ella, y quiero averiguarlo.

—Deteneos, en nombre del cielo! gritó Madama Wilson, dejándose caer del caballo con ligereza y acercándose en seguida vivamente al conde.

—Si ese hombre se oculta ahí, le dijo, se defenderá como un desesperado. Os lo ruego no hagais una temeridad.

—Mi tímida y encantadora amiga, respondió el conde riéndose: hace un momento que yo tambien dije, viéndoos pronta á saltar el peligroso obstáculo. No hagais una loca tentativa! Sufrireis, señora, que tome mi revancha.

Scipion despues de haber ayudado á Rafaela á bajarse del caballo, la dijo algunas palabras al oido y la acompañó á donde estaba su madre.

—Scipion, dijo esta, unios á mi para evitar que nuestro padre cometa una peligrosa imprudencia; quiere ir á prender solo al malhechor que se oculta quizás en el fondo de esa cueva.

—Es justo, dijo Scipion á su padre con burlona sonrisa, tu abnegacion es sublime. heróica, solo que huele algo á gendarme, Vaya, no te piques, no les quites el pan de la boca, deja el malhechor, á esas pobres gentes; y supuesto que los gendarmes andan cerca, que vaya un criado á llamarlos.

—Scipion, dice bien, en medio de sus locuras, respondió Mad. Wilson, por Dios os ruego conde que no os comprometais en ese lance.

—Scipion dice muy mal, respondió el conde con firmeza, el deber de todo hombre honrado es prender á un criminal, y mucho mas si hay peligro.

—Calla; que me humillas; hablas como un comisario de policia, dijo Scipion á su padre.

La procaz zumba del jóven haria esta vez al conde doblemente, obligado á aguantar los sarcasmos en presencia de una muger que idolatraba y á quien creia halagar con este rasgo de bravura, mas condenado á guardar silencio, por no provocar otra escena mas desagradable, se contuvo se encogió de hombros y marchó resueltamente hácia la boca.

—Amigos míos, dijo Mad. Wilson á los aldeanos, no abandoneis al señor conde, seguidle, defendedle si es preciso.

Era el conde muy temido: enagenábale todas las simpatías su notoria dureza con los colonos y el rigor implacable con que castigaba el atentado mas leve contra sus derechos de propietario; por otra parte su imperioso continente y fisonomía severa á todos inspiraban miedo; de suerte que en vez de atender á la súplica de Mad. Wilson dijo uno á media voz.

—Si el señor conde quiere prender solo al bandido que le prenda...á nosotros que mas nos dá.

—Ya lo sé, cobardes, contestó Mr. Duri-veau desdeñosamente.

—Cobardes....sí....sí; dijo un pobre diablo de labios blanquecinos y descuadernado por las terribles calenturas del país; si el bandido me hace daño quien lo paga es mi mujer y mi chicos.

—Raza embrutecida! dijo el conde con amargo desprecio. En su correría no han visto mas que una ocasion de venir á chillar juntos, á destrozar mi bosque, á asustar mi caza; ó robarme algo de paso, si podian. Un dia mas de holgazanería y desórden!

—No estamos aquí por nuestra voluntad, señor conde, se atrevió á decir un villano: al señor alcalde nos embargó en nombre de:

la ley, y para los pobres como nosotros, día sin trabajo, día sin pan,

—De veras? Y aun por eso el domingo están las tabernas atestadas de borrachos replicó el conde con ironía mas desdeñosa aun. Si por falta de trabajo, el domingo es día sin pan, no lo es sin vino, al menos para vosotros, porque os emborrachais como animales. Andad! en algun tiempo fui bastante necio para teneros lástima pero ya os conozco.

—Eso es otra cosa, dijo Scipion á su padre, ya vas hablando en razon; pero hace un momento te vi ya hecho un filántropo furioso. Aquellos aldeanos pacíficos, avezados á infinitas humillaciones por la miseria, por una deferencia forzada hácia los que los esplotan, y tambien por la falta de dignidad personal, consecuencia inevitable del envilecimiento y de la ignorancia; los pobres aldeanos escuchaban con tristeza aunque sin cólera las duras reconvenciones de Mr. Duriveau: no obstante uno de ellos, de cabeza cana, dijo en respuesta á lo de la ociosidad de los domingos.

—El Dios piadoso descansó un día despues de seis de labor: tambien los pobres podemos.

—Bastal dijo Duriveau con altivéz. Yo haré lo que ninguno de vosotros se atreveria á intentar.

Tanto por valor verdadero como para probar superioridad sobre aquella gente que sinceramente creía de especie inferior á la suya, el conde, á pesar de las súplicas de las señoras, entró resueltamente y sin armas en el subterráneo y despues de prohibir á Latrace que le siguiera con una seña imperiosa.

En pós de él pasó Scipion, cuidando antes de encender otro cigarro; y ostentando toda la calma zumbona que le caracterizaba, dijo á Mad. Wilson.

—Ea, orad por nosotros.....un corito..... cualquier cosa por el estilo de la plegaria de Moisés.

Y sacudiendo maquinalmente con el extremo del látigo las empolvadas botas, siguió con indiferencia las huellas de su padre.

Despues de bajar ocho ó diez escalones groseramente abiertos en la tierra, halláronse padre y hijo en medio de una gruta bastante espaciosa y formada naturalmente por los pedruscos hacinados, que para mayor comodidad dejaban penetrar escasa luz y aire por una estrecha rendija.

El rayo luminoso unido á la pálida claridad de un acha de resina, despedia un fulgor singular, fúnebre, á favor del cual descubrió el conde Duriveau un cuadro que le hizo retroceder.

Tambien Bamboche se habia estremecido

al ver lo mismo: mas en el fugitivo la sensacion se ligára con un recuerdo que le llenó de dolor y espanto.

En un rincon de la gruta, levantaba sobre una especie de plataforma, hecha con piedras habia una cuna tejida de juncos, y en la cuna, rellena de silvestres flores, un niño muerto muy recientemente: estaba tan natural; tan blanco y tan risueño que parecia dormido: no debia tener arriba de un mes, y al pié de la cuna ardia, sin duda como antorcha de funerales, una hacha de resina.

La penumbra del albergue permitia columbrar una caja de madera; que hacia de cama llena de hojas secas, y junto al rústico lecho una estrecha abertura como de galeria de minero, por donde un hombre podia pasar á la rastra: la pendiente de este largo conducto subia hasta el nivel del suelo exterior donde desembocaba, y esto nos explica la desaparicion de Bamboche.

Incorporóse el vizconde con su padre, en el momento en que este retrocedia sorprendido ante los humildes y misteriosos funerales de aquel niño muerto, colocado sobre una cuna llena de flores campestres. Aun cuando en el vizconde hubiera causado pesagera sensacion aquel espectáculo tierno y doloroso, su reputacion de *hombre gastado* le habria hecho disimular sus impresiones; empero era real y positiva la sequedad de cora-

zón de aquel adolescente, viciado en la terrible atmósfera en que vivía, desde la edad de quince años. No la aparentaba como podía creerse y lo que es peor, hacia impudente alarde de ella. Así es que cuando su padre, involuntariamente dominado por un sentimiento de interés y compasión, le dijo, olvidando los motivos de disgusto que contra él tenía.

—Mira, Scipion, mira ese pobre niño muerto, contestóle el jóven flechando el lente.

—Oh dolor! ya estoy viendo.....un lloromenos.... deslíz difunto de alguna virtud campestre, episodio de la vida de la muger.

Mirando luego en torno suyo y señalando con el látigo á la segunda abertura añadió:

—Sí, en efecto estaba el bandido, se habrá largado por allí: nos quedamos sin ladrón y sin zorro; bonito viage hemos hecho! Pero sabe que hace gracia la inocencia de las costumbres rústicas? Vaya, marchémosnos ya.

A pesar de la dureza de su carácter, chocóle al pronto al conde, le humilló la cruel indiferencia de Scipion; mas como las últimas palabras de este correspondían con el pensamiento favorito del conde, y eran, por decirlo así; un argumento mas en favor de su incurable desprecio á ciertas razas, dijo á su hijo.

—Sí, hace tiempo que la plebe de los campos es tan corrompida como la plebe de las

ciudades: el estiércol vale tanto como el lodo.

Y cediendo como siempre á sus primeras inspiraciones, cogió el conde la cuna, con no poca sorpresa de su hijo; subió precipitadamente con tan triste carga, y dirigiéndose á los villanos que estaban inquietos por saber lo que pasaba en la gruta exclamó con voz tonante.

—Tomad, interesantes aldeanos; tomad, mortales desgraciados, y sobre todo, virtuosos! ahí teneis lo que hacen vuestras hijas con sus hijos... cuando les estorban.

Y colocó la cuna sobre un peñasco.

Durante la momentánea desaparicion del conde habia ido Latrace á instancias de Mad. Wilson, á buscar la fuerza armada, y llegaba el sargento con dos hombres, al tiempo que el conde dirigia su terrible apóstrofe.

—Un niño muerto! exclamaron los aldeanos retrocediendo asustados,

—Qué horror, mamá? murmuró Rafaela, echándose en los brazos de su madre.

—Ah! caballero.... delante de mi hija!.... exclamó Mad. Wilson dirigiéndose al conde en tono de dolorosa reconvencion.

Era ya demasiado tarde cuando Duriveau echó de ver la cruel importunidad de su atranque.

—Un in-fan-ti-ci-dio! dijo Mr. Beaucadet, calzando cada sílaba, como tenia de costum-

bre en toda circunstancia grave: un infanti-cidio! repitió atravesando el círculo de paisanos, para apoderarse del cuerpo del delito: está bien, este negocio corre por mi cuenta.

Y mirando atentamente el cuerpo del niño, y distinguiendo un objeto que en la oscuridad no viera el conde, exclamó el sargento:

—Un papel! La inocente víctima tiene un papel al cuello...atencion!

Todos los espectadores de aquella escena, á escepcion de Mad. Wilson, que sostenia en los brazos á su acongojada, hija, se armaron á Mr. Beaucadet y á la cuna con ansiedad, diciéndose unos á otros por lo bajo.

—Tiene un papel atado al pezcuezo!

En efecto, de un cordoncito negro atado al cuello colgaba un papel que desenvolvió Beaucadet, apresurándose á leerlo en alta voz, sin cuidar antes de recorrerle con la vista.

En el billete estaban escritas estas palabras, que el sargento leyó con voz sonora.

«Deseo que mi hijo se llame Scipion Dariveau como su padre».

—Hola! tiene gracia, dijo Scipion encendiendo el cuarto cigarro con impasible sorna.

Rafaela Vilson desplegó un valor heroico. Al escuchar aquellas palabras sintió en el

corazon un dolor agudo, feroz: la abandonaron sus fuerzas por un momento, y tuvo que asirse á la mano de su madre para no caer al suelo, hasta que cobrando aliento para arrostrar un golpe tan atróz como imprevisto, se sintió con la energia necesaria para no sucumbir. Pocos momentos despues cruzábase entre madre é hija, una larga é indefinible mirada.

CAPITULO VII.

Misterios.

Deseo que mi hijo se llame Scipion Dervilleau como su padre.

Tal era el contenido del billete, uspenso al cuello del niño muerto,

—Es gracioso, habia dicho el vizconde, encendiendo un cigarro.

La lectura de aquel papel, la espantosa in-

sensibilidad y la audaciosa sangre fría del vizconde, habían llenado de estupor á los espectadores de aquella escena.

—El conde, inmóvil y silencioso, miraba á su hijo con irritado asombro, pensando en los funestos resultados de aquella revelacion debia tener el ánimo de Rafaela Vilson. Esta apretaba convulsivamente la mano de su madre, fijando en ella sus grandes ojos azules, anegados en llanto. Los aldeanos, á pesar de su carácter dulce y temeroso, exasperado por la insolencia flemática de Scipion empezaban á hacer oír sordos murmullos de indignacion; Mr. Beaucadet, aturdido de su sorpresa (pues profesaba la deferencia mas respetuosa á Mr. Duriveau, el modelo de los propietarios), se encontraba en la mas embarazosa posicion, y miraba maquinalmente el billete fatal, interin que la tempestad rugia cada vez con mas fuerza. De pronto pensando en la firma del papel, que hasta entonces habia callado por un movimiento de generosidad, Beaucadet creyó que haciendo conocer el nombre de la victima, aplacaria la irritacion siempre contra el seductor, y cuya esplosion se hacia de temer; añadió con tono de importancia:

—El billete está firmado por la desgraciada que.... por la miserable que.... En fin, no teneis necesidad de saber mas; está firmado.

— ¡Está firmado! murmuraron en voz baja.
— Si, la in-fan-ti-ci-da ha firmado; la aturrida picara ha firmado, dijo Beucaudet con aire solemne; ha firmado, y es...

Una especie de murmullo de inquietud y angustia circuló entre los aldeanos, colgados, como dicen, de los lábios de M. Beucaudet.

— Es... la *Bruyère*;... la pavera de la granja del Gran Enebro.

Al oír aquellas palabras, se Estremeció Scipion á pesar de su imperturbable serenidad subióle la sangre á rostro, su pálida cara se coloreó un momento, pero solo Rafaela, que no quitaba de él los ojos, notó aquella pasajera emoción que él dominó en seguida.

Los Aldeanos al saber que la víctima y la culpable era la *Bruyère*, jóven de diez y seis años á quien se atribuía cierta influencia sobre-natural y cuya singular hermosura, extravagancia encantadora y adorable bondad, eran populares en aquel doble país de supersticiosos é ignorantes, los aldeanos sintieron aumentarse su ira y su indignacion contra el vizconde.

M. Beucaudet conoció aunque tarde qué acababa de empeorar la posición de Scipion; los murmullos al principio sordos, se convirtieron de repente en quejas é imprecaciones.

— La *Bruyère*!.... pobre niña!....

— El angel bueno del país!....

— Tan amable!.... tan cariñosa!....

—El haber abusado así de ella, es una gran indignidad.

—Pero los señores se atreven á todo contra los pobres....

—Y se atreven á decir que ha matado á su hijo.

—Ella! oh! no, jamás....

—Y nos llaman brutos.... cobardes....

—Si, por mas que nos echeis el humo á la cara como burlándoos de nosotros, dijo uno dirigiéndose á Scipion, no nos amedrentareis.

—Y si la pobre Bruyére fuera mi hermana, añadió otro, blandiendo un trillo de mano, vuestra sangre correria por este trillo.

—Pobre Bruyére, añadió una voz conmovida, es casi nuestra hermana, porque aunque hechizada, cada cual la quiere como á una hermana: porque se sirve de su hechizo para hacer bien á todos.

Aquel *crescendo* de recriminaciones iba siendo serio: á la irritacion causada por la insolente audacia de Scipion, se agregaba el odio que su padre se habia atraido generalmente por su dureza y su desprecio, odio largo tiempo comprimido, por la costumbre de la resignacion, y el gran prestigio que rodea á la riqueza en aquellos desiertos páramos.

Aquellas fisonomias tan humildes y temerosas, se convertian en amenazadoras. Mad. Wilson y su hija cada vez mas amedrentadas se acercaron al conde y á su hijo interin Beau-

cadet empuñando el sable decia á los gendarmes.

—Atencion á la voz de mando.

Dirigiéndose á los alboratados aldeanos cuyo círculo se acercaba cada vez mas al vizconde y á su padre, el sargento añadió con imponente voz.

—Grupo tumultuoso! en nombre de la ley que nadie debe ignorar, disipaos y volved á vuestras ocupaciones.

La voz de Beucadet fué desoida, aumentóse la violencia de las imprecaciones, exasperadas aun por la aptitud provocativa del vizconde, que durante esta nueva y rápida peripecia, no habia desmentido su carácter: parodiando aquella escena final del baile de máscaras de *D. Juan*, que despues de una brutal tentativa contra Zelina, llena de injurias y amenazas á Leporello, levanta audacioso su desdenosa frente, y solo contra todos, resiste aun á la amotinada muchedumbre.

Lo mismo hizo Scipion: con la cabeza erguida, el pié firme, el ademan arrogante, la mano izquierda metida negligentemente en el bolsillo de su pantalon de gamo, y sacudiendo con la derecha el látigo sobre sus empolvadas botas, el adolescente afrontaba con extraña audacia aquel rústico motin: el despecho, el desden; la cólera daban entonces á sus graciosas facciones, ordinariamente afeminadas un carácter de resolucion sorprendente; sus

ojos brillaban centelleantes y atrevidos, sus mejillas se colorearon ligeramente, y bajo su bigote rubio y sedoso sus labios fruncidos por insolente sonrisa, dejaban escapar frecuentes ráfagas del humo de su cigarro.

A la sazón Rafaela que cada vez más espantada se arrimaba á su madre; clavó en Scipion una espresiva mirada de reconvención y de dolor. ¡Mas ah! jamás Scipion le había parecido tan hermoso.

El mismo conde Duriveau á pesar de las secretas razones que le hacían deplorar aquel incidente no dejó de sentir una especie de orgullo á la vista de la intrépida actitud de su hijo. Queriendo con todo calmar el enojo público, y sucumbiendo contra su voluntad ciertos sentimientos de moralidad que no se atrevería á desconocer el padre más escéptico y depravado, cuando habla á su hijo en presencia de otros hombres; M. Duriveau dijo al vizconde con voz firme y sonora.

La acusación que pesa sobre vos es grave, hijo mío, y á pesar de las apariencias espero que será infundada. No porque yo tema más que vos esas locas amenazas sino porque me complazco en creer que no habéis dado ni aun pretexto para que os las dirijan.

A las primeras palabras del conde un profundo silencio había sacudido el tumulto, todos esperaban la respuesta de Scipion, que

debía calmar ó exasperar la irritacion general. La mirada suplicante de Rafaela parecia que conjuraba al vizconde á que pusiese término á aquella penosa escena.

—Responded, Scipion, responded, dijo el conde.

—Declaro dijo el vizconde con voz irónica y serena, echando el lente sobre los amotinados, declaro, que me hizo gracia al principio, que la pavera se entretuviese en adornar con mi nombre, el fruto de sus recreos campestres; pero á la vista de las estupendas amenazas de estos pocos respetables campeones de la pavera, que me parecen borrachos como cubas, hallo mas divertido el publicar que el chico es mio,

Y como un estrepitoso clamoreo de furiosos gritos atogiese aquella declaracion dió dos pasos adelante el jóven; y con los ojos chispeantes, con la frente indomable cruzó los brazos sobre el pecho y arrimándose al villano mas próximo, repitió con acento firme y lacónico.

—Sí, es mio el niño: qué tenemos?

Las miradas, los ademanes, la actitud de Scipion, revelaban tan increíble intrepidez, que involuntariamente se hicieron atrás algunos de los paisanos; mas fué terrible la reacion de este primer movimiento: llegada la ira á su punto mas alto, cogió uno de los aldeanos á Scipion por los hombros, y

haciéndole dar una media vuelta, le puso frente á frente de la cuna, clamando con voz amenazadora:

—Desdichado! teneis valor para chancearos delante del cuerpo de vuestro hijo? Miradle si os atreveis.

Otra vez se estremeció Scipion, no de miedo sino conmovido, y á su pesar hubo de fijar la vista en el cadáver del niño.

—Bribon! te atreves á levantar la mano á mi hijo! exclamó el conde impetuosamente, cogiendo por el cogote al atrevido que obligára á Scipion á volverse.

—A él lo mismo que á vos, si llegais á tocarme.

—Tan bueno es el padre como el hijo! gritaron muchos.

Apesar de los esfuerzos de Beaucadet, de los gendarmes y criados del conde, hallábanse este y Scipion en iminente peligro, cuando gritos repetidos de *socorro! que me matan!* distrajeron afortunadamente á los alterados campesinos llamándoles la atención, y pudiendo así desarsirse padre é hijo mientras los agresores miraban hácia el raso con curiosidad.

Un hombre de obesidad enorme, casi desnudo, pues no traia mas que la camisa y los calzoncillos, manchados de lodo, se precipitó en el espacio claro, gritando desaforadamente.

—Socorro! al asesino! defendedme!

No obstante el susto del recién llegado, era

tan grotesca la facha de M. Dumolard, á quien ya habrán conocido nuestros lectores, vestido con un simple calzoncillo, con la cabeza pelada, pues tambien habia perdido la peluca; y con su descomunal abdómen, estaba tan ridiculo, repetimos, el pobre hombre que se deshizo en carcajadas el violento enojo que pudo costar muy caro á los dos nobles.

Viendo Dumolard en el uniforme de M. Beaucadet la representacion de la justicia protectora y vengadora, se arrojó en los brazos del gendarme con violencia tal, que por poco le ahoga.

—Caballero, en paños menores, decia Beaucadet pugnando por desasirse de los convulsivos apretones, es mucha indiscrecion... ved que hay aqui señoras, retiraos, cubrios y espliegaos.

—Salvadme, señor gendarme! defendedme! vengadme! chillaba Dumolard á grito pelado.

—Pero desdichado Adan, no ois que hay señoras? repetia Beaucadet; como se entien- de salir asi por los campos!

—Me han robado todo, levita, chaleco, el calzon y hasta las botas... Todo! exclamó Dumolard con voz acongojada... me han asesinado....

—Pero quien? preguntó Beaucadet.

—Me obligó á desnudarme; amenazándome; se puso mi ropa, quejándose todavia el muy bribon de que le viniera muy ancha; y cuida-

dó, que llevaba cincuenta luses en el bolsillo.... El infame me quitó hasta la gorra.... hasta la peluca para disfrazarse!

—Pero quién? volvió á decir Beucadet, quién ha sido?

—Finalmente, cojiendo el caballo de la brida, le sacó de la espesura, donde yo me había metido, y desapareció el monstruo.

—Pero direis quien ha sido? repitió Beucadet irritado.

—Ahora mismo, continuó el otro, arrastrado por el fervor de su narracion, ahora mismo acabo de verle pasar á escape por el camino, y se ha encontrado con dos gendarmes que le abrieron paso y le saludaron por añadidura... Imbéciles!

—No sois vos menos, exclamó Beucadet, si no decís quien os robó todo esto.

—Quién puede ser sino él?

—Pero quién es él? gritó Beucadet desesperado.

—El vuestro.

—El mio? quién es el mio?

—Si os lo estoy diciendo hace una hora! el malvado á quien perseguís.

—Bamboche! exclamó Beucadet estupefacto.

—Cómo qué! dijo Dumolard; despues de lo que me pasa, me venís con insultos? yo no soy Bamboche, y si engordé demasiado no es una razon para....

—Hombre de Dios, ballenato descömunal,

Bamboche! es el nombre del ladrón prófugo...

—Pues es una burla atroz que se llame de esa suerte quien se ocupa en tan digno oficio, murmuró Dumolard.

—Con que le saludaron mis gendarmes?

—Toma! si le creyeron uno de los cazadores....

—Ah! Bamboche, eres un zorro viejo, dijo Beaucadet poseído de indignación; abusar de los efectos, hasta de la peluca de este macizo señor, arrancar un saludo á mi gente; oh! tú, el mas insigne bribón de estos contornos... ya me las pagarás todas juntas...

—Rafacla, hija mia, que tienes, exclamó Madama Wilson sosteniendo á su hija, que se desmayaba en sus brazos: Dios mio! se pone mala...socorro!

—Con esta otra peripecia, mudó de nuevo de objeto la atención que estaba fija en Dumolard: las miradas de todo el mundo se clavaron con compasión y sorpresa en Mad. Wilson y su hija.

Muy poco conmovida, como sucedió á su madre, por la ridicula aventura de Dumolard, cedia Rafacla á la vehemencia de sus dolorosas impresiones, contenidas con valor por largo espacio: blanco como el alabastro habia ido quedando poco á poco su bellissimo rostro, y colgaban de los cerrados párpados algunas lágrimas abrasadoras: por bien que su madre quiso sostenerla, la pobre niña

cayó de rodillas con la cabeza doblada sobre el hombro....Este movimiento habia tirado al suelo su sombrerillo de hombre, y desatados los admirables cabellos de Rafaela, casi la escondieron en una red de seda, mientras que su madre, arrodillada tambien, para tenerla mejor, la estrachaba entre sus brazos, cubriéndola de besos y de lágrimas.

La amenazadora indignacion de los villanos, si no calmada, disminuida en parte por la grotesca aparicion de Mr. Dumolard, acabó de desvanecerse con aquella série de sucesos raros, olvidando su resentimiento, y conmovidos con el tierno cuadro que representaba Mad. Wilson, sosteniendo acongojada á la hija sin movimiento...

Un cuarto de hora despues de estos sucesos, á tiempo que el sol trasponia el diáfano horizonte, salian de las selvas tres grupos de muy diferente aspecto.

Una rápida carretela seguida por criados que conducian los caballos del diestro, se llevaba á Rafaela Wilson, sostenida todavia por su madre, mientras que Mr. Dumolard tiritaba debajo de una capa que le prestara un gendarme.

A un lado del carruage iba el conde Duriveau, severo de faz y poseido por la ansiedad mas profunda. El vizconde Scipion, fiel á su hábito de hombre insensible, ga-

lopaba á la otra portezuela con estoica calma, si bien de vez en cuando le cruzaba una nube por la frente y un movimiento convulsivo arrugaba su entrecejo.

El cabo de Mr. Beaucadet iba al paso á la cabeza del segundo grupo, conduciendo dos aldeanos, en unas angarillas improvisadas con ramas de árboles, el cadáver del niño, y en pos iban los demas rústicos, silenciosos, tristes, recogidos.

Por orden de Beaucadet, acompañaba el cabo á la triste comitiva encargada de dejar el niño en poder de la autoridad civil, para que fuera examinado por peritos.

El último grupo que salió del bosque, se componia de Mr. Beaucadet y tres gendarmes que á buen paso se encaminaban hácia la granja del Enebro, con el objeto de reducir á prision á la pavera, acusada de infanticido.

Inmediatamente despues de hecha esta aprehension, debia Mr. Beaucadet poner en conocimiento de las autoridades el disfraz con que Bamboche habia logrado escaparse de las selvas, donde hubiera sido preso inevitablemente á no ser por su encuentro con Mr. Alcides Dumolard.

Pero un personaje que sin ser visto presenció todas las escenas precedentes, marchó tambien corriendo por distinto camino hácia la granja del Enebro.

Este personaje no era otro que Hediondo el cazador.

CAPITULO VIII.

La Granja.

IBA á ponerse el sol, cuando acompañado de sus gendarmes y resuelto á prender á la Bruyère, Mr. Beaucadet se dirigió á la granja, del Gran Enebros propia del conde Duriveau, y perteneciente á su hacienda de Tremblay.

Difícil sería á los que no han visto la mayor parte de las granjas de la salogne, dar la menor idea del repugnante aspecto de aquellas zahurdas, fétidas, desmanteladas, insalubres aun para las bestias, y en las que vegetan sin embargo los colonos, sus criados y trabajadores, casi todos pálidos y macilentos porque fiebres continuas y terribles, producidas por las emanaciones eletéreas de un

terreno pantanoso, estenuán las poblaciones, debilitadas ya por un alimento insuficiente y detestable.

La granja del Gran Enebro era llamada así por causa de un enebro colosal que contaba lo menos doscientos años de existencia y que se extendía no lejos de la habitación del casero. Componíase esta de una especie de paratelogramo de destruidas mansordas, construidas de tierra y heno amansado.

—El techo, hundido por varias partes, había sido reemplazado en unas por tejas corroidas por el mohó ó la vejez, en otras por ramas estendidas sobre tablas.

Aquellas construcciones formaban la granja, el aprisco y la habitación del colono; rodeaban el corral, lleno de estiércol infecto, que disuelto en aguas fétidas y estancadas, formaba una repugnante laguna. Aquella masa de líquido nauseabundo, cubierto con una capa de viscosidad azulada, invadía de tal suerte el corral por la parte de la habitación del colono, que este se había visto obligado á construir una especie de calzada de cascote, cubiertas con ramas secas, á la que daban tres ó cuatro estropeados escalones, que conducían á la sola habitación de que se componía la casa.

Al lado de levante de la granja, enterrada en un valle tan mal sano se extendía una inmensa llanura, cubierta de pantanos: al Norte un

espeso bosque de encinas; interin que por el Poniente una estrecha calzada de cesped separa la granja de una gran laguna cubierta en invierno y otoño de una espesa niebla, y que cuando en verano fermentaba su limon por causa de los ardorosos rayos del sol despedia miasmas pestilenciales, llenando de ellos la atmósfera.

Pronto iba á hacerse noche y era la hora en que los animales volvian del campo. A poco rato atravesando la laguna infecta, llegaron varias vacas, flacas, huesosas, secas y llenas de fango: el insuficiente pasto de los carrascales y de los prados casi siempre sumergidos, era la causa del estado en que se encontraban aquellos animales: estaban confiados al cuidado de un jóven de diez y seis años, que apenas representaba diez: llevaba las piernas desnudas grieteadas y moradas, por la costumbre de caminar sin cesar en un terreno fangoso. Por único vestido llevaba el jóven un pantalon hecho pedazos y sobre pellejo (porque esta desgraciada raza desconoce las camisas) un saco de tela basta empapado con la penetrante humedad de la noche. Sus amarillentos cabellos, enredados y espesos, se veian enmarañados como una erina descuidada, sus mejillas hundidas y lívidas, sus lábios de una blancura escorbútica, sus apagados ojos y tardos pasos, anunciaban que sufría lo que llaman en aquel pais *las calenturas*: dúrantes hasta que con su renovacion periódica coucluyen con sus vidas ó ellos con

Las calenturas; este segundo caso es muy raro.

Un perro barbudo, sucio y descarnado era el compañero del vaquero, y con su ayuda logró encerrar el ganado en un tinaon, fangoso y frio, cuyo techo estaba hundido por varias partes, inconveniente que se habia tratado de remediar cubriéndole con ramas de pino.

Obsérvase que un afecto recíproco cimentado sobre un frecuente cambio de mútuos servicios y una existencia completamente semejante, unia al vaquero con su perro: ¡cuántas horas del otoño é invierno habia pasado al abrigo de una encina en medio de los disiertos eriales, apretado estrechamente contra su pecho al perro á fin de templar con el calor del animal, el frio de sus envarados miembros!

Acomodado de esta manera y sin pensar mas que un animal, el jóven miraba pastar sus vacas al través de la niebla fria y húmeda que medio se las ocultaba, ora seguia en el aire mirando maquinalmente el tardo vuelo de los anades y avefrias; ora sumergido en una estúpida apatia con la viga de una madrepora, permanecia horas enteras con la frente en las manos y fija la vista en los ojos de su perro.

Aquella vida solitaria, animal, embrutecedora, que rebaja al hombre hasta el nivel del bruto, era la diaria para el desgraciado jóven; como para tantos otros millares de seres de su edad y condicion, estraños absolutamenie á toda

instrucción elemental, viendo así en medio de aquellos eriales desiertos ni mas ni menos que el ganado que apacientan. Ignorantes de las primeras nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, el instinto de aquella criatura se limitaba á unir sus esfuerzos con los de su perro, para impedir que el ganado entrase en la espesura ó royese los retonos, recogiénolos por la noche en el establo en el que se albergaba junto á él,

Así viven y mueren multitud de criaturas, la ignorancia y embrutecimiento, sin tener de hombres mas que el aspecto, no conociendo de la humanidad mas que los dolores y las miserias; no sabiendo que Dios les ha dotado como á todos los demas, dándoles un alma que les une á la divinidad, y una inteligencia que cultivada podria elevarlos á la altura del primero.

Acababa el vaquero de encerrar el ganado en su establo, cuando entró la moza de granja trayendo de beber en el estanque inmediato á dos caballos enfermos; montaba el uno en pelo y ahorcajadas, remangado el vestido hasta las rodillas, y apresurando el tardo paso del animal con los talonazos que arriaba á sus enflaquecidos hijares.

La miseria, los trabajos groseros y el embrutecimiento, sometiendo sus víctimas á un implacable nivel, tienden á borrar de tal modo, los diferentes caratères de elevacion, fuer-

za ó gracia, impresos por Dios á sus criaturas, que esta muchacha no tenia de muger mas que el nombre.

Las facciones abultadas, curtida, quemada por la intemperie de las estaciones, embastecido el talle, desfigurado por trabajos superiores á sus fuerzas, los vestidos destrozados y llenos de fango los cabellos en desórden y ocultos apenas bajo un gorro de algodon blanco sucio; el aire brutal y atrevido, la voz ronca, y los movimientos viriles, aquella desgraciada pertenecia con todo á ese sexo que Dios dotó al criarlo de esa delicadeza de formas, finura de carnes, movimientos dulces elegancia natural, candor, timidez, y encantos á la vez atractivos y castos; que caracterizan á la muger y que la educacion desarrolla y fecunda, porque cada uno de aquellos preciosos dones contienen en si el germen de una virtud ó una gracia.

Pero lejos de esto aquella pobre moza de granja, abandonada, sin educacion; sin instruccion ni cuidados como su madre y la multitud de sus iguales, ¿no era mas digna de lástima que un hombre en semejante condicion? Privada de toda dicha, de todo placer sobre la tierra, habia perdido ademas á fuerza de trabajos, fatigas y miserias, hasta la fisonomía, casi hasta la forma que el Criador le habia dado.... si el aspecto de la degradacion fisica en el hombre, entristece el al-

ma, la de la muger, tal cual acabamos de pintarla ¿no causa un sentimiento mas triste, mas amargo aun?

Pronto entraron tambien en la granja dos mozos de arar, y ambos se apearon de los caballos en que venian sentados, arrojaron los arreos en un rincon del patio, sobre el estiercol y los caballos sucios hasta los pechos fueron conducidos de este modo á la estremidad del establo.

Entre tanto el vaquero cogió un inmenso barreño que enjugó con un puñado de heno, y se dirigió á la puerta de la habitacion del colono: subió algunos escalones, puso en el suelo el barreño, y dijo con voz doliente:

—Ya están en casa todas las bestias: aqui está nuestro barreño.

Y sentóse sobre una piedra con la frente apoyada en las manos, exánime de fatiga, temblando con la impresion del frio y de la fiebre, esperando le despachasen.

Al cabo de un rato, á favor de la incierta luz que salia por bajo de la puerta del cuarto, se vió asomar un brazo descarnado, con un cazo enorme de madera, con el que en un momento llenó el barreño de un alimento que merece mencion especial.

Consistía principalmente aquella cosa sin nombre, en leche, agua y cuajo, mezclados con harina y algunos mendrugos de pan de centeno negro, compacto y viscoso. No suena

mas pesado el yeso al caer en la ariosa del albañil, que aquel nauseabundo alimento hizo al caer en la cazuela; y tengan presente que el colono y su familia, no usaban mas sanos ni abundantes manjares.

Cuando se llenó el barreño, cargó con él el vaquero, y poniéndoselo sobre la cabeza se dirigió al establo.

A su llegada, estaba ordeñando la criada, la poca leche caliente y espumosa que daban las vacas para preparar con ella la manteca que se vendia en la granja, en donde se consumia el resto del cuajado ágrico por la presion que sufría.

Al ver reservada para la venta saludable, apetitosa, los infelices, resignados con el detestable sustento que los esperaba despues de un dia entero de fatiga: los desdichados, avezados á la miseria, no esperaban la menor envidia. No sucediales lo que á esos trabajadores cubiertos de andrajos que en su boharrilla desmantelada, trabajando sin descanso están hechos á no envidiar las lujosas telas de oro y seda, cuya delicada trama tejen á destajo.

Cuando llegó al establo el vaquero cargado con la cazuela de pitanza comun, encontró ya á sus compañeros sentados en el estiercol cerca de la puerta, para aprovechar el crepúsculo, pues otra linterna mas que la que alumbraba la habitacion del colono, ha-

bria parecido una superfluidad costosa.

A esta sazón, sonaron dolorosos gemidos en el rincón mas retirado del establo.

—Bueno! dijo uno de los mozos, ya empieza su música el tío Santiago.

—Como es la hora en que la Carrasquilla va todos los días á verle...

¡Pobre hombre! mas le valia rebentar una vez que vivir así.

—Sufre como un condenado... Y va parados años que está lo mismo: pues no era mejor morirse?

—Y gracias á que nuestro amo le dá un poco de paja en el establo y las sobras de nuestra cena, que si no se moriría como un perro.

—Dios le pague al amo esa caridad, mejorando la mala suerte que le persigue; saltó la moza que se llamaba la Robin. Dicen que el mayordomo del señor conde despide á maese Chervin de la granja, por no poder pagar.

—Qué nos importa á nosotros? dijo bruscamente uno de los gañanes. Amo hemos de tener, conque lo mismo se me dá obedecer á Juan como á Pedro, interin me quedo como el tío Santiago.

—Caramba! cuando uno se acuerda que era de los primeros trabajadores! añadió el otro peon....

—Pues ya acabó... tullido de todo el cuerpo.....

—Las humedades de las lagunas le han puesto de esa manera.

—Y luego los rocíos de las noches de otoño, cuando fué pastor.

—Pues el consuelo nuestro es que nos aguarda otro tanto para la vejez, y antes acaso: ¡oh! no es broma: á mi ya no me sueltan las calenturas....

—Todos pagaremos el pato, dijo la Robin, la cual no carecia de indiferencia, que es la filosofia de los humildes. A fuerza de trabajar, los azadones se gastan, y luego que no valen, se les tira, ¿Qué remedio tiene?

—Ninguno, está claro; cosas de la suerte.

—¡Caramba! pero es uná suerte bien pícara para los pobres.

—Y tanto....

—¡Bah! saltó la Robin, la suerte es suerte.

—Sí, tú, la replicó un mozo, aunque te hicieran cuartos, dirias: perdonad, la culpa es mia, no lo hice aposta.

—Si la suerte lo dispone! repuso la criada muy persuadida; y prueba de que es la suerte, que lo mismo te sucede á ti que á mi y que á esos!

A esta esplicacion triunfante de la fatalidad de su destino, no supo que contestar el mozo, se rascó la oreja y meneó la cabeza, pues no estaba del todo convencido.

—Vamos á ver, continuó la Robin, trayendo los hechos en apoyo de su raciocino, te

lo voy á probar tan claro como la luz del mediodía. Esta noche he ordeñado las vacas y ahí está todavía la leche calentita: esta mañana, por orden del amo, retorci el pescuezo á seis gansos cebados que irán mañana al mercado con seis de los pavos de la Carrasca, veinte libras de manteca, medio ciento de huevos, dos fanegas del mejor trigo de la cosecha, un sollo que bien pesa quince libras, y dos carpas que no le van en zaga.....

—Qué prueba eso en favor de la suerte? dijo el gañan embobado.

—Ten paciencia, prosiguió la Robin: con el trigo se hará excelente pan blanco, no es verdad?

—Ya lo creo.

—Con la manteca y los huevos frescos una tortilla esquisita?

—Huy!

—Pues no digo de las sopas con leche.

—Qué bien me sabrían!....

—Y qué frito con el sollo y con las carpas....

—Calla, calla, que se me hace agua la boca.

—Finalmente, serian una gloria los gansos asados.

—Muchos guardé cuando chico; pero jamás los he catado: debe de ser bocado de rey.

—Pues bueno, continuó la Robin, tenemos á dos pasos de nosotros con que hacer pan

blanco, sopas de leche, tortilla, asado, frito y hasta una buena torta, habiendo, como hay harina, manteca y huevos; se podría poner una buena comida, no es verdad?

—Una comida de boda! Tendrá uno que casarse, aunque no sea mas que por comer bien un dia en la vida; pero todo eso, qué tiene que ver con la suerte?

—Eso lo prueba contestó magistralmente la Robin, puesto que teniendo cerca cosas tan buenas, vamos á atiforrarnos con esa pasta.

—Hum! exclamó el criado mirando á su compañero con ademan interrogatorio; mas el otro dormitaba de cansancio, poco dispuesto á aquella conversacion filosófica, y el vaquerillo acurrucado tiritaba de calentura.

Juzgando la Robin por la fisonomía de su interlocutor que no estaba enteramente convencido, añadió:

—Mira, Simon, si nuestra suerte fuera comer esas cosas buenas, en lugar de este mejujge, las comeríamos: como no las comemos ni el amo tampoco, señal de que no es nuestra suerte.

—Pero, voto á brios, saltó el mozo desesperado, para quién se hizo la suerte de comerlas?

—Para los señores ricos de las ciudades, que las compran y se regalan con ellas.

—Sí, y para ellos son tambien nuestras terneras, nuestros carneros y nuestras vacas que

nosotros jamás probamos. (1)

—Hum!...

—Es ó no verdad? exclamó la Robin triunfante: no se lo comen ellos todo y nosotros nada?

—La verdad es que se lo tragan todo, dijo el gañan con tono lastimero, penetrado de la evidente claridad del raciocinio de la Robin....

—Suerte suya, como nosotros tenemos la nuestra; solo que á ellos les toca la buena y á nosotros la mala: ea, pues, mano á las cucharas, añadió la Robin, y despachemos.

Cada cual se arrimó como pudo á la cazuela, aguijado por un apetito comprimido por

(1) Léase en las obras de Santiago Bugeault, obras llenas de buen sentido é inteligencia práctica, verdadero catecismo del agricultor.

«Medio mundo no sabe como vive el otro medio: nadie sospechará que en el departamento hay (Bugeault habla del departamento de Deux Sevres que no es tan pobre como el de Sologne) 270,000 individuos que jamás comen vaca, ternera ni carnero; bastando para el consumo de cada uno un cuarteron de tocino POR SEMANA.»

En Sologne una muy corta parte de la poblacion agricola disfruta del cuarteron de tocino por semana.

el hastio: la Robin, sentada entre los gañanes, tratábalos con igual afecto y en frente de ella estaba el vaquerillo.

—Esto frio cae en la panza como terrones de nieve, dijo uno de los mozos, metiendo lentamente la cuchara: yo veia traspillado de frio y con esto acabo de helarme.

—No les darian esta pasta á los perros del señor conde que hoy estaban cazando...

—Oh! los perros! poquito mimados están, repuso Simon; el otro dia que fui á llevar heno al castillo miré la sopa que les estaba mojando el señor Latrace, y asi Dios me asista como que tenian cabezas de carnero, tripas, corazon de vaca.... vamos, cosa esquisita.

—Ay! todos no podemos ser perros de caza, dijo la Robin resignada y sin la menor intencion irónica.

Tan natural pareció entonces el deseo de la pobre muger, que sus palabras no dieron lugar á comentario alguno.

Oyéronse entonces otra vez los gemidos y una voz lastimera que llamaba á la Carrasca.

—El tio Santiago llama á la Carrasquilla, dijo la Robin: se conoce que está ya impaciente el pobre viejo.

—Es particular que no haya vuelto á estas horas.... Oh! lo lo digo por la cena, porque siempre la quedará mas de la que necesita.

—Bah! si come como un gorrion; y come

porque ella quiere, insinuó Simon en tono misterioso, que si no quisiera, no comería nada.

=No diré que no, respondió la Robin, meneando la cabeza, como que está hechizada: y si no diganlo sus pavos que la conocen, la quieren, la obedecen y la defienden como perros.

=Pobre del que se acercára de noche al nido donde duerme la muchacha! preguntádselo á Silverio que por poco le sacan los ojos los malditos animales!

—Ni mas ni menos estuvo á punto de sucederle al gefe de los gendarmes, por querer retozar con la Carrasca.

—De fijo están hechizados tambien sus vichos, pero los comería de Luena gana, si fuera suerte mia comerlos, como dice la Robin.

A este tiempo entró en el corral un grupo compuesto de un viejo, un hombre de edad madura, y una muger con un niño, encaminándose hácia donde estaban los criados.

—Hola! dijo la Robin: estos deben ser parroquianos de la Carrasca; pero no los conozco.

=Esta es la granja de la Carrasca? dijo uno de los recién llegados.

=Si lo decia! saltó la Robin, quereis hablarla para que os aconseje, eh?

=Sí, buena muger, somos del Val, nos hablaron de ella, y venimos acabado el trabajo.

=Pues ya debería estar de vuelta y no pue-

de tardar: si quereis verla antes, llegaos hácia la acequia, á mano izquierda saliendo del corral, que por allí ha de venir.

—Gracias, buena muger, dijo el mas viejo; y salió de la granja seguido de sus compañeros.

CAPÍTULO IX.

Bruyère.

—Bueno, dijo la Rubin, viendo alejarse los parroquianos de la Bruyère; la procesion continúa; ahora son los de Val; vereis que vendrán hasta los de la Beauce para que les aconseje.

—Otra prueba mas de que está *hechizada*.

—Sí, si, de seguro; es preciso que esté hechizada para conservarse tan linda.

—Y sus cabellos tan relucientes y tersos....

—Y su corona y sus ramilletes.

—Y sus cinturones.

—Y sus botitas de junco...

—Y sus grandes ojos verdes son los que se

llaman ojos hechizados.

—Y además adivina el tiempo seco, el granizo, la lluvia, ó las nieblas.

—Ya lo creo; en cuanto á esto, es un niño á su lado un marinero del *Loire*.

—Esto hace que de todas partes vengan á consultarla....

—Y como conoce la calidad de las tierras....

No tiene mas que decir *ciertas palabras* á las que vienen á consultarla, y las tierras malas se convierten en buenas. Pero es preciso hacer lo que dice.

—Testigo al amo; la escuchó el año pasado, y tuvo una famosa recolección.

—Sí, de gran cosa le ha servido! concluía su arrendamiento; el administrador del señor conde al ver aquella magnífica cosecha, ha aumentado la renta en una tercera parte, el amo consintió, y este año, como no puede pagar, le echan fuera.

—La culpa no es de la Bruyère.

—¡Oh! no, ella nunca se engaña; ella que conoce las *yerbas*; porque en algún tiempo las que preparaba para el tío Santiago le han aliviado; pero la enfermedad ha sido la mas fuerte; ¡es tan *obstinado* el mal!

—Sí, respondió la Robin, pero hay muchos que ha curado enteramente.

—Solamente con las calenturas no tienen poder sus *palabras*.

—Ella nos ha dicho que los pântanos y las

lagunas son las que producen las fiebres.

—Ah! ah! las lagunas producen las fiebres! gritó riendo fuertemente uno de los mozos; ¡eso sí que es una tontuna!

—Pues cuando ella lo dice, yo la creo, respondió la Robin, si está *hechizada* para una cosa; debe estarlo para la otra.

—Diantres! dijo indeciso el mozo, quizá sea verdad.

—Basta ver que cuando se pierde algo y se le dice el sitio poco mas ó menos, marcha allá con sus pavos, y dale que dale, les obliga á encontrar la cosa perdida, como sucedió con la caja del tabaco de plata del administrador.

—Y con el polvorin en cobre del guarda.

—Y no estará *hechizada la Bruyère*?

—Por Dios!

—Sin contar ademas su buen corazon, que es el mejor que se conoce.

—La prueba es que cuando el Hediondo se veia perseguido como una fiera, velaba sobre él y le advertia siempre.

—Por eso viendo que no podian agarrarle le han dejado tranquilo.

—Y qué buen hombre á pesar de todo es el Hediondo; dicen que si caza de contrabando ó pesca lo mismo, es para ofrecer una buena pieza ó un pescado fresco á un pobre enfermo á quien un buen alimento vivifica algo.

—Eso dicen, y es posible; la Bruyère no le quería tanto si no fuese un buen hombre.

—Hace algun tiempo que se les vé juntos con frecuencia.

—Seguramente habrá hechizado tambien al cosario, la muy *hechicera*.

—Oh! si está hechizada y es hechicera, dijo candorosamente la Robin, basta mirarla al lado mio... con lindos pies, manos y talle, y sus diez y seis años... Al lado mio parece una nada, una niña... seguramente está *hechizada*.

—Y si no lo estuviera, ¿porqué en lugar de acostarse con nosotros todos en el establo ha ido á anidarse con sus pavos?

—Eso es lo que te quema, gran tuno, tú tambien hubieras querido retozar con ella, dijo la Robin soltando la carcajada; y alargando á su vecino un puñetazo, él por no ser menos, se inclinó por detrás de la Robin, y lo devolvió el otro gañan que se iba quedando dormido y que por via de juego respondió dando un puntapié al vaquero, quien sin dejar de irritar procuró sonreirse y no devolvió el puntapié á nadie.

—No serias tú la que harias lo que la Bruyère; ¿es verdad Robin? No eres tú tan tonta que abandones el establo de noche.

—Y Simon abrazó á la repugnante criatura repitiendo.

—No eres tú tan tonta que abandones el establo de noche.

—No, ella no es tan tonta, dijo el que estaba á la izquierda, abrazando no menos familiarmente á la Robin sin que esto escitase los mas minimos celos en Simon: entre tanto el vaquero permanecia indiferente á las groseras bromas que presenciaba, y conversaciones que oia, las que nos obtendremos de contar, y que se prolongaron hasta que llegó la noche.

El vaquero colocó entonces fuera del establo en un rincon y tapado con un cubo lo que quedó de la cena; esto era para la Bruyére, cuya tardanza admiraba pero no daba inquietud á las personas que habitaban la granja: ¿cómo inquietarse por una criatura hechizada?

Cerradas las desvencijadas puertas del establo, los dos gañanes, la moza y el vaquero se acostaron juntos en la misma paja, tales cuales se hallaban vestidos y aprocsimándose cuanto podian para darse calor; cubriéndose los unos con un pedazo de manta, los otros con un capote, pues entre aquellos infelices se ignora absoltamente, lo que son cammas, sábanas y cobertores.

En cuanto á los incidentes obscenos que cubren con sus sombras las largas noches del invierno, pasadas de este modo en una granja solitaria, ó las cálidas del estio, cuando segadores y cojedoras, abundan en las granjas y duermen mezclados en montones de paja,

¿porqué admirarse? ó mas bien ¿con qué derecho admirarse?

He aquí multitud de criaturas abandonadas, criadas sin mas cuidado, sin mas solicitud que los animales del campo, colocados sin distincion de edad ni sexo, cual bestias de labor que vuelven del trabajo ó de pastar. ¿Con qué derecho exigir de ellos costumbres diferentes de las de las bestias? ¿Con qué derecho se pretende, repriman sus ardores brutales, y respeten la infancia y la dignidad propia?

Así, cuántos de estos infelices abandonados á las tradiciones de aquella existencia de miseria y embrutecimiento, desheredados de cuanto es capaz de cultivar el espíritu, purificar el corazón y engrandecer el alma, viven como pueden y por necesidad en el fango en que se les deja perdidos.

Mas á esto dirán los optimistas y los repletos que son los peores egoistas.

«Esas castas embrutecidas aceptan su suerte sin quejarse, y aun se revuelven en su ocioso con un gozo, con una sensibilidad sumamente grosera: ved á los proletarios de los campos, como se contentan con un alimento insalubre y detestable, en tanto que todos los dias están recogiendo, criando y cebando, sin envidia los elementos de la alimentación mas sana, succulenta y apetecida. ¿Qué se gana con despertar en esos infeli-

«ces, necesidades y apetitos que no esperi-
«mentan? Vedlos como así que se hartan, se
«atienden revueltos en la misma paja bombres,
«mujeres y niños. ¿Y qué importan los he-
«chos de promiscuidad salvaje, que puedan
«ocurrir en aquellas zahurdas? La noche es
«complaciente, sus tinieblas esconden lo que
«debe quedar oculto, y así vive hace siglos
«esa casta sufrida, avezada á la servidumbre
«y que nada solicita: trabaja resignada, sufre
«en paz. *No hagais pues por su causa mas
«que ella misma.* Esa gente que tan des-
«dichada se os antoja, rie, canta y hace el
«amor á su modo. No esperéis por tanto con-
«seguir que se compadezca su suerte.»

A estos contestamos nosotros.

Precisamente por la misma razon que esas castas desheredadas no sueñen tener concien-
cia de cuan grosera, salvaje y embrutecedo-
ra es la vida animal en que se ven obliga-
das á vivir, por esta misma razon repeti-
mos, reclamamos nosotros para ellas en nom-
bre de la dignidad y de la fraternidad hu-
mana una educacion que las penetre del hor-
ror de tan deplorable existeneia.

Una educacion que imponiéndolas en los alcances de su FUERZA, en el conocimiento de SUS DERECHOS y en la religion de SUS DEBERES, permita á estas clases desheredadas, reclamar y obtener su parte legiti-
ma de los bienes y productos que contribu-

yen á hacer valer parte que debe ser equitativamente proporcionada á la fatiga, á la labor é inteligencia del que trabaja.

—Empero, volverán á replicar los optimistas y los repletos que, hastiados de los placeres del invierno, eligen prudentemente la primavera y el verano para sus peregrinaciones campestres: ¿á qué es hablarnos de zahurdas húmedas é insalubres, de eriales, é incultos, de lagunas corrompidas? Esa misma granja del Enebro, por ejemplo, tiene vistas deliciosas....Cabat ó Dupré sacarian de ellas un bonito cuadro.

Y efectivamente, en la primavera los brezos incultos se cubren de rosadas flores; en la cenagosa orilla de los pantanos, brotan las hojas lanceoladas de los frides de color de oro ó los enormes, tallos de las cañas con sus oscuros penachos: el moho fresco cubre con sus reflejos de esmeralda los tejados ruinosos: bajo las floridas plantas parietarias desaparecen las grietas de las casucas y hasta las encinas que por el lado del Norte resguardan la granja, ostentan á la sazón su mas pomposa verdura.

Ya se vé, á vista de las chozas reflejadas por el agua de las lagunas y escondidas entre floridas plantas y árboles copudos, el optimista esclama: ¡*Hermoso paisaje!* ¡*Cuadro pintoresco!* y se encoge de hombros si le hablan de la suerte horrible de los seres con-

denados á vivir en un paraje de donde, segun el optimista pueden sacarse tan deliciosos cuadros.

No obstante, si el viajero enamorado del *colorido* y del *paisage*, prolongára por poco tiempo su residencia en aquel lugar del efecto tan pintoresco, pronto advertiría que fermentadas con el ardor del sol las masas del estiércol húmedo hacinadas en el corral desprenden un hedor pútrido que inficiona la habitacion, harto escasa de aire, mientras que calentado por la canicula el cieno de los pantanos, desparrama miasmas deletéreos, tan funestos como las nieblas que los cubren en otoño y en invierno.

Si, porque se ignora se olvida que, si gracias á la inagotable profusion de la naturaleza, aquellas pobres viviendas en que se alberga la poblacion agricola, están por breve espacio decoradas exteriormente con un humilde adorno agreste, el interior de las talechozas, y la vida de los que las habitan da lugar á las mas dolorosas reflexiones.

Nuestra opinion es que la suerte, la salud, la existencia de millares de criaturas de Dios no deba depender de la buena ó mala voluntad, del corazon bueno ó malo de un solo hombre, so pretesto de ser poseedor de parte de un territorio.

Tenemos en M. Duriveau un propietario de dos ó tres leguas de término. Por incuria, por

ignorancia, por el egoismo ó la avaricia de este hombre, por culpa suya, en una palabra, la parte de terreno que Posee y que está habitada por multitud de familias, se halla espuesta á la accion homicida de las aguas estancadas, que si se utilizáran por medio de canales, podrían fertilizar y fecundizar el suelo, que hacen estéril y mortífero para los que le cultivan tan penosamente.

No contento M. Duriveau con perpetuar los focos de corrupcion, obliga á sus colonos á vivir en las horribles guaridas que les arma con tierra y bálago en los sitios menos sanos, cubiles húmedos donde los miserables proletários de los campos adquieren por precio enfermedades, hasta que una muerte prematurada dá con ellos en tierra (1).

(1) *Hay escepciones raras aunque honrosas, que confirman la generalidad de los hechos. El difunto M. Vicente Gaillard fue el primero que introdujo en parte de la Sologne los plantios en grande de pinos del Norte y pinos de Escocia, á fin de fertilizar y hacer mas salutiferos el terreno. Mas adelante, M. de Lorge, ademas de sus continuos socorros, hizo inmensos desmontes y prestó notables servicios á la misma comarca con el generoso impulso que dió á la agricultura. M. Menard, ex-notario de Beaugeney, está en la actualidad ensayando las mas in-*

¿Existe alguna autoridad ó ley que impida á este hombre dejar siendo homicida á que debía ser sano: y estéril lo que podría ser fecundo? No: este hombre dispone á su antojo de parte del territorio de la Francia.

Véase sin embargo qué singular anomalía.

Si en la ciudad una casa mal configurada, roba un pie de terreno en una calle que tenga treinta ó cuarenta de ancha, inmediatamente la ley se conmueve, se aflige, se indigna, y en nombre de la *utilidad pública* se echa encima del pobre propietario, obligándole de grado ó por fuerza á derribar su casa. Ya se vé, no chocaba á la vista? no estorbaba la circulacion en un sitio dado? La urgencia era terrible, el peligro enorme de no llevar adelante la medida! La rectitud de la alineacion, el ensanche de la acera lo exigian!!

De esta suerte la policia urbana huella los derechos que se llaman imprescriptibles de

====

teligentes mejoras agricolas, apoyadas en las ideas fecundas y llenas de porvenir de la asociacion y del socialismo. Mas estos ejemplos, por respetables que parezcan, no son mas que escepciones, sin enlace con ninguno de esos vastos sistemas, cuya iniciativa solamente puede tomar un estado social en que se diera satisfaccion plena y legitima á los representantes de estos tres elementos de toda riqueza. =Trabajo. — Inteligencia. =Capital.

la propiedad, y obliga al dueño á demoler su casa en breve espacio—casa paterna quizá—casa donde va á morir su madre.

Esta subordinacion del interés privado al interés de todos, dimana ciertamente de un principio admirable en su esencia y reasumido en estas palabras *utilidad pública* (para los buenos hay una santa revolucion social en la inteligente, vasta y fecunda estension del principio de EXPROPIACION): mas ¿por qué se limita á solo el embellecimiento de las ciudades las consecuencias de este magnífico principio de fraternidad? ¿Por qué la sociedad, tan radical, tan legitimamente agresiva á la propiedad y al individualismo, cuando en circunstancias dadas el individualismo y la propiedad perjudican al bien comun, porque la sociedad se mantiene indiferente, desarmada respecto de cuestiones mucho mas graves que las de alimentacion de calles, pues que se trata de la fertilizacion, de la riqueza del reino, y sobre todo de la vida—de la vida, sí! del mayor número de sus hijos?

En nombre de la humanidad ultrajada, en nombre de la ultrajada divinidad, porque sacrilegio es usar tan indignamente de lo que Dios crió para satisfaccion de todos, cierto que la sociedad, tan severa con M. Duriveau, gran propietario agrícola, como con el dueño de la casa desnivelada, debería esclamar:

=En nombre de la *utilidad pública*, haced

saludables propiedades, edificad casas humanas y no zahurdas para los hombres laboriosos que cultivan solos y hacen valer el terreno de que sois poseedor; evitad á esos infelices hermanos al cabo y semejantes vuestros, las enfermedades que los enervan y los matan y de las cuales sois responsable á los ojos de Dios y de los hombres, puesto que de vos depende destruir la causa de esa mortandad! Si, asi no lo haceis, la sociedad os es propia, como lo hace cuando un propietario no se sujeta á la alineacion ó á reconstruir una casa cuya inminente ruina amenaza á la seguridad de los transeuntes.

En vano diria M. Duriveau:

—Me faltan fondos para desmontar ó mejorar mis tierras, para construir casas sanas y vivideras en lugar de esas chozas.

—Pues la sociedad debiera replicarse:

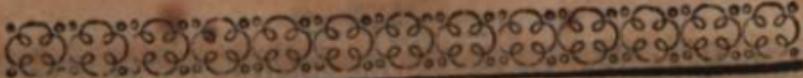
—El mejoramiento de parte del territorio comun, su fertilizacion y ademas la salud y la vida de cincuenta familias no deben estar sujetas á las alternativas de vuestra caja, á la insuficiencia de vuestros recursos ó á la dureza de vuestro corazon. Sois demasiado pobre para ser tan rico? pues vended vuestras haciendas: la sociedad exigirá del comprador las garantías que vos nos dais. Si faltan postores, comprará la sociedad: la tierra abona siempre con usura los adelantos que se la hacen. Constituida en propietaria, la socie-

dad hará los trabajos de desmonte, cultivo y construcción en interés de todos y por consiguiente en el suyo propio, porque congregaba á los trabajadores agrícolas en *asociación*, en *participación*.

La *comunion* entonces reemplazará á la egoísta y estéril individualidad, y esos arenales pantanosos solitarios, casi estériles, donde vegetaba una población miserable, raquítica, se transformará en un territorio alegre, productivo, poblado de seres dichosos que por los derechos del trabajo y la inteligencia, disfrutarán de los bienes que Dios creó para todos.

A Dios gracias, tal es la fuerza de las cosas que estos tiempos se van aproximando. Ojalá que los hombres que gobiernan puedan conseguir, como es *hacedero*, que se verifique la emancipación de las clases desheredadas sin sacudimientos, sin violencias, sin víctimas y á satisfacción de todos los intereses.

Acababan los mozos de la Granja del Enebro de cerrar la puerta del castillo donde dormían, cuando entró la Bruyére en el corral.



CAPITULO X.

Bruyère.

BRUYERE acababa de encontrar á poca distancia de la granja á las personas que vinieron á buscarla para que les aconsejase, como decia la Robin: queriendo ante todo cumplir con su deber, la jóven rogó á sus rústicos *parroquianos* que la esperasen fuera un momento.

Cuando Bruyère entró en el patio de la granja, el cielo crepuscular azul oscuro en su zenit en el que resplandecian ya algunas estrellas, conservaba aun por la parte del occidente una transparencia luminosa, último reflejo del sol ya puesto, que tan melancólico encanto dán á las tardes del otoño: sobre este fondo de apagada púrpura se dibujaba la figura de la Bruyère. Su estatura aunque pequeña era perfectamente proporcionada, llevaba un sayo con medias mangas, de tela de

lana blanca con rayas oscuras, sujeto al faldón con un cinturón de juncos finos como la seda, tejido por ella con admirable ingenio: gracias á su anchura y á lo espeso de su tejido, el traje de la jóven que subía hasta cubrir enteramente el pecho y llegaba algo mas abajo de la mitad de la pierna, se plegaba graciosamente en su caída, impidiéndole su altura el mancharse con el fango de los pantanos: las anchas mangas, que no pasaban del codo, dejaban ver sus brazos redondos y algo tostados; sus pies tan pequeños como los de una niña, calzaban zuecos de abeto ennegrecidos al fuego: el agua de un claro arroyuelo en que como todas las tardes, acababa de lavarlos, les habia dado un lustre de ébano. Obligada por su pobreza á llevar las piernas desnudas, la Bruyère con la industriosa mañosidad de un salvaje, se habia fabricado una especie de botines de junco, que subían hasta las rodillas, empezando en el tobillo, reservando lo demas del pie el zueco: nada mas lindo, mas limpio que aquel tejido fino y lustroso, apretando estrechamente el redondo contorno de una pierna encantadora, garantida de este modo de los arañazos y de las grietas producidas por el fango.

Por una costumbre singular, á pesar del frío, de la lluvia y el ardor canicular, la jóven llevaba siempre la cabeza descubierta; solo algunas veces cuando florecían las carras-

cas, mezclaba algunas de sus flexibles ramas en su peinado, sin duda en memoria del nombre con que la habían bautizado, al hallarla pequeña, abandonada en un valdío y recostada en los carrascales. (Desde aquella época el mismo misterio ocultaba siempre su nacimiento.) Sus cabellos castaños muy espesos naturalmente rizados y separados en ondas, eran de un matiz tan armonioso que se confundían con la sombra que daban á su frente varias ramas de carrasquilla rosa colocadas en su cabeza: negras cejas y largas y rizadas pestañas adornaban sus ojos: eran estos de un color raro, *verde mar*, y según la impresión del momento tornábanse ora claros y brillantes como la esmeralda, ora de un verde sombrío y límpido como el de las olas, siempre transparentes á pesar de su profundidad.

Este color singular y mudable daba algo de extraordinario á la mirada de la Bruyére, mirada ya singularmente pensativa, y muchas veces también de una movidad y un brillo extraordinario.

Estas facciones eran aun más notables por su precioso *acabado*, pues reinaba una maravillosa armonía en el conjunto de aquella linda y encantadora criatura. Su rara beldad parecía un poco extraña por su trage original, su gracia salvaje y su increíble habilidad, para mil obras que inventaba: su inteligencia extraordinariamente viva y penetrante en

diversos sentidos, la sorprendente y afectuosa obediencia de los animales sometidos á su cuidado, la especie de adivinacion ó mas bien de prediccion casi cierta de que parecia dotada para la cosas del campo; todas estas escentricidades inocentes hacian pasar á la Bruyére en el concepto de los inocentes habitantes de aquel pais desierto, por una criatura hechizada, es decir, sometido al influjo de un sortilegio echado sobre ella al tiempo de nacer; pero contra lo comun de las costumbres, superticiosas, lejos de inspirar temor ó desvio, Bruyére por el contrario, inspiraba sentimientos de una viva gratitud ó simpatia sincera, la influencia sobrenatural que le suponian, jamás se manifestaba sino por los servicios que hacian: la pobre pavera hallaba medios aun en su infima posicion de ser servicial y complaciente con todos.

A su entrada en el corral de la granja, la Bruyére iba no seguida ni precedida sino rodeada de su numeroso rebaño con plumaje negro y lustroso y encarnadas crestas. Dos gallos de la India enormes mostrando orgullosos sus crestas y papadas de deslumbrante púrpura, sombreados de viso azul se pavoneaban con aire formidable, haciendo como dicen la rueda, erizando el plumaje y redondeando la cola, magnifico abanico de ébano barnizado de verde oscuro. Ninguno de ellos se separaba un instante el uno de la derecha el otro

de la izquierda de la Bruyère, mirándola ya con ojos rogizos y osados; ya graznando con voz triunfante, tan insolente, tan provocadora que parecía desafiaban al animal ú hombre que contra su voluntad se arrimase á su conductora.

Al ver aquellas dos monstruosas aves de tres pies de alto y cinco de ancho de punta á punta de sus alas, con el pico acerado y agudos espolones, se comprende fácilmente que Mr. Beucadet, á pesar de su valor se hallase bastante apurado, para tener que defenderse con la vaina del sable contra tan rudos agresores.

A una señal de Bruyère detuviéronse los pavos graznando de placer, delante de la puerta de un gallinero, del que la jóven abrió solamente un estrecho postigo á fin de poder contar su ganado: así pasaron uno á uno por delante de ella, por órden de estatura, los mas jóvenes primero y todos sin precipitarse con un órden y disciplina admirables, ínterin que los dos grandes gallos de Indias, que por su edad y servicios disfrutaban de algunos privilegios, dejaban desfilar magestuosamente á sus compañeros, avivando la marcha de los perezosos con picotazos equitativamente repartidos. Luego que la piara entró en su albergue, menos estos dos importantes personajes la Bruyère abrió la puerta del gallinero. Aun-

que en el momento la fisonomía de la jóven espresaba una profunda melancolía, asomóse á sus lábios una sonrisa de satisfaccion al ver el orden, verdaderamente admirable, que reinaba en el cobertizo: la gente de pluma estaba sistemáticamente colocada por talla: los pavos pequeños que entraban los primeros, iban en fuerza de la costumbre que les habia hecho tomar la Bruyére, á encaramarse en lo mas alto de tres vigas colocadas unas sobre otras. La jóven con su penetrante entendimiento, habia observado la inteligencia y educacion de que son capaces los animales y realizar los prodigios en su humilde esfera á fuerza de paciencia y dulzura.

En lo mas alto del cobertizo y dominando las viguetas, estaba, si asi puede llamarse, el nido de la jóven.

En sus mas tiernos años, en virtud de un sentimiento de pudor precoz y de *dignidad personal*, uno de los rasgos mas notables de su carácter; habiale repugnado participar de la causa comun, donde en aquella granja como en todas las mozas y mozos duermen juntos sin distincion de edad ni sexo: la Bruyére habia obtenido del colono el permiso de construir sobre las viguetas y junto al techo una especie de chirivital al que subia trepando por ellas con la agilidad de un gato. En esta especie de nido tapizado de musgo y ho-

jas secas, mezcladas con yerbas aromáticas, hallaba la niña un albergue sano y la soledad conveniente á su edad y sexo. En breve halló tambien en su rebaño guardianes vigilantes, pues la burlesca aventura de Beaucaudet no habia sido la sola de su especie.

El año anterior, habiéndose atrevido á penetrar en el gallinero un mozo de la granja, poseido de brutal amor; la poblacion de pluma gritó de tal modo y se tiró por todas partes con tal furia sobre el atrevido amante, que se vió obligado á huír aceleradamente, aturdido por aquel estruendo y amedrentado por tan imprevisto ataque.

Concluida la obligacion diaria cerró la Bruyére la puerta del gallinero, colocó con esmero en un rincon un canastillo cubierto con hojas frescas que traia en la mano, y salió del corral para dar audiencia á los que iban á consultarla: aguardaban estas fuera del edificio, sentadas en un tronco á poca distancia del Enebro enorme que daba nombre á la granja.

Nadie estrañe el oír á la humilde pavera explicarse en un lenguaje que revelaba cierta educacion, rara elevacion de ánimo y conocimientos no solo de variados, sino tambien admirablemente aplicables á las cosas del campo: el ingenio mas perspicaz, las mas felices disposiciones, nunca hubieran dotado á una niña de su edad, de esa ciencia práctica que

solamente dá el continuo hábito de trabajos campastres y el laborioso estudio de las leyes y fenómenos de la naturaleza, porque la observacion inteligente de lo pasado, sirve infaliblemente casi siempre para predecir el porvenir.

Sin duda la Bruyére se habia apropiado con singular fortuna las lecciones y fruto de otra esperiencia mas aventajada que la suya.

De este modo se esplica lo que tenia de aventajado el saber de la Bruyére, la seguridad de sus pronósticos, y la candorosa prudencia de sus consejos. Las personas ignorantes y crédulas de quienes era el oráculo, no veian por su parte en ella, ni debian tampoco ver mas que una criatura algo sobre natural ó *hechizada* como decian.

Dos hombres de edad madura el uno, anciano y canoso el otro; una mujer jóven todavía cargada con un niño de cinco ó seis años, tales eran los nuevos parroquianos de la Bruyére, por supuesto vestidos todos andrajosamente.

—Qué me quereis, buena señora? preguntó la Bruyére con acento afectuoso y dulce á la que tenia el niño sobre las rodillas.

En seguida de esta pregunta, movidos de loable discrecion, se apartaron los dos hombres unos cuantos pasos.

—Válgame Dios! exclamó la mujer tristemente: soy de Saint--Aubin, hija mia, por alli

dicen que sabeis *palabras contra las enfermedades*, con que vengo á deciros que *habéis* algo para curar á este angelito.

Señaló á su hijo cubierto de andrajos, pálido y horriblemente flaco, cargados por invencible sopor los hinchados ojos.

La Bruyère meneó la cabeza tristemente.

—Os han engañado, querida señora, no sé palabras para las enfermedades de los niños.

—Pues en el valle cuentan que la otra primavera hablásteis contra el mal de todo un rebaño de corderos y que escaparon la mayor parte....con que haced por este pobrecito lo que hicisteis por los corderos, hija mía, dijo cándidamente la pobre mujer en tono de súplica; os contaré como ha sido. Este angelito siempre ha sido mas delicado que sus dos hermanos mayores, pero al fin y al cabo iba trampeando...Ya sabeis lo riguroso que ha sido el invierno.

Al otoño, mi pobre marido tomó las calenturas por arrancar cepas en un terreno sumergido: las calenturas le quitaron de trabajar; sin embargo, iba como podia, aunque muy amenudo quedábamos en ayunas, y á no ser por unos puñados de patatas, debidos á la caridad de un vecino, nos hubiéramos muerto de hambre: el último huracan de febrero arrancó casi todo nuestro techado, y cuando vino mi pobre marido á recoger al-

gunas ramas para componerle, y calentarnos los guardas del señor conde le prohibieron tocar á nada.... Caramba! desde entonces dormiamos á cielo raso y nos llovía encima, y de noche especialmente pasábamos un frío de todos los diantres; á resultas, este pobrecito fué perdiendo el color, tuvo tós, temblores hasta ponerse como lo veis; dijo la mujer llorando.—Ay, hija mia, en vos tengo mi única esperanza, haceis lo que quereis, y así, por Dios, quitadle este mal, como se lo quitásteis á los corderos.

Repetidas veces, durante esta cándida y triste *consulta*, la Bruyére habia estado á punto de interrumpir á la pobre mujer; pero no se habia sentido con suficiente resolucion para hacerlo: despues de haber mirado al niño, y tomando en la suya sus dos manecitas lividas y frias; dijo á su madre suspirando:

—A los corderillos...Ya se vé no les faltaba ni la leche de su madre para alimento, ni el bellon para darles calor, su mal consistia en estar encerrados noche y dia en un redil bajo, sin aire lleno de estiercol.... allí dentro se ahogaban los corderos, y muchos llegaban á morir (1). Yo le dije al co-

(1) *Por una aciaga preocupacion y para aumentar la masa del estiercol en muchas granjas, los corderos y otros animales subsisten todavia rigurosamente encer-*

lono: en cuanto á vuestros corderos de primavera, que tengan aire libre, verdura y sol...y por la noche el establo abierto y fresco: de este modo los corderos respirarán un aire puro: al abrigo de su madre no sentirán nunca el frio; los lebratillos y los ciervos, nacen, crecen y robustecen, sin otro abrigo que el seno de su madre y la espesura de la enramada en que han visto la luz.

Pero los hijos del pobre, añadió la Bruyére con los ojos anegados en lágrimas, los hijos del pobre son muchos mas dignos de compasion que los hijuelos de la oveja del establo ó de la cierva de los montes: su madre no puede darles el calor que le falta á su pecho helado...y cuando se agota la leche no encuentran alimento en el valle, ni en los bosques. Vuestro hijo ha sufrido frio y hambre.... pobre madre! de esto proviene su mal...y contra él, ah! no tengo palabras.

—Con que es preciso que muera, querida mia, pues que no teneis palabras contra su mal! dijo la madre sollozando.

—Lo ha visto algun médico?

rados noche y dia en rediles infestados, en los cuales falta casi completamente el aire vital; de aqui sobrevienen frecuentes enfermedades de los órganos respiratorios, y muy á menudo muertes por asfigia con todos los sintomas de este género de muerte.

—No viene nunca á nuestra casa... vive á muy distante y además, como podríamos pagar sus visitas? ni las medicinas tampoco... ah! los médicos no son para los pobres como nosotros.

La Bruyére miró al niño con silencioso enternecimiento: su corazon se oprimía de pensar que tendria que despedir á aquella pobre madre sin una palabra de esperanza.

—Y sin embargo bastaria tal vez bien poca cosa para salvar á esta criaturita, añadió Bruyére con ademan pensativo; un vestidito bien ealiente, una cama muy seca...y todos los dias leche pura y templada....

—Buenas noches, Bruyére, exclamó de repente una voz gruesa y jovial.

Levantó la cabeza la jóven y vió acercarse con las manos estendidas y risueña la faz á un hombreton flaco y moreno, cubierto con el sombrero redondo de salogne, blusa blanca y botines del mismo color

—Dios os guarde; añadió acercánnndose á la Bruyére, y os conserve largos años para las buenas, gentes, porque se me antoja que habeis de ser algo parienta del Dios piadoso; cuando quereis no hay desdicha que resista.

—Qué hay de nuevo, maese Chervin? preguntó la Bruyére.

—Qué hay de nuevo? que esta noche quedará mi cosecha encerrada. Contaba con unas diez fanegas, que ya era bastante, y cojo quin-

ce.... resultado de vuestros hechizos y....

La Bruyère que estaba pensativa, interrumpió de pronto al del sombrero.

Estais satisfecho de la cosecha, maese Chervin?

—Que si estoy contento? á cada medida de esceso que contaba, decia por lo bajo: «gracias, Bruyére, gracias, Bruyére.» como si invocára á Dios y....

La Bruyère le volvió á interrumpir.

Puesto que estais contento maese Chervin, es justo que me contenteis á mí...

—Pues á eso venia, y como dicen que no tomáis dinero por vuestras palabras....

Nueva interrupcion de la Bruyère para decir, señalando á la pobre muger suplicante:

—Aqui teneis una honrada muger del valle, cuyo hijo se halla muy malito; estoy segura de que se salvaria con una cama bien caliente, un vestido, y por espacio de un mes ó dos, un poco de leche todos los dias.....

Asi pues, os ruego, maese Chervin, que deis á su madre una brazada de la última lana de vuestras ovejas en un saco que servirá de colchon; no le faltará á vuestra muger algun vestido viejo con que hacer dos para el niño, y todos los dias en mi nombre apartareis un puchero de leche para este angelito... su madre la irá á buscar.... Hacedlo, maese Chervin, añadió la Bruyère con su voz dulce y penetrante, hacedlo en obsequio mio...

—Si, bueno.... lo haré por esta pobre muger, exclamó, el recién llegado, y lo haré de buena gana.... por vos, Bruyére, por vos...

—Algun día os enviaré á decirlo que deseo... con alguna otra pobre muger, añadió la Bruyére con melancólica sonrisa.

—Ya, ya entiendo, dijo maese Chervin; vos siempre pensais en la prógima: bien dicen cuando dicen que estais hechizada.

—Hija mia, dijo la madre asiendo las manos de la Bruyére y besándoselas con reconocimiento: ¡qué buen pensamiento fué el de venir! Ya considero casi sano á mi hijo..... pero añadió con timidez y vacilando, con solo que digais algunas palabras contra su enfermedad, se salvaria del todo mi pobre hijo.

Crejó la Bruyére con razon que sus consejos tendrian doble autoridad y serian mas escrupulosamente observados, si iban acompañados de alguna particularidad misteriosa: en este concepto, y como reflexionando acerca de la solicitud de la madre, desprendió la jóven lentamente una de las ramas de carrascal que adornaban sus cabellos, la arri-mó á sus lábios purpurinos que murmuraban palabras misteriosas, y en seguida con un ademán solemne que contrastaba con su breve estatura é infantil traza, alargó á la pobre muger, la rama verde y rosa diciendo:

—Tomad esta rama de carrascal.

—Gracias, hija mia, contestó la pobre mu-

ger asiendo el leve ramo con una especie de circunspeccion respetuosa.

—Luego que tengais el colchon, que os dará para el niño maese Chervin, prosiguió la jóven, cortad esta ramita en siete pedazos, ni mas ni menos; cuidado, que esto importa mucho.

—En siete pedazos? repitió la muger escuchando á la jóven con profundo recojimiento.

—Sí, mas para partirla, aguardad la postura del sol, añadió la Bruyère, aplicándose el dedo indice á los lábios para dar con este ademan mas importancia al encargo.

—Oh! seguramente que aguardaré la postura del sol, repuso la madre.

—Entonces prosiguió la *mágica*, metereis entre la lana del colchon los siete pedazos, y lo volvereis á coser.

—Y en qué sitio del colchon he de ponerlos?

—Tres pedazos á una punta y cuatro á otra.

—Tres pedazos á una punta y cuatro á otra, repitió la muger con el mismo respetuoso recojimiento.

—Solo que habeis de poner un poco mas de lana al lado donde estén los cuatro pedazos, y en esta parte ha de apoyarse la cabeza de vuestro hijo.

—No lo echaré en olvido, hija mia.

—Tened en cuenta, añadió la Bruyère con gravedad, que para que las porciones de ra-

mas conserven el efecto de las palabras, es preciso que cada quince dias, descosais el colchon y laveis la tela al amanecer.

—Está bien, hija mia.

—Y en seguida dejeis la lana al aire por espacio de siete horas.

—Cada quince dias... por espacio de siete horas.... bien, no lo echaré en olvido.

—Dentro de un mes volved á verme, añadió la Bruyére magestuosamente.

—Vendré.... vendré.... seguramente á decirnos que mi hijo está sano y bueno, contestó la muger oprimiéndole contra su seno.

Esta conferencia semi-cabalística tenia á mae-se Chervin poseido de admiracion profunda, al par que de inocente envidia pues los excelentes consejos que de la Bruyére recibiera, no habian sido acompañados de estas bellas fórmulas mágicas, y sin duda iba á manifestar su resentimiento por ello á la linda maga, cuando los otros dos clientes, el viejo y el hombre de edad madura se aproximaron á su vez...



CAPITULO XI.

Los consejos.

MUY triste parecia estar el mas viejo de los nuevos clientes de la Bruyére, y el hijo de este que iba acompañándole, de unos cuarenta años de edad, mostrábase tambien altamente preocupado. La pobre muger los dejó á entrambos con ella y se desvió un poco lo mismo que Maese Chervin, el afortunado colono que á favor de los buenos consejos de la jóven, era dueño de tan magnífica cosecha.

—Qué me quereis, respetable padre mio? preguntó al anciano con afectuoso y blando acento.

—Querida *santita* mia, exclamó el viejo procurando espresar por esta palabra el respeto y la confianza que le inspiraba el renombre de la Bruyére.—Querida *santita* mia, vengo á que digais cuatro pa'abras contra nues-

tra tierra de labor que cae al otro lado del valle. Yo me voy cansando ya... ¡decir que pronto hará diez años que heredé de mi tío esas tierras y que la cosecha cada día va á menos, vamos, dá compasion!..... Si, casi, casi he llegado á creer que un año hace peor al otro... Los últimos agostos han sido bien fatales, pero... el de antaño y el de ogaño han sido todavía repeores... Caramba! diez fanegas de sembradura... y qué pan me han dado! Apenas treinta celemines! Y qué mies! que espiguillas de nada, tan claras... tan poco granadas... casi, casi puedo decir que me ha producido apenas la sembradura. Ah! maldito seas una y mil veces, tierra infame! exclamó el viejo dando una patada en el suelo con desesperacion.

=Tiene razon mi padre, exclamó el hijo todo va de mal en peor. Maldita sea la tierra, tan ingrata para el pobre labrador!.... Maldita sea esta tierra tan condenada!

Al escuchar estas imprecaciones contra el mal querer de la tierra, el rostro encantador de la Bruyére cobró de repente una expresion de afliccion y de tristeza como si hubiese escuchado indignos ultrajes dirigidos contra una persona querida y sagrada. Dirigiéndose pues al anciano le dijo con acento de blanda reprehension, mezclado de cierta exaltacion que daba á su belleza un carácter extraño y elevado.

—Oh! respetad, amad, bendecid la tierra de Dios. ¿No es una madre, generosa, infatigable que por un grano os devuelve diez espigas, por un puñado de bellotas un bosque de encinas? Abierto siempre su rico seno, está siempre dispuesto á fecundizarlo todo desde el grano que siembran los vientos, desde el hueso del fruto que deja caer el pico de los pájaros, hasta la semilla que derramais en vuestros surcos. Oh! no, no, jamás la tierra ha sido ingrata: si con el tiempo se empobrece, si se agota la pobre nodriza, es porque á una semejanza de una madre pródiga siempre dá mucho mas de lo que pueden sufrir sus fuerzas, porque siempre se le está ecsigiendo sin tregua ni reposo. Oh! la tierra! tierra santa y bendita! ¿Cuándo llegará el dia en que segun la voluntad de Dios te cubras por todas partes y sin esfuerzo, de selvas? ¿de mieses y de flores? Cuando verás vivir en la abundancia y en la alegría á todos tus laboriosos hijos?

Es imposible pintar la actitud y fisonomía de la Bruyère al pronunciar estas palabras; sus rasgados ojos de color verde mar, mirando al cielo, brillaban con el mismo resplandor que las estrellas que comenzaban á aparecer en el zenit. Los últimos fulgores del crepusculo despedian un misterioso reflejo sobre la deliciosa cara de la jóven, llena de fé y de esperanza en la paternal bondad del criador.

La madre y el hijo, el anciano y su hijo, lo mismo que el otro colono, la escuchaban silenciosamente, contemplándola con respetuosa admiración. Para aquellas gentes sencillas é ignorantes, el lenguaje algo poético que acababan de oír, era una especie de invocación mágica que aumentaba todavía más el prestigio que rodeaba á la doncella.

Esta, después de haberse dejado llevar de un arrebató involuntario, conoció que necesitaba presentar hechos después de sus palabras, y añadió dirigiéndose al anciano,

—No, no, ya os he dicho padre mío, que la tierra no niega nunca su cosecha, á no ser que haya dado demasiado y por mucho tiempo.

—Haber dado demasiado! exclamó el anciano, con despecho y cólera,—demasiado! la miserable! En el espacio de diez años, ¿qué la he pedido? Año bueno con malo, lá consabida cosecha! Pródiga, ya, ya!.... solo lo ha sido la primera vez... pero después... de año en año se ha mostrado cada vez más tacaño. Así es qué, si me enseñais algunas palabras contra la maldecida, querida santita mía! se trocará en bien, pues ya solo en vos confío.

—Escuchad, padre, dijo dulcemente la Bruyère; después de un día entero de trabajo sin descansar, ¿qué necesitais para reponer vuestras fuerzas abatidas? Alimento y descanso, no es verdad?

—Eso es lo menos, santita del alma.

—Ciertamente, es lo menos, padre mio.... pero esa pobre tierra... que estáis maldiciendo, ¿la habeis dado, concluida la recoleccion, alimento y descanso, es decir, barbecho y abono?

—Abono?... un poquito... barbecho?... jamás... Pues no faltaba mas! exclamó el viejo: á poco que dé la indina! á lo menos dá... mas vale algo que nada.

—Si, padre mio, mas vale poco que nada, pero ¿no valdria mas que produjese mucho? Y ciertamente que os daria abundantemente, la generosa madre, si tuviera alimento y suficiente descanso.—Nada de descanso absoluto; no, pues Dios es tan benigno, que ha querido que para la tierra equivalga al descanso el cambio de cultivo.

—¿Cómo es eso santita mia? dijo el anciano, cada vez mas admirado.

—Desde hace diez años, solo dais á esa pobre tierra un poquito de abono, y la ecsijis granos y mas granos. Y siempre granos. Qué quereis, huen hombre? al fin la nodriza padece, se agota, y no puede producir mas.

El viejo y su hijo se miraron indecisos y atónitos; pertenecian á la clase de labradores que siguen á ciegas los usos de una rutina ignorantes estercolan rara vez y con escasez, sin tener idea alguna de un cultivo bien entendido, *alternado y variado* que es tan poderoso estimulo.

—En lugar de agotar la tierra, pidiéndola siempre lo mismo, dijo la Bruyère, seguid mi consejo, buen hombre, y antes de poco llenareis vuestra granja y el bolsillo.

—Ay! santita mía, disponed vos que lo podeis todo.

—Teneis, no es cierto, veinte fanegas de tierra? Entre esas veinte, la habrá buena, mediana y hasta mala!

—Cuatro tengo, que en lo poco que producen, dan ellas solas tanto como las otras diez y seis, respondió el anciano.

—Pues bien si diéseis á esas cuatro fanegas todo el alimento que empleais en las veinte....

—Por escaso que sea, con eso se estercolarian.

—Bien, y en un año las cuatro fanegas, costando mucho menos dinero y faenas, os producirian cuatro veces mas que hoy os producen las veinte; sobre todo si despues de pedir las trigo, os contentárais al otro con patatas y al siguiente con cebada y trébol y luego otra vez trigo, alternando de esta suerte las simientes, porque lo cierto es, que lo que agota á la pobre nodriza.... no es el producir siempre, que ella bien quiere dar: lo que le agota, es producir siempre lo mismo, pues así no empleais mas que una de sus fecundidades y tiene mil. Conque, creedme, con las cuatro fanegas bien cultivadas, llenareis el granero, al paso que con las veinte mal la-

bradas, nunca tendreis provecho.

—Y las otras diez y seis fanegas? dijo el anciano meditabundo.

—Las menos malas... dejadlas para yerbas mantendreis algun ganado, el ganado os dará abono, que sin abono no hay granos.

—Y mi tierra mala?

—Sembradla de pinos, de ese árbol de nuestra pobre Sologne: su madera sirve para hacer casas, sus hojas calientan el horno, su salvia nos dá resina; las tierras peores son buenas para él, que crecen sin cuidado ni labores y á los seis años ya producen.

Estos consejos tan sencillos, aunque tan sabios, fundados en el estudio, y en el experimento de las diferentes aptitudes del terreno, eran harto claros, harto lógicos, harto prácticos sobre todo para no impresionar vivamente al viejo. Empero la costumbre, esa fatalidad terrible de las costumbres agrícolas luchaba con violencia contra los instintos buenos del viejo, que le instigaban á seguir los consejos de la Bruyère, y como esta adivinase la causa de su incertidumbre, llamó á maese Chervin, y le dijo:

—Maese Chervin, qué consejo os di el año pasado?

—Ah! hija mia, exclamó el colono, un consejo *hechicero*. ¿Debo repetirlo ahora? Yo cultivaba mucho terreno con grandes gastos y malos me dijisteis: cultivad poco y bien, y lo

que ha sucedido es que este año he tenido dos veces menos de gastos y cuatro mas de cosecha: pero no es esto lo mejor!

Me faltaba el abono... y el abono como vos decis, es el pan de la tierra. No tan solo faltaba cieno sino que tampoco tenia con qué comprarlo, porque me hubiera costado tal vez setenta francos por media yugada.

—¿Y qué es lo que me digisteis con esa vocecita tan dulce que Dios os ha dado?

—En agosto sembrad centeno, maese Chervin, y vereis como brota en octubre, enterrado entonces con flor y tallo y todo, y no hay abono mejor ni mas barato; sembrad luego en aquel terreno así preparado, y ya vereis que buena cosecha.

—Yo os hice caso, enterré mi centeno en flor, lo cual apenas me costó nada, hice en seguida mi sementera, y el trigo comenzó á salir espeso y lozano como la yerba de los prados. Acabo de trillar y entrojarlo. Me ha dado ciento por uno!... y eso que el terreno era peor que el vuestro.

—Ciento por uno! exclamó el viejo entre atónito y dudoso.

En aquel punto la Bruyère divisó al vaquerillo que saliendo de la granja corria hácia ella.

—El tio Santiago os está llamando, os está llamando que es una compasion, dijo el muchacho á la jóven, no nos deja dormir en

el establo con los gemidos que dá.

—Vé volando á decirle que voy allá exclamó la Bruyére contristada.

—Padre mio, máese Chervin os dirá lo que ha hecho. Alentado por su experiencia, seguid mis consejos, que os saldrá la cuenta y no volveréis á pedirle conjuros contra la madre tierra; mas diré otras palabras que truequen en fecundo el esquilmao terreno. Aprendedlas bien.

Poco cultivo y bueno.

Año nuevo, cultivo nuevo.

Con abono frecuente, tierra fecunda.

Sembrad prados, sembrad prados.

Sin prados no hay ganado.

Sin ganado no hay abono.

Sin abono no hay cosecha.

—Practicad estos preceptos, añadió la Bruyére dulcemente, y lejos de maldecir bendecireis la tierra del Dios piadoso.

Dichas estas palabras, estampó la jóven un beso en la frente del niño dormido en brazos de su madre; apretó cordiamente con su manecita la callosa mano de Maese Chervin, dirigió al viejo un saludo lleno de gracia y respeto, y encaminándose rápidamente hácia la granja, desapareció encantadora y leve como una hada.



CAPITULO XII.

El tío Santiago

ANTES de penetrar en la cuadra abandonada desde un rincón de la cual la llamaba gimiendo el tío Santiago, tomó la Bruyére el cestillo, que trajera de los campos y que habia dejado aparte, mientras iba á recibir á sus clientes; este cestillo estaba lleno de gruesas zarzamoras, y su jugo habia manchado de púrpura las frescas hojas de vid silvestre que guardaban por dentro el canastillo.

Entró en la cuadra por una de las anchas y numerosas rajaduras de que estaban cubiertas las paredes.

Clara y reluciente ostentábase la luna en lo alto del firmamento y uno de sus tibios rayos, penetrados por la rota techumbre, alumbraba débilmente un extremo del ruinoso cobertizo,

Allí se detuvo la Bruyère, porque de aquel sitio salían de vez en cuando los dolorosos quejidos que ya durante la cena llamaron la atención de los mozos de la granja. La jóven contemplaba con pena un cuadro poco nuevo para ella, si bien siempre la impresionaba de la misma desagradable manera.

Un poco de paja de cebada que cubría el suelo húmedo y apenas resguardado de la lluvia y de la nieve, con algunos haces de retama colocados sobre pértigas para tapar las aberturas del destrozado techo, cuya negra armazón se destacaba sobre la azulada transparencia del firmamento en que brillaba á la sazón la luna.

Sobre esta pajaza inmunda, infecta, mas infecta y mas inmunda que la de los animales de labor, agitábase con dificultad una forma humana, malamente rebujada entre unos harapos de manta: era el espectáculo mas horrible, mas lamentable que pueden presentar la vejez y la miseria, unidas á dolencias incurables.

Figúrese el lector un pobre viejo de ochenta años, tullido de un modo tan extraño, tan terrible que no parecia sino que un poder implacable, paralizando sus fuerzas en el momento que acababa un surco penosamente, habia querido condenar á aquel desdichado á permanecer toda su vida con la cara y el cuerpo inclinados sobre el suelo.

Mas el origen de quedar reducida una criatura de Dios á esta espantosa deformacion no era una potencia sobrehumana, sino la simple voluntad del hombre explotando al hombre.

Ni era tampoco ninguno de esos fenómenos tan raros como lastimosos que de vez en cuando anota la ciencia, pues todo el mundo ha tenido ocasion de ver por los campos ancianos de uno y otro sexo, arrastrándose con ayuda de un palo literalmente *doblados por la mitad del cuerpo*, de suerte que el tronco forma casi un ángulo recto con las estremidades inferiores, y parece soldado en esta postura. Sumamente frecuentes son estas desviaciones de la columna vertebral en seres empleados en un trabajo incesante y superior á sus fuerzas. Los cuerpos débiles por si y cada dia mas debilitados por un alimento insuficiente, van perdiendo toda elasticidad toda energia: poco á poco conservan el *dobléz*, la postura mas continua: doblados constantemente hácia el suelo, las articulaciones se entorpecen, quedan tullidos los miembros débiles, espuestos de contiúuo á la intemperie: en esto sobrevienen los años, y los infelices pasan á aumentar el número de los mártires del trabajo.

Por cierto que si en una leyenda se contára que un Dios vengador, para castigar un asesino le condenó á la inmovilidad en el mo-

mento en que inclinado sobre la víctima, con el puñal enarbolado se disponia á dar el golpe, y que aquel Dios para dejar á los hombres un ejemplo terrible habia dicho el asesino.

—Vivirás....pero tu cuerpo maldito conservará siempre la postura que tenia en el momento de cometer el crimen.

Tal leyenda, aunque singular, podria tener su moralidad.

Mas al pensar en las crueles paradojas con que algunos vagos y bienaventurados del mundo, refozados por sabios economistas, legitiman los egoismos mas implacables, proclamando con voluntad divina que el hombre está condenado en esta vida á las lágrimas; á la miseria, á la desolacion; al pensar en esto, repetimos, no seria extraño que algunos de esos ciegos creyentes en la fatalidad del mal, exclamára con ocasion de la leyenda arriba indicada.

—Proletarios de los campos! vuestra raza maldita sin cesar tendrá la frente baja hácia esa tierra árida, que fecundais con vuestros sudores: tal es el destino vuestro! Por nuestra boca os condena nuestro Dios á faenas, á miserias, á sufrimientos perpétuos: y para que á los ojos de todo el mundo quede demostrado que es esa vuestra suerte muchos de vosotros heridos de inmovilidad en el momento de estar cavando el surco peno-

amente para cumplir con su destino, muchos de vosotros quedarán por siempre en esa postura, para ser símbolos vivos de la inmutable suerte de vuestra raza maldita y desheredada.

Si ya no se pronuncian tan bárbaras palabras, se consuman, lo que es peor, todos los días, hechos aun mas bárbaros.

El aislamiento, el abandono, un fin miserable, una dolorosa agonía tras largos años de insoportable trabajo: tal es la suerte que el nuestro estado social aguarda á los *inválidos* de agricultura.

No hay prevision alguna tutelar, ni protección para el porvenir de estos instrumentos infatigables de la riqueza temporal del país. Sin embargo, ellos cultivan el trigo... y jamás comen trigo.

Ellos siembran verdes pastos, engordan numerosos rebaños... y jamás comen carne.

Ellos hacen fructificar á la viña... y nunca beben vino.

Ellos recogen el caliente vellon de las ovejas.... y tiritan bajo mugrientos harapos.

Ellos cortan la madera que arde en el hogar y forma las casas....y mueren sin hogar ni albergue....

En una palabra, para ellos no hay mas que indiferencia implacable, desprecio homicida, y aun pueden conceptuarse dichosos, cuan-

do encuentran como el viejo paralítico, pro-
tejido por la Bruyére, la paja de un establo
abandonado, para morir despues de mil atro-
ses dolores.

A vista de la Bruyére, el viejo tullido, re-
vuelto entre la paja, interrumpió sus doloro-
sos gemidos, y volvió la cabeza dificultosa-
mente hácia la muchacha. Livida y horrible-
mente flaca tenia la cara el octogenario: tan
solo el ardor de la fiebre animaba sus ojos
hundidos y vidriosos, y tendido de lado, to-
caban al pecho las descarnadas rodillas; dos
años hácia que sus miembros estaban solda-
dos en esta postura, sin conservar mas que
un poco de movimiento en la mano derecha.

El anciano debía á la claridad del colono,
harto pobre por su parte, este albergue y
el escaso alimento que partia con los mozos
de la granja. Por espacio de largos años ha-
bia trabajado en aquella posesion el tio San-
tiago, primeramente como peon de desmon-
te de terreno; mas como este penoso oficio
que se ejerce en medio de arenales cenago-
sos, desarrollára en él los primeros sintomas
de su cruel dolencia, el colono, satisfecho de
su celo y prohibidad, le habia encomendado
la guarda del rebaño toda vez que el ejer-
cicio de pastor, aunque penoso, no exige co-
mo el otro tan continuado abuso de las fuer-
zas: de pastor estuvo sirviendo el tio Santia-
go hasta el dia en que completamente tu-

llido y doblado del todo, cayó estenuado sobre la paja de donde no debía volver á levantarse. El aislamiento en que se hallaba en aquel rincón, la agudeza de sus dolores incurables, la convicción de no tener otro alivio que la muerte, habían producido en el viejo la mas profunda apatía, mas notable por su obstinada taciturnidad: la Bruyère era la única persona en cuyo favor quebrantaba el pobre postrado su silencio absoluto.

Hombres hay maravillosamente dotados por la naturaleza; que nacen geómetras, astrologos, pintores, músicos, etc., etc. Por qué misterioso fenómeno llegan estas organizaciones privilegiadas y traspasan á menudo sin dificultad, y de un salto el límite de ciertos conocimientos? Nadie lo sabe.... mas es un hecho tan evidente como inesplicable.

El tío Santiago era una de estas organizaciones privilegiadas. Nacido *agricultor*, había presentido no solo las mejoras, sino que tambien las revoluciones que la ciencia y los estudios agrícolas habían de hacer en el cultivo de los campos; ciencia y estudio muy poco aplicados aun por desgracia, merced á la espantosa ignorancia en que se deja sumida á la población campestre; repetidos experimentos hechos en algunos pies de terreno, habían convencido al tío Santiago de todo el valor de sus ideas, relativas á la geología por el conocimiento de la acción de los di-

ferentes abonos calcáreos, comparados con las diferentes clases de terrenos: relativas á la historia natural por sus curiosas observaciones sobre la higiene y fisiología de los animales; ideas relativas, en fin, á la botánica, por una clasificación y apropiación muy bien extendidas, de los diversos abonos vegetales. El tío Santiago era un tesoro de ciencia práctica; tesoro que habia tenido oculto largo tiempo sin que nadie sospechase su existencia.

Aquel disimulo no era hijo de la malicia ni del egoismo ni de aquella especie de celos que conduce á veces al sabio á ocultar sus descubrimientos con tanto cuidado como el avaro su oro.... No, un profundo, un miserable abandono habia impedido al tío Santiago hacer ver y aplicar sus conocimientos. ¿Qué interés, qué otra cosa podia animarle á descubrirlos? Que el campo de su amo produjera mucho ó poco ¿á él que le importaba? Su escaso salario y sus rudos trabajos eran los mismos; en su ignorancia inocente no cabia la ambicion de pasar por un novador. Sin embargo, como ante todo era bueno, y como las desastrosas tradiciones de la rutina le chocaban, muchas veces se aventuró á dar algunos consejos, admirables, llenos de razon y de ciencia práctica; volviéronle las espaldas tratándole de visionario y calló para siempre: en adelante agricultor ó pastor contentóse con obrar ni mas ni me-

nos inteligentemente que sus compañeros; llegó el día en que paralizado de todos sus miembros cayó en el jergon de que no debía ya levantarse. Desde aquel momento se condenó á un silencio absoluto.

Sin embargo, al cabo de algunos meses de aquella cruel existencia, privado de la distraccion de los objetos exteriores, presa de dolores atroces, y solo con sus pensamientos el anciano resintió, un remordimiento por haber hecho por tanto tiempo estéril la maravillosa ciencia que tenia de Dios y que tan fecunda hubiera podido ser.

Bruyére que solo contaba entonces catorce años, prodigaba al anciano los mas tiernos cuidados, y él la queria por mas de un título: la gracia y el talento de aquella criatura eran estremados desarrollándose ambos de un modo prodigioso, gracias á la educacion que el mas extraño profesor del mundo, el Hediondo, el cazador, le daba diariamente en medio de la soledad de los eriales ó de los bosques: pues este hombre despues de haber abandonado una existencia humilde y oscura pero toda intelectual, por otra vagamunda, se complacia en cultivar cuanto de generoso, tierno y elevado habia en el talento y en el corazon de la jóven.

El tio Santiago, cada vez mas admirado de las raras cualidades de la Bruyére, resolvió servirse de ella para estender y propagar el

tesoro de conocimientos que había adquirido, y que se arrepentía de haber ocultado durante tanto tiempo. Habló, pues, á la Bruyère; pero á ella sola, reasumiendo sus conocimientos en axiomas concisos, sencillos y claros; enseñó pacientemente á la jóven, cuyo espíritu penetrante se apoderó muy pronto de aquellos escelentes consejos.

Conociendo el tío Santiago, por decirlo así las *necesidades supersticiosas* de los habitantes de aquel pais solitario, había hecho prometer formalmente que no divulgaría el origen de sus conocimientos, debiendo tener sus consejos tanta mas autoridad, cuanto que parecerian mas extraordinarios y misteriosos. La especie de prestigio que rodeaba ya á la jóven, gracias á su hermosura, á sus encantos á su nativa originalidad sirvió maravillosamente al tío Santiago: se hubieran burlado de los consejos del octogenario paralítico; dados por la Bruyère, fueron acogidos con una sorpresa casi supersticiosa y pasaron por oráculos, cuando vieron que felizmente se cumplian de un modo casi infalible.

Tal era el secreto de la ciencia de la Bruyère. Desgraciadamente á poco el dolor, la soledad y la edad debilitaron las facultades intelectuales del anciano: perdió casi enteramente la memoria; si á veces aun lo pasado se presentaba á su imaginacion, tomaba aquellos vagos recuerdos por sueños recientes. Hacia

algunos meses que apenas la presencia de la Bruyère bastaba para arrancarle de su silenciosa apatía.

Dos veces, con todo, el tío Santiago había salido de aquel estado de entorpecimiento y había dirigido la palabra á otros que á la jóven.

=La primera vez había solicitado ardientemente hablar al conde Duriveau, propietario de la granja; pero habiendo recibido el conde aquella petición con desden irónico, el tío Santiago se contentó con responder.

=*Hace mal, hace mal.*

En seguida el infeliz paralítico había pedido que hiciesen venir al cazador el Hediondo.

Vino este en efecto.

Después de una larga y secreta conversacion con el antiguo pastor en la que se pronunció el nombre de MARTIN frecuentemente, el cazador salió del establo pálido y descompuesto.

Y el tío Santiago volvió á caer en su obstinado silencio.

En vano volvió el cazador al día siguiente y procuró hacer hablar aun al tío Santiago: este permaneció mudo.

En otra ocasion y á consecuencia de la visita de un desconocido que tenía la apariencia de un hombre de campo, al que no se volvió á ver mas en la granja; el tío San-

tiago mandó llamar de nuevo al cazador y había tenido con él una larga conversacion. Cerca de un mes despues una de las dos habitaciones medio arruinadas que habitaba el colono, fué separada de la otra por un pasadizo, y puesta si no en un estado confortable al menos capáz de habitar en ella, gracias á los muebles sencillos y cómodos traídos de Vierson, ciudad la mas inmediata. Al cabo de algunos dias y durante la noche un pequeño carro, tapado por cima con cortinas de cutí entró en la granja del gran Enebro. Una muger tapada con la mantilla de una del campo bajó de él y entró en la habitacion de que hemos hablado, de la que no volvió á salir, viviendo en tan completa soledad que escepto el colono, que la habia recibido y Bruyére que la veia todos los dias las demas personas de la granja apenas habian apercebido aquella desconocida.

A pesar de aquellos sucesos, á los que no era extraño y de que tuvo noticia por el cazador el tio Santiago no vió nunca á aquella muger y se mantuvo en su silencio de costumbre: solamente desde la mañana en que se verificó el hecho de que hablamos, el anciano parecia entregado á una viva agitacion.

Durante el dia y contra su costumbre habia llamado muchas veces á la Bruyére, que tenia la costumbre de traerle del campo un cestillo de moras incultas, cuyo sabor algo

ácido refrescaba el seco paladar del anciano.

—He aquí vuestras moras, tío Santiago, dijo la Bruyére arrodillándose junto al jergon, perdonadme si os he hecho esperar.... pero unos infelices de Val habían venido á pedirme consejo.... y yo les he enseñado lo que sabia de vos... Me dan gracias y me bendicen, añadió con vos conmovida y penetrante. Ah! cuanto me cuesta no poderles decir: «Al tío Santiago es á quien es necesario bendecir y dar gracias.»

Hubiérase dicho que el anciano, perdiendo la memoria que le habia vuelto durante un momento, olvidaba ya porque durante parte del dia habia llamado con tanta impaciencia á la Bruyére, pues parecia no oirla ni conocerla, mirándola silencioso.

—Me habeis llamado, le dijo tristemente la Bruyére ¿Quereis hablarme? tío Santiago.

—El tío Santiago no habla ya á nadie, respondió el anciano con aire distraido y despues de un momento de silencio... y nadie le habla. ¿Para qué hablaría? Cuando *Sauvageon* el gran buey negro de hermosa cabeza murió de fatiga y cansancio ¿hablaba? ¿Le hablaban?

Al oír aquellas palabras que probaban demasiado el estado de debilidad del anciano, la Bruyére suspiró; en seguida, queriendo hacerle olvidar sus tristes ideas, le dijo:

—Acordaos de lo que sois y de lo que habeis

sido, tío Santiago: en vuestro tiempo no ha habido mejor cultivador que vos: aun se habla de vuestro amor al trabajo; se dice en el Val que cultivábais solo una fanega por día.

—Sí, dijo el anciano con una especie de orgullo, y como juntando sus vagos recuerdos. Si, tenía una azada dos veces mayor que las de los demás, y desde el alba la manejaba con tal constancia, que no miraba dos veces al cielo en una hora... Pero ¡ah! añadió con tristeza y amargura: ¿Para qué acordarse de eso? Sauvageon era un excelente buey de labor; no tenía igual en el trabajo; casi solo arrastraba el arado,.. Por eso Sauvageon, que enfermó como yo, murió de sentimiento en aquel rincón á la derecha del establo. Sauvageon ó yo es lo mismo: solo que él ha muerto, y antes de morir no se ha acordado del tiempo de su juventud y fuerza. ¿No vale mas perder la memoria y permanecer mudo, que envidiar á Sauvageon?

—Pero tío Santiago, vos no érais solamente, un trabajador fuerte, y valeroso; pensad en cuanto me habeis enseñado; en esos preceptos que cambian las tierras estériles en féculdas; continuó diciéndole la Bruyère conmovida. Es una recompensa el decir que se hace un bien con las cosas que se saben.

Un nuevo rayo de orgullo brilló un instante en los ojos del anciano y respondió:

—Es verdad, en mi tiempo he sabido muchas cosas... si me hubieran escuchado, la miseria se hubiese convertido en riqueza..... desdicha... desdicha...

Interrumpiose de repente el anciano cada vez mas fatigado y continuó despues con tono de amarga ironia.

—No, yo no era solamente un buey de trabajo como Sauvageon... no me faltaba inteligencia.... No faltaba tampoco á *Capitan* mi último perro... con una señal conducia adelante ó detenia el rebaño adonde yo queria, y él solo defendia mejor que un cercado el límite de un bosque ó un campo. Y bien á pesar de su inteligencia y valor murió el perro entre mis rodidillas ciego y sin dientes y casi estropeado por un lobo á quien ahogó, *Capitan*, yo ó *Sauvageon*: lo mismo es: los malos dicen «no reventáran esos perezosos,» los buenos, pobre *Sauvageon*, pobre tío *Santiago*! Pobre *Capitan*.... en sus tiempos... ¡Qué buey! ¡Qué trabajador! ¡Qué perro! Hoy hélos sobre un poco de paja, estropeados por su deber y ser útiles para nada mas que para morir lo mas pronto posible.

Corrieron lágrimas de los ojos de la Bruyére: jamás el anciano se quejára tan amargamente de su suerte.

—Tío *Santiago*, dijo con voz conmovida y acercándose al anciano. ¿No me conoceis? Soy

yo Bruyére que os quiere mucho... Hace poco me llamábais aun, así me lo han dicho ¿qué me quereis? hahlad; vuestra hija os obedecerá.

Al oír aquellas palabras un rayo de memoria y razon brilló en los ojos del anciano, pasó la mano por su frente y respondió con voz débil.

—Sí, es verdad, hija mia, todo el dia te he llamado. ¿Para qué? Ya no lo sé... Quizá para hablarte del sueño que se me ha presentado... ¿Pero por qué tan tarde?... añadió hablando consigo mismo. ¿Por qué este sueño me ha venido tan tarde?....

—Qué sueño, tío Santiago?

—Un sueño... como ya... creo que he tenido dos... hace mucho tiempo... mucho tiempo... dijo el anciano procurando juntar sus recuerdos... una vez... despues de este sueño... he querido ver al señor conde... no vino... hizo mal... ¿Por qué?... no me acuerdo... pero en su lugar vino el cazador... Y despues... despues... el otro sueño... el otro sueño... No sé.

—Me llamábais, tío Santiago, para hablarme de vuestro sueño, dijo con dulzura la Bruyére para no contrariar al anciano. Pues bien, contádmelo, yo os escucho, pero en seguida será preciso comais estas moras que os gustan y os hacen bien.

El anciano llevó de nuevo las manos á su frente, como si quisiera retener su memoria

pronta á escapársele, y continuó con voz precipitada.

—Si, eso es... todo el dia te he llamado.... Era para hablarte de mi sueño... Sonaba, sabes... que te habian confiado á mi muy pequeña... que yo te habia conducido allá abajo... al erial... junto al encinar... y que te puse en unas coscojas... tú tenias cinco años.... y yo hice luego como que te encontraba por casualidad...

—Vos, vos! dijo la jóven no sabiendo si el anciano deliraba ó recordaba un suceso pasado hacia mucho tiempo; por eso, repitió con estupor... vos....

—No sé, pero es posible: puesto que ahora lo sueño.

—Pero ese sueño tio Santiago, es una revelacion inesperada... pero esos sueños.... son quizá que la memoria os vuelve de vez en cuando.... Pero quién me puso en vuestras manos?

—Aguarda.... Era.... una persona.... una persona... no sé... habia con todo en ella una cosa... que me chocó... Qué era?

Y de nuevo el anciano pasó por su frente la temblorosa mano.

Bruyére cada vez mas inquieta detuvo su curiosidad devoradora, se calló por miedo de romper el hilo tan endeble que enlazaba los inciertos pensamientos del anciano.

—Tú sabes, prosiguió este despues de una

breve pausa, te acuerdas de las ruinas del horno, á orillas del estanque, tras de la granja.....

—Ay! murmuró la Bruyére, al oír estas palabras, cuya coherencia aparente destruía las esperanzas harto pronto concebidas.

—Si, repuso el viejo así era el sueño.... El horno tenía tapiada la boca... si... eso es... quitando un ladrillo, escondi dentro lo que me entregó la persona..... diciendo: para esta niña... que ha de llamarse Bruyére.... aguardad á que tenga... si... aguardad... Como no te había dicho nada, hoy... hoy quería hablarte, porque, Dios mio; porque.... no me acuerdo, murmuró el viejo, cuya voz sonora al empezar, se iba oscureciendo por momentos.

Habia un hecho tan preciso en la revelacion del anciano que exclamó la jóven.

—Conozco el sitio... puedo ir á buscar lo que decis? tiene relacion con mi nacimiento? Oh! por piedad, tío Santiago, otro esfuerzo, responded...

—Me dá vueltas la cabeza, dijo el viejo cerrando los ojos y abatido por los esfuerzos de memoria que de hacer acababa, para contar á la Bruyére lo que le parecia sueño y era una rara reminiscencia.

—Tío Santiago, exclamó esta inclinada, otro esfuerzo por Dios. Esa persona era mi madre? ¿mi padre por ventura? sabeis si viven?

=No sé, murmuró el viejo con voz apagada.

=Mi madre! qué es de mi madre?

El tío Santiago movió los labios maquinalmente, aun arrancó algunos sonidos inarticulados y cerró los ojos prorrumpiendo en dolorosos lamentos, cúa si distraído un instante de sus padecimientos, los sintiera con violencia nueva.

Después de otras tentativas, convencida la Bruyére de que serian sus instancias vanas, y condolidada de su impotencia para aliviar al anciano, ahuecó un poco la paja que le servia de cabecera, le puso cerca el cestillo de zarzamoras, y salió del establo, trémula agitada, meditando sobre la singular revelacion del tío Santiago.

A pesar de lo ardiente que era su curiosidad de penetrar en el misterioso escondite indicado por el anciano dominó su impaciencia, pues aun se divisaba luz en la habitacion del colono, y la Bruyére quiso aguardar á que estuviera acostado todo el mundo para ir á las minas del horno.

Ademas tenia costumbre la jóven de ir por mañana y tarde á visitar á la desconocida que desde algun tiempo residia en la granja.

Dando; pues, vuelta al edificio, llegó la jóven á una puertecita que caia á la parte posterior y enfrente del inmenso estanque pan-

hanoso de que ya hablamos y cuyas aguas estaban á la sazón muy altas.

—Entre tanto Beaucadet, picando espuela á la cabeza de su escolta, se iba acercando á la granja del Enebros, con objeto de prender á la Bruyère acusada de infanticidio.

CAPÍTULO XIII.

El Retrato.

HABIA que atravesar un pasadizo oscuro antes de llegar al aposento en que la Bruyère entrara, después de costear las paredes exteriores de la granja.

Este aposento de aspecto humilde, casi era lujoso comparado con las desmanteladas habitaciones del edificio: las paredes estaban cubiertas de papel nuevo: la chimenea estaba adornada con una guarnición de sarga verde, con festones á la antigua usanza y galoneada de amarillo; una alfombra ocultaba en parte el reluciente entarimado del suelo; una cama buena y algunos muebles sencillos y

aseados componian el mueblaje de la estancia, iluminada de dia por una ventanita de vidrios verdosos octógonos, engastados en plomo.

La luz que era una vela cuya claridad se hacia mas intensa atravesando una bomba de cristal llena de agua clara, permitia distinguir á una muger sentada á un lado del hogar. Estaba tan ensimismada que no advirtió que habia entrado la Bruyère, y esta inmóvil y muda se paró á la puerta.

Cerca de esta muger habia un telarcillo guarnecido de paño verde, sobre el cual sujetos por millares de alfileres se cruzaban unos finisimos hilos blancos, y de estos pendian unos palillos de ébano: admirable era la belleza del encaje comenzado en este telar, y anunciaba una mano hábil y ejercitada.

Mad. Perrine que así se llamaba esta muger, representaba unos cuarenta y cinco años, y debia haber sido muy hermosa. Sujetos por una cofia blanca de aldeana dos bandas de cabellos negros como el azabache, coronaban la frente morena como el resto de la tez: sus ojos negros muy abiertos y brillantes ora vagaban en el vacío, ora se fijaban en dos objetos de que hablaremos en seguida. La morena tez de Mad. Perrine era pálida, y aun algo enfermiza: parecia mas larga la cara por lo flaca, y mas marcada su nariz aguileña; una sonrisa melancólica asomaba á su boca

graciosamente dibujada, y tenia la frente apoyada en la mano con ademán pensativo. Vestía madama Perrine aseadamente de aldeana, y el color negro del vestido hacia resaltar mas la blancura de la cófia y del pañuelo cruzado.

De vez en cuando un estremecimiento casi imperceptible agitaba á la par los labios y las negras y arqueadas cejas de aquella muger, estremecimiento nervioso procedente de una enfermedad cruel.

Por espacio de muchos años habia estado loca.

Su locura, furiosa en un principio, maduró poco á poco de carácter: al frenesí sucedió una melancolía dolorosa, pero inofensiva. Con el tiempo y los cuidados se habia conseguido una curacion casi completa, curacion consolidada por el profundo sosiego de que disfrutaba Mad. Perrine desde su instalacion en la granja del Enebro.

Despues de un atento estudio del carácter de la infortunada, y sobre todo de las suspicaces susceptibilidades que conservaba, de resultas de su insanidad, habia encargado el médico contra la costumbre un aislamiento casi completo. Efectivamente sentia tal humillacion, una verguenza tan penosa de su estado anterior, que hasta la presencia de personas amigas la habria causado un malestar, un sufrimiento indecible. El médico habia añadido

que poco á poco desaparecerian estas susceptibilidades, pero que sopena de recaida incurable quizá, debia Mad. Perrine vivir en la soledad. Por otra parte, estas condiciones de salvacion se avenian de tal modo como los gustos de aquella muger que casi tuvo por fortuna conformarse con ellas. De dia no salia jamás: de noche especialmente si brillaba la luna, daba Mad. Perrine largos paseos á orillas del estanque.

No tenia acceso en su aposento nadie mas que la Bruyère, cuyas atenciones la eran gratas. Acojida en un principio con fria reserva nacida de su verguenza, supo poco á poco la jóven á favor de sus naturas encantos, de sus olsequios, disipar los recelos de Mad. Perrine. En breve profesó esta á la Bruyère el interés mas tierno, y esta sensacion agradable contribuyó á asegurar la curacion de la pobre loca.

La Bruyère continuaba inmóvil sin ser vista, en gracia de la contemplacion pensativa de Mad. Perrine: los objetos en que alternativamente fijaba sus miradas eran dos retratos y dos cartas.

Tenia en la falda uno de estos retratos pintados en miniatura y dentro de una caja de tafilete entreabierto. El otro mucho mayor, pues tendria cerca de tres pies de alto y de dos de ancho, estaba colocado en el fondo.

de un especie de armario de nogal con molduras, cuya parte inferior servia de cómoda.

La miniatura representaba un jóven de cerca de treinta años, moreno, ojos vivos, cabellos negros ensortijados, un tanto carilargo, de fisonomía graciosa y atrevida, sus facciones se parecian estremadamente á las de Mad. Perrine, fuera de las diferencias de edad y de espresion, cuya semejanza se esplicaba por las siguientes palabras grabadas al borde del medallon:

MARTIN Á SU QUERIDA MADRE.

El otro retrato, ó por mejor decir, el otro cuadro, porque los *accesorios* le daban cierta importancia, tenia la fecha de 1845, y su marco magnífico de bronce cincelado y dorado que en la cima ostentaba las insignias reales, contrastaba con la pobreza del aposento. Este espléndido marco cercaba el retrato de cuerpo entero de un monarca... de un monarca que imperaba en uno de los pueblos del norte de Europa, vestido con la sencillez de un particular; tenia un frac azul, chaleco blanco y corbata negra.

Espresaba la fisonomía de este soberano una mezcla singular, de superior inteligencia, de resolución y de bondad: era dulce su sonrisa y melancólica como si un conocimiento prematuro de los hombres hubiese lastima-

do su corazón sin alterar su bondad nativa; sus miradas eran á un tiempo meditabundas y penetrantes, pero faltaba cierta regularidad á sus facciones: sus brazos gruesos, la nariz larga, el rostro cuadrado; sus ojos únicamente eran magníficos y de un azul de lapis-lazuli que estaba en maravillosa y completa armonía con su rubia y corta cabellera, bastante lacia y sus espesos bigotes del mismo color.

La actitud, el tipo de las facciones del príncipe revelaban suma sencillez, bonachon la llamaríamos, si no se creyera que esta casualidad es incompatible con la energía; su estatura robusta y elevada, su pecho prominente, sus hombros anchos, carnoso cuello y musculosas manos dan un idea de un origen más plebeyo que aristocrático, y anunciaban vigor y salud.

Hemos hablado de los accesorios del retrato que eran muchos y singulares.

En mitad del fondo oscuro y bituminoso del retrato, había sobre dos altares, en señal sin duda de piadosa adoración, dos bustos cuyo severo perfil de mármol blanco estaba pintado por el artista en una misteriosa media tinta.

Uno de los bustos representaba á BRUTO.

El otro era el de MARCO AURELIO

El gorro frigio que cubría la inflexible figura de Bruto, era de color de escarlata y

estaba coronado por una luminosa aureola que irradiaba en la penumbra en que el artista de intento sin duda habia dejado envuelto este busto así como el de Marco Aurelio, en cuya frente meditabunda resplandecía un esplendor divino.

Imposible era no ver en esta ovacion una prueba patente del culto de aquel rey al gran emperador y al gran tribuno.

Si no se concibe la admiracion santa de un soberano hácia Marco Aurelio, uno de esos hombres dioses, de esas almas adorables y tres veces sagradas que parecen amenazadas directamente de la humanidad, menos se comprenderá que un príncipe absoluto, pues todos los del Norte lo son, consagra tan religiosa veneracion, aquella especie de idolatría al indomable tribuno, en quien parecen personificadas la varonil virtud, la firme independencia de las almas verdaderamente republicanas.

Tales eran los dos retratos que Mad. Perrino, la misteriosa habitante de la granja del Enebro contemplaba con atencion suma y de los cuales no apartaba los ojos sino para leer de nuevo algunos pasajes de dos cartas colocadas sobre la falda. Una de las cartas estaba concebida en estos términos:

PARÍS 20 de Octubre de 1845.

Mi adorada y tierna madre:

«Te veré dentro de pocos días: hasta entonces paciencia, valor y esperanza: nada temas, pues Claudio vela por ti y responde de la discreción del conde; jamás sale de día, el conde Duriveau no visita nunca sus herencias, y aun cuando la casualidad le condujera á esa, y le pusiera en tu presencia, nada debes temer...

«En treinta años que no te ha visto el conde, has padecido tanto, pobre madre! estás tan demudada que le sería imposible reconocerte.

«Pronto sabrás mi proyecto, ya te diré porque de vuelta de mi viaje al Norte, llamado á Francia por la tardía revelación de Claudio he logrado no sin trabajo, y en gracia de las excelentes recomendaciones de uno de mis antiguos amos, ser admitido en clase de ayuda de cámara, por el conde Duriveau.

«Sobre este particular, mi querida madre, nada temas; la prueba se ha hecho ya y ha quedado contento de mí.... En presencia del conde, me he mantenido sereno, impenetrable, y sin embargo, durante nuestra singular entrevista; decia en mis adentros para experimentar mejor.

—«Ese hombre que me está examinando interrogando con tan soberbio desden...ese hombre es mi padre... ignora que soy su hijo... hijo de aquella pobre nina de diez y seis años á quien el cruel....

«Mas callemos, madre mia á que resucitar recuerdos tan terribles? Te ruego únicamente que por esta entrevista juzgues del imperio que sobre mí tengo, y que te tranquilices. Durante mi conversacion con el conde, á pesar de los pensamientos, de las mud sensaciones que hervian en mi corazon, no se desmintió mi impassibilidad y contesté á sus altaneras preguntas con tanta oportunidad, con tanto respeto y sangre fria, que desde luego me dió por recibido.

«Empero no te admire este omnipotente dominio que sobre mí ejerzo, porque la vida de servidumbre, madre mia, á que renunciara no hace mucho, y que he soporado tanto tiempo, me tiene tan avezado á reprimir mis impresiones, que es casi ya para mi segunda naturaleza cierta insensibilidad aparente.

«Por esta razon te suplico, madre querida, y te lo vuelvo á repetir, que nada temas. Mi causa es santa y justa....Mis proyectos se realizarán.

«Me has preguntado, como vino á mis manos el retrato que te he enviado no creyendo prudente conservarle por aquí: por la

sencilla y espresiva carta que remito con esta, vendrás en conocimiento. Al dirigirte-la, madre mia, al pensar que tu noble corazón tan cruelmente mortificado sabria comprenderla, he experimentado cierto orgullo, reflexionando que acaso le envanezcas de tu hijo... Asi tambien glorificaba yo al hijo de la pobre obrera vilmente seducida, abandonada indignamente; al hijo del pueblo que tras la vida mas miserable, mas aventurera, mas humilde ha llegado á... Mas perdona, querida mia; autójaseme mas vivo este movimiento de orgullo; quizá por ser el primero... No me toca á mi envanecerme.... goza tú con tu hijo, si es que su conducta te parece digna y buena.

«Adios, tierna madre, acaso nos veamos dentro de tres ó cuatro dias: creo que pasado mañana se pone mi amo en camino para la Sologne, pero la prudencia no me permitirá ir á abrazarle el dia mismo de su llegada.

«Adios, adorada madre, besa respetuosamente tu frente y tus manos.

Tu hijo respetuoso.

MARTIN »



CAPITULO XIV.

La conversacion.

LA segunda carta sobre la que Mad. Perrine fijaba muchas veces la vista con orgullo habia sido escrita á Martin por el rey (1) cuyo retrato hemos dado.

(1) Nos ha parecido necesario siempre legitimar si asi puede decirse las ficciones en apariencia mas estrañas por hechos casi análogos, que de este modo prueban no la realidad pero si la posibilidad, de una concepcion que se tacharia de inverosimil quizás, sin esta prevencion.

He aqui pues un hecho.

Una señora de gran talento y corazon, Mad. Bettina de Arnin, que jamás tuvo las menores relaciones personales con Federico Guillermo rey de Prusia, dice en el

«3 de Agosto de 1845.

«Os debo la vida, Martin...os debo aun mas que la vida....Aceptad este retrato como una prenda de mi reconocimiento y de mi profunda gratitud.

«Me gusta recordar, me gusta sobre todo mandaros la causa de este reconocimiento, la razon de esta profunda estimacion.

«Hace un año que una aventura bien extraña os puso en relaciones conmigo.... No podiais adivinar quién era yo, gracias al incógnito que me ocultaba; me salvásteis de un peligro de muerte.

==

==

prefacio de un libro titulado ESTE LIBRO PERTENECE AL REY, que ella no ha tomado este titulo sino despues de haberle asegurado el rey que leeria el libro entero. Ahora bien, este libro pone de manifesto la horrible miseria de los obreros, y que provoca con generosa audacia las cuestiones sociales mas ardientes, sabemos que despues de leer este libro se siguió una correspondencia entre Federico Guillermo y la noble señora que tan valerosamente se encargó de la defensa de las clases desheredadas y que ha sabido llamar la atencion de un omnipotante sobre las formidables cuestiones que se agitan en la Europa entera.

«Quería saber á quien debía la vida; vuestra historia era sencilla; venido al país siguiendo á un amo, y cansado de la domesticidad, os hicisteis artesano, volviendo así á la primera ocupacion de vuestra niñez, á fin de ganar el dinero que necesitábais para volver á Francia.

«Presentose un tercero, me conoció, me nombró y con gran sorpresa mia, lo confieso, no habeis, *ante mi soberana presencia* (como se dice en la corte), dado señal de turbacion ni respeto adulador: y con mayor sorpresa mia aun, no hubo jactancia en nuestras maneras: eran dignas y sencillas: vivamente preocupado al encontrar tanto tacto y mesura en un artesano, sintiendo hácia vos una viva gratitud, deseé que nos viésemos á solas los dos. Os pregunté entonces como podria reconocer el servicio que acabábais de hacerme, y jamás olvidaré vuestra respuesta.

«Señor, nada podeis hacer por mí... soy joven y robusto; no tengo familia, con trabajar aun algunos dias habré ganado lo bastante para volver á Francia... Pero aquí... en este país... muchos artesanos no son como yo jóvenes, robustos y sin cuidado por el porvenir. Los hay que, cargados de familia, honrados y laboriosos, sufren crueles privaciones, pensad en la inmerecida suerte de estos, *nuestros hermanos*, señor; haced que sufran menos, y yo bendeciré á Dios por haber-

me escogido para salvar vuestros días.

«Estas palabras pronunciadas por vos con ánimo y firmeza, me causaron nueva admiración; por primera vez (os lo he dicho después) llamásteis mi atención sobre miserias miradas como fatales, inevitables y sin remedio.

«La circunstancia rara que nos ponía en contacto, daba un carácter particular á vuestra petición. Admirado cada vez mas de un desinterés y elevación de alma que creía tan rara entre las personas de nuestra clase, hablé largamente con vos quise saber todas las particularidades de vuestra vida. Pensásteis, sin duda que una vana curiosidad, tenía una gran parte en mi deseo y me hicisteis comprender que la confianza se gana.... pero no se manda; os hablé entonces de la miseria de aquellos á quienes llamais *nuestros hermanos*: esto ya no os era personal, era la causa de los vuestros la que defendáis. Estuvisteis entonces mas que elocuente, estuvisteis sencillo, conmovedor y verdadero. Me citásteis hechos, cifras irrecusables, me pintásteis en pocas palabras cuadros de una incesorable realidad: me revelásteis cosas terribles que hasta entonces me eran desconocidas, y si en seguida de esta primera conferencia no destruisteis enteramente preocupaciones, opiniones y convicciones profundamente arraigadas, me dejás-

teis pensativo y preocupado.

«Os confieso mis sospechas con tanto menos escrúpulo cuanto que vos las habeis destruido; durante un momento creí que ecsagerándoos la importancia de la atencion que os prestára vuestro orgullo... quien sabe... vuestra ambicion quizá, se desarrollarían, y que pronto tratariais de que os tuviera presente: no sucedió así. Ignorándolo vos supe que al dia siguiente de vuestra entrevista habiais vuelto á tomar vuestro trabajo de artesano, y que le continuábais, guardando un secreto absoluto sobre nuestro encuentro.

«Despues, quise veros, vuestras entrevistas ocultas para todos han sido frecuentes; cada vez he apreciado mas la rectitud, el buen sentido y la elevacion del alma que os distingue: no os he preguntado porque concurso de sueños extraordinarios, vos que por el corazon y el pensamiento me parecis superior al mayor número de los hombres os resignásteis á la servidumbre: he respetado vuestros secretos.

«Os he escuchado con fruto. Habeis consentido á ruegos míos en permanecer algun tiempo en el pais, aceptando un trabajo manual que cumplisteis con la mas rigurosa ecsactitud, porque vuestra delicadeza es extrema: nuestras relaciones ignoradas siempre, me eran preciosas, niño espósito, habiais experimentado todas las condiciones, todas las mi-

serias de la vida del pueblo; despues vuestra existencia aventurera y vuestro estado de domesticidad, os habian puesto en contacto con todas las clases de la sociedad, desde las mas infimas hasta las mas elevadas. Habiendo nacido pensativo y observador, dotado de un talento justo y penetrante, habeis reflexionado profundamente en lo que habeis visto estudiando al menos tanto la causa como los resultados; verdadero en extremo, no habeis jamás, estoy seguro, ecsagerado ó atenuado lo que de bueno y de malo hay en ese pueblo al que os gloriais de pertenecer: convencido de vuestra sinceridad, medité detenidamente sobre vuestras lecciones, verdaderas y variadas que se me ha sido imposible saber antes; no habiendo nada mas raro que una suerte tal como la vuestra, con un carácter y talento semejante.

«Conducido al fin por las maduras reflexiones, nacidas de nuestras conferencias, en un nuevo camino, difícil y peligroso quizá; poco á poco, con mucha lentitud, es verdad, nuevos horizontes empezaron á presentármese: muchas grandes verdades han iluminado mi espíritu.

«Sabeis que he procurado no ser ingrato con vos, procurando probaros mi reconocimiento, segun vuestro corazon.

«Salisteis precipitadamente para Francia, un deber sagrado os llamaba, según me habeis dicho. Con tristeza y sentimiento os vi alejados por mucho tiempo de mí, quizá para siempre...

«Me debeis, pienso, una compensacion; si lo creéis así, concededme una peticion que ahora ya no creo indiscreta.

«Os acordais que una vez yo puse en duda no vuestra sinceridad, sino la exactitud de vuestros recuerdos; con motivo un hecho de extraordinario de que fuisteis testigo; con este motivo me dijisteis que era casi imposible que vuestra memoria os engañase, porque hacia muchos años que escribiais diariamente una especie de memoria de vuestra vida.

«Esta ha debido tener aspectos tan extraordinarios y condiciones tan diversas desde vuestra infancia hasta el día, que su sencilla y sincera relacion, como lo es, ofrecerá necesariamente un texto amplio á serias reflexiones.... Mucho me han llamado la atencion con este motivo algunas palabras vuestras: la domesticidad abriéndoos las puertas del santuario de la intimidad de la casa os ha puesto en el caso me deciais de conocer misterios impenetrables, al médico, al juez ó al sacerdote, estos tres confesores del alma y del cuerpo; *y la viciosa constitucion de la familia*, observaba desde un punto de vista tan íntimo, so habia ofrecido, añadiais, las mas curiosas

y mas auteras lecciones.

«Confíadme estas memorias de vuestra vida no es una vana curiosidad la que me mueve á pedirlo. La humanidad es en todas partes la misma, lo que es verdad en Francia lo es aquí tambien, y para los que estan llamados á tomar una gran parte en las acciones de los hombres, el estudio del hombre es de un grande y poderoso interés.

«Os diré en fin que la lectura de estas memorias me interesa aun, porque en ellas quizá se habla de mí, de mis acciones, y que no han sido escritas para mí, porque os conozco, y sé que ninguna consideracion habrá sido bastante para alterar, en cuanto me pertenece, la independendia de vuestras convicciones.

«No insisto mas; comprendéis los motivos de mi reserva; si me rehusais, estoy seguro que una razon ciertamente honrosa y que respeto antes de conocerla, será la sola causa.

«A Dios; creed siempre en la estimacion y reconocimiento profundo que os profesa
vuestro afectisimo
*** **

«He recibido vuestra carta número 2; os doy gracias por la noticia sobre la organizacion de las casas de espósito, es admirable: el nombre del gran hombre de bien, cuyo genio vá á salvar la vida á millares de niños, era desconocido aun aquí; interin que re-

suenan de una á otra punta de Europa, el nombre y título del mayor estúpido matador de hombres; con tal que haya degollado muchos y saqueado muchos pueblos.»

Mad. Perrine absorba siempre por la lectura de las cartas, y por la contemplación de los dos retratos de que hemos hablado, no se apercibía de la presencia de Bruyére.

La jóven despues de la incompleta revelación del tío Santiago, tan interesante para ella, puesto que le daba una vaga esperanza de penetrar el secreto de su nacimiento, gracias á ciertos objetos ocultos hacia mucho tiempo en un horno abandonado, la jóven probaba una impaciencia llena de angustias; á pesar de estas vivas preocupaciones, no dejó de admirarse al entrar en el cuarto de Mad. Perrine, á la vista del cuadro real cuya esquisita moldadura dorada llamó lo primero su atención. Despues de haber echado una rápida mirada casi involuntariamente, volvió la vista á otra parte considerando indigno de ella, mirar mas tiempo aquel retrato, de que una especie de sorpresa le revelaba la existencia; porque hasta entonces Mad. Perrine no habia abierto delante de la Bruyére la parte superior del mueble que contenia y ocultaba aquel cuadro.

Con el objeto de poner término á una posición embarazosa y llamar la atención de Mad. Perrine; tosió ligeramente, despues un

poco mas fuerte, y últimamente hizo como que tropezaba contra una silla, viendo que Mad. Perrine permanecía siempre pensativa y silenciosa. Al ruido se estremeció, levantóse por un brusco movimiento, cerró prontamente las dos puertas del armario, para ocultar el retrato, interin que al mismo tiempo se daba prisa por meter en su bolsillo las dos cartas y la miniatura que representaba á Martia, volviéndose entonces á la Bruyére le dijo con dulzura y ademan embarazado.

—Buenas noches, hija mia, no os habia visto.

—He entrado sin que lo sintiéseis, dijo Bruyére, confusa por la indiscrecion que acababa de cometer; sin quererlo, he hecho ruido para que conociéseis que estaba aqui: perdonadme:

Mad. Perrine alargó afectuosamente la mano, á la jóven, quien la llevó á sus lábios.

—Como ha pasado la hora á la que ordinariamente venis, añadió, ya no os esperaba hija mia.

Viendo la Bruyére en aquellas palabras un motivo para llegar cuanto antes á empezar la conversacion que se habia propuesto tener con Mad. Perrine, respondió con voz conmovida.

—Es que el tio Santiago; me ha estado hablando mucho tiempo, señora Perrine.

—¿El tio Santiago? El pobre anciano, pas-

tor, enfermo, de quien otras veces me habeis hablado? ¿No me habeis dicho que hace mucho tiempo que habia perdido la memoria y que no hablaba á nadie?

—Es verdad.... señora Perrine... por eso me he admirado mucho... tanto mas... cuanto que lo que me ha dicho...

Bruyère no concluyó la frase, la turbacion y el temor se pintaron en su semblante. Mad. Perrine admirada del silencio y de la emocion de la jóven le dijo:

—Estais pálida... temblais... hija mia, os callais: ¿Qué teneis? ¿Qué ha sucedido?

Despues de un momento de duda la jóven respondió timidamente.

—Señora Perrine... soy sola en este mundo... en el momento á nadie puedo consultar... nadie aquí puede aconsejarme, yo no me atrevo á obrar y vengo á vos...

—Hablad, hablad, respondió Mad. Perrine con afectuosa priesa, yo no tengo grandes conocimientos: pero os amo y esto me inspirará. estoy cierta.

—¿Oh! ¿No es verdad que me amais, señora Perrine, dijo vivamente la Bruyère?

—¿Si, os amo, hija mia? Os amo como si fuérais mi hija, si la suerte me hubiera dado una, pero ha puesto tasa á mi dicha materna; no he tenido mas que un hijo, el mejor, el mas digno de los hijos añadió con orgullo.

Dirijiéndose con ternura á la Bruyére, añadió en seguida:

—Pero, ¿lo veis? no tengo derecho para quejarme; tengo un hijo, del que me envanezco, y vos me amais cual si fuéreis mi hija.

—¡Oh! sí, sí, como hubiese amado á mi madre: en seguida, volviendo sobre sí, añadió á media voz; ¡Desdichada! no... á una madre, no se la oculta nada...

Y calló de nuevo, enjugando las lágrimas que corrian de sus ojos.

—Escuchad, hija mia: de algun tiempo á esta parte me teneis inquieta, dijo Mad. Perrine atrayendo junto á sí á la Bruyére, y cojiéndola ambas manos; sí, hace algun tiempo os he encontrado pálida... enferma... preocupada... hace un mes sobre todo... cuando estuvisteis tres dias sin venir á verme... os hallé tan cambiada.

—Habia estado mala, respondió vivamente la Bruyére con voz alterada; bien mala, señora Perrine, os lo aseguro.

—Demasiado lo he conocido, cuando os volví á ver estabais desconocida, y...

—No hablemos de eso, os ruego, dijo la jóven con voz suplicante.

—¡Dios mio!, Dios mio! ¿Bruyére, qué teneis? ¿Por qué esas reticencias, esa timbacion, esas lágrimas?

—No es nada, señora Perrine, respondió

la Bruyère, procurando mostrarse mas tranquila. Las palabras del tio Santiago... las esperanzas que me han dado, me hacen, creo, perder la cabeza... Escusadme, señora Perrine.

=Vamos, pobre hija mia, dijo Mad. Perrine besando á Bruyère en la frente, tranquilizaos, y hablemos. Hace un momento, confío motivo de vuestra conversacion con el anciano pastor, me pedisteis consejo.

=Sí, señora Perrine; porque despues de lo que me ha dicho el anciano pastor, quizá un día podré hallar á mis padres.

—¿Y cómo?

=Escuchadme, señora Perrine: yo soy una criatura abandonada. Quizás... mi padre..... mi madre?... se han visto obligados por la necesidad á dejarme así...

=A menos que no quiten el hijo á su madre, y eso por fuerza... ó interin duermes, una muger que abandona libremente á su hijo, es un monstruo.. dijo Mad. Perrine con una ecsaltacion singular.

Y por primera vez desde el principio de su conversacion con Bruyère, se coloreó con un vivo encarnado y sus ojos se animaron.

Apenas la madre de Martin habia pronunciado aquellas palabras, cuando Bruyère dió un grito desgarrador, cubrió su rostro con ambas manos y cayó de rodillas gritando:

=¡Piedad! ¡piedad!

=Bruyére: ¿Qué tenéis?... ¿Por qué me pedis gracia? dijo Mad. Perrine, viendo el espanto, el dolor y la desesperacion pintados en las facciones de la jóven.

En seguida, creyendo adivinar de repente la causa de aquella turbacion, y suplicándola á su vez, anadió con voz desolada.

=;Bruyére! perdóname, yo soy, hija mia quien os pide perdon, porque sin querer.... y dejándome llevar del primer movimiento, he ultrajado quizás á vuestra madre; perdonadme, pobre hija! he hecho mal en hablar como he hablado. Dios mio! Muchas veces una jóven desgraciada.... engañada.... abandonada.... pierde la razon.... el temor, la verguenza.....

=;Oh! si ¿es verdad, señora Perrine? dijo la Bruyére temblando; la verguenza.... es espantoso.... la verguenza.... y ademas.... las burlas.... el desprecio.... cuando no se está acostumbrada á eso... ¡Oh! la verguenza... escuchad.... yo moriré....

Y la Bruyere, viendo que á estas últimas palabras, Mad. Perrine se habia estremecido, y la miraba con sorpresa é inquieta curiosidad; se dió prisa á añadir.

=Por eso, señora Perrine, cuando hace un momento el tio Santiago me dijo que quizá yo podria conocer á mi madre.... fué grande mi alegria al principio.... ¡oh! muy grande... pero en seguida me dije á mi misma....

quizá yo la cubriré de oprobio.... por mi presencia, si voy á ella, si la descubro... porque en fin, su falta ha permanecido quizá oculta.... olvidada.... y soy yo su hija.. yo..... quien haria revivir esta falta, este oprobio... Y con todo, conocer á su madre... verla oh! señora Perrine.... ¿Qué he de hacer?... ¡Dios mio! ¿Qué he de hacer?... Bien veis que necesito vuestros consejos... Pero ¿qué teneis?... ¿Qué pálida os poneis! Vuestras manos tiemblan.

—No es nada hija mia, respondió Mad. Perrine con voz alterada, pasando la mano sobre su abrasadora frente: vuestra emocion se apodera de mi, y despues.... recuerdos.... ¡oh! ¡si supiéseis que recuerdos!.... Pero no hablemos mas de mí.... hablemos de vos.... Comprendo vuestras dudas.... ellas prueban vuestro escelente corazon.... Decidme tan solo como el tio Santiago ha podido daros la esperanza de conocer á vuestros padres.

—Ciertas cosas que pueden ayudarme á conocer el secreto de mi nacimiento, se encuentran, dice, ocultas, entre las ruinas del horno; que está allá en las cercanias del estanque.

—Y cómo ha sabido eso el tio Santiago?

—En sueños.

—Un sueño.... pobre hija mia, ¿y dais crédito al sueño de un pobre anciano debilitado por los padecimientos?

—Lo que él llama un sueño, señora Perrine es uno de aquellos recuerdos, que la memoria al volverle, le presenta á veces.

—Pero no os ha dado mayores pruebas?...

—No, señora, despues de aquella revelacion, debilitado sin duda ha vuelto á caer en su absoluto silencio.

—Pero esos objetos ¿Quien los ocultó?

—El.

—¿Cómo se hallaban en su poder?

—Una persona desconocida se los entregó.... no he podido saber mas, porque desgraciadamente en aquel momento le abandonó la memoria.

—Esto es estraño, dijo Mad. Perrine reflexionando, pero por otra parte nada mas fácil que asegurarnos de la verdad de esa revelacion. ¿Donde está el sitio oculto que os ha señalado?

—A dos pasos de aquí.

—Un monton de ladrillos cubierto de musgo y enredaderas, allá junto al estanque?

—Si, señora Perrine, era el antiguo horno de la granja se arruinó y han construido otro mas cerca de la casa.

Despues de un momento de silencio en el que las facciones de Mad. Perrine parecian agitadas mas frecuentemente por un temblor nervioso, de lo que antes habian estado, dijo á Bruyére.

—Escuchad, hija mia, debeis, me parece lo primero, aseguraros de la realidad de lo que os ha dicho el tio Santiago.... Los descubrimientos que hiciéreis, dictarán vuestra conducta. No os parece?

—Sí, señora Perrine.

—La hora es á propósito, todos duermen en la granja. Por qué no vais en seguida á visitar el escondite?

—Señora Perrine.... algunas veces salís por las noches... ¿quisiérais acompañarme?

—Con mucho gusto, querida hija.

En el momento en que Mad. Perrine se disponia para salir, la Bruyeré tomó vivamente sus manos, entreabriéronse sus lábios como si fuese á hablar, cediendo despues sin duda á la reflexion, bajó trabajosamente la cabeza, abandonó la mano de su protectora, dió un profundo suspiro y dijo:

—No.... la fuerza me falta..... no me atrevo.

—A qué no os atreveis hija mia?

—A decíroslo todo. Y sin embargo será preciso, porque debeis saber, señora, que no es solamente por mí, por quien deseo conocer á mis padres.

—No es por vos sola?

—Venid, venid, señora Perrine, dijo precipitadamente la Bruyeré como si hubiese temido ceder á un impulso de confianza involuntario... venid... lo que hallemos en aquel es-

condite me decidirá á callarme ó á decirlo todo.

Las dos mugeres salieron del cuarto, atravesaron el pasadizo y se hallaron fuera de la casa.

La serenidad del cielo era admirable. La luna, llena entonces, resplandecía clara sobre las negras furias que se perdian de vista, flotaba sobre la superficie de las aguas del estanque un vapor blanquizco; pero aquellas emanaciones metificas se disipaban á medida que se operaba la lenta ascencion de la luna, cuyas, reflejándose sobre las aguas del estanque, le convertian en una inmensa sábana plateada.

El silencio era profundo.

La brisa de la tarde agitaba las cañas, secas ya por el otoño; hacíalas sonar á ráfagas, pero cuando de tiempo en tiempo, cesaba aquel ligero ruido con el soplo caprichoso del viento, un oido atento hubiera podido distinguir á lo lejos, muy á lo lejos, el ruido sordo y á compas de varios caballos al galope, que se acercaban poco á poco.

La señora Perrine y la Bruyére, estaban demasiado preocupadas para notar aquella circunstancia.

CAPITULO XV.

Revelacion.

Mad: Perrine y la Bruyére llegaron pronto junto á las ruinas del antiguo horno; solo quedaban dos muros medio arruinados formando un ángulo recto. En medio de uno de ellos veíase la boca del horno, tapada groseramente por medio de tejas sujetas con mezcla de tierra; gracias á esta precaucion aquella cavidad no podia servir de guarida á los zorros y demas animales enemigos de los gallineros. Las enredaderas y espinos lo cubrian todo sin dejar ver á la brillante claridad de la luna, mas que el medio punto de ladrillos ennegrecidos y calcinados otras veces por los terbellinos de llamas y humo que salian por la boca del horno.

A pocos pasos de aquellas ruinas situadas en lo mas alto de un pequeño collado, las cañas que rodeaban el estanque levantaban

sus ojos ya marchitas; en medio de ellas aparecía sobre el nivel del agua, la parte superior de una puerta de esclusa, destinada á vaciar en un ancho canal cubierto de juncos, cuando se le quería dejar seco para pescarle.

A cada instante se aumentaba la agitación de Mad. Perrine.

Los diversos incidentes de aquel día, los recuerdos sobre los cuales había callado, pero que no por eso dejaban de tener un gran eco en su corazón: la semi-confesión la turbación de la Bruyère causaban á Mad. Perrine una emoción extrema; porque después de restablecida, había corrido su vida en la soledad y tranquilidad más completa. Atribuyó pues á las singulares circunstancias de aquella noche, la especie de atolondramiento febril que sentía hacia algunos momentos.

—Allí es! le dijo la Bruyère deteniéndose en el ángulo formado por las dos paredes del horno y señalando la boca á la señora Perrine.

Esta respondió.

—El escondite al menos es bueno; porque mil veces se pasaría por este sitio sin sospechar nada.

—Oh! señora Perrine!... como me late el corazón... dijo la Bruyère temblando... y sin embargo, es allí...

—Creedme, hija mía, no os alimentéis con una esperanza demasiado viva... Pero démo-

nos prisa... no sé si es el fresco de la noche, añadió Mad. Perrine con acento mas vivo y breve... pero me tiembla todo el cuerpo.

Apenas habia pronunciado aquellas palabras, cuando la Bruyére con la energia y agilidad de una joven del campo, se armó con un garrote, subió sobre los escombros, llegó junto á la boca del horno, separó las enredaderas y espinos y practicó fácilmente un hueco en el tabique de tejas y tierra.

De repente á lo lejos y como si aquel grito hubiese venido de la estremidad norte del estanque, resonó en los aires el grito agudo del águila de Sologne, pero debilitado por la distancia apenas era perceptible.

Con todo llegó á los oidos de la Bruyére levantóse inquieta y atenta.

—Qué teneis? le preguntó Mad. Perrine que nada habia oido. ¿Qué os sucede hija mia?

La Bruyére muda siempre é inmóvil hizo con la mano una señal de súplica á Mad. Perrine, inclinó la cabeza y escuchó de nuevo con ansiedad.

No oyó nada mas.... bien que el grito no se repitiera, bien que se confundiese con las rágasas de viento que soplaba de vez en cuando justamente en direccion opuesta habian hecho oír ante y hacian oír entonces el ruido cada vez mas cercano de varios caballos al galope.

—Hija mia, dijo Mad. Perrine con una voz que dejaba traslucir la angustia y el sufrimiento; démonos prisa, os ruego, porque no me siento bien.

Estas palabras hicieron volver en sí á la Bruyére; en pocos momentos hizo un agujero suficiente para poder penetrar en la sombría cavidad, pero Mad. Perrine la cogió por el vestido y le dijo:

—Hijo mia tened cuidado hay serpientes peligrosas en este pais... si algun reptil estuviere oculto en ese agujero.

—Nada temais señora Perrine no es aun la época en que las serpientes se anidan para dormirse.

Diciendo estas palabras, la Bruyére por un movimiento lijero se escapó de las manos de madama Perrine, cuyo corazon se oprimió al ver desaparecer á la joven en medio de las nieblas formadas por la bóveda del horno.

Resonó en aquel momento de nuevo, y esta vez, claro, distinto, sonoro y cercano, el grito del águila de Sologne; pero Bruyére no podia ya oirlo.

—Un ave de rapiña... esto es triste.... mal presagio... dijo muy bajo madama Perrine, temblando.

En seguida como si aquella idea hubiera redoblado sus temores por la joven, se inclinó hácia la negra entrada del horno y gritó:

—Bruyére, Bruyére, hija mia, háblame.

—Busco, á lo largo de la bóveda y portadas partes, señora Perrine y nada hallo, respondió tristemente la jóven.

—Ya lo sabía yo.... ¡pobre muelaacha!..... dijo Mad. Perrine.

En seguida aplicando el oído á la parte de donde venia el viento, añadió á media voz:

—¡Es raro! diria que es el galope de varios caballos que se acercan.

Escuchó de nuevo, y continuó:

—Son los potros de alguna granja inmediata que se quedan de noche en los prados y retozan á la claridad de la luna.

De repente la jóven dió un agudo grito.

—Qué hay? dijo espantada Mad. Perrine, Bruyére, por caridad, responded.

—Un cofrecito...señora... Perrine.

Y casi en el mismo instante la jóven palpitando de una alegría inesperada, volvió á aparecer á la entrada del horno.

Un pintor hubiera hecho de esta escena un cuadro de una orijinalidad encantadora.

La clara luz de la luna, iluminaba de lleno á Bruyére, que de rodillas á la entrada del horno, tenia el cofre entre sus manos; las verdes hojas de la yedra, los ramos de los espinos color de púrpura ya por el otoño, llenaban con sus ligeras guirnaldas el medio centro ocupado por las sombras, en medio de las que resplandecía, inundada de una blanca luz la figurade la jóven, inmóvil, arrodillada, con los

ojos anegados en lágrimas y levantados al cielo con una expresión de inefable esperanza.

A pesar de su agitación, sus inquietudes y la especie de curiosidad mezclada de solicitud que le inspiraba el descubrimiento de la Bruyère, Mad. Perrine permaneció un momento muda á la vista de aquel cuadro delicioso.

—Gracias, Dios mio! el tío Santiago no me había engañado, quizá voy á conocer á mi madre.

Decía Bruyère con voz palpitante de emoción; en seguida, de un salto se puso junto á Mad. Perrine y le dijo:

—He aquí el cofre.

Este no tenía de particular más que su hechura, era redondo con el fondo plano y la cubierta bombeada, veíase por algunos pedazos de géneros respetados por el tiempo y la humedad, que otras veces había estado cubierto de sarga verde, sujeta á la madera por clavos dorados, con la cabeza ochavada, y corroidos: ya por el moho: este cofre debió haber servido para estuche en un telarillo de encage, poco más ó menos como el que hemos visto en la sala de Mad. Perrine, junto á su sillón.

La cabeza de los clavos destinados á sujetar la sarga, después de haber formado varios groseros arabescos sobre la cubierta, se terminaba en letras cursivas que decían este nombre:

PERRINE MARTIN.

Mad. Perrine, á la vista del cofre, habia permanecido al principio llena de asombro, como si proeurára reunir sus recuerdos; pero muy pronto al leer á la resplandeciente claridad de la luna aquel nombre que era el suyo, dió un gran grito.

— ¡Oh, Dios mio! ¿Señora Perrine, qué tenéis? dijo Bruyére.

Mad. Perrine sin responderle, tomó el cofre para examinarle mas de cerca aun, y con las manos temblorosas, los ojos desalentados, gritó con voz entrecortada, y sin reparar en la presencia de Bruyére.

— Ese cofre es mio ¿Como se halla aqui? Lo habeis traído á esta casa. . . me acuerdo . . . á la que me condujeron . . . cuando no estaba . . . aun enteramente loca.

— ¿Vos... loca? gritó la Bruyére con terror.

— En aquella casa prosiguió Mad. Perrine cada vez mas trastornada . . . en aquella casa en donde me tuvieron tanto tiempo custodiada . . . y cuando sali . . . curada . . . me acuerdo bien pedi este cofre y otras cosas tambien . . . que yo estimaba mucho . . . ¡oh! . . . ¡tanto! . . . y me respondieron que no sabian . . . lo que queria decir.

— Este cofre os pertenece . . . dijo Bruyére, y una loca esperanza vino á animar su pen-

samiento, si la señora Perrine fuese su madre.... pero acordóse pronto que pocos momentos antes esta le habia manifestado el sentimiento de no haber tenido una hija.

No atreviéndose á hablar esperaba Bruyère con una ansiedad indecible que se aclarase aquel misterio.

Mad. Perrine habia colocado el cofre sobre un monton de escombros: hacia mover entonces no sin dificultad á causa del moho, un pequeño resorte casi invisible que lo cerraba: abrióle y tomó lo primero un sonajero de cascabeles como los que gastan los hijos de los pobres.

—Es el suyo! el de mi hijo, gritó Mad. Perrine..... qué dicha! lo creia perdido y despues de haber cubierto aquel juguete de besos lo volvió á colocar en el cofre; tomó despues una cartera de badana con guarniciones de plata ennegrecidas por el tiempo, y entre las que figuraba una corona de conde.

—La cartera.... que su padre... dejó caer una vez.... dijo Mad. Perrine y que contenia estas cartas... estas funestas cartas... He aqui mis dos daguillas de box esculpidas para mi por aquel pobre Claudio el mejor y mas desgraciado de los hombres.... Oh! que dicha!... mis tesoros queridos... mis reliquias sagradas... lloradas durante tanto tiempo... os hallo al fin, y Mad. Perrine cubria aquellos objetos de lágrimas y besos con una exaltacion fe-

bril y funesta, porque á sus suspiros se agregaron muy pronto movimientos convulsivos.

—Pero esto.... no lo conozco.... yo no habia dejado esto, dijo de repente Mad. Perrine.

Y puso la mano sobre una bolsa de piel bastante pesada, que corrompida sin duda por la humedad, reventó con el peso de su contenido y un sin número de piezas de oro cayeron de ella.

—Oro! dijo Mad. Perrine aun con mayor sorpresa.

En seguida añadió.

—¿Qué pergamino es este?

Con efecto á la bolsa habia atado un pergamino no pajizo, evidentemente arrancado de la cubierta de algun libro antiguo.

—Algo hay escrito!.... dijo Mad. Perrine.

—Leed!... oh!... leed! dijo la Bruyère, cuyas ideas empezaban á turbarse á la vista de sucesos tan inesperados.

Gracias á la claridad de la luna Mad. Perrine pudo leer lo siguiente.

Este cofre y lo que contiene pertenece á la madre de mi hija que ahora tiene cinco años. Me veo obligado á espatriarme, á abandonarla... la confío á un hombre fiel. Estos objetos ayudarán á mi hija á hacerse conocer algun dia por su madre si lo juzgo conveniente mas adelante daré otras ins-

trucciones... Pero como puedo morir pronto estas palabras me servirán de testamento y en él quiero consignar un secreto que me oprime.

Yo que hasta aquí todo lo he afrontado á todo me he atrevido siento ahora un remordimiento.

He cometido un crimen espantoso... sin nombre es preciso que empiece á espiarlo descubriéndole á quien deba leer esto...y... que.

En este sitio la humedad habia penetrado y corroido el pergamino muchas palabras no eran legibles otras estaban completamente borradas de suerte que las últimas líneas eran incomprensibles pero Mad. Perrine cada vez mas trastornada y arrastrada por una curiosidad devoradora continuó leyendo aquellas palabras incoherentes como si hubiesen presentado un sentido completo.

Era... pre.... pero.... yen.... suelto.....
la.... noche... me introduce por... loca.....
pero tan hermosa.... y... quiere.... tambien
horror de mi.... al manecer... entonces....
llegué.... eaf.... sab... me ha perseguido por
todas partes hasta

Vuelto en.... llegar..... mi hija.... la ma-
dre siempre loca, no sabiendo.

*sustrage..... no solo dirán.... hasta....
y entonces..... y cuando.... tenga... por ra-
zones.... y imp... dará el nombre de BRU-
YERE á.... hija.... y.... le mon....*

El pergamino, cayó de las manos de Mad. Perrine.

Aquella noticia y el sacudimiento que produjo volvieron, si así puede decirse, el equilibrio á su espíritu; lo mismo que un monumento conmovido en su base por una oscilacion profunda, vuelve naturalmente á su sitio con otra contraria, hasta que la última le hace caer estrepitosamente.

Por incompleto que fuera el sentido de aquellas palabras medio borradas, Perrine Martin comprendió pronto su significacion. Un infame enamorado de la hermosura de aquella desgraciada, habia abusado del estado de demencia en que se hallaba: Bruyére era el fruto de aquel crimen horrendo, y ella, Perrine Martin... habia sido madre sin tener el menor conocimiento ni acuerdo.

Al saber aquella espantosa revelacion el corazon maternal de la desgraciada, solo sintió una cosa... una alegria inmensa.... divina, le habia nacido una hija.... y podia estrecharla contra su corazon.

Así es que esclamó alargando los brazos á Bruyére.

—Hace un instante creí volverme de nuevo

loca... ahora nada temo.... Ven, ven hija mia, tú me vuelves la razon.

Y decia la verdad, porque hay situaciones dadas en que una madre no puede volverse loca y no se vuelve.

—Vos! mi madre, gritó estupefacta la Bruyére, porque era demasiado sencilla para penetrar el sentido odioso de las meñias palabras leídas desatentadamente por su madre.

—Si, tu madre... yo soy tu madre... decia Mad. Perrine suspirando y cubriendo á la Bruyére de lágrimas y caricias: poco nos importa lo demás... escucha... tu eres mi hija. ¿Qué mas necesitamos? ¡Oh! Dios mio, yo que decia hace un instante, que seria dichosa en tener una hija y un hijo á quien adorar.... Ya tenia el hijo... ¡Oh! un, digno hijo!... ¡Como tú amarás á tu hermano!....

—Una madre? un hermano? marmoteaba Bruyére devolviendo á su madre lágrimas por lágrimas; caricias por caricias.

De repente Perrine Martin se estremeció y dijo muy bajo á Bruyére que tenia apretada contra su pecho.

—Te llaman!

—A mi madre mia?

—Si, oye, escucha.

En efecto; en medio del ruido de sables que arrastraban, de las pisadas de los caballos, de las gruesas y herradas botas, y confusos gritos; tumulto que se aumentaba y que la eme-

cion de Perrine Martin y de su hija no les habia permitido oír hasta entonces, resonaba sonora é importante la voz de M. Beaucadet.

—Necesitamos á Bruyere, decia el sargento de gendarmeria, en nombre de la ley que ninguno debe ignorar ¿donde está Bruyére? venimos á prenderla.

Es imposible pintar el movimiento de maternidad selvática con que Perrine Martin apretó á su hija contra su pecho, cuando llegaron á sus oídos estas palabras, escondiéndose en el ángulo formado por las dos paredes del horno que daban á aquel sitio una sombra profunda.

—¿Prender á la Bruyére? gritaba la viril y buena Robin. ¿Estais loco, M. Beaucadet? Prender á esa pobre niña, la providencia del pais....

—Es verdad, decian los mozos de la granja, prender á esa pobre niña. ¿Y por qué?

—Porque está acusada de infanticidio, respondió Beaucadet con tono perentorio y destrozando las palabras, segun su costumbre.

—¿Qué canciones son esas? replicó la Robin. ¿Hablais vuestra gerga?

—En otros términos, ignorantes, respondió desdeñosamente Beaucadet; se acusa á Bruyére de haber matado á su hijo.

A aquellas palabras dos gritos terribles se oyeron detrás del ángulo formado por las derribadas paredes del horno.

En el momento en que Beaucadet corria en

aquella direccion, seguido de sus gendarmes, Bruyère con la rapidéz del relámpago se escapa del abrazo convulsivo de su madre y de un salto salvó los escombros, precipitándose desde aquella altura en el estanque.

Todo esto sucedió en menos tiempo del que se necesita para escribirlo.

Cuando Beaucadet, acompañado de los gendarmes y de las personas de la granja, llegó al ángulo formado por los dos muros, cuya elevacion les habia ocultado la funesta accion de la Bruyère, solo hallaron á Perrine Martin.

La desgraciada madre, con la cabeza sobre una piedra, los brazos engarrotados, las manos cruzadas, los ojos fijos y medio cerrados, y los dientes apretados, padecia un parasismo nervioso.

—Señora Perrine, decia la Robin arrodillándose junto á ella para socorrerla, interin los gendarmes la cercaban.

—La Robin! socorro gritó de repente una voz al otro lado del horno.

Era uno de los mozos de la granja, que oyendo el ruido del cuerpo de la Bruyère que caia al agua, habia corrido al borde del estanque interin los demas actores de esta escena se precipitaban hácia las ruinas.

—La Robin! gritó de nuevo, Bruyère se ha arrojado en el estanque.... hé aqui uno de sus zuecos entre los juncos... pronto... socor-

ro, desata la barca, podremos aun quizá salvarla...

Interin trasportaban á la granja á Perrine Martin privada de sentido, desataron el barco, recorrieron el estanque, que fué sondeado en todos sentidos por la Robin, los mozos de la granja y los gendarmes.

No se encontró el cuerpo de la Bruyère. La Robin prorrumpió en suspiros llevándose como una reliquia preciosa el pequeño zueco de la jóven, pero volviendo sobre sí de repente la Robin dijo al carretero:

—Somos muy bestias en llorar: una criatura *hechizada* como la Bruyère no muere. La volveremos á ver....

M. Beucadet despues de haber redactado sumaria informacion del suicidio, montó á caballo y se dirigió al palacio del conde para anunciar la triste nueva.

Al cabo de algunos instantes de marcha el jendarme que durante el dia habia mostrado la impaciencia que le causaba la ridicula importancia que se daba M. Beucadet, dijo á media voz, dirigiéndose á su camarada y enseñándole al sargento.

—Lo he visto bien, hace un momento, lloraba al montar á caballo.... Tanto mejor.... siempre habia sospechado que tenia mas de bestia, que de malo.



CAÍTULO XVI.

La Madre y la Hija.

INTERIN que los sucesos precedentes pasaban en la granja del Grande Enebro, otras escenas tenían lugar en la *Sablottière* residencia de Mad. Wilson.

De vuelta en su casa despues del desgraciado dia de cacería, Mad. Wilson y su hija, tristes y abatidas habian entrado en su cuarto sin pensar en comer, M. Alcides Dumolard apenas vuelto en sí del terror que le habia inspirado el audacioso ataque de Bamboche, no participaba del descuido de su hermana y sobrina con respecto á la comida: tendido casi en su sillón al lado de un excelente fuego, se hacia servir voluptuosamente, una gran comida, pretendiendo que tan diferentes emociones y sobre todo el dolor causado por la pérdida de su bolsa, le habian debilitado extraordinariamente el estómago.

Cediendo á las instancias de su madre, Rafaela Wilson acababa de meterse en la cama; á su cabecera se hallaba su camarera la señorita Isabeau, de edad de 30 años poco mas, nada bonita, pero con una fisonomía fina, expresiva é inteligente; con magníficos cabellos, ojos vivos, linda mano, pié pequeño y talle elegante, que hacia resaltar aun mas un vestido negro muy sencillo y de hechura admirable. La señorita Isabeau parecia tan sorprendida como triste, del aire abatido y de sufrimiento de sus dos amas. A una seña de Mad. Wilson salió del cuarto.

Quedáronse solas madre é hija.

El dormitorio de Rafaela inmediato al de su madre estaba colgado y amueblado con tela de Persia fondo blanco, sembrado de ramos de flores; una luz medio oculta por un globo de cristal de una opacidad trasparente, daba una débil luz á aquella estancia.

Mad. Wilson habia dejado su traje de amazona y vestia una bata de cachemira gris bordada y con pasamaneria rosa baja, vestido sencillo y de un tejido fino que dejaba adivinar los contornos de aquel cuerpo encantador.

Sentada en el borde de la cama de su hija tenia con inquieta ansiedad una mano de aquella entre las suyas. La hermosa cara de Rafaela por lo regular con un color tan delicado y sonrosado, estaba entonces alterada

de un modo tal, que sin el brillo de los grandes y febriles ojos azules, se hubiera confundido por su estremada palidéz con la blanca cura de nieve de los encajes y batista de su gorro de noche.

Aquella jovencita y aquella madre jóven, ó mas bien aquellas dos hermanas así agrupadas, ofrecian un cuadro encantador: una débil luz derramaba su dudosa claridad en aquella habitacion entapizada de una tela blanca con ramos de flores é impregnada toda del olor ligeramente perfumado que exhalan siempre las mugeres elegantes y aseadas.

Hallábanse solas por primera vez despues que volvieron de la caceria, Mad. Wilson y su hija.

=Pobre ángel.... ¿Sufres, pues, mucho? dijo Mad. Wilson á Rafaela.

La jóven respondió con un doloroso suspiro acompañado de una mirada llena de lágrimas.

Mad. Wilson tomó entre sus dos pequeñas manos la cabeza de su hija, y la besó muchas veces en la frente, diciéndole:

=Sufrir tú..... ángel mio... tú... oh! jamás hasta ahora he sentido el ódio... pero el que te cause el menor disgusto, será perseguido por mí con animosidad terrible, implacable.

Al hablar del ódio que resentiría, la viva y amable fisonomía de Mad. Wilson se trasformó; en sus ojos siempre tan alegres y sere-

nos, brilló una sombría mirada; contrájose su risueña boca, hincháronse las venas de su frente; en fin, tan amenazadora pareció un instante á Rafaela la espresion de su cara, que gritó espantada:

—Mamá... no lo aborrezcas.... yo lo amo tanto.

A aquellas palabras de Rafaela que manifestaban su incurable pasion por el vizconde Scipion Duriveau, Mad. Wilson por un movimiento inesperado ocultó la cara entre sus manos y prorrumpió en deshecho llanto.

—Madre.... querida madre.... yo te aflijo, dijo la jóven lanzándose al cuello de Mad. Wilson.... oh! cuán cobarde soy y desgraciada... él quizás no me ama ya, y yo destrozó tu corazon.

—¿Qué no te ama! gritó Mad. Wilson enjugando bruscamente con su mano las lágrimas que caian de sus ojos... no te ama.... y sus pálidas mejillas tomaron un color púrpuro producido por la indignacion. Tú..... tú sufrir tal desprecio... Tú, bella entre todas.... hermosa.... sí, hermosa hasta realizar el imposible, dijo madama Wilson arrastrada por el loco orgullo del amor materno.

—No amarte mas.... él.... continuó despues de un momento de silencio.... ¿Mas tú no sabes todo lo que me ha costado.....

Mad. Wilson se detuvo: dejándose llevar de un primer impetu, iba á descubrir á su hija

un secreto que queria ocultarle; dióse prisa á añadir volviendo sobre sí.

—No, tú no sabes cuantas inquietudes me ha costado ese amor... Cálmate.... Tranquilízate.... adorada mia.

—¡Ay! madre mia, estamos prometidas.... Y durante el dia de hoy lo habeis visto.... nada.... algunos frivolos cumplimientos, apenas si se ha ocupado de mí... distraido siempre, descuidado, ¿y qué quiere decir aun aquella indiferencia despues de una escena... horrible.... en la que mostró como siempre tanto valor y tanto desprecio? Oh! aquella muger, aquella jóven del campo, él la quiere. Hé aquí porque ya no me ama. La ama y ella ha matado á su hijo! gritó Rafaela con una mezcla inesplicable de ódio, de celos y de desesperacion....

En seguida, deshecha en lágrimas, abrazóse al cuello de su madre, y ocultó el rostro en su seno.

—¡Ah! continuó, compadecedme.... despreciadme... A pesar de todo amo á Scipion; le amo siempre; le amo quizá mas, porque nunca me ha parecido tan hermoso como cuando solo, tan jóven y débil, pero intrépido, desafiaba desdeñosamente el furor de aquellos aldeanos que le amenazaban.... ¡oh! maldcidme, madre mia, añadió Rafaela volviendo hácia su madre, su hermoso rostro inundado de lágrimas, y tendiéndole sus manos

suplicantes, repitiendo; ¡Maldecidme! porque aun no lo sabeis todo.

Mad. Wilson levantóse de repente y su mirada inquieta y penetrante interrogó á su hija.

—He abusado de vuestra ciega ternura, de vuestra confianza sin limites, continuó Rafaela con abatimiento.

Al oír aquellas palabras, el primer movimiento de Mad. Wilson fué estremecerse, haciéndose atrás, y abandonar las manos de Rafaela que tenia entre las suyas; despues, avergonzándose de haber dudado un momento de su hija, aun cuando ella misma se acusaba, le dijo:

—¿Tú.... abusar de mi confianza?.... no te creo: pobre ángel.

Estas palabras fueron pronunciadas con una sonrisa y serenidad tal, que Rafaela admirada, permaneció muda.

—No, tú no has abusado de mi ternura, querida mia, continuó su madre; segun tu costumbre, tu cándido y buen corazon te ecsagera alguna niñería, como te ecsagera la frialdad de Scipion, Por lo demas, picarueta, añadió Mad. Wilson sonriéndose, y bajando con un movimiento lleno de gracia su linda cabeza hasta el nivel de la de su hija; concluirás por hacerme tan medrosa como tú; porque hace un momento, cuando digistes maligna chiquilla, ¡ya no me ama! temblé un instante; ¡hacerme dudar de ti, del po-

der de tu hermosura; de la adorable influencia de tu talento y de tu corazón! ¡ah! es lo que no te perdonaré. Venid acá, señorita, que os cierre esos hermosos ojos con tres besos puesto que ven tan mal, y tan mal juzgan del amor de Scipion.

Y Mad. Wilson apoyó sus sonrosados labios en los blancos párpados de Rafaela.

Por la primera vez de su vida Rafaela se sintió dolorosamente admirada del lenguaje de su madre.

La confianza, la tranquilidad de Mad. Wilson despues de los incidentes de aquel día, tan penosos para el corazón de la jóven, la llenaban de sorpresa é inquietud.

—Perdon-me, madre mia, dijo con embarazo, si me admiro de oírte tratar con tan poca importancia todo lo que ha sucedido hoy y....

Mad. Wilson interrumpiendo á su hija le dijo con acento serio y tierno á la vez.

—Escucha, querida, somos dos hermanas, voy á hablarte como á una muger casada, porque muy pronto serás la muger del hombre á quien adoras. Es necesario, mi hija querida, tomar el mundo tal cual es.... las cosas como son. Te espantas, sufres, por lo que llamas la negligencia, la frialdad de Scipion. ¿Qué quieres? pertenece á su siglo, es de su época. Aunque muy jóven afecta (y se lo he echado en cara delante de ti) afecta como la mayor parte de los hombres de su edad, un des-

pego, un desden irónico á los sentimientos tiernos. Miraría como una cosa sumamente ridícula el aire apasionado de un futuro marido, y creería representar el papel de un novio de provincia, colmándote de cuidados y atenciones.... En realidad ¿qué son esas afectaciones? Apariencias que en nada alteran el afecto sério, profundo, que te profesa. Si, porque te ama mas de lo que tú crees; y sobre todo á mí que sé lo que tú va'es y lo que eres me toca defenderte contra esas dudas funestas.... pobre ángel idolatrado.... tú has escogido á Scipion.... tú lo amas tanto, que has estado para morir. Te ha hecho pedir para su esposa por su padre. No será tu modesta dote la que le haya tentado; lo que queda de mi fortuna es bien poco y todo lo que posee tu tío lo tiene á renta vitalicia.

—Madre mia!....

—;Dios mio! todas las razones que me obligan á darte para convencerte son miserables, odiosas. Pero puesto que te falta una legítima confianza en tí me es preciso entrar en estos detalles por repugnantes que sean.

—Ay! madre mia, en este triste dia he tenido que sufrir de alguna otra cosa mas que de las faltas de atencion de Scipion.

—Te comprendo, piensas en aquel triste descubrimiento. Sobre esto tambien, ángel mio, es necesario hablarte como una hermana, como una amiga.... ó mas bien como madre

que deja á un lado toda falsa reserva, toda mentida hipocresía, porque se trata de instruir y no de engañar. Escúchame. El año último Scipion estaba aquí solo con su padre y no te conocía. En el ocio de la vida del campo, habiendo encontrado á aquella jóven la enamoró. Ella le escuchó, y tú sabes lo demás. Ahora bien, bajo el punto de vista moral esto es malo, muy malo, pero es necesario decirte, que bajo el del mundo, de este mundo en que tú y yo vivimos, la accion de Scipion es lo que se llama.... un peccadillo de juventud.... mañana todo Paris sabrá que el vizconde Scipion Duriveau ha tenido por querida á una campesina, y que sus amores han tenido tambien el fin trágico de que hemos sido testigos; mañana repito, todo Paris sabrá esto, ningun salon se cerrará para Scipion, ningun hombre, ninguna muger por considerada que sea en el mundo, modificarán el recibimiento que han tenido costumbre de hacer á Scipion.... mas aun, mi hija querida, ningun padre, ninguna madre, le rehusará por ello la mano de su hija. Todo esto te admira un poco, lo veo: pero al hablarte en este lenguaje, que á los quince dias de casada conocerías; al mostrarte en fin la verdad de las cosas, te tranquilizo, te consuelo y hago justicia en fin de una idea funesta á tu dicha.

=Así, pues, mamá, dijo Rafaela con voz

alterada, poniéndose pálida y temblando toda de pies á cabeza.... así en el mundo, no hay ninguna piedad para la jóven seducida, abandonada.... en el mundo para su seductor ninguna censura, ninguna reprobacion; todos le alargan la mano como de costumbre, interin que para la victima solo hay indiferencia y desprecio.

—Mi pobre a lorada, eso sin duda es cruel injusto, deplorable, pero ¿qué quieres? el mundo es así y es necesario tomarlo tal cual es. La penosa escena que hemos visto hace un momento, no tiene, y debes conocerlo, la triste importancia que tú le atribuyes. ¿Se trata de tu dicha futura, la importancia es menor aun... porque al fin, un año ha, Scipion no te conocia... y yo, te lo repito... ha hecho mal en seducir á esa jóven... pero en fin, ¿ella porqué ha sido tan débil? ¿porqué no ha tenido bastante valor, bastante virtud para resistir? Es un justo castigo de....

—Oh! es demasiado... gritó Rafaela interrumpiendo á su madre.... yo tambien soy muy cobarde! Oir esto... y callarme.... es infame.

Dirigiéndose en seguida á Mad. Wilson, casi fuera de sí, dijo con una voz profundamente alterada.

—Madre mia, es preciso no hablar con tanta dureza de las jóvenes seducidas...

—Rafaela... ángel mio... ¿Qué tienes?...

=!Cómo tiemblas! ¡cómo me miras!...

=Os digo, madre mia... que es preciso ser indulgente y tener compasion de las jóvenes seducidas...

=Tú palideces... me espantas...

—Tened piedad... oh! sí.... mucha piedad de las desgraciadas, que no han tenido, ni la virtud... ni el valor... de resistir á Scipion..

¿Lo ois, madre mia.

Y los suspiros cubrieron la voz de la jóven.

—Rafacla, vuelve en tí, cálmate!

—Dios os castiga, madre mia...

=Dios me castiga?

=La desgraciada jóven que Scipion ha seducido, esa pobre sin apoyo, continuó Rafac-la con una sonrisa de espantosa ironia, por eso vos habeis dicho, como dirá el mundo.. ¿Qué importa?... desprecio para la víctima..... glorias al seductor?..

=Rafacla!!!

—Su hijo ha mnerto... ella morirá quizá tambien... ¿que importa una criatura semejante?... Pecadillo de juventud del vizconde Scipion... Vos habeis dicho esto... y Dios os castiga, madre mia...

=¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

=Eco de de un mundo egoista y cruel, habeis sido implacable para con la jóven del campo...

Os digo que Dios os castiga en vuestra hija... madre mia.

—¿Qué dices!

—Digo, que yo también he sido culpable mas culpable aun que aquella desgraciada criatura, porque no soy sola y abandonada como ella... Tengo una madre tierna y adorada, de la que no me he separado desde mi niñez... Pues bien! á... esta madre... tan tierna... yo... la he engañado.

—Oh! cállate....

—He abusado indignamente de su confianza....

—No sabes lo que dices.. estás loca... Rafaela, vuelve en tí...

—No, no estoy loca gritó la joven casi delirando, pero me volveré... si no muero de vergüenza.

—De vergüenza!

—Yo tampoco he podido resistir al vizconde Scipion...

—Desgraciada!...

—Que importa?... Pecadillo de juventud del vizconde Scipion... dirá el mundo... ¿Es verdad, madre mia? murmuró la infortunada, cuyas fuerzas estaban exhaustas.

Y ocultando la cara entre sus manos, cayó sin movimiento sobre la cama.



CAPITULO XVII.

Amor Materno.

HAN pasado algunos instantes desde que Rafaela hizo á Mad. Wilson aquella terrible confesion, completa por una esplicacion dada por la jóven con voz desfallecida.

Antes de proseguir diremos una palabra sobre Mad. Wilson.

Aquella muger idolatraba á su hija: muy pronto veremos pruebas abundantes de aquel amor ciego, apasionado, casi heroico.

Las personas que conocen lo que se llama *el mundo*, y que lo han visto tal cual es, tal cual le han hecho las consecuencias, las necesidades del órden social actual, creerán quizá fuera de su lugar el lenguaje de Mad. Wilson, hablando á su hija, de la seducion de la Bruyére por Scipion; pero aquel lenguaje es rigorosamente conforme en las ideas, costumbres y tradicciones del mundo.

Al pintar á Rafaela la sociedad con colo-

res tan crueles, Mad. Wilson habia tenido sus razones, y estas, segun ella, eran excelentes.

La pasión que Scipion Duriveau habia inspirado á Rafaela, habia nacido y llegado á su paroxismo, durante un viage que Mad. Wilson se habia visto obligada á hacer á Inglaterra, con motivo de algunos créditos dejados por su marido, banquero americano, muerto en estado de quiebra. Madama Wilson no habia podido pues defender á su hija contra una pasión tan intensa, que á su vuelta Rafaela estaba moribunda, y se moria de amor.

Entonces no trató Mad. Wilson de examinar; de descubrir si el objeto de aquel amor insensato era digno de él. Ante todo, quiso salvar la vida de su hija, casándola con el vizconde Duriveau: aquel matrimonio presentaba dificultades increíbles, era necesario para allanarlas toda la maña, toda la poderosa voluntad de Mad. Wilson; era preciso sobre todo que se resignase á un sacrificio admirable.

Mad. Wilson estaba demasiado persuadida de la adorable beldad de Rafaela; demasiado convencida de sus raras cualidades, para no suponerle una influencia irresistible, y creer que Scipion ocultaba un verdadero amor bajo aquellas apariencias de frialdad calculada: finalmente; Rafaela le amaba mas que á su vida, y Mad. Wilson debia á toda cos-

ta calmar las inquietudes de su hija: y tranquilizarla sobre el porvenir de su amor, que era toda su vida.

Tal habia sido la conducta de Mad. Wilson con Rafaela, hasta el momento en que esta le hizo la triste confesion de su debilidad, que completó con las revelaciones siguientes:

Pocos dias antes de salir con su madre de Paris para la Sologne, Rafaela aprovechando un momento de libertad habia cedido á las instancias del vizconde é ido á una cita que le dió.

Mucho tiempo pasó despues de esta triste revelacion.

Rafaela y su madre permanecian silenciosas y tristes.

Mad. Wilson con el codo apoyado en el brazo de un sillón, parecia entregada á un dolor profundo: fijaba en su hija una mirada llena de tristeza, piedad, amor y perdon.

Rafaela pálida, con la cabeza baja, la vista inmóvil y las manos cruzadas sobre las rodillas, parecia inerte é insensible; de vez en cuando gruesas lágrimas corrian por sus blancas mejillas frias como el mármol.

—Rafaela, dijo de repente á Mad. Wilson, escúchame, hija mia.

Al oír aquellas palabras que manifestaban la infinita ternura de su madre, su indulgencia, estremeciósese la jóven y cubrió las manos de

madama Wilson de lágrimas y de besos.

—Levántate.... cálmate.... ángel mio... á mí tambien me ha costado mucho trabajo dominar mi conmocion.... Tengamos valor.... hablemos de tí... hablemos de nosotras...

—Os escucho: madre mia, dijo Rafaela procurando contener sus lágrimas.

—Nosotras somos dos mugeres solas; no podemos tomar consejos de nadie mas que de nosotras mismas; tú sabes lo que podemos esperar de tu tio.... A nosotras solas nos toca, querida mia, tomar una resolución para el porvenir.... Tú has dicho bien... Dios me ha castigado por la crueldad con que he hablado de la pobre muchacha del campo.... Dios me ha castigado... Pero que sea á mí sola y le bendeciré.... Hace un momento que tus dudas sobre el cariño de Scipion me parecian infundadas, ahora me parecen insensatas, porque ahora esplico la frialdad aparente de Scipion: aquella frialdad era fingida en interés de ambos.

—;Ah! madre mia, respondió Rafaela con abatimiento; á la vista de aquel pobre niño muerto que era su hijo, la mirada de Scipion permaneció seca y arrogante.... Esto me espanta... me hace dudar de su corazon, y con todo conozco que le amo siempre. El es ahora dueño absoluto de mi honor, como lo es de mi corazon, ¡oh! es espantoso el pensarlo!.... si faltase á su palabra!.... si el

-desprecio.... el abandono....

—¿Para tí.... el desprecio... el abandono?....
¿pero habria yo muerto entonces? exclamó
madama Wilson con increíble energia... Oh!
no, no, tranquilizate hija mia. Scipion cum-
plirá su promesa... la cumplirá, porque te
ama... porque es preciso que la cumpla.....
porque no hay poder humano que pueda opo-
nerse ya á este matrimonio....

—Ay madre mia, ¡si supiéseis la inflexibilidad
del carácter de Scipion? !oh! si no me ama, na-
da bastará para impedir que me abandone,
dijo la jóven con un abatimiento doloroso.

Las ansiedades de Rafaela y la alteracion
creciente de sus facciones, destrozaban el co-
razon de Mad. Wilson: conocia el exceso de
sensibilidad de su hija, á quien aquel amor
habia puesto ya á las puertas del sepulcro.
Cada vez mas alarmada por el abatimiento de
la infeliz, y queriendo á toda costa darle es-
peranzas para el porvenir, con revelar le lo
pasado, se decidió á hacerle conocer un se-
creto, oculto hasta entonces por la modestia del
amor materno.

Despues de un momento de duda, dijo di-
rijiéndose á Rafaela.

—Respóndeme, pobre ángel mio, si antes
del dia en que perdida, insensata, fuistes á ca-
sa de Scipion, te hubieran dicho.... renun-
cia á su amor....

=Hubiera muerto.

—Si hoy te dijese, es preciso renunciar á ese amor, á ese matrimonio....

—Moriría á la vez de amor y de verguenza.

—Sí, lo creo, lo sé, morirías de amor y de verguenza... pero no quiero yo que tú mueras, y para que vivas me es preciso tranquilizarte.... y para tranquilizarte me es necesario probarte que nada en el mundo puede oponerse á tu matrimonio.... ni aun la voluntad de Scipion.... ¿Me entiendes bien? Me es preciso, en fin, probarte que para asegurar esta union yo he hecho, puedo decirlo, el imposible.

—Vos, madre mia?

—Sí.... y ahora lo posible, como ves no será mas que un juego para mí.... Esto me admira, pobre querida mia, voy á decírtelo todo..... no sin sentimiento.... porque siempre debias ignorarlo.

Despues de un momento de pausa Mad. Wilson continuó con orgullo.

—¿Y por qué me avergonzaria de confesarte lo que el amor materno me ha inspirado de generoso? Escúchame, pues. Habia dejado á Paris, lo sabes, con la esperanza de recobrar en Inglaterra varios créditos que me disputaban, por consecuencia de la muerte y desastrosos negocios de tu padre: la suma que yo reclamaba era muy importante: obtenerla era asegurarte una dote considerable, y en estos tiempos de ambicion, esto debia, segun mi cál-

culo, importar mucho para tu dicha futura. A mi llegada á Inglaterra, la casualidad me puso en relaciones con sir Francis Dudley, interesado en las reclamaciones que yo venia á sostener.... Lealtad caballeresca, delicadeza esquisita, talento encantador, corazon noble, gran carácter; sir Francis reunia todo lo que puede hacer nacer la estimacion y el afecto. Debí verle con frecuencia, para defender unos intereses que eran los tuyos.... ¿Qué te diré, hijamia? A nuestras serias relaciones sucedió una viva amistad, despues un sentimiento mas tierno que me hacia dichosa, porque era correspondido, y me sentia digna del hombre que le inspiraba. Sir Francis Dudley era libre..... yo lo era tambien..... no te diré la parte que tu porvenir tenia en nuestros proyectos de matrimonio.... ¿Pero de qué sirven ahora estos recuerdos? añadió Mad. Wilson con sonrisa melancólica... todo esto no es mas que un vano y dichoso sueño.

—Y por qué, madre mia, hablarme de eso como de un sueño? dijo Rafaela tan sorprendida como conmovida por aquella confianza.

Mad. Wilson movió tristemente la cabeza y como si hubiese querido libertarse de recuerdos penosos, añadió abrazando tiernamente á su hija.

—Hablemos de tí querida... Durante aquel viaje recibia diariamente una carta tuya, faltándome de repente; me escribe tu tia y por ella

llega á mi noticia como un rayo la nueva de tu enfermedad... Parto, luego, estabas moribunda.....

—Oh! madre mía; amabas, has venido, ahora comprendo el sacrificio que has hecho.....

—Si ha sido así, hija mía, no conoces aun mi sacrificio... Llego... te encuentro espirando, me confiesas tu loca pasión... Desatinada y queriendo hacerte vivir, te prometo casarte con Scipion. La esperanza de aquella felicidad, tu ciega confianza en mi palabra, te causan una crisis saludable, renaces, vives, te has salvado!... pero me era necesario cumplir aquella promesa hecha por mí en el delirio del dolor: me era preciso unirte á Scipion ó caías de nuevo en un abismo de dolor y de muerte del que te habia salvado milagrosamente con una promesa temeraria.... No sabia, pobre ángel, á lo que me habia comprometido!...

—Cómo!.... mi matrimonio?

—Escucha, una de mis amigas conocia intimamente al padre de Scipion, el conde Duriveau: despues de una larga conferencia con ella, salí desesperada: tu matrimonio era imposible; M. Duriveau queria casar á su hijo con una heredera de tres millones de fortuna, de un alto nacimiento; y como hice observar á mi amiga que el consentimiento de Scipion era el menos necesario ...

—Y bien, madre mia? dijo Rafaela.

—Se me respondió que aquel hombre de un

carácter de hierro hacia cuanto queria...

—Scipion consentia en ese matrimonio? esclamó dolorosamente Rafaela.... ya me engañaba....

—No, no, no te engañaba, pero no queria sin duda oponerse de frente á la voluntad de su padre...

—Y me habiais ocultado eso, madre mia?

—Para qué decírtelo? te habia hecho vivir ofreciéndote que te casarias con Scipion; estos temores, estas dudas, estas ansiedades te hubieran matado: me era preciso dejarte tu ciega confianza en mis palabras y promesas.

—Oh! madre mia! madre mia! esclamó la jóven como agoviada por aquellas pruebas del cariño de su madre.

—Quise conocer personalmente al conde Duriveau, continuo Mad. Wilson, quise juzgar por mi misma á aquel hombre terrible que tenia entre sus manos, sin saberlo, la vida de mi hija. La amiga de quien se ha hablado me hizo ver al conde....

—Y entónces, madre mia?

—Tres meses despues de aquella entrevista, dijo Mad. Wilson, sin procurar no se conociese esta vez el orgullo de su alegría materna: el conde Durivean despues de haber roto bruscamente la union cierta que tanto lisongeaba su vanidad, venia á preguntarte en mi presencia si te dignabas aceptar á Scipion por esposo...

—Y este cambio repentino como sucedió?

—Porque supe hacerme amar del conde Duriveau, dijo sencillamente Mad. Wilson.

—Amar del conde Duriveau! dijo Rafaela.

—Amar... perdidamente... porque despues de dos meses de una corte asidua... me suplicaba que aceptase su mano y su fortuna... y yo acepté...

—Vos, madre mia? dijo Rafaela estupefacta.

—Pero con una condicion, que tu matrimonio con Scipion, se celebraria al mismo tiempo que el mio con el conde.

Despues de un nuevo movimiento de sorpresa, tan intenso, que la jóven permaneció silenciosa, exclamó arrojándose al cuello de Mad. Wilson.

—Ah! madre mia, ahora lo comprendo todo... ahora comprendo el sacrificio doloroso é inmenso que habeis hecho... para asegurar mi matrimonio... habeis renunciado... á aquel amor... de que os acordais... con tanta dicha... vais á casaros con un hombre que no estimais... que aborreceis quizá... y lo haceis por mí...

—No, no, ángel mio, desengáñate, dijo Mad. Wilson á fin de calmar los escrúpulos de su hija... tranquilizate, quiero sinceramente al vizconde Duriveau. ¿No ha asegurado tu dicha? ¿No le merece esto mi reconocimiento? En se-

guida añadió Mad. Wilson, porque la mentira repugnaba á aquella hermosa alma, te confieso que he visto con placer mi influencia sobre el conde.... cuanto de áspero, de duro, habia en su carácter, se ha borrado poco á poco. A su edad, y sobre todo con la ardiente energia de su carácter y de sus pasiones, el amor hace muchos milagros. Tranquilízate, pues, sobre mi suerte.... En cuanto á la tuya, añadió Mad. Wilson abrazando á su hija con delirio, convencida de haberla tranquilizado enteramente. ¿Crees encontrar bastantes garantías para la seguridad de tu porvenir en mi voluntad, en la del conde, y en fin, sobre todo en el amor sincero que Scipion siente por ti, amor á esta hora indestructible, sagrado, porque de este amor depende el honor de una muger y de un hombre? ¿Crees en fin, pobre ángel, que si como te decia al principio de esta conversacion, ha podido un imposible, haciendo que el conde Duriveau viniese á pedir tu mano para su hijo, no me será fácil ahora?...

—Te creo.... te creo.... madre querida, gritó Rafaela interrumpiendo á Mad. Wilson.

Y la jóven, con el rostro brillante de esperanza y de dicha, se arrojó al cuello de su madre.

—¡Oh! te creo, y quiero creerte, dijo Rafaela: tus palabras han hecho renacer la tranquilidad, la confianza y la dicha en mi alma, y ademas soy feliz, mil veces feliz, al saber que te debo

tanto, al saber los nuevos sacrificios que has hecho... y esto me impone obligaciones de ternura...

Varios golpes dados discretamente á la puerta del cuarto de Mad. Wilson, que precedia al de su hija, suspendieron la conversacion.

—¿Quién está ahí? preguntó saliendo del cuarto de Rafaela.

—Yo, señora, dijo tras de la puerta la voz de la señorita Isabeau.

—¿Qué quereis Isabeau?

—Señora, una carta que traen de parte del conde Duriveau, muy urgente, y esperan la contestacion.

—Dadme, dijo Mad. Wilson, abriendo la puerta á su camarera, y ved si mi hija os necesita.

Interin la señorita Isabeau iba al cuarto de Rafaela, Mad. Wilson abrió la carta del conde.

—Estaba segura, dijo, leyéndola, está con la mayor ansiedad... ¡Cuanto amor! ¡Cuanta passion! ¡Como es que fuera de este amor que le domina, solo haya en el conde, egoismo, insipidez, orgullo y audacioso desden, por cuanto no es rico, noble y poderoso? Y este hombre ha sido bueno, ha obedecido, dicen, en su juventud á las mas generosas inspiraciones! Los tiempos han cambiado mucho, la edad ha endurecido y hecho de bronce un alma otras veces sensible y tierna.

Continuando su lectura, Mad. Wilson añadió con ademan pensativo.

—Lo esperaba.... teme que la terrible escena de hoy, haya cambiado las intenciones de Rafaela y las mías... me suplica por su amor, que use de toda mi influencia con mi hija, para que perdone á Scipion... Porque... añade el conde, la dicha de su vida... su matrimonio conmigo, depende de la union de mi hija con Scipion...

Y despues de una pausa, añadió enjugándose una lágrima.

—Oh! mis bellos sueños dorados.... dulces y queridos recuerdos, que hace poco aun....

Pero añadió interrumpiéndose.

—No mas debilidad, no mas inútiles recuerdos... Valor... El conde se muestra mas exigente que nunca... me ruega fije el 15 del mes proximo como época de nuestro matrimonio... Es preciso.... ayer hubiera dudado.... en apresurar este término fatal... que para mi... llegará siempre demasiado pronto... pero hoy... me ordena que apresure este doble enlace...

—Continuó leyendo la carta.

—A qué triste suceso ocurrido esta tarde se refiere el conde? No quiere instruirme de él, por temor de impresionarme demasiado... pero mañana me lo dirá todo... si puedo recibirlo como de costumbre... Vamos á responderle.

Mad. Wilson salió de su cuarto y pasó al pequeño salon donde solia escribir.

Acababa su carta al conde, cuando Rafaela pálida, medio desnuda, espantada, entró en.

el salón gritando:

—Oh! es espantoso, dijo arrojándose en los brazos de su madre, muerta!

—Dios mio, que hay Rafaela, de quien hablas?

—La jóven... la madre del niño que encontraron esta mañana... ha muerto!

—Qué dices?

—Se ha ahogado!... iban á prenderla!

—Pero cómo lo sabes?

—Un momento ha que uno de los criados del conde lo dijo á Isabeau.

—No hay duda, dijo Mad. Wilson, es el caso á que se referia el conde.

—Oh! madre mia, Dios nos castiga... esa muerte es un presagio... y cayó espantada en los brazos de su madre.

FIN DEL TOMO I.

NOTA.—A petición de varios suscritores se continúa la publicación de *Martin el Esposito*, no haciendo la de *Memorias de un Indio* hasta la terminación de aquella.

MARTIN

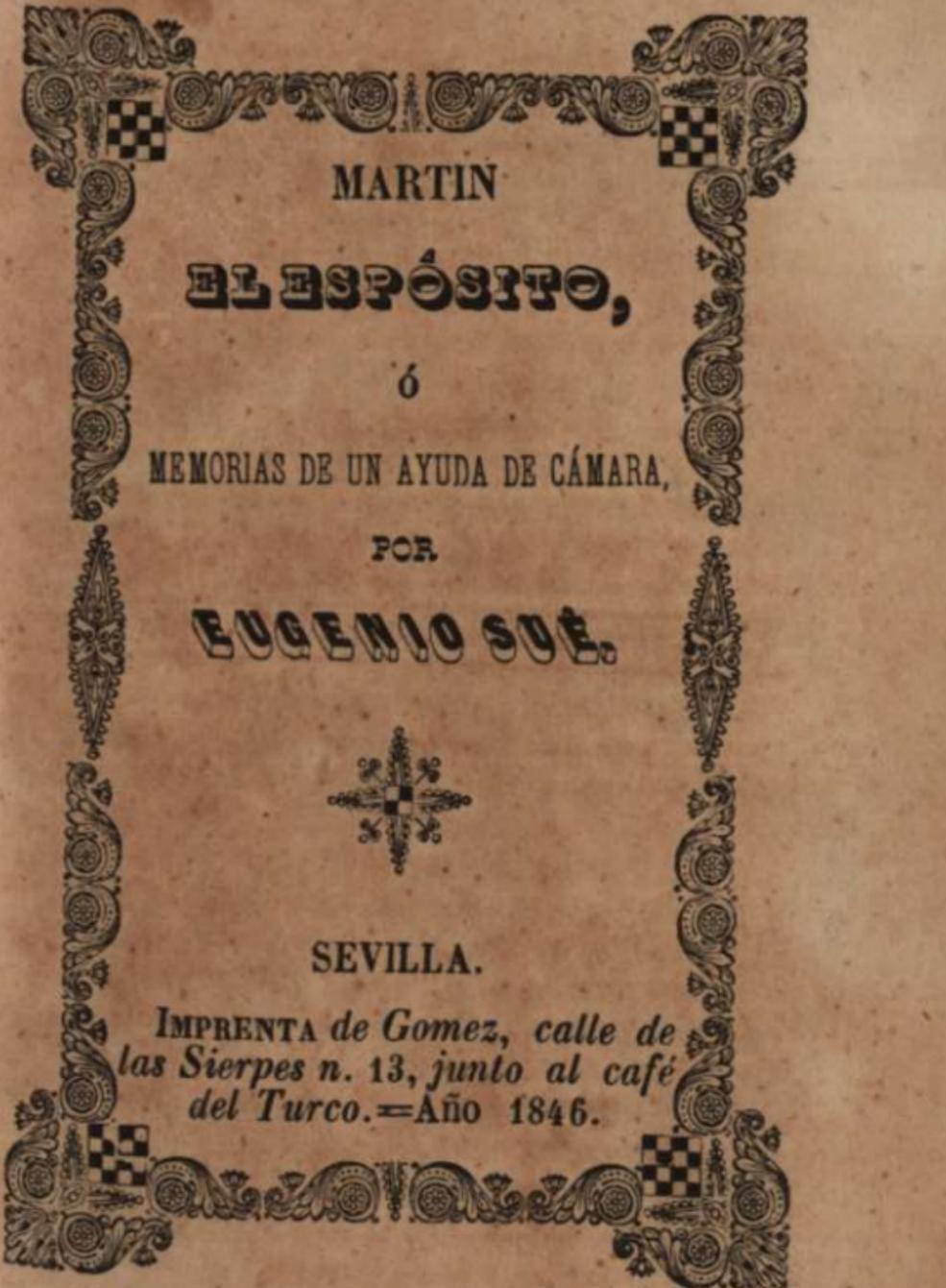
EL ESPÓSITO.

Concluida la obra se publica en cada tomo.

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA.

Concluida la obra costará 6 rls. cada tomo.



MARTIN

EL ESPÓSITO,

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA,

POR

EUGENIO SUÉ.



SEVILLA.

IMPRESA de Gomez, calle de
las Sierpes n. 13, junto al café
del Turco. = Año 1846.

MATEO

EL SEÑOR

6

AGENCIA DE AYUDA DE CANARIAS

1872

EL SEÑOR

SEVILLA

IMPRESA DE DON JUAN DE LOS RIOS, calle de
San Francisco 12, punto al café
del teatro. - Año 1872.

MARTIN P. S.



MARTIN T^o 2^o



Sevilla

La Lebrasse

Sci. d. art. 26



CAPÍTULO XVIII.

La comida.

DEMOS una rápida ojeada á los sucesos que pasaban en el palacio de Tremblay (residencia ordinaria del conde Duriveau) durante la noche en que Bruyére buscaba la muerte en el estanque de la granja.

Durante aquella noche en que Rafaela confesaba su falta y su vergüenza á su madre. De vuelta á su casa, el conde Duriveau, echaba doblemente de menos la presencia de Mad. Wilson y de su hija que hubieran debido venir, como M. Alcides Dumolard, á comer á Tremblay despues de la cacería; al vivo disgusto que le causaba la ausencia de su vecina, se agregaba el fastidio de recibir á varios vecinos convidados tambien á aque-

lla comida y cuyas invitaciones no habian podido dejarse para otro dia..

Aquel fastidio tenia, con todo, sus compensaciones: los vecinos, grandes propietarios, industriales enriquecidos en empresas aventuradas, hombres de la curia retirados ya de los negocios, eran todos electores influyentes: ahora bien, algunos amigos de M. Duriveau que pertenecian al mundo político, le habian dicho el año anterior.

«Las circunstancias son graves: esas abominables ideas radicales, sociales y democráticas, hacen un estrago espantoso entre las clases laboriosas de la sociedad; es necesario que un partido compacto, enérgico, inflexible, intimide y sujete esas tendencias anárquicas que nos conducirian derechos á la república, al terror, al máximun etc., etc. Como gran propietario estais interesado mas que otro alguno en el sostenimiento del orden y de la paz. Sed de los nuestros, sed diputado en lugar de M. de Levrasse, hombre de muy buenas intenciones, pero sin valor, preparad vuestra candidatura, *el gobierno del rey* la apoyará, sereis nombrado y votareis con nosotros por la conservacion del... mejor régimen posible.»

Esto lisongeaba el orgullo del conde Duriveau, y á su fuerte é implacable carácter, siguió con ardor los consejos de sus amigos, empezó por acercarse á los electores mas influyentes del

partido á que queria pertenecer; les recibió con frecuencia en Tremblay, y la comida á que les habia convidado aquel dia, inauguraba su vuelta á Sologne.

Los diversos incidentes del dia, la especie de motin que produjo la insolente audacia de Scipion cuando se descubrió el hijo de la Bruyére, debian ser doblemente sensibles al conde Duriveau; primero, porque temia que Rafaela Wilson quisiera romper, por causa de semejante escándalo, una union que sola aseguraba su matrimonio con Mad. Wilson: despues porque el rumor de aquella escena deplorable, de la que Scipion habia sido el principal actor, llegando á estenderse en el país, podia tener una fatal influencia en los proyectos electorales del conde. Pero los convidados reunidos en Tremblay, ignoraban aun completamente aquel triste suceso.

La habitacion construida á fines del siglo XVII, y que dominaba el delicioso valle de la Sauldre, verdadero encanto en medio de aquel pobre país tenia una apariencia casi régia: el conde Duriveau desplegaba un lujo extraordinario, y sostenia el tren de una gran casa.

Un inmenso vestibulo, en el que esperaban doce lacayos empolvillados y con libreas pardas galoneadas de plata, fué lo primero que atravesaron los convidados del conde, que pasaron en seguida á un salon de descanso, en el que estaban los ayudados de cámara; despues á una galeria de pinturas, á cuyo final

se encontraba el salon de recibo, magnificamente dorado y amueblado con el mas puro *estilo Luis XIV.*

Estaban corridas las largas cortinas de damasco verde; los candelabros y lustros de bronce dorado, resplandecientes y llenos de bujías, se reflejaban en los espejos de quince pies de alto, bajo los cuales se veian colosales vasos de china, llenos de flores naturales, las mas raras.

Acercábase la hora de sentarse á la mesa. El conde Duriveau sobreponiéndose á sus penosas preocupaciones, hacia solo y con una política algo altiva los honores de su casa, cuidados hospitalario de que el vizconde Scipion le dejaba todo el peso.

El padre y el hijo ofrecian un contraste singular y significativo hasta en los detalles mas pueriles en la apariencia.

El conde aunque padre jóven, lejos de aprobar las modas desaliñadas y sin etiqueta de la juventud de 1845, habia dejado su vestido de caza y estaba vestido con un gusto esquisito: las anchas solapas de su frac azul claro con botones de oro cincelado, volvian cayendo sobre un chaleco de piqué blanco muy ajustado á la cintura, que conservaba aun una flexibilidad y finura juveniles, el ancho nudo de una corbata alta de raso negro, perfectamente arreglada sobre la camisa bordada y sujeta con tres enormes perlas finas, ro-

deadas de brillantes y montadas sobre hojas de esmalte verde; un pantalon negro ajustado, señalaba sus formas elegantes y descubria un pié pequeño calzado con media de seda blanca y zapatos de charol, muy bajos: tal era el traje del conde Duriveau, que gracias á su tez morena, á sus cabellos negros á su cara delgada, pero enérgica, parecia, á pesar de sus *cincuenta*, un hombre de treinta y cinco ó cuarenta años.

Lo repetimos, estos detalles del traje pueriles en la apariencia, tenian una profunda significacion; así el conde Duriveau hubiera creido faltar singularmente á sus convidados ó á sí mismo, si para comer aun solo, no se hubiese vestido con elegancia: calzar botas en lugar de medias de seda, le parecia una enormidad, y ademas no se acordaba de tener que echarse en cara nunca semejante falta; veia en esto una especie de dignidad personal y una garantía; hablando figuradamente decia, que un hombre calzado de seda miraba dos veces antes de andar por el barro: era un modo extraño de comprender el *respeto humano*, pero en fin era el suyo.

El vizconde Scipion lejos de continuar aquella ceremoniosa tradicion, ecsageraba aun el *negligé*, el *flotante* que las costumbres sin etiqueta del club, de la cuadra, y de las cortesanas, ha hecho de moda entre un gran número de jóvenes.

Así es que el traje de Scipion formaba un singular contraste con el de su padre: su corbata negra tan estrecha que parecía una cinta, estaba anudada negligentemente sobre el cuello de la camisa, cuadrado y almidonado, que apenas llegaba á tocar la oreja, dejando el cuello casi enteramente desnudo; su frac verde mezclilla, estremadamente ancho aunque muy corto y con los faldones redondos, parecía un traje de caza; un chaleco escocés escesivamente largo, caía sobre un pantalon oscuro con grandes cuadros azules, suelto y flotante como un pantalon de marinero, y sus botas eran de charol con tacon alto.

Tal era el traje del vizconde Scipion cuya singularidad resaltaba aun mas, por su aire y por una afectacion de descuido mas fácil de concebir que de pintar; camisa entreabierta por el pecho, anchos puños almidonados, y medio levantados sobre la manga del frac, de la que salia su mano blanca fina y delgada como la de una muger enfermiza; actitudes de fastidiado, distraido ó altanero: preciso es renunciar á esos detalles, á esas tintas, á esa nada imperceptible que dá á los retratos un aire particular.

Segun su costumbre Scipion habia llegado muy tarde al salon. Viéndole tan negligentemente vestido, el conde saliéndole al encuentro, le dijo muy bajo y con tono de queja amigable.

—Hubieras debido vestirme con un poco de mas cuidado, sabes que en provincia todo se nota.

—Vay, pues, respondió alto Scipion, tú si que me averguenzas con tu pantalon medio de baile, estás vestido como un *Saint-Leon* un galan de ópera-cómica bajo el imperio hubieras sido el rival de Ellevion para los papeles de *muslo* que enloquecian á aquellas bellas señoras restos del directório.

El conde se mordió los lábios de despecho; entraron algunas de las personas convidadas y fué necesario ir á recibirlas. El contraste de que hablamos se notaba igualmente en las maneras de padre é hijo. Asi el conde tan pronto en pié junto á la chimenea hablaba con los hombres, como se inclinaba sobre la espalda de los sillones de las señoras, para dirigirles algunas corteses palabras.

Scipion tendido, ó mas bien sepultado en un ancho y profundo sillón con las manos metidas en los bolsillos del pantalon, tan pronto bostezaban ruidosamente, ó bien con tono satírico se burlaba impudentemente de aquellos á quienes la mala suerte colocaba junto á él. Eu quanto á las mugeres despues de haber ecsaminado desde el fondo de su sillón, curiosamente su entrada, fijando en ella su lente de concha, no les dirigia ni una palabra ni un saludo.

El conde Duriveau altamente incomodado ya de la conducta de Scipion en aquel triste

dia y mucho mas irritado de las burlas mordaces conque su hijo le habia fatigado en presencia de Mad. Wilson, cansado cada vez mas del papel de padre jóven, sufría visiblemente con las impertinentes afectaciones de Scipion que podian enagenarle la voluntad de los electores. Pero temia talmente las sátiras de aquel adolescente, cuya insolente audacia nada respetaba, que se contenia dejando para la noche una grave y severa esplicacion que pensaba tener con Scipion.

Este recostado siempre en su sillón viendo no lejos de él al mayordomo del conde le hizo señas con el dedo para que se acercase.

M. Laurenzon, el mayordomo, hombre alto, seco y tostado con fisonomía impasible y dura se acercó respetuosamente á Scipion y le dijo:

—¿Deseais alguna cosa; señor vizconde?

—Llamad; querido mio, le dijo, no sé en qué piensan... no nos sirven, y tengo hambre.

M. Laurenzon se acercó á la chimenea, y tiró de un largo cordón de seda.

En el momento un ayuda de cámara vestido de negro, con calzon corto, medias de seda y hevillas de oro en los zapatos abrió la puerta del salón.

Era Martin, el hijo de Mad. Perrine y del conde Duriveau.....

El retrato que Martin habia enviado á su madre era de una semejanza perfecta; como

él, tenía la tez morena, la fisonomía franca y espiritual, la mirada pensativa y penetrante, á la vez, pero un observador hubiera notado algo de misterioso, si así puede decirse en la fisonomía de Martin, como si él hubiera conocido la necesidad de mostrarse absolutamente el hombre de su actual condicion.

El vizconde sentado casi frente de la puerta vió entrar á Martin y le hizo señas de que se acercára.

Martin se acercó respetuosamente al vizconde.... *su hermano*.... con una turbacion que nada hacia conocer, pero que no podia aun dominar.

—Y qué! No se come? le dijo Scipion.

—Escuchad, señor vizconde.... vá.... á servirse....

—Hace que aligeren el servicio.... Yoten go hambre....

Martin saludó y se dirigió hácia la puerta: e vizconde le volvió á llamar.

Martin, decid al encargado de la bodega que beberé solamente vino de Oporto... que me haga templar dos botellas á la temperatura del vino de Burdeos de doce á quince grados ni mas ni menos.

—Si, señor vizconde.

—Decid tambien, añadió Scipion, que no olviden poner junto á mi encurtidos y pimientos de Cayena.

—Si, señor vizconde... respondió Martin y salió.

Los convidados del conde eran de los que generalmente dicen mi *esposa* y que llaman *leones* y *leonas* á las personas que suponen están á la moda. Para la mayor parte de aquellos hombres ignorantes y egoistas, aduladores y vanidosos bestialmente imbuidos en su importancia electoral, las impertinencias de Scipion, eran otras tantas encantadoras costumbres de leon, su desdeñosa sangre fria, sus burlas, les estasiaban y les intimidaban á la vez; jamás le llamaban de otro modo que *el señor vizconde* y reian de buena fé cuando hablaba, lo que le impacientaba singularmente, porque como el hombre de la cinta verde *no se creio tan gracioso*. Las esposas de aquellos señores, mirando de reojo la encantadora fisonomia de Scipion le *detestaban*, es decir, que se morian de despecho, diciéndose á sí mismas que no eran bastante lindas, bastante grandes señoras, bastante *leonas*, para merecer solamente algunas sencillas palabras de política; de parte de aquel fátuo, de aquel impertinente etc.; en otros términos, mas de una de ellas debia salir pensativa al acordarse del pálido y lindo rostro de Scipion, de sus grandes ojos castaños, de su sonrisa que dejaba ver su hermosa dentadura y su blanca mano que de vez en cuando alisaba su sedoso ligote.

Abriéronse de pronto las puertas del salon y Martin con voz sonora hizo oír las palabras sacramentales.

—El señor conde está servido...

—Scipion, ofreced vuestro brazo á Mad. Chalumeau, dijo el conde con gravedad, y dando él mismo el brazo á otra señora.

Scipion en su cualidad de hombre fastidiado no se reia nunca; sin esto, y á pesar de la seriedad de su padre hubiera prorumpido en una ruidosa carcajada al inesperado nombre de *Madama Chalumeau*. Pero aun esto hubiera sido menos insolente que el bur-lon afan con que Scipion saltó por decirlo así de su sillón para venir á ofrecer su brazo á Mad. Chalumeau despues de haberle hecho un profundo é irónico saludo.

Mad. Chalumeau, muger de un elector de los mas influyentes, creyó de buena fé aquellos cumplidos. Era una pequeña *Ragote*, hubiese dicho Scarron, blanca y regordeta, con el pelo y los ojos negros como el azabache sin mas defecto que el de tener siempre las orejas encarnadas, la barba demasiado cerca del cuello, y gran cantidad de flores artificiales en su gorro, lo que aumentaba demasiado el volúmen de su cabeza, formando de ella un pequeño jardín: sus labios eran sonrosados, sus dientes blancos y brillantes, y su mirada tenia algo de lánguida y amorosa.

M. Chalumeau, el elector influyente, hombre alto, calvo y con gafas azules, iba detrás de su muger prodigiosamente orgulloso de ver-

la colgada al brazo del *señor vizconde* interin que la feliz Chalumeau saltando de placer y de orgullo bajo su vestido, cuello de pichon ampliamente adornado con brandemburgos de seda, apretaba con su brazo duro y redondo el del vizconde temiendo que las demas á quienes miraba con aire de triunfo, no conspirasen para robarle su caballero.

—Ah! la intriganta! dijo una de las convidadas, muger de un elector mucho menos influyente señalando á su marido con una mirada feroz á la envidiada, á la aborrecida Chalumeau.

—Querida mia, Chalumeau dispone de 36 votos, dijo lastimosamente el marido... yo solamente de once.... su muger debe pasar antes que tú.

—Lo que no impedirá que si teneis la desgracia de votar por el padre de ese imbécil contra M. de la Levraste, tengais que habérosela conmigo, dijo Mad. la electora temblando de cólera. No quiero á vuestro conde Duriveau por nuestro diputado, añadió enfadada.

—Sin embargo, sé justa, querida mia, respondió el elector, veamos si M. de la Levraste nos dá estos festines de Baltazar con criados vestidos como marqueses; él hace muy mal nuestros encargos en Paris, interin que si tenemos por diputado á un conde, archimillonario, que encargará á su intendente de nuestras comisiones en la capital será mas lisonjero y provechoso.

Diciendo esto el prudente elector dejó pasar delante á su querida mitad y se mezcló en el grupo de los que se dirigian al comedor.

CAPITULO II.

El Jardin de Invierno.

Los convidados de M. Duriveau habian atravesado una galeria llena de armaduras antiguas y armas preciosas, construidas paralelamente á la de cuadros, para ir al comedor; este tenia la pared cubierta con madera pintada de blanco y molduras doradas, y le adornaban cuadros de caza de diferentes épocas.

Sobre la mesa habia cuatro grandes candelabros de plata muerta cincelados, sostenidos por grupos de figuras igualmente de plata, cuyo color por un feliz contraste, era el aplomado, particular de las obras de platería antigua.

Cada uno de aquellos candelabros, verdaderos objetos de arte, se terminaba en seis tortuosos brazos, imitando cepas de viña lle-

nas de hojas y racimos, trabajadas al buril con la mayor perfeccion; aquellos brazos, al ensancharse, dejaban en medio de ellos un cestillo de filigrana de plata, trabajado como un encaje, y lleno de flores naturales, cuyos colores hacian resaltar aun mas el brillo de las luces de las bugias. De una y otra parte el vino de Champagne se veia puesto á refrescar en garapiñeras de cristal de Bohemia, sostenidas por figurillas de plata, y con un sobrepuesto de troncos y hojas de viña del mismo metal, que daban vuelta á los bordes de la garapiñera, y se terminaban formando asas elegantes. Un servicio suntuoso de plata, correspondiente á estos adornos, guarnecia la mesa, y por una feliz innovacion, los convidados, en lugar de estar incómodamente sentados en una silla, lo estaban confortablemente en magnificos sillones, pudiendo saborear muy voluptuosamente las maravillas culinarias del gefe de las cocinas del conde. Cada convidado tenia detras un lacayo, y así se hacia el servicio con un órden y celeridad admirable. Inútil es decir que los vinos mas escogidos, los manjares mas escelentes circulaban con profusion, y que el brillo de la plata, el perfume de las flores y la luz de las bugias daban nuevo encanto á aquellos goces gastronómicos.

El conde Duriveau colocado en el medio de la mesa tenia á su derecha á la mujer

del elector mas influyente y en frente á Scipion al lado de la dichosa Chalumeau y de Mad. la electora cuyo marido confesaba sencillamente (y no era el solo) que preferia á su mandatario actual M. de la Levraste, hombre avaro y poco servicial, el diputado futuro que veia en el conde Duriveau, archimillonario complaciente, y cuya mesa estaba bien servida.....

Un solo hombre contemplaba aquel lujo de principe con tristeza amarga y oculta.... era Martin, á la vista de aquellas fabulosas suntuosidades, de aquel exorbitante supérfluo, pensaba en la espantosa miseria de los habitantes de aquel pais, diezmados por las fatigas, las enfermedades y la necesidad.... Miseria horrible que el conde Duriveau poseedor de casi todo el terreno, hubiera podido muy facilmente, y sin disminuir casi nada sus goces, cambiar en abundancia y bien estar.... *Porque la riqueza impone obligaciones*, pensaba Martin... *y es preciso saber hacerse perdonar el lujo...*

Mas ninguno de aquellos secretos sentimientos se manifestaba en su rostro impasible ni entre los demas criados de la casa se hallaba otro que fuese tan inteligente y exacto en el servicio de los convidados.

Scipion (*el hermano de Martin*) á pesar de sus famélicas pretensiones, comia poco y ese poco sazonado con especies capaces de quemar

el paladar, hacia mucho tiempo que su gusto era depravado; mas en cambio bebia como una odre é impunemente. El mas fuerte de los vinos, *el de Oporto*, no le mareaba siquiera, cuando no bebia hacia beber vino de Champagne á Mad. Chalumeau dirigiéndole descaradamente á media voz, las declaraciones mas atrevidas.

La pobre Chalumeau temiendo pasar por una beata provincial, á los ojos de tan lindo leon, empezó por medio de escuchar las impertinencias libertinas; mas despues la encantadora figura de Scipion, la escitacion de la buena comida ayudada con el vino de Champagne, hizo que la jóven concluyese por sonreir; poco á poco animáronse sus ojos, sus orejas se encendieron, por poco hace sus braudenburgos con sus indiscretas palpitaciones al sentir la bota de Scipion que oprimia ligeramente su botita... que no retiró.....

El conde Duriveau temiendo cada vez mas una nueva locura de su hijo, porque no se engañaba sobre el objeto de las atenciones que el vizconde prodigaba á su vecina, echábale de vez en cuando una mirada llena de irritacion contenida, á la que Scipion respondia con una extrema arrogancia.

De repente, el vizconde, su padre y Martin que estaban en pié detras de su amo, se estremeron al oir un nombre pronunciado por uno de los convidados.

Era el de *Basquie*.

Este nombre habia sido pronunciado ya durante aquel dia; primero, por Beaucadet cuando leyó las señas de Bamboche, que le llevaba picado en el brazo, despues por Mad, Wilson cuando habia hablado de la admiracion que la gran artista, gacela y ruisenor á la vez, escitaba en la escena.

Al oir la fisonomia de Scipion manifestó una oculta satisfacion.

La del conde una aversion penosa.

La de Martin una admiracion profunda, pensativo, como si aquel escitase en él numerosos recuerdos.

=Es preciso rogar al señor conde que nos *entere* de esto, puesto que llega de la *capital*, dijo M. Chalumeau.

=De qué, señor mio? dijo el conde.

=Mi amigo Chandavoine, dijo el elector influyente señalando á su vecino, me sostiene que ha oido decir, que la famosa Basquine, esa actriz de la ópera de la que tanto hablan los periódicos, es recibida como una amiga por las señoras de las mas alta categoria, y que se tutea con ellas.

=Si estuviésemos en una comida de hombres solos, mi querido Chalumeau y si no fuérais algo beato, podria deciros: y esto disimulando mucho, lo que es Madlle. Basquine, respondió el conde con una sonrisa de desprecio amargo; pero la presencia de

estas señoras, hace imposible esta conversacion.

=Mi padre se hace involuntariamente el eco de ruidos absurdos, dijo repentinamente Scipion, si, señor, es verdad exactamente, que las señoras de la mejor y mas alta sociedad se apresuran á manifestar á Madlle. Basquine con las mas delicada atenciones, la profunda, la respetable admiracion que les inspira, y soy tanto mas imparcial con respecto á ella, añadió Scipion, apoyando fuertemente sobre estas palabras, cuanto que no tengo el honor de conocer á Madlle. Basquine mas que por el entusiasmo que su talento me inspira.

El conde miró á su hijo con profunda sorpresa; por primera vez despues de mucho tiempo, le oia espresarse en términos graves; escogidos, con acento de conviccion, y esto tratándose de una muger de las que corrian mil opiniones contradictórias. Los unos (y el conde no era de estos) veian en Basquine un modelo de virtud, tanto mas raro; quanto ue estaba espuesta como actriz de una inmensa reputacion, á todas las tentaciones y seducciones; segun otros (y el conde seguia esta opinion), Basquine, mónstruo de hipocresia, lo era tambien de depravacion, libertinage y maldad: Mesalina y Cleopatra al mismo tiempo, y como ellas soberana, por la Coralina, sino por el talento.

No fué el conde solo el que se admiró de las palabras y del acento de Scipion y procuró leer en su fisonomía la causa de aquella singular derogacion de sus habituales burlas.

Fijando tambien en el vizconde una mirada atenta. Martin habia dejado ver una sorpresa melancólica, al oír al adolescente, dar testimonio de su admiracion por el talento y el carácter de Basquine, en términos tan sérios, cuando él era siempre insolentemente desdeñoso y buron.

Al ver el modo con que su padre le miraba, arrepintiése Scipion de haberse dejado llevar involuntariamente del primer movimiento y de haber usado un lenguaje muy sencillo en cualquiera otro, pero talmente escéntrico en él, que debía ser notado: buscaba el vizconde un medio para borrar la impresion que sus palabras sobre Basquine habian causado al conde y desorientarle completamente. Mad. Chalumeau vino admirablemente al socorro de Scipion.

—¡Cómo defendeis á esa *actriz*! ¡Señor vizconde! dijo con tono agridulce y á media voz.

Scipion al oír aquella tierna reconvencion se disculpó victoriosamente, porque despues de algunas esplicaciones, la nube que por un momento oscureció la frente de la celosa Chalumeau se dirigió enteramente, y la botita que durante el elogio de Mad. Basquine le

habia retirado bruscamente de debajo de su bota de Scipion, volvió tímidamente por sí misma á ocupar su sitio.

M. Chalumeau á pesar de sus gafas azules nada veia, y ademas no pensaba en observar nada: habia encontrado medio para sentarse á la mesa al lado de su amigo Chandavoine: ambos comian de cuanto les presentaban y procuraban adivinar lo que habian comido; los muchos nombres extraordinarios dados á cada plato por el criado del comedor, eran verdaderos enigmas para aquellos convidados profanos.

Los dos amigos, despues de haberse hecho servir manjares desconocidos, les probaban curiosamente, cuando M. Chalumeau fué distraido de sus aventuradas suposiciones por Scipion que le interpelaba de un extremo al otro de la mesa.

El vizconde le interpelaba por este motivo:

Despues de haber tocado varias veces el pié á Mad. Chalumeau, Scipion viendo que sus impertinencias eran recibidas con unas maneras interesante al estilo de la *regencia*, se habia inclinado un poco hácia su vecina, y fijando en ella una mirada licenciosa y provocativa, le habia dicho algunas palabras muy bajo. El vizconde sin duda habia avanzado demasiado, porque la pobre Chalumeau, á pesar de tantas circunstancias conjuradas contra ella, para hacerle trastornar tísica y

moralmente la cabeza, no pudo retener un movimiento de indignacion.

—Bien, habia dicho Scipion, puesto que rehusais voy á quejarme á vuestro marido.

Aquella desvergüenza, dejó estupefacta á madama Chalumeau, aunque le era imposible creer, que Scipion fuera tan atrevido que ejecutase su amenaza; ¡pero qué seria de la pobre mujer cuando oyó gritar al vizconde!

—Escuchad, M. Chalumeau.

Al oír aquella interpelacion, cesaron las conversaciones particulares, y todos los ojos se fijaron en Chalumeau, y el vizconde:

—Vengo á quejarme á vos, M. Chalumeau.

—Y de qué? señor vizconde, respondió el elector con voz ahogada y enrojeciendo al verse tan bruscamente interpelado.

—Os declaro que Mad. Chalumeau me rehusa todo lo que le pido... es preciso absolutamente que la riñais.... añadió con imperturbable sangre fria.

—Cómo... hermosa mia! dijo el elector dirigiéndose á su muger: el señor vizconde.... te.... te... pide... alguna cosa...

M. Chalumeau sudaba tanto que el cristal de sus gafas estaba humedecido; el desgraciado no veia mas que al través de una niebla azulada, la turbacion y el embarazo oprimian su garganta, con todo hizo un esfuerzo y añadió.

—El señor vizconde tiene la bondad de pe-

dirte alguna cosa... y tú... tú... rehusas... pero no es bien hecho, hermosa mía!....

—Ah!... lo veis señora? dijo Scipion volviéndose á la pobre Chalumeau que estaba medio muerta.

Dirigiéndose despues al marido, añadió Scipion.

—Vaya, M. Chalumeau, rogad á vuestra señora que no me rehuse, quizá os escuchará... y si supiéseis lo que le pido...

—Lo pienso... señor vizconde.... Eso no puede ser mas que alguna cosa muy amable.... y.....

El conde Duriveau sufría el mayor tormento, interrumpió á M. Chalumeau y le dijo con el aire mas risueño del mundo.

—Voy á deciros, caballero, lo que mi hijo tiene la indiscrecion de pedir con tanta instancia á Mad. Chalumeau y lo que ella tiene razon para no concederle sin vuestro permiso: le pide vuestro voto para mí en las próximas elecciones.

—¡Cómo, señor conde! exclamó el elector influyente, pero sabéis que mi voto y el de mis amigos es vuestro...

Y dirigiéndose á su muger le dijo con tono formal de reconvencion.

—Pero, hermosa mía, os lo he repetido cien veces: el señor conde es nuestro candidato: no queremos mas que á él.... M. de Levrasse no nos acomoda mas ¿cómo pues no ha-

beis respondido en seguida, si, al señor vizconde? Permitidme que os diga que es imperdonable.

—Es verdad, amigo mio, no he tenido razon, dijo modestamente Mad. Chalumeau.

El conde Duriveau, conoció en la expresion burlona de la fisonomia de Scipion que iba á apelar de la sentencia de M. Chalumeau: queriendo cortar una broma que podia hacerle perder uno de sus principales electores, viendo que felizmente la comida estaba para concluir, el conde exclamó.

—Señores, puesto que hablamos de elecciones, asunto tan grave para hombres *farmales* y politicos como nosotros, permitidme un brindis que será, lo espero, bien recibido por nosotros.

Y volviéndose un poco en seguida á Martin, que estaba de pié detrás de su *amo* á quien servia y asistia impasible á aquella escena, el conde le dijo alargando el vaso.

—Dadme vino de Chipre.

Martin tomó del aporador un garrafon de cristal y vertió al conde nn vaso de aquel nectar, color de topacio liquido.

—Señores, dijo entonces el conde levantándose, á los propietarios!... los solos verdaderos sostenedores, los solos garantes del orden y de la paz, los solos verdaderos representantes de nuestra hermosa Francia, puesto que ellos nombran sus legisladores.

Aquellas palabras pronunciadas por el conde con voz firme y sonora, que fueron recibidas con aclamaciones, al ruido del choque de los vasos.

Poco despues el conde se levantaba de la mesa ofreciendo el brazo á la senora que venia junto á él.

Scipion imitó á su padre y dió el brazo á Mad. Chalumeau: esta encontraba en el vizconde desvergüenza y libertinaje, creia que era una *mala pieza*, pero aquellas cualidades no le inspiraban una prudente aversion por aquel lindo *mónstruo*.

Sentia por el contrario una como admiracion al pensar en la audacia y sangre fria con que el vizconde se habia atrevido en la mesa á quejarse á M. Chalumeau de las negativas de su señora. ¡Qué atrevimiento! qué presencia de ánimo! pensaba, y tan jóven! y lindo! Agregóbase á esto para acabar de trastornarla, el lujo de principe, para el que Scipion parecia criado espresamente, lujo que doraba espléndidamente sus vicios; finalmente el adolescente que por un capricho de hombre cansado, por antojo libertino, creia *divertido* como él decia, atacar la virtud de aquella imbecil criatura; por otra parte bastante apetitosa, habia cambiado sus modales al fin de la comida, escusándose de sus precipitadas pretensiones, haciéndolas recaer sobre el impetuoso ardor de una pasion tan repentina co-

mo violenta etc. etc. etc.

En una palabra, al levantarse de la mesa, el vizconde conocia con triunfo burlon que la Chalumeau apretaba enérgicamente su brazo; y vió que los ojos negros de su *victima*, ordinariamente vivos y brillantes, estaban oscurecidos por una languidez amorosa.

—Ahora, le dijo el vizconde, mi padre y estos caballeros, van á hablar de política tomando el café en el jardin de invierno. Todas estas mugeres me horrorizan, me parecen tontas ó feas.... vos teneis la culpa... ¿Por qué sois tan linda?... Dejémosle, pues, y vámonos á la pajarera.... es encantadora....

=;Oh! no, señor vizconde, eso no.

=;Qué mala sois! Si me pidiérais á mi una cosa cualquiera que me comprometiese, como por ejemplo, venir á mi cuarto: pues bien, os lo concederia en seguida.... Bien veis que nõ me amais como os amo, dijo Scipion con melancólica amargura.

—Pero pensad que si nos viesen....

—No temais, la pajarera está al fin de una estufa que hay en el jardin de invierno. Nada mas sencillo que ir allí. Solamente que estaremos un poco mas solos y la soledad con vos... es la dicha....

Aquella delicada lisonja, la demasiada sensible Chalumeau bajó los ojos, palpité su corazon tumultuosamente, y Scipion á quien ella nopodia ver, le hizo por burla un gesto insolente.

Durante aquella conversacion, Scipion, su vecina en la mesa y los demas convidados, habian atravesado un billor cuyas tres puertas de cristales daban al jardin de invierno, iluminado entonces por lámparas de madera rustica cargadas de bujias y lleno de plantas de todas clases como geranios, verbenas, caestus y ficodes de toda especie. Las calles tortuosas empedradas con mosaicos imitados y diferentes, se estendian cubiertos de uno y otro lado, de magnolias, camelias, carrascas etc. etc. Al fin del jardin se veia una gruta de roca, cuyas piedras desaparecian bajo toda clase de enredaderas.

Una de las puertas del jardin que estaba frente al billor, daba á una estufa construida como una galeria y que terminaba en una rotunda, en cuyo centro se elevaba una magnífica pajarera, que contenia las aves mas raras de las que solo pueden vivir en los climas tropicales.

El café habia sido servido en el jardin de invierno; algunas de las señoras se paseaban, otras hablaban sentadas en bancos rusticos, en el fondo de la gruta iluminada por linternas chinas de colores, interin que la mayor parte de los hombres formando grupos al rededor del conde Duriveau y en pie como él saboreaba un moka delicioso.

Aquella hermosa noche de otoño, que tan dulce era, permitia que varias ventanas del

jardín de invierno que daban al parque, estuvieran abiertas; la comida había durado hasta muy tarde, la claridad de la luna se reflejaba á lo lejos en un riachuelo encajonado entre el césped, que serpenteaba de una á otra parte. Un gran plantío lleno de arbustos que rodeaba por fuera la fachada principal del jardín de invierno llegaba hasta la altura de una de las ventanas abiertas, junto á la que el conde Duriveau y sus convidados se entretenían, interin que Martin en pié y teniendo en la mano una salvilla de plata dorada llena de frascos de cristal, esperaba las órdenes de su amo.

=Martin se estremeció de repente.

A la claridad de la luna que daba de lleno sobre los arbustos, acababa de ver levantarse un momento la cabeza del Hediondo, el cazador, que desapareció de nuevo entre los árboles despues de haber hecho á Martin una señal convenida.

El Hediondo acababa de llegar corriendo de la granja del gran Enebro, á la que había ido por senderos estraviados al mismo tiempo que Beaucadet y sus gendarmes.

A la repentina aparicion del cosario que tantos motivos de ódio tenia contra el conde, Martin se estremeció y aquel repentino movimiento impreso á la salvilla que llevaba hizo caer uno de los frascos sobre un vaso y le quebró.

Al ruido el conde que hablaba con animacion

con sus convidados, volvió la cabeza y viendo los pedazos dijo duramente á Martin.

—Tened cuidado.... torpe....

—Perdonad, señor conde... pero...

M. Duriveau interrumpió á Martin con altanería.

—Basta, puesto que no sabeis tener una salvilla, ponedla sobre esa mesa, y esperad mis órdenes.

Martin la puso en una de las mesas rústicas que estaban esparcidas en el jardín de invierno y permaneció en pié á algunos pasos del conde.

La fisonomía de Martin recobró pronto su impassibilidad acostumbrada, tuvo bastante imperio sobre sí, para sobrellevar sus nuevas angustias, viendo al conde continuar la conversacion con el conde sobre la ventana abierta bajo la cual estaba emboscado el cosario.



CAPÍTULO III.

El café.

EL conde Duriveau en su conversacion con sus futuros comitentes redoblaba de amargura y violencia, porque la conversacion al principio politica, habia recaido casi naturalmente, sobre un asunto que el conde no trataba nunca sin una animosidad apasionada. *El desprecio y la aversion que le causaban las clases pobres.*

Con el codo apoyado en la ventana del jardin de invierno, el conde probaba algun alivio al sentir el aire de la tarde que refresca-

ba su frente ardorosa por la irascibilidad odiosa que escitaba en él aquella discusion.

—Eh! Dios mio! señores, decia Mr. Duriveau, en mi juventud he tenido como otro, mas que otro cualquiera, el corazon bueno, la mano abierta y las lágrimas fáciles. He creido en la virtud y en las inmerecidas desgracias de la canalla... he creido en los padres de familia faltos de trabajos único sosten de hijos pequeños y de una muger enferma.... he creido en las personas privadas de alimento hacia cuarenta y ocho horas.... he creido en las desgracias de las viudas faltas de todo y obligadas á mendigar por las noches, dando el pecho á un hijo y llevando otro por la mano.... he creido en las lágrimas de las pobres huerfanitas, abandonadas en las calles de Paris y solas en el mundo.... he creido en las jóvenes seducidas y abandonadas sin recursos.

Alzando en seguida los hombros, añadió el conde con gesto de implacable desden.

—Aquellas miserias *interesantes* yo las he aliviado, señores, ¡qué necio era!.... El padre de familia á quien faltaba el trabajo era un infame borracho, despedido de su taller; el desgraciado privado de alimento durante cuarenta y ocho horas, salia repleto del bodegon; la viuda llorosa daba el pecho á un niño de carton y llevaba de la mano á otro robado.... Las pobres huerfanitas de doce años,

dividían mis limosnas con tunos de su edad á quienes se prostituían hacia mucho tiempo, y las jóvenes seducidas y abandonadas salían madres de un lugar infame. ¡Qué lección!

Imposible es pintar el tono con que el conde pronunció aquellas palabras llenas de hiel y que produjeron, como debía suceder, una viva impresión en su auditorio.

—El señor conde tiene razón, dijo M. Chaulumeau, que con la vista buscaba acá y allá á su muger que habia desaparecido pocos momentos antes con Scipion. El señor conde tiene mucha razón; siempre es uno engañado por su buen corazón.... hacer bien á la canalla es hacerla ingrata.

Y el digno hombre sorbió su café con compuncion.

—O la miseria del pueblo es fingida ó es el resultado de sus vicios, añadió sentenciosamente M. Chandavoine, remóviendo la azúcar en el fondo de su taza, y entonces esa miseria no merece ninguna piedad.

—Es evidente, replicó un industrial retirado, los buenos trabajadores se enriquecen, las cajas de ahorro lo atestiguan, y además leed todos los años el discurso de la corona: *la prosperidad vá siempre en aumento.*

—El señor conde sabe mejor que nadie la ingratitud de esas gentes. *Experto, crede Roberto.* añadió su antiguo procurador. ¿No ha sido el juguete de su generosidad natural?

Al oír las duras palabras de M. Duriveau, la fisonomía pálida y espresiva de Martin anunciaba, no la sorpresa, no la indignación, pero sí una amarga tristeza, y diríamos casi una dolorosa piedad: de vez en cuando echaba una inquieta mirada á los árboles en que se mantenía siempre oculto el cosario, que oía invisible aquella conversacion.

—Pero lo que no creeriais, señores, continuó el conde, es que tuve la majadería de entristecerme de esas decepciones que corren las calles.

—Verdaderamente, señor conde?

—Sí, señores, y lo que es mas, aun me dije á mi mismo con el corazón traspasado de dolor. Dejemos en el fango del embrutecimiento en que debe nacer y morir á ese innoble populacho de las ciudades, vamos á mis posesiones de campo; allí al menos encontraré hombres sencillos, buenos y reconocidos, á quienes no ha corrompido la crápula de las ciudades. Allí colocaré mis beneficios sin temor de colocarlos mal..... En el campo son tan virtuosos! Llegó, aquí, pues... mi padre, un gran hombre....

==¡Oh! hizo M. Chandavoine con un gesto de veneración profunda, interrumpiendo al conde. ¡Oh! ¡un hombre singular!

==Mi padre, prosiguió el conde, habia prohibido á los que pasaban, bajo severas penas, é impedido con un refuerzo de guardas inexo-

rables, que cortasen las ramas secas de los árboles de sus bosques, espigasen sus campos ó rebuscasen sus viñas: el que sus colonos se tardaba en el pago, era despedido sin remedio, y los que iban á pedir limosna eran recibidos por dos enormes dogos del Pirineo.

—Eh, eh, eh! hizo M. Chalumeau riendo; en seguida dijo muy bajo á su amigo íntimo: Chandavoine: ¿ves á mi esposa?

—No, respondió el otro con impaciencia; déjame escuchar al señor conde; habla como un abogado..... ¡Qué hombre! Hé aquí un diputado que no guardará la lengua en el bolsillo..... Hablará mejor aun que M. de la Levrasse. Llegó, pues, aquí, prosiguió el conde, lleno de ideas de filantropía campestre. Creyendo al principio que mi padre ha obrado como un hombre sin piedad, hago encadenar los perros del Pirineo; y en mi santo fervor me lanzo en la práctica de aquellas bellas teorías, inventadas evidentemente por algun truan que no poseía ni un real, ni aun calzones, ni camisas, ni tierras. *El tímido indigente no debe llamar nunca en vano á las puertas del rico. Dejad espigar al humilde desgraciado en el campo de la opulencia. Sed para los niños como Dios para los pájaros, despues de concluidas las vendimias aun encuentran donde picotear, etc., etc.* Esto era tierno, como veis, y las lágrimas acudían á mis ojos al pensar en ello, añadió el conde

con una risotada sardónica. Seis meses después de mis ensayos filantropicos, *la tímida indigencia*, tropel de mendigos avinados, sitiaba diariamente mi casa; mis colonos no me pagaban. *El hámilde desgraciado* cortaba mis árboles por el pie, y hacia pastar sus vacas en mis sembrados, interin que *los pajarillos del cielo*, bajo la figura de espantosos polluelos, cogian mi caza con trampas, y saqueaban mis viñas: entonces me pareció soberanamente imbécil el representar el papel de Dios.

Grandes risotadas acogieron esta peroracion.

—Yo lo creo.... diantres... á ese precio!... dijo el antiguo procurador que habia comido demasiado, el papel de Dios sale muy caro.

—Mientras mejor es uno, mas se abusa de él, yo lo he probado por mí, como el señor conde lo ha probado: dijo M. Chandavoine con aire satisfecho.

—Chandavoine, le dijo muy bajo M. Chalmreau que empezaba á inquietarse seriamente. ¿No ves á mi esposa?

—No, respondió el otro encogiéndose de hombros.

—El señor conde tiene razon, dijo otro de los convidados, basta para disgustar de la compasion.

—Así lo he hecho, señores, volvió á decir el conde; aquellos escandalosos abusos, que mi imbécil debilidad alentaba, me abrieron

los ojos. Vuelto de nuevo á la razon, al buen sentido, es decir, al mayor desprecio y á la mas legitima aversion hácia esa raza odiosa, corrompida y embrutecida, he hecho, en cuanto dependia de mi, pesar sobre ella una mano de hierro. Y entonces todo ha entrado en orden..... A la cárcel el primer tuno que se atreva á cortar un haz de leña en mis bosque: la multa y la prision en su defecto, á la desgraciada que se atreva á hacer pastar una vaca en mis prados! Todo arrendatario que se retarde en el pago, fuera sin remedio. Era el método de mi padre y el bueno..... En cuanto á los miserables que mal aconsejados se atrevan á venir á alargar la mano á mi puerta, dos magníficos y feroces perros de Tarranova (escelente tradicion de mi pobre padre) reciben á esa canalla atrevida y hambrienta. Así pues, creedme, imitad mi ejemplo, señor. Encerrémonos en nuestro derecho legal, mantengámonos firmes, estrechemos nuestras filas, nosotros los poseedores; no mas concesiones, es reconocer cobardemente ese tiránico e insolente pretendido *derecho* del pobre á ser socorrido por el rico..... Mostrémonos implacables, sin eso ¿qué será de nosotros? Y vale mas comerse el lobo que ser comido por él.

El tono de conviccion del conde, la animacion de sus enérgicas facciones y su ademán decidido, hicieron una impresion profun-

da en su auditorio: sus crueles paradojas legitimando el egoísmo y erigiéndole en deber fueron acogidas con una aprobación casi unánime.

A la penosa emoción manifestada por Martín al principio de la conversación del conde y sus convidados, sucedió una angustia profunda, echando la vista tan pronto sobre el conde, como sobre los árboles en que estaba escondido el cosario, obscuro entonces porque la luna acababa de ocultarse tras de los altos y copudos árboles del parque, Martín parecía temer algún peligro para el conde.....

Después de un momento de duda, y aprovechando uno de aquellos silencios que interrumpen á veces las conversaciones mas animadas. Martín se acercó á su amo, que permanecía con el codo sobre la ventana abierta y le dijo con el mayor respeto.

—El señor conde no piensa quizá que el aire de la noche es húmedo y quizá no es prudente que el señor conde...

M. Duriveau, sorprendido é incomodado interrumpió á Martín y le dijo con dureza.

—De una vez para siempre sabed, que no tolero ninguna familiaridad, ni aun bajo el pretexto de atención; desembarazad á esos señores de sus tazas.

Después de haber tomado y colocado en una batea la taza de cada cual y dejó-

dolas sobre una mesa, Martin permaneció inmóvil junto á ella pálido, y con los ojos fijos en los sombríos arbustos, con una ansiedad que se aumentaba á cada momento.

El duro é incisivo lenguaje del conde habia impresionado vivamente á sus auditores; sin embargo el uno de ellos M. Chandavoine, á pesar de su egoismo tradicional y de su entendimiento bastante limitado, sintiendo que cuanto quedaba de *humano* en él se revelaba contra las impías máximas del conde, le dijo timidamente:

—Permitidme, señor conde, una pequeña observacion.

—Os escucho, mi querido señor Chandavoine, dijo M. Duriveau.

—Como vos, señor conde, condeno los vicios y la corrupcion de la clase baja. Solamente, al reconocer que el pobre no tiene niugun *derecho* para ser socorrido por el rico.... ¿no seria.... en ciertas circunstancias dadas y en todas restricciones.... no seria, si no un deber, al menos político en el rico, socorrer al pobre?.... Con obligacion en el pobre, bien entendido, de mostrarse humilde, sumiso y reconocido de lo que el rico se digna hacer por él....

—Sin duda, la caridad no es legalmente un deber para el rico, pero en fin, hay algo de verdadero en lo que dice Chandavoine, dijo el antiguo procurador.

—Si, si, respondieron muchas voces, porque no faltan picaros y ladros entre los pobres.

—Y es preciso cuidar de no irritarlos.

—Qué pensais, señor conde?

—Lo que pienso, señores, oídlo, respondió el conde con tono acerbo y decidido: no solamente la caridad es un deber para el rico, sino que la caridad es cosa estúpida, peligrosa y detestable.

—La caridad estúpida! gritaba el uno.

—La caridad peligrosa! decía el otro.

—La caridad detestable! exclamaba aquel: y todos miraban al conde estupefactos.

—Si, respondió este con tono imperioso y absoluto.

—Si, la caridad es estúpida; si, la caridad es peligrosa; si, la caridad es detestable: y no soy yo quien lo dice, señores, son grandes talentos cuya ciencia, cuyo ingenio admira la Europa entera; y lo que dicen lo prueban con hechos, con cifras incesorables. Esos genios son muy santos, sus escritos son mi catecismo y mi evangelio, y como un buen creyente, sé mi evangelio de memoria, he aquí lo que dice testualmente Malthus... San Malthus, uno de los mas admirables economistas de los tiempos modernos: escuchadme atentamente, señores: *Un hombre que nace en un mundo ya ocupado, si su familia no tiene los medios de alimentarle, ó si la sociedad no necesita de su trabajo,*

este hombre no tiene derecho á reclamar porcion cualquiera de alimento, y está realmente á mas sobre la tierra: en el gran banquete de la naturaleza no hay sitio para él.

—*En el gran banquete de la naturaleza... Eh! Eh! Eh! Ese Malthus es muy florido; dijo el antiguo procurador que se picaba de literatura, se le llamaria un Fenelon.*

*La naturaleza ordena á ese hombre que se vaya, continuó el conde, prosiguiendo su cita, y ella misma no tardará en poner en ejecución aquella orden (1). ¿Es esto claro, señores? añadió el conde con una alegría amarga y triunfante: cómo! cuando esta excelente naturaleza, madre sabia.... encarga á la señora Miseria, que haga evacuar el demasiado aumento del pueblo, iré yo.... por una in-
lécl carid d, á contrariar las miras de la*

(1) *Cuando Malthus pronunciaba asi la sentencia de esterminacion del género humano, Godwin le respondia.*

—*«No, no es la ley de la naturaleza, es la ley de un estado social muy facticio, la que aglomera en un puñado de individuos, tan enorme superabundancia y les prodiga ciega-mente los medios de entregarse á todo clase de gastos, á todos los gozes del lujo y la peregrinidad, interin que el cuerpo de la especie humana está condenado á desfallecer de ve-
riedad, ó morir de inaccion.»*

naturaleza! Vaya, señores, esto causa compasión!

Los auditares del conde al oír aquella espantosa cita se miraron en silencio.

—Cómo!.... dijo M. Chaudavoine, cómo! Malthus dice positivamente....

—Tendré el honor de enviaros mañana sus obras completas, dijo el conde, es una excelente lectura para los propietarios. Leed, medidad á Malthus, señores, hallareis en su lectura la conciencia de vuestros derechos, hallareis aun las siguientes palabras que os invita á recordar cuando el demónio de la caridad os tienta. «Que cada cual en este mundo responda de sí y por sí: tanto peor para los que estan de mas aquí abajo; habría demasiado que hacer si se quisiese dar pan á los que gritan que tienen hambre. «Quien sabe si aun quedaria bastante para los ricos. La poblacion tiende sin cesar los medios de subsistencia. La caridad es una locura, un aliciente para la Miseria.... Y bien, señores! ¿Qué os habia yo dicho?

—El hecho es, dijo el antiguo procurador, perfectamente convencido, que bajo ese punto de vista..... es verdad.... la caridad es... ilegal.....

Y notad bien, señores, volvió á decir el conde cada vez mas triunfante, que Malthus era al mismo tiempo un hombre de talento y un hombre excelente: nada tenia de comun con

esos insolentes y estúpidos reformistas contemporáneos, que sueñan con la luna, y piensan en lo que *debía ser* y no en lo que *es*. Malthus conocia la verdad de las cosas y no quería engañar á nadie: lógico rigoroso, convencido de que las masas han estado, están, estarán siempre condenadas á la miseria, ha prohibido en su admirable libro, á los pobres tener hijos, y tiene razon: ¿de qué sirve ese enjambre que muere famélico? Marcus, discípulo de Malthus y Adam Smith, otro gran economista, ha sido más consecuente aun, ha propuesto valerosamente la supresion de los hijos del pobre.

—Diantres, dijo M. Chandavoine rascándose se la oreja, ese Marcus era un.....

—Un talento rigorosamente lógico, dijo el conde con su acostumbrada ironía. En fin San Juan Bautista Say, otro santo de mi calendario, ha dicho estas memorables palabras, medítadlas, señores, cuando vuestros jornaleros se quejen del precio de sus salarios. *Cuando los pedidos de trabajo son numerosos, la ganancia de los trabajadores declina, MAS AUN DE LO NECESARIO PARA QUE PUEDAN MANTENERSE EN EL MISMO NÚMERO: LAS FAMILIAS SOBRECARGADAS DE HIJOS Y DE ENFERMEDADES PERECEN. Entonces el ofrecimiento de trabajo declina y siendo menos ofrecido su precio se aumenta.* En estos términos; señores, así como lo dice Ricardo, otro de los santos de mi antífona: *á fuerza de privaciones el nú-*

mero de obreros se reduce y se restablece el equilibrio. Esto es muy sencillo: la naturaleza no quiere aglomeracion de poblacion y la muerte hace el oficio de agente de policia.

—Sin duda; y puesto que no puede ser de otro modo, dijo uno de los oyentes mas benignos, es preciso alegrarse de no hacer parte del *demasiado lleno*.

—Es evidente. Por vida mia! los economistas tienen razon, cada cual para si.

—Tanto peor para los otros.

—Es preciso procurar el no pertenecer á *los otros*.

—Chandavoine, dónde podrá estar mi esposa? dijo al oido de su amigo M. Chalumeau, que preocupado con la desaparicion de su mujer, habia estado distraido durante la conversacion.

—No me fastidies con tu esposa, búscala, dijo Chandavoine.

—No me atrevo: interin que habla el señor conde, bueno, hé aquí que continua.

—De todo esto, volvio á decir el conde, triunfante por la impresion producida por sus citas y comentarios. ¿Qué debemos deducir? Que es preciso, así como os lo dije antes, sostenernos bien unos á otros los poseedores, y no hacer bajo pretesto de caridad, de piedad, ninguna concesion cobarde que seria un arma contra nosotros: porque compadecer á los que sufren, es acusar in-

directamente á la sociedad y esta siempre tiene razon. Sentado esto, no nos engañemos; entre el que posee y el que no posee hay una guerra á muerte. Y bien, pues! La guerra..... Los que se llaman proletarios en las ciudades y en el campo, tienen contra nosotros unos celos feroces porque tenemos lo supérfluo y ellos carecen de lo necesario: es muy sencillo, en su posicion yo haria otro tanto. Querrian saquear nuestras casas, beber nuestros vinos, subir en nuestros carruajes, sea, bajo su punto de vista, ellos tienen razon, que lo hagan si pueden en buena guerra. Pero que los proletarios no se admiren si á mi vez les vuelvo ódio por ódio, si mi instinto de conservacion me ordena que haga lo posible para que aquella bestia feroz cuyas garras temo, esté fuertemente encadenada y el mayor tiempo posible. Así lo digo altamente, señores, ambiciono la legislatura á fin de poder concurrir en nuestro interés comun y en el de nuestros hijos, aforjar el freno y las trabas de la bestia feroz del modo mas sólidamente posible..... á fin que no tenga ni fuerza ni gana de desencadenarse. Porque esa hambrienta tiene gran apetito de la propiedad, y yo tengo la debilidad de querer que mi hijo herede mis bienes, y que su hijo, si Dios quiere herede él como yo de mi padre. Ahora bien, la fiera en cuestion,

querria heredar de lo pasado, de lo presente y de lo porvenir. Pero un momento, estamos aquí nosotros.... y con esto bebamos, señores, al encadenamiento indefinido de la bestia.....

—Y volviéndose á Martin:

—Traed los licores.....

Apenas habia pronunciado aquellas palabras, cuando Martin dando un grito de espanto se lanzó hácia el conde á quien retiró bruscamente, saltó la pared, de cuatro pies de alto, y cayó en medio de los árboles, en donde estaba escondido el cazador en aquel sitio casi en el mismo instante se oyó un tiro en las tinieblas.



CAPITULO IV.

La pojarca.

Al ruido del tiro que sonó tan cerca de la ventana del jardin de invierno, el estupor y el espanto fueron generales; las mugeres dieron agudos gritos, y se precipitaron hácia las salidas de la estufa. Muchos de los convidados del conde que le rodeaban en el momento de la esplosion, huyeron por una y otra parte (M. Chaumeau fué de este número): otros, por el contrario, se agruparon valerosamente al rededor del anfitrión. El conde, un poco pálido, pero siempre

firme, volvió junto á la ventana, de la que Martin le apartara violentamente; y despues de un movimiento de turbacion y sorpresa, ignorando aun ademas la causa de aquel tiro, dijo á sus convidados con una sangre fria burlona que honraba su valor:

—Tranquilizaos, señores; es sin duda la señal de un fuego de artificio..... una sorpresa que me preparaban mis criados... Solamente mi ayuda de cámara me parece que tenia demasiada prisa para ir á ocupar su puesto.

En el momento mismo en que pronunciaba aquellas palabras, Martin, despues de algunos minutos de ausencia, volvió corriendo, abrió desde fuera una de las puertas del jardin de invierno, entró, y dijo á su amo con voz conmovida:

—Se ha salvado; hácia las cabañas, y he perdido la pista en la espesura del bosque.

—Quién? gritó el conde.

—El hombre que estaba oculto ahí, señor conde. Le ví á la luz de los candelabros del jardin de invierno levantarse bruscamente de entre esos árboles, adonde se habia agazapado. Quizás no tendria malas intenciones; en el primer momento no reflexioné; y creyendo que el señor conde corria algun peligro, salté por la ventana para alcanzar al desconocido..... en mi lucha con él, salió el tiro de una pistola con que estaba armado, le perseguí..... y

—Pero estais herido? dijo el conde con viveza, acercándose mas á Martin.

—Creo que si, señor conde..... en la mano..... pero es cosa corta..... la bala me ha rozado el puño.

—No importa; es preciso haceros curar, dijo el conde; y como varios de sus criados habian acudido al ruido de la explosion, dijo á uno de ellos:

—Que vayan al instante á buscar al médico de Salbris.

—Y ese brigán, qué figura tenia? dijo M. Chandavoine con miedo: es quizá ese picaro Bamboche, que persiguen por todas partes y cuyas señas se han fijado al público?

Al saber que Bamboche, cuyo nombre oia pronunciar por primera vez desde su llegada á Sologne era perseguido por todas partes; Martin tembló de sorpresa á pesar de las diferentes emociones que le agitaban y la palabra espiró en sus labios.

Admirado de la expresion de su fisonomia el conde le dijo:

—Qué teneis? Martin.

—Nada, señor conde.... nada..... Me siento un poco débil, sin duda por causa de la sangre que he perdido.

—Habeis podido al menos ver bien al asesino? preguntó M. Chandavoine.

—Si señor, respondió Martin, era pequeño,

muy moreno y joven... diez y ocho á veinte años lo mas; anadio Martin, llevaba una blusa blanquiza y una gorra.

—No son las señas de Bamboche, pero puesto que llevaba una pistola no puede menos de ser un asesino.

—Un asesino! ¿Y porqué diantres queréis que me asesinen, señor mio? dijo el conde con desdeñoso descuido; á menos que no sea un aviso saludable de cierto corresponsal anónimo, anadió el conde con una sonrisa amarga y forzada sin explicarse mas. Vamos, señores, esto no merece la pena de que nos ocupemos de ello un instante; es negocio que pertenece al bravo Beucadet sargento de gendarmeria á quien haré venir mañana para oír mi declaracion.... Martin, id á haceros curar... Sois, creo, un buen servidor... En tanto al miserable que os ha herido, aunque haya desaparecido, Beucadet dará con las huellas; es un sabueso fino, le descubrirá y se hará buena justicia.

Interin el conde decia estas últimas palabras, M. Chandavoine habia sacado un papel de su bolsillo y leia atentamente; al poco exclamó:

—Ah! Hé aquí una cosa estrarordinaria!

Y viendo que el conde le miraba con ademán interrogativo, anadió:

—Yo persistia en creer que el hombre emboscado podia ser ese picáro de Bamboche y

leia sus señas, que se han distribuido en el pais y que recibí en el momento de venir á vuestra casa. Confieso que en nada se parecen estas á las que ha dado vuestro criado del hombre que le hirió; pero hé aquí lo mas curioso del asunto; hemos hablado en la comida de la famosa Basquine de quien tanto bien y mal se dice.

—Y bien! dijo el conde, cuya frente se oscureció al nombre de aquella muger.

—Leed, señor conde, dijo Chandavoine, alargando el papel á M. Duriveau que le tomó y recorrió: vereis que ese picaro Bamboche lleva picadas en el brazo, estas palabras: *Amor por la vida á Basquine.*

—En efecto, ese miserable lleva escrito en el brazo el nombre de esa horrible criatura. ¡Qué misterio! decía el conde, tan profundamente admirado; que no notaba que segun las señas, el nombre de Martin estaba tambien picado en el brazo de Bamboche.

De repente en medio de un gran tumulto se vió á la estremidad de una de las calles del jardin de invierno asomar á M. Chalmureau, pálido, fuera de sí, y llevando duramente del brazo á Mad. Chalmureau, confusa, anonadada, y, que con la cabeza inclinada sobre el pecho hubiera querido, como se dice vulgarmente, estar cien pies debajo de la tierra.

Tras de los dos esposos venia Scipion con

ademan insolente y burlon, y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y á poca distancia les seguian los demás convidados del conde, estupefactos de tal manera de la aventura y de la audacia del vizconde, que guardaban un profundo silencio, interrumpido solamente por el susurro de conversaciones empezadas en voz baja.

—Señor conde, gritaba M. Chalumeau con la voz temblando de cólera, al acercarse al padre de Scipion... Es cosa indigna... y yo os hago responsable....

—Puedo saber caballero....

—Os digo que vos sois responsable, señor conde! gritaba el desgraciado elector interrumpiendo á M. Duriveau... ¡Si, vos sois la causa, y responsable de todo, porque cuando se tiene un hijo como el vuestro, se le encierra.... si señor, se le secuestra cuando se reciben señoras.

—Pero caballero!...

—Pero caballero! gritó el elector con indignacion.... sabéis.... lo que acaba de suceder? ¿Sabéis lo que me ha acontecido? ¿Sabéis, caballero, en donde he hallado á mi esposa?

—Nada sé, dijo friamente el conde, ocultando los violentos resentimientos escitados en él por esta nueva fechoría de Scipion; pero si tenéis que pedirme algunas esplicaciones, os ruego en nuestro interés comun que entreis á

mi cuarto á fin de no hacerlas públicas.

—No hacerlas públicas, gritó M. Chalumeau con una risa sardónica.... Pero yo quisiera que mi voz pudiera oirse de aquí á Romorantin, á fin de poder proclamar con todos mis pulmones, que mi esposa es una desdichada.... y que vuestro hijo es un...

Scipion tocando con el dedo en el hombro de M. Chalumeau, se detuvo de repente; diciéndole con voz clara y altanera.

—Un?

El elector se volvió bruscamente hácia el vizconde, le miró al principio de alto á bajo con ademan indignado y plantándose resueltamente en frente de él, le dijo con aire de valentónada:

—Digo caballero, que sois un hombre... un hombre lleno de pasiones adúlteras.... indecentemente adúlteras!

Scipion que no reía nunca, no pudo menos de sonreirse y dijo á M. Chalumeau con un gesto de condescendencia.

—Bueno, ahora proseguid!

Cómo! que prosiga? No soy vuestro criado, caballero! No tengo necesidad de vuestro permiso para....

—Caballero, dijo el conde, yo os suplico que si no por vos, al menos por la señora, pongais término á esta penosa escena: además, creedme, las apariencias muchas veces engañan.... y....

—No son las apariencias las que engañan, son las mugeres! dijo el elector exasperado, mirando á la demasiado sensible Chalumeau, como si hubiese querido anonadarla con aquel sangriento sarcasmo.... apariencias!.... apariencias!.... Al ruido del tiro con la imaginacion ocupada de ese facineroso que persiguen, me pongo en salvo, abro la primera puerta que encuentro, era el invernáculo, lo atravieso y llego á una rotonda en la que habia una pajarera.... me refugio en ella..... oigo al través de una puerta el eco de una mujer.... Aquella voz.... la conozco... empujo la puerta: era un gabinete, señores. ¿Y qué es lo que veo? Al hijo del señor... besando.... á... á mi mujer....

—Os repito, caballero, dijo el conde pudiendo apenas contenerse y arrojando á Scipion una mirada terrible: os repito que me causa la mayor confusion todo esto, pero el escándalo que dais es en verdad deplorable.

—Yo doy escándalo? soy yo quien dá el escándalo? gritó M. Chalumeau aun mas exasperado, es demasiado!.... Ah! razon tienen en decir de tal padre tal hijo!....

—Caballero!....

—Caballero, respondió el elector influyente, con enojo magestuoso, olimpico; pensias sin duda que yo y mis amigos politicos, no podemos ser representados ante la Francia, por un padre cuyo hijo nos ha....

—Nos ha... nos ha... dijo al elector su amigo Chandavoine... habla por tí.... Dí, me ha....

—Es verdad, mi pobre amigo, respondió M. Chalumeau suspirando.... me ha....

El conde le interrumpió.

Patigado de aquella escena, y queriendo concluir la á toda costa, dijo al esposo ultrajado:

—Está bien, por satisfactorio que me hubiese sido vuestro voto y el de vuestros amigos renunció á él. Creo que ahora comprendereis, que por lisongero que sea para mí el honor que me habeis hecho de venir á comer á mi casa, las cosas, con sentimiento mio, han llegado á tal punto, que temo deteneros aquí mas tiempo.

—Venid señora, venid descarada, dijo el elector con una voz formidable, arrastrando á la desgraciada Chalumeau que hacia lo posible por desmayarse, pero su florida, abundante y lujuriosa salud se oponia á su deseo: faltábale á aquella inocente el manejo necesario para fingir un desmayo.

M. Chalumeau se dirigia á la puerta, cuando Scipion le dijo burlándose:

—Eh! sabeis que cuando querais estoy pronto ...

El elector instruido por algunas palabras que su amigo Chandavoine le dijo al oido, de la significacion de aquellas palabras, le respondió con dignidad suprema.

—Yo no soy un espadachin, caballero, soy un esposo abominablemente ultrajado.

—Ahora, dijo Scipion con gravedad irónica, puedo declarar que el señor es víctima de una ilusión y debo proclamar la completa inocencia de la señora.

—Amigo mio! lo ois? se atrevió á decir la pobre Chalumeau.

—Bella garantía! exclamó el doctor, venid señora, venid.

La salida de los convidados del conde se efectuó en medio de un profundo silencio y de un embarazo mortal; la parte femenina de la asamblea, que en general tenia celos de Mad. Chalumeau, mirada en el pais como una elegante, estaba contenta con la aventura. Entre los hombres algunos no querian bien á M. Chalumeau, *mayor propietario* que ellos: otros se habian ocupado ya de Mad. Chalumeau, pero sus atenciones no habian sido aceptadas, aun cuando se hablaban de cierto sobrino del marido, colosal teniente de carabineros que habia pasado varios semestres en la *Gaudriole* (nombre de capricho, dado, por M. Chalumeau á su casa de campo) en fin todos, hombres y mugeres, quedaron satisfechos de liciosamente del enorme escándalo, que por largo tiempo iba á

hacer el gasto en todas las conversaciones del país.

El conde dotado de bastante imperio sobre si mismo para contenerse hasta el fin, salió del mejor modo posible de la posición difícil en que se encontraba con respecto á sus convidados y habia cortesmente acompañado hasta la puerta á la señora que durante la comida habia tenido junto á si.

En fin salió el último carruage del palacio de Kemblay.

El conde en lugar de entrar en su cuarto, bajo el peristilo, sofocándole la contenida rabia, esperaba que el paseo y el aire calmarian su violenta escitacion y que recobraría bastante calma para tener con su hijo una entrevista decisiva, hecha aun mas indispensable por el nuevo incidente que completaba el dia.

Héroe por la mañana de una deplorable aventura que debia producir la mas desagradable impresion en los habitantes del país; Scipion acababa de colmar la medida haciendo enemigos del conde á los mas considerables de la clase media.

—De este modo habia ofendido las dos pasiones mas ardientes del conde, su ambicion y su amor. Su ambicion, porque la burlesca aventura del vizconde y Mad. Chalumeau daba en tierra con los proyectos electorales de M. Duriveau, haciéndole perder los votos que aseguraban su candidatura: su amor, porque

el mismo día, debía ver su matrimonio con Mad. Wilson, el de Rafaela con Scipion, y este quería, al parecer, á fuerza de frialdad y de escándalos, retardar ó comprometer una union que sola podia colmar los votos de su padre.

El conde se paseaba de uno á otro lado del patio del palacio con agitacion febril, apretando algunas veces su abrasada frente con sus manos crispadas, y echando de vez en cuando una mirada llena de amarga ironia, sobre los brillantes resplandores que salian aun por las ventanas del inmenso edificio, y por las que se veian ir de una á otra parte sus numerosos criados.

Por la primer vez en su vida aquel hombre tan infatuado con su opulencia, aquel hombre tan lleno de vanidad al poder decir que despues de él su hijo y despues su nieto, dominarian á los demas, por el inmenso prestigio de su fortuna: por la primera vez aquel hombre impelido por la fatalidad de su posicion, sentia un amargo despecho al pensar que todos aquellos bienes, todos aquellos esplendores, recaerian de derecho y sin trabajo en aquel atrevido jóven, contra el cual sentia tambien en aquel momento casi ódio: porque á pesar de la rara energia de su carácter, el conde tenia la flema glacial y burlona de su hijo: así es que el conocimiento de su debilidad le exasperaba aun mas contra sí

mismo y contra Scipion.... Jamás quizá el conde probára mas penoso, tardío y vano sentimiento de haberse mostrado jóven padre, con su atrevido hijo, se veia, se conocia dominado si no atacaba en lo vivo, si aquel mismo dia de lucha no importa al vizconde una autoridad hasta entonces desconocida, ó mas bien ignorada....

Una viva claridad acompañada del ruido de un sable arrastrando, y del sonido de las espuelas, distrajo al conde de sus penosas reflexiones, alzó la cabeza y vió la luz que traia uno de sus criados á M. Beaucaudet que bajaba majestuosamente las gradas del peristilo.

—Contrariado singularmente con aquella visita, el conde se adelantó hácia el sargento y le dijo bruscamente.

—Qué quereis?

—Señor conde, dijo Beaucaudet con ademán grave y tono penetrado que no le era natural; acaba de suceder una gran desgracia.

—Qué desgracia?

—He ido á la granja del gran Enebro á fin de proceder al interrogatorio de la jóven llamada Bruyére, sospechada de infanticido...

—Y bien?

—La desgraciada era culpable..... porque al verme á mí y á mis gendarines..... Se ha arrojado al estanque.

—Gran Dios! exclamó el conde.

—Y se ha ahogado..... dijo Beaucadet.

—Oh! es espantoso! dijo M. Duriveau horrorizado y ocultando el rostro con sus manos.

—He venido, señor conde, continuó Beaucadet, al fin de....

—Basta, dejadme.....

—Pero señor conde...

—Dejadme os digo....

—Representante de la ley, dijo Beaucadet con su voz oficial, tengo el derecho de *instrumentar* en su nombre. Acábo de saber que esta noche se ha tirado un tiro por un hombre emboscado á uno de vuestros criados: mi deber, señor conde, es empezar una sumaria y....

—Empezad cuantas querais y dejadme tranquilo, gritó el conde fuera de sí y dando con furia una patada.

—Pero señor conde, no es solo esto, el criado herido se llama Martin y yo le sospecho de.....

Beaucadet no concluyó, porque el conde sin escucharle mas, desapareció por una de las sombrías alamedas del parque.

—Poco me importa que no me escuche, dijo el sargento; la ocasion es famosa para interrogar á ese Martin, que yo sospecho que es un famoso tuno, pues su nombre está escrito en uno de los brazos del bandido.

Bamboche que se ha hecho saludar por mis gendarmes, el gran pillo!

Diciendo esto, Beaucadet volvió á entrar en el palacio.

Media hora despues de su encuentro con el sargento el conde subia las gradas del peristilo.

M. Duriveau estaba pálido, pero perfectamente tranquilo. Al entrar en el vestibulo la primera persona que vió fué á Scipion.

El vizconde se disponia á entrar en su cuarto, iba á encender su cigarro, en la bugía que su ayuda de cámara le presentaba con una mano, ínterin que la otra llevaba un frasco de rom en una batea de plata.

=Scipion venid, tengo que hablaros, le dijo el conde con voz tranquila.

=Espera, encienda mi cigarro.

=Le encendereis en mi cuarto, respondió pacientemente el conde.

Scipion con el cigarro entre los dientes, pero sin encender siguió negligentemente á su padre por medio de los suntuosos y desiertos salones.

El conde llegó á la puerta de su habitacion particular, y su hijo entró despues que él.



CAPÍTULO V.

Padre é Hijo.

EL conde pasó el cerrojo de la puerta de su cuarto: estaba este amueblado de ébano negro y oro, colgado de damasco verde, é iluminado por un candelabro con tres bugias, cuya luz debilitaba una pantalla de seda.

La fisonomía de M. Duriveau era grave y severa; permaneció algunos instantes sin dirigir la palabra á su hijo, y le miró fijamente.

El vizconde, recostado indolentemente sobre la chimenea, movía entre sus labios su

cigarro apagado, y tenia las manos metidas en los bolsillos del pantalon, poniéndose tan pronto sobre un pie como sobre el otro; su fisonomía encantadora estaba aun mas pálida que de costumbre, y los párpados de sus grandes ojos castaños estaban ligeramente inyectados, porque al mismo tiempo que atacaba la virtud de Mad. Chalumeau, habia bebido prodigiosamente vino de Oporto; pero el vizconde no estaba borracho, como hubiera podido esperarse: hacia mucho tiempo que el vino no le emborrachaba; poseia perfectamente su razon; conservaba libres todas sus facultades; estaba solamente lo que en lenguaje de orgía se llama *lleno*: en él, la plenitud se manifestaba ordinariamente redoblando aun mas su desdeñosa sangre fria, su calma y su impertinencia. Así, al oír que su padre tomó la palabra, encendió tranquilamente su cigarro en una de las bugias del candelabro, que estaba colocado encima de la chimenea.

M. Duriveau le arrancó el cigarro de las manos, y lo arrojó al fuego, diciéndole:

—No se fuma en mi cuarto.

—¡Ah! ¡bah! respondió Scipion mirando á su padre con admiracion. ¿Y desde cuando no se fuma aquí?

—Desde que he resuelto ocupar mi puesto, y ponerlos en el vuestro, dijo el conde Duriveau con voz dura y firme.

—¡Oh, oh! respondió friamente Scipion, acostumbrado á burlarse de los raros accesos de severidad de su padre; parece que vamos á representar algo del *Poquelin*.... yo soy Clitandro ó Damis; y hé aqui que tú escoges el papel del buen hombre Orgon, ó del igualmente bueno Geronte. ¿Durará esto mucho? A dónde está Scapin para decirme: señor Damis, ¡al diablo vuestro padre! ¡la peste sea con el enfadoso viejo! ¿Cuándo nos hará sus herederos ese maldito barbon?

Es imposible describir el aplomo con que Scipion pronunció esta impertinente burla.

Aun cuando esperaba oír sus sarcasmos, con los que tanto tiempo se habia divertido y se hubiese propuesto permanecer tranquilo, el conde, cediendo á un impulso involuntario, gritó dando un paso hácia su hijo con ademán amenazador.

—Insolente....

—Bueno! hé aqui la escena del palo, ya la esperaba yo.... dijo Scipion redoblando su audacia.... eh! pronto, pronto! un palo al señor Geronte.

—Scipion! exclamó el conde con voz terrible interrumpiendo á su hijo y agarrándole por un brazo con mano trémula.

En seguida, despues de un momento de silencio, prosiguió con profunda amargura.

—La culpa es mia, yo os he dado alas para esas desvergüenzas, he tolerado esas sa-

miliaridades insolentes. Es el fruto de la educación que os he dado.... Esta última lección es dura.... pero será buena.

—Bah! dijo Scipion, todas las educaciones valen lo mismo. Preval ha sido criado por un sacerdote, bajo la tutela de su madre y acaba de cometer el crimen de falsedad que merece ir á presidio; de Havrintcourt sale de la escuela Politécnica, y ha sido entredicho como pródigo: vamos tu eres demasiado modesto! tu discípulo te honra.

—Basta!... Basta!... aun no me conocéis pero ya nos conoceremos, vive Dios! desde hoy, desde ahora, os lo repito, cada cual volverá á ocupar su puesto; y en adelante sereis tan sumiso, tan obediente, tan respetuoso para conmigo, como habeis sido hasta aquí insolente y burlo.

Scipion que se admiraba poco, se sorprendió; hasta entonces los raros sermones de su padre jamás habían resistido á una broma: nunca hasta entonces, le habia hablado su padre con aquella firmeza y resolución de volver á ejercer y sostener su autoridad.

—Así pues, respondió mirando á M. Duriveau con una profunda compasión y como si se hubiese apiadado al verle desender á una mercurial tan del comun: así pues hablas seriamente?

—Muy seriamente.

—Esto es nuevo y poco divertido. ¿Y con

qué motivo escoges este hermoso dia para venir asi á *charlar* moral y autoridad paterna?

Teneis la audacia de preguntármelo..... cuando no hace una hora..... un horrible escándalo....

—Eh! veamos, dijo Scipion encogiéndose de hombros, mirame sin reirte; acuérdate de tu buena historia, de la marquesa de Saint Hilaire, que nos contaste este invierno cenando en casa de Ceferina.

El conde permaneció un instante silencioso, aterrado con la memoria que le recordaba su hijo.

Vamos, no tengas miedo, le dijo Scipion con una bondad irónica.... no te digo esto como una reconvencion..... al contrario..... No hagas el modesto; eso es de tontos, tu aventura vale cien veces mas que la mia, porque la marquesa de Saint Hilaire era encantadora, si mal no me acuerdo; estabas en la casa de campo del marqués, bravo y bello hombre, le habias ganado al Wisth dos mil luises al principio de la noche, y en medio de ella, te sorprende con su mujer.... Es magnifico, sin cortar el final, un duelo matinal en el parque con el marqués, en el que le rompes una pierna de un pistoletazo, de cuyas resultas fué á morir á Italia. Siempre te he envidiado ese lance. Matar á tan hermoso marido! yo que no he

muerto mas que aquel capitan gordo, porque le crucé la cara de un latigazo al conducir mi *four in-han* (1). Qué hombre tan feo! picoso de viruelas, velludo como un oso y sin medias bajo sus botas; Puff! que *difunto!*..... vaya que os hace honor.

El conde no encontraba una palabra que responder, la leccion era terrible.... en su furor imponente llevó sus dos crispadas manos á su frente, gritando:

=Dios mio! Dios mio!

=Sabes lo que hubieras debido decirme con motivo de lo que tu llamas el *escándalo* de esta noche? continuó diciendo Scipion con la mayor ironía. Porque soy justo, y conozco los sagrados deberes de un padre... Hubieras debido decirme. No te averguenzas, oh! hijo mio! una muger pequeña, gruesa, redondeta que se llama Chalumeau y lleva un traje con brandeburgos. Yo te hubiese respondido respetuosamente..... Oh! padre mio por capricho de glotonos cansados, no hemos ido algunas veces á la taberna, á comer guisados de portero.... pero apetitosos una vez, al paso..... Esta excusa te hubiera aplacado, me habrias dado tu bendicion y nos hubiésemos bebido un garrabon de rom á la salud de la marquesa de Saint Hi-

(1) Carruaje tirado por cuatro caballos.

aire, la bella de tus jóvenes días.

—Sea, replicó el conde procurando repararse de aquel golpe aterrador. He hecho mal en hablaros con ligereza de varias faltas de mi juventud, que debiera ocultaros; pero no debiérais tener la audacia de echármelas en cara, y ellas en nada autorizan vuestra indigna conducta de esta tarde, que me ha incomodado doblemente, porque no ignoraba la causa que hacia convidar á esas gentes á comer.

—Tu diputado? Vaya pues..... para ser buen diputado! tu tomas las cosas, demasiado seriamente.....

—Que no respeteis ni mis proyectos ni mi casa, continuó el conde, no tengo derecho para admirarme de ello, mis ejemplos os autorizan.... Pero aun añadió el conde con una profunda amargura. Pero este escándalo no es el solo de hoy.

—Como?

—El desdichado niño.

—El desdichado niño?

—Hallado hace un momento en una cueva.

—Y bien?

—Pero es horrible!

—El qué?

—Vuestra accion.

—El haberle hecho un..... á esa muchacha? Vaya pues! pues á ese juego de paternidad precóz, debes darme al menos

diez tantos; porque tu eras mas jóven que yo, cuando *hiciste madre*, estilo del ambigü cómico, á aquella trabajadora en encajes, tu primer capricho de jóven:... y que sreo aun que se volvió loca.

A aquel nuevo golpe, á aquel nuevo cargo mas terrible aun que el primero, las facciones del conde se alteraron profundamente.... tembló, y llevando al extremo por la inexorable y fatal lógica de su hijo, exclamó.

—Pero ella se mató por desesperacion!.....

—Quién se ha matado?... preguntó Scipion.

—Bruyére.

—Ella! esclamo Scipion.

Y su pálido rostro se coloreó.

—Ella! repitió de nuevo.

Y su frente se inundó de sudor.

—Sí... esta noche..... fueron á prenderla... como acusada de infanticidio.... entonces... fuera de sí, de verguenza se ha ahogado! ahogado! lo entendeis? ah! al menos esto abate vuestra audaciosa sangre fria, seductor imberbe, indigno fanfarron del vicio, exclamó el conde con una imprudencia espantosa; porque era arriesgar el ecsasperar hasta la ferocidad el detestable cinismo de aquel adolescente: y esto fué lo que sucedió!

Una lágrima involuntaria que se asomó á los ojos de Scipion desapareció al momento; su frente inclinada un momento bajo el peso de una idea terrible, se levantó insolente y al-

tanera, su voz alterada se tranquilizó, y con un tono burlon respondió:

—Ah! bah! esa chica ha muerto?

—Sí..... muerto..... repitió el conde, mirando atentamente á su hijo.... Muerto! lo comprendeis?.... Muerto!

—Y bien? respondió Scipion con su espantosa calma: si tu tienes tu hermoso duelo con el marqués, yo tengo una muger que se ha arrojado al agua por mi, esto nos pone *mano á mano*,

—Mónstruo! gritó el conde fuera de sí.

—Mal jugador! dijo Scipion encogiéndose de hombros: y en seguida añadió tranquilamente: ¿A cuándo *la moza*?

Y tomó del bolsillo del chaleco un limpia dientes del que se sirvió.

Hubo un momento de silencio profundo, espantoso en aquella gran cámara. El hijo triunfante de haberse mostrado tan *fuerte*: el padre espantado de lo que acababa de oír.

—Me horroriza, dijo á media voz el conde mirando á su hijo: en seguida añadió con voz alterada. No, es imposible que á vuestra edad esteis tan endurecido; la costumbre de burlaros de todo y sobre todo, os ha hecho ir mas lejos de lo que queriais..... es una broma.... pero una broma feroz..... la sentireis.... y....

Scipion interrumpió á su padre y le dijo con increíble acento de superioridad.

—Lo que yo siento es verte con todo tu talento caminar, como lo haces, en el fango virtuoso. Tu posición con respecto á mi; es tan falsa, que deliras. Todo lo que tu llamas virtuosamente ahora mis *vicios*, mis *escándalos*, mis *ferocidades*, no han contrariado tus proyectos. Te has reído como un loco de mis truanerías, y las has animado citándome las tuyas por ejemplo. ¿Es verdad? ¿si ó no?

—Esta vez, sufriendo las consecuencias inesorables de la educación y los principios funestos que habia dado é incalculado á aquel desgraciado jóven..... el conde no hallaba.... no podia hallar una palabra que responder.... porque Scipion decia verdad, y como abusaba con alegría cruel de ventajas, prosiguió hablando á su padre con desden atrevido y en la tercera persona.

—Es delicioso! porque se trata de la mujer de uno de los imbéciles electores! Mi aventura ya no es graciosa.... se necesitaba de los espesos.... Brandeburgos de la Chalu-meau, para que este padre desnaturalizado! me llame tambien *adúltero*! ¡Es asombroso porque el desenlace de mi capricho campes- tre con aquella rústica virtud puede segun él, impedir que me case con Rafaela Wilson; acaba de moralizarme como uno de esos bestias que hace poco querian argumentarme á palos!

—Y cuando así fuese! exclamó el conde, y cuando mi susceptibilidad, mi moralidad

si quereis... se despertase porque se trata de vuestros intereses.....

—De mis intereses? de los míos?

—¿Y quién os dice que al querer yo ser diputado, no pienso tanto en vuestro porvenir como en el mío? Y en cuanto á Rafaela Wilson ¿no debo temer que el escándalo de esta mañana, el de esta tarde, comprometan vuestro matrimonio con ella?

—De veras? dijo el vizconde con una sonrisa sardónica y fijando es su padre una mirada penetrante. Y si yo cambiase de modo de pensar con respecto á ese matrimonio?

—Qué decís exclamó el conde con terror secreto.

—Sí... si no quiero ya casarme con Rafaela Wilson, repitió de nuevo Scipion lentamente y con igual penetrante mirada.

El conde no respondió.

Pasó una nube ante sus ojos; toda su sangre refluyó al cerebro... pero procuró ocultar á su hijo aquella emocion terrible.

Son necesarias dos palabras para explicar el amor del conde y Mad. Wilson.

Aquel hombre impetuoso y enérgico amaba como aman las personas de su edad y su carácter, cuando despues de una vida de placeres fáciles ó efimeros, sienten por primera vez á pesar de los años, un amor ardiente, profundo, y avivado é irritado cada dia, ya por las provocadoras seducciones de semi-abando-

no; ya por las severas negativas que sin embargo no quitan toda esperanza. Porque, preciso es decirlo, Mad. Wilson que queria demasiado á su hija y muy poco al conde para no haber desplegado en aquella singular intriga, los irresistibles recursos que una muger encantadora, coqueta, de talento, que conoce al mundo, y sobre todo *que no ama*, puede emplear, para conseguir el fin de que depende, la vida de una hija adorada.

Todos los iniciativos, cuyo conjunto hace indomable, casi insensato el amor que siente un hombre de mediana edad, cuando cree su amor correspondido; la certidumbre de haber hecho olvidar sus años á fuerza de atenciones, de talento, de amor y de pasion; el convecimiento muy verosímil de ser amado ardientemente por sí mismo, en una época de la vida en que no pueden los hombres esperar semejantes sucesos; en fin, la ciega idolatria que un hombre orgulloso sobre todo, siente entonces por la muger, cuyo amor parece legitimar las pretensiones mas presuntuosas del amor propio; todos estos iniciativos, decimos, habian exasperado la pasion del conde hasta los últimos limites de lo posible.

Y ademas, cosa quizá grosera pero capital..... en semejante circunstancia..... aquel hombre á quien numerosas galanterias y el abuso de los placeres habian enfriado al me-

nos tanto como la edad, conocia que su ardiente pasion por la encantadora viuda hacia de él un nuevo Jason. Se cree esto demasiado material? Leed al pensador inmortal llamado Moliere, en sus escritos como en la realidad, dice, que el ardor sesual contrariado, es el que hace el amor de los viejos tan porfiado é implacable. ¿Hay nada mas serio, mas vivo.... mas tierno, diriamos, que la pasion de Arnolfo por Inés, porque aquel hombre sufre cruelmente, pero tambien hay algo mas lúbrico?

El amor del conde, clasificado de este modo, deja comprender fácilmente su espantosa angustia, cuando llegaba á pensar que aquel amor, que la posesion de aquella muger encantadora tan ardientemente deseada y esperada, estaba á la merced de su hijo, porque el conde sabia que la voluntad de Mad. Wilson era inmutable: el mismo dia debia ser el matrimonio del conde y el de su hijo.

Fácil es conocer la ansiedad de M. Duriveau al acordarse no solo de los frios desdenes de Scipion para con Rafaela durante todo aquel dia, sino tambien del siniestro descubrimiento del niño muerto, del suicidio de la Bruyère, y aun de la escandalosa aventura de Mad. Chalumeau. ¿Resistiria el amor de Mad. Wilson á tan duras pruebas? Si por un cambio repentino de modo de pensar, Scipion como parecia hacerlo presentir, se rehu-

saba á encontrar aquel enlace, y si la rápida emoci6n, apenas disimulada por 6l cuando en la mesa tom6 contra su padre la defensa de Basquine, en t6rminos dignos y s6rios; 6l, siempre sard6nico y burl6n, si aquella emoci6n fuese el indicio de una pasi6n depravada por aquella criatura juzgada tan diferentemente, pasi6n que alejase á Scipion de un matrimonio en el que habia consentido, entonces c6mo decidirlo? ¿c6mo obligarle á contraerlo?

La imaginaci6n del conde se perdia en este abismo, el momento fu6 terrible para 6l.

Tarde, es verdad, y llevado solamente por el inter6s de sus pasiones, aquel hombre habia llegado á adquirir la conciencia de su dignidad paternal, tanto tiempo desconocida y ultrajada... aquel hombre por fin conocia los vicios de su hijo; por la primer vez en su vida hablaba como padre, y su hijo, á cada reconvenci6n le echaba en cara estas terribles recriminaciones. ¿Qu6 es este esc6ndalo comparado con el de que os habeis vanagloriado delante de m6? Y no era esto solo, en aquel momento la ciega pasi6n del conde por Mad. Wilson le constituia en la dependencia absoluta de su hijo, este podia hacer imposible su matrimonio rehusando el casarse con Rafaela.

—¿Qu6 har6? ¿qu6 har6? se preguntaba á s6 mismo el conde en tan terrible angustia. Si rehusa casarse con Rafaela; hablar á Sci-

cion de la violencia de mi amor.... ;qué sarcasmo!.... invocar mi autoridad paterna..... qué burlas!...

Y aquel hombre imperioso, altanero y decidido, aquel hombre que conocia entonces intuitivamente, cuanto hay de augusto y sagrado en la paternidad: llegó á sentir el haber hablado á su hijo en un lenguaje digno y firme.... y aun mas... seguro de que nada conseguiria de aquel adolescente, empleando la severidad se resolvió cobardemente y temblando de vergüenza y de rabia, á volver á su papel de joven padre, á fin de penetrar así los secretos designios de su hijo.

Estas reflexiones se presentaron juntas todas á la imaginacion del conde en menos tiempo del que se necesita para escribirlas; conociendo que Scipion no se dejaria engañar por una transicion por bien manejada que fuese, pero no queriéndole dejar adivinar la causa de aquel cambio repentino, en sus maneras y lenguaje, el conde dió algunos pasos por su cuarto, con aire pensativo y diciéndose á sí mismo en voz alta de modo que pudiese oirlo Scipion.

—Por vida mia; renuncio á ello!...

En seguida volviéndose á su hijo, se dirigió á él con tono cordial.

—Vamos.... buena alhaja.... enciende tu cigarro.

A pesar de las precauciones del conde, no

se ocultó á Scipion la impresion profunda que habia sentido al oír hablar del rompimiento posible, de sus proyectos de union con Rafaela, pero creyó prudente ocultarlo y cuando el conde le dijo con aparente cordialidad:

—Vamos, buena alhaja enciende tu cigarro.

El vizconde acercando un magnifico habano á la bujía dijo á su padre.

—Ahora te conozco, pero hace un momento que te hubiera negado.....

—¿Qué diablo quieres que te diga? respondió el conde con una fingida buena fé... tú tienes respuesta para todo, me bates con mis mismas armas. Yo representaba lo mejor que podia mi papel de..... Geronte como tú dices, maligno; pero parece que el papel era malo.

—Detestable!.... Esto te servirá de leccion. Por lo demas tranquilizate, yo repararé la brecha que he hecho á tu candidatura.... Es preciso que tu seas diputado.... eso será muy divertido.... y lo serás... está dicho... y yo tambien... seremos ambos.

—¿Tú tambien?.... De veras!...

—Ahora no, no soy aun un *hombre serio* como dice tu amigo M. Guizot; pero cuando haya contraido un millon de deudas; cuando haya unido con una duquesa y una muger politica. (una muger politica debe ser cosa curiosa) cuando haya muerto un par de hombres en desafio... cuando fume pimienta por-

que el virginia me parezca flojo, cuando beba alfileres pequeños, por que el espiritu de vino parezca agua de pan; en fin, cuando ya no pueda mas, entonces seré un *hombre formal*; y á mi vez, tu amigo M. Guizot me hará diputado: una vez que apoyado por él sea nombrado *jóven diputado* como de Armainville y Sant Fermin, verás mi aplo-mo. Escucha.

Y Scipion bajando los ojos, arqueando las cejas, dijo con ademan de desdeñosa suficiencia, que la humildad afectada de sus palabras hacia resaltar aun mas.

—«Pido á la Cámara ante la que tengo el honor de hablar por la primer vez, el permiso de prestar mi muy humilde, mi muy «infimo, mi muy oscuro apoyo al *gobierno del rey* etc. etc.» Y al concluir mi *speech* ministerial. «Puedo esperar que la Cámara se «dignará perdonar mi tímida inesperienza.... «Me atrevo á esperar tal bondad de la Cámara.... porque jamas tendrá para conmigo «tan bondadosa indulgencia, como profundo «respeto tengo yo para con ella.

Scipion añadió en seguida con su voz natural.

—Y despues de esto, lléveme el diablo si al año siguiente, tu amigo Guizot, que venera á los buenos habladores, no me envia de ministro plenipotenciario cerca de la reina Pomaré.... A propósito, hé aqui una que le hi-

ce hacer el año pasado en Maville. Confieso que estuve admirable, cuando le dije: Rosita, te presento á *Papá*. Cenarémós todos cuatro con Mogador.... Pero no hay cuidado! respondo del autor de mis dias ante mis acreedores....

—Silencio, buena pieza, dijo el conde, quieres tener la bondad de no hablar de nuestras locuras de solteros.... cuando vamos á casarnos....

A pesar de su resolucion, el conde no pudo ocultar una ligera emocion, cuando echando sobre su hijo una mirada á la vez inquieta y penetrante, pronunció aquellas palabras.

—Nosotros que vamos á casarnos.

Scipion miró fijamente á su padre, encendió su cigarro y dijo:

—Con respecto á *nuestro* matrimonio, confiesa que me has jugado una buena.

—¡Yo! ¿cómo? ¡con motivo de tu casamiento he querido burlarme!....

—Hé aqui cómo: hace poco tiempo, gracias á ti, mi matrimonio estaba tratado con la señorita de Francheville de Ormon; tres millones de dote, huérfana, uno de los nombres mas ilustres de Francia! ... era cosa excelente.... cincuenta mil escudos de renta, le tienen á uno al nivel.... huérfana.... eso no incomoda.... un nombre ilustre.... eso resalta.... sobre todo cuando se es nieto de un bodegonero de Clermont, el tío *Du-riz-de-*

veau (1), pronunciado Du Riveau por corrupción ambiciosa y noviliaria.

Aunque los sarcasmos sobre el origen de la familia, que eran ya una costumbre en Scipion, fuesen particularmente desagradables al orgullo del conde, demasiado inquieto de las consecuencias de su conversacion para enfadarse entonces, dijo:

—Vamos; te abandono á tu abuelo.... el bodegonero.... ponle segun tu costumbre, en toda clase de salsas; pero concluye.... ¿á donde quieres ir á parar?

—Cuando se trató de aquel rico matrimonio, me divertia yo entónces (lo que tu ignorabas) en jugar al perfecto amor con Rafaela Wilson.

—¿Tú?

—Sí; la veia en casa de su tia, cuando íbamos á las mañanas de juego de ese gordo imbécil Dumolard. Aquel amor de pensionista me convenia bastante; pero el matrimonio con los tres millones, la orfandad y el nombre ilustre me agradaron mucho;

(1) *El calemburgo formado por la palabra Du-riz-di-veau, es imposible traducirlo fielmente: basta saber que el riz-di-veau es un guisado de ternera que el abuelo de Scipion tenia por sobrenombre el tio del guisado de ternera: y que de él formó el conde el suyo, variando la ortografia. (N. del T.)*

consenti, pues, en casarme segun tu deseo, lo que no me impidió, bien entendido, el continuar haciendo la corte á Rafaela Wilson.... Dé repente tiras de la cuerda... cambio instantáneo de escena.... el rico matrimonio se hace imposible; los tres millones de Madlle. Francheville de Ormon se convierten en créditos casi nulos; la jóven ha cambiado de modo de pensar, y su tutor tambien.... cuentos de tu invencion, porque aquella boda no te acomodaba ya.

—Te aseguro....

—Quieres ser diputado? Aprende á no interrumpir al orador, tu responderás despues.... Madlle. de Francheville estaba de pensionista en el Sagrado Corazon; me era imposible verla ni saber nada por mí mismo. No me casé y no por eso me he muerto; pero quedé convencido de que el autor de mis dias me habia jugado una buena.... por su interés personal, y que tomó el lugar de Robert-Macaire, dejándome el papel, poco divertido, de Gogo ó de Bertrand,

—Scipion!

—No interrumpais al arador.... Poco despues de descompuesto aquel rico matrimonio, vuelves á hablarme de casamiento y me propones..... á quién? A Rafaela Wilson, á mi amante! Fortuna ausente! Nacimiento; banquero con cuarteles de Dumolard.... Tú proponerme semejante matrimonio!.... una jó-

ven oscura y sin fortuna! Me dige á mi mismo... Me ha robado... Pero disimulemos.... añadió Scipion con un acento de traidor de melodrama.

El conde palideció: una horrible angustia le oprimia el corazon. Dijo á su hijo procurando ocultar sus sentimientos.

—Continúa.

—Por pura fórmula.... hice algunas objeciones.... Padre mio, ¿por qué romper un matrimonio tan magnifico, por tan triste boda? Tranquilízate, oh hijo mio! nada perderás, te aseguro en toda propiedad, cincuenta mil escudos de renta, la tercera parte de mi fortuna, el dia de tu matrimonio. Aquella generosidad del autor de mis dias, que me daba lo que tarde á temprano seria mio, pareció como que me decidia y llenaba de reconocimiento. Disimulo siempre, y como lo primero, sospechaba á la jóven Wilson de haber tomado parte en todos estos manejos, y que no me gusta me hagan *billa al mismo por derecho*, redoblo mis protestas de amor. Hablo á Rafaela de nuestro prócsimo enlace, lo que le enardece la cabeza, obtengo una cita, y ahora suceda lo que quiera; *he hecho mi gusto*.

—Rafaela! exclamó el conde.

—Por Dos!!! continuó diciendo Scipion con increíble imprudencia, sacudiendo con el dedo la ceniza de su cigarro. En cuanto

á ti, dijo echando á su padre una mirada sardónica, continué diciéndole: Me casaré: con objeto de ver el fondo de tu juego..... Esto no tardó.... triunfo de la *Dama de corazón* (La Dame de cœur.) (1) Tú estás loco por la madre, que abusando probablemente de tu juventud, ha puesto por condicion para su matrimonio contigo, que yo me casaría con la hija..... es cosa ternísima! Partida á cuatro, en el género de nuestras cenas con Mogador y Pomaré. Ahora bien, hé aquí la moralidad de la cosa. Al presente mi sola voluntad puede *conducirte al altar con el objeto de tus votos*; y Rafaela Wilson ha sido mi querida.... ¿cuál de los dos, tú ó yo, somos mas tunos?

—No es mal jugado, dijo el conde, ocultando maravillosamente su secreto espanto. Pero tu juegas solamente por el honor; porque de qué te sirve, haber sido el amante de Rafaela Wilson y tener, como crees, mi matrimonio en tu mano?

—Cómo! ¿Que de qué me sirve? De mu-

(1) *En francés la Madama de cœur, equivale á nuestro caballo de copas, pero Scipion usa aqui de este término para indicar el objeto de su padre, que habiendo dado su corazón á Mad. Wilson protege por obtener la mano de aquella, la union de su hijo con Rafaela. (N. del T.)*

—Yo: poseo el secreto de tu pasión..... mi voluntad sola puede satisfacerla..... te haré *santar*..... como se dice en *caló*.

—Eso es razonar miserablemente.

—Ah! bah!

—Sin duda; admito que rehusando casarte con Rafaela me impedias el desposarme con su madre; ¿qué ventaja sacas de esto? ninguna. Si sucede lo contrario, ¿de qué te sirven todas tus pillerías? de nada puesto que debes consentir en ese matrimonio.

—Sí, pero ¿cuales son las condiciones? Eso es lo que tu ignoras.

—Y esas condiciones?

—No soy yo el que las propondrá.

—¿Quién pues?

—Una muger encantadora.

—¿Una muger? dijo el conde sorprendido.

—Sí; una muger que me adora, que se interesa mucho en mi porvenir, pero como es muy original y sobre todo muy poco celosa de los desposados; quiere discutir contigo... solo..... y en secreto, las condiciones de mi matrimonio y las cláusulas del contrato.

—Tú te chanceas. Sea en horabuena. Y cómo se llama esa muger, que me parece tiene el gusto.... un poco *notaria*?

—El dicho es lindo... El nombre de la muger es: BASQUINE.

El conde saltó como si le hubiera mordido una serpiente; la indignación, la cólera y el

horror, se dejaron ver á la vez en sus facciones, hasta entonces representando una fingida cordialidad.

—Con qué es verdad!... Conoceis á esa horrible criatura cuya defensa habeis tomado, durante la comida, contra mí!

—Hace un mes que tengo ese honor..... no quise decirte esto por la tarde delante de tus electores

—Así, pues, exclamó el conde doblemente espantado; conoceis á ese monstruo de avaricia, de depravacion, de horror y de hipocresia...

—Celoso! dijo Scipion encogiéndose de hombros; yo te hubiera presentado sin dificultad, pero sabia que estabas tan enamorado....

—Y amais quizá á esa abominable mujer?

—Como un loco.... Las facciones de Scipion se colorearon ligeramente, sus ojos castaños brillaron.

—Y lo que adoro en ella no es su maravilloso y doble talento de bailarina y cantora, deo esas admiraciones, para los frenéticos del patio.... lo que adoro en Basquine, sabes lo que es? Lo que tú y tantos otros como tú le echais en cara, pero sin pruebas: ella es demasiado corrida para suministrarlas: lo que adoro en ella es su depravacion enrabada, su espíritu atrevido, infernal, tan admirablemente oculto bajo su magnífica hipocresia, que la hace pasar por un ángel, y

le abre los salones de las mujeres mas honradas.... de las altezas y las emperatrices.

Pues bien.... á mí, solamente á mí, ha confesado Basquine todos sus vicios, porque solamente á mí me ha juzgado digno de idolatrarlos! dijo Scipion con detestable orgullo.

—El desgraciado está perdido.... esa infernal criatura le ha cogido por la vanidad del vicio.... murmuró el conde espantado.

—Si, lo que idolatro en ella, prosiguió Scipion con una ecsaltacion creciente, es el contraste de aquella alma negra como el infierno, con aquella figura angélica coronada de rubios cabellos: por eso he defendido esta tarde á Basquine contra tus acusaciones, á fin de que conserve siempre esa aureola de virtud que tanto nos regocija y que tanto deslumbra á los incautos y las beatas. ¿Comprendes ahora mi idolatria por ese demonio? Pero ay! la idolatro platónicamente... porque ha remitido *para la hora del pastor*..... la hora del diablo ha dicho ella, despues de mi matrimonio con Rafaela, matrimonio del cual quiere Basquine, arreglar sola contigo las condiciones. Así pues, ten cuidado, añadió Scipion con un tono de amenaza incesorable... contenta á Basquine, ese es el precio de mi matrimonio y por consecuencia del tuyo..... si no.... no.

El conde creia conocer bastante los antecedentes de Basquine, para ver en la pasion

depravada que habia podido inspirar á su hijo, un abismo en el que podian sepultarse no solamente sus mas queridas esperanzas, sino tambien el porvenir, el honor y quizás la vida de Scipion. De repente dando un golpe en la frente como si se presentara á su imaginacion un recuerdo inesperado, el conde sacó del bolsillo las señas de Bamboche que uno de sus convidados le habia dado: en ellas se leia como hemos dicho, que el prófugo tenia entre otras cosas picadas las palabras siguientes en el pecho al lado del corazon.

Amor eterno á Basquine.

El conde dió el papel á su hijo.

—Leed y vereis que esa infame ha sido la querida de un asesino, del bandido que perseguian esta mañana en el bosque.

Scipion leyó el papel, lo devolvió al conde y respondió friamente:

—Qué es lo que prueba eso? Que quizá por ella ese hombre ha llegado á ser bandido y asesino... Eso no me admira.

—Pero á mí me espanta, por vos, exclamó el conde alzándose de toda su altura, con la mirada amenazadora, el ademan imperioso, las maneras enérgicamente decididas.

Y al ver que en los lábios de Scipion se dejaba ver una sonrisa burlona, gritó:

—¡Oh! no hay que embromar, no se trata ya de Geronte y de Orgon, he sido débil, imprudente, cobarde, criminal, sí, criminal,

porque os he dejado ajar impunemente en mi persona la autoridad paterna; pero basta; os digo que basta ¿me entendéis? gritó el conde espantoso con su indomable resolución. No se trata ya de pillerías indecentes ó infames, que el mundo tolera, y que he tenido, lo confieso, la indignidad de escitaros á cometer, citándoos mi ejemplo! se trata de un amor espantoso, que puede conducirnos á la infamia, sí, á la infamia, porque amar á esa infernal criatura es amar á sabiendas el vicio, la depravacion y esponerse á llegar un dia quizás hasta el cocinero, porque..... interrumpiéndose de repente con un violento movimiento de indignacion contra si mismo, añadió el conde: eh! soy demasiado bueno en discutir con vos. ¿Es que estas cosas se discuten? Pero no sabeis que atreverse á enorgulleceros delante de mi de vuestro odioso amor, que erigir á una miserable criatura en arbitrio de mi suerte y de la de un ángel de candor indignamente seducida, no sabeis que atreveros á esto á los veinte años, es merecer no ya mi indignacion paterna....

—Sino la del *Padre Eterno*..... los rayos de *Júpiter* probablemente? dijo Scipion burlándose.

—No es merecer la prision.

—La prision?

—Sí, gritó el conde exasperado, sí, vos me obligais á ello, sabreis, vive el cielo, lo

que es una casa de correccion; porque no llegais á vuestra mayoria hasta dentro de diez meses! Sí, una casa de correccion, lo entendeis! con la severa disciplina de la prision, vos que os burlais de mi autoridad, con el pan de la prision, vos á quien el esquisito regalo ha cansado, con el traje de la prision, vos á quien el lujo ha cansado! La transicion es brusca y os admira, ya lo sabia yo.....

—Brusca? La transicion? no mucho, dijo Scipion recobrando su sangre fria que perdiera un momento: de la alta comedia, hemos pasado al drama, y de este á la casa de correccion; huele un poco á *Gaceta de Tribunales*, hé aquí todo.

—Si, y yo cuidaré de que vuestro nombre no figure un dia en ese periódico.... aunque ese nombre haya sido el de un miserable bodegonero.... dijo con amargura el conde. Por ridiculo que os parezca este nombre, no será al menos tachado con la infamia. Ah! creéis que solo se trata de tomarse el trabajo de nacer, para abusar de todos los goces de la opulencia, y llegar por este abuso á cansarse de todo, y á la mas odiosa depravacion.

—Declaro absurda esa reconvencion, dijo Scipion imperturbable haciendo salir un torbellino de humo de su cigarro. Vos no habeis tenido, como yo, mas que el trabajo de nacer para ser rico y gozar del trabajo aventurado del abuelo *Du-riz-de-veau*, abomina-

ble usurerero y además uno de los pillos de tiempo del directorio.... es todo lo que hay que decir.....

—Me espantais demasiado, para que haga caso de vuestras insolencias, exclamó el conde. Ah! hablais de condiciones? Hé aqui las mias. No volvereis á ver mas á la horrible muger cuyo nombre has pronunciado: y reparareis una seduccion indigna casándoos con Malle, Wilson.

—Siempre con el fin de que podais hacerlo con la madre? Sois un escelente trabajador, señor José.

—Os digo que os casareis con Rafaela Wilson, permanecereis en esta posesion durante mi voluntad, dos ó tres años quizá, sin poner los pies en Paris. Esto, el amor de vuestra muger dotada de las mejores cualidades y mi severa vigilancia, bastarán para calmar esa fiebre de perversidad que os agita, porque á Dios gracia, á vuestra edad no es aun el vicio bastante encarnado, sino la loca exajeracion, la deplorable monomania; y esto se cura, como se cura la demencia: vivid tranquilo, seré vuestro médico.

—Sois demasiado buena.... pero si refuso casarme con Rafaela Wilson, en otros términos, si impido vuestro casamiento con su madre?...

—Desengañaos, no creiais tener en vuestra mano el óxito de un amor del que yo con-

—feso.... Me comprendeis bien?..... de un amor del que me glorifico, porque es honroso. Así pues si rehusais reparar vuestra indigna seducción, diré lealmente á Mad. Wilson..... lo que sois..... Le diré el amor infame que habeis osado confesarme, le haré ver las espantosas desgracias que aguardaban á su hija casándose con vos. Y como antes que todo Mad. Wilson adora á su hija, se creará muy dichosa por ella y por Rafaela, escapando del triste porvenir que les preparais. Este paso franco lejos de ser un obstáculo á mi union con Mad. Wilson, estrechará mas la noble afección y el tierno amor que nos une. Vuestro profundo saber no habia mirado las cosas bajo este punto de vista. Es lástima.

Scipion se encogió de hombros y volviendo á tomar la triste ventaja que parecia haber perdido, respondió al conde con amarga ironía.

—Siento muchísimo abusar de mi superioridad, pero en realidad me dais muy buen juego.... Olvidas que Rafaela ha sido mi querida y ademas ignoras.... lo que yo he sabido leyendo un billete que me entregó durante la cacería; ignoras digo, que esta excelente jóven, estará próximamente como se dice todos los años de la reina Victoria *en una posicion interesante.*

—Es una mentira infame cuyo fin preveo.

=Led, dijo Scipion á su padre, entregándole una esquila.

El conde leyó y permaneció consternado.

=Bien lo veis, ahora para no morir no solamente de amor sino de verguenza; Rafaela querrá casarse conmigo á toda costa, dijo Scipion. Así pues sea lo que quiero, lo que digais de mí á su madre, está obligada por su hija que probablemente te lo confesará todo, exigirá con doble motivo mi reunion con Rafaela, y hará de ella, la imperiosa condicion de vuestro matrimonio. Estais pues mas que nunca, bajo mi dependencia: confesad que habeis obrado sin discernimiento, lo que tiene por otra parte *aire de juventud*. En cuanto á vuestra amenaza de la casa de coreccion, para un hombre de talento como vos es brutal, estúpida, hé aquí todo.....

A pesar de su prodigiosa impertinencia, el razonamiento de Scipion con motivo del matrimonio de su padre, era lógico, y el conde permaneció un momento estupefacto. Exasperado despues por la insolente audacia de su hijo, por la cólera, por los violentos resentimientos que le agitaban hacia tanto tiempo, pálido, fuera de sí, y cediendo al impetu de su carácter, mudo de rabia se lanzó sobre su hijo.

=Tened cuidado! dijo Scipion inmóvil y mirando intrépidamente á su padre: no se trata aquí de Geronte ó de Damis, sino de

dos hombres que valen tanto uno como otro. Felizmente dos ó tres golpes dados por fuera de la puerta del cuarto del conde, hicieron caer su brazo; enjugó el sudor que corría de su frente, permaneció un momento silencioso y despues dijo con voz alterada.

—Quién es?

—Soy yo, Beaucadet, respondió la voz importuna del sargento.

—Y bien, dijo el conde, es inconcebible que vengais á perseguirme hasta mi cuarto.

—Se trata de un negocio de vida ó de muerte, respondió la voz del gendarme.

El conde al oír aquellas palabras, fué bruscamente á abrir la puerta al sargento, interin que Scipion encendia un nuevo cigarro y se recostaba en un sillón indolentemente.

—Un negocio de vida ó de muerte? preguntó vivamente á Beaucadet el conde.

—Sí, señor conde, hasta ahí puede llegar, si no se tiene cuidado..... pero yo..... en mi calidad de ojo de la justicia.... vigilaré atentamente.

—Pero en fin de qué se trata? dijo impaciente el conde.

—Teneis un ayuda de cámara llamado Martin?

—Sí.

—Ha sido herido levemente esta noche?

—Sí, sí.

—Acabo de interrogar al antedicho que me era ya sospechoso.

—Martin?

Sí, señor conde, según las respuestas evasivas y equívocas del dicho sospechoso, debo creer que hace parte de una banda de malhechores, de los que Bamboche es el capitán, y el Hediendo y Martin los súbditos.

—Eh! Martin? Estais loco, dijo el conde encogiéndose de hombros; tengo de él los mejores informes.

—Pero ignorais, señor conde, que el antedicho Martin ha sido el íntimo de Bamboche, puesto que este tiene el nombre de Martin picado en el pecho según las señas que hé aquí:

—En efecto, dijo el conde acordándose de esta circunstancia.

—Qué! ese buen Bamboche lleva picado el nombre de Martin como el de Basquine, dijo el vizconde ocultando su admiración, bajo el acento de la burla, porque parecía desafiarse a su padre pronunciando el nombre de Basquine. M. Martin se encuentra en muy buena compañía; pero ¿quién os ha dicho mi digno gendarme que ese Martin es el nuestro?

—Debe ser; señor vizconde, respondió Beaucaudet, mi corazón de sargento de gendarmaría me lo dice; después dirigiéndose al con-

de Duriveau añadió. Disimulémos, señor conde, disimulemos! para apoderarnos de nuestros hombres, es necesario no darles que sospechar, haced que nada sabeis..... dormid tranquilo.... tened solamente un par de pistolas, una carabina y un cuchillo de monte debajo de la almohada; en fin, antes de cuatro ó cinco dias, á fé de Beucadet, sabremos á qué atenernos, puesto que espero tener en mi poder á ese gran picaro que se hizo saludar por mis gendarmes.

=Mañana os veré y hablaremos, dijo el conde á Beucadet dando algunos pasos hácia la puerta.

=Mañana por la mañana, señor conde, estaré respetuosamente á vuestras órdenes.

Y el sargento salió.

Todo aquel tiempo habia permanecido Scipion recostado en su sillón fumando; habíase encogido de hombros varias veces; así que se fué el sargento dijo á su padre con ironía amarga.

=Dejamos la conversacion en un gesto amenazador por vuestra parte..... Ibais, creo, á levantar la mano sobre mi....

=Y no tenia razon. Os pido perdon, dijo friamente el conde, la violencia no prueba nada, de nada sirve; prefiero deciros sencillamente: dentro de quince dias, sin condiciones y sin salir de aquí sereis el esposo de Rafaela.

—Ah! bah! ¿me casaré buenamente? Nada más?

—Os casareis buenamente y nada más, respondió el conde perfectamente tranquilo.

—No teneis ninguna otra con quien hacerme casar? preguntó Scipion levantándose.

—Ninguna.

—Entonces buenas noches, dijo el vizconde dirigiéndose á la puerta y poniendo la mano sobre la llave, se volvió y dijo á su padre.

—Tened cuidado de no soñar con Mad. Wilson; esto os acarrearía una desgracia.....

El conde no respondió y Scipion salió!

CAPÍTULO VI.

La venta.

HAN pasado tres dias desde que Bruyère se arrojó al estanque de la granja del Gran Enebro.

El sol está ya casi en su ocaso. Reina en la granja un movimiento no acostumbrado, los utensilios de la labor, carretas, hoces, arados, aparejos etc. etc.; están simétricamente arreglados en una pradera fuera de la granja; no lejos de ella se ven formando una línea las filacas reses vacunas del colono, al través de una barrera hecha de estacas y atravesanos de pino. Mas allá los magníficos pavos confiados antes al cuidado de Bruyère, están colocados con los patos en una empalizada improvisada. Los éticos y huesosos caballos de trabajo están atados á los árboles inmediatos.

Las personas de la granja van de un lado á otro con ademan afanoso, los unos transportan sacos de trigo, los otros de avena, que colocan al rededor de una romana fija en un atravesano, y destinada á pesarlos.

Dos hombres con blusas azules por cima de sus vestidos negros asisten á aquel insólito movimiento. El uno mandaba al otro; tenia el aire serio y de importancia: llevaba una gorra algo antigua metida hasta las orejas, en su larga nariz un par de gafas; tenia en la mano un libro de memoria, en el que despues de haberlos examinado, con ojos de conocedor, inscribia el número de animales de la granja: concluido aquel trabajo, tocóle el turno á los instrumentos aratorios, despues á los sacos de granos que fueron pesados, y finalmente á los forrages que que-

daban aun en los graneros de la granja: todo fue contado saco á saco, haz por haz bajo la vigilancia de aquel hombre, que no era otro que M. Herpin *una de las gentes del rey* (1) á la vez perito y ugier en Salbris, asistido de su escribiente, y preparándose ambos por un apraio aprocsimativo al embargo de lo que pertenecia al señor Chervin, colono d. l. Gran Enebro.

Un anuncio grande y amarillo, que flotaba á merced del viento, medio clavado en la puerta de la granja, indicaba que aquella venta judicial se celebraria en la dicha granja el domingo siguiente á la salida de la misa.

Habiendo terminado el *hombre del rey*, la evaluacion de los módicos valores que contenia la granja, se disponia á entrar en la casa del colono, el señor Chervin, cuando una muger anciana, vestida miserablemente, con el rostro pálido y los ojos enrojecidos por las lágrimas, bajó precipitadamente los desiguales escalones de piedra que conducian á la puerta del colono; acercándose entonces tímida y suplicante al ugier, le dijo juntando las manos é impidiéndole el paso.

— Mi buen señor..... os ruego.....

(1) *Llámanse en Francia gentes del rey, los fiscales, jueces de instruccion, escribanos de los tribunales, ugiere, alguaciles, etc.*

—Y bien, qué? Jeremiadas aun? Lágrimas? respondió el *hombre del rey* con brusca impaciencia. ¿Qué diablos quereis que haga yo en todo esto? Debeis vuestro arrendamiento, no podeis pagar; el señor conde os hace embargar vuestros bienes y os pone en la calle: está en su derecho.

—Es verdad, mi buen señor, es verdad, respondió la pobre muger, no podemos pagar..... nos embargan..... nos echan..... sea en buen hora..... lo quiero bien..... que sea.

—¿Lo quereis? gracias por el permiso. Aun cuando no lo quisieseis, seria lo mismo: y que el señor conde es bouito para dejarse intimidar; no conoce mas que la ley y su derecho. Quiere pagar lo que debe, y que le paguen lo que le deben, y tiene razon.

¡Ah Dios mio! bien sé que tiene razon, puesto que nos embargan y nos echan.

—Pues bien; entonces dejadme concluir mi inventario, dijo el *hombre del rey*, haciendo un ademan para que se retirase la muger que le impedia subir la escalera: es necesario que pase al aprecio de vuestros muebles.... y con eso concluyo..... se acerca la noche.... y no quiero retardarme en vuestras dehesas y pantanos.... porque aun agarrar á ese bandido Bamboche, á pesar de la activa persecucion; ronda siempre estos sitios, y teme un mal encuentro.....

Al decir esto hizo un nuevo movimiento para subir la escalera.

— ¡Mi buen señor, no subais, por el amor de Dios, no subais! gritó la pobre mujer juntando las manos con espanto.

¿Y por qué no he de subir?

— ¡Ay, Dios mio! porque mi pobre hombre está acostado; tenía ya las fiebres cuando ocurrió la muerte de nuestra pobre niña la Bruyére.... y despues.... la noticia de vuestro embargo.... todo junto le ha causado tanta pena, que hace cinco dias que no se mueve. Si os viese entrar, mi buen señor, seríá para él un golpe muy duro.

— Es bien delicado el tio Chervin. Cuando sentado en una mesa, en las ferias los dias de mercado, empina el codo con un compañero, no se queja de las fiebres. Vamos; es preciso que yo inventarie vuestros muebles... coueluyamos....

— Mi buen señor, mi digno y querido señor, eso mataria á mi pobre hombre... nuestros muebles.... voy á deciroslos.... no será largo....

— En efecto, dijo el ugiér, viendo el sol pronto á ponerse y pensando en que tenía que atravesar dos leguas de dehesas desiertas y bosques de pinos, que ofrecían un excelente refugio al terrible Bamboche. En efecto, es preciso que yo vuelva el viérnes.... esperaré hasta entonces para el aprecio de

los muebles, voy á anotarlos solamente: veamos.

—Tenemos nuestro armario de cuando nos casamos, dijo la buena mujer con un suspiro profundo.

—Es de nogal el armario?

—Sí, mi digno señor.... ah! sois muy bueno y....

—Ademas?

—Nuestro *mé*.

—Cómo? Qué es eso?

—Nuestro pilon de madera para el amasijo.

—Ah! bueno, nuevo ó viejo?

—Hace doce años que nos sirve.

—Y luego.

—Una mesa de madera vasta en blanco y dos banquetas.

—Y después?

—La cama.

—La cama la ley os la deja: hay mas?

—Esto es todo, mi buen señor.

—Entonces hasta el viérnes.

Llamando en seguida á su escribiente el hombre del rey, le dijo:

—Pronto, Benjamin, en pie; hé aquí el sol casi puesto; necesitamos una hora para llegar á casa: la dehesa está desierta, y gracias á ese bandido Bamboche que el infierno confundió, el pais es inseguro.

Diciendo esto, el uger y su escribiente salieron del patio de la granja y se pusieron pre-

espitadamente en camino, para llegar á su casa antes de anochecer.

—Idos y que el diablo os tuerza el cuello, pájaros de mal agüero! les gritó la brava Robin, la criada de la granja, cuando estuvo casi segura de que los dos hombres no podían oírta, porque ella participaba de esa especie de miedo mezclado de ódio que las *gentes del rey* inspiran á esas pobres poblaciones.

—Y hé aquí que el domingo por la tarde el señor Chervin será ni mas ni menos que uno de nosotros, un jornalero de á peseta y con su blusa por casa, como el caracol, dijo uno de los criados de la granja, arreando los caballos que llevaba á la cuadra: no valia pena de ser colono hace treinta años.... Pero al fin es bien hecho.

—Por qué es bien hecho? preguntó la Robin.

—Toma!..... es un amo..... respondió el carretero.

—V bien!

—Diantres! Siempre divierte ver á un amo arruinado.

—Y que es malo el amo, dijo la Robin encogiéndose de hombros: un gallina, incapaz de decir una palabra á un niño; y nos ha pagado corriente siempre nuestro salario, privándose de muchas cosas para ello.

—Eso qué importa?..... Siempre es un amo..... uno que os manda, respondió el

carretero, estúpidamente porfiado.... y á mi me divierte siempre ver á mis amos fastidiados..... es mi capricho.....

Esta respuesta irritó á la Robin; pero hizo reir á carcajadas al otro carretero que repitió:

—Hi, hi, hi! Eso nos divierte á nosotros, el ver á los amos fastidiados.

—Y un amo no es preciso siempre? preguntó la Robin incomodada.

—Justamente, prosiguió el mozo de la granja, por eso es por lo que siempre gusta verlos fastidiados..... á los amos.... puesto que son necesarios..... y vienen á buscarnos..... en los sitios en que nos colocamos como becerros en las ferias....

Y las risotadas empezaron de nuevo.

No hallando mejores razones, dió la Robin enfadada varios golpes con sus zuecos, en las piernas de los que se reían, gritando:

—No sois otra cosa que becerros grandes!

—Los golpes que la Robin prodigaba á sus adversarios por via de argumento, hicieron mas efecto que los mejores raciocinios, y el jovial carretero respondió, acariándose las piernas, como si se hubiese tratado de una simple objecion.

—Esa es tu idea, la Robin? Sea enbora buena..... pero yo puedo tener la mia.... de idea.....

—No, mal corazon, no debes reirte enan-

do el pobre amo Chervin está en la aflicción.

—Yó me rio porque es un amo, si, porque un gato es un gato, como perro es un perro.

—Qué gato? ¿qué perro? dijo la Robin impacientada.

—Y bien, un amo es amo, y un criado es un criado, ves tú la Robin? es como el perro y el gato, viven bajo el mismo techo, comen juntos pero siempre tendrán *su cosa y nada bastará para ponerlas de acuerdo.*

«Al través de la crasa ignorancia y el embrutecimiento en el que, como millares de sus hermanos, estaba condenado á vivir aquel desgraciado; su instinto entreveía esta triste verdad, que si no justifica, esplica algunas veces la indiferencia, la desconfianza y aun la aversion con que el trabajador agrícola mira generalmente *al amo* que le emplea. Porque como decia el rústico, con su sencilla manera, nada *une* al amo y labrador, entre ellos no hay nada comun, nada solidario; ningun interés de asociacion; en una palabra, nada interesa al trabajador, en el bueno ó mal éxito de la cultura de su amo..... que la cosecha sea abundante ó nula, es igual para el trabajador: el colono ni aumenta ni disminuye su salario, lo mismo sucede en las

relaciones del colono con su propietario: año bueno ó malo, no importa, preciso es que pague la renta ó que le embarguen y espulsen; de suerte que la misma desconfianza, la misma aversión distintiva que separa al trabajador agrícola del colono, separa á este del dueño de la tierra.

Después que se marchó el uger, la mujer del colono volvió á subir la escalera que conducía al cuarto de Chervin.

En aquel cuarto bastante grande y con el techo bajo, había colocadas unas tablas que sostenían dos hileras de quesos ágríos y rancios; en la parte opuesta, el techo medio hundido, dejaba ver por medio de espesas telas de araña, el heno de que estaba lleno el pajar.

La luz del día entraba en aquella oscura pieza por uno de los tableros de la puerta, que siendo de quita y pon servía de ventana, cerrándose por la noche: las paredes eran húmedas y llenas de grasa, el suelo desigual, compuesto de tierra amasada, dejaba filtrar el agua por varias partes.

A un lado se veía una chimenea, si este nombre puede darse á un cañon ancho de ladrillos construido á cinco ó seis pies del suelo, y un fogon compuesto de piedra, sobre la que se colocaba la leña, como en

la choza de un salvaje: de suerte que á la menor ráfaga de viento, el humo entraba en torbellinos en aquella habitacion ya tan mal sana.

La tarde misma con el objeto de conjurar un poco el frio húmedo y penetrante del otoño, habian colocado en el fogon; cruzados uno encima de otro, dos troncos de pino, cuyas raices, llenas de tierra, llegaban hasta la mitad del cuarto: los troncos verdes aun, en lugar de arder, se carbonizaban arrojando un humo denso y negro.

No lejos de la chimenea se veia el piñon de madera del amasijo, y sobre él en una tabla medio podrida, varias vasijas rotas: en frente estaba el gran armario de nogal, y en lo último del cuarto, una cama de enorme altura, compuesta de un jergon y un colchon muy delgado de lana en bruto; un banco de madera, una mesa coja y varias sillas componian lo demas del adorno de aquella habitacion iluminada débilmente por una vela, colocada en una vieja linterna, porque ya era noche.

Tal era el cuarto del señor Chervin..... el colono del rico conde Duriveau, y tal es en general la de todos los colonos de la Sologne. El arrendatario dormia al parecer, interin que su muger arrodillada delante del fuego, soplabá con todas sus fuerzas los humeantes tizones. No pudiendo lograr que le-

vantáran Nana, se encogió delante del fogon con la barba sobre las rodillas, volviendo de vez en cuando la cabeza hácia la cama en que yacia su marido.

CAPITULO VII.

La muger del Colono.

DE repente, Chervin dió un largo y doloroso gemido, volviéndose en su húmeda y dura cama. Tenia cerca de sesenta años; una fisonomia honrada y dulce; la tez pálida y aplomada; los ojos hundidos; los labios blancos; la barba gris, sin afeitar desde mucho tiempo, el cutis arrugado.

Su muger, oyéndole quejarse y moverse, corrió á su cama, y le dijo:

—¿No dormias, mi pobre hombre?

—¡Ah, no, Dios mio! la tia..... soñaba con el *señor del rey*. ¿Se ha marchado?

—Sí; queria subir aqui para anetar nuestros muebles..... pero le rogué tanto que no

te despertase, que escribió nuestros muebles como le dije, y se marchó.

—Conque se concluyó..... se concluyó..... murmuró el colono gimiendo: nada mas ya..... ¿Qué va á ser de nosotros?

—¡Ah, Dios mio! no lo sé, mi pobre hombre.

—Y; tan débil..... las fiebres me han minado..... ¡Ah! ¡la culpa es mia..... la culpa es mia!

—¿Tuya?

—Sí: cuando el año pasado, viendo la buena recolección que tuvimos por haber seguido los consejos de aquella joven de la Bruyère, el administrador del señor conde me pidió una gratificación, y un aumento de renta, porque mi arrendamiento había concluido: yo no hubiera debido renovarlo á aquel precio: era nuestra ruina, porque antes apenas, apenas, si nos alcanzaba la cuerda, sin ahorrar un cuarto para nosotros, y por una buena cosecha que hemos tenido, gracias á la Bruyère hemos sufrido muchas malas, por falta de dinero para cultivar bien. Así es que la gratificación se llevó las ganancias de la buena recolección: y la de este año, aunque buena también, nos ha dejado atrasados en dos tercios, pues el arrendamiento está muy caro. ¡Ah! mi difunto padre tenía mucha razón cuando me decía: *No mejores jamás tu cultivo, mi pobre*

muchacho: porque, si puede, tu propietario te aumentará el doble de lo que tus mejoras te produzcan.

=Preciso es que el señor conde tenga mucha necesidad, mucha, necesidad de dinero, para hacer vender lo poco que tenemos, y dejarnos en la calle..... despues de tantos años.

- ¡Diantres! Sí; preciso es creer que tiene necesidad..... y ademas es su derecho..... está en la ley, ha dicho *el señor del rey.*

-Pero cómo viviremos fuera de aquí, mi pobre hombre? Tú estás demasiado débil para trabajar ahora como jornalero, y lo que yo puedo ganar trabajando la tierra, si puedo, no hará lo necesario ni aun para el pan que necesitamos.

=Es verdad.

-Qué hacer?

=Ay! Dios mio! no lo sé.

=Pero con todo..... continuó la muger con una especie de impaciencia dolorosa, y despues de un silencio bastante largo. No puede sufrirse que dos pobres ancianos que nada tienen que echarse en cara, se vean de repente sin asilo y sin pan.... no.... no.... esto no puede sufrirse.

-Y quién es, quién no podrá sufrir eso?

-No lo sé, pero las honradas criaturas del buen Dios no deberian verse asi abandonadas de todo el mundo.

—Todos los desgraciados se dicen eso mismo.

—Si, dijo la anciana con amargo dolor, *vive si puedes, muera si quieres*; hé aquí nuestro proverbio.

—Bien cierto que así es, pero á quién quejarse? De quién quejarse? del señor conde? está en su derecho: no es por nuestra culpa por lo que no podemos pagarle, pero tampoco es suya.

—Nos ha subido demasiado el precio.

—A nosotros nos tocaba no conformarnos.

—Es verdad.

—Mira, el señor conde es *señor*, nosotros somos colonos. Qué puede importarle el que seamos desgraciados? Preciso es creer que los señores se ayudan unos á otros; cada cual está con los suyos y por los suyos.... no es nuestro hermano para ayudarnos.

—Es justo, dijo la mujer con su humilde y sencilla resignacion: cualquiera otro amo hubiera hecho lo mismo; es necesario no acusarlo; pero Dios mio! es muy duro para nosotros. Y el pobre tio Santiago á quien dábanos un abrigo y de comer, qué vá á ser de él tambien?

Diantres; interin hemos podido le hemos mantenido; ahora nos ponen en la calle.... Pobre anciano!... Será de él lo que de nosotros..... á la gracia de Dios!

—No es porque yo sienta el haberle ayudado, por lo que lo digo:...

—Bien lo sé; lo que yo siento es el poco dinero que he gastado en los pueblos.... en el bodegon, los días de feria ó de mercado cuando iba á vender mis productos. Si tuviésemos ahora ese dinero!...

—Tu te arrepientes de haber tomado una botella y un poco de carne de vez en cuando, y toda la semana habeis casi ayunado y trabajado mucho?... pobre hombre!

—Es igual, un poco, un poco, llega á ser mucho, y esos días interin yo bebia algunos vasos de vino y me regalaba con un pedazo de carne, tu bebias como siempre el agua mala del pozo y comias cuajada y pan negro... pero la desgracia enseña... oh! sí, enseña.

—Escucha, dijo de repente la mujer interrumpiendo al marido, y prestando atento oido.

Los dos ancianos permanecieron silenciosos. En medio de la oscuridad de la noche oyen resonar por dos veces el grito agudo del águila de Sologne.

—Es el Hediondo, dijo repentinamente la anciana. Es su señal: querrá quizá hablarme de la pobre señora Perrine. Con tal que su locura que le volvió el día de la muerte de la Bruyere haya cesado.... El Hediondo lo sabrá porque se interesa mucho por la señora Perrine.

Resonó de nuevo el grito que servía de señal al Hediondo: la anciana tomó una linterna y salió precipitadamente, dirigióse hacia el estanque, inmediato á las ruinas del horno; elevó por tres veces en alto la linterna, apagóla en seguida y esperó.

CAPÍTULO VIII.

El Cosario.

UNA luna pura y serena iluminaba el estanque con claridad argentina: la anciana no tardó en ver la sombra de una persona que marchando unas veces derecha, incurvada otras, avanzaba por medio de las cañas, dirigiéndose á la granja.

A poco rato salió de entre los juncos el Hediondo y subió á la calzada en donde le esperaba la muger del colono temblando.

—Martin, ha venido? pregunto el Cosario.

—Ay! Dios mio! sois vos señor Hediondo; es creia oculto en lo mas espeso del bosque,

dijo la anciana juntando las manos en lugar de responderle: ignorais que M. Beaucadet y sus gendarmes....

—Martin ha venido? replicó con impaciencia el Hediondo interrumpiéndola.

—No, señor Hediondo, respondió ella, aun no.....

En seguida añadió temerosa.

—No me atrevo á pedirlos que entreis en casa, señor Hediondo, no os gusta entrar en las habitaciones.

—Y el buen hombre? preguntó el Cosario sin responder á la oferta que le hacia.

—Ah! Dios mio! respondió la muger con tristeza; mi pobre marido está cada dia mas débil; desde la noche en que los gendarmes vinieron á prender á la Bruyére, y esta se ahogó, el pobre no ha vuelto á levantarse; aquello le produjo una revolucion.... Amábamos tanto á aquella pobre niña!

—Ha muerto, si, ha muerto, dijo el Cosario con voz sorda, no pensemos mas en ello.

—Y cuando pienso que no se ha podido hallar su cadáver.

—No, no, no se le ha podido hallar respondió el Cosario, hay una especie de hoyas que forman torbellino en el estanque; y su cuerpo ha sido arrastrado por la corriente, á alguna de ellas.

En seguida añadió como si deseára concluir aquella conversacion.

—Con que, según eso, el buen hombre no está mejor?

—Qué quereis, señor Hediondo, la muerte de aquella infeliz, el embargo y la venta que harán de cuanto teníamos, todo junto, ha desesperado á mi pobre marido.... y no sabemos que va á ser de nosotros.

La pobre muger enjugó sus lágrimas que habrá tenido valor para contener ante su anciano marido.

—Sí, sé que vendeis esto porque no habeis pagado vuestra renta..... Es justicia, dijo el Cosario con amarga sonrisa, vais á morir de miseria en algun rincón despues de cuarenta años de trabajo y probidad!..... Es justicia....

—Desgraciadamente sí. Es cierto que el señor conde está en su derecho, contra nosotros.

—Sí está en su derecho! Ya lo creo..... el precio de vuestro arrendamiento os arruina. La habitacion en que os han colocado, es tan mal sana, que habeis adquirido fiebres incurables..... la edad, las desgracias y las enfermedades os han enervado.... vamos..... fuera canallas, fuera; se os venderá hasta la camisa, felizmente llevais la piel pegada al cuerpo, si no fuese así, el *hombre del rey* no os la dejaría..... Pero ¿qué podeis hacer? Vuestro señor y amo está en su derecho.....

—Desgraciadamente sí.

Por eso no se podrá querer mal al conde Duriveau?

—No.

—Desgraciadamente si! No! exclamó el Cosario con una risa sardónica: Hé aquí lo que responden: les desuellan vivos ¿qué queréis? el carnicero está en su derecho.... la prueba es que les arranca la piel.....

—De qué modo decís eso, señor Hediondo?

—Es que el conde es un hombre tan digno, y su hijo un joven tan encantador! Les quiero mucho, bien lo veís, pero basta. Es preciso que el buen Chervin no se abata y permanezca siempre en la cama, es preciso que se levante, que ande y tenga ánimo: la venta no está hecha aun, y de hoy á mañana..... hay camino.....

—¿Cómo queréis que el buen hombre cobre fuerzas y que se levante, señor Hediondo? no puede comer nada... la *cujada* la repugna.

—Es admirable, prosiguió el Hediondo sardónicamente, porque hace sesenta años que no come otra cosa agregándole un poco de pan negro regado con agua del pozo.....

—No es porque el infeliz sea delicado, pero.....

—Cállate pobre oveja, dijo el Cosario, con singular mezcla de feroz ironía y ternura: me harías cruel contra los lobos.

Metiendo en seguida la mano en uno de los bolsillos de su casaca, sacó un faisán magnífico, que aun tenía en el cuello

el lazo de latón en que había caído.

—Hé aquí un faisán de dos años; le pondrás á cocer en la marmita durante tres ó cuatro horas, con un poco de sal y tomillo del bosque, esto será para el pobre hombre un excelente puchero y el mejor caldo que pueda beber un enfermo: él recobrará fuerzas.

—Ah! Dios mío! aun cazais de contrabando, señor Hediondo? exclamó con espanto la anciana teniendo agarrado por el pezuetez maquinamente el faisán que el Cosario le había puesto en la mano..... ¿y los guardas? y los gendarmes? Han jurado destruirnos si os llegan á cojer. Tened cuidado.

—Y cuando haya tomado este caldo de faisán, sano y ligero, prosiguió diciendo el Cosario sin hacer caso del espanto de la buena muger, se pondrá mejor, porque una gran parte de su enfermedad es el hambre.

—Pero señor Hediondo, este faisán.... es del señor conde.... esto sale de sus bosques..... es caza suya..... y hacemos mal en.....

—Tranquilízate; también es la caza un poco de Dios que la crió para todo el mundo..... además tu señor y amo tiene más de lo que puede comer, ya le repugna á él, á sus criados, á los criados de sus criados y aun á sus perros....

—Pero señor Hediondo....

—Cuando te digo que sus perros no la quieren.... toma pues!.... añadió el Cosario; con

ese caldo el buen hombre recuperado, comerá una de estas truchas que pondrás á asar; esto es á la vez sabroso y nutritivo.

Diciendo esto sacó de debajo de su casaca dos soberbias truchas, redondas, gordas y de cerca de un pie; un junco pasado por las agallas, las ataba juntas, de suerte que no tuvo mas que colocarlas á caballo sobre la muñeca de la anciana, si así puede decirse; allí se quedaron balanceándose al lado del faisán, que la buena muger tenia aun maquinalmente por el cuello.

—Santa Virgen Maria! exclamó, habeis echado vuestra red en el estanque á pesar de los gendarmes y todo?

En aquel momento, gracias á su oido fino y ejercitado, el cazador sintió á lo lejos por detras de la granja un ruido de pasos perceptibles solamente para él que tenia los sentidos tan sutiles como un salvaje.

—Es sin duda Martin, dejadnos.

Diciendo esto empujó ligeramente á la muger hácia la casa y permaneció solo no lejos de las ruinas del horno.

Durante algun tiempo el Hediondo marchó con aire sombrío y pensativo, prestando tan pronto inquieto oido á los pasos de Martin que cada vez se acercaban mas, como echando una mirada penetrante sobre la otra orilla del estanque en donde se oia desde

algunos momentos antes, el ruido lejano de una fuerte caída de agua.

Pronto apareció Martin entre las ruinas, del horno y viendo al Cosario que venia á su encuentro, corrió á él y apretándolo en sus brazos le dijo con voz dolorosamente conmovida.

—Perdon.... Claudio.... perdon....

—Y por qué ese perdon: hijo mio? preguntó el Cosario con el acento del amor paterno.

—Claudio, hace tres dias, cuando, penetrando en el parque y llegando hasta el palacio para decirme el.....

Martin se interrumpió un instante. tembló y continuó con voz alterada.

—Para decirme el cruel suceso, que vuestra carta del dia siguiente me hizo saber.

Martin se interrumpió de nuevo y no pudo acabar, las lágrimas le sofocaban.

—Valor, hijo mio, valor.... le dijo el Cosario. En cuanto á la ocurrencia de la otra noche no pensemos mas en ella. Me viste levantarme amenazador, en el momento en que Duriveau, explicaba únicamente á sus convidados sus execrables principios..... temiste por los dias de aquel hombre..... te lanzaste sobre mí..... el arma que yo llevaba se disparó casualmente y de aqui nació todo el tumulto.

—Sois indulgente, Claudio, no me echais

en cara el haber podido, en mi loco miedo, creer que érais capaz de un homicidio..... vos..... Claudio..... vos.....

—Juro por Dios que nos oye, hijo mio, dijo el Cosario con voz solemne, que llevado de una indignacion legitima, queria solamente dar á Duriveau delante de sus convidados, un último y terrible aviso, y gritarle. Arrepíentete, arrepíentete, es tiempo aun y....

—Teneis necesidad de jurarme eso? dijo Martin interrumpiendo al Cosario. Vos asesino, Claudio! vos....

—Llegará el dia en que seré á la vez juez y vengador, dijo el cazador con voz sorda; usaré de un derecho terrible.... pero asesino, jamas.

—Lo sé, Claudio, respondió Martin profundamente conmovido.... Oh! ha sido necesario, os lo repito, que estuviese poseido de un vértigo para concebir tales temores, pero la violencia de las palabras del conde, los justos motivos de vuestro odio contra él....

—Dentro de poco hablaremos del conde, dijo el cazador brevemente: tu madre?

—No he podido verla aun, respondió Martin con un abatimiento doloroso: temo la viveza de una impresion. La persona á cuya casa fué trasportada antes de ayer, me ha hecho saber esta mañana, que el estado de mi pobre madre no habia empeorado.

El Cosario suspiró profundamente y bajó la cabeza. Martín no menos contristado que él, no vió que una lágrima caía de los ojos de su compañero y se perdía en su barba gris.

Sobreponiéndose á su emocion, continuó Martín despues de algunos momentos de silencio.

—Y Bruyére? mi pobre hermana?

—Te lo he escrito, no corre ningun peligro.... solamente está muy débil.... Mañana.... podrás verle.

Pobre niña, dijo Martín con amargura, no he sabido que existia, sino cuando supe sus desgracias que tan pronto, tan pronto la han ajado..... Pero no me emgñais Claudio?..... mañana la veré? no corre ningun peligro?

—No, su juventud ha podido resistir á tantos golpes, á tantas emociones..... Su salud es buena, te digo, tan cierto, como he sacado á esa pobre niña de este estanque maldito.

—Sí, Claudio, buen Claudio; una deuda aun para con vos!..... Ahora y siempre os hallo delante de mí como á un genio tutelar, dijo Martín enternecido, alargando ambas manos al Cosario, que las apretó entre las suyas: pero en vuestra carta, escrita de prisa, no pudisteis decirme cómo arrancásteis á mi hermana á una muerte segura?

—Oculto en el bosque, asistí á la horrible

escena de la desgracia aparición del niño respondió el Cosario. Oyendo decir al gendarme que iba á la granja para prender á Bruyére, esperé cogerle la delantera. Conozco varias sendas mas cortas que el camino ordinario; una vez inmediato á la granja contaba que dando un grito bien conocido de tu hermana, saldria fuera y podria prevenirla: desgraciadamente los gendarmes llegaron tan pronto que Bruyére no oyó mi señal: habiendo llegado tarde y queriendo ocultarme, me metí entre las cañas del foso que ves allá abajo, solo lo separa del estanque esta compuerta..... Dios me inspire!

—Y entonces....

—A la claridad de la luna ví á la pobre niña arrojarse en el estanque. Al momento comprendí que yo podia salvarla; bajo rápidamente la compuerta junto á la que habia caído tu hermana. El agua al vaciarse en el foso establece una fuerte corriente, que arrastra hácia mí á la infeliz que se debatía contra la muerte; con una mano la agarré por sus vestidos, y con la otra bajé la compuerta, detiénese la corriente, el agua me llegaba en el foso hasta la cintura, y se vació poco á poco. Llevando entonces á tu hermana entre mis brazos como á una niña, continué marchando por el foso hasta que puedo salir sin peligro de ser visto.... atravieso en seguida

el bosque, llego á uno de mis escondites.... tu sabes lo demas.

=Y entre tanto, buscaban en vano el cuerpo de la desdichada que su acusacion infame habia conducido al suicidio, no pudiendo retener sus lágrimas.

—Los miserables!.... infanticidio!.... ella!... pobre jóven: que cediendo á un irresistible sentimiento de verguenza y de terror, habia logrado ocultar el nacimiento de su hijo; ella que por un prodigio de valor venia dos veces al dia para alimentarle, á mi escondite situado á mas de una legua de la granja, pero viendo que á pesar de sus cuidados, de los mios, la inocente criatura se consumía en aquel agujero humedo y sin ventilacion, me ocurrió la fatal idea de llevar el niño á Vierzon, donde otras veces habia una *cuna*. Preciso es renunciar á pintarte la espantosa desesperacion de aquella jóven madre de diez y seis años al saber la determinacion, sus suspiros, sus desgarradores gemidos fueron indecibles: finalmente la salvacion de su hijo la decidió. Yo parti ella me acompañó casi un dia entero, dando el pecho á su hijo y cubriéndole de lágrimas y besos.... Cuando fué preciso separarse de él.... crei que jamás tendria valor para ello.... con todo se resignó.... Apenas habia yo dado veinte pasos cuando corria hácia mi. «Una vez aun, será la última» decia, sofocada por los sus-

piros, y todo era nuevos besos y nuevas lamentaciones.... caía anonadada sobre el camino..... Proseguia yo.... y al momento volvia á oír pasos detras de mí..... «otra vez aun..... buen Claudio, esta será la última, sí, la última!» Y yo que jamas lloro lloraba tambien.... Dejéme finalmente para volverse á la granja y no causar sospechas. Llego á Vierzon, la *cuna* se habia suprimido por economia..... Viviendo yo en medio de los bosques ignoraba este honrado cálculo.

—¿Por economia? dijo Martin mirando al cazador como si no hubiera comprendido bien sus palabras.

—Si, por economia, repitió el Hediondo con una risa feroz.... pero no.... ¿qué digo? Si han suprimido ese último refugio abierto por un verdadero sacerdote cristiano á la miseria, á la verguenza y al arrepentimiento de las jóvenes seducidas..... Si han cerrado ese refugio, ha sido por lógica.... bien sabian esos hombres que era entregar á una muerte cierta la mayor parte de aquellas criaturas, que hubieran hallado cuidados maternales en aquel humilde asilo. Pero para esas niñas fatales, ¿de qué sirve la vida? habrán dicho esos prudentes calculadores. ¿No hay ya demasiado pueblo? *Demasiados convidados no se sientan ya en el banquete de la vida?* Así como lo afirmaba la otra noche Duriveau,

citando las execrables máximas de sus evangelistas..... Y bien! cerremos las *cunas* han dicho esos infanticidas, *no será otro tanto menos de pueblo*..... y el hijo de tu hermana ha estado de menos.

=Ah! Claudio es espantoso, dijo Martin ocultando el rostro en sus manos.... piedad..... piedad.....

=Tienes razon..... fuera la ironía.... ódio! esclamo el Cosario, verguenza y execracion sobre un mundo en que la venida de una criatura de Dios no es bendecida como un don divino y recibida con tanto reconocimiento como solicitud..... Sí, anatema sobre un mundo en el que, el que nace pobre es mirado como una carga funesta y peligrosa para la sociedad, porque tiene por porvenir casi cierta la miseria, la ignorancia, la desgracia, muchas veces el crimen.... Anatema sobre el mundo que me quita casi el derecho de vivir, tan espantosa es la condicion que espera a los hijos semejantes! Y con todo.... añadió el Cosario cediendo á un enternecimiento involuntario..... Si supieras lo que es ver palidecer poco á poco, apagarse, y espirar ante sus ojos una pobre inocente criatura..... No... yo no puedo decirte las angustias de mi corazón, durante aquella noche, en que des pues de haber llamado en vano al asilo, el que creia depositar al hijo de tu hermana

na, procuré en vano volvérselo á traer.....
Ay! aunque muy débil ya, por su enfermedad y las fatigas del viaje hubiera vivido, si al llegar hallára los cuidados que reclamaba su estado débil.... pero no..... nada..... nada.... á aquella hora avanzada de la noche.... lluviosa y fria.... no habia ni una sola casa abierta.... yo sentia los miembros del pobre niño estremecerse, helarse.... en vano los calentaba con mi aliento; tembló convulsivamente, en seguida hizo oír un pequeño y dulce quejido, sonrió como si sonriese á los ángeles.... y espiró....

Siguióse un momento de silencio que Martin no tuvo valor para interrumpir; el cazador continuó con voz ya mas segura.

=Crei que era un deber piadoso en mí, volver á tu hermana el cuerpo de su hijo. Ya una madre es algo aun poder llorar y arrojarse sobre la tumba de su hijo; me volví pues á mi escondite con aquella triste carga. El día mismo en que llegué de Vierzon, una funesta casualidad hizo descubrir mi retiro, no habia podido prevenir de lo ocurrido á la Bruyère, y supo al mismo tiempo la muerte de su hijo y la acusacion de infanticidio que pesaba sobre ella le era demasiado.... quiso morir.....

=Tú conoces ahora los sufrimientos de la víctima, volvió á decir el cazador, mañana sabrás la indigna crueldad de su verdugo, sa-

brás á qué violenta é infame sorpresa succumbió tu hermana.... un dia..... solo un dia.... siempre casta.... aunque manchada.... Esta relacion terrible que la verguenza y el temor detuvieron siempre en sus lábios, y que solo ha hecho á mi, casi muerta de confusion.... tu hermana..... te la hará.... á tí... su vengador natural.... porque la hora ha llegado....

—Qué hora, Claudio?

—La hora de un gran ejemplo.... respondió el Cosario con voz solemne.

De repente Martin exclamó.

—Claudio, no ois el galope de muchos caballos?

—Hace un cuarto de hora que los oigo, porque mi oido está mas ejercitado que el tuyo....

—Pero que es eso? preguntó Martin con inquietud.

—Los gendarmes que me buscan... respondió friamente Claudio.... Vienen aqui para prenderme.

—El cazador parecia tan indiferente al peligro que le amenzaba, que Martin mirándole estupefacto exclamó:

—Vienen á prenderos y permaneceis ahí, Claudio?

El Hediondo sin responder á Martin le cogió por un brazo, le condujo fuera de las ruinas del horno, en las que los dos se habian escondido, le hizo dar algunos pasos há-

cia el estanque, con una seña le indicó á lo lejos, sobre el lado opuesto, á la claridad de la luna, varios gendarmes que avanzaban á galope, siguiendo el camino que conducia directamente á la granja.

—Los gendarmes.... huid, Claudio... huid!...

—Tengo cosas muy graves que decirte.

—Pero antes de diez minutos esos soldados estarán aquí!....

El Hediondo hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—Quién les detendrá? preguntó Martin.

—La esclusa.... Escucha....

En efecto, Martin oyó en medio del profundo silencio de la noche el ruido lejano de la caída del agua.

—Habeis levantado la compuerta, Claudio?

—Sí, hace una hora, cuando al venir aquí les vi presentarse al principio del estanque, y que segun su camino no podian venir mas que aquí, y aquí solo podian venir á buscarme á mí.

—Entonces teneis razon, amigo mio, la calzada está inundada y no tienen mas remedio que volver atrás.

Y cuando lleguen á los pantanos y hornagueros que rodean el estanque por la parte de acá, emplearán mas de una hora para acercarse á nosotros; en una hora ya estaré yo fuera de su alcance..... Ahora escúchame....

—Os escucho.... Claudio.



CAPÍTULO IX.

El Sueño.

HACE algunos meses, dijo el Hediondo, que supe el secreto de tu nacimiento.... estabas en el extranjero.... te escribi.... y has vuelto á Francia.... Te he dicho la atroz conducta de Duriveau con tu madre..... á quien hizo volverse loca de desesperacion.... haciendo que te robasen para abandonarte niño aun á la vida mas miserable.... te he dicho de qué modo despues de haberme herido en el corazon, á mi que ningun mal le habia hecho.... Duriveau para mí el genio del

mal, me ultrajó horrorosamente segunda vez en mi honor.

—Lo sé..... todo eso ha sido infame, Claudio.... muy infame.

—Te he dicho en fin como por confesion suya, he tenido legitimamente, legalmente... entre mis manos..... la vida de ese hombre que pálido y resignado esperaba la muerte, que yo tenia derecho á darle, pero habiendo jurado una solemne promesa, de la que pronto debia burlarse, le dejé vivir.....

Al oír aquellas palabras la fisonomia de Martin espresó una admiracion y enternecimiento indecibles.

—Oh! amigo mio, exclamó ¡Cuan grande y generosa como siempre, se mostró en aquella ocasion vuestra alma! Jamás olvidaré que hace algunos años, en una de nuestras últimas entrevistas, despues de mucho tiempo de desesperacion, me digisteis sin hacerme conocer que se trataba de vos. «Escucha, hijo mio..... un rasgo que contiene una buena leccion.... Un hombre oscuro y pobre fué indignamente ultrajado, «por otro rico y poderoso.... Era uno de aquellos sangrientos ultrages.... que la ley «os autoriza á castigar de muerte. El hombre pobre, estaba armado y dijo al otro... «Vais á morir.... Mi vida es vuestra, disponed de ella, dijo el rico..... Escuchadme, «respondió gravemente el pobre, hasta ahora

«habeis sido malo, sed en adelante bueno y humano; ayudad á vuestros hermanos que sufren, vos que no conocisteis la piedad; «juradlo y vivireis.... Mas tened cuidado... «vuestro ultraje me ha hecho odiosa la vida, es una carga pesada para mí; si os «perjuráis, á pesar de vuestra promesa solemne, tarde ó temprano iré á arrancaros «una vida que os dejo para que useis bien «de ella..... Despues el juez y el conde- «nado tendrán el mismo sepulcro»... el rico juró.....

—Sigue, continúa..... dijo el Cosario interrumpiendo á Martin con ironía profunda y amarga: detente en mi necia y culpable confianza. Sigue he sido el mas imbécil y criminal de los hombres.

—No hablareis así Claudio, cuando sepais que vuestro ejemplo me ha servido, como lo deseábais, de generosa leccion.

—No te comprendo.

—Mas tarde.... he podido tambien.... no dejar noblemente la vida á uno que me hubiese ultrajado, pero salvar de una muerte cierta.... á un hombre poderoso... muy poderoso, y decirle acordándome de vuestro noble ejemplo: Esa vida que yo he salvado consagradla al bien.... vuestro poder es grande..... Venid al socorro de vuestros hermanos que sufren!.....

—Y ese se ha perjurado tambien?

—No, Claudio, esto no se ha perjurado, respondió Martin conmovido, hasta ahora ha cumplido lealmente su palabra. Bien veis que tenia razon cuando os decia, que esta vez aun habiais mostrado la admirable y fecunda generosidad de vuestro corazon.

Y yo te digo, que esta vez aun he sido engañado, y que esta vez aun he sido criminal, porque he dejado vivir un miserable, que apesar de su juramento ha hecho correr torrentes de lágrimas y causando males espantosos un miserable que vanagloriándose de sus vicios les ha perpetuado en su raza. No..... yo no debí dejar vivir á aquel hombre, no..... no lo debía.... y sin embargo sacrificando mis resentimientos personales, he intentado lo posible por atraerle al arrepentimiento, recordándole la fé jurada..... En vano he querido enternecerle, haciéndole ver el mal que hacia y el bien que podia hacer; queria sobre todo que conociese las causas de las decepciones, que le habian alejado del buen camino; primero la burla y el insulto, y despues el silencio respondieron á mis exhortaciones, á mis ruegos, á mis amenazas. Tú le oiste la otra noche.

—Jamás se ha dejado ver oido mas cinico, mas feroz, contra todo lo que exige respeto y piedad, respondió Martin con aire sombrío,

—Sí era el mas insolente, el mas atre-

vido desafío que puede arrojarse á la faz de la humanidad; sin embargo los avisos no le han faltado. Te he dicho todo esto á ti, que tambien tienes terribles cuentas que pedir á ese hombre.... te lo he dicho.... Esto ha durado demasiado; mi clemencia se concluye: la hora del castigo ha llegado. Me has respondido «Paciencia, Claudio, tengo esperanza de que me admitan en casa del conde, paciencia.» Ya estás en casa del conde.... sabes sus execrables principios y el mal que ha hecho... Su hijo... su digno hijo ha sido el verdugo de tu hermana..... Vas á decirme aun «Paciencia?»

Y viendo que Martin le miraba silencioso, Claudio exclamó.

—No me respondes? me apruebas? me condenas? Ese hombre sin corazon, sin entrañas, no es el azote de este desgraciado pais, del que debia ser el bienhechor, la providencia? ¿no me lo juró así en un momento supremo á la vista de la muerte?... ¿Este hombre millonario no es dueño absoluto de este inmenso territorio que su padre conquistó por el dolo y por la usura; como otras veces se conquistaba por la lanza y la espada? Y en estos vastos dominios, fruto de atrocidades infames, consagrados, santificados por la posesion y que trasmirá á su heredero, ¿qué vemos? criaturas desgraciadas, embrutecidas por la ignorancia, diezmadas por el trabajo,

el hambre y las enfermedades, arrendatarios arruinados por las rentas tan crecidas, que de estos campos que riegan con su sudor desde el alba hasta el ocaso, la cosecha es para el conde, para ellos el trabajo, los cuidados incesantes, la miseria y la ruina; para él, la calma, la ociosidad, los placeres y la riqueza.... no basta aun.... Un hijo indigno, viva imagen de su indigno padre, heredará estos bienes adquiridos por el fraude y perpetuará sus vicios, y este hijo á la vez tendrá otro que se le parecerá de esta suerte la cuarta parte de una provincia de Francia está condenada á todos los males posibles, porque ha tenido la desgracia de vivir bajo la dinastía de los Duriveau, dinastía depravada, cuyo fundador fué un pícaro afortunado.... y dicen que la feudalidad está abolida!.... y dicen que la servidumbre está abolida! exclamó el Cosario con risa amarga, piedad!.... burla!...

Añadió en seguida dirigiéndose á Martin con ademan feroz y determinado.

—Yo te lo digo: puesto que los tiempos de la fraternidad humana no están aun cercanos, es necesario á esta hora un ejemplo grande, terrible, saludable, que espante á los malos y haga perseverar á los corazones generosos en el buen camino...

Martin habia escuchado silencioso aquellas imprecaciones de un resentimiento llevado has-

ta los límites de la mas feroz exaltacion.

Varias veces se habia enrojecido su frente, su mirada habia brillado como si se horrorizára de la horrible resolucion del Cosario.

A los pocos momentos Martin dijo á Claudio con voz afectuosa y triste.

—Claudio mucho habeis sufrido y hace mucho años.... Vuestros padecimientos, irritados aun por la soledad y por la vida salvage á la que habeis condenado desde que....

—Basta, gritó el cosario con voz sorda. La llaga arroja aun sangre.

Si, la arroja, lo veo, está cruelmente irritada; me callaré pues, Claudio, no os traeré á la memoria los sufrimientos mas atroces que haya sido dado á un hombre el sufrir, sobre todo cuando ese hombre tiene un corazon como el vuestro.... Claudio... pero el sufrimiento mas agudo.... los resentimientos mas legitimos, no harán jamás de un hombre como vos un hombre de violencia y de muerte.

El cazador miró á Martin con admiracion.

—No por impio que sea el conde, por mucho que desprecie la fé jurada, por admirablemente generoso que hayais sido para con él, por legitimos que sean vuestros resentimientos, no, Claudio, no teneis derecho para disponer de esa vida que habeis dejado. Ese derecho le pertenece á Dios.

—Yo seré el instrumento de Dios, dijo el cazador con tono feroz.

—No, no teneis ese derecho, y pronto lo reconocereis vos mismo, respondió Martin con dulzura y autoridad, porque la soledad no ha podido extinguir en vos aquella brillante y noble inteligencia.... aquel talento tan justo y elevado, que nadie sospechó que teniais, cuando desempeñábais las oscuras y venerables funciones de maestro en un lugarcillo y que abandonásteis por una vida errante y solitaria.... Claudio.... añadió Martin apretando afectuosamente la mano del cazador entre las suyas.... oh! mi antiguo amigo, si en las extrañas vicisitudes de mi vida, y despues de haberos conocido he pasado por inmesos abismos sin caer jamas en ellos.... á vos lo debo.... gracias á esas impresiones eternas, grabadas en mi corazon por vuestras paternales lecciones.... cuando os apiadasteis de mí, pobre niño abandonado como otras tantas criaturas de Dios, de que se cuida menos que de los animales del campo. Y bien, Claudio, porque os debo la vida del corazon y la inteligencia, no quiero asociarme á vuestros proyectos y os asociaré á los míos....

=Tus proyectos?

Y el Cosario arrojó á Martin una mirada penetrante.

=Qué proyectos?

=Mi fin es el vuestro, Claudio, solo nos diferenciamos en los medios.

=Necesito un ejemplar....

—Darémos un ejemplar.... dijo Martin con voz solemne.... un grande ejemplar.

—Terrible?

—Saludable sobre todo, vos lo habeis dicho.

—Para la raza á quien yo quiero enseñar no hay ejemplo sin espanto.

—Quizá....

—No, el terror.... el santo terror....

—Cuál es vuestro objeto, Claudio? animar á los buenos en la perseverancia del bien, impedir á los malos el perseverar en el mal.

—Y castigarlos á fin de que un castigo terrible aterre á sus semejantes.

—Pero si los malos se hacen tan buenos como malos han sido, Claudio? pero si llegan á ser tan humanos como han sido inhumanos?

—Buenos! humanos! repitió Claudio con una admiracion profunda.... no se trata, pues del conde Duriveau tu padre....

Y el cazador pronunció estas palabras: tu padre, con ironia cruel.

—Se trata del conde Duriveau mi padre.

—Y del vizconde tu hermano?

—Y del vizconde mi hermano....

—A Dios... tu librea ha dejado señales, en tí.... la domesticidad es la esclavitud y la esclavitud corrompe.

Y el cazador hizo un brusco movimiento para alejarse.

Martin le detuvo y le dijo con voz tristemente conmovida:

—Sois severo conmigo.... Claudio.

—Porque eres cobarde.... porque desertas de la buena causa, porque nada hay en tí de varonil y enérgico, porque dentro de poco vas á alabarme las virtudes del conde Duriveau tu padre, y la dulzura é ingenuidad del vizconde tu hermano.

—Nada conozco mas egoista, mas duro, mas avaro, mas monstruoso que el conde Duriveau, dijo Martin con voz severa y breve.

El cazador hizo un movimiento de sorpresa.

—No conozco alma mas dura que la suya á cuanto es conmiseracion, piedad y caridad; no conozco hombre que haga gala de un desprecio mas cinico, mas inexorable y mas real, por aquellos de sus hermanos que sufren y se resignan. Vos lo habeis oido como yo la otra noche, yo conocia al conde, pero sin embargo no le hubiera creido capaz de publicar tan atrevidamente sus indignas máximas.

—Y tenias miedo, y temblabas bajo tu librea.

—Si, tuve miedo, temblé, Claudio, respondió Martin: tuve miedo de comprometer, de arruinar para siempre los intereses sagrados, que me obligan á representar el papel que represento con el conde. Pero ya lo veis, Claudio, juzgo á ese hombre tan severamente co-

mo vos y como vos digo: ese hombre es doblemente culpable porque hubiera podido hacer de estas sus inmensas posesiones una tierra de promision y ha hecho un valle de lágrimas y miserias.

—Entonces qué quieres? qué esperas? no te comprendo, exclamó el cazador con impaciencia feroz, ¿y el hijo no es digno del padre?

—Criado en tal escuela ¿cómo admirarse, Claudio, de que Scipion sea lo que es? No, añadió Martin con un acento de dolor y de conmiseracion profunda; no, no conozco depravacion mas precóz, mas incarnada, mas espantosa, que la de ese desgraciado jóven que juega fria y desdeñosamente con los vicios mas atrevidos, y apenas cuenta veinte años...

—Entonces... tú quieres como yo traer á los malos al bien con el terror de un gran ejemplo.

—Por el terror? No: hé aqui en lo que nos diferenciamos, Claudio.

—¿Y despues de haber hecho con tan negros colores el retrato de esos dos hombres hablas asi? No tienes sangre en las venas, ni ódio en el corazon:

—Odio? No, Claudio; en mi tierna edad me enseñasteis á no tener ódio con vuestra angelical resignacion, con vuestra inefable serenidad: en medio de vuestra cruel pobreza, de vuestros pesares amargos y de las persecuciones que sufristeis por sacerdote indigno.

—El tiempo de la resignacion ha pasado,

respondió duramente el Cosario, no se trata por otra parte de tus resentimientos personales; no es solo mi ultrage lo que yo quiero vengar, pero puesto que ese hombre no te inspira ni ódio ni horror, ¿qué es lo que sientes?

—Piedad, Claudio.

—Piedad! exclamó el Cosario con una risotada de ironía salvaje. Piedad!

—Si, Claudio, siento esa profunda, esa dolorosa conmiseracion á que me habeis acostumbrado desde mi infancia... á la vista de las enfermedades... de las deformidades físicas....

—Seria necesario decir de las monstruosidades, pero la comparacion es falsa, se trata de monstruosidades morales, y tener piedad de lo que es indigno de inspirar interes, es dar pruebas de una tolerancia criminal.

—Y yo os digo, Claudio, que un desgraciado niño que, criado en una atmósfera viciada, se aja y se corrompe, merece piedad; si, una conmiseracion sincera; y que seria bárbaro, insensato, hacerle un crimen de la enfermedad que le mata.

—Se trata de tu hermano, interesante joven, es cierto..... y de tu padre, personage tierno y humano.

—Lo mismo que su hijo, ha sido criado en medio de la perversidad; y sin embargo sabeis que ha tenido generosas aspiraciones hácia el bien..... pasajeras sin duda; pero, en fin, lo confieso, desconocidas á su hijo. ...

—Basta, dijo bruscamente el Cosario: el tiempo urge. ¿cual es tu última resolución?

—Voy á deciroslo: Claudio, aceptad mi comparacion. Hé aqui un ser atacado de una enfermedad terrible, contagiosa, que ha mamado con la leche. Un hombre se presenta, y dice: A la muerte ese miserable: la vida de su suplicio causará sobre los que están atacados de la misma enfermedad una revolucion tan terrible y saludable á la vez, que temiendo un fin semejante, la reaccion de su espanto les curará....»

—Y bien! sea.... de ese modo se obra con los locos furiosos..... y con resultados..... se coge al uno de ellos..... y en presencia de los demas se le castiga de un modo terrible: el terror haee volver un rayo de razon á su estúpido cerebro, y entran en su deber; pero se trata aqui de un hombre que tiene toda su razon, y que la aplica al mal con detestable inteligencia.

En el momento en que el Cosario pronunciaba estas palabras, la sombra de dos personas que marchaban inclinadas, y se dirigian hácia las ruinas del horno, se vió en los bordes del estanque, iluminado entonces por la luna.

Martin y el Hedidndo, demasiados preocupados no notaron aquel incidente y continuaron su conversacion.



CAPITULO X.

Sorpresa.

MARTIN prosiguió dirigiendo la palabra al Cosario, cuya ecsaltacion se aumentaba á cada momento.

—No, Claudio, yo no creo en la omnipotencia de los medios terribles, la humanidad los desaprueba.

—La gangrena se cura con el hierro ardiendo.... tu padre y tu hermano están podridos hasta los tuétanos.

Hubo un momento de silencio y Martin dijo:

—Escuchad, Claudio, dejadme citaros un hecho extraordinario, casi maravilloso del que

he sido testigo, y que os explicará perfectamente mi idea; tenia yo entonces por amo á un médico ilustre, sábio, célebre, pensador profundo. Un dia le llaman para asistir á un rico, enfermo; halla un hombre espirando, consunto por el exceso de todos los placeres la sangre dañada en su esencia, circula lentamente por sus venas casi secas, no ya como un fluido de vida, sino de muerte. Los médicos de más nombre han abandonado á aquel desgraciado como un hombre cuyo fin estaba prócsimo. El sábio, el pensador profundo se acuerda entonces de aquellas misteriosas y espantosas historias que hablan de sangre jóven y generosa infibulada en las venas de algunos viejos estenuados por los desórdenes de su vida.

—Bien te decia yo que era preciso sangre! exclamó el Cosario con un acento de triunfo feroz.

—No, Claudio, no fué necesario sangre, pero aquellas sangrientas y mentidas historias sugirieron al sábio una admirable idea.... Colgaduras de seda y oro impregnadas de funestos perfumes, cubrian las paredes de aquella opulenta habitacion y la mantenian en una semi-oscuridad. Las colgaduras desaparecen, un sol vivificador entra por todas partes y pronto por las órdenes del sábio, las paredes desaparecen, bajo infinidad de ramas verdes, fresco despojo de árboles resinosos y

balsámicos que exhalan en abundancia los gases que hacen al aire viable y puro, en seguida amas jóvenes sanas y robustas vienen á presentar su pecho fecundo á la boca espirante del moribundo. Oh prodigio! apenas sus secos lábios se humedecieron con aquella leche regeneradora, apenas respiró el aire vivificador y saludable, exhalado por las frescas ramas que cubren su lecho, cuando parece que renace el enfermo. Renace en efecto! su sangre corrompida se renueva y se regenera; se ha salvado.... vive.... vive..... y su salud no ha costado ni lágrimas ni sangre. Una leche pura y nutritiva, algunas frescas y verdes ramas de árboles..... los rayos bienhechores del sol, tales fueron los instrumentos de aquella curacion maravillosa. Claudio, lo mismo sucederá con estos dos desgraciados, por los que tanta piedad siento; el desden, el orgullo y la dureza hinchen su corazon: sus almas y su espíritu están viciados. Pues bien! Claudio yo quiero regenerar á esos corazones viciados; salvarles, quitándoles de una atmósfera corrompida, y trasportándoles en medio de las ideas sanas y puras, donde resentirán el calor vivificante de los pensamientos generosos; quiero finalmente dar á esas almas enfermas un alimento á la vez dulce, saludable y fuerte como la leche materna.... ¿Entonces, Claudio, decid, decid, amigo mio, no será un gran-

de y saludable ejemplo, el de ver á esos desdichados volver á la vida del alma? ¿á todos los nobles sentimientos que antes insultaban... esta trasformacion de malos en hombres de bien, no será una leccion mas fecunda que el terrible pero estéril ejemplo que soñais?

—Déjame..... déjame... me harias tan débil, tan cobarde como tú, dijo bruscamente el Cosario.... pero tú olvidas que Duriveau estaba ligado conmigo por un juramento solemne, y que á todas mis tentativas para traerle á esa regeneracion de que tú hablas ha respondido con el desprecio?

—Aquel carácter de hierro se revelaba contra la idea de ceder á la fuerza.

—Y su juramento?

—Se ha burlado de él indignamente, Claudio, lo sé y todo eso no me hace desesperar....

—Tienes en tí la fé que trasporta las montañas, gran taumaturgo, dijo el Cosario con amarga burla...

—Tengo fé en mí, Claudio, porque estoy en una posicion particular con respecto al conde.... soy su hijo... y cuando lo sepa...

—Tendrá un motivo mas para perseverar en el mal, tú dices que por orgullo no ha querido ceder á la fuerza que yo le imponia, y yo te digo que cederá aun menos á su hijo... un bastardo... como dirá..... conozco á ese hombre... basta... basta..... aliméntate con quimeras... yo quiero hacer

un egemplar.... un terrible egemplar... y lo haré.

—Ah! amigo mio, dijo Martin, vuestra causa es muy justa, muy bella, muy santa para mancharla con la violencia, y finalmente, á pesar de cuanto digais, yo creo, sé, *que se acerca el tiempo*; si, los pueblos sienten unas esperanzas vagas; he atravesado ultimamente la Europa entera. En todas partes se efectúa un trabajo sordo, profundo, continuo, misterioso... A esta hora la emancipacion universal ha sido concebida, por las clases hasta hoy desheredadas... en la actualidad asistimos al lento y laborioso fenómeno de su pacto. Pero esta emancipacion nacerá en su dia y en su hora, amigo mio, y su radiante aparicion; será saludada por las fraternales aclamaciones de todos los que ahora sufren.

A pesar de su resolucion selvática, el Cosario no pudo ocultar la emocion que le causaba la palabra de Martin, palabra dulce, penetrante, convencida y llena de fé en un próximo y mejor porvenir.

—Quizás tendrá razon... murmuró el Cosario, la violencia es mal consejero. La vida de un hombre, pormalo que sea... Esto es grave.... sin embargo... Y si el odio me cegase... Si... si... á pesar de tantas razones, como á mi parecer, legitiman mi accion.... yo no obedeciese sino al odio á un odio

personal... y ademas... constituirse á la vez en juez y verdugo... sea cualquiera el crimen... oh! es espantoso.

Pero revelándose el Cosario en el momento contra aquellas reflexiones saludables y generosas, gritó de repente.

—No, no, nada de debilidad cobarde! y tú que me predicas la conmiseracion, dijo dirigiéndose á Martin con ironía cruel ¿ves desde lo alto de esas regiones de clemencia y de esperanza en que te extravias á tu madre.... loca? ves á tu hermana deshonrada... obligada á pasar por muerta ó á ser vergonzosamente arrastrada ante un tribunal acusada de infanticidio? Desde lo alto del empujeo, desde donde vea las señales de una emancipacion próxima, ¿ves á su lado las figuras pálidas y llorosas de tu madre y de tu hermana, ves las insolentes é impías del conde y de su hijo, hollando con sus pies á las víctimas?

—Si, Claudio, veo las tristes y dulces figuras de mi madre y hermana; sí, Claudio, durante nuestra larga conversacion esas imágenes queridas han estado ante mi ojos.

—Aun en momento en que hablais de traer á Duriveau y á su hijo á sentimientos generosos! exclamó el Cosario.

—En ese momento sobre todo, amigo mio, porque cuento sobre mi madre, sobre mi hermana... para ayudarme á hacer al conde

y á su hijo, dignos de apretarnos un dia la mano... Claudio.

—Tu no piensas.... tu madre... tu madre está...

—Mi pobre madre... está loca... dijo Martin con voz dulce y firme.... yo volveré la razon á mi madre...

—Y el honor á tu hermana?

—Y el honor á mi hermana.

Martin hablaba con un acento de conviccion tan profundo, tan imponente, que el Cosario participó durante un momento de sus esperanzas... pero de repente, echándose en cara esta debilidad, dijo:

—Te burlas.... á Dios...

—Claudio! exclamó vivamente Martin con acento de dolorosa reconvencion, hablo de mi madre... de mi hermana... de mi madre privada de su razon... de mi hermana deshonrada... ¿Y decis que me burlo?

—Perdóname, dijo el Cosario alargando su mano á Martin, perdóname... no... no... valiente y generoso corazon... no... no te burlas... pero te engañas... tu ilusion es sagrada... yo la respeto... pero yo...

—Una sola palabra, Claudio... Respetad mi ilusion durante un mes á contar desde hoy...

—Qué quieres decir?

—Prometedme no intentar nada contra el conde Duriveau durante este mes.

—Y despues? Y si te ha engañado tu pobre y noble corazon? ¿Y si la enfermedad que tú crees curar, es incurable? Y si ese hombre persiste fatalmente en el alma? Qué harás tú? porque al fin si yo admito tu suposicion... admite las mias.

—Eso es justo, Claudio; debo admitir vuestras suposiciones... yo tambien he pensado algunas veces... con terror... os lo confieso... que el mal tiene espantosas fatalidades.

—Y en esas horas de desesperacion, dijo el Cosario con una satisfaccion feroz, ¿cuál era tu proyecto? Si al pensar en todo lo que Duriveau ha hecho sufrir á tu madre.... si la detestable influencia de ese hombre, á quien ni la fé jurada, ni las instancias tan poderosas de ti, su hijo, habrán sido bastantes para conmover... tú has debido...

—Claudio, dijo Martin interrumpiendo al Cosario, con voz solemne.... júrame no intentar nada contra M. Duriveau durante un mes, y al cabo de él...

—Adelante, gendarmes, gritó de repente una voz sonora.

Y mas pronto que la palabra, Beaucadet, que hacia algunos instantes que con cinco gendarmes estaba emboscado detrás de las ruinas del horno, se precipitó sobre el Hediondo interin que los demas gendarmes se arrojaron sobre Martin, que admirado de aquel brusco ataque no opuso resistencia ninguna.

No sucedió lo mismo con el Cosario; empenóse una lucha vigorosa entre él y sus adversarios que lograron con gran trabajo echarle á tierra y ponerle las esposas.

—Ah! bien decia yo, polilla malhechora, dijo Beaucadet triunfante, que tarde ó temprano te agarraria; habia enviado varios gendarmes á caballo por la calzada y del estanque, pero me vine á pie por las marismas; así es que abierta la esclusa te creias seguro, eh! truan!

El Cosario no respondió.

Dirigiéndose entonces á Martin le dijo:

—Y vos, buena alhaja, el amigo íntimo de ese pícaro Bamboche, que se hizo saludar por mis gendarmes.... razon tenia yo cuando digo al señor conde..... disimulemos..... disimulemos..... hagamos como que no vemos nada..... Así lo hemos hecho.... y os hemos atrapado.

—Y de qué me acusan? preguntó friamente Martin.

—De qué os acusan? De haber estado en connivencia para la perpetracion del tiro disparado al señor conde hace tres dias.

—Yo? dijo Martin encogiéndose de hombros, pero yo salí herido..... levemente, es verdad.....

—Razon de mas..... sainete bien representado.... pero en que no caigo yo.... Sabiais tambien que esa polilla del Mediondo estaba

oculto entre los árboles, que quisisteis hacer retirar al señor conde de la ventana que dá sobre la espesura, por miedo de que el señor conde descubriese al Hediondo.... Tan sois su cómplice, que para favorecer su evaporacion, disteis unas señas que se parecen á las suyas, como yo á uno muy feo.

Detúvose Beaucadet un momento, y añadió en seguida.

—Pero hé aquí al señor conde y á su hijo, voy á hacerles advertir.... Han querido venir para asegurarse por sí mismo de vuestra maldad.

Con efecto, muy pronto se vieron bajar de un ligero carruage de caza, al conde y á su hijo. A pesar de lo grave de la escena que últimamente habia pasado entre ellos, la mejor y mas cordial inteligencia reinaba entre el padre y el hijo. En una palabra, parecia que el conde habia olvidado sus sentimientos anteriores y vuelto á tomar el lugar de jóven padre con respecto á Scipion.

Instruidos del hecho muy grave, presentado de este modo; que el tiro de que se ha hablado era el resultado de una tentativa de asesinato contra el conde, y que uno de sus criados cómplice del culpable, tenia con él entrevistas nocturnas, M. Duriveau y su hijo prevenidos por Beaucadet de la prision que iba á intentar, quisieron asistir á ella para asegurarse por sí mismos de la verdad.

Al ver al conde Beucadet exclamó.

—Victoria.... tenemos en nuestro poder á los malhechores, señor conde, vuestro criado ha caído tan dulce como la miel, él mismo ha alargado las manos á las esposas, es preciso hacerle esa justicia..... pero el Hediondo se ha debatido como una fiera rabiosa.

La luna brillaba con todo su esplendor. El conde y Scipion se acercaron al grupo de gendarmes en medio del que se hallaban Martin y el Cosario.

—Así, pues, buena pieza, dijo el conde á Martin con dureza y desprecio, tenias, sin duda antes de entrar en mi servicio, relaciones con ese miserable vagamundo, que no contento con robar mi caza.... quiere, segun parece, mi vida..... y yo que os habia tomado con tanta confianza!.... Creed en los certificados..... y en los buenos informes.

—Eres niño?..... dijo Scipion encogiéndose de hombros.... Tanto vale creer en las cualidades de un caballo vendido por un chalan.... criados y caballos solamente se conocen con el uso.

Martin tranquilo y pensativo sonrió dulcemente y no respondió nada.

—Y tú, dijo el conde dando un paso hácia el Cosario; y tú, por qué querias?.....

—Yo me llamo Claudio Gerard! dijo el Cosario con voz solemne interrumpiendo al conde.

—Claudio Gerard! exclamó M. Duriveau, [retrocediendo pálido y estupefacto.

Acercóse en seguida al Cosario, para ver mejor sus facciones y convencerse de una identidad á la que no podia creer, y dijo al cabo de algunos minutos de exámen.

—Sí, él es!.... él es!..

—Qué cosa es eso? ese Claudio Gerard? preguntó Scipion encendiendo un cigarro, mientras que Beucadet y sus gendarmes se miraban entre sí muy sorprendidos del incidente.

—Claudio Gerard!.... repitió el conde con profunda admiracion y como aterrado por los recuerdos que el nombre del Cosario despertaba en él.

—Duriveau..... comprendes tú.... ahora? dijo el cazador al conde, que al principio silencioso y aterrado levantó despues la cabeza. Entonces, con la frente altanera, el lábio irónico y desdeñoso, exclamó cruzándose de brazos.

—Ah! sois vos, señor, el hombre de bien, el hombre de las epistolas.. Sois vos, que oculto bajo un hombre de guerra vagamundeais tanto tiempo en mis bosques y teneis la insolencia de perseguirme con vuestras epistolas morales? Y yo que os creía tan lejos de aqui! Y me preguntais si comprendo? Vive Dios... y demas... Vuestros *pathos* no podia tocarme el corazon.... Habeis querido

ver si el plomo de vuestra carabina tendria mejor suerte. Ah! viejo infame, predicais la caridad á tiros!....

=Eso es mentira, no he tirado sobre tí, pero hace mucho tiempo que hubiera debido hacerlo, dijo el Cosario.... Acuérdate de tu juramento... Duriveau...

—Ah!.... *que buen billete tiene La Chaire*.... exclamó el conde con una carcajada sardónica.

El Cosario dirigiéndose á Martin le dijo con voz sorda.

=Lo oyes?... lo oyes?...

=A ver... yo tambien quisiera comprender un poco... qué significa todo esto? dijo Scipion á su padre.

=Vas á saberlo, respondió el conde, arrojando al Cosario una mirada de ódio y desafío.

Despues con el tono de mas jóven padre y con una desenvoltura del todo regencia prosiguió:

=Bien ves á ese hombre, era maestro de escuela en un pueblecillo... Amaba locamente á una muchacha muy linda, que le amaba á él, como se puede amar á una especie de ese aire, mitad rústico y mitad pedante, es decir, que le amaba como á hermano. Yo le soplé aquella linda muchacha....

=Eso se ha visto, dijo friamente Scipion sin quitarse el cigarro de la boca.

—Algunos años despues habiéndome estra-
viado en la caza, la casualidad me hizo en-
contrar á la muger del rústico pedagogo que
se habia casado con otra para consolarse. Era
por Dios! muy linda tambien, y no habia es-
cogido mal mi hombre.... Estaba fuera en-
tonces. Me pareció divertido soplarle su mu-
ger.... como le habia soplado su novia.

—Tú los oyes, el padre y el hijo.... dijo
el Cosario á Martin con voz ronea y entrecor-
tada porque le sofocaba la ira.

—Los oigo, respondió Martin con una triste-
za profunda.

—Pero el diablo quiso, prosiguió el conde,
que Claudio Gerard volvio el mejor dia de
improviso y me sorprendió con Mme. Clau-
dio Gerard.

—La muger de un maestro de escuela! di-
jo Scipion con tono de reconvencion; siempre
me has ocultado ese paso falso.... Y has teni-
do valor para echarme en cara á esa pobre
Chalumeau!....

Scipion, sé generoso.... Ahora pues, Clau-
dio Gerard, me sorprende en una conversa-
cion de las mas criminales. Estaba armado
con una escopeta de dos cañones. Yo sabia
que era feroz como un lobo.... Francamen-
te, me ví muerto.... Adivina lo que Claudio
hizo entonces.

—Escúchale, escúchale, dijo el Cosario á
Martin.

—Qué diablos pudo hacer Claudio? dijo Scipion reflexionando. ¿Emboscado á los pies de la cama de su mujer, te pidió la bolsa ó la vida?....

El Cosario dió un grito terrible é hizo un movimiento tan violento, que saltó poco para que rompiese las ligaduras que le sujetaban.

—Claudio, amigo mio, le dijo Martin con tono de dulce reconvencion, calma y desprecio.

—Has adivinado, hijo mio, dijo el conde... El Claudio me pidió mi bolsa.... no para él.... el digno hombre!.... sino para los que llama sus hermanos de humanidad....

—No comprendo, dijo Scipion.

—Tu eres rico, me dijo Claudio; júrame socorrer á tus hermanos que sufren.... y te dejo la vida.... si no, nó....

—Ah! ya! es *música nueva*, dijo Scipion burlándose á sangre fria; *música filantrópica*; en seguida se dirigió al Cosario.

—Eh! decidme, querido, si todos los *maridos engañados* pensasen como vos no habria pobres en el mundo.

Al oír aquellas palabras de su hijo, el conde soltó una gran carcajada.

Un nuevo incidente vino á interrumpir aquella esplosion de hilaridad.



CAPÍTULO XI.

La Espulsión.

EL colono y su mujer despertaron al ruido de los caballos de los gendarmes y supieron al momento que el conde Duriveau *su señor*, como ellos decían, estaba en la granja del Gran Enebro.

Asombrados de la suerte que les esperaba á consecuencia de su espulsion de la granja, el tío Chervin y su mujer habían querido tentar un paso supremo; y con lágrimas en los ojos y en actitud suplicante, ambos se acercaron tímidamente al conde en el momento en que Scipion acababa de proferir su último é insolente sarcasmo.

—Señor conde, dijo la mujer con voz temblorosa, por el amor de Dios, tened piedad de nosotros.

—Qué es esto? preguntó el conde con altanería é impaciencia. ¿Quién sois y qué me quereis?

—Somos los Chervin, los colonos del Gran Enebro, mi querido señor.... Nos han embargado..... nos echan de aquí.... donde estamos hace cuarenta años.... hemos trabajado siempre todo cuanto hemos podido y jamás hemos hecho mal á nadie.... si nos hemos atrasado en el pago no es culpa nuestra, y con todo si nos haceis salir de aquí, mi querido señor, ¿qué vá á ser de nosotros, á nuestra edad?

—Ah! es muy cierto! dijo el colono, que mas confuso que su mujer no se habia atrevido á hablar. ¿Qué quereis que sea de nosotros, señor conde?

M. Duriveau, escuchó al principio desdeñosamente aquella humilde suplica, pero pensando que la ocasion era á propósito para poner en egecucion, por decirlo así, su desprecio por el juramento, que hiciera á Claudio Gerard, dijo á este:

—Lo ois, vos el hombre de bien, ois á *vuestros hermanos*, como vos decís.... Estoy, vive Dios! no cabe mas satisfecho de la aventura, para poder probaros el caso que hago de una promesa arrancada por la violencia.... y que cualquiera hombre desarmado hubiese hecho como yo, para sustraerse á las garras de una especie de fiera. Prestad atencion á

lo que vá á suceder, señor Claudio Gerard, y puesto que pretendéis no haber tirado sobre mi lo que os será fácil de probar..... desde el momento en que esteis en libertad..... veremos si os atreveis á egecutar la amenaza, que hasta ahora habeis tenido la *escesiva bondad* de no poner en egecucion..... No quiero que os falten pretestos, es una delicadeza mia, no es cierto?

Volviéndose á Baucadet, el conde añadió: —Sargento, el embargo de los muebles de esa hacienda que me pertenece, ha sido decretado y los aprecio hechos: yo os ruego, tomando sobre mi toda la responsabilidad, que espulseis ahora mismo al colono de esa casa; á fin de que no pueda hacer desaparecer nada, dejando en ella uno de vuestros gendarmes hasta por la mañana, que enviaré yo un dependiente mio, que tome posesion.

—Ay! Dios mio!.... echarnos.... á esta hora.... dijo la muger espantada.... mi marido está débil y enfermo.... vais á hacerle morir.... mi buen señor.

—Concedednos algunos dias.... por piedad.... señor conde.... dijo el colono con voz aflijida.

—Que se ponga inmediatamente fuera de la granja su cama, única cosa que la ley le concede, dijo el conde á Baucadet.

Si su detestable orgullo no hubiera sido ~~esasperado~~ asperado por la presencia del Cosario, re-

uerdo vengador, remordimiento vivo, que el conde se complacia en desafiarse; no hubiese hecho gala de aquella desapiadada dureza (aunque otras veces había dado órdenes semejantes pero á cuya ejecución no asistía), pero el temor de que pareciese cedia á la intimidación, unido á la firme creencia de que ante todo estaba en su *derecho legal*, al que todo lo sacrificaba por costumbre, llevó al conde á aquella deplorable estremidad.

Tal como lo dijo así se hizo.

A consecuencia de una escena tristísima que fácilmente conoce cualquiera, el conde y su muger fueron arrojados de la granja en medio de la noche á pesar de sus súplicas.

El Cosario y Martín asistieron mudos é impasibles á aquella ejecución.

Concluída que fué, el conde dijo al Cosario con ademán desleñoso é irónico.

—Ahora, Claudio Gerard, hasta la vista, si os atreveis..... no dependerá de mí el que pronto esteis libre..... y os espero..... de pie firme.....

El conde dando el brazo á su hijo, se alejó y ambos subieron en el carruaje: en el momento en que iban á arrancar, Beaucadet dijo á M. Duriveau.

—Señor conde..... una famosa idea..... ese pícaro Martín, tendrá quizá otros cómplices en vuestra casa, antes que sepan que

está preso, haced en llegando una visita domiciliaria á su cuarto y conservad la llave hasta mañana.... De esta suerte, nada saldrá de allí antes de nuestras pesquisas, que haremos satisfactoriamente en el momento que sea de día.

—Teneis razon, dijo el conde, no dejaré de hacerlo en el momento que llegue á casa. El carruaje se alejó rapidamente.

—Vamos, marchemos, mala tropa, dijo Beaucadet volviendo junto á sus dos prisioneros.

—¡Y bien! Martin, dijo lentamente el Corsario. ¿tus ilusiones? ¿tus esperanzas? ¡Pobre corazon generoso! pobre loco!...

Pocos momentos despues, presos y gendarmes se alejaban de la granja del Gran Enebro.

El tio Chervin y su muger, desbaciéndose en lágrimas y temblando de frio, estaban sentados en el gergon junto al borde del estanque á pocos pasos de la casa de la granja.

La pobre y buena Robin, sentada á sus pies lloraba con sus amos y les consolaba lo mejor que podia.



CAPÍTULO XII.

El cuarto de Martin.

AL llegar á su casa, el conde Duriveau marchó en seguida á su cuarto: despues con una luz en la mano entró en un gran gabinete de vestir, y subió rápidamente una escalera pequeña que conducia al alojamiento de Martin, especie de zaquizami oscuro, sin aire, cuya elevacion apenas llegaba á cinco pies y casi inhabitable, pero esta importaba poco al conde, que lo que queria era tener como se dice, á su ayuda de cámara, *bajo la mano*.

Aquella pieza tenia otra puerta que daba á una escalera interior: el conde lo primero que hizo fué cerrarla con dos vueltas á la llave, y se la metió despues en el bolsillo, poniendo en seguida la bugia sobre una me-

sa, miró á su alrededor con curiosidad. El techo era tan bajo, que se vió obligado á mantenerse encorbado, y se dijo sencillamente.

—No comprendo que se pueda vivir aquí!

Empezó en seguida un registro, que al parecer debía terminarse muy pronto, porque los muebles se componian de una perchera, en la que estaban colgados los vestidos de Martin, de una cómoda pequeña en la que habia ropa blanca, una mesa, dos sillas y una cama.

El conde no encontró en la cómoda nada sospechoso, nada que pudiese hacerle conocer la naturaleza de las relaciones existentes entre Martin y Claudio Gerard, llamado el Hediondo.

Buscando en vano el penetrar aquel misterio, el conde iba ya á retirarse, cuando vió en un rincon oscuro, un baul viejo, cuya llave estaba cerrada. Baja en seguida á su gabinete, toma las tenazas de la chimenea y se sirve de ellas como de una palanca para forzar la cerradura: todo esto fué hecho en pocos minutos.

El primer objeto que se presentó á la vista del conde fué un paquete como de un pie cuadrado de dos á tres pulgadas de grueso, atado cuidadosamente y envuelto en ule: serviale de direccion una carta y se leia en ella.

Al señor baron de Frugen.

Sorprendido M. Duriveau, no titubeó en abrir el paquete.

El le cubria una caja de lata, cerrada con llave: sobre ella habia una cubierta ancha, que contenia una carta y un billete concebido en los términos siguientes:

«Caballero:»

«La adjunta caja os será entregada por una persona de confianza.

«Segun una orden que debéis haber recibido, tendreis la bondad de hacer llegar la caja á manos del *rey* lo mas pronto posible, como la carta que acompaña adjunta.

«Tengo el honor de ser vuestro humilde servidor.

«MARTIN.»

La carta cerrada anunciada por Martin, tenia escrito encima: AL REY: y al traves de la cubierta, se sentia una llave pequeña que sin duda era de la caja.

El conde se quedó estupefacto: no podia creer á sus ojos; leyó el billete de Martin dos veces con admiracion creciente. ¿Qué relaciones podia tener su ayuda de cámara con un rey?

Aquel hombre que hasta entonces habia forzado sin sombra de escrúpulo el baul de su criado, y cometido la mas grave indis-

erecion, dudaba de proseguir el curso de sus violaciones, pero la tentacion era muy fuerte, cedió á ella, y con temblorosa mano, abrió la carta dirigida al rey, halló en ella una llave pequeña y leyó lo siguiente:

«Señor.

«Hé aquí las memorias que deseais leer.

«Hace mucho tiempo, que como os he dicho, que adquirí la costumbre de llevar una especie de diario de mi vida.

«Desde el dia, en que por consecuencia de mi vida errante y tormentosa, he sido testigo ó actor de hechos singulares; juzgué curioso, instructivo y útil para mí (y he tenido pruebas de esta utilidad en mas de una circunstancia) escribir este momento y conservar-le.

«Salvo algunas reflexiones intercaladas acá y allá, y que hace poco, me he tomado la libertad de dirigiros, señor; estas memorias cuentan mi vida desde mi infancia hasta el momento actual, y van tales cuales se escribieron, antes del dia en que la casualidad me acercó á V. M.

«La primer condicion de semejante trabajo, ó al menos así lo he creído siempre, es una sinceridad absoluta, inexcusable, y jamás he faltado á este deber.

«Los juicios severos que hago de mi mis-

mo en ciertas circunstancias de mi vida, me dan, creo, el derecho de mostrarme no menos severo con lo demás.

«A la larga y á medida de las lecciones que sacaba de los sucesos de mi vida, es como mi razon se ha madurado, se ha desarrollado mi inteligencia, se ha formado mi juicio, y finalmente se han fijado mis principios.

«He querido conservar en estas memorias esa lenta trasformacion de mis ideas, mis convicciones y mis sentimientos, que al través de mil sucesos me han conducido al bien y al mal.

«En mi primera juventud reflexionaba poco, en aquella época cuento cuanto tiene relacion con mi niñez y adolescencia. Estas páginas segun las diferentes faces de los sucesos, están impregnadas del descuido y la alegría de aquella edad. Mas tarde empecé á buscar la causa de los diversos hechos acaecidos diariamente á mi vista.

«Si en el curso de una existencia llena de tantas aventuras, me he separado, desgraciadamente, alguna vez de la línea recta, para volver á ella y para siempre, os parecerá que el abandono en que me he visto, pobre huérfano, ha sido fatalmente causa de aquellas faltas.

«Creedlo, señor. no he juntado estas páginas por satisfacer vuestra curiosidad, por hon-

arta, y la impaciencia, la ardiente curiosidad con que abrió la caja que contenia las *Memorias de Martin*.

Componiase estas de un lio de papeles de diferentes tamaños, escritos en diversas épocas: la primera parte de aquellas memorias estaba ya pajiza por el tiempo trascurrido.

El conde Duriveau se apoderó del manuscrito, bajó precipitadamente á su cuarto en el que se encerró, y á la claridad de las bugias empezó á leer las *Memorias de Martin*.

La una daba entonces en el reloj del palacio de Tremblay.

FIN DE LA INTRODUCCION.



MEMORIAS DE MARTIN.

CAPITULO PRIMERO.

Simusino y su Berro.

No he conservado mas que una idea confusa é incompleta de los sucesos que precedieron á mi octavo ó noveno año. Con todo, de aquel pasado oscuro, ya tan lejano, he conservado la memoria de una bella joven, cuyos ágiles dedos hacian casi continuamente sonar los bolillos de un telarillo de encages, todo cubierto de brillantes alfileres de cobre: el ruido sonoro de los bolillos me causaba una gran alegría me parece oírle aun;

pero por la noche aquella alegría se cambiaba en admiración: acostado en mi pequeña cama, veía á aquella misma jóven trabajadora infatigable (mi madre quizá) trabajar á la luz de una vela, cuya viva claridad se doblaba de brillo atravesando una agua limpia contenida en un globo de cristal: la vista de aquel foco luminoso me causaba una especie de éxtasis, al que el sueño daba generalmente fin.

Hay en seguida un largo vacío en mis recuerdos, causado, creo, por una enfermedad.

Pero, á partir de mi undécimo año, poco mas ó menos, mis recuerdos renacen, y esta vez precisos; vivos, continuos y de una increíble fidelidad en cuanto á las personas.

A la edad de diez ú once años, servía, en cuanto mis fuerzas lo permitían, de ayudante ó peon á un oficial de albañil, llamado, ó que tenía por sobre nombre, Limusino: seguíale como su sombra, yendo siempre sumiso y obediente tras él; así es que decían, por costumbre, al vernos pasar: *allá van Limusino y su perro.*

Segun la costumbre del país, llevaba á la espalda, junto al nacimiento del cuello, el *cuezo* en que amasaba la mezcla que pasaba luego á mi amo. Aquel peso era tan excesivo para mi edad, sobre todo cuando era necesario subirle á lo mas alto de la casa, que

por mucho tiempo contraje la costumbre de caminar un poco encorvado y con la cabeza baja, y mis costillas adquirieron alguna deformidad, que despues se enmendó por medios muy singulares.

En todo tiempo iba con la cabeza y los pies desnudos, vestido apenas con algunos harapos que Limusino habia llevado antes; me acuerdo sobre todo de cierto pantalon color de ante, remendado en veinte partes de diferentes colores, que me tocó en suerte despues de haber servido durante dos campañas á Limusino; y él lo tenia ya de quinta ó sesta mano. Gracias á lo pequeño que yo era, aquel pantalon cortado por las rodillas, me llegaba aun hasta el cuello, á donde le habia sugetado con una cuerda delgada pasada en una jareta, mientras que los bolsillos abiertos servian para dar paso á mis brazos cubierto todo de yeso endurecido que tenia por cimientó la grasa de la vejez, aquel género singular participaba mas de la pared, que de otra tela cualquiera, no se desgarraba, se desconchaba, y el Limusino remediaba inteligentemente aquellas demoliciones parciales por medio de un poco de yeso fino desleido en agua, pasándole por cima su hermoso palaustre de cobre con mango de ébano.

Mi alimento se componia invariablemente de un pedazo de pan duro y negro, acom-

pañado á las nueve y á las tres, de la cabeza y la cola de un arenque salado con la espina dorsal por añadidura; Limusino se reservaba el resto del pescado: hallaba yo la cola infinitamente mas sabrosa que la cabeza.

Por la tarde cuando volvíamos del trabajo mi amo hacia dos veces á la semana una especie de sopa, que comíamos fria los mas dias, despues de lo cual nos acostábamos en un jergon, sobre el que poníamos en el invierno una especie de colchon relleno de heno.

Contra la costumbre casi general de sus compatriotas, mi amo no volvía á su *pais* al fin de otoño. Inmediato á un pueblo grande, cuyo nombre he olvidado, obtuvo Limusino permiso para construir en un terreno pedregoso y abandonado una especie de choza, donde vivíamos.

Interin duraba la estacion de las construcciones, Limusino estaba casi siempre empleado por el maestro albañil del pueblo: si despues á pesar de la parada forzosa, quedaba algun trabajo urgente de albanilería, Limusino se encargaba de él, si no se ocupaba en terraplenar, interin yo iba á recoger en el camino real estiércol de caballo, que Limusino juntaba y vendía despues á un hortelano del pueblo.

Nos acostábamos y levantábamos con el dia, sin encender luz jamás; al llegar los grandes frios, pasábamos las largas noches de in-

vierno y algunas veces tambien los días cuando faltaba el trabajo, en una especie de adormecimiento helado, que debia tener mucha semejanza con el sueño letárgico en que permanecen ciertos animales durante el invierno.

Ni despiertos ni dormidos; era una especie de suspension momentánea de la vida y sus necesidades; me acuerdo de haber estado, durante la estacion de las nieves; uno ó dos días algunas veces, sin comer y sin sentir el hambre. Parecíame sentir que mi sangre se enfriaba gradualmente, y se helaban mis huesos hasta el tuétano: á aquella sensacion verdaderamente penosa, sucedia un adormecimiento tolerable; mientras permanecia inmóvil y concentrado en mi mismo el menor movimiento me causaba un verdadero dolor.

Cuatro ó cinco veces al mes, es decir, todos los domingos, aquella vida laboriosa, sobria y monótona, sufría una interrupcion original.

Limusino era un hombre alto, delgado, huesoso, robusto y como de unos cincuenta años; parecia, segun el dicho de sus compañeros, que soñaba siempre con alguna cosa; su carácter era dulce y de una igualdad perfecta; trabajador asiduo, hábil é infatigable, jamás se distraía durante el trabajo con cancion alguna; taciturno siempre hablaba como de mala gana, y generalmente desde que netrábamos por la noche en casa, no

volvía á hablarme hasta el día siguiente.

Pero el domingo Limusino se trasformaba.

Al apuntar el sol dominical, llegaba una criada del posadero del pueblo, con un asno en el que traía una cesta que contenía un pedazo de cerdo salado, algunos huevos duros, la mitad de un pan blanco y un tonel pequeño que contendría cerca de diez botellas de vino del país; en el momento en que salía la criada, nuestra puerta se cerraba, Limusino colocaba el tonel de modo que alcanzase á él desde el jergon, sobre el cual ponía los comestibles, y entonces empezaba á beber hasta perder enteramente la razón.

No olvidaré nunca un día en que Limusino, despues de haber bebido dos o tres botellas y conservando aun alguna lucidez en sus ideas, me esplicó la siguiente y singular teoría de la borrachera.

«Ves tú, Martin, me dijo, el domingo es mio; si no me emborrachase este día, me haría borracho toda la semana, y además llegaría á ser perezoso, pendenciero y envidioso, y un día u otro ladrón y quizá peor....»

«Yo me siento bien, sería para mí demasiado trabajo y miseria, si esto no debiese tener fin ni término, como esos caminos reales que parecen cintas, de cuatro y cinco leguas de largo, y que cuando se camina, solo al verlas tan derechas y que se pierden de vista, os rompe las piernas.

«Yo todos los domingos en lugar de la infinita cinta de mi.... existencia (que se compone toda de abrasadora arena y guijarros puntiagudos), veo cascadas de agua de roca, montañas de flores, palacios encantados, en fin.... muchacho.... un terremoto de delicias: así es que después de esto, miro los hermosos palacios en que trabajo como tinglados para cerdos, y sus parques como cuevas.

«El lunes, cuando vuelvo de estos paseos qué me importa á mi que me queden seis perros días que pasar? Al fin de ellos no veo otra vez mi domingo?

«Jamás bebo en la taberna: la borrachera se evapora en ira, gritos, injurias y pendencias perdiendo de su propia dignidad; no bebo para disputar, ni por el gusto de vino..... mala droga... (bebería aguardiente si no fuese tan enfermizo) bebo y tengo el derecho de beber, para irme de aquí, no sé donde, cuatro ó cinco veces al mes. ¿No vale más esto que pasar la vida rabiando?

«Los verdaderos borrachos son lo mismo, solamente que no raciocinan.

«Juan Pedro, bebe para olvidar que ha oído toda la semana á sus hijos llorar de hambre, y á su muger gritar de miseria, bebe también y sobre todo para olvidar que lo oirá aun la semana siguiente.

«Simon, bebe para olvidar que ha oído y

oirá á su madre anciana y enferma, gemir desde el lunes al sábado.

«Otros en fin beben para descansar del trabajo que les abruma.

«Bien sé que los que no tienen ni miseria ni trabajos que olvidar, que pueden con su dinero procurarse toda especie de placeres y diversiones honestas y que sin embargo se emborrachan como ingleses por amor al buen vino, dicen al vernos á nosotros borrachos:

«Oh! los canallas, los cerdos, preciso es que sean sucios y miserables borrachos, para tragar tan infernal breva, sentados en las mesas de sus hediondas tabernas.

«Pero ¿buenas gentes, despues de una semana de privaciones, de trabajo y de penas, dónde diablos hallarémos distracciones honestas, placeres delicados, á la medida de nuestro bolsillo y de la ignorancia en que nos dejan vivir? donde hallariamos sobre todo el olvido de lo que nos desespera!»

Limusino se mostraba rigurosamente fiel y consecuente con este modo de ver la borrachera; una vez en el trabajo, y no faltaba cada lunes, no se daba un artesano mas laborioso, inteligente sóbrio y honrado.

Preguntéle una vez, por qué no se emborrachaba todas las noches, puesto que la borrachera era tan dulce, y me respondió severamente.

«O robaria para tener con que emborracharme sin trabajar, y no quiero robar, ó ganaria bastante para tener con que emborracharme todos los dias, y entonces la ganancia me bastaria y seria dichoso, sin tener necesidad de beber para olvidar.»

Ahora comprendo el verdadero sentido de aquellas palabras de mi amo y me admiro de su exactitud.

Niño abandonado, he vivido bastante entre las indigencias y los dolores de toda especie para saber que la borrachera, casi siempre entre nosotros los del pueblo, nace de la necesidad de fascinarse sobre los males y privaciones crueles; entre las condiciones mas precarias, mas deplorables y espantosas, la borrachera se estiende de un modo infinito, en seguida disminuye y llega á ser rara á medida que la condicion se mejora por el bienestar ó que la inteligencia se desarrolla con la instruccion.

Hay sin duda escepciones; asi es que muchos años despues de haber dejado á Limusino, me encontré siendo el criado de confianza de un gran señor, del que hablaré mas adelante; jóven aun, con una inmensa fortuna y una muger dotada de todas virtudes y atractivos... y muchas veces: fui secretamente á buscar á quel gran señor á las tabernas mas inmundas del barrio del mereado en Paris, donde se emborrachaba

toda la noche, con la mas indecente compañía; y á la madrugada le conducia como muerto por una puerta secreta al antiguo y espléndido palacio de que su noble familia estaba en posesion hacia mas de dos siglos, y que su padre le habia legado, como él debia legarlo á su hijo porque tambien tenia un hijo...

El abuso casi inevitable de la riqueza adquirida sin trabajo, la aversion á los placeres elevados, la saciedad, el disgusto de todos los goces, traian á aquel gran señor al mismo punto que á Limusino, el pobre Albañil, que sufría toda clase de privaciones.

Asi el rico buscaba en una ruidosa y sucia borrachera el olvido de su opulencia..... el pobre (y en eso era al menos mas digno) el olvido de su infortunio, en una borrachera solitaria.

El domingo encerrado todo el dia con Limusino en nuestra desierta casuca, asistia en ayunas y con una admiracion estúpida, mezclada de miedo; á las extravagancias y divagaciones que el vino inspiraba á mi amo.

Algunas veces tambien, Limusino me obligaba á representar un papel secundario, en las estrañas escenas que suscitaba su alucinacion; su borrachera, siempre inofensiva, era tan pronto de una originalidad que llegaba hasta lo grotesco, como de una tristeza que le hacia derramar lágrimas; pero jamás

le inspiraba sentimientos de amargura ó de odio. Algunas veces contaba en alta voz y á retazos, las visiones maravillosas que le arrebatában, ó bien se entretenía en voz baja con seres imaginarios.

Una de las ilusiones frecuentes y queridas de mi amo era el creerse el solo poseedor de todos los paraguas de Francia (cuando tenía su ratón libre, pensaba siempre en la posesion de uno de esos gigantescos paraguas, de tela de algodón azul ó encarnada, que los albañiles solos poseen, pero le hubiera sido necesario economizar el vino dominical para adquirirlo y no podía resolverse á tamaño sacrificio), debo decir que lejos de pensar en monopolizar aquellos utensilios, mi amo los distribuía generosamente á quien los necesitaba, esceptuado de sus donativos á las personas que iban en carruaje: inexorable en este punto no encontraba términos bastante enérgicos para criticar la avidez de aquellos egoistas, que sin necesidad, se quedaban con los paraguas de los pobres.

En aquellas comedias solitarias, representaba yo la muchedumbre á quien mi amo distribuía sus paraguas, representados por la vara de medir.

Tomando en seguida mayor elevacion la ambicion de Limusino, se veía vestido de tambor mayor, con el penacho en el corbach, el

baston en la mano, llevado en un carro tirado por seis caballos blancos con arneses encarnados (era intratable en cuanto al número de los caballos su color y arreos). Probablemente el vestido de tambor mayor era á los ojos de Limusino el bello ideal de la magnificencia de un traje, subido sobre un banco cojo, la muñeca izquierda apoyada en la cadera y la mano derecha en un palo, mi amo bamboleándose un poco saludaba á derecha ó izquierda con benevolencia interin y tenia por mision, gritar con lo mas lleno de mi voz, en calidad de pueblo masculino.

—*Viva Limusino el bueno!*

Figuraba en seguida el pueblo femenino y gritaba con lo mas dulce de mi voz.

—*Viva el hermoso Limusino!*

Aquella manifestacion doblemente lisongera la recibia mi amo con sonrisas llenas de amenidad y coqueteria.

Segun recuerdo, cuando Limusino estaba en poder de aquella alucinacion, se creia *elejido* á la unanimidad, el mas hermoso y el mejor de todos los albañiles del globo; así es que iba en seguida á recibir á sus electores y obsequiarlos fraternal y suntuosamente en el templo de Salomon. Seguiase á esto una descripcion maravillosa de aquel templo, que me causaba trasportes de admiracion; entonces, casi siempre hambriento, porque no me atrevia á tocar á los restos de la comida de mi

amo, escuchaba suspirando la enumeracion de la comida monstruosa que Limusino daba á sus hermanos del palaustre; servidos á la mesa por los doce apóstoles, vestidos de salvages (sin duda mezclaba algunos recuerdos del rito masónico) la comida me parecia deliciosa pero monótona; componiase enteramente de *andullas* (1) y cohombros en vinagre.

A estas alegres visiones sucedianse las melancólicas que enternecian á mi amo hasta hacerle llorar.

Me acuerdo que un dia, él creia ver y oír á la madre comun de todos los niños pequeños, condenados como yo á un penoso trabajo desde su mas tierna edad, y que la necesidad, el cansancio y la enfermedad hacen sucumbir con una muerte precoz.

Aquella madre esperaba la vuelta de sus numerosos hijos, con una impaciencia á la vez alegre é inquieta, porque tardaban en llegar y esperaba volver á verlos pronto.

Para hacer pasar su pena, la buena madre preparaba como mejor podia un sin número de camas pequeñas, pero los niños no llegaban.

Entonces la madre iba y venia de una á

(1) *Especie de relleno de la tripa mas an-
ycha del cerdo, con las otras mas pequeñas,
los demas despojos.* (N. del T.)

otra parte mirando á lo lejos..... nada parecia..... y se acercaba la noche.....

Y llegó la noche pobre madre!.... decia Limusino que parecia asistir á aquellas angustias maternas, y que las contaba con los ojos llenos de lágrimas.

En fin, la madre comun oia á lo lejos el ruido ligero y tumultuoso que cada vez se acercaba mas....

—Hé aquí mis hijos gritaba llorando de alegría.

Y como la claridad de la luna resplandecia mucho, la madre ponía la mano en su frente á fin de evitar el deslumbrarse, interin que dichosa, procuraba descubrir á lo léjos el tropel de sus hijos.

—Pero cosa estraña, crecia el ruido, acercábase y la madre nada veia.

—«Bien creo que no vereis nada, pobre buena madre, decia Limusino con voz conmovida y avinada. Habia contado aquella vision interrumpiéndose con largas pausas.....

«Bien creo que no vereis nada, no es el ruido de una multitud de niños lo que ois, es como el vuelo de millares de pequeños pájaros que pasan sobre nuestras cabezas.....

«Mirad..... mirad..... hé allí..... la luna se ha oscurecido..... Son vuestros hijos..... pálidos y con alas..... Miradlos..... queridos niños!..... miradlos, hay centenares, miles y miles..... Lo ois..... cual rozan contra ves

«sus alas, diciéndoos: *Adios, madre, ya no sufrimos, somos libres.* Oh!..... mirad buena madre..... mirad cual remontan su vuelo..... ay suben y suben aun..... ya llegan á las nubes..... y tan alto que se les percibe como pequeños puntos blancos en medio de las estrellas..... Vamos, buena madre, valor.... ya no sufren. Ah! diantres!..... no responde..... la madre!..... se bambolea!..... tiembla!..... cae..... murió tambien la madre!..... ¿Qué luz es aquella blanca, que sube allá arriba, á donde subieron los niños? Bueno..... hé aquí la luna que se oculta entre negras nubes..... voy á hacer como la luna. Buenas noches á la compañía...»

Y el Limusino caia sobre el jergon atolondrado por la doble borrachera en que su imaginacion tenia tanta parte como el vino.

Espantado, alegre ó conmovido á la vez por aquellas relaciones ó monólogos extraños, pasaba yo todos los domingos en una agitacion febril, y por la noche extraños sueños continuaban para mí las ilusiones de mi amo.

El lunes por la mañana, Limusino se despertaba, segun costumbre, su cara, su acento, sus movimientos tan animados el dia antes, volvian á ser tranquilos y frios; y sus muchas palabras de la vispera, sucedia su calma taciturna.

Mi amo volvía á su trabajo cotidiano con

su acostumbrado ardor; siempre el primero al empezar, el último á retirarse del trabajo, y durante la semana no me dirigia veinte veces la palabra.

Antes de proseguir, debo hablar de un personaje que representa un gran papel en mi historia.

CAPITULO II.

La Levrasse.

EL personaje de que quiero hablar, era un vendedor muy conocido en el pais y sobrenombrado *La Levrasse*; parecia ser amigo antiguo de Limusino: varias veces habia venido por las noches, contra la costumbre de nuestra vida solitaria, y hablado largamente con mi amo; varias acciones, y algunas palabras y miradas me hicieron creer que hablaban de mí pero nunca he sabido el motivo de aquellas conversaciones misteriosas; me acuerdo solamente que un día Li-

musino, despues de una de ellas, quiso examinar lo que él llamaba mi *reliquia*. Era un boton viejo plateado en el que estaba esculpido un escudo de armas, y que llevaba yo al cuello con un cordoncillo: jamás he sabido cómo ni cuando vino á mi poder; dábele poca importancia y le conservaba por costumbre: despues de considerarle algunos momentos con ademan pensativo, el Limusino me devolvió mi *reliquia* y no me habló de ella mas que una vez, luego diré el motivo.

La Levrasse se servia de su profesion de vendedor, como de una capa para eneubrir toda especie de oficios aventurados: en la apariencia vendía por las casas de campo almanaques, canciones y estampas de santos; pero en realidad practicaba la brujeria: echaba toda clase de hechizos á los animales ó les libertaba de ellos, encontraba los objetos perdidos, curaba toda clase de enfermedades, que se llevaba, segun decia, en un saco misterioso (todo esto mediante la correspondiente paga); vendía en fin ocultamente libros de magia, tales como el *Grande* y el *Pequeño Alberto*, y sobre todo libros y estampas obscenas. Conoce despues estos detalles y otros aun.

Viajando toda ó la mayor parte de Francia, pues decian que llegaba hasta Paris, el vendedor hechicero, no parecia jamás en la

aldea durante la primavera, y mientras ella ejercía el oficio de Saltimbanquis. Venía, pues, solamente en invierno á nuestra aldea y aun esto con grandes intervalos; nadie sabia su habitacion; daba sus audiencias ó consultas en casa de los clientes que le llamaban, y rehusaba recibir en la suya á todo el mundo.

Aquel hombre, jóven aun, tenia una figura difícil de olvidar: sin barba alguna y privado de cejas, poseia un pelo negro como el azabache, y tan largo como el de una muger, levantábale á la china, y su espesa trenza se sujetaba con un peine de cobre, por encima de su rostro casi color de tierra, y casi continuamente haciendo muecas; porque la Lavrasse atraia al principio la gente á su alrededor, con aquel lazo, con sus jestos y la rareza de su traje. A pesar de tantos elementos grotescos, el aspecto de aquella fisonomia era mas bien siniestro que risible: tenia los ojos amarillos, redondos y penetrantes como los de un ave de rapina, los labios melidos á dentro y casi imperceptibles, indicaban la astucia y la maldad.

Su cara imberbe, su traje raro, compuesto de una chaqueta guarnecida de pieles, y de una especie de enaguas de color encarnado que llevaba por cima del pantalon, le habian valido el sobrenombre de la Levrasse, con que designan en el pais la liebre hembra.

Un asno negro, grande, llamado *Lucifer*,

cargado con los bultos de libros y estampas del vendedor hechicero Saltimbanquis, tenía también una fisonomía particular: colgábanle de las orejas dos enormes zarcillos de cobre: gracias al peso enorme de aquellas joyas, las de Lucifer, en lugar de tenerse derechas, estaban horizontales: un ancho anillo de cobre grabado con signos simbólicos, y adornado con siete pequeñas campanillas, completaban su adorno cabalístico, y ayudaban al extraño aspecto de su amo.

La inteligencia de Lucifer era tan notoria en el país como su malicia: si señalaba la hora dando patadas en el suelo, si se detenía delante de la joven más amorosa de la *sociedad*, interin que la Levrasse distribuía sus almanaques y canciones, muchas veces también, se había arrojado sobre los espectadores procurando destrozarles á moldeduras: aquel asno me inspiraba tanto miedo como su amo, por eso las tres ó cuatro visitas misteriosas que aquel hiciera á Limusino, me causaron gran miedo y febriles insomnios.

En nuestra última entrevista el vendedor hechicero me miró atentamente, me atrajo á sí y con gran dolor mio me hizo crujir las coyunturas de los brazos y piernas: concluido el examen pareció sumamente satisfecho del resultado y dijo en voz baja algunas palabras á Limusino, que respondió bruscamente y con ademán de enfado.

—El... jamás... jamás...

Desde entonces mi amo no volvió á ver mas al vendedor, que se separó de él con ademán irritado, pronunciando entre dientes palabras de maldicion.

De resultas de aquella conversacion fué cuando mi amo me dijo, que conservase preciosamente mi reliquia sin explicarse mas sobre el asunto.

... Era necesaria la vida casi animal que yo hacia, para adormecer la viva sensibilidad de que yo estaba dotado, cuando no para distinguirla del todo.

Sentia muchas veces accesos de enternecimiento involuntarios; henchíase mi corazon, latia con violencia, mis ojos se anegaban en lágrimas y una irresistible necesidad de amor, que me hacia mas asiduo aun á mi deber, me llevaba á demostraciones de afecto, recibidas siempre con indiferencia ó burla por aquellos á quienes se dirigian.

Así es que muchas veces de vuelta en nuestra casa, contento por haber cumplido fielmente mi penoso encargo, y creyendo, no sé por qué, hallar en el frio semblante de mi amo, una espresion de bondad, me apoderaba de su mano y deshecho en llanto la besaba con efusion.

El Limusino no comprendia nada, sin duda, de aquel sentimiento, me miraba sorprendi-

do y encogiéndose de hombros retiraba su mano diciéndome:

—Estás bien, Martín..... abajo muchacho.

Lo mismo que si se tratara de un perro cuyas caricias llegan á ser importunas.

Faltábame entonces el ánimo, tanto sufría yo que me tendía sobre el lecho ahogando mis suspiros, ocultando mis lágrimas por temor de ser importuno ó de dar que reír á mi amo, y me dormía lloroso.

Después de haber procurado en no hacerme amar de mi amo, viendo mis muestras de amor infantilino recibidas siempre con una profunda indiferencia cuando no con impaciencia, caí en un gran abatimiento.

Mas experimentado ahora, comprendo mejor, y escuso la frialdad de Limusino; gracias á su costumbre y al género de su borrachera, no sentía por decirlo así, en este mundo, cuanto había en él de afectuoso y simpático, se consumía en las ilusiones á que se entregaba. Aquel hombre ordinariamente tan frío, puesto una vez bajo el imperio de sus alucinaciones, derramaba dulces lágrimas de ternura, ó se entregaba á la mas loca alegría; el ofrecimiento de mi afecto debía, pues, serle completamente indiferente.

Rechazado por él, procuré buscar otra amistad.

Aquel año habíamos trabajado durante el otoño, en una casa de campo cuyos dueños

estaban ausentes; la jardinera, gruesa y robusta jóven de veinte años, parecia manifestarme algun interes, unas veces me habia ayudado, al pasar por junto á la obra á cargarme la mezcla sobre la espalda, otras á la hora de nuestra comida me habia dado alguna fruta, ó me habia hecho entrar en su casa para calentarme cuando habia estado horas enteras sufriendo una lluvia fina y fria, sirviendo á mi amo, poco cuidadoso de la intemperie de las estaciones.

Habiame quedado en el corazon un profundo reconocimiento á las bondades de Catalina, y creyendo hacerle conocer lo mejor que podia el afecto que me inspiraba la gratitud, cediendo sobre todo á la imperiosa necesidad de amor y de expansion que el descuido de mi amo, habia renovado en mí comprimiendola; dije timidamente á aquella muchacha, con los ojos humedecidos y el corazon henchido de esperanza.

—Señorita Catalina..... ¿quereis permitirme que os ame bien? Sois tan buena para conmigo!

La robusta muchacha me miró con ojos en que se dejó ver primero la sorpresa; en seguida dando una gran carcajada, que conmovió á toda su maciza persona, exclamó:

—Eres muy pequeño.

Continuó en seguida, mirándome y redoblando sus risotadas.

—Se ha visto jamás rapaz semejante?.....
A su edad?

Añadió finalmente algunas palabras groseras ininteligibles entonces para mí, y me dió por vía de broma ó de lección un fuerte puntapié.

Si no digo á aquella muchacha cuya corrupción brutal sospechaba en mí una cinica precocidad:

=Dejadme que os ame, como hubiera amado á mi madre yo que no la tengo.

Era porque me faltaban palabras para expresar aquella pura y vaga aspiración hacia el afecto materno, que jamás había conocido, y cuyas inefables dulzuras presentía vagamente.

Así es que apesar de un candor natural, se mezcló á mi cruel desengaño un sentimiento instintivo de disgusto, al ver acogidos de aquel modo por Catalina mis sentimientos de amor.

Aquella nueva decepción no me corrigió de mi excesiva necesidad de amor: pero me inspiró un nuevo y amargo sentimiento, me refujié entonces en el vago recuerdo de aquella hermosa jóven que había visto trabajando junto á mi cuna, haciendo sonar y dar vueltas con sus ágiles dedos á los bolillos, á la luz de un globo brillante que había hecho la admiración y la alegría de mi infancia. Aparecíame entonces aquella dulce

imágen, como la fé tutelar de mis primeros años pero aquellos recuerdos tan lejanos y confusos no podian satisfacer la sed de ternura que me atormentaba.

Poco tiempo despues de haber sido tan cruelmente rechazado por Catalina, tuve valor para tentar aun hacerme un amigo. Habíame fijado en un jóven carpintero, con el que trabajábamos en la obra de la casa de campo de que he hablado: de un carácter dulce y afectuoso, me habia dirigido tal cual vez la palabra con benevolencia: embarazado, inquieto sobre el modo con que me acercaría á él, estaba yo un dia sentado tristemente sobre una piedra á la ora de comer; vi llegar al carpintero que se llamaba el Bauceron; acompañábale Catalina: cayéronseme á los pies el pan y la sardina.

—No comes, muchacho? me dijo el Bauceron tocándome cordialmente sobre el hombro.

—Si no come, replicó Catalina riéndose, es porque tiene penas...

—Por qué? dijo el Bauceron.

—Porque el otro dia ese rapaz..... y Catalina prorrumpió en unas risotaças atronadoras.... ha querido.... ved eso.... ha querido... ser mi amante (las espresiones de Catalina fueron mucho mas claras).

—El! exclamó el Bauceron, participando de la hilaridad de Catalina; á su edad..... pues no está poco avanzado.....

Enrojecí de vergüenza y de dolor, quise responder, mis palabras se detuvieron en los labios.

—Ah! ah! ah! continuó diciendo el Bauceron, redoblando sus carcajadas al mismo tiempo, él, el joven***... que ni aun siquiera está***...

A la vergüenza y el dolor sucedió una violenta ira, viéndome burlado de aquel modo tan brutal.

—No me llameis perro, dije resueltamente al Bauceron, yo no soy perro.

—Tú, respondió, tú que no tienes ni padre ni madre... tú eres menos que un perro, eres un hijo de***...

No podía yo comprender el significado de la última palabra que pronunció el Bauceron: con todo al salto que dió mi corazón y al hervidero de mi sangre, presentí un grosero ultraje: aunque niño conocí por primera vez un sentimiento de ódio y de furor ciego; iba á precipitarme sobre el Bauceron sin pensar en sus fuerzas, cuando el recuerdo de aquellas palabras, *No tienes padre ni madre*, que habian producido la injuria de que tan cruelmente sufría, me vinieron á la imaginación: entonces la ira se cambió en un dolor de corazón inesplicable, faltáronme las fuerzas y caí sobre la piedra en que estaba sentado sollozando y ocultando el rostro con mis manos.

—Vamos, Martin, no llores, qué diallos? Pues qué no puede reirse un poco? me dijo el Bauceron compadecido de mis lágrimas, porque en el fondo era bueno; pero bromeaba como Catalina, cual pueden hacerlo infelices criaturas privadas de toda educación.

—Vamos, amante, dijo Catalina levantándose la cara; ven á casa, te daré un plato de sopas de judias, que secarán tus lágrimas.

Aunque agradecí á Catalina su oferta no la acepté: dieron las diez y volví á mi trabajo renunciando esta vez tambien á la esperanza de hallar un amigo en el Bauceron. Entonces abatido, triste, y descorazonado....

Entonces abatido, triste, y descorazonado.... pensé que todos los domingos, mi amo, gracias á su borrachera perdía de vista la triste realidad por maravillosas ilusiones.....

Limusino en su borrachera dominical, divagaba en mi presencia, y yo representaba un papel muchas veces pasivo en las escenas liernas ó grotescas evocadas por su delirante imaginacion.

Al escuchar los monólogos estraños, las descripciones maravillosas de los países encantados que recorria mi amo, se habia despertado en mi una curiosidad mezclada de miedo muchas veces.

Parece estraordinario, que la idea de emborracharme, como Limusino no se me presentase desde el primer dia en que le ví entre-

gado á sus ilusiones y que me esplicó la teoría de la borrachera.... de la borrachera en que todas las semanas encontraba el olvido de lo pasado, de lo presente, y de un porvenir no menos miserable, me habia abstenido de todo mal pensamiento, la idea de merecer el afecto de mi amo; pero despues de las dolorosas y vanas tentativas, en que todo cuanto habia de expansivo en mí fué rechazado brutalmente, me creí con derecho para buscar tambien en la borrachera el olvido de lo pasado, de lo presente y del porvenir.

No podia contenerme el temor de aflijir á Limusino; ni le queria, ni le aborrecia, y esto se concibe, sin tratarme con dureza jamás me dijo una palabra afectuosa. Cuando nos poniamos á trabajar, jamás me hablaba sino para decirme con su voz ronca la solemne palabra *trae!* y yo llevaba la mezcla. Por la tarde cuando volviamos á casa cenábamos en silencio, y finalmente ganaba con mi trabajo el pan que me daba.

No podia detenerme tampoco el amor, la gratitud ó la veneracion; y con todo á pesar de tantos motivos para pecar, resisti algun tiempo á la tentacion, parte por virtud, parte por la dificultad de qaltar el vino á mi amo, y mucho mas por el vago temor que á pesar de mi ardiente curiosidad, tenia la sola idea de llamarme como él, en aquella

esfera de visiones extraordinarias y misteriosos encantos.

* En fin, mis irresoluciones cesaron y me sobrepujé á mis escrúpulos.

Era preciso antes que todo procurarme vino, cosa difícil, porque mi amo no apartaba jamás la vista del mágico tonel, y tenia tal costumbre de apurar el contenido, que jamás se dormia sin dejarle completamente seco. Medité mucho tiempo mis medios de *ataque*. Finalmente casi seguro de salir adelante esperé la ocasion que no tardó: habia fijado mi proyecto el jueves: al domingo siguiente la puse en egecucion.

Me acordaré siempre, era el último domingo del mes de noviembre; hacia mucho frio, una nieve abundante cubria la tierra: habia pasado la noche en la agitacion y el insomnio: por la mañana, segun costumbre, la criada del bodegon de la aldea, trajo á nuestra casa el barril de vino y las provisiones: mi amo barricó la puerta y colocó el tonel, adornado con su canilla, á la cabecera de nuestro gergon. Armándose entonces de un vaso viejo de lata, empezó á beber golpe á golpe sin hablar una palabra; permanecia regularmente silencioso hasta que los vapores del vino obraban sobre su cerebro.

Durante aquellos preliminales; escondido de intento en el rincon mas sombrío, mis oblicuas miradas no se apartaban de Limusino.

Bien fuese la intensidad del frío, bien una predisposición accidental la que contrariase ó retardase la escitacion del vino; ello es, que mi amo contra su costumbre, permaneció esta vez mucho tiempo sin resentir los síntomas ordinarios de la borrachera: finalmente vi deshacerse poco á poco la máscara de nieve que durante la semana parecia petrificar sus facciones, su rostro pálido se coloreó, sus amortiguados ojos brillaron; levantóse bruscamente de su silla, y con vibrante voz entonó una cancion báquica; los progresos de la borrachera siguieron su curso; empezó á hablar en alta voz; aquel dia las visiones de mi amo eran todas alegres; de vez en cuando reia á carcajadas y aplaudia estrepitosamente como si fuese espectador de una escena alegre. Demasiado preocupado para atender á sus divagaciones, las oia sin escucharlas; oculto en la oscuridad é inmóvil en la apariencia, pero con las manos en las rodillas y la frente en las manos, hacia lentamente, y cada cuarto de hora á lo mas, un imperceptible movimiento, dejándome correr contra la pared, y me acercaba al tonel: en dos horas habria avanzado cinco ó seis pulgadas.

El dia se hacia cada vez mas sombrío, empezaban á caer grandes copos de nieve; nuestra habitacion, á la que daban luz dos sucias vidrieras colocadas sobre la puerta, estaba casi enteramente á oscuras; gracias á

aquellas tinieblas ponía menos lentitud y circunspección en mis movimientos, y me acercaba al barril.

De pronto mi amo me llamó riéndose á carcajadas.

Permanecí inmóvil acelerando y elevando mi respiración para hacer creer que dormía.

—Duerme! dijo Limusino, bah! iré solo á la boda.

Y empezó á hablar con una gesticulación é hilaridad crecientes.

Mi primer suceso me animó, dos horas después me hallaba colocado junto al barril, entre la pared y la cabecera de la cama, aprovechando un momento en que mi amo estaba vuelto de espaldas, me coloqué de repente en el espacio que mediaba entre el tonel y la pared, jugaba el todo por el todo, porque casi en el mismo instante Limusino me llamó con voz cada vez mas temblona y avinada.

Permanecí de nuevo silencioso é inmóvil. Mi amo se dejó caer pesadamente sobre la cama, sosteniéndose sobre el codo y tomando el tonel por cabecera, apoyó su barba en la mano izquierda interin que con la derecha tenía el vaso pronto á llenarlo porque el barril no estaba aun vacío.

Veíale de perfil, tenía por todo vestido una camisa y un pantalón rotos por todas partes: la poca claridad que entraba por las ven-

tanos, daba de lleno sobre su rostro radiante y alegre.

Limusino cantaba una canción alegre, aquella fisonomía serena y que expresaba una beatitud inefable, se dibujaba radiante de felicidad sobre las tinieblas de nuestra habitación.... interin que fuera soplabla la brisa y hacia torbellinos con la nieve en la desierta llanura.

En el momento de quitar el vino á mi amo se me presentó el último escrúpulo, pero á la vista de aquella dicha ideal que parecía gozar.... en medio de nuestra triste miseria no dudé.

Un clavo grueso cuya punta habia aguzado, el cañon de la pipa de uno de nuestros compañeros de trabajo, que yo habia roto como por casualidad, fueron los iustrumentos de que me previne y con su ayuda verifiqué mi latrocinio; abrí fácilmente un agujero en el fondo del barril y coloqué en él el cañon de la pipa. Empecé á beber sendos tragos con una angustia y palpitacion de corazón indecibles.

Al principio el sabor de aquel vino espeso y fuerte me causó una gran repugnancia; resistí aquel disgusto y muy pronto un calor desconocido circuló en mis venas; las arterias de mis sienas batieron con violencia y se me turbó la vista; á mareos luminosos, sucedió un vértigo tan violento, que me agar-

ré con las dos manos al barril, como si el suelo llevado por un movimiento de rotacion rápida me faltase bajo los pies; y exclamé en mi turbacion.

—Amo mio, socorro!....

Mis recuerdos faltan desde aquel momento completamente.

Me parece sin embargo que ví á Limusino levantarse de la otra parte del barril, y despues perdiendo el equilibrio volver á caer en la cama, dando una gran carcajada.

Cuando volví en mí, me senti entumecido por un gran frio, abri los ojos estaba en medio del bosque, acostado sobre la nieve; iba á ponerse el sol.

Tenia un violento dolor de cabeza, y con la razon turbada aun, miré á mi alrededor con una mezcla de temor y curiosidad.

¿Como habia yo venido á aquel bosque que no conocia? ¿Qué me habia sucedido con Limusino? ¿Estaba lejos de casa, ó bajo la impresion de una de aquellas visiones familiares á mi amo? Estos pensamientos incoherentes se agolpaban á mi imaginacion, cuando un ruido lejano, y que conocia bien, me hizo temblar. Era el sonido sonoro de unos campanillos, cubierto á veces por el de una voz clara que cantaba esta antigua cancion:

Bella borbonesa
Aunque os desagrade,

Tengo el corazón
Cual de ardiente brasa, etc.

Era la voz de la Levrasse, el vendedor, acompañado de su asno Lucifer, cuyos campanillos sonaban.

CAPÍTULO III.

El Encuentro.

Al acercarse la Levrasse, quise huir; pero me faltaron las fuerzas; mis piernas entumecidas no podían sostenerme, y volví á caer al pie de un árbol.

No tardó en llegar el vendedor con su asno; á pesar del rigor de la estación, la Levrasse, según su costumbre, llevaba la cabeza al aire, y vestido á la China, y su chaqueta de paño pardo muy basto formaba un singular contraste con su túnica de un rojo sombrío: el asno, tan extraordinariamente equipado como su amo, desaparecía bajo un inmenso ule

negro y flotante que cubria los fardos del vendedor: hubiérase dicho que era un aparato fúnebre. Aparejado de aquel modo, con su gorda y peluda cabeza y sus orejas cargadas de adornos cabalísticos de cobre me espantaba aun mas que su amo.

A cada paso que daba hacia mi el vendedor, se aumentaba mi miedo; quise huir segunda vez, pero petrificado por el terror, me fué imposible dar un paso. Quedábame la última esperanza; el crepúsculo solamente nos alumbraba; caian poco á poco algunos copos de nieve del nublado cielo, quizás pasaria yo desapercibido, gracias al enorme tronco de un árbol, detras del que me ocultaba lo mejor que podia.

Distaba poco de mi la Levrasse, cantando cada vez con voz mas sonora, para entrete-ner el fastidio del camino, la cancion que antes dije, y que no olvidaré en mi vida, y añadiendo como por estribillo un ¡Ah..... ah.... ah!.....

Concluida esta, hacia infinidad de gestos, y reia de un modo grotesco, con tales contorsiones, que ni un solo músculo de su cara permanecia en reposo; tan pronto levantaba tan violentamente los ojos al cielo, que las niñas desaparecian del todo bajo los párpados como los encogia y el borde aparecia rojo y sangriento: otras veces, en fin, abria una enorme boca que parecia llegarle hasta las orejas.

El acceso ó mas bien la convulsion de alegría solitaria de aquel hombre y sus estrordinarias carcajadas, lejos de disminuir mi miedo, le aumentaron. De repente la Levrasse interrumpió sus gestos y su canto; acababa de verme, se detuvo delante de mi y su asno le imitó.

Lleno de terror, tuve aun fuerzas para ponerme de rodillas, y gritar con las manos cruzadas, sin saber lo que decia.

— ¡Piedad!

Volví á caer, encogido y temblando de pies á cabeza.

Al verme el vendedor dejó de hacer gestos, me miró sorprendido acercándose á mi cada vez mas mientras que su asno deteniéndose al mismo tiempo que él alargaba el pescuezo y me olia con inquietud.

— ¿Qué haces aqui, tan lejos de casa de tu amo? me dijo la Levrasse.

No me atreví á responder.

— Está por aqui Limusino?

Igual silencio por mi parte.

— Me responderás? gritó el vendedor con voz colérica, inclinándose y sacudiéndome por un brazo.

Temeroso, recurri á una mentira.

— Mi amo me ha echado, dije, con voz temblorosa.

— Por qué?

— Porque... porque... era perezoso.

El vendedor tenía fijos en mí sus ojos, sin duda sospechó la mentira, porque me replicó con aire de desconfianza.

Limusino te ha despedido porque eras perezoso? Es singular, jamás se ha quejado conmigo de tu pereza... bien es verdad que hace cinco ó seis meses que no he visto á tu amo, añadió reflexionando y despues continuó diciéndome.

—Te has vuelto un pícaro, un perezoso?

—Oh! no, exclamé yo.

—Entonces, por qué te ha despedido tu amo?

No supe que responder.

Despues de un silencio bastante largo durante el cual el vendedor me habia mirado atentamente volvió á decirme.

—Qué vá á ser de tí?

—No lo sé.

—Tus padres.....

—No tengo padre ni madre.

—Donde estabas antes de entrar en casa de Limusino?

—No lo sé.

—Quién te colocó allí?

—No lo sé.

—Con que nadie se interesa por tí en el mundo.?

Nadie.

Callóse de nuevo, se acercó aun mas á mí, como para ecsaminarme mejor, pero no

hallando sin duda su exámen suficiente me dijo.

—En pié.

El miedo me impidió obedecerle, la Levrasse con un vigor que jamás hubiera sospechado en él, me agarró por el cuello de mi vestido y me levantó con mano de hierro poniéndome de pié; tocóme todo el cuerpo con sus duros y huesosos dedos y dijo á media voz, á medida que avanzaba en sus investigaciones.

—Buen pecho..... buenos brazos..... buena configuracion..... no se ha desmejorado, el alimento hará lo demas; la fuerza y la agilidad vendrán..... dos años menos valdria mas aun..... pero con todo, está en edad....

Aquel exámen aumentaba mis temores: concluido que fué me dijo la Levrasse.

—No quieres volver á casa de tu amo?

—Oh! no, tengo mucho miedo.

—Tienes razon, te clavaría á la puerta, ó por las orejas, ó quizá peor....

Temblé.

—Dónde dormirás esta noche?

—No lo sé.

—Y las demas?

—No lo sé.

—Te morirás de frio en este bosque ó te comerán los lobos.

Me eché á llorar amargamente.

=Vaya.... no llores, ¿te llamas Martín?

=Si señor.

Pues bien, Martín, por esta noche yo te recogeré..... despues veremos..... vás á subir en mi asno.

A pesar de la desesperada posicion en que me encontraba, lejos de aceptar la hospitalaria proposicion de la Levrasse, di un grito de espanto, levantéme bruscamente, y hui con cuanta ligereza pude; pero la Levrasse me alcanzó en dos saltos con una agilidad sorprendente y exclamó.

—Ah! me tienes miedo....

=Si.

=Rehusas venir?

—Mejor quiero morir en este bosque, ser comido por los lobos, que ir con vos, dije juntando las manos y cayendo de rodillas.

=Y por qué tienes miedo de mí, mi Martinito? me dijo la Levrasse con un tono dulce, que lejos de disminuir mi espanto le aumentó; nada temas.... yo seré tu protector.....

—Mejor quiero volver á casa de mi amo.

=Es muy tarde..... no le volverás á ver... me dijo el vendedor.

Me cojió entre sus nervudos brazos, venció fácilmente mi débil resistencia, sacó una correa del bolsillo, me ató sólidamente las manos detrás de la espalda, y levantándome como una pluma, me llevó junto al as-

no, apartó el caparazon que le cubria, metió entre los dos fardos de mercancías, y cubriéndome con el ule me dijo con malicia.

—Buenas noches, Martinito, buenas noches. Dirijióse en seguida al asno y gritó.

—Marcha, Lucifer!

Y Lucifer empezó á andar.

Habia caido duramente el dia gran cantidad de nieve, el ruido de los pasos del asno y de la Levrasse: se amortiguaba completamente: temblando de miedo y abandonando mi cuerpo á los movimientos del asno, solo oia de vez en cuando, en medio del profundo silencio de la noche, la voz clara y sonora de la Levrasse, que repetia la monotóna cancion: «Bella Borbonesa.»

Ignoro cuanto tiempo caminamos por el bosque; solamente dos veces por el ruido del agua conocí que el asno atravesaba algun vado, interin que la Levrasse pasaba sin duda los riachuelos por algun puentecillo, pues entonces su voz sonaba lejana.

Despues de haber andado dos ó tres horas el asno se detuvo de repente.

Oí el ruido de una campanilla que agitaban violentamente, y á los pocos instantes una voz gruesa y viril preguntó con enfado.

—Quién está ahí? ¿Quién llama á esta hora? —Yo.... madre mayor, respondió la Levrasse, porque la voz sonora y formidable á que respondia pertenecia á una muger.

—Soy yo... vieja... continuó la Levrasse.

—Y quien eres tú?

—Yo, tu hombre, gritó la Levrasse enfadado, no me conoces?

—Ira de Dios! Eres tú? ¿Quién diablos te habia de esperar con este tiempo? Tú y Lucifer parecéis dos bolas de nieve; bajo... hijo.... mio... bajo al momento.

Pronto oi el ruido de una pesada puerta que se abria; el asno avanzó con precaucion, bajamos una cuesta rápida y se detuvo.

La Levrasse levantó de nuevo la voz.

—Lleva una luz, al cuarto de las cabelleras.

—Para qué? tú cuarto está listo..... respondió la gruesa voz.

Traela digo.

—Bien, allá voy....

—Hay en aquel cuarto en que acostarse? preguntó la Levrasse.

—Ya lo creo, hay un cobertor, y un cajon de paja de maiz fresca.

Pues bien, lleva tambien pan, cerveza, y un pedazo de tocino, añadió la Levrasse.

—Al cuarto de las cabelleras? respondió la voz gruesa cada vez mas admirada.

—Sí, dijo la Levrasse.

—Pocos minutos despues de este diálogo, sentí que levantaban el ule con que yo estaba cubierto, dándome en la cara el aire vivo y frio.

—Quieres andar ó que te lleve, Martinito?

dijo la Levrasse con su voz siempre dulce.

—Puedo andar, le dije lleno de un terror indecible.

—Entonces dame la mano y ten cuidado de no caer, hay barro.

Después de haber bajado algunos resbaladizos escalones, entré siguiendo los pasos de la Levrasse en un pequeño cuarto abovedado. Había un buen fuego de álamo en la chimenea que iluminaba aquella estancia con su caliente y alegre claridad.

—Hé aquí tu alojamiento, tu cena y tu cama, me dijo la Levrasse, señalándome con el dedo un cajón lleno de paja de maíz y una banqueta sobre la que había un pedazo de pan, otro de tocino y una botella de cerveza.

—Ahora, añadió pellizcándome la oreja con aire paternal.

—Buen apetito, y buenas noches, Martinito.

Salió en seguida y cerró el cuarto dando dos vueltas á la llave.

Una vez solo y calentándome el buen fuego, empecé á recobrar mis espíritus, porque hasta entonces había creído soñar.

Miré al rededor con mezcla de temor y curiosidad; la leña de álamo mezclada con sarmientos de viña ardía en el fogón arrojando millares de llamas azules y blancas, y deramaban á bocanadas su olor saludable y aromático: aquella luz bastaba para alumbrar las

paredes desnudas y blancas de aquel cuarto.

Habiendo alzado por casualidad los ojos al techo vi que de las vigas pendian multitud de cabelleras peinadas cuidadosamente y marcadas, hermosas, largas y de todos colores, rubias, negras, castanas y aun rojas; las habia tan espesas y lustrosas que parecian enormes madejas de seda.

Aquel extraño espectáculo me causó nuevo miedo, imaginé que aquellas cabelleras habian pertenecido á muertos; la ilusion me hizo creer que muchas de ellas estaban sangrientas; cada vez mas espantado, corri á la puerta, estaba cerrada sólidamente: no pudiendo huir tuve cuidado de no volver á levantar los ojos al techo.

La vista de los demas objetos que me rodeaban distrajo mi miedo; el cajon de madera que me servia de lecho, estaba lleno de hojas de maiz bien secas, sobre las que vi, medio desdoblada una buena manta de lana; el tocino que me habian servido me parecia muy apetitoso, el pan era blanco, la cerbeza recién sacada de la cueva, cubria de espesa espuma los bordes del frasco: jamás en mi vida habia tenido á mi disposicion tan buen albergue, ni tan buena comida: sin embargo me fué posible tocar á la cena; no me atrevia, á pesar del cansancio, á acostarme: me senté temblando junto al fuego cuyo calor reanimaba mis entumecidos miembros.

Al verme en poder del vendedor y en lugar desconocido, me parecía que había dejado á mi amo mucho tiempo habia, y estar á una enorme distancia de nuestra cabaña, de la que me había alejado hacia muy pocas horas; creíame á veces bajo el imperio de la borrachera: entonces los sucesos en que era actor y testigo me parecían sueños de los que tarde ó temprano me despertaría bajo el techo de nuestra cabaña.

Cosa rara! cuando admitia este supuesto, lejos de estar disgustado de mi primera escursion á los dominios misteriosos de la borrachera, encontraba cierto placer en aquellas angustias y pensaba en mi alegría, cuando al volver á la razon me hallase en nuestra tranquila y pacífica morada.

Pero cuando pensaba que realmente estaba en poder del vendedor, y que nunca jamás volveria á ver á mi amo, frio, taciturno é indiferente, es verdad, pero que jamás tampoco fué para mi ni duro, ni malo, sentia amargo arrepentimiento, angustias terribles y maldecia mi curiosidad.

La tension de ánimo causada por aquellos pensamientos, unida al cansancio y al miedo me hicieron caer en mi abatimiento al que sucedió un sueño profundo y agitado.

Ignoro cuanto tiempo habia que dormilaba, cuando desperté sobresaltado por los gritos y súplicas de un niño.

Apenas era de día, entraba por la ventana una débil claridad, producida por el crepúsculo ó por la reverberacion del día sobre la nieve: la ventana estaba enfrente del fogn apagado, junto al que me dormí.

Los gritos que me despertaron, cesaron un momento, entonces oí y conocí la voz gruesa de la muger que recibió á la Levrasse á su llegada y á la que llamó madre mayor.

—No quieres *doblarte como cesto* (1)? decia la muger con tono enfadado.

—No puedo, no tengo fuerzas, respondia una voz doliente.

—Quieres ó nó?

—Pero cuando os digo, que cuando toco de este modo mucho tiempo á los piés con mi cabeza..... me ahogo..... respondia el chico.

—Yo voy á enseñarte á que te ahogues, respondió la muger.

A al través de la ventana, oí varios golpes secos y precipitados, que fueron acompañados por los redoblados gritos del chico que furioso de dolor y de cólera juraba y blasfemaba atrozmente.

—Ahora..... te doblarás? dijo.

—Me pegais tan fuerte que procuraré hacerlo aun, respondió el chico rechinando los dientes.

(1) *Despues explicaremos estas palabras.*

—Vamos, fuera de frases.... y dóblate.... dijo la muger con tono amenazador.

Hubo un momento de silencio.

—Pronto, dijo la muger con aire de triunfo.

—Ves tú, perezoso Bamboche; te ahogabas... de pereza....

En el momento mismo en que la muger hablaba, el niño tuvo un acceso de los convulsiva que parecia iba á ahogarse.

—Ah! finges que te ahogas, espera, espera, te haré cantar tan fuerte que la garganta se te agrandará.

Y resonaron de nuevo los golpes, secos y precipitados.

Aquella vez no gritó el chico, la muger fué la que jurando y blasfemando exclamó:

—Picaro Bamboche.... me ha mordido hasta hacerme sangre.... tuno, mas traidor y malo que un gato montés. Ah! me muerdes; ven, ven, voy á darte el cambio de tu moneda; pero en la cueva, porque aqui tus gritos despertarian al *pequeño nuevo*.

Siguióse al ruido de una débil lucha acompañada de murmullos y gritos ahogados que se alejaban: reinó en seguida un silencio profundo.

Temblé de pies á cabeza, el pequeño nuevo era yo sin duda.

¿Qué obligaban á hacer al chico? ¿Qué significaban aquellas estrañas palabras? Aquello debía ser muy doloroso, cuando de aquel

modo se quejaba y le había yo oído casi ahogarse. ¿Me esperaba igual destino?

Acordéme entonces que la víspera la Levrasse me había estrañado y atentamente tocado todos los miembros, explorado mi pecho y pronunciado palabras desconocidas. Mi miedo se aumentaba tanto mas cuanto que se trataba de cosas misteriosas. Finalmente, aquella solitaria casa, aquellas cabelleras suspendidas al techo; aquel chiquillo á quien martirizaban en la cueva á fin de que sus quejidos no llegasen hasta mí; todas estas circunstancias redoblaron de tal modo mi espanto, que olvidando mis inútiles tentativas de la víspera, me lancé á la puerta hallándola cerrada, corrí á la ventana por la que penetraba la luz del naciente dia, tenia una reja...

Apoderándose de mi una desesperacion terrible me eché sobre el maiz exclamando con voz interrumpida por los suspiros.

— Quién tendrá piedad de mí! Nadie.... nadie.... No tengo ni padre ni madre.

De repente se abrió la puerta y se presentó la Levrasse.



CAPITULO IV.

La tía Mayor.

BUENOS dias, Martinito, dijo la Levrasse con voz melosa: mas debió creerme dormido al verme echado de bruces sobre la cama con las manos en la cara, y añadió acercándose.

=Hola! se duerme todavia como un lironcillo!

Sacudióme ligeramente, y me puse en pié con el rostro empapado en lágrimas, exclamando con tono suplicante:

Dejadme ir de aqui.... y volver á casa de mi amo.

=Qué? qué es eso de volverte, Martinito? di-

jo la Levrasse con voz agri-dulce.

—No quiero quedarme aquí!

—Hola! hola! Deseas volver á casa de Limusino para que te clave por las orejas á la puerta, no es verdad?

—Mas quiero morir en casa de mis amos que aquí!

Y saltando de la cama donde estaba arrodillado en ademan suplicante, precipitéme hácia la puerta entronada; tentativa que me salió vana, pues la Levrasse me alcanzó en el umbral, volviéndome á traer hácia la cama y diciendo:

—No seas loco; Martinito. Quieres escapar á casa de tu amo: pero quién ha de enseñarte el camino? Nadie: porque no hay habitaciones en los bosques que hemos atravesado, y esta noche, como ayer, estarías á puntos de morir de frio ó de ser comido por los lobos. Además, añadió la Levrasse con tono amenazador, no quiero yo que salgas de aquí, y advierte que hay buenas puertas y paredes altas. Cuando yo salgas, irás conmigo y no te pasará, Martinito, añadió apelando otra vez á la voz melosa.

Viéndome absolutamente sujeto á aquel hombre, no intenté escitar su lástima ni alterar su resolucion: recostado en la cama, ecshalé esta queja que formaba siempre la espresion snprema de mi desesperacion.

—No tengo padre ni madre: quien se apiadará de mí?

—Qué estás diciendo! que no tienes padre ni madre Martinito? pues yo seré tu padre y te proporcionaré una madre, añadió con sardónica sonrisa, una madre como no la has tenido seguramente.

A renglón seguido, gritó la Levrasse con voz chillona, dando algunos pasos hacia la puerta:

—Eh! tia Mayor!

—Estoy acabando de mecer á Bamboche, contestó una voz tonante que parecia salir de las entrañas de la tierra, y que procedia sin duda de la cueva donde aquella muger llevaba al muchacho.

Hartó bien comprendia el sentido de las palabras: estoy acabando de mecer á Bamboche. Mas la Levrasse añadió.

—Ah! buena madre! la oyes como mece á sus hijos queridos? asi serás tú mecido, Martinito.

—Si, si, bien lo creo, murmuré estremeciéndome.

—Vames, acá, tia vieja, date prisa, repitió la Levrasse.

—Cachaza, trueno de Dios! contestó la tia Mayor con una voz que hizo retemblar los vidrios.

Pocos instantes despues entró en el aposento la tia Mayor.

—Era una muger de hasta treinta y seis años, de seis pies de altura, de enorme y

límen, con el lábio superior sombreado por un verdadero bigote negro, lo mismo que las cejas; cara ancha y colorada, facha hombrona, voz varonil y ronca, fisonomía áspera y desvergonzada; finalmente, su apariencia enteramente viril formaba el mas singular contraste con la traza de la Levrasse.

Despues he visto como la casualidad que diera á aquel hombre la cara imberbe, la voz aguda de una muger, y á ella el bigote, el acento robusto de hombre, era explotada por entrambos, en provecho de la parte grotesca de sus funciones: entre sus varios oficio mas ó menos espuestos, contaba la Levrasse el de volatinero ambulante, que era su ejercicio predilecto; y si le trocaba en invierno por el de hubonero ó hechicero nómada, era en primer lugar porque las representaciones al aire libre solo son lucrativas y posibles en el buen tiempo y en segundo porque solia desorganizar á menudo el personal de la compañía de La Levrasse.

Hablando de los diferentes oficios la Levrasse, debo hacer mencion del comprador de matas de pelo de muger, lo cual explica la abundancia de despojos capitales colgados en el techo de mi aposento.

Si, la Levrasse era tambien uno de esos especuladores que en la época del año en que aprieta mas el frio, en que es mas escaso y mas corto el salario, y. por consiguien-

te mas inotolerable la miseria, recorren las provincias, mas atrasadas de Francia, á fin de tentar con la oferta de un franco, ó menos á veces, codicia de las jóvenes indigentes, comprándolas á este precio la hermosa mata de pelo, que es el último adornos de las infelices.

La compañera de la Levrasse, la gigantesca mi tia Mayor, asi apellidada á causa de su estatura y de su traza de tambor mayor desempeñaba en las representaciones públicas el empleo de muger gigante, verdadero alcides hembra, que haciendo arco, con piés y manos, doblada hácia tras la cabeza, y convidaba á tres sugetos de la *respectable sociedad*, elegidos entre los mas robusto, á dispensarla el obsequio de patalear en el vientre, lo cual aguantaba heroicamente, sin ceder una linea las caderas; hecho lo cual y pasando á otro ejercicio, desafiaba á los primeros maestros de armas de la guarnicion levantaba pesos enormes con los dientes. etc. etc.

Cuando entró en mi aposento la tia Mayo venia en traje de trabajo, porque el mandat á Bamboche de hacer el aro, (esto es, estando en pie: echarse hácia tras, hasta que la cabeza toca con los talones) tenia por objeto ensayar un ejercicio con el muchacho.

Reduciase la vestimenta de la gigante á un calzon de punto, hecho giras y lleno de

remiendos, cuyo primitivo color de salmon: con este atavio se marcaban sus piernas hercúleas, y sus rodillas escabrosas como los nudos de una encina: una á manera de túnica corta, hecha de un resto de zagalejo negruzco y mugriento, ceñía su cintura, en tanto que se ataba á la espalda un chal raiado despues de cruzarlo sobre el monstruoso pecho. Finalmente, para completar su masculina traza, tenia raspados á lo Tito los cabellos negros, espesos y duros como crines.

Tal se me apareció la tia Mayor por la vez primera, armada de una formidable disciplina.

—Ven acá, tia Mayor, dijo la Levrasse á la muger gigante: aquí tienes á Martinito, que carece de una mamá y la desea: no es verdad que tú lo serás?

—Un poco contestó la tia Mayor con su voz de trueno.

Y acercándose, cogióme en sus brazos, como si fuera un niño de mantillas, y me puso de pie junto á la ventana para examinarme mas á su sabor.

—Veamos al novato, dijo: ven acá, hijo mio, levanta esa cabeza, que se vea. Es guapo, y así que esté desasnado andará mas listo que una ardilla. A ver que tal esmos de brazos y de piernas? bueno.... hay elasticidad... guapo!.... esto se deshuesa, pronto se desune.....

Mientras decía estas palabras, la tía Mayor me había retorcido los brazos y las piernas en todas direcciones, haciendo chascar las coyunturas; esto me causó un dolor horrible, y rompí en agudos gritos, haciendo esfuerzos para desasirme.

—Estate quedo, calla, no parece sino que te desuellan, repuso la terrible muger.

Prosiguiendo su examen, añadió después de palpar las caderas.

—Qué lomo tan tiernecito!.... se descoyuntará sin trabajo.... trueno de Dios! callas ó te sacudo!

Blandió las disciplinas, mas no pude menos de exalar nuevos gritos de dolor, á pesar de esta amenaza, de esta enérgica insinuación de la tía Mayor, pues al mismo tiempo poniéndome la enorme rodilla en mitad de la espalda tiraba con tanta violencia á juntar los pies con la nuca, que creí sacar destrozadas las caderas.

—Martinito, Martinito, sino hay juicio reñiremos, me dijo la Levrasse mirándome de reojo.

—Por Dios.... tened lástima de mi, decía yo á la tía Mayor llorando.

—Por Dios... por Dios... no se les oye otra cosa; se dedica una á hacerlos trabajar desde pequeños, á enseñarnos un oficio gratis, y parece que los destripan, exclamó la tía Mayor con indignación.

Piensas, añadió dirigiéndose á mi, que se

te va á dar casa, comida y vestido por el amor de Dios? No señor, es menester que te ganes la vida, y te la ganarás; voto al demonio! te la ganarás: eres bien formado, joven, de pocas carnes, con que harás lo que otro: antes de dos meses te prometo que has de hacer el paso turco y el salto del conejo como un ángel, sin contar que para entonces andarás tambien de amos y cabeza abajo, como si en toda tu vida no hubieras pasado de otra manera.

—La cual te ahorra calzado, puesto que no gastas guantes, Martinito, añadió sentenciosamente la Levrasse.

No acertaba yo á comprender lo que querían hacer conmigo; solamente me pareció que no me matarian, toda vez que me hablaban de ejercicios aprendidos para dentro de dos meses. Tranquiliéceme algo, pues confieso que la tia Mayor, á pesar de su vozarron, de sus bigotes, de su velúmen y de las terribles disciplinas, no me causaba tanto miedo como el volatinero, y afortunadamente era ella la encargada de mi educacion.

—Acá hijo mio, dijo la tia Mayor, ven á besar á mamá, y ten juicio: dejaremos para mañana la primera leccion; hoy estarás de huelga, y así conocerás á Bamboche, otro pilluelo de tu edad. Oh! dentro de pocos dias tú y tus hermanos, tendreis el refuerzo de una niña: entonces si que haremos famosos ejercicios.

Con esto, hizome la tia Mayor señal de ir tras ella; se paró delante de una escalera abovedada que daba sin duda á la cueva, y gritó:

—Sube, Bamboche, te perdono para celebrar la llegada de tu compañero; hoy podeis divertirnos en el patio, pero mañana, trabajo duro.

—No subes, Bamboche?

El muchacho no parecia:

—Vaya, quédate al fresco, si te agrada... Tú puedes jugar solo, Martinito, pero desconfia de Bamboche, que es malo y cazurro como un diablo.... Ah! se me olvidaba: para estimularte, te enseñaré los hermosos vestidos que has de ponerte, si trabajas bien; ven conmigo.

La tia Mayor me condujo á un aposento, donde habia una enorme maleta, de la cual sacó una chaqueta turca de terciopelo raído, bordado de lentejuelas.

—Póntela, Martinito, verás que guapo estas!

La chaqueta, doble de largo de lo que mi estatura requeria, me servia á mi de levita: mas, no obstante mis angustias, aseguro que aquel trage me pareció magnifico, y con todos mis sustos, la esperanza de usar algun dia tan sobresaliente ropaje me causó cierta satisfaccion.

—Cuando con esto te pongas un pantalon de color de carne y borceguies verdes de piel de gato, estarás hecho un querubin, añadió la tia Mayor; ahora vé á buscar á Bamboche, si quieres, ó si nó, juega en el patio... ya os llamaré para daros la pitanza.

La tia Mayor fué á buscar á la Lebrasse, y yo me quedé en un anchuroso patio rodeado de altas tapias y cerrado con una sólida puerta. A este patio daban las ventanas de la casa, que tenia miserable aspecto, y bajo un cobertizo habia un disforme carruage destinado sin duda para las peregrinaciones de la Lebrasse y su compañía, cuando estaba esta completa.

La altura de las tapias me impidió ver si aquel edificio pertenecia ó no á una villa, á una aldea, ó si tenia cerca otras habitaciones.

Abandonado á mis pensamientos, no pensé en otra cosa que en el muchacho de quien me hablára la tia Mayor á cuyos gritos ya habian llegado á mis oidos. Por penosa que fuera mi existencia nueva, nunca seria mas dura ni miserable que la pasada, y al cabo me trataria como un niño de mi edad. Con la idea de encontrar un compañero, un amigo, parecíame soportable la situacion mas desesperada.

Tan desgraciado habia sido hasta entonces en mis tentativas de trabar amistades, que el encuentro de Bamboche en aquellas circunstancias tenia doble precio á mis ojos: dilatose mi corazon, dolorosamente comprimido, y á las angustias substituyeron esperanzas vagas. Llegué á olvidarme hasta del pavor que me infundian los misteriosos ejercicios anunciados, que á Bamboche le arrancaron tan lastimosos gemidos, solo pensé en avistarme con el desdichado niño que padecia, que habia sido castigado, pa-

reciéndome por lo mismo justo ir á buscarle para grangearme su cariño.

La tia Mayor habia mostrado la entrada de la cueva, y á ella me encaminé corriendo.

Bajé unos cuantos escalones cubiertos todavia de nieve, y llegué á una especie de meseta donde estaba la puerta de la cueva. Como estaban mis ojos tan familiarizados con la oscuridad, que en aquel sitio era grande, á escepcion de un reducido espacio iluminado por un vivo rayo de luz que penetraba por una claraboya, fácilmente divisé á Bamboche, hecho un ovillo en un rincon, con los codos apoyados en las rodillas y la barba en las palmas de las manos.

Al punto me chocó el resplandor salvaje de los rasgados ojos pardos del muchacho, que me parecian de doble tamaño, por lo mismo que la cara era muy flaca: representaba unos doce ó trece años, y era mucho mas alto que yo: sobresalíanle los juanetes de las mejillas, y le daba cierto aire sardónico y malo, la boca caída por los ángulos, y los labios, casi imperceptibles: los cabellos negros y crespos, le crecian desde mitad de la frente, y subian en punta hácia las sienes, dejando estas enteramente descubiertas; era tan singular el efecto de esta atezada cabellera sobre la palidez mate de la frente, que en la oscuridad parecia armado de dos cuernos blancos.

Llevaba Bamboche una mala blusa raída, los pies desnudos descansaban sobre la tierra hú-

meda de la cueva, y al verme, guardó silencio, clavando en mí una mirada feroz.

—Debes tener frío, y aburrirte en esta cueva; le dije con dulzura acercándome á él: quieres venir arriba?

—Déjame en paz, no te conozco, contestó Bamboche brutalmente.

—Tampoco te conozco yo; pero he de vivir aquí contigo, con Levrasse. Esta noche cuando te zurraron, te oí chillar y tuve gran sentimiento.

—Será pollino este grandísimo animal? Pues no le dá pena de que zurren á los demás?

No es posible estampar aquí las sucias frases de que se valia aquel niño de doce años; y así suprimiremos los votos y blasfemias con que salpicó toda nuestra conversacion.

No menos affligido que admirado de la respuesta de Bamboche, repuse con dulzura.

—He sentido saber que te zurraban: si me zurráran á mí, no lo sentirias tú?

—Al contrario, me daría gusto, porque así no era yo el único.

—Por qué dices eso? nunca te hice daño.

—Me es igual.

—Tan malo eres?

—Vete al diablo.

—Por Dios, escúchame....

—Té empeñas? pues toma esta y vuelve por otra!

Y Bamboche, de quien yo no desconfiaba,

y que era mas robusto que yo, arrójase sobre mí con la agilidad de un gato, me derribó, y asiéndome con una mano por el pescuezo, sin duda para ahogar los gemidos, empezó con la otra á darme puñetazos en la cara, en el pecho, á donde pudo.

Aturdido en un principio de tan inesperado ataque, no intenté defenderme; mas escitado por el dolor, por la cólera que me inspiraba accion tan perversa, me desasí de las manos de Bamboche, luché, le pegué golpes con golpes, y aun logré echar debajo á mi contrario: sujetándole entonces con lá rodilla, á pesar de sus esfuerzos, no quise abusar de mi victoria, pero mas aflijido que irritado de aquella manera salvage de acoger mis ofrecimientos de amistad, le dije:

—A qué zurrarnos? vale mas ser amigos.....

Renunciando la ventaja de mi posicion, dejé en libertad á Bamboche, de la cual se aprovechó arrojándose sobre mí con mayor furia, y me mordió en el rostro tan fuertemente que salió la sangre.

A vista de la sangre, trocóse en frenesí la cólera de Bamboche, chispearon de ferocidad sus ojos, y no me zurró ya sino que se tendió sobre mí desgarrándome antes la ropa para morderme en el pecho.

Creí que iba á matarme y no puse resistencia alguna; no porque el miedo ni la cobardía paralizasen mis fuerzas, sino porque

sentia una desesperacion profunda causada por la maldad gratuita de aquel niño de mi edad, hácia quien sintiera tan repentina simpatia.

No hice la mas leve resistencia: tan intenso era mi dolor moral, que apenas sentia los mordiscos de Bamboche; sin quejarme lloraba en silencio.

Los caracteres violentos, vengativos, se exasperan siempre en la lucha; esta escitacion los embriaga y cuando les falta, se apaciguan por falta de resistencia: así le sucedió á mi adversario, se levantó con los lábios teñidos de sangre mia, y me creyó desmayado.

La claraboya de la cueva proyectaba claridad suficiente para que Bamboche distinguiera perfectamente mis facciones, luego que me tuvo otra vez debajo: yo le miraba fijamente y sin cólera.... Despues me dijo que lo que mas le chocó fué la espresion de resignacion dulce y triste de fisonomia: no respiraba odio ni cólera, ni miedo sino pesar profundo.

—Tienes los ojos abiertos, no te defiendes, lloras..... exclamó; toma, collon!

Otra vez volvió á zurrarme.
—Mátame.... te lo perdono.

—Qué me perdonas?

—Si, y eso que si hubieras querido, habriamos vivido como hermanos....

—Habrá endemoniado! exclamó Bamboche,

desesperado de mi resignacion que le impresionaba á su pesar; cuanto mas daño le hacen, mas dulce habla.....

—Te hablo así porque te compadezco.

—Me compadeces.... despues de molerle á golpes y morderte... á ti es á quien hay que compadecer.

—Y á ti tambien, porque rehusas mi amistad.

—Anda, vete, me dijo záfiamente Bamboche, cada vez mas asombrado de mi resignacion; vete, que eres como mi perra Mica.

—Pues qué hacia?

—Me la habia encontrado y la daba de comer con parte de mi racion.... sin mas objeto que tener á quien zurrar, cuando me zurraban; pero por mas que la mortificaba, jamás se vengaba... Cuando la hacia mucho daño, ni siquiera se atrevia á chillar; rechinaba los dientes de dolor, y en seguida.... venia á lamerme las manos y acostarse á mis pies....

—Y al cabo, dije conmovido con estas palabras, al fin y al cabo llegarías á querer al pobre animal.

—Al cabo, viendo que era así, la tiré al rio con una piedra atada al pescuezo.

—Mejor era eso que atormentarla.

—Seré yo mas digno de lástima que ella? me dijo Bamboche con tono sardónico.

—Sí... porque la mataste.... Ya ves, ahora estas solo en lugar de tener siempre á

tu lado á un pobre animal, sumiso y cariñoso, que hubiera seguido á todas partes y defendido tal vez.

—Sin perjuicio de poder sacudirla!

—Podias, es verdad; pero no por eso dejaría de lamerte las manos y acostarse á tus pies.

—Si la cobardona habria hecho lo que tú.

—Ya ves como me has mordido y me has hecho sangre. Pero he chillado? me he quejado siquiera? El que se queja y chilla es el cobarde.

Esta repuesta hizo efecto á Bamboche; mas procuró ocultar su conmocion.

—Por qué no te defendiste la segunda vez como la primera? me dijo aunque mas pequeño, eres mas fuerte que yo... bien lo he conocido...

—Porque la primera vez estaba encolerizado, y la segunda triste, de que me quisieras tan mal.

Dilatábanse las facciones de Bamboche: á una maldad ciega reemplazaba, si no simpatia, á lo menos viva curiosidad, y me dijo impacientado, como si quisiera luchar con sentimientos mejores que en él se despertaban.

—Si no me conocias, por qué querias ser mi amigo?

—Ya te lo he dicho, porque te oí gritar esta noche, porque eres de mi edad, y desgraciado como yo... como yo acaso, sin padre ni madre.

Al oír estas palabras, anublósele el rostro á mi compañero, se entristeció, bajó la cabeza y exhaló un profundo suspiro.

FIN DEL TOMO II.

NOTA. = Obras que se encuentran de venta en la Imprenta de Gomez calle de las Serpes junto al café del Turco.

El Conde de Monte-Cristo. = *Los últimos días de un Pueblo.* = *La Malilde* ó *memorias de una mujer del gran mundo.* = *Los Misterios de Londres*, cuya obra se dará á los suscritores de dicho establecimiento á 12 reales.

Obras que están en prensa y se admiten suscripciones.

Martin el Esposito: = *Elina* ó *Sevilla por Dentro.* — *El Hijo del Diablo.*

En dicho establecimiento se encuaderna con perfeccion y arreglados.

MARTIN

EL ESPÓSITO.

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA.

VIII

Concluida la obra costará 6 rls. cada tomo.

MARTIN
EL ESPÓSITO,

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA,

POR

EUGENIO SUÉ.

TOMO III.



SEVILLA.

IMPRESA de Gomez, calle de
*las Sierpes n. 13, junto al café
del Turco.*—Año 1846.

YTIMAM

OTIÉO SEI SE

6

AMMO DE MOTA DE TITANIO

III

ARE POCOS

1912

AMMO

de ammo de mota de titanio
de mota de titanio de mota de titanio
de mota de titanio de mota de titanio
de mota de titanio de mota de titanio



Sevilla

Pamboche en casa de ^{S. d'artca}
La Lebrasse





MEMORIAS DE MARTIN.

CAPITULO I.

El Leñador de Camino.

BAMBOCHE continuaba silencioso y yo reiteré mi pregunta.

—Como yo, le digo, quizá no tienes ya ni padre ni madre?

—No he conocido á mi madre, me respondió bruscamente, pero con tono menos sarcónico y áspero.

—Y tu padre?

—Mi padre era leñador de camino.

—Leñador de camino?

—Sí, viajaba y se detenía cuando hallaba sitios que desmontar; entonces hacíamos una cabaña en el bosque con tierra y haces, y permanecíamos allí todo el tiempo que duraba el desmonte.

—Trabajabas ya con tu padre?

—Le ayudaba como podía, arreglaba la leña que él cortaba.

—Y tu padre dónde está ahora?

—En el bosque, me respondió Bamboche con siniestra sonrisa.

—En el bosque?

—Sí, un día, se echó casi del todo abajo una pierna de un hachazo, y cayó..... salía la sangre de su pierna como el caño de una fuente y saltaba á diez pasos de distancia.

—Ah! Dios mío!

—Yo tenía miedo, lloraba, gritaba, dijo Bamboche con voz conmovida, llamé quien le socorriera con todas mis fuerzas.

—Ay! lo creo.

—Mi padre apretaba la pierna con sus dos manos para contener la sangre, pero corría al través de sus dedos y me decía: chico, arranca yerba..... traémela..... pronto, pronto..... yo arrancaba cuanto podía y la llevaba á mi padre, que la ponía bien apretada sobre su herida..... pero casi al momento la yerba se ponía encarnada.

—No se contenía la sangre?

—No.... entonces mi padre me dijo, trae-

me tierra húmeda..... eso contendrá quizá la sangre mejor que la yerba.

—Y bien?

—La tierra se ponía en seguida colorada como la yerba, y la voz de mi padre empezaba á debilitarse.

—No podían socorrerle de ninguna parte?

—Socorrerle! y Bamboche se encojió de hombros.

—Mi padre me dijo, corre hácia el sitio que se ha desmontado del todo; hay un labrador que rompe el terreno con el arado; le he visto esta mañana, dile que venga á socorrerme. Fui.

—Mi padre acaba de echarse abajo la mitad de una pierna y pide que le ayudeis, dije al labrador, la aldea está lejos?

—Ah! Dios mio; querido niño, pues qué hay cirujanos en nuestras aldeas? Eso es bueno para los pueblos grandes.... aquí somos demasiado pobres.... el mas inmediato está á cuatro leguas de aquí.

—Pero vos vendreis á socorrer á mi padre?

—No entiendo nada de heridas, yo no soy pastor.... me respondió el campesino, y además no puedo dejar mis caballos, se comerían, lo romperían todo y mi amo me despediría.

Finalmente, tanto rogué á aquel hombre, que se decidió á venir; pero apenas había andado diez pasos conmigo, cuando sus caballos empezaron á morderse y reñir.

—Bien ves, me dijo, que no puedo ir contigo: corrió á sus caballos y yo me volví junto á mi padre.....

—Qué desgracia!

—Cuando llegué junto á él, estaba en el mismo sitio, enteramente encorvado, y teniendo su pierna con ambas manos, en medio de un lago de sangre.

Al verme, mi padre se enderezó, tenía la frente llena de sudor, el rostro pálido y los labios morados.

—No hay mas auxilio que en el pueblo, le dije, y está cuatro leguas de aquí; el labrador venia, pero sus caballos se han batido y le ha sido preciso volverse con ellos. ¿Cómo haremos, padre mio? Como haremos?

—Como yo hago, hijo mio, perder toda mi sangre, me respondió con una voz tan débil, que apenas le entendia; los cirujanos..... los socorros..... son buenos para los habitantes de las ciudades..... Para nosotros... mira hijo... hé allí los que vienen á socorrernos cuando morimos. Y me mostró una bandada de cuervos que pasaba por encima del bosque. Entonces mi padre, haciendo un esfuerzo para sentarse, quitó las manos de su pierna: estaban enteramente rojas, y me alargó los brazos diciéndome:

—Abrázame, pobre hijo mio.... Tú trabajabas ya bastante para tus fuerzas... Qué vá á ser de tí? Dios mio!

Y despues mi padre quiso hablarme aun, pero le dió un gran hipo, cayó de espaldas y espiró.

Al pronunciar aquellas últimas palabras Bamboche, llevó á sus ojos llenos de lágrimas ambas manos.

Yo lloré como él; me inspiraba una compasion profunda; hallábale mucho mas digno de ella que yo: habia visto morir á su padre, sin poder socorrerle de ningun modo.

—Y entonces que le dije de tí? pregunté á Bamboche despues de un momento de silencio.

—Permanecí llorando junto al cadáver, despues vino la noche: el cansancio me rindió, me dormí. Al ser de dia tenia yo un gran frio, estaba tieso, y su blusa blanca manchada de sangre. Volví al sitio mismo que el dia anterior para buscar al labrador y decirle que mi padre habia muerto, y que viniese á enterrarlo, no estaba, no habia mas que el arado. Viendo que no venia, volví á nuestra cabaña, que distaba bastante. Tomé un pedazo de pan, porque tenia hambre, y volví junto al cadáver de mi padre; ya los cuervos se habian arrojado á él y le picoteaban la cara.

—Ah! Dios mio! exclamé temblando.

—Con una rama los espanté, pero no se iban muy lejos del cadáver, sostenianse graznando en las ramas de los inmediatos árbo-

les: viendo aquello, tomé el hacha de mi padre; te aseguro que apenas podía levantarla. Procuré abrir un agujero para enterar el cadáver; no pude, eran piedras y raíces. Fui mas lejos; el terreno era menos duro, pero yo no tenía fuerzas, no adelantaba, é interin trabajaba, los cuervos que me veían lejos, volvían á arrojar al cadáver de mi padre y le destrozaban. Acercábase la noche, cogí dos haces, los coloqué al lado del cuerpo uno por cada parte, y atravesé otros por cima, sosteniéndoles con las ramas mas gruesas que pude arrastrar; por encima puse aun piedras; tomé la gorra y el saco de mi padre, su cuchillo, el hacha era muy pesada; sus zuecos muy grandes y le dejé. Volví en seguida á nuestra cabaña, á tomar el pan que me quedaba y anduve, anduve hasta salir á un camino.

—Y cuando hallaste alguno, no le digiste que tu padre habia muerto y que era preciso enterarle para que los cuervos no se lo comiesen?

Bamboche dió una carcajada salvage y continuó.

—Poco les importaba, que mi padre, muerto sin auxilios como una bestia en los bosques, haya sido comido por los cuervos..... no se burlan mal unos de otros, y como me decia, *Culo de bronce*, un mendigo con el que pedí limosna, solo á los lobos no se lo

comen; es preciso ser lobezno, muchacho intrínsecamente llegas á ser lobo.

—Y tu padre... te quería? pregunté á Bamboche, esperando hacerle volver á sentimientos más dulces.

—Sí, respondió poniéndose triste en lugar de sardónico... Sí, no sería él, el que me hubiera pegado... no me hacía trabajar en el bosque, más que lo que permitían mis fuerzas, que no eran muchas, porque solo tenía ocho años. Si llovía ponía su delantal de cuero sobre mis hombros, ó me hacía un abrigo con ramas: si los sábados nos hallábamos escasos de pan, jamás tenía hambre..... él.... El domingo, cuando hacía buen tiempo, me cogía nidos en el bosque, ó bien cazábamos con lazos: si llovía permanecíamos en nuestra cabaña, y me hacía carritos con su navaja para entretenerme; otras veces me cantaba canciones... Cuando pienso en aquel tiempo, ves tú, me pongo triste.

—Porque sientes á alguno que te amaba, exclamé enternecido. Bien ves que es muy bueno ser amado... á falta de un padre..... de un hermano... déjame que sea yo ese hermano.

Bamboche permaneció silencioso. Me atreví á cogerle la mano: no la retiró al pronto, más haciendo después un brusco movimiento, se retiró diciéndome:

—Bah! son tonterías! Los lobos no tienen

amigos y yo seré lobo, como decía el mendigo.

—No atreviéndome á insistir mas por entonces por no irritar á Bamboche, le dije.

—Y cuando te encontraste en el camino despues de la muerte de tu padre, ¿qué fué de tí?

—Cuando concluí con todo el pan que habia en el saco, entré en una hermosa casa que habia en el camino, para pedir, diciendo que mi padre habia muerto en los bosques; un señor grueso que tenia un pañuelo en la cabeza y que almorzaba bajo el emparrado, en medio de multitud de rosales me dijo con voz dura: —Yo no doy jamás limosna á los vagamundos, vé á trabajar, perezoso. —Mi padre ha muerto y no tengo trabajo. —Estoy yo encargado de buscártele...? Véte, tus harapos buelen lo bastante para hacer vomitar. —Mi buen señor....=Aquí, Castor, dijo el hombre grueso, llamando á un gran perro que acudió desde lo último del jardin.... his..... his..... muérdele.=Al principio hui, despues volví ocultándome detrás de un vallado, junté unas cuantas piedras y quebré dos cristales..... su cabeza era lo que hubiera debido romper á aquel tuno, que en lugar de darme un pedazo de pan, queria hacerme morder por su perro, dijo Bamboche que sentia aun un odioso rencor. Oh! jamás olvidaré esto..... Está bien..... está bien,..... añadió con ira concentrada.

—Qué le importaba á aquel caballero, darte un pedazo de pan? Era bien malo.

—Los ricos son todos unos tunantes, no dan mas que lo que se les agarra, decia el mendigo, y tenia razon; respondió Bamboche.

—Qué hiciste pues, cuando ya no tenias pan y te lo rehusaron?

—Era por el otoño, habia manzanas en los árboles, eché abajo y comí cuanto pude.

—Y el viejo mendigo de que me has hablado?

—Un dia, dormia yo en un bajo, al lado de un vallado, no lejos del camino, oigo ruido, me despierto y miro por encima del vallado: era el mendigo, que con las piernas encogidas y andando sobre las manos se acercaba, llevando en lugar de guantes los zuecos; sentóse, deslió las vendas que sujetaban sus puernas al cuello; las alarga, se pone de pie y empieza á saltar y bailar para desentumecerse; era cojo como yo.

—Por qué pues fingia que lo era?

—Para engañar al mundo y recoger limosna. Yendo y viniendo por junto al vallado me vió.... colérico entónces por hallarse descubierto, tomó un zueco en la mano, atravesó el vallado y me dijo:

—Si tienes la desgracia de contar lo que has visto, y que no soy cojo, yo te alcuzaré y te romperé la cabeza á golpes. =

Temí, lloré; entónces era yo sensible como tú.... Lloré.—A quién quereis que diga que no sois cojo? respondi al hombre.

—A tus padres si eres del pais.—Ni soy del pais ni tengo padres.—Cómo vives?

—Escucha; dije á Bamboche interrumpiéndole: poco mas ó menos, asi fué como encontré yo á la Levrasse.

—Buen hallazgo tuviste aquel dia, me dijo Bamboche, y continuó.

—Cómo vives? me preguntó el mendigo.—Me acuesto en el campo, cómo manzanas y uvas, cuando las hallo.—¿Quieres mendigar conmigo? Me incomoda ser baidado, me dan calambres en las piernas y se me hacen callos en las manos, por variar quiero hacerme ciego; tu serás mi hijo, me conducirás, ganaremos mucho y vivirás bien.

—Consenti en ir con él; esperamos la noche y anduvimos, hasta salir del pais en que pasaba por cojo; al dia siguiente empezamos á mendigar, él como ciego y yo como su hijo.

—Y era malo para tí?

—Cuando no recogiamos limosna en abundancia, decia que era culpa mia, y por la noche me hartaba de golpes.

—Y no abandonabas á tan mal amo?

—Le aborrecia, pero no le abandonaba. ¿A dónde habria ido? Al menos con él estaba casi seguro de no quedarme sin comer. Y.

luego me enseñaba unas cosas.... unas cosas....

—Qué?

—Y bien! me enseñaba la vida que hay que hacer para no hallarse perdido.

Miré á Bamboche, sin comprenderle.

—Qué bestia es este chico! dijo con desden.

Y despues añadió como condescendiendo con mi sencillez.

—Me enseñaba, que solamente á los lobos no se los comen y que es preciso ser lobo..... que si uno mas fuerte que vos os hace mal, es preciso vengarse sobre otro mas débil.... que nadie se cuida de vos, y que no debeis cuidaros de nadie.... que todo puede hacerse con tal que no os dejéis atrapar... que los hombres de bien son tontos y los ricos tunos.... que solamente los imbéciles son los que trabajan y que su recompensa es morir de hambre.

—Tu padre no creía eso, y no te lo decía, es verdad?

—Mi padre trabajaba como un caballo, y murió por falta de socorros, medio comido por los cuervos; yo no pedía mas que un pedazo de pan y trabajo.... y me echaron, queriendo que un perro me mordiese, me respondió Bamboche con amarga sonrisa. El cojo no hacía mas que pasearse y engañar al mundo, y nada le faltaba. Hacíamos muchas veces excelentes cenas.... con las limosnas del día.... Bien ves que tenía razon.

Me hallé embarazado para responder á Bamboche, y me callé.

Continuó diciéndome, como si se complaciese en aquellos recuerdos.

—Y despues me hablaba de las mugeres! dijo, y sus ojos brillaron con un ardor precoz.

—De mugeres? dije yo con inocente sorpresa.

—Sí: de sus queridas, á quienes les pegaba y le daban dinero.

No le comprendia, y por temor de sus bur-las le dije.

—Y al fin, abandonaste al mendigo?

—Nos prendieron á los dos!

—Quién?

—Los gendarmes.

—Y por qué?

—Se lo dijeron á él. á mi no: nos encerraron en una granja; debian conducirnos al dia siguiente á la ciudad; por la noche, me desperté, y ví al cojo que hacia un agujero en la pared para escaparse: le dije si no me llevaba consigo; iba á gritar, tuvo miedo y huimos ambos. Una vez que estuvimos lejos, me dijo: Tu me estorbas, harias que me conociesen; dióme un palo en la cabeza y caí sin sentido, creí que me habia muerto; pero tengo la calabaza dura y volví en mí. Cuando me ví solo de nuevo, mendigué en el camino y á las puertas de las casas de

postas, hacía la rueda delante de los carruages, atrapaba algunos cuartos y nunca estuve sin comer mas de un dia. Hace un año que encontré á la Levrasse con su gente y su fulgon, hacia la rueda delante de él para que me diese un cuarto, le parecí listo y me preguntó si tenia padres.

—Como á mí.

—Dígele que no, que no tenia pariente alguno y que mendigaba. Contestóme que si queria me enseñaria un buen oficio, me daría buenos vestidos, bien de comer, algunos cuartos para mí y que en lugar de ir á pie iria en el carruage.... Acepté.... hizome subir al carruage y me dijo que me llamaria Bamboche en lugar de Pedro. Desde entónces estoy con él.... y estaré hasta que....

Detúvose Bamboche.

—Hasta cuando estarás con él?

—Eso es cosa mia, respondió Bamboche con aire sombrío y pensativo.

—Pero ese oficio que la Levrasse debia enseñarte?

—Hace un año que lo aprendo. Tu lo aprenderás tambien y verás lo que es.

—Qué hay que hacer pues?

—Ejercicios de fuerzas para divertir á la gente.

—Para divertir á la gente?

—Sí; en las ferias.

Miré á Bamboche sorprendido.

—Si; yo he trabajado ya en público; la tía Mayor me tenía por los pies, tenía la cabeza abajo y los brazos cruzados ante el pecho y cogía una moneda con los dientes ó bien me ataba una pierna al cuello y hacía piruetas con la otra... y aun mas...

—Y es eso lo que quieren enseñarme? exclamé yo con miedo.

—Si eso se aprende á fuerza de latigazos y deseneajándose los huesos; tus gritos me despertarán mas de una vez, como los míos te han despertado anoche, dijo Bamboche, con una sonrisa cruel.

—Ah! Dios mío! cuánto has debido sufrir!

—No mucho al principio, porque la tía Mayor me enseñaba el oficio pero poco á poco y sin pegarme; me vestía bien y me daba golosinas sin que lo supiese la Levrasse. Y cuando trabajábamos en público me ayudaba y me hacía las suertes mucho mas fáciles; pero al presente la indigna gorda, me tiene lleno de harapos, me pone á pan y agua mas de lo regular, y me muele á golpes por nada: es preciso que aprenda en ocho dias las suertes mas difíciles..... y me destroza porque cuando estoy con la cabeza hácia abajo mucho tiempo, me ahoga la sangre.

—Y por qué la tía Mayor era tan buena para tí otras veces y ahora es tan mala?

—Toma, porque otras veces era yo su amante, y ahora no quiero serlo, me respon-

dió Bamboche, con fatuidéz desdeñosa.

Por la tercera vez no comprendí á Bamboche y con mi candor natural le dije:

—Cómo, su amante? ¿Qué es eso?

—Qué no sabes lo que es ser amante de una mujer, eres imbécil! y á «tu edad!»

(Yo tenia once años, Bamboche debia tener uno ó dos mas que yo.)

—No, le dije, confuso por mi ignorancia.

—Entonces con un tono de superioridad burlesca y con increíble serenidad me contó Bamboche, que la tia Mayor le habia seducido y el como, todo sin escrúpulos ni remordimientos.

En aquella época casi sin nociones del bien y del mal, yo no podia admirarme de lo que habia de repugnante y horrible, que habia en la monstruosa depravacion de aquella hechicera: así es que la única revelacion de Bamboche, no produjo en mi mas que una grande admiracion, acompañada de aquella especie de verguenza, que causa el miedo del ridículo porque me abochornaba de haber sido ignorante, por tanto tiempo.

—¿Y por qué no quieres tú ser ahora el amante de la tia Mayor? le pregunté turbado por aquella inesperada revelacion.

Bamboche no respondió al principio.

Guardó silencio algun tiempo, y cediendo despues á la necesidad natural de expansion propia de los enamorados de todas las edades, y pensando por primera vez

(después me lo ha confiado) que un amigo era un confidente necesario, cediendo también á su sentimiento simpático, tan inexplicable como involuntario, que yo le había inspirado, me dijo con tanta conmoción como sinceridad:

—Escucha; cuando viniste, tuve un placer en hacerte mal, porque hace mucho tiempo que me lo hacen á mí... te defendiste bravamente.... me pusiste debajo de tus rodillas, eso me hizo aun mas malo: en aquel instante te habría ahogado; pero después cuando te vi llorar sin defenderte, no por los golpes que yo te daba, sino porque no quería ser tu amigo; diantres, eso me produjo un efecto raro.... me senti con el corazón henchido, como no lo he tenido desde la muerte de mi padre... y no sé como me vino de repente la idea de hablarte de él, y de contarte mi historia... que á nadie había revelado... Ahora bien, si quieres ser mi amigo...

Y como por movimiento de alegría indecible, iba á arrojarme al cuello de Bamboche; detuvo mi transporte, y me dijo:

=Un momento, si somos amigos.... yo seré el amo.

=Tu serás el amo....

—Harás lo que yo quiera.

—Todo lo que quieras....

=Si me hacen daño, tomarás la revancha.

=Vive tranquilo, soy valiente.

— Me dirás cuanto digan la Levrasse y la tía Mayor?

— Todo.

— No me ocultarás nada de lo que pienses?

— Nada.... ni tu tampoco?

— Lo que quiera que hagas por mí lo haré por ti, exclamó vivamente Bamboche, salvo que yo tengo de ser el amo; porque es mi genio, y tu me lo dirás todo y me vengarás, como yo te lo diré todo y te vengaré... y juntos conspiraremos para escaparnos. Te acomoda?

— Sí, de todo corazón, exclamé feliz y fiero por haber hallado á un amigo despues de tantos trabajos.

— Ahora, añadió Bamboche con una precipitacion que indicaba lo grato que le era el haber hallado un confidente, es preciso que te diga de quien estoy enamorado.

— No es pues ya la tía Mayor! le dije con admiracion.

Encogióse de hombros.

— Serás siempre *tonto*? me dijo.

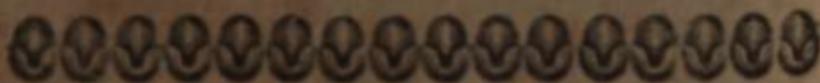
Añadió despues con afectuosa compasion.

— Veo que me costará mas trabajo desansarte que el que le costó al cojo hacerlo conmigo.

— Gracias, Bamboche, le dije, penetrado de reconocimiento; pero de quien estás enamorado si ya no lo estás de la tía Mayor?

— Voy á decirtelo, me respondió.

Y esperé aquella relacion con la mas viva curiosidad.



CAPITULO II.

Amor de Bamboche.

CUANDO Bamboche pronunció aquellas palabras, voy á decirte de quien estoy enamorado, sus grandes ojos grises brillaron con ardiente fuego, su pálida tez se coloreó ligeramente, su cara que hasta entónces me habia parecido dura y sardónica, tomó una espresion de dulzura apasionada, se hizo casi bermoso.

—Cuando llegué á la compañía, me dijo, se componia esta de un payaso; de un albinos que tragaba hojas de sable, y de una chica de diez años muy fea, delgada como un clavo y negra como un grajo, que bailaba, tocaba la guitarra y no trabajaba mal en sus ejercicios con la tia Mayor: mas como la niña

tenía siempre en sus ejercicios, el cuello, los brazos y las piernas desnudos y que era su salud muy endeble, temblaba constantemente y tenía una tos seca. La hacían cantar y doblarse cien veces mas de lo que permitía su debilidad, y aquella la mataba poco á poco. Por lo demas era un cordero por su dulzura, y servicial tanto cuanto podia.

Una vez que concluía sus ejercicios se metía en un rincon, apenas hablaba y nunca se reía: tenía los ojos pequeños, dulces y tristes, y á pesar de su fealdad, gustaba mirarla. La tia Mayor, que creo que estaba celosa de ella por causa mia, redobló su mal trato con ella, desde mi entrada en la compañía, tanto y tan bien que la chica cayó mala de veras y murió en uno de nuestros viajes. No sé donde venia ni como la Levrasse la habia hecho entrar en la compañía.

—Pobre niña! dime á Bamboche, creia que era de ella de quien estabas enamorado.

—No, no, vas á ver. La Levrasse le habia dado el nombre de *Basquine*, como á mi me ha dado el de *Bamboche*. Cuando murió, dijo él á la tia Mayor: «Es preciso hallar otra *Basquine*, pero mas linda; una muchacha de esa edad, hace bien siempre en una compañía, sobre todo cuando es linda, y que canta picante para atrapar á los bobos. Tienes razon, respondió la tia Mayor, es preciso hallar otra *Basquine*.» Hace dos me-

ses, al concluir la estación de nuestros ejercicios, la compañía estaba toda desmantelada; el Albinos había tragado una lanza de sable y había entrado en el hospital, y nuestro payaso nos había abandonado para entrar en el seminario.

—En el seminario?

—Sí, una casa grande en donde se aprende á ser cura, es lástima, porque no había mejor charlatan que nuestro *Giroflée*?

—Quién es, *Giroflée*?

—Nuestro payaso: tenía el cabello color de zanahorias oscuras, ahorro de peluca y cola roja. Solo quedábamos en la compañía, la tía Mayor, yo y la Levrasse: acercábase el mal tiempo y se concluían los ejercicios por este año: nos volvíamos aquí, donde la Levrasse pasa los inviernos, luego que una noche despues de nuestra jornada, nos detuvimos en un lugarcillo para pasar la noche: había algo que componer en nuestro carruage: la Levrasse lo llevó á casa del herrero y volvió á la posada sumamente alegre.

«Ya tengo lo que necesitamos, dijo á la tía Mayor, he hallado una Basquine.

—Bah y en donde? En casa del herrero, tiene once hijos, de los que seis son hembras: el mayor es un muchacho de catorce años, todos se mueren de hambre, una hambre verdadera, sin contar con que la madre está enferma; pero sabes lo que he visto en medio de aquella multitud de chicos? una mucha-

cha de diez años, un amor!... un tesoro!... Soberbios cabellos rubios y rizados; ojos negros y grandes, una boca como una cereza, pequeña, delgada y derecha como un junco, una cara picaresca y graciosa hasta dejarlo de sobra. Verdad es que está un poco pálida, porque se muere de hambre como el resto de la familia, pero con carne y leche se pondrá pronto encarnada y blanca. La veo desde aquí con unas enaguas encarnadas bordadas de plata, haciendo sus gracias en lo alto de la pirámide humana ó cantando con su linda voz de niña, picardiguela como *mi amigo Vicente* ó *la madre Assouille*; esto hará llover tantas piezas blancas, como la otra Basquine con su fisonomía enfermiza nos hizo llover cuartos durante su vida. = ¿Pero cómo tendrás á esa muchacha? dijo la tia Mayor. = Espera pues; he dicho al herrero: mi digno hombre, vos y vuestra familia os morís de hambre, sed y frio. = Es verdad, me respondió con tono lamentable; once hijos pequeños y una muger enferma es mas de lo que un hombre puede soportar; no tengo mas que dos brazos, y tengo que alimentar doce bocas. = ¿Quereis no tener mas que once, buen hombre? Miróme con ademan espantadizo; si, yo me encargo de la mayor de vuestras hijas; mirad, de aquella rubia que nos mira con sus grandes ojos; me la dejareis hasta los diez y ocho años, y yo le enseñaré un buen

«ficio. — Juanita, gritó el lugareño con los ojos llenos de lágrimas; mi único tesoro..... dejarla..... yo que no tengo mas alegría, ella jamás... —Vamos, buen hombre, sed razonable; siempre será una loca menos que mantener. —No sé si os daria otro de mis hijos; esta sería con gran trabajo..... Sin embargo..... nuestra miseria es tan grande.... eso sería por su bien.... pero Juanita.... Juanita.... ¡oh! jamás. —En cuanto á tomar otro de los chicos en lugar de la rubia, dijo la Levrasse á la tia Mayor, gracias por el regalo; figúrate que todos son contrahechos: no sé como diablos aquella linda chica ha salido entre tanto feo. Por eso, no, Juana y no otro, díje al herrero; y ademas, díje, os daré cien francos al contante..... en buena moneda..... pero me dejareis á Juana hasta que cumpla veinte años. Cien francos! respondió el imbécil del herrero..... cien francos! Y no acababa de admirarse; para su estado de miseria, era un tesoro. A su bestia de facha espantada, creí que iba á darme á Juanita, porque la llamó, la abrazó, besó y volvió á besar su rubia cabeza, se la comía á caricias, lloraba como un becerro..... pero bah! hé aquí que el animal me dice suspirando: idos, señor, idos: me quedo con Juanita..... si morimos de hambre, bien! moriremos, pero no me abandonará. Entonces no tienes á esa pequetita Basquine? dijo á la Levrasse, la tia

Mayor que no estaba disgustada de ello por celos, añadió Bamboche por paréntesis. Aguarda al fin, respondió la Levrasse: yo dije al herrero: escuchad, amigo: no quiero abusar de vuestra posición, reflexionad, os doy tiempo hasta mañana á mediodía, no os ofrezco ya cien francos, sino trescientos; me encontrareis hasta mañana á mediodía en la posada del gran Ciervo, y aun despues si cambiais de modo de pensar, podeis escribirme con este sobre: con esto me separé del herrero y estoy seguro de que mañana al cantar el gallo se presentará con la rubia.

—Y bien vino? le pregunté á Bamboche?

—No, pero yo que fingia dormir, habia oido á Levrasse decir á la tia Mayor lo que te he contado; curioso de ver á Basquine, me levanté de madrugada, salí de la posada y pregunté por la casa del herrero, entonces.....

Aqui llegaba Bamboche, cuando le interrumpió la gruesa voz de la tia Mayor, que gritaba desde la puerta de la escalera de la cueva.

—Ohé!..... Martin..... Bamboche..... á comer!.....

—Nos llaman, me dijo precipitadamente mi nuevo amigo, te diré lo demas otra vez.... pero llegado en casa del herrero; lo que vi, lo que oi de Juana; me enamoró de ella, pero de tal modo, que desde entonces no hago mas que pensar en ella. Su padre no quiere darla entonces, pero hace ocho dias que

oí á la Levrasse que decia á la tia Mayor que el herrero le habia escrito y que cuando llegara el hombre pescado que esperaba aqui, partiriamos y pasariamos por el pueblo del herrero, para tomar con nosotros á Juanita la nueva Basquine.

—Pero, vive Dios, estais sordos? gritaba la tia mayor. Será preciso que laje?

—Allá vamos, allá vamos, dije. Arroján-dome en seguida al cuello de Bamboche, le dije con efusion.

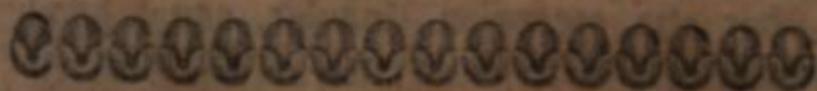
—Somos amigos.... y para siempre.... es verdad?

—Si, amigos, me respondió, muy amigos y para siempre.

.

Desde entonces data mi amistad con Bamboche.

Pocas semanas despues conoci á Basquine. Personages estraños, inesplicables, que he amado como me han amado, y que durante el curso de una existencia no menos aventurera que la saya, debia encontrar tantas veces, y en circunstancias tan diferentes.



CAPÍTULO III.

Martin al rey.

EN este lugar tenia el manuscrito una nota marginal escrita en los términos siguientes, y dirigida por Martin al rey de que hemos hablado.—Setiembre de 1845.

Por pueril que os parezca, señor, la historia de los primeros años de este niño abandonado, reflexionad y conoceréis quizá que encierra esta cuestion los mayores intereses sociales.

El albañil, del que muy niño, era yo el peon se emborrachaba.

¿Por qué se emborrachaba?

A fin de escapar de vez en cuando, por medio de la borrachera, al pensamiento presente y al del porvenir de una vida demasiado penosa.

Por una escepcion singular, aquel hombre practicaba un vicio odioso.... Sí, muy odioso, pero no menos que las causas que lo enjendran y que le hacen frecuentemente inevitable.

Entre las causas numerosas y diversas de este vicio dos son las mas poderosas

Olvidar algunas veces una vida de privaciones y fatigas incesantes.

Perder la memoria de los sufrimientos y necesidades de una familia estenuada que el salario insuficiente del proletario no puede sostener.

Hay sin duda entre los proletarios, algunos bastante fuertes, valerosos y resignados para contemplar, sin cerrar jamás los ojos, la infinita y sombría perspectiva de dias, meses y años, en que trabajando siempre, se vé sin esperanza de reposo y bienestar para su ancianidad, esperando una muerte miserable, fin de una vida mas miserable aun.

Hay sin duda entre los proletarios, hombres aun mas estoicos.

El uno despues de doce horas de un trabajo fatigoso, vuelve por las tardes á su casa, habitacion sombría, sin respiracion é infestada: ha comprado con su salario insuficiente, un pan insuficiente para su hambrienta familia, él tambien está hambriento por su trabajo cotidiano; su mujer tambien está hambrienta, porque cria penosamente al último

que nació, á quien presenta un pecho enteramente apurado, pero el insuficiente alimento es abandonado, casi entero á los niños descansados y escualidos.

Y sin embargo, durante su insomnio, el padre y la madre les oirán aun gritar, que su apetito no está satisfecho.

Asi.... todos los dias aquel hombre se levantaba con la aurora, corre á su trabajo y cumple bien con su deber.... á pesar de la objecion de esta idea desesperadora.

«Por fuerte que sea mi trabajo, por infatigable que sea mi celo.... esta noche aun.... y las demas noches tambien.... no abré ganado lo suficiente para satisfacer el hambre de los míos.... y esta noche aun y las venideras tambien sus quejas me tendrán despierto penosamente hasta la madrugada.... que indica la hora del trabajo.... Y gastaré mis fuerzas, mi vida toda en dar vueltas sin esperanza en este círculo fatal.»

Si, este hombre es estóico y venerable, porque por unos cuantos sueldos que tomase de su salario, podria como tantos otros! hallar en la taberna durante todo un dia.... lo entendeis, señor! *durante todo un dia*, el OLVIDO, de las nacientes penas que le devoran.

Y porque esos hombres valerosos son dignos de veneracion, porque resisten á los atractivos de un vicio casi inevitable en su

horrible posición, porque sufren resignados é inofensivos, ¿es justo.. es prudente abandonarles siempre á aquella agonía?...

—Porque el inocente resistió al tormento; ¿preciso es prolongar el suplicio?

Pero desgraciadamente no todos los proletarios están dotados, no todos pueden estarlo, de firmeza y energía tan estoica.....

Hay también muchos á quienes la ignorancia entonce y la miseria degrada, á quienes la falta de esperanza atolondra y pierde; esto ceden al funesto atractivo de la borrachera, en la que encuentran el olvido de sus males... otros finalmente mas degradados aun, y son los mas, aman la borrachera por si misma.

Estos son censurables; pero doblemente lo son los que condenan sin piedad á esos desgraciados, á aquella ignorancia, á aquel abandono, á aquella falta de esperanza, causas primeras y fatales del deplorable vicio en que hallan el embrutecimiento, la enfermedad y la muerte.

Otros motivos, menos desconsoladores, pero no menos fatales en sus consecuencias, contribuyen aun á la borrachera de las victimas del pauperismo.

El hombre siente sin remedio la necesidad imperiosa del reposo, de distracciones y de placer, despues de una semana de rudos trabajos.

Entre los proletarios hay hombres, que gastados por la costumbre de una resignacion austera, ó debilitados por las privaciones, hallan en el apático descanso del cuerpo y del pensamiento en que permanecen sumidos el domingo, una compensacion suficiente á los duros trabajos de la semana.

Otros hay dotados de cierta instruccion, de una fina y viva imaginacion y de ideas delicadas que no han podido borrar los trabajos manuales.

Entre estos los unos buscan los domingos una distraccion ó un placer en la lectura de los poetas ó filósofos, los otros se recrean en la inteligente contemplacion de los monumentos artisticos espuestos al público; otros en la admiracion de las bellezas de la naturaleza, sabiendo hallarla adorable, espléndida, tanto en su inmensidad, como en sus pequeñas creaciones, permanecen encantados ó conmovidos religiosamente á la vista de un deslumbrador y radiante sol al ponerse, al aspecto de mil brillantes mundos en una noche de estío, ó por el exámen curioso de un ramillete de flores agrestes, de un insecto cuyo cuerpo parece de oro y esmeralda y sus alas de finas gasas.

Pero forzosamente no son numerosos los que apesar de los cuidados y fatigas de una condicion siempre laboriosa, ruda, precaria, muchas veces deplorable y embrutecedora,

pueden adquirir ó conservar aquella fina percepción, aquellas impresiones, aquella nobleza de ideas indispensable en los goces intelectuales.

Entre los proletarios, muchos bien que laboriosos y probos, han sido criados en la ignorancia y en la miseria, desheredados de aquella educación liberal que sola realza y refina los instintos, dando el gusto de las distracciones escogidas y de las recreaciones del cada.

¿Qué sucede? despues de una semana de opresion, de privaciones, de trabajo, ceden á una irresistible necesidad de placer.

Arrastrados por el ardor de la juventud por una especie de fiebre de expansion, acuden con fogosa impaciencia á los solos sitios de distraccion abiertos á su pobreza!

Entonces, horribles tabernas en que se vende un vino ponzoñoso, manjares nauseabundos y mugres infestadas se llenan de una multitud en delirio, y al rededor de ruidosas tabernas se ven por todas partes charlatanes y titiriteros ó en medio de escenas ignobles y degradantes cuanto hay de digno y respetable en el hombre, se pone en ridiculo é insultan en el inmundo lenguaje de los mercados. Mas allá son cantantes, y entre ellos, ancianos, mugeres y niños cada cual rivaliza de impudor y cantos obscenos, para escitar la alegría brutal de los bebedores sentados en las mesas.

Todas aquellas pasiones irritadas y desencadenadas, gruven pronto como una tempestad, dominada apenas por el clarín de los saltimbanquis, por el ruido de los tambores, y el repiqueteo de las campanas, que llaman á los espectadores. Un polvo sofocante y fétido se levanta y envuelve como una niebla espesa, aquella grande orgia del pauperismo.

Llega la noche, rojas luces iluminan aquellos semblantes avinados ó incandescentes; entonces se redoblan los gritos, y los cantos cínicos de una alegría brutal; la borrachera que rugia sorda se manifestaba al fin.

A los acentos de una hilaridad grosera suceden las injurias y las amenazas; despues las brutalidades y las violencias; muchas veces corre la sangre. Aquellos rostros antes tan alegres y purpúreos por la borrachera, se ponen lividos; aqui acardenalados, alli sangrientos ó llenos de barro; no son hombres, no son fieras, son ya locos furiosos. La acción espantosa del emponzoñado vino que les venden, pone á aquellos desgraciados en un estado de frenesi. A veces, sus mugeres, sus hijos temblando y desconsolados, son testigos de aquellas horribles escenas: mugeres casadas, jóvenes solteras, despues de haber tenido todo el dia la vista y los oidos escandalizados por las canciönes y gestos de los saltimbanquis, ven un marido, un padre ó un hermano, víctima de una encarnizada pelea,

rodar ensangrentado á sus pies; sus modestos vestidos del domingo están desgarrados y llenos de fango, se levanta bamboleándose, y su borrachera le hace desconocer á seres tan queridos, prodigales la injurias y amenazas.

Pero se hace tarde, las luces se apagan, la tormenta se apacigua; aquellas voces poco antes tan alegres balbucean ó gimen, aquellos hombres poco antes tan violentos ó tan enérgicos se rinden bajo su mismo peso.

Un silencio triste interrumpido de vez en cuando por lejanos gritos, reemplaza á aquel espantoso tumulto: á muchos les ha vuelto la razón, y vergoazosos, abatidos y arrepentidos, vuelven á sus casas, y se echan tristemente sobre sus lechos, pensando ya en el trabajo del día siguiente.

Si, esto es odioso; si, esto es horrible! si, la razón se muestra repugnante, el corazón se entristece al ver aquellas criaturas de Dios, dotadas de un alma inmortal, y teniendo en sí todos los géneros del bien y del mal, complacerse, bajarse y degradarse con semejantes placeres.

Pero ¿á donde están, para ellos, para poder condenarlos, los placeres nobles, delicados, elevados y puestos al alcance de aquellos miserables, en cambio de sus goces brutales?

¿Qué pruebas de solicitud se dan á esos

masas desheredadas? Se ha pensado en ellas como instrumento de trabajo, en explotar sus fuerzas, su inteligencia y su vida. Pero ¿quién ha cuidado jamás de sus placeres?

Si, de sus placeres: ¿y por qué no? ¿Se ha pensado jamás que aquellos, sobre todo tienen necesidad de placeres y distracciones, despues de largos dias de un trabajo penoso, porque su condicion es dura? Se ha procurado ennoblecer y elevar estas distracciones? A los que enriquecen el pais durante la paz, á los que le defienden durante la guerra ¿se han abierto en nombre de la patria, cada semana, varios lugares de honestos placeres, en donde cada cual pueda hallar recreaciones dulces y puras, que le encanten, que le consuelen y que le enseñen?

No, no: ¿y con qué derecho se censura entonces á aquellos desdichados, porque se entregan á placeres groseros, los únicos que están á los alcances de su miseria y de su inteligencia que ninguna educacion ha desarrollado?

Algunas palabras aun, señor.

En la relacion sincera de los diversos acontecimientos de mi vida, vereis presentarse varias veces á los dos compañeros de mi primera infancia.

Bamboche, el hijo del leñador, aquel niño abandonado, que despues de haber visto morir á su padre sin socorro en un bosque,

es rechazado con tan cruel desprecio cuando por primera vez pide á un hombre rico «trabajo y pan.»

Aquel niño, caído al principio en manos de un miserable vagamundo, que le enseña el disimulo y la supercheria, que despues dá por casualidad en manos de saltimbanquis, que con su depravacion y sus brutalidades le enseñan el vicio y el odio.

Basquine... la hija de un desgraciado artesano, que no pudiendo resistir á una espantosa miseria, está casi en el punto de venderla á unos titiriteros... que se preparan á esplotar de un modo infame, aquel inocente tesoro de hermosura, de gracia y de candor.

Cualquiera que sea el porvenir de estas dos criaturas, señor, antes de pronunciar sobre ellas un juicio inexorable... acordaos de lo que ha sido su infancia... y la censura dará lugar quizá á la piedad... á la mas profunda y dolorosa piedad...

Y estas no son escepciones, señor; entre todos los que fatalmente caen en abismos profundos de perversidad y de infamia, hay muy pocos, muy pocos que no hubiesen sido honrados y buenos si su vida no hubiera empezado en el abandono y en la miseria; en una situacion cerrompida y corruptora.



CAPITULO IV.

La educacion.

LA Levrasse y la tia Mayor, temiendo sin duda que intentase evadirme, me vigilaban muy de cerca: estas precauciones eran inútiles.

—Si, seremos amigos, muy amigos y para siempre, me habia dicho Bamboche, despues de nuestra conversacion empezada por una riña y terminada por un abrazo dado de corazon.

—Bamboche se mostró tan fiel como yo á aquella promesa de amistad reciproca. Por un contraste singular, aquel niño de un carácter indómito, de una perversidad precoz, de una malicia refinada y algunas veces aun de una fria ferocidad, me manifestó desde

entonces el afecto] mas tierno y sincero. Confieso que sin la realizacion de aquella amistad fraternal, que por tanto tiempo fuera mi ensueño, sin la amistad que me ligó muy pronto y estrechamente á mi compañero de infortunio; hubiera procurado sustraerme por la huida al cruel aprendizaje de mi nuevo estado.

Todo el tiempo que no ocupaban mis *lecciones*, lo pasaba con Bamboche; oíale hablar de Basquine con un ardor, con una sinceridad de pasión, que pensando ahora en ella me parece extraordinaria en un niño de su edad; deshaciase á veces en lágrimas, al pensar en la suerte cruel que esperaba á aquella pobre niña, porque se acordaba de la primera Basquine: á veces saltaba de gozo al pensar que dentro de pocos dias, la hija del herrero seria nuestra compañera; otras finalmente prorrumpia en furiosas amenazas, contra la Levrasse y la tia Mayor, á la sola idea de que Basquine seria castigada como nosotros.

A fuerza de oír á mi compañero hablar de nuestra futura compañera, con una admiración tan apasionada, llegué, tanto por mi afecto á Bamboche, como por un sentimiento de curiosidad vivamente escitado, á desear impacientemente que Basquine viviese.

Sea que la tia Mayor no me juzgase digno de reemplazar en *su afecto* á Bamboche,

ó que disimulasé sus proyectos, temiendo espantarme (y no se habria enganado) no me decia una palabra de amor y se mostraba conmigo severa en extremo.

A pesar de sus favorables pronósticos que me habian predicho que antes de un mes haria de un modo mas satisfactorio, *el salto del conejo* y otros ejercicios, mi constitucion aun mas que mi voluntad se mostró al principio rebelde á las lecciones de mi maestra.

Mi anterior oficio de peon, me habia acostumbrado á marchar encorvado, interin que por el contrario la tia Mayor escigia, no solo que fuese muy derecho, sino que á veces doblase el cuerpo hácia atrás. Mi primer progreso fué marchar derecho en lugar de encorvado segun costumbre, mis costillas que sin duda hubieran salido de su sitio se enderezaron poco á poco, y á esto poco mas ó menos debe limitarse mi reconocimiento hácia la tia Mayor.

Diariamente me hacia sufrir una especie de tormento, procediendo á lo que ella llamaba, *mi soltura de huesos*. hé aqui como me enseñaba aquéllas nociones elementales é indispensables de mi *arte*.

Todas las mañanas me ataba alternativamente á cada muñeca un peso de tres ó cuatro libras; obligábame despues, bajo pena de una ruda correccion, á describir con mi brazo y paralelamente á mi cuerpo, un me-

movimiento de rotacion muy lento al principio, y despues cada vez mas rápido, siendo el hombro, por decirlo así, el punto de apoyo.

Impulsado por el peso atado á mis muñecas, lo que centuplicaba la viveza del movimiento, sentia dilatarse mis articulaciones con crueles dolores, despues (sensacion estraña y muy dolorosa) me parecia que mis brazos se alargaban..... se alargaban desmesuradamente, á medida que aquel movimiento de honda se hacia mas rápido.

Una niñada inesplicable me hacia algunas veces cerrar los ojos, á fin de que para mí fuese completa la ilusion, y entonces hubiera jurado en efecto, que mi brazo á medida que describia aquellos círculos, llegaba á tener ocho ó diez pies de largo.

En nuestras conversaciones con Bamboche, llamábamos á aquello, *hacer los grandes brazos*.

Mis piernas se sometian en seguida á una evolucion análoga, siempre por medio de pesos fijados alternativamente en cada tobillo. No se trataba ya de un movimiento rotatorio; sino de uno como la péndola de un reloj, del que la cadera era el punto articulado, y del que el pie cargado con un peso enorme formaba el balancin: renovábanse los mismos dolores y quizá mas vivos, en las articulaciones de las piernas, de la rodilla y del pie, y se reproducia la misma singular ilu-

sion, que me hacia creer que mis miembros se alargaban estraordinariamente á medida que aquel egercicio á que me sometian se hacia mas rápido.

Terminábase la leccion por lo que la tia Mayor llamaba la *torticultura*.

Bamboche me habia dicho, que en sus primeras iniciaciones de aquel nuevo tormento, por poco se vuelve loco. Parecióme esto al principio exagerado; pero instruido por la experiencia conocí la verdad de las palabras de mi compañero.

La tia Mayor me agarraba la cabeza á la altura de las orejas, que tenia con el index y el pulgar, y que pellizcaba hasta hacerme sangre á la menor resistencia por mi parte; apretándome despues el cráneo entre sus dos grandes manos, meneaba bruscamente mi cabeza adelante, atras, á derecha é izquierda, imprimiendo á aquellos movimientos sucesivos y continuos tal rapidez, que, por decirlo así, tenia el cuello torcido. Apodérábase de mí muy pronto un vértigo mezclado de dolores agudos; parecíame que se me saltaban los ojos, y que mi cerebro andaba de acá para allá en su huesosa caja: cada uno de aquellos choques me causaba un sufrimiento increíble.

Una especie de embrutecimiento pasagero sucedia casi siempre en mí á aquel egercicio, que terminaba la leccion.

Confieso por lo demás que mis lecciones no eran infructuosas, adquiri poco á poco y al precio de crueles dolores una soltura y agilidad admirable; ciertas posturas, ciertos enlaces con los miembros hubiera juzgado físicamente imposible, empezaban á hacerme familiares; pero mi terrible maestra no se detuvo aquí; hallándome sin duda bastante desosado, quiso hacerme trabajar á fondo el paseo á la turca. ¿Por qué á la turca? lo ignoro: hé aquí como era.

La tía Mayor me hacia sentar en el suelo encima de un colchon de paja: atábame la mano derecha al pie derecho, y la izquierda al izquierdo; haciame rodar en línea recta por medio de una série de vueltas continuas, cuyo menor inconveniente era partirme por la cintura: casi todas las lecciones me atacaba al concluir un golpe de sangre, al que mi maestra remediaba por medio de un cubo de agua del pozo, con que me regaba. Aquella catarata improvisada me hacia volver en mí, y pasávamos á otro ejercicio.

El paseo á la turca debía ejecutarse en público libremente, es decir, que en lugar de tener las manos atadas á los pies y recibir un impulso extraño, debía agarrarse las puntas de los pies y dar las vueltas por sí mismo.

Pasáronse así muchas semanas durante las que

la Levrasse hizo frecuentes ausencias, trayendo en diversas ocasiones, muchas cabelleras de todos colores, porque continuaba su comercio traficando con el pelo de las jóvenes indigentes.

Aumentábase mi afecto á Bamboche por lo mismo que, siendo insolente y malo con los demas, se mostraba conmigo bueno y afectuoso... á su modo... habia sido testigo de los sufrimientos que me causaba, sobre todo el paseo turco, pero con gran sorpresa mia, ni me habia consolado ni compadecido; parecíame traído durante muchos dias, vile muchas veces dirigirse preocupado á un granero desocupado, donde permanecia muchas horas; ocultábame un secreto; por orgullo no quise preguntarle.

Un dia en que salia yo abatido y tonto de mi leccion, por que se habia prolongado demasiado el paseo turco, sufriendo al mismo tiempo cruelmente de una muñeca, pues cai una vez en falso y la tía Mayor me castigó de mi torpeza, hallé á Bamboche radiante; pero al saber mi doble desgracia, se nubló su rostro y prorrumpió en imprecaciones contra la tia Mayor: examinó mi mano con una solicitud fraternal, y mirándome en seguida tristemente, me dijo con voz conmovida.

— Dichosamente será la última vez que te peguen.

—La última? le dije admirado.

—Mañana no estarás aquí, me dijo después de un momento de silencio.

—Qué no estaré aquí?

—Escucha: ayer he oído á la Levrasse hablar con la tia Mayor; mañana llega el hombre Pez; conozco al carretero que le traerá; es un buen hombre; he tomado una cuerda larga en el granero: he hecho nudos y la he ocultado; hay una claraboya que dá al campo, podrás pasar por ella puesto que yo soy mayor que tú y pasé...

—Pasar yo?... y para qué?.....

—Espera.... ataré la cuerda con anticipacion, para lo que he tomado ya un gran clavo; tan pronto como salga de aquí el carro que traiga al hombre pescado, saltarás por la claraboya; rogarás al carretero que te lleve consigo y te oculte hasta que esté tres ó cuatro leguas de aquí: una vez fuera de las manos de la Levrasse, encontrarás en alguna parte albañiles á quien servir, ó pedirás limosna entretanto.

Aquella proposicion me destrozó el corazón, é interrumpí á Bamboche con mi llanto.

—Qué tienes? me preguntó bruscamente.

—Tú no me amas, le dije tristemente.

—Yo! exclamó en tono incomodado.

—Yo! y procuro hacerte escapar de aquí.....

Hace quince dias que lo pienso. No te ha-

blaba de nada por no darte una falsa alegría, ves como me recibes!

—Si, continué yo con amargura..... te es igual que me vaya..... poco me quieres.....

Al oír aquellas palabras Bamboche se arrojó á mi dándome de puñetazos.

Aunque acostumbrado á los singulares modos de mi amigo, aquel brusco ataque cuyo significado no comprendí entonces, me irritó mucho. A mi enternecimiento sucedió la ira y volví á mi compañero golpe por golpe.

—Y yo que me privo de ti!.... yo que por poco me rompo las costillas ensayando la cuerda para ver si era bastante larga, gritó Bamboche furioso por mi ingratitud..... toma..... y acompañó aquella tierna reconvenccion con un vigoroso puñetazo.

—Y tu que me habias dicho que nunca no separaríamos, respondi no menos indignado, toma..... atrapa..... y le di un puntapie.

—Pero yo sé lo que sufres aqui! continuando esta escena de cariño con el pugilato.

—Pero bien sabes que con tal que catemos juntos, poco me importa que me muelan como yeso!

—Sea en buen hora, dijo Bamboche calmándose poco á poco: pero yo me quedo para esperar á Basquine.... Sin esto mucho tiempo ha que hubiera quemado la barraca

para asar á la Levrasse y á la tia Mayor y nosotros hubieramos huido; pero puesto que estoy retenido aqui, vete solo.

—No, porque cuando llegue Basquine, si quieres escaparte con ella necesitarás de mí.

La lucha fué suspendida por un instante.

Bamboche violento en sus amistades como en sus odios, hizo un movimiento para arrojarse de nuevo sobre mí: inciertos de sus intenciones me puse en todo caso á la defensiva; inútil precaucion; aquel muchacho singular me apretó contra su corazon con efusion, diciéndome conmovido.

—Martin, nunca olvidaré esto.

—Ni yo tampoco, Bamboche.

Y le devolví su abrazo con tan buena voluntad como le habia devuelto sus golpes.

—Ira de Dios!.... qué tengo para tí? me dijo despues de un momento de silencio.... por mas que busco nada encuentro: no comprendo nada.

—Ni yo tampoco, Bamboche, tu eres para todo el mundo un diablo encarnado, interin que para mí... por el contrario... y no es lo que me admira.

Despues de un nuevo momento de silencio pensativo, Bamboche continuó con tono mitad burlon, mitad triste que no le era natural.

—No sé como ha sido el hablarte de mi padre... antes que á tí.... á nadie habia ha-

bládo., pero se me estremeció el corazón.... Tu te estableciste en él y has permanecido como el lagarto incrustado en una piedra que enseña la Levrasse cuando hace sus habilidades.... Y eres tanto mas como el lagarto en la piedra, que estando enamorado como un loco de mi pequeña Basquine, esto no te ha hecho salir de él. Y despues me parece que desde que soy tu amigo, tengo mas placer en ser malo para con los demás.... y que tengo derecho para ello.

—Entonces ya está dicho; yo seré tu lagarto, Bamboche, conservaré siempre mi sitio, ¿pero no volverás á hablarme de salir de aquí sin tí.

—No; pero cuando Basquine esté con nosotros al cabo de algunos días, hallaremos una buena ocasion y nos escaparemos los tres.

=Y dónde iremos?

—Todo derecho, adelante.

=Y como viviremos?

—Mendigaremos, diremos que somos hermanos, que nuestros padres han muerto, se apiadarán de nosotros y nos embolsaremos su dinero, divirtiéndonos sin mas trabajo que mendigar.

=Y cuando no nos dén?

=Nadie desconfia de unos niños, robaremos.

—Hum!.... robaremos, continué con aire pensativo, acordándome de Limusino mi an-

ligno amo, que tanto odiaba el robo, así es que añadió.

—Mas valdria no robar....

—Por qué?

—Porque es malo.

—Malo? Porqué?

—No lo sé; Limusino decia que era malo.

—Yo te digo que no es malo; quieres creer á Limusino mejor que á mi.

—Decia que era preciso ganar la vida trabajando.

—Mi padre trabajaba y no ganó mas que la muerte..... respondió Bamboche con aire sombrío.... el cojo mendigaba y robaba cuando podia.... lo que no impide que jamás mi padre y yo hiciéramos una comida tan buena como la peor del cojo.... Yo tambien antes de mendigar pedi trabajo cuando murió mi padre. Tenia buen ánimo. ¿Y me dieron trabajo? No. ¿Quién se ocupa de mi? Nadie. ¿Trabajan los lobos? El lobo cuando tiene hambre, come. Trabajar! ah! bien! sí! La Levrasse ó la tia Mayor no trabajan; roban los niños como nosotros, los atormentan y nos hacen danzar en público como perros sabios, y con esto ganan mucho y llenan su bolsa.... y si llego á encontrarla yo.... su bolsa.... no tengas cuidado que nos hemos de reir..... Si no esperase á Basquine..... y brillaron los ojos de Bamboche; dilatándose su pecho al pronunciar aquel nombre.... ya estaríamos

lejos..... ten paciencia y veras cuan alegre vida pasamos los tres libres y alegres como los pájaros de Dios picoteando en todas partes. ¿Y qué estos piden permiso para tomar lo que necesitan para vivir, y viven? ¿Qué hubiera respondido á esto tu viejo imbécil de Limusino?

—Diantres! Escucha, Bamboche, no somos pájaros.

—Somos mas ó menos? ¿Te crees mas que un pájaro? me preguntó Bamboche con dignidad.

—Me creo mas que un pájaro, respondi yo iluminado por mi amigo sobre el valor individual.

—Pues entonces, dijo Bamboche con aire de triunfo por el dilema que iba á proponer. Somos mas que los pájaros y ¿no tendríamos derecho para hacer lo que ellos hacen? ¿no tendríamos el derecho de picotear para vivir?

Confieso que aquel dilema me embarazó mucho y no supe que responder.

Como tantos otros niños abandonados no tenia nocion alguna del bien ni del mal. Me engaño, habia retenido algunas severas palabras de mi amo contra el robo, pero siendo simplemente afirmativas no podian dejar hondas raices en mi alma y luchar contra las seductoras palabras de mi compeñero, porque confieso que aquella vida libre y con-

tenta, pasada con Bamboche y Basquine, alimentada por las limosnas de personas compasivas, y en último caso por medios aventurados, me parecía el bello ideal de la felicidad.

CAPÍTULO V.

El hombre pez.

LA tarde misma en que había rehusado aprovechar los medios de evasión que me proporcionara Bamboche, la Levrasse me hizo señas con la mano para que le siguiese al cuarto de las cabelleras.

Aquel hombre, con sus gestos convulsivos, su sangre fría, su sonrisa falsa y burlesca, sus labios sardónicos y pellizcados, me espantaba aun más que la tía Mayor, á pesar de sus gruesas manos y su varonil voz: algunas veces esta, viéndome anonadado por cansancio, inundado de sudor, sujeto á un vértigo y con los ojos inyectados de sangre,

interrumpía mis lecciones derobáticas, dándome algunos momentos de descanso; pero cuando la Levrasse asistía á aquellos ejercicios, se mostraba implacable.

—Vamos, vamos, Martinito, decia con acento dulce é irónico, tienes calor: no nos enfriemos; es mal sano..... Si te detienes, me veré obligado á tomarte á latigazos, la medida de un chaleco de franela.... pero tendrás derecho para llevarle hasta que cumplas setenta y un años....

Y me hacía un gesto grotesco.

Me espanté, pues, mucho al verme solo con la Levrasse en el cuarto de las cabelleras: cerró la puerta, y despues me dijo:

—Martinito, estoy muy contento de ti, y voy á darte una prueba de confianza.

Abri los ojos admirado.

—Leonidas Requin llega mañana por la mañana.

—¿Leonidas Requin? ¿nuestro amo? (Llamábamos á la Levrasse *amo*; era la fórmula oficial.)

—Sí, respondió la Levrasse, y como eres el mas moderno aquí, su cuidado te corresponde, Martinito.

—Qué cuidado, amo?

—Uno de confianza, bien entendido, porque ese pícaro Bamboche, seria capaz de ahogarle y dejarle sin agua.

—Y en qué consiste ese cuidado particular?

—Harás comer al hombre pez, puesto que solo tiene agallas..... lo que no le es muy cómodo para manejar un tenedor y un cuchillo.

—Será preciso que yo liaga comer al hombre pez, amo?

—Y que le cambies el agua todos los días, Martinito, porque vive dentro de una gran cuba en su calidad de pez de agua dulce.

—Cambiarle el agua! exclamé cada vez mas consternado por mis nuevas funciones.

—Tendrás, además, que hacerle berber dos veces al día agua del Nilo, de la que tengo hecha provision, porque no puede beber mas que de aquella, que es la de su rio natal; pero ten cuidado con tus dedos, porque muerde..... pues por parte de su abuelo descende de la familia real de los cocodrilos de Egipto; y por la de sus bisabuelos de los caimanes sagrados y reverenciados y honrados por aquel pueblo embrutecido....

Aquellas palabras pronunciadas con el acento del charlatan que con la varilla en la mano enseña un fenómeno, fueron interrumpidas por la llegada de la tia Mayor, que se precipitó como un huracan en el cuarto de las cabelleras.

Tenia la Alcides hembra un ademan furiosa y amenazador y traia en la mano una cuerda de pozo, lavada cuidadosamente y llena de nudos de trecho en trecho.

Un presentimiento secreto me dijo que era la cuerda de que Bamboche me habia hablado y que debia servir para mi evasion.

—El pícaro de Bamboche queria espase, dijo gritando la madre Mayor, lo sospechaba y acabo de verle ir con paso de lobo al granero junto al palomar, le seguí sin que me viera y le sorprendí con esta cuerda debajo del brazo.

—Ah! ah! hizo la Levrasse con un gesto que me dejó temblando.

—Hay mas, habia fijado un clavo en la barra de la claraboya, para colgar la cuerda.... y dejarse caer fuera.....

—Oh! oh! hizo la Levrasse con un gesto mas grosero que el primero.

He atado en la cueva al pícaro; dad una educacion! enseñad un oficio á estos tunos; para que se larguen cuando esten en el caso de trabajar.... esclamo la madre Mayor; pero voy.....

La Levrasse se detuvo.

—Alto ahí! la madre. El se ha acostumbrado á tus caricias, tú haces mas ruido que daño; á mi no se me siente, mas que á un topo en su agujero..... nada se oye.... y mis buenos consejos, penetran mucho mas en la piel que tus grandes extremos de furor..... Está en la cueva el pequeñito Bamboche?

—Sí; y atado de firme.... aunque ha querido devorarme las manos.

—Vamos á hacerle mi visita: dijo la Levrasse con su dulce acanto y se dirigió á la puerta con paso ligero y silencioso, como el de un gato montés que va á ocultarse para acechar su presa.

Nunca jamas, desde mi entrada en la casa, la Levrasse habia castigado por su mano á Bamboche, así es que las amenazas y la salida de *nuestro amo* me helaron de espanto por mi compañero.

Pronto vino á colmarle la madre Mayor, que deteniendo á la Levrasse por un brazo le dijo á media voz:

—No vayas muy lejos, no más...

—No tengas cuidado, no lo necesitamos hasta dentro de quince dias, respondió la Levrasse, no te atormentes... nada oirás.... yo no hago ruido.... ninguno.... ninguno...

Y salió repitiendo aquellas palabras que acompañó con un gesto extraño.

—Es igual, se dijo á sí misma la madre Mayor, con ademan visiblemente inquieto y olvidando sin duda que yo estaba delante; es igual, voy yo también.... es más prudente... la Levrasse tiene esta tarde algo de malo en los ojos...

Y arrojando la cuerda que tenia debajo del brazo, se encaminó á la puerta, dejándome desesperado, porque era por mí, por haber querido facilitar mi evasión, por lo que Bamboche iba á sufrir un castigo, que me

parecía tanto mas terrible, cuanto que era mas misterioso.

Agarrando entonces á la madre Mayor por el brazo, la dije:

—Yo era el que queria escaparme... Bamboche habia preparado la cuerda para mí, yo se la habia pedido... y yo solo merezco el castigo.

—Ah! tú querias escaparte!..... Bueno es saberlo, dijo la madre Mayor examinándome con atencion, y ese pícaro Bamboche te ayudaba, tanto valeis el uno como el otro. ¿Queréis robarnos el oficio que os damos.... pero un instante que aquí estoy yo. .

Diciendo esto, me dejó en el cuarto de las cabelleras, y cerró la puerta dando dos vueltas á la llavé.

Tiréme contra el suelo desesperado, me deshice en llanto, porque me acusaba de ser la causa involuntaria del castigo de Bamboche.

Pasada aquella primera crisis, escuché para ver si oia los gritos de mi compañero.

Todo permaneció en el silencio mas profundo.

Alcéme hasta la ventana, guarnecida por dos hierros cruzados, y nada ví.

Llegó la noche. A la hora de la cena oí llamar á mi puerta y la voz de la Levrasse que me decia:

—Martinito.... te acostarás sin cenar, este valmará tu agitacion; mañana el hombre pez, tu nuevo conocido te consolará.

Pasé una noche muy penosa, mucho mas que la que habia pasado en aquel mismo cuarto el primer día que llegué en casa de la Levrasse.

Cerca de las doce rendido por el cansancio y la tristeza me dormí, pero turbado mi reposo por sueños siniestros: veia á Bamboche sometido á dolorosos tormentos y le oia decirme:—«Martin, Martin; tuya es la culpa.» En medio de aquellos espantosos sueños se me aparecia la monstruosa figura del hombre pez que me perseguia y yo no podia escapar á sus crueles mordeduras.

Dos golpes frecuentemente dados á mi puerta me despertaron sobresaltado en medio de aquel sueño: era de día: escuché y oí la voz de la Levrasse que decia:

—Pronto, pronto, Martinito... el hombre pez acaba de llegar, y espera á su servidor.

Abrióse la puerta.

La realidad continuaba por decirlo así mi sueño, miré á la Levrasse con aire espantado, y acordándome en seguida de los diversos incidentes de la vispera le dije:

—Y Bamboche?

—Bamboche? es mas dichoso que tú... está entreteniéndose al fresco... tiene licencia... por algunos dias...

Despues de un momento de silencio, añadió la Levrasse.

—Ah! tu querias escaparte, Martinito, no

te abandonan así papá y mamá, eso no es justo...

—¿Dónde está Bamboche? quiero verle, exclamé yo ¿Qué le hicisteis ayer?

Y como la Levrasse me respondiese con un gesto sardónico, mostrándome la puerta, me callé, reflexionando en la inutilidad de mis preguntas; pero decidido á aprovechar de mi libertad para acercarme á mi camarada.

Cuando llegué al pátio con la Levrasse encontré á la madre Mayor, que desplegando sus fuerzas hercúleas, ayudaba al carretero á hacer resbalar por varas, un cajon bastante pesado y de forma singular, en que estaba encerrado el hombre pez, como lo anunciaba un enorme letrero, escrito con letras encarnadas sobre fondo blanco con estas palabras.

EL HOMBRE PEZ.

*Pensionista de Monsieur de la Levrasse
artista acróbata.*

Aquel cajon oblongo, semejaba bastante á un gran baño cuadrado y forrado en zinc. Dos agujeros circulares con cristales sin pulir, daban luz al interior, interin que en la delantera se veian varios agujeros, destinados á la comunicacion del aire, y que impedian el ver á los curiosos é indiscretos.

Encima de la cubierta y hácia la parte posterior de la caja, habia un cañon ancho, que

parecia destinado á recibir el agua de que se llenaba el cajón, agua que cuando se queria cambiarla, debia salir por medio de una llave situada en la estremidad inferior del cajón. Cuando dejaron correr hasta el suelo el cajón, el carrero, hombre de una fisonomía buena y sencilla y que parecia mirar su carga con una especie de temor mezclado de curiosidad, dijo á la Levrasse.

—Espero que estareis contento con este viaje? Sali ayer y llego; la noche estaba tan hermosa que so'o me he detenido para hacer comer á los caballos, como veis; he andado veinte y dos leguas en quince horas y....

La Levrasse interrumpió al carrero.

—Habeis cambiado el agua á mi hombre pez como os lo habian encargado?

—Yo, señor la Levrasse, nadie me ha dicho nada.

—Ah! desgraciado! gritó la Levrasse como si estuviese en una terrible ansiedad, qué olvido!!!

—Pero M. Boulingrin en cuya casa tomé el pez .. No, el hombre pez nada me dijo.

—Nada os dijo?

—No, M. la Levrasse, solamente dijo: tio Lefevre, hé aqui una caja que encierra á un hombre pez, nada necesita, yo le he puesto dos merluzas y una anguila para que coma y....

Sin oir mas la justificacion del carrero, arrojóse la Levrasse al cajón, y poniendo la

loca en uno de los agujeros, practicados para que pasase el aire, dijo:

—Leonidas... mi buen hombre..... cómo estás?

Una voz doliente respondió al principio algunas palabras en idioma desconocido, que nos hizo abrir las orejas al carrero y á mi. (Después he sabido que fué una cita de Séneca en latin) añadió en seguida en buen francés.

—Cambiar el agua... cambiar el agua.

—Habeis entendido, tio Lefevre. dijo la Levrasse al carrero, tenia tanta necesidad de que le cambiase el agua que lo dijo al principio en egipcio!

—Era egipcio?

—Del mas puro egipcio del Nilo: asi es que queria cambiar de agua; estaba cierto; continuó la Levrasse con inquietud, porque es tan delicado para mudar de agua como una sanguijuela. Ah! tio Lefévre, añadió la Levrasse con tono solemne de reconvencion, quizá sereis causa de una gran desdicha.

Volviéndose en seguida á la madre Mayor; dijo:

Pronto! pronto! cubos de agua fresca, es capaz de morir si no....

E intant que la madre Mayor y yo ibamos á llevar los cubos de agua á la bomba, la Levrasse abrió la llave inferior del cajon y el agua corrió en abundancia.

La Levrasse tomó uno de los cubos que yo traía y le vació dos ó tres veces por el cañon.

—Ah! esto hace mucho bien!..... dijo la voz con espresion de extremo contento y sin el menor acento extranjero.... Esto hace bien?

Siguieronse á aquella esclamacion varias palabras latinas.

El carrero parecia pesaroso por haber comprometido involuntariamente la existencia del hombre pez, egipcio que hablaba tambien el francés.

—Y yo que por tanto tiempo, he caminado por la orilla del rio, dijo el carrero con espresion de amargo sentimiento. Y decir que sabiendo que conducia á un hombre pez y no se me ocurrió hacerle entrar en el agua, hasta que esta cubriese el cajon.... y haberle dejado así durante una hora en la corriente, para refrescar bien á este digno hombre, no, á este digno pez, no, á este digno hombre pez: soy un imbecil.

Apenas el carrero se espresó en estos términos, cuando pareció que el habitante del cajon se agitaba violentamente, como si le hubiera espantado la combinacion hidráulica de su conductor.

—Desgraciado! esclamó la Levrasse, volviéndose hácia el infeliz carrero: buena la hubiérais hecho.

Inclinándose despues á los agujeros, preguntó:

—Leonidas, amigo mio, vás mejor?

—Mejor.... mejor.... pero al rio jamás.... decidlo al carrero.

—Este perillan se ha hechado á perder con la frecuentacion del Nilo, dijo la Levrasse, no puede sufrir otro rio.... Vá.... Aristócrata..... añadió volviéndose al cajon.

—Ah! M. la Levrasse, dijo el carrero, alzando la cabeza... que famosas entradas vais á tener en todo el camino. En todos los pueblos, en las aldeas, en las ciudades, en todas partes han seguido millares de personas mi carro. Ah! un hombre pez!.... un hombre pez!.... esto es raro y curioso! decian al leer vuestro letrero.... sí, amigos míos..... respondia yo.... le conduzco á M. la Levrasse que es el propietario, y como pasará por aqui con su compania, vereis al hombre pez!

—Primero quiero ver á Bamboche, á ese diablo tan maligno, pero que me gusta verlo.

La Levrasse interrumpió al carrero.

—Has pasado por Saint-Geñet, le dijo.

—Sí, mi amo.

—Y mi encargo?

—Entregué vuestra carta. Ah! es cosa para partir el corazon; el herrero está casi moribundo.

Al oír aquellas palabras, redoblé mi atencion, Bamboche habia completado sus confi-

dencias, diciéndome el nombre del pueblo en que vivía Juanita, la futura Basquine de la compañía.

—Con que es verdad? El herrero está muy malo! exclamó la Levrasse, sin poder disimular su alegría. Su muger no me había engañado en la carta: y á ella la has visto? á la muger?

Si; siempre enferma, es cosa para partir el corazón, ver al padre y á la madre enfermos, rodeados de aquel enjambre de chicos en cueros y muriéndose de hambre.

—Lo ves, el herrero está moribundo; repitió la Levrasse con aire pensativo, y mirando á la madre Mayor.

—Lo que te prueba que es preciso despachar aquí cuanto antes.

—Si, si, lo mas pronto será lo mejor, respondió la Levrasse.

Aquella determinacion de la Levrasse me causó grande alegría. Bamboche sería dichoso al saber que pronto vería á Basquine! Desde entonces mi idea fija fué buscar el medio de llegar hasta mi camarada á fin de anunciarle tan feliz nueva.

La Levrasse dirigiéndose al carrero, le puso algun dinero en la mano diciéndole.

—Vamos, toma para ti, tus caballos han descansado, vete.

—Oh! oh! yo no me voy así sin dos cosas, respondió el carrero.

—Qué dos cosas?

—Bamboche duerme, dijo bruscamente la Levrasse.

—Tanto peor: la segunda cosa es la propina.

—Hé jurado á mi abuela moribunda el no dar jamas propinas, dijo la Levrasse con una solemnidad grotesca.

—Esperad pues; la propina que os pido es que me dejeis echar una ojeada al hombre pez, he querido por el camino observarle por los agujeros y nada he visto.

—Cuando lleguemos á tu pueblo de Apremont, te daré un sitio gratis el dia siguiente á la última representacion.

—Pero mi amo.....

—Ah! te burlas? Al volverte contaras por el camino lo que has visto del hombre pez, y como hay muchos que se contentan con ver por los ojos de otro, disminuirás mis entradas.

—Os juro que....

—Bastante hemos hablado.... repitió la Levrasse. ¿has prevenido en los parages en que te has detenido que compraré pelo?

—Si, si, dijo el carrero, ahogando un suspiro de curiosidad engañada. He dicho que harias vuestra cosecha, segador de cabelleras, y barato, porque el pan está caro este año.

—Vamos, vete y buen viage, dijo la Levrasse mostrando la puerta al carrero.

—Con que no quereis?

—Te irás? respondió la Levrasse dando una patada con impaciencia.

Pocos momentos despues se cerraban las pesadas puertas del patio, nos quedábamos solos, la Levrasse, la madre Mayor y yo á la vista del cajon misterioso en que estaba encerrando el hombre pez.

Confieso que á pesar de mis vivas inquietudes por la suerte de Bamboche, y de la preocupacion que me causaba mi deseo de llegar hasta él para anunciarle su próxima visita con Basquine sentia una curiosidad mezclada de temor, hácia el personaje á quien debia, segun las órdenes de la Levrasse, prestarlos servicios mas asiduos.

CAPITULO VI.

El segundo premio de honor:

El hombre-pezu oyó sin duda cerrar las puertas, y dijo con voz tímida por entre los agujeros del cajon.

—¿Puedo salir ya?

—Aguardá, dijo la Levrasse; ese truan de carrero es tan curioso, que no dudaría se encaramase en el carro para mirar por encima de la puerta, ó que aplicase sus ojos á la cerradura: madre Mayor, subir arriba y observad si se aleja.

El Alcides hembra se dió priesa á obedecer; apareció al poco rato en una de las ventanas del granero y dijo, siguiendo al parecer con la vista al carro que se alejaba.

—No hay cuidado.... el tío Lefevre está allá abajo.... dá vuelta á la callejuela.

—Vamos, Leonidás, puedes tomar el aire, dijo la Levrasse al hombre-pezu abriendo el cajon.

Mi corazon latia en aquel instante de temor y de curiosidad; iba por fin á contemplar al misterioso fenómeno.

Levantóse la tapa del cajon, y salió poco á poco y con dificultad un hombre de pequeña estatura, cuyos miembros estaban entumecidos. Lo que mas me llamó la atención fué ver enteramente seco el ropon ó saco en que estaba envuelto aquel personage, y que le tapaba los brazos; esperaba yo, por el contrario, que saliera chorreando agua, acordándome de los dos ó tres cubos que la Levrasse vertiera por el embudo del cajon.

Leonidas Requín, (tal era su nombre, nombre verdaderamente predestinado.) Tendria unos veinte y cinco años, sus facciones irregulares.

y grotescas fielmente copiadas, parecían un bosquejo trazado por una mano inesperta, el ojo derecho con el párpado superior medio caído siempre, á consecuencia de un defecto natural, estaba mucho mas alto que el ojo izquierdo desmesuradamente abierto: esto producía la mirada mas particular del mundo. La punta de la larguísima nariz de Leonidas en vez de salir recta se torcía considerablemente hácia la mequilla izquierda, incorreccion grave que hacia parecer ridicula la boca, aun cuando esta ocupaba su lugar, entre dos gruesos lábios, bajo los cuales apenas se distinguía la barba; tenía además la cabeza grande y el pelo claro y lacio, con muchas pintas de viruelas en el rostro imberbe á trechos.

Aquella figura ridicula sobre todo, dejaba ver tanta bondad y timidez, que en lugar de causarme risa la vista de nuestro nuevo comensal, le miré con interes.

EGO ET ANIMAL SUM ET HOMO NON TAMEN DUOS ESSE NOS DICIS (1). *Soy al mismo tiempo animal y hombre sin que pueda decirse que soy ambas cosas.*

Tal fué la cita latina con que el hombre pez Leonidas Requin, nos saludó al salir de su pretendida piscina.

Inútil es decir, que en aquella época de mi vida, no distinguí las palabras pronun-

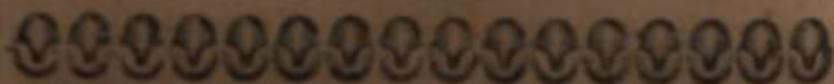
(1) Carta de Séneca GXIII.

ciadas por Leonidas, oí solamente unos sonidos incomprensibles para mí, pero habiendo encontrado despues varias veces durante el curso de mi vida aventurera á Leonidas Requin, en situaciones no menos diversas que originales, nos hemos recordado nuestra primera entrevista en casa de la Levrasse, que he sabido entonces lo que significaba aquella cita tomada de Séneca, autor favorito del hombre-pep que debia practicar personalmente la estoica filosofia de su maestro.

Encuentro en mis papeles el fragmento de una carta que Leonidas Requin me escribió quince años despues: á pesar de la infima posicion en que me encontraba entonces, habia creido poder asegurar á un antiguo camarada, una posicion mas feliz y decorosa.

En esta carta, destinada á comunicarla á un tercero, Leonidas esplica con la mas candorosa franqueza, las causas que le habian conducido á aceptar y representar el papel del hombre-pep.

Hé aquí el fragmento; él dará á conocer y hará amar quizás á este nuevo personaje que se hallará mas de una vez en el curso de estas memorias.



CAPÍTULO VII.

Fragmento de una carta de

Leonidas Requiu.

«..... Nací para ser sastre; y aun creo que lo hubiera sido famoso: mi ambicioso padre no lo quiso; que su memoria sea respetada!.... porque tenia el mejor corazon, pero el juicio mas falso que he conocido, mi buen Martin.

Era portero en casa de M. Raymond, director del colegio del boulevard del Monte Parnaso (alli se puede ir á tomar informes.) Mi tio, sastre de peca fama, vivia cerca del colegio, y componia la ropa de los alumnos: cuando le llevaba algunas prendas á componer y le veia manejar la aguja con tanta

destreza, cruzado de piernas sobre el banquillo, en su habitacion bien caliente en invierno, por medio de una estufa de hierro, y bien ventilada en el verano por el aire del boulevard, no creia que pudiese haber sobre la tierra suerte mas venturosa: el ruido de sus grandes tijeras de acero, cortando el reluciente paño, y la vista de los ovillos de seda de todos colores me causaban el mayor placer; pero mi admiracion por mi tio, llegaba á ser una veneracion casi supersticiosa, cuando me devolvia nuevo al parecer el pantalon de un estudiante que le habia llevado Dios sabe como.

Debo confesar que la inmoralidad del cuerpo á la que obliga aquel oficio, que tan maravillosamente transfigura los vestidos viejos, me seducia mucho, porque, enfermizo y poltron tenia horror al movimiento: un presentimiento secreto me decia tambien que siendo moralmente muy timido, y fisicamente muy feo, de una clase de fealdad ridicula y estúpida, como un ojo alto y otro bajo, sin contar mi tuerta y larga nariz, no me perjudicarian estas imperfecciones en el oficio de sastre, ni me privarian tampoco de la confianza que quieran concederme mis parroquianos.

A pesar de estas buenas disposiciones, mi padre con su loea vinidad, destruyó mi porvenir... ET FIENT ET FACTA ISTA SUNT (*Y estas*

cosas se han hecho y se harán siempre) como dice el divino Séneca.

Era un día de distribución de premios; mi padre había visto pasar por delante de la portería muchos educandos coronados, y llevando debajo del brazo, hermosos volúmenes, lujosamente encuadernados, le había exaltado de tal modo la armonía de la música que sonaba despues de nombrar á cada premiado; finalmente, le habían hecho tal impresion las palabras del ministro de instruccion pública, que se dignaba honrar la ceremonia con su presencia, y calificó á los jóvenes educandos GLORIAS FUTURAS DE LA FRANCIA, que aquella noche misma mi padre suplicó á M. Raymond, me recibiese por caridad en su casa, haciéndome seguir los estudios á pesar de mi decidida aficion al taller de sastre de mi pobre tío. M. Raymond que apreciaba mucho á mi padre, no tuvo dificultad en encomendarme á un maestro, y así empezó mi educacion universitaria.

Desgraciadamente y á causa de mi ridícula figura, mi corta edad, mi poco ánimo y mi condicion social de hijo del portero, llegué, quién lo diría, á ser al poco tiempo un discípulo sobresaliente.

No lo tomeis por paradoja, mi querido Martin; achuchado, corrido, mortificado por todos mis camaradas, cuyo juguete era, mas esforzaba por hacer grandes progresos para que

mis maestros me protegieran; deseaba ser el primero para colocarme lo mas lejos posible de los bancos inferiores, donde generalmente se hallaban mis mas encarnizados perseguidores, los estudiantes mas malos y traviesos.

Si yo hubiera sido capaz de concebir orgullo, fácilmente me habrían hecho estos descender de mi empireo, pues lo mas comun era que atravesasen las piernas para dejarme caer de boca, cuando me encaramaba á mi primera grada.

Uno de los dias mas desgraciados de mi vida, fué aquel en que estando en sesta clase, resonó mi nombre por primera vez en la distribucion de premios del colegio de Luis el Grande.

—«*Leonidas Requín!*» gritó con voz estentórea el censor, que llamaba á los laureados.

Aquel nombre tan raro, produjo una risa general y la música empezó á tocar: *Eneantadora Gabriela*.

Estaba sentado en mi banco con los demás discipulos del colegio; al oirme llamar, permanecí lleno de espanto, á la sola idea de tener que atravesar aquella brillante concurrencia y subir al tablado con acompañamiento de música.... Me hubieran hecho pedazos antes que hacerme mover de mi asiento. «*Leonidas Requín*» repitió el censor con voz aun mas sonora.

Redoblóse la hilaridad acompañada con

la música que tocaba un *crescendo*.

Perdiendo entonces enteramente la cabeza, me puse en cuatro pies y me oculté debajo del banco en el momento en que la música callaba. «*Requin etsá allí oculto.... debajo del banco.*»

Gritó una voz aflautada uno de mis discípulos, un verdadero cangro, como podeis pensar.

Al oír aquellas palabras que resonaron en medio del mas profundo y repentino silencio, todos los espectadores se volvieron hácia el sitio que yo estaba, oí un gran movimiento á mi alrededor, se reían; chillaban y llamaban á *Leonidas Requin*, en todo los tonos y con los epitetos mas raros.... Dos de mis camaradas me tiraron de los pies, me defendi como un leon, dando espantosos gritos; redobláronse las risotadas, la cosa rayaba ya en escándalo; para hacerlo cesar el censor pronunció enfadado; *ausente*. Continuó la distribucion, y solamente se oyeron nuevas risotadas cuando me llamaron otras dos veces, pues habia obtenido dos primeros premios y un segundo.

Esto no pasa de ser ridiculo, hé aquí lo que fué atroz, mi querido Martin.

Al volver de la distribucion, M. Raymond, el director del colegio, me hizo ir á su gabinete, y despues de reprenderme con dulzura por mi invencible timidez, me dijo.

—Requin, debéis ser, y sereis el honor de mi casa; desde hoy no os considero ya como mi discípulo, sino como hijo mio; seré yo mismo vuestro maestro y comereis á mi mesa.

Mi otro padre..... el padre Requin, que al entrar me habia azotado lindamente para que aprendiese á no hacer otra vez semejantes tonterías, por poco se muere de alegría al saber las bondades que usaba conmigo el director. Os he dicho que aquellas diferencias eran feroces y vais á juzgar de ello, mi querido Martin.

Desde el dia en que fui el favorito de M. Raymond, fui para él un cebo, una muestra, un reclamo vivo para atraer á su establecimiento discípulos con mis estrordinarios adelantos, atribuidos á la excelente educacion que se debia dar en el colegio de M. Raymond, etc.

Siempre habia huido de las *recreaciones*, que á pesar de la vigilancia protectora de los maestros, eran para mí horas de tribulacion: pasaba, pues, el tiempo de la recreacion en el cuarto de mi padre, refugio inviolable, en el que no sabiendo que hacer, estudiaba; pero cuando llegué á ser el discípulo favorito de M. Raymond, no solamente continuaba trabajando durante la *recreacion*, sino que trabajaba los domingos y dias de fiesta, acostándome á media noche, y levantándome á las cinco de la mañana: para mí no habia vacaciones y trabajaba continuamente sin descansar. Las consecuencias de aquella educacion

fueron terribles dolores de cabeza, pero no me atrevia á quejarme, los soportaba y seguia trabajando á mas no poder.

En una palabra, el digno M. Raymond, me ponía en una estufa, por decirlo así, á fin de obtener, por medio de un trabajo forzado, cuantos frutos precoces podia dar mi talento.

Aquel hombre creia sin duda, que al cabo de una ó dos estaciones se secaria la planta, agotada por la demasiado temprana produccion; poco le importaba á M. Raymond, con tal que consiguiese el producir efecto al público: enfermizo y débil, ¿como podria resistir á los trabajos exajerados, á los sufrimientos fisicos casi continuos? No lo sé: pero continué floreciendo en cada verano escolar é inclinándome todos los años bajo peso de las palmas universitarias.

M. Raymond triunfaba: todos los años se leia en los periódicos este anuncio importante:

«El educando *Leonidas Requin*, que acaba de obtener tres premios en el gran concurso, y cinco en el colegio de Luis el Grande, pertenece al famoso *Instituto Raymond*, boulevard del Monte Parnaso. No necesitamos recomendar esta escelente casa de educacion á los padres, etc., etc.»

Bien podeis pensar, mi querido Martin, que raras veces tenia tiempo para reflexionar lo que haria de mí, pero cuando esto me sucedia, por casualidad, era para pensar con amar-

go sentimiento en el establecimiento de mi tio el sastrecillo: porque lo que llamaban mis triunfos estaban muy lejos de hacerme envanecer: no hago aqui el modesto: me habia propuesto (y hasta entonces habia cumplido mi palabra obstinadamente, no afrontar la coronacion pública) al distribuir los premios, me proclamaban siempre ausente, renunciando de este modo á la sola recompensa que hubiera podido causarme algun vértigo de orgullo. Mis sucesos despojados de este modo de todo prestigio y reducidos á su mas simple expresion, se reasumian para mi, en burlas, golpes y otros testimonios de la celosa version de mis camaradas, que á pesar de la proteccion que me rodeaba hallaban siempre medios de llegar á mí; y ademas como mi timidez, mi poltroneria y la conciencia de mi fealdad ridicula, me hacian huir de todos dándome un aire selvático, me creian orgulloso por mis ventajas, y llovian sobre mí las quimeras, á la menor ocasion.

Y sin embargo, mi querido Martin, (esto me ha hecho estimar en algo mi buen sentido) á pesar de mis docenas de coronas, y conociendome por un excelente humanista... me veia sinceramente muy bestia... El último de mis camaradas manifestaba en el trato social, cien veces mas talento y recursos de imagiacion que yo.

En sacándome de mis traducciones del latín al francés, ó del francés al latín y al griego, monótono y estéril ejercicio, semejante en todo á la huesosa y penosa evolucion de la ardilla encerrada, terminados aquellos inútiles y pesados trabajos, que prolongados durante siete ú ocho años, embotan y concluyen, con cuanto hay de vivo, penetrante y curioso en el entendimiento de los niños y adolescentes; era yo un estúpido.

Dos ó tres veces M. Raymond tuvo la desgraciada idea de querer introducirme á mi su fenómeno en pequeñas reuniones de amigos. Estaba abatido, incapaz de tomar parte en una conversacion cualquiera, á menos que no se tratase de autores latinos ó griegos, y de la mayor ó menor propiedad del idioma francés para espresar fielmente el texto... y aun entonces balbuceaba sin conseguir jamás el espresar mi pensamiento con claridad. Fuera de esto parecia tan completamente idiota que M. Raymond se disgustó sin dificultad, de la presentacion de mi clásica persona. Yo estaba encantado con aquella exclusion, y si hubiera podido afectarme me hubiese consolado de mi imbécil timidez diciendo con el divino Séneca: *Sed semel hunc vidimus in bello fortem, in foro timidum.* Muchas veces hemos visto hombres valientes en la guerra, timidos en el foro.

Cuantas pruebas mi querido Martin, po-

dria citaros á propósito de mi imbécil incapacidad. Hé aquí una entre mil.

Amaba mucho á mi padre, fui á pasar unos dias en Normandia; quise escribirle, hice veinte borradores á cual mas malos: estaba tan acostumbrado á vivir únicamente de las palabras, de las frases y de los pensamientos ajenos, que me fué imposible espresar mis ideas con palabras y frases mias.

Por un contraste muy singular, el mismo dia en que renuncié á escribir á mi padre, recibí una carta de uno de los mas atrasados de la pension. En ella me decia, que en mi calidad de gallo y adulador (ah! el gallo si... pero adulador jamas), y de discípulo muy aventajado, le desagradaba infinitamente, y mi vista le atacaba los nervios, en una palabra, que le fastidiaba, y que si en adelante no me arreglaba de modo, que fuese alguna vez el último, *como todo el mundo*, podría contar, á pesar de mis protectores, con la mayor paliza que hasta entonces se hubiese descargado en las encorvadas espaldas de *un estudiante sobresaliente*.

No os doy aquí mas que la sustancia de la carta, mi querido Martin, pero era admirable, jamás hubiera yo escrito una semejante.

Concluía proponiéndome que tuviese bastante ánimo, para no abusar de mi posicion y *luchar á quien cometeria mas barbarismos en la próxima composicion para el premio,*

solo medio, decia, de igualar nuestras armas.

Aquel atrevido y cínico desprecio por la composicion para el premio, que es lo mas sagrado de la region universitaria, me pareció monstruoso; aquel jóven me parecia un sacrilego, soñé que le quemaban en manera de acto de fé, sobre una hoguera compuesta de todos sus *pensums*, y que habia una montaña. Despertéme pidiendo que le hiciesen gracia... y que abandonasen á aquel desgraciado á la venganza de sus remordimientos.

Pero hay naturalezas indomables; él debia colmar la medida, fumando anís en pipa y dando una gran patada en el vientre alcensor, que le habia roto la pipa entre los dientes.

Fué arrojado del colegio solemnemente, y al oír las maldiciones terribles y espantosos pronósticos que le hicieron al dejar la clase, le creí fatalmente destinado á perecer en un calso.

Despues he visto su uombre (y vos le conocéis, mi querido Martin, pues habeis estado á su servicio.) Despues, dijo, he visto su nombre, en letras encarnadas del tamaño de un pie detrás de los vidrios de todos los gabinetes de lectura. Ha llegado á ser uno de nuestros mas célebres poetas.... Y yo *cheu miser!* (ay! miserable) en quien S. E. el señor ministro de instruccion pública veia una de las

glorias futuras de la Francia, me he visto forzado á abdicar mi dignidad para ser hombre pez.

Pero una vez fuera de la vida las *humanidades* he aprendido, al experimentar la vida humana, á espresar mis ideas y puedo ahora escribiros una carta como la presente cosa que me fuera imposible en los hermosos dias de mis triunfos escolásticos.

Pocas palabras aun, para llegar á nuestra primera entrevista..... (ya hace quince años) en casa de aquella abominable Saltimbanquis llamado la Levrasse, donde os hallé niño aun; con esta *soldadura*, sabreis mi vida toda entera.



CAPITULO VIII.

Continuacion de la carta de Leonidas Requín.

Os he dicho, mi querido Martin, que M. Raymond triunfaba en mi y triunfaba con fruto, los discipulos se aumentaban prodigiosamente y mis obstinados sucesos tenian una pequeña parte en aquella afluencia; pero los triunfos de M. Raymond no estaban esentos de inquietudes.

Concluia yo entonces la retórica: desde el dia fatal en que me oculté debajo del banco para escapar á mi coronacion, ni mi padre, ni mis maestros, ni M. Raymond, ni aun el mismo provisor, habian podido vencer mi tenaz y negativa resolucion, respecto á una

oracion pública acompañada de música y apretones de manos ministeriales, episcopales y otros.

Por una parte mi modesta obstinacion gustaba á M. Raymond, porque si por mis sucesos yo era el representante mas illustre de su casa, hubiera sido fisicamente hablando el mas triste y grotesco representante de su instinto, y en todas circustancias, el ridiculo es siempre peligroso.

M. Raymond hombre hábil, conocia esto perfectamente; tal era la hoja de rosa que impedía á aquel digno Sibarita, de descansar del todo voluptuosamente, en mis adelantos; si hubiese sido posible presentar en mi lugar sobre el teatro de la Sorbona, á alguno de los atrasados, rico, elegante, lindo como lo son casi todos, el triunfo de M. Raymond hubiera sido completo; pero aquella sustitucion era un negocio muy delicado, y no podia ni aun pensarse en ella.

En medio de esto, y hácia el fin del año escolar, cayó malo mi padre. No sé porqué ni como se le antojó pedirme como un favor que le hiciese gozar del aspecto de mi próximo triunfo, porque nadie dudaba que lo obtendria: ya hacia tiempo que para mi componer, era obtener el premio, y se trataba del *de honor*.

Decia mi padre, que la emocion que sentiria al verme *marchar en mi gloria*, pro-

duciria seguramente una feliz revolucion en su naturaleza, destruyendo quizá la enfermedad que le habia atacado: por poco razonable que fuese aquella idea, llegó á ser para él fija; una especie de monomania: lloraba de un modo tan doloroso si yo me negaba, y parecia tan dichoso, diré casi *llevado* con la menor esperanza, que vencido por su dolor y á pesar del terror que tenia á una ovacion pública..... me resigné..... ofreci.....

Al oír aquella promesa, mi padre que habia dos meses que estaba en cama saltó de ella exclamando:

—Tú me vuelves la vida, Leonidas.

En el momento de la composicion, tuve una idea monstruosa..... me acordé de la sacrilega propuesta de mi condiscipulo.... de luchar con barbarismos; si, Martin; hubo un momento en que pensé hacer un discurso en latin tan detestable, que me privase de toda esperanza, y escapar de este modo á la ovacion tan temida..... pero retrocedí ante aquella cobardia.

Llegó el dia fatal, *omnia paticuter fereuda* (preciso es soportarlo todo con paciencia) me dije poniéndome el único frac de mi padre: habia muerto mi tio el sastre, sin esto me hubiera cortado uno de su mas esquisito *Elbeuf*. Aquel frac mio pequeño para mí, y cuyas mangas apenas llegaban á mis muñecas; hacia parecer mis manos, dos veces

mayores y mas encarnadas: llevaba una corbata con los picos bordados, un chaleco rayado de color problemático, cortado de un vestido de mi difunta madre, un pantalon estrecho, de mahon descolorido que me llegaba al tobillo, medias de lana negra y zapatos sumamente bastos. Colocad este equipage en la fea y timida figura que conocéis, mi querido Martin, y vedme acompañado de M. Raymond y de mi padre, que segun decia, habia hallado sus piernas de cuando tenia quince años, subir en un coche, para ir al suplicio, es decir á la Sorbona, donde se distribuian los premios del gran concurso.

Tengo el derecho de haber sido y ser corbarde toda mi vida, porque aquel dia mostré un valor heroico.

—Leonidas, me dijo mi padre, apretándome la mano en el momento en que me separé de él para ir á sentarme en los bancos destinados para los estudiantes, Leonidas, no tendrás miedo?

—Tanto como Leonidas tuvo en las Thermopylas, padre mio, respondi yo fieramente: y subí á mi asiento.

Mi padre no comprendió la alusion, pero mi aspecto le tranquilizó enteramente.

El primer premio de honor se concedió á un llamado Adrian Borel, del colegio de Carlotomagnon. Estoy seguro que le hubiese obtenido yo, sin la preocupacion en que me pu-

so la fatal promesa hecha á mi padre, el segundo fué mio y despues de la fórmula de costumbre la voz fatal proclamó:

—*Leonidas Requin*:

Y la música empezó á tocar la marcha de *Hernan Cortés* para que yo *desfilase*.

Un sordo murmullo de curiosidad acogió mi nombre, las grandes noticias se comunican siempre con una rapidez eléctrica; se sabia ya, no sé como, que el famoso discípulo de M. Raymond, que cediendo á una modestia esagerada, se habia negado hasta entonces á tan lisongeros triunfos, se dejaria coronar, en fin, públicamente.

Una nube pasó por delante de mis ojos al oír que me llamaban y empezaba la música: tenia un ruido confuso en los oídos, pero me dije á mi mismo: «mi padre me mira, ánimo.»

Levantéme valerosamente y marché hácia la izquierda, debiendo ir hácia la derecha. Una mano caritativa me hizo dar una vuelta de pronto y me dijo: «sigue derecho.»

Seguí la hilera de bancos.

—A la izquierda ahora, me gritó la misma compasiva alma.

Volví á la izquierda, y me hallé en el ancho espacio que, separando la sala en dos partes, conducia al estrado. Dirijime á él con los ojos fijos, sin mirar á ninguna parte, y como si atravesase por una tabla puesta en-

cima de un abismo; habia tomado por punto de vista la espléndida toga del gran maestro de la universidad.

Guiado por aquella especie de estrella polar, llegué en fin á los primeros escalones del estrado; pero les subí con tanta precipitacion, o mas bien torpeza, que enredándose mis pies con el tapiz, cai á la mitad; mi espantada fisonomia, mis ridiculos vestidos y los nombres estraños á que habia respondido, tenian al auditorio perfectamente dispuesto á la hilaridad, mi caida fué la señal de una explosion universal de risotadas.

Estuve heróico, pensando en la angustia que aquel grotesco incidente debia causar á mi pobre padre, me levanté valerosamente en medio de la risa general: llegué al fin á la parte superior, y me precipité ciegamente en los brazos del gran maestro, que lejos de esperar aquel brusco abrazo, se preparaba á ceñir mi frente con la corona de laurel; consiguiólo, aunque con bastante trabajo; pues le impedia mi intempestivo y convulsivo abrazo; pero ¡oh fatalidad!... la corona, demasiado grande, cayó sobre mis ojos, que ocultó enteramente bajo sus espesas hojas; en lugar de desembarazarme de la corona, perdí enteramente la cabeza, y estendi maquinalmente los brazos, siendo para mí el resto de la ovacion una especie de gallina ciega. Los gritos, *que te engañas*, sonaban en medio de:

estrepitosas carcajadas: finalmente, tuve la suerte de caer cabeza abajo con tal violencia, que perdi el conocimiento.

Aquella caída fué realmente una dicha para mi, querido Martin, porque el desenlace un poco serio de aquella escena burlesca, hizo al menos que tuviesen piedad de mí: habiendo durado poco mi atolondramiento, tuve la feliz ocurrencia de fingir que duraba, y dejarme trasportar fuera de la sala, con la cara ensangrentada por una herida poco peligrosa; así recogí al paso palabras llenas de interés y compasión.

—Pobre diablo, decía uno, por un premio de honor... tenía el aire estúpido como un pato..... pero es lástima que haya dado semejante caída.

—Yo, decía el otro, siento que la gallina ciega no haya durado mas tiempo..... vi el momento en que agarraba al obispo por la cabeza....

—Ah! ah! es verdad; decía un tercero, me dará que reír para mucho tiempo etc. etc.

¡Tiernas pruebas de compasión que me acompañaron á mi salida de la sala!.

Ocho dias despues de este último *triunfo* perdía á mi pobre padre, el dolor de ver que se burlaban de mi al principio, despues el miedo de ver que me llevaban ensangren-

tado, le causaron tal revolucion que sucumbió á los pocos dias.

M. Raymond, como hombre hábil, habia vendido su establecimiento en el momento en que adquiria una fama, que no podia menos de decaer: interin asistia yo á la agonia y á la muerte de mi pobre padre. M. Raymond despues de haber instalado á su sucesor en su lugar, habia marchado para Lorena, resuelto á descansar de sus trabajos: habia recibido de él un billete, en que me decia que temiendo distraerme de las penosas ocupaciones, que me retenian junto á mi padre, se marchaba con gran sentimiento suyo, sin verme, pero que me habia recomendado muy particularmente á su sucesor.

En último resultado, yo no servia para nada, y M. Raymond aprovechó la ocasion de desembarazarse de mí....

Mis relaciones con su sucesor fueron muy cortas y sencillas; era un hombre frio, perfectamente educado, pero segun me pareció, enemigo de entretener ilusiones y yendo derecho al negocio.

Hé aqui poco mas ó menos lo que me dijo:
—Mi querido M. Requin, habeis sido el mejor discípulo de la casa de M. Raymond, vuestros brillantes estudios han concluido; la muerte de vuestro padre os deja completamente dueño de vuestras acciones. Con todo si no juzgais á propósito salir en seguida de

esta casa, cuyo orgullo habeis sido, me creeré dichoso pudiéndoos probar la estimación que profeso á uno de los mas brillantes discípulos de la universidad, ofreciéndoos un cama en el dormitorio y un asiento en mesa de los escolares.... durante quince dias..

Pasados estos M. Requin, creed que mis votos os acompañarán siempre en la carrera que juzgueis á propósito seguir.

Al oír aquellas palabras, Seguir una carrera, permanecí estúpido, atolondrado, petrificado.

¿Qué carrera iba á seguir? En mi vida habia pensado en ello, y M. Raymond explotando el presente, no se habia ocupado nunca de mi porvenir. ¿Para qué era yo capaz? ¿Para qué carrera era adecuado? ¿con mi pacotilla de treinta coronas, con mis cincuenta volúmenes magníficos, sin contar con mis cualidades de excelente humanista, para qué servia? Conocí entonces con cuanta razon me creia un bestia á pesar de mis triunfos y sentí amargamente la falta del taller de mi pobre tío.

El sucesor de M. Raymond, adivinó mi embarazo y me dijo.

—Mi querido M. Requin, concluidos vuestros brillantes estudios, debeis necesariamente para que os sean productivos, tomar primero el grado de bachiller en letras y seguir los cursos de la escuela de Medicina, de la de Derecho ó de la Normal, para que llegueis

á ser médico, abogado, notario ó profesor; pero para seguir los cursos se necesita tener con que vivir y con que pagar las matriculas. ¿Teneis con qué hacerlo?

No tengo mas que mis coronas, mis libros y los muebles de mi padre, una cama, una cómoda, una mesa y dos sillas.

—Eso no basta, me respondió el sucesor de M. Raymond con su aire frio y metódico; os hubiera propuesto taviéseis aquí el repaso; pero un profesor que ha sido el compañero de todos sus discipulos, no puede nunca tener la autoridad necesaria para dominarios, sobre todo cuando su natural timidez, y.... y me permitiré decirlo, cuando su fisico, no es mas á propósito para imponer respeto, sin el cual no hay subordinacion posible.

No tengo con que costear la carrera de medicina, leyes ó notariado, es verdad, exclamé yo, mis discipulos, si los tuviese, se reirian de mí en mi cara, es sumamente claro; jamás tendré el valor y firmeza necesarios para imponerles respeto; pero entonces ¿qué quereis que haga?

Es pregunta á la que me es imposible responder, mi querido señor Requin; no he resuelto el problema de vuestro porvenir; lo he puesto claramente á vuestra vista, la solucion os pertenece, y así como os dije al principio de [nuestra conversacion, mis votos os

acompañarán en cualquier carrera que sigais.

—Pero puesto que todas las que pudiera seguir me están cerradas porque soy pobre, de qué sirve la educacion que me han dado? ¿Qué va á ser de mí?

—Ya he tenido el honor de haceros observar, que proponia el problema de vuestro porvenir sin resolverlo..... esto os pertenece.... entre tanto; creed que mis votos, etc., etc.

Imposible me fué obtener otra respuesta.

Durante los quince dias de gracia que tan generosamente me concediera el sucesor de M. Raymond, permanecí en una completa miseria, abatido, embobado, é incapaz de tomar una resolucion, por la sencilla razon de que no tenia ninguna que tomar. Como las personas que no tienen la energia de tomar un partido decisivo, al pensar que se acerca un suceso fatal, me decia á mí mismo, que sin duda el sucesor de M. Raymond me concederia quince dias mas aun. Debo confesar que si lo hubiese hecho, al cabo de dos ó tres meses no estaria mas adelantado. Ahora bien, aquel digno hombre, que estaba dotado de un buen talento y penetracion, hizo sin duda igual reflexion, porque el dia que hacia quince, á mediodia entró en la clase vacia y solitaria, donde yo estaba por costumbre (los colegiales estaban en vacaciones) con aire de formalidad y sentimiento á la vez me dijo:

—Vengo á despedirme de vos, querido señor Requin. ... muy querido señor Requin....

Comprendi que era preciso conformarme y respondi con un suspiro de resignacion.

—Voy á marcharme. Os pido solamente el tiempo necesario para buscar un mandadero que lleve los muebles de mi difunto padre, mis libros y mis coronas.

—Habeis tomado habitacion?

—No señor.

—Y á donde van esos muebles, esos libros?

—No lo sé.

—Me inspira's mucho interes, me dijo el sucesor de M. Raymond, y aunque me he propuesto no aconsejar nunca á nadie, hé aquí lo que os propongo: vuestros libros y vuestras coronas serán un hermoso recuerdo de vuestros adelantos colocados en la biblioteca del colegio; cedédmelos. Os compraré tambien los muebles de vuestro padre y servirá al conserje que le reemplace, y si quereis creerme, ireis á vivir de huésped, que es lo mas cómodo para un hombre solo: voy á pagaros vuestros libros á cinco francos cada uno: los muebles los apreciará un tapicero; del total se descontarán los gastos del entierro de vuestro padre, cuyo recibo os presento, y os entregaré lo restante.

Dos horas despues salia yo de la casa del sucesor de M. Raymond con un lio bajo del brazo y 720 francos en el bolsillo.

Uno de los mas graves inconvenientes de la educacion que habia recibido como tantos otros, era el de ignorar completamente los primeros rudimentos de la vida práctica, de la vida real, en la condicion dada, y muy frecuente por desgracia, *de un hombre absolutamente entregado á sus propios recursos, los que se componen de su ciencia de brillante humanistas.*

Decia bien mi divino Séneca: *Bonis externis non confidendum* (no se debe contar con los bienes eternos). Esto era de una aplicacion sumamente fácil; yo nada poseía; me habian enseñado á no dejarme dominar voluptuosamente por las riquezas; lo que fuera excelente si antes me hubiesen enseñado el modo de adquirirlas.

Despues que me comiese mis 720 francos, me encontraba incapaz de ganar ni aun el alimento necesario. Débil, y acostumbrado á cierto trabajo de inteligencia puramente mecánico, nadie mas incapaz que yo para los trabajos que requieren fuerza, y este hubiera sido mi solo recurso.

Preciso es tambien decir que semejante educacion hace al que la recibe incapaz de un trabajo manual, ya sea que mi orgullo imbécil le aleje de él, ya que se lo impida la impotencia física ó ya finalmente que la idea de *trabajar con sus manos* no puede presentarse á su imaginacion; tan exorbitante es, tan

fuera está de la esfera en que le han acostumbrado á vivir.

Bien conoceis; mi querido Martin, que no brillaba por mi conocimiento del mundo; nunca habia salido del cuarto de mi padre, de la clase de M. Raymond, mas que para ir al colegio, y durante el camino desde el pensionado á Luis el Grande apenas dejaba correr la vista á mi alrededor, absorto siempre en mislecciones de la vispera ó del dia, y muy poco curioso de los incidentes de la calle. Tan extraño á la vida y costumbres de Paris, como el provincial mas lejano, juzgad de mi embarazo al hallarme solo en el barrio latino, obligado á buscar una casa y proveer á todas mis necesidades.

Un tendero de ultamarinos, muy complaciente, al que me dirigi, me indicó una modesta casa de la calle de Harpe en la que me estableci. No sabiendo donde ocultar mi tesoro, mis 720 francos, para que no me lo robasen, tuve la feliz idea de depositarlos en las manos del amo de la casa, que se encargó de ellos de muy buena gana.

Aquel acto de *condescendencia*, hizo nacer en mi una estremada confianza; preguntéle donde podria yo hallar ocupacion. Su primera pregunta (y me la repitió despues muchas veces) fué.

=¿Qué sabeis hacer? ¿Para qué sois adecuado?

Mi respuesta fué tambien siempre la siguiente.

—He obtenido el segundo premio de honor, sé perfectamente el latin y el griego.

—Entonces enseñad el latin y el griego: me respondió muy sensatamente mi huésped.

—A quién?

—Mi digno jóven, no lo sé.... buscad..... yo me ocupo solamente de mi casa y no en buscar discípulos.

Buscar..... fácil era decirlo, ¿pero dónde? ¿Podia yo buscar, y sobre todo hallar, con la falta absoluta del conocimiento de mundo y el ningun trato de gentes? El consejo semejaba á una pesada burla; yo no podia decir al primero que pasase si necesitaba de mis servicios: hice sin embargo algunas tentativas, y me dirigí á dos estudiantes vecinos míos: el uno me dió su palabra de honor la mas sagrada, de que me encargaria de enseñar el griego al primer hijo varon que tuviese de su estudianta: el otro me respondió que de los idiomas antiguos no le gustaban mas que el *rom* y *ahumar bien una pipa*.

Vergonzoso y con miedo, me faltó el ánimo para sufrir nuevas burlas y nuevos desengaños, me volví á caer en una apatiasemejante á la que tuve durante los quince días de *gracia* que pasé en casa del sucesor de M. Raymond.



Pareciame que los quince dias no se concluirian jamás, y lo mismo me sucedió con mis 720 francos: ilusion sostenida por desgracia por la resolucion que tomé de entregar al amo de la casa, cobrándose el importe de mi habitacion y comida del depósito. Aquella candidez rara en el barrio latino, hizo tal efecto en aquel buen hombre, que me dió de comer perfectamente, á *peligros y riesgos* míos.

Pasábase el tiempo. Salia poco; embebido en un adormecimiento inerte, solo tenia un objeto: separar de mi imaginacion el porvenir que me esperaba cuando se concluyese mi escaso capital; vagas y locas esperanzas me engañaban tambien muchas veces.

Es imposible, me decia yo, que un hombre que ha obtenido el segundo premio de honor y que ha sido laureado en mas de treinta veces, muera de hambre y de miseria. ¿Cómo saldré de este mal paso en que me ha colocado la fatalidad? No lo sé, pero un presentimiento secreto me dice que saldré.

Algunas veces procuraba vencer mi apatia llamando á mi auxilio á mis mejores recuerdos clásicos.

Vana optari, vana timere remedium á philosophia pretendum (solamente la filosofia puede poner remedio á los vanos deseos, á los vanos temores decia yo con el digno Séneca: y agotaba el fondo de mi filosofia.

— *Desprecia las riquezas.*

— *Sufre con resignacion.*

Yo no tenia riquezas que despreciar, pero sufría con resignacion, segun la terminante recomendacion de la filosofia, pero con esto, la solucion práctica de la cuestion de mi porvenir permanecia en el mismo estado.

Un dia entró en mi cuarto mi huésped, radiante de alegria.

— Os he hallado un discipulo, me dijo, ganareis treinta francos al mes, uno por leccion, se trata de un buen muchacho que ha hecho muy malos estudios, y que quiere ponerse en estado de presentarse al grado de bachiller en letras.

Me creí salvo; á pesar de algunas desconfianzas con respecto á mi autoridad moral y fisica, porque conocia que era poco imponente, y sin embargo solo con un discipulo, creí poder vencer mi timidez.

Presentáronme mi discipulo; era tan timido, tan feo y casi tan ridiculo como yo; me pareció la mejor criatura del mundo, y desde el momento me manifestó la deferencia mas respetuosa, dile su primera leccion.

Encontréme entonces con un escollo espantoso cuya existencia no sospechaba. Desde aquel dia solamente, fué cuando comprendi que podia poseerse una instruccion verdadera, saber mucho, y ser completa y absolutamente inepto para enseñar á los otros.

tenia la mayor dificultad para explicarme; la menor objecion me desconcertaba, y concció que para que mis lecciones produjesen fruto, era preciso traducir corrientemente y en voz alta, mezclar la traduccion con disertaciones; destinadas á hacer resaltar tal belleza ó el disgusto de tal espresion; criticar las faltas de mi discípulo y darle la razon de mi critica: por desgracia, aquella facilidad de trabajo, aquella especie de facundia oratoria, no las poseia yo: siempre fui un estudiante, fuerte y constante, y nadie puede comprender lo penoso; lento y pesado de mi método

Con todo no me desesperancé, pensé que adquiriria la costumbre y que á las lecciones siguientes tendria mas confianza con mi discípulo. ... No sucedió así, y como antes que todo he sido siempre hombre de bien, á los ocho dias confesé á mi discípulo que tratar de seguirle enseñando mas tiempo, era robarle su dinero.

=Con efecto, me respondió sencillamente, veo que no estoy mas adelantado hoy que en mi primera leccion.

Dióme en seguida ocho francos, por mis ocho lecciones y nos separamos, penetrados el uno por el otro de la mas profunda estimacion.

Este golpe fué decisivo, mostraba los ningunos recursos que podia sacar de mi edu-

eracion, y volvi á caer en apatia; acordándome de mi mácsima favorita, *omnia patienter ferenda* (preciso es soportarlo todo con paciencia).

Pasáronse así cuatro meses, una mañana entró en mi cuarto el huésped.

—No nos quedan nada mas que veinte francos, despues de pagada vuestra quincena M. Requin, me dijo, vengo á deciroslo, no porque yo desconfie, ¡gran Dios del cielo! puesto que nada me debeis, pero quiero teneros al corriente de vuestros negocios.

Me quedé petrificado.

Creia deber vivir con mis 720 francos, un año, dos, siempre, que se yo! Suponiendo el huésped que sospechas nada favorables á su honradez causaban mi admiracion, volvió pocos momentos despues con un enorme cartapacio donde estaban apuntadas mis comidas de cada dia, comidas por desgracias, demasiado esquisitas para mi bolsillo y que habia aceptado con la mas completa distraccion.

El huésped me dijo con dignidad, entregándome mi cuenta y mis veinte francos.

—Hé aquí vuestros veinte francos, M. Requin, no tengo la costumbre de que sospechen de mi, teneis aun once dias pagados con anticipacion, que aun podeis vivir aqui; pero concluidos, tanto quiero á otro cualquier arrendatario como á vos.

Y al salir dejó los veinte francos sobre mi cómoda.

El círculo fatal en que estaba encerrado se estrechaba cada vez mas, y la misma incapacidad paralizaba mis fuerzas. Gasté el último sueldo de mis veinte francos, la vispera del dia en que mi huésped me significó, que habiéndose concluido mi quincena, era preciso pagarle otra adelantada ó salir de su casa. Salí.

Hacia mucho tiempo que practicaba el abandono mas filosófico respecto á mis vestidos; caianse á pedazos, llevaba los zapatos rotos por mil partes y mi sombrero llegó á ser una cosa sin forma ni nombre: sentia desde el dia anterior una hambre devoradora y no sabia á donde ir á acostarme aquella noche, pues no tenia un cuarto en el bolsillo.

Caminando al acaso, llegué por la calle de la Delfina al puente Nuevo, y seguí maquinalmente el malecon, todas mis máximas de filosofía clásica: entre otras varias me acordé de las siguientes que tenian una aplicacion práctica inmediata.

Nan ut quandoque moriaris, etiam invito positum est; ut quem voles, in tua manu est quid in mora est? Nemo te tenet? evade, quá visum est! Elige quamlibet rerum naturae partem: Quam tibi praebere exitum jubeas! Haec nempe sunt et elementa, quibus hic mundus administratur, aqua, terra, spiritus! Omnia ista, tam cau-

sae vivendi sunt, quám viae mortis, etc., etc., etc.

(Morir un día, cuando tu no quieras, hé aquí tu obligacion: morir cuando quieras, hé aquí tu derecho. ¿Por qué tardas? Nadie te detiene. Concluye como quieras; escoge en la naturaleza el elemento á quien quieras encargarle que te abra la salida. Estas tres grandes bases que constituyen el conjunto de las cosas; el agua, la tierra y el aire, son el mismo origen de la vida y ministros de la muerte etc.)

Nunca ví tan sábia aquella doctrina del suicidio como entonces. Miré al rio que corría á mi izquierda, estaba en calma, claro, y coqueteaba como si fuese un espejo con los rayos del sol.... La tentacion era fuerte.... Pero á pesar de ella seguí mi camino hácia los campos Eliseos.

Oí sonar al poco rato la campana de una iglesia; nunca habia sido devoto; pero recordándome aquel melancólico ruido cuanto sabia yo de la moral cristiana, me mostró tambien la vanidad..... respecto á mi condicion presente.

Aquella moral, como la de los sábios de la antigüedad, predicaba tambien el desprecio de las riquezas, la resignacion, la esperanza de una vida mejor, glorificaba y recomendaba la fraternidad humana, diciendo á los hombres: «Sed hermanos..... amaos los

unos á los otros....» Yo no pedia mas sino que cualquiera me amase, mirándome como á un hermano, y que me dijese: ¿No tienes asilo?.... Hé aquí mi abrigo.... ¿Tienes hambre?.... Toma..... come.... Pero ¿donde hallar ese hermano en Jesucristo? La caridad depende del que puede hacerla y no del que la implora, es igual á la famosa máxima de *la blanca vale la vaca*; pero es necesario tener la *blanca*.

Al menos en esto me parecia superior la doctrina del suicidio; era cosa practicable inmediatamente, y al alcance de todos; no era uno de aquellos principios, cuya realizacion depende de la voluntad ó caridad de un tercero; vuestra suerte depende absolutamente de vos.... es un momento que pasa... y despues.... otra vida.... Y es cierto que cualquiera que fuese no podia ser mas miserable que la que yo iba á dejar: estaba moralmente convencido, sin embargo seguia adelante. Teniendo á mi izquierda al Sena siempre preparado, siempre pronto á recibirme, sentia una especie de tranquilidad, interrumpida solamente por los ardores y desfallecimientos de una hambre canina.

Llegué así á los Campos Eliseos, y el ruido de los clarines y timbales llamó, á mi pesar, mi atencion. Volví la cabeza, y vi varios teatros de saltimbanquis al aire libre.

En un tablado colocado frente á uno de

aquellos teatros, un payaso y su amo atraían con sus juegos y palabras á la muchedumbre, invitándola á que entrase en el teatro, compuesto de cortinas, y en cuya puerta se levantaba un enorme cuadro representando á un gigante con una enorme boca, en la que dos hombres armados de tenedores tan largos como horquillas, introducían infinidad de pavos asados, salchichones y pasteles.

Encima del cuadro se leía en caracteres grandes.

FENÓMENO VIVO.

Come delante de la respetable sociedad diez libras de carne, un pastel de cinco libras, un queso de Holanda y un pan de seis libras!!!

Aquello escitaba vivamente la curiosidad pública, acudía la gente de tropel á ver al fenómeno; los dos otros teatros estaban desiertos, y los saltimbanquis contemplaban con ojos tristes y envidiosos la buena fortuna de su compañero.

Qué bella carrera!.... fácil... y cómoda!... y bien alimentado!.... digo sonriéndome con tristeza..... Hé aquí un hombre privilegiado. Ah! si los premios de honor tuviesen siquiera asegurado un porvenir semejante!

Y pasé dejándome á la espalda á los saltimbanquis, al fenómeno, y á las bulliciosas

fanfarras que me arrancaron esta reflexión mezclada con un poco de orgullo:

—«Y también para mí tocaron las músicas!»

Llegó la noche templada y dulce á pesar de ser invierno; pocos paseaban ya, y pronto me vi solo; meditando mi bella teoría antigua del suicidio me habia acercado á las márgenes del rio bastante altas en aquel paraje.....

Las tormentas del hombre se hicieron sentir de pronto con una increíble agudeza; apoderóse de mí un vértigo y resolví concluir con la vida: volvíme de espaldas al rio y me dejé caer hácia atrás.

La frescura del agua, hizo despertar en mí el instinto de la conservación, me moví maquinalmente, y con gran sorpresa mia en lugar de irme á fondo estaba sostenido á flor de agua por un objeto invisible, pero al hacer un nuevo movimiento, zambullí y me vi enredado á pesar ó por causa de mis desesperados esfuerzos en las mallas de una red: en aquel instante dos ó tres tragos de agua me sofocaron y perdí el conocimiento.

Qué sucedió despues? No lo sé: bien fuese que la corriente se llevara la red, arrancada por mi caída de las estacas que la sostenian, ó que mis bruscos conocimientos me hubiesen acercado sin saberlo yo á las márgenes del rio, lo cierto es que cuanto volví en mí la luna brillaba con resplandeciente:

claridad, y me hallé acostado sobre el césped que creia á la orilla; solo mis piernas estaban aun dentro del agua; pero al mismo tiempo estaba tan enredado en las mallas como pudo estarlo Gúliwer.

Desenredándome lo mejor que pude, sentí saltar á mi alrededor diferentes cuerpos húmedos y resbaladizos, que al recobrar enteramente mis sentidos, ví ser hermosos pescados. Al cuarto de hora estaba sentado en la rodilla, calado hasta el pellejo, y sonriendo al ver los prodigiosos esfuerzos de una docena de barbos y doradillas tendidos á mi lado sobre la yerba.

Os confieso, mi querido Martín, que mi primer pensamiento fué la alegría de haber escapado á la muerte, y la segunda una hambre devoradora que me hizo recordar pertenencia á la humanidad. Esto es grosero, es material, pero fué así.... Viendo á la claridad de la luna el vientre plateado y brillante de un barbo, lo agarré... Y!... Qué horror!... despues de haberlo atolondrado pegándole golpes en la cabeza contra una piedra, le devoré palpitante aun. Y bien!..... aquella carne fresca y suave no me causó ninguna repugnancia.... por el contrario..... una hermosa dorada cayó tambien, solo que como hombre cansado y harto, escogí los pedazos al devorar la tercer victima, con la delicada preocupacion de un gloton.

Aquella comida me animó, pero temblaba de frio; viendo á lo lejos una viva claridad, me sacudí llevándome en un pedazo de red el pescado sobrante (un robo) y me dirigí á la claridad nocturna: eran unos marineros que teniendo que salir de madrugada, calentaban brea con la que daban á varias partes de su barco.

Con una fuerza inventiva que me admiró y de la que nunca habia dado pruebas en mis amplificaciones latinas ó francesas, me vendí por un aficionado loco de la pesca, afirmando que al retirar mis redes, habia caido al agua cabeza abajo: la que chorreaba de mis vestidos y el pescado que traia confirmaban suficientemente la veracidad de mis palabras.

Aquellos buenos marineros me recibieron cordialmente, me invitaron á que me secase á su fuego y si queria, descansar hasta que fuese de dia, sobre un colchon en su cámara. Llevaron la hospitalidad hasta ofrecerme un frasco lleno de aguardiente: acepté el colchon, usé con moderacion del frasco, y despues de bien enjuto me tendí en la cámara, con el cerebro bastante exaltado por el aguardiente y por la avocacion de los estraños recuerdos de aquel dia que habia terminado, pescándome á mi mismo, por decirlo así, y cenando peces crudos.

No sé como me vino á la memoria el recuer-

do del fenómeno que enseñaban los saltimbanquis; pero el estado de irritacion cerebral en que me hallaba entonces, hizo nacer en mí una idea, bufona, á la vez que irónica y seria.

— Por qué me he de inquietar del porvenir? me decía á mí mismo. He hallado un oficio, un excelente oficio. Aquellos saltimbanquis enseñan ese gigante cuyo talento... bastante mediano por cierto... (juzgábale ya como un *artista rival*) menos que mediano, se limita á engullirse gran cantidad de alimentos: en una gran escala, no es mas que un hombre que tiene *mucha hambre* y que come: hé aquí todo: eso no es nuevo, es muy comun, diré mas, repugna el verlo. ¿No seria mucho mas nuevo, mucho mas curioso y de mejor gusto, enseñar un adolescente, familiarizado con las bellas letras de la antigüedad, que ha obtenido el segundo premio de honor en la universidad, y que por un feliz contraste se ocupa en comer pescados vivos?

Me sentia con valor para comerlos vivos con tal de sobrepujar al gigante.)

Así pues, ¿por qué no hé de ir mañana á ofrecer mis servicios á uno de los saltimbanquis de quien huia ayer la gente, para precipitarse en el teatro donde está el fenómeno vivo, aquel intrigante voraz? (concluia por execrar sinceramente á mi rival).

Vuestro vecino enseña un gigante, diré á los saltimbanquis, os quita la gente, volved á atraer al público inconstante, enseñándole un fenómeno que vive de pescados crudos.... Mejor aun que esto!.... sintiendo ecsaltarse mi imaginacion, y completarse mi primera idea por nuevos é ingeniosos perfeccionamientos... Si, mejor aun que eso!.... enseñadles un hombre-peze, que vive en el agua, y en lugar de brazos, tiene agallas..... Ved que efecto, señores, qué cuadro podeis oponer al de vuestro rival; un hombre con agallas en lugar de brazos, sumido en un inmenso tonel de agua y comiendo toda clase de pescados? Francamente, puedo decirlo con orgullo, pero con conciencia... francamente, señores, que comparacion cabe, para atraer la gente, entre el hombre-peze y un gigante?

Estaba ciego con mi proyecto, por el porvenir tranquilo y seguro que me podia ofrecer. Ninguna dificultad se me presentaba en el ardor de mis ideas. ¿Qué era permanecer en el agua durante el tiempo de mi exposicion? Un baño prolongado. Faltaban las agallas, con respecto á ellas no podia hacerme la mas pequeña ilusion, porque no las tenia. Pero á fuerza de pensar me pareció que por medio de tiras de pergamino, cortadas y pintadas como hermosas agallas azules, en las que meteria los brazos y sujetaria por la espalda con una especie de corsé de

escamas de lata; podria conseguirse con una media luz, una completa ilusion. Sin duda alguna mi proyecto era aun informe, pero si los saltimbanquis espertos en esta clase de trasformaciones tenian algun sentido comun, debian fecundar mi idea y hacerla de las mas productivas.

Dormime en medio de aquellas elucubraciones y al amanecer me despertaron los marineros. Despedime de aquellos buenos hombres y me separé de ellos llevándome el pesoado que me sobrara. Mis ideas de la víspera sobre el proyecto de concurrencia, al gigante, lejos de parecerme locas y absurdas, las creí perfectamente practicables, posibles y razonables.

Dominando mi timidez me dirigí á la especie de carruages nómadas, donde vivian los saltimbanquis vecinos del gigante.

Juzgad de mi alegria, mi querido Martin, cuando al cabo de una hora de conversacion con el tio *Boulingrin*, artista alcides y profesor de pugilato, segun se titulaba, le ví adoptar mis proyectos con entusiasmo.

Despues de haberme visto comer una dorada y un barbo crudos, el estimable acróbata me propuso el siguiente contrato fabuloso.

Veinte y cinco sueldos cada dia.

Comida y alojamiento.

Entretenimiento de las agallas.

Ocho días despues, durante los cuales el tío Boulingrin hizo confeccionar las agallas, se inauguraba á nuestra puerta un magnífico cuadro, en el que yo estaba representado sacando la mitad del cuerpo de un estanque con las agallas abiertas y teniendo entre mis dientes un pescado de una figura original.

Debajo se leia este pomposo anuncio, á cuya composicion científica, geográfica é histórica, concurri yo.

EL HOMBRE-PEZ.

«Fenómeno vivo y sobrenatural, pescado por los mamelucos del Bajá de Egipto en el rio Nilo, situado en el pais de los Faraones y de las pirámides. Este fenómeno no puede vivir mas que en el agua, y se alimenta solamente de pescados vivos; en lugar de brazos tiene agallas que se permitirán tocar á los militares y á las señoras, séres privilegiados de la Francia» (El honor de la redaccion de este rasgo al bello secso y á la gloria del pais, es del tío Baulingrin; lo confieso con la mayor humildad.)

«Este increíble fenómeno puede responder en cuatro idiomas á las preguntas que le haga la respetable sociedad. Estos cuatro idiomas son: *el latin, el griego, el francés, el egipcio del Nilo.*»

Habíamos convenido el tío Boulingrin y yo en que en la dudosa hipótesis en que un individuo de la respetable sociedad me interrogase en egipcio, respondería en un idioma de mi composición, mediante lo cual sospecharían que mi imprudente interlocutor no hablaba el verdadero egipcio del Nilo.

El efecto que produjo nuestro cuadro fué prodigioso, el gigante fué vencido por el hombre-pezu (tuve como una especie de remordimiento) y nuestra primera luncion llegó á la cantidad enorme de treinta y dos francos, cincuenta céntimos de entrada.

Después he hallado bastante cómoda la condición de hombre-pezu; bajo este concepto he acompañado al tío Boulingrin en sus peregrinaciones, hasta el día en que abandonando su vida nómada, por una existencia menos aventurada, me propuso hacerme contratar por la Levrasse, con las mismas condiciones que tenía con él; acepté, y á mi entrada en casa de mi nuevo amo, os ví por la primer vez, mi querido Martin, érais entonces niño.

Desde aquella época conocéis mi vida, ahora gracias á los detalles que os envío, la conocéis toda entera.

.

Tales eran los antecedentes de Leonidas Requin, el hombre-pezu, que vino á aumentar el personal de la compañía de la Levrasse.



CAPITULO IX.

El viaje.

TALES eran las causas que habian puesto á Leonidas Requin en la carrera de los *fenómenos vivos*.

—Eh! mi amo, dijo á la Levrasse, cuando la madre Mayor aseguró que el carrero habia desaparecido, estamos en *familia* y puedo mover mis brazos.

Mi sorpresa fué indecible; hasta entonces habia creído sinceramente que el largo saco sin mangas del hombre-pezu, ocultaba sus agallas: la Levrasse visiblemente contrariado, por la indiscrecion de su nuevo comensal, le hizo una señal espresiva, para rogarle que no lo desmintiese y le dijo:

—Si quieres darle el nombre de brazos á tus agallas para hacer ver que eres un hom-

bre como otro cualquiera.... sea en buen hora.... Pero hablando seriamente, ahí tienes un muchacho que te ayudará en todo y sus dos brazos suplirán á los tuyos.

Leonidas miró á la Levrasse con admiracion y le respondió.

—El tío Boulingrin, al contratarme, no me habia puesto esta condicion.... cómo! ¿No podré yo servirte de mis brazos ni aun en familia? y me darian de comer á mano como á un impedido? Basta con haber permanecido inmóvil en mi piscina durante el camino; yo represento mi papel perfectamente delante del público.... pero cuando vuelvo á la vida privada, recobro el uso de mis derechos naturales y entre otros este:

Y diciendo y haciendo, el hombre-peze pasó por las aberturas laterales de su saco, dos delgados brazos, cubiertos con un elástico de lana, les movió y estiró, como para descansar de un largo adormecimiento.

—Sabe, pues, torpe le dijo la Levrasse, que para que el público caiga en nuestras redes, es preciso que finjamos caer nosotros mismos; el charlatanismo de un chico como este (y la Levrasse me señaló) puede perderlo todo. ¿No valdria mas que él fuese el primer engañado? Por fin, eso es cosa tuya.... Leonidas, el dia en que no creas en tus agallas, estás fresco.

—Eso es una gran verdad filosófica, res-

pondió el hombre-pezu con una gravedad cómica; toda la ciencia de la vidu consiste en hacer creer en sus agallas.

La llegada del hombre-pezu no me distrajo mas que momentáneamente de mi cuidado por la suerte de Bamboche, victima de su amistad por mi. Durante muchos dias cuantos esfuerzos hice para acercarme á mi amigo fueron inútiles: veia todas las mañanas á la madre Mayor bajar á la cueva, para ir á buscarle y darle su leccion pero volvia á subir enfadada, diciendo, que rehusaba obstinadamente hacer el menor ejercicio acrobático.

Entonces la Levrasse tocando apenas la tierra con su paso de gato montés, se dirigia á la cueva en la que permanecia un cuarto de hora lo mas, salia despues sin que se hubiera oido ruido alguno ni ningun grito y si me informaba de mi compañero, me respondia con un gesto grotesco.

Leonidas Requin afectuoso con todos, naturalmente apático y medroso solo deseaba una cosa, la tranquilidad; parecia por otra parte contento con su suerte, escuchando con estoi-ca calma, las groseras palabras de la tia Mayor ó las maliciosas de la Levrasse; comia bien, dormia hasta muy entrada la mañana y buscaba el menor rayo de sol para tenderse: filosofaba allí sin duda á su placer, leyendo y

velviendo á leer á su divino Séneca. Solamente de vez en cuando, se ponía á hacer mover sus agallas facticias, comiendo despues un pescado crudo, «para entretener la mañana, decia la Levrasse.

Algun tiempo despues, me confesó Leonidas; que al principio no le pareció mala mi suerte y que comparando, mi educacion acrobática, que desarrollaba mi vigor, mi agilidad, mi destreza, sin que por ello me redugese á no ser propio para otra profesion, con la estéril educacion que habia recibido en la universidad, le parecia preferible.

Propúsome un dia el enseñarme á leer; á pesar de mis ardientes deseos de instruirme, rehusé temiendo mostrarme infiel á la amistad de Bamboche, si correspondia á las amigables invitaciones de aquel nuevo compañero y contraia intimidad con él.

Este falso hombre-pep, me dió tambien mucho que pensar y fué para mi como una nueva prueba en apoyo de los malos principios de Bamboche, porque un dia, Leonidas Requin, que se recreaba al sol con su divino Séneca en la mano y tendido sobre el cespéd que crecia en el pátio, me dijo con cierto abandono, despues de un copioso desayuno.

—Al pescado crudo y á mis falsas agallas debo la felicidad que gozo; por mas sábio, por mas amigo de trabajar para ganar hon-

radamente mi vida, me moria de hambre. Ahora engaño á los bobos con mis agallas, y me paso una vida como un bajá.

—Bamboche tiene razon, me dije á mí mismo: hé aqui á un hombre que solo es feliz desde que miente y engaña.

No encontrando ya medio alguno para poder ver á mi amigo, pensé imitarle creyendo que nos encerrarian juntos. Una mañana rehusé hacer mis ejercicios.

Martinito, dijo la Levrasse, no te daré ni un papirotazo; pero puesto que rehusas trabajar, doblaré la dosis de tu amigo Bamboche..... á tu salud.

Aquella amenaza me heló el corazon, sabia que la Levrasse era capaz de cumplirla é intenté otro medio.

—Enseñadme la suerte mas difícil, la mas peligrosa, la aprenderé aun cuando me costase desnucarme; pero con la condicion de que cuando la sepa, me concedereis el perdón de Bamboche.

—Bien, me respondió la Levrasse con su sonrisa socarrona y maligna. En el momento que sepas ejecutar *el salto del conejo*, tu amigo Bamboche obtendrá su perdón.

Nada hay mas peligroso que esta suerte: consiste en lanzarse de lo alto de una especie de plataforma como de una toesa de alto, á dar una vuelta en el aire y caer de pié: la mas pequeña casualidad, el menor des-

cuido, bastan para haceros caer en falso y producir la fractura de un miembro ó una relajacion en el cuello, mortal siempre. La esperanza de obtener el perdon de Bamboche me dió tal ardor, que llegué á fatigar la incansable actividad de la madre Mayor; mis fuerzas se agotaban, y seguia obstinadamente. Finalmente, atacado de un vértigo y debilidad en medio de mis evoluciones, caí tan desgraciadamente que me rompí el brazo izquierdo.

Sensible esta vez y piadoso, la Levrasse me concedió el perdon de mi amigo. Leonidas y la madre Mayor me habian llevado á la cama cuando Bamboche entró. No sé por qué ni con qué fin le dijo la Levrasse la causa de mi herida pero aquel niño amable, á quien los mas crueles castigos jamás arrancaban una queja, una concesion ó una lágrima, se arrojó llorando á mi lecho y esclamo:

—Con qué por mí... por obtener mi perdon, te has roto un brazo?

—No hace ocho dias que te castigan por mi causa? le dije abrazándole con una alegría increíble.

—Oh! es tierno! oh! es mariloso! oh! es sensible! hi, hi, hi, hizo la Levrasse con un gesto, y fingiendo que lloraba de un modo grotesco, ínterin que el hombre-pez sinceramente conmovido, viendo que no le necesitaban, se fué á leer; segun dijo, el tratado de Amicita.

Si insisto en estas pruebas recíprocas de amistad pueril, que Bamboche y yo nos dábamos durante nuestra niñez, es porque son las bases de aquel afecto, que despues y á pesar de la diversidad de nuestras condiciones y de las creencias morales mas opuestas, jamás se ha desmentido, imponiéndonos mutuamente los mayores sacrificios y cumpliéndolos con una resignacion religiosa.

Cuando me quedé solo con Bamboche y le miré con atencion, me espantó la sombría alteracion de su semblante, estaba mas pálido que lo ordinario y debia haber sufrido atrocemente.

—Te han echo mucho mal? le pregunté.

—Oh! si... respondió con siniestra sonrisa y una alegría feroz... Oh! si.... mucho... á Dios gracias....

—A Dios gracias...

—Si, llegará un dia en que pueda hacer otro tanto á la Levrasse.

—Te hacia, pues, sufrir mucho?

—Me hacia ver á mi abuelo; respondió Bamboche con su risa feroz.

—Qué quieres decir?

—Me ataba á los pies una de las pesas de hierro que sirven para nuestros ejercicios, y agarrándome por las orejas, me levantaba teniéndome en el aire algunos minutos, haciendo esta manobra dos ó tres veces.

—Ahora no me admiro, de que dijese que sus correcciones no metian ruido.

—El hombre á quien desollaran, no sufría mas que yo, me dijo Bamboche con voz ronca, parecíame á veces que me arrancaban la cabeza, pasábame ante los ojos unas como llamas azules, y me desmayaba. Entonces no trataba de defenderme contra la Levrasse, es muy forzado y de nada me hubiera servido intentarlo.... pero no cedia, y me decia interiormente... sigue... sigue. . martirizame bastante... para tí trabajas. Deja que llegue Basquine, y verás como se lo devuelvo en *moneda encarnada*.

Me espantó la espresion con que Bamboche pronunció aquella última amenaza...

Los cuidados que reclamaba mi fractura, curada casi bien por la madre Mayor, que estaba acostumbrada á accidentes de esta clase, una carta que recibió la Levrasse, con motivo de la nueva Basquine á quien debíamos recoger en el camino, adelantaron la época de nuestro viage.

Segun la costumbre de todos los Saltimbanquis, nuestro amo poseia una especie de carruaje nómada, que tanto en el viage como durante las representaciones que dábamos en las ferias, servia de alojamiento á la compañía. El carruaje tenia quince pies de largo y diez de alto, dividido en tres partes, con ventanillas pequeñas por fuera y puertas

de comunicacion interiores, la primera division servia de almacen, la del medio de cocina, y la última de dormitorio comun. Aquella especie de habitacion bastante espaciosa, estaba construida como la cámara de un barco, veianse ocho camas en forma de cajones de siete pies de largo y tres de ancho en dos hileras, una abertura con reja hecha en la imperial daba bastante luz: tres caballos alquilados de pueblo en pueblo, eran suficientes para trasportar aquella casa ambulante, que en un doble fondo, contenia ademas los telones y bancos necesarios para levantar nuestro teatro al aire libre; el burro sábio, Lucifer, tan fuerte como un caballo tiraba de un pequeño furgon supletorio ocupado unas veces por la Levrasse y otras por la madre Mayor, que cuidaban desde afuera el carruaje grande; mandóse asi por fin al carrero que habia conducido al hombre pez, y una mañana, nuestra caravana abandonó la casa que hasta entonces ocupára la Levrasse.

No habia tenido noticias de mi antiguo amo Limusino, y cuando habia preguntado por él á la Levrasse este ó callaba ó me respondia con un gesto. Di mi último recuerdo á Limusino, en cuya compañía no habia sufrido ningun mal trato, y me estableci en una de las camas del carruaje, teniendo junto á mí á Bamboche que me cuidaba con una solitud fraternal y que de vez en cuando me pa-

recia poseído de delirante alegría, al pensar que muy pronto íbamos á ver á Juanita.

La Levrasse decidió que haríamos nuestra primera parada en un pueblo inmediato; allí debía hallarse un cirujano que vendase de nuevo mi fractura; y además varias jóvenes que advertidas con anticipación, esperaban pasase la Levrasse para venderle su pelo, que *compraba y cortaba en pie*: como decía él hablando de sus cosechas capilares.

Al día siguiente debíamos llegar al pueblecillo donde vivía el herrero, padre de Juanita, la nueva Basquine de la compañía.

CAPÍTULO X.

Las cabelleras.

NUNCA olvidaré el singular y triste espectáculo á que asistí en el pueblo de Foville, en donde nos detuvimos para comprar cabelleras y curar mi rotura. Esta era *simple*, según dijo el cirujano, el primer apó-

sito había sido puesto por la madre Mayor con bastante habilidad y mi cura debía marchar rápidamente.

La población era bastante grande, estaba ya prevenida por haber visto pasar al hombre-pezo: la Levrasse consintió en dar lo que él llamaba *una pequeña representación*; componiase de la exhibición del fenómeno precedida por algunos ejercicios de fuerza, ejecutado por la madre Mayor y Bamboche. Por ahorrarse el trabajo de montar nuestro teatro ambulante, accedió la Levrasse que nuestra representación se verificaría en una granja inmediata y que la madre Mayor tendría cuidado con la entrada, interin él iba á recoger cabelleras.

Mi fractura me impedía el presentarme y asistir á los ejercicios. El cirujano me había curado en una sala baja de la posada, y allí ví por primera vez á la Levrasse practicar uno de sus extraños ramos de comercio.

Estaba sentado en una silla y tenía el brazo en un pañuelo, cuando ví entrar diez ó doce mugeres jóvenes casi todas y dos ó tres bastante lindas pero la sórdida pobreza de sus harapos, anunciaban la mayor miseria, y sus rostros espresaban la tristeza y sobre todo la confusión, como si hubiesen sentido una especie de vergüenza al hacer á la miseria aquel último sacrificio.

Muchos años han pasado, y sin embargo,

aquella escena está grabada en mi memoria hasta en sus mas infimos detalles.

Un dia sombrio que penetraba dificilmente por los verdosos vidrios de dos ventanas llamadas á la *guillotina*, obstruida con telas de araña, apenas daba luz á aquella gran habitacion de la posada con el techo bajo y las vigas ennegrecidas; dos tizonos humeaban en la chimenea en medio de un monton de cenizas.

Las *parroquianas* de la Levrasse como él decia, le esperaban, sentadas las unas en un banco y las otras al borde de una mesa. Una de aquellas pobres criaturas permanecia separada de las demas, y medio oculta en la sombra que daba la chimenea; distinguíase apenas en la oscuridad su gorro blanco su vestido hecho pedazos y sus pies desnudos.

Todas aquellas mugeres parecian inquietas sin saber si sus cabelleras convendrian á la Levrasse, y por lo que unas á otras se decian comprendí que tenian mucha verguenza al ver que eran las únicas en el pueblo á quien la necesidad obligaba á vender el pelo.

Algunas parecian indiferentes ó resignadas esta sentada en la mesa, cantaba entre dientes, batiendo el compás con zuecos que tocaba uno contra otro; aquella comia ávidamente un pedazo de pan duro y negro.

Abrióse la puerta y se presentó la Levrasse; llevaba su traje favorito, mitad hombre y mitad muger, pantalon encarnado, tonele-

te verde oscuro, casaquilla de pana negra y el pelo levantado á la china. Al verle pusieronse de pie todas aquellas mugeres, con el respeto humilde é interesado, que el vendedor que tiene necesidad manifiesta siempre al comprador.

—Mi amo tenia un airecillo á la vez sarcónico y alegre, saludó grotescamente, dejando correr la vista rápidamente sobre sus parroquianas.

—Salud á la compañía, dijo con su débil voz, el mercado me parece bastante provisto..... Ah! bien, pichoncitas mías, despachemos que tengo prisa; pronto, pronto, abajo el tocado y despleguemos las trenzas.... Pero preciso es que las cabelleras sean muy buenas para que yo las compre, os lo advierto, porque de todas partes me llegan ofrecimientos casi por nada, en razon á lo caro que está el pan.

Al oír aquellas palabras, pintóse en los semblantes la mayor ansiedad.

Habiéndome visto la Levrasse, me dijo:

—Martinito, tienes un brazo bueno, ayúdame á acercar lo posible este banco á la ventana, yo no compro gato encerrado, quiero ver claro en todos mis negocios.

Ayudé á mi amo á colocar el banco junto á la ventana, formando un ángulo recto al frente de ellas; de este modo, la luz del día permitia ver los reflejos del pelo.

—Vámos, pichoncitas mías, vamos... dijo la Levrasse.... empieza el mercado.

Aquellas infelices se apresuraron todas á sentarse en el banco.... menos la que permanecía oculta por el ángulo de la chimenea, y de la que solo podia distinguir el gorro blanco y los pies desnudos.

—Eh! vos! la que estais allá abajo, le dijo la Levrasse, no venis?.... aun hay sitio.

—Dentro de un momento, respondió una voz dulce y temerosa que me pareció sofocada por las lágrimas.

—Bien, bien, dijo la Levrasse, lo mejor siempre para lo último, no es eso? quereis haceros desear?.... Como gustéis, hija mia, estas trenzas son ya conocidas.... y no ganaria un maravedí de segunda puja.

Volviéndose en seguida á las mugeres sentadas en el tronco, añadió:

—Vamos, pichoncitas, abajo el tocado.

Un sentimiento de tristeza, de vergüenza y casi de pudor, pareció tener inmóviles durante algunos segundos á aquellas mugeres. Finalmente, una de las que parecian mas resignadas, se quitó bruscamente su gorro de indiana.

Aquella accion fué la señal; todas las cabelleras sueltas, cayeron sobre las espaldas y las frentes de aquellas mugeres; las habia rubias, negras, castañas claras y oscuras, unas claras y sedosas, y otras espesas y fuertes, varias en fin rizadas y crespudas, y algunas mez-

eladas con cabellos blancos disimuladas lo mejor posible, porque era fácil conocer como decia la Levrasse, que cada cual de aquellas mugeres, habian preparado lo mejor posible su mercancia.

—Hum, hum, no se me engaña tan fácilmente, dijo la Levrasse pasando y volviendo á pasar por delante del banco, inspeccionando, manejando, pesando y midiendo cada cabellera con el auxilio de un pie de rey, para juzgar con detencion de la longitud, finura, peso y color de los cabellos. No, no, no se me engaña fácilmente, y estoy en el caso de decirlo, añadió; conocemos nosotros las trampas.... mis pichoncitas.... sabemos lo que se obtiene con carbon pulverizado, el aceite ó la manteca.... y como se hace un tinte, casi pasadero.

Ecsaminando despues otra vez la mercancia, dijo:

—Por vida mia, que juego con desgracia..... En mis viajes este año, no hallo nada que me convenga... ni aqui ni en otra parte.... Ciertamente, añadió con aire desdeñoso y mal contento, despues de echar aun otra mirada á aquellas cabelleras que sueltas ocultaban todos los rostros..... ciertamente nada de esto me conviene..... Es género de pacotilla.

Aquellos pechos comprimidos por la angustia de la esposa dejaron escapar un pro-

fundo suspiro; y un movimiento casi maquinal inclinó mas aquellas cabezas despeinadas.

—Qué diantres quereis que haga con lo que me ofreceis? No soy mercader de crines ni de hilo, añadió mi amo con la brutal ferocidad del traficante que quiere ante todo rebajar el mérito de lo que desea comprar.

—Vamos pichoncitas, continuó diciendo..... poneos vuestros gorros.... nada hay que hacer aqui.... y no merecia la pena de haberme hecho perder el tiempo.

Durante aquella escena, cuya degradante crueldad no conocia yo entonces aun bien, pero que me oprimia el corazon, habia visto á la muger del gorro blanco, oculta hasta entonces por la sombra que formaba el ángulo de la chimenea salir del rincon y dirigirse con paso lento á la puerta, poner la mano sobre el pestillo, detenerse de repente, bajar la cabeza con tristeza y dudar en salir.

Pocas veces he visto facciones mas regulares y mas dulces que la de aquella jóven; parecia tener lo mas diez y siete años, un mal pañuelo de algodón cubria apenas su cuello y sus espaldas; llevaba sostenidas con tirantes unas enaguas remendadas con pedazos de veinte colores: y preciso era que su hermosura fuese muy grande, para que á pesar de lo delgado y pálido de su rostro, se no-

case: descubriáanse al mismo tiempo señales de lágrimas vertidas recientemente.

Después de haber permanecido algunos instantes en la puerta con la mano puesta en el pestillo, la joven haciendo un violento esfuerzo sobre sí misma, levantó sus hermosos y azules ojos al cielo, volviéndose á su sitio detrás del ángulo de la chimenea.

En aquel momento la Levrasse dijo brutalmente.

—Vamos, poneos otra vez vuestro gorro; aquí nada hay que me convenga, y no merece la pena de perder el tiempo.

Dando en seguida algunos pasos hácia la puerta, añadió:

—Buenas noches á la compañía.

Sucediose una escena ignoble y dolorosa á la vez.

Dolorosa, porque causaba gran lástima ver á aquellas infelices, que sabian demasiado bien, cuán caro estaba el pan, como habia dicho la Levrasse, rogar y suplicar á aquel hombre, algunas hasta con lágrimas, que comprase á cualquier precio sus cabellos, pobre y último recurso sobre el que tanto habian contado.

Escena ignoble, porque la Levrasse abusando con indigna rapacidad de la miseria de aquellas desgraciadas, regateaba obstinadamente sueldo á sueldo, repitiendo sin cesar que la adquisicion no le convenia y despreciándola sin misericordia.

Finalmente, las desgraciadas tuvieron que contentarse con lo que les ofreció el comprador; pedían tres ó cuatro francos por sus cabelleras; la Levrasse consintió con gran trabajo en darles uno...

Lo aceptaron.... Al menos tenían pan para tres ó cuatro días.

Hubo un momento aun, que me causó una impresion cruel, fué el de ver tonsuradas, todas aquellas cabezas, poco antes cubiertas de ondulantes cabelleras, que la Levrasse segaba con sus enormes tijeras, y que me hacia atar cuidadosamente en madejas con cintas de hilo.

La negociacion era escelente sin duda, pues la figura sardónica de la Levrasse respiraba alegría y sus malignas bromas no tenían fin.

—En lugar de estar tristes, alegraos pichoncitas mías, decía, al hacer sonar las tijeras sobre aquellas cabezas inclinadas que despojaba. Estos cabellos que no os servían para nada, van á tener el honor de adornar las cabezas de grandes señoras de cierta edad, que llevan añadido, ó pelueca; se verán cubiertos con turbantes de telas de oro y de plata, magnificas piedras y soberbios diamantes! mientras que conservándolos vosotras nunca hubieran visto mas que vuestros gracientos gorros. Y además, vosotras que siempre estais contando miserias, podreis al menos decir, que una parte de vosotras mis-

mas, irán en coche á las mas brillantes fiestas de la capital, lo que es sumamente li-senjero, y no pagais nada por ello, al contrario yo soy tan bueno, que os pago... Escuchad, mis pichencitas: tan bueno soy, que llego á bestia, y así os declaro, que en adelante no pagaré nada, y me darán las caba-lleras por el honor....

Las crueles burlas de la Levrasse fueron interrumpidas por la hermosa jóven de que he hablado.

Adelantóse hácia la ventana, y se sentó tímidamente al principio del banco; quitóse su pequeño gorro é inclinó la cabeza sin pronunciar una palabra.

Al ver su magnífico pelo negro como un azabache, que cayó hasta el suelo y se lió á sus pies desnudos, y tan espesos que ocultaba enteramente su vestido, creyéndosela en-vuelta en una capa negra, la Levrasse, á pe-sar de su costumbre de despreciarlo todo, no pudo menos de esclamar:

— ¡Es soberbio... extraordinario... jamás he visto cosa semejante!....

Un murmullo de sorpresa habia acogido la aparición de la jóven, que hasta entonces habia permanecido desapercibida por sus com-pañeras: la una de ellas dijo en voz baja:

— Es Josefina.... tambien vende su cabello... y en víspera de casarse...

— Con Justino, á quien tanto ama dijo otra.

Y se veía en todos los semblantes la tristeza y la piedad... Josefina era dulce y buena, puesto que inspiraba tanto interés á sus compañeras, que acababan de someterse como ella al penoso sacrificio.

—Vais á casaros, mi linda niña, dijo la Levrasse, contemplando con codiciosos ojos la magnífica cabellera que tenía delante, y manejándola con temblor por su mucha alegría: pues bien teneis razon en deshaceros de esto..... es inútil en casa; mas vale un buen dote, añadió la Levrasse con tono sardónico. (Y yo me encargo de él... Tened... hé aquí una hermosa pieza de dos francos, nueva...) Espero conoceréis que hago las cosas por mí mismo sin necesidad de que me inviten por que solo he pagado á estas señoras un franco á cada una; pero tambien ¡qué diferencia!

—Yo querria... yo querria... cuatro... francos! dijo Josefina con voz temblorosa y baja.

—Cuatro francos! exclamó la Levrasse, cuatro francos! Pero estais loca? Queréis hacer un festin de Baltasar para vuestras bodas? Cuatro francos! Es imposible el que yo favorezca esas prodigalidades... Cuatro francos... Vaya, os daré cincuenta sueldos y no hablemos mas.

Diciendo esto la Levrasse, agarró, con ávida mano los largos y negros cabellos de la jóven.

—Pobre Josefina, murmuró una de sus com-

pañeras, interin las demas manifestaban con sus miradas tristes que participaban de la misma compasion.

Pero Josefina desembarazándose de manos de la Levrasse, dijo con una espresion de dolor y de verguena que probaba cuanto sufría con aquel debate.

=Quiero cuatro francos.... los necesito.

En seguida la pobre jóven enrojecida de verguena añadió como para escusar su *ambicion*.

=No son para mí.... pero los necesito absolutamente.

=Cuatro francos! dijo brutalmente la Levrasse, cuatro francos! vaya sería robarme.

Josefina se levantó bruscamente; aquel movimiento descubrió su encantadora cara que tapaban sus espesos cabellos: por ella corrían las lágrimas: al ver la resolucion con que recogía su gorro que había caído á sus pies, la Levrasse temiendo perder la ocasion, exclamó:

=Vamos, maligna, os daré cuatro francos, pero pierdo..... Tomad, ahí teneis otros dos francos....

Josefina se volvió á sentar en el banco, inclinó la frente y dijo con voz muy baja y temblorosa.

=Cuando les hayais cortado.... quisiera que me diéseis una trenza....

=Eso aun.... sois insaciable, querida mía, dijo la Levrasse.

Reflexionó un momento y añadió:

—Vamos, preciso es decir que me encantais.... os daré una trenza, pero delgada... como la cola de un raton.... nada mas.

Y acercó sus terribles tijeras.

—Deteneos, gritó una jóven agarrando el brazo de la Levrasse, son cuatro francos nada mas, y cotizándonos entre todas, añadió consultando á sus compañeras con la vista.

—Sí, sí, coticémonos, respondieron muchas voces.

—Verdaderamente.... reventais de hambre y la dais de generosas, dijo amargamente la Levrasse, libertándose de las manos de la jóven, que le impedían mover las tijeras.

—Olvidais que el pan está caro....

La miseria paralizó aun esta vez los mejores instintos: la voz imperiosa de la necesidad cubrió é hizo callar un primer grito de generosidad que partió del alma.

Las crueles palabras de la Levrasse, hicieron recordar á aquellas pobres criaturas que eran demasiado desgraciadas para poder mostrarse compasivas. ¿Y no es este el peor de los infortunios?

Un silencio triste reemplazó el generoso movimiento de las compañeras de Josefina; esta que quizás concibiera alguna esperanza, dijo á la Levrasse.

—Despachad pronto.

La Levrasse no se hizo repetir segunda

vez aquella recomendacion, metió en seguida sus enormes tijeras en aquella magnífica cabelleira que cayendo por todas partes, dejó ver la hermosa y pálida cara de Josefina inundada en lágrimas.

La Levrasse fiel á su promesa, dió á la jóven una trenza larga y gruesa como un dedo: Josefina la envolvió y la guardó en su pecho.

Fuéme imposible entonces contener mis lágrimas, y tengo muy presente la memoria de aquel doloroso dia.

Sin duda las personas positivas mirarán esto con profundo desden, y dirán burlándose.

=¡Dios mio! cuantas frases por un puñado de cabellos! ¿Qué nos importa á nosotros que aquellas lugareñas estén peladas como monacillos? Eso es para ellas tener un franco mas en el bolsillo.

Pero tendreis piedad de esta otra consecuencia de la miseria. (¿Tiene tantas consecuencias la miseria?). Si, tendreis piedad, vosotras mugeres jóvenes que sonreis ante vuestro espejo, y os deleitais adornando con flores y piedras preciosas vuestros hermosos cabellos..... ó bien..... coqueteria mayor aun, que los dejais peinados y sin adornos....

Tendreis piedad vosotras, dichosas madres, tan orgullosas con las largas trenzas que co-

ronan la angelical frente del hijo á quien abrazaís todos los días.....

Tendreis piedad... vosotros, amantes, que habeis oprimido con vuestros ardientes labios, los cabellos húmedos y perfumados de vuestra querida...

Tendreis piedad en fin, los que amais, respetais, y adorais á Dios en sus criaturas, y que sufris amargamente, con cuanto las marchita y degrada.

.

La pequeña representacion compuesta de los ejercicios de la madre Mayor y de la exhibicion del hombre-peç habia sido muy fructifera.

Al amanecer del dia siguiente nos vió salir para llegar por la noche al pueblecillo en que debiamos hallar á la nueva Basquine de la compañia.

Bamboche deliró durante todo el dia estravagante de amor, de dicha y alegria: iba por fin á ver á Juanita... y ella no debia ya separarse de nosotros....



CAPITULO XI.

La nueva Basquine.

A medida que nos acercábamos al pueblo en que debíamos hallar á Juanita, la nueva Basquine, crecia en mi una impaciente curiosidad. La madre Maryor conducia el carruage en que iba el hombre-pez; la Levrasse ocupaba el asiento cubierto del grande, y yo estaba solo con Bamboche en el interior; á los accesos de loca alegría que le causaba la esperanza de acercarse á Juanita sucedian momentos de temor y abatimiento, y me decia entonces con voz alterada.

—Si el padre de Juanita, que la ama tanto.... no quisiera darla ya á la Levrasse.... no sé lo que haria; y sobre aquella frente de trece años, sobre aquellas facciones con-

raidas se dejaba ver el violento choque de sus precoces pasiones.

—Tranquilízate, le decía yo; si no quieren darle á Juanita á la Levrasse.... bien; nosotros lo dejaremos, y entraremos como criados en casa del padre de Juanita.

Bamboche se encogía de hombros á aquella inocente proposición, sencillamente romancesca.

—Su padre se muere de hambre, me respondió! ¿cómo ha de tomar criados?...y aun cuando nos recibiese, no por eso estaríamos mas adelantados.....

—¿Y por qué?

—¿Su padre, su madre y sus hermanos no nos estorbarían? ¿Seríamos los dos tan libres como lo seremos en la compañía de la Levrasse, interin llega el momento de levantar el vuelo?

—!Ah, Dios mio; exclamé yo de repente, como inspirado.

—¿Que tienes?

—Tú estás loco por Juanita, quieres escapar con ella; ¿y si no te amase? ¿has pensado en eso?

—Algunas veces.

—¿Y qué harás?

—Le pegaré hasta que me quiera.

—Le pegarás, á esa pobre niña.... le pegarás!

—Mucho me costará... pero tanto peor.

—Le pegarás para que te ame, repetí estupefacto, pero al contrario te aborrecerá...

Bamboche se sonrió de mi candidez, y me dijo con acento de feroz energía y seguridad increíble.

—Para hacerse amar de las mugeres, es preciso hacerse temer.... el cojo me lo dijo cien veces; el tenía queridas que se daban de puñaladas por su causa, y que se hubieran arrojado al fuego por él dándole cuanto ganaban; con todo le temian tanto que le llamaban el tigre negro, y *sudaban frio* solo con oírle hablar.

Incliné mi frente ante la experiencia del cojo.

—Puesto que estás seguro de eso, sea en hora buena, dije con el corazón oprimido, pero no le pegues muy fuerte..... Pobre niña...

—Si me ama de buena gana, no le pegaré hasta despues, porque si produjera el mismo efecto quisiera yo que me pegaran mejor á mi cien veces: pero le pegaré para que me tema, el cojo decia: una muger que no os teme, hace de vos lo que quiere.

—Lástima es que sea preciso pegar tanto dije á mi compañero suspirando.

Bamboche permaneció algunos momentos pensativo, despues de aquel silencio, volvió á decir con aire sombrío y reconcentrado.

—Solo me espanta una cosa.

—Cuál?

—Que la Levrasse esté tambien, por casualidad, enamorado de Basquine, me respondió Bamboche con los dientes apretados de rabia.

—El? á su edad? le dije yo.

—Y qué, la madre Mayor no me hizo su amante? me respondió brutalmente Bamboche; por eso esta vá tambien á odiar á Basquine... Y ademas el payaso que esperamos es tan canalla como el antiguo Giroflée, que entró en el Seminario.... él es capaz de enamorarse tambien de Basquine. Yo Lien sé de qué modo Giroflée atormentaba á la chica que murió.

Dando una fuerte patada, encolerizado con los ojos fuera de su sitio y las venas de la frente hinchadas, exclamó Bamboche.

—Mira, Martín, yo conozco que haré muchas desgracias por causa de Basquine.

El amor horrible, pero posible de la Levrasse ó de nuestro futuro payaso, por aquella niña, el odio celoso de la madre mayor, los extraños medios á que Bamboche debia reunirse para hacerse amar, me parecieron una complicacion tan espantosa para el porvenir de Basquine y de Bamboche, que continué silencioso, interin mi compañero permanecía absorto en sus tristes reflexiones.

Ahora solamente, al escribir estas líneas, y despues de haber pasado tantos años de aquellos sucesos, conozco cuanto tenia de

monstruoso; y desgraciadamente la esperiencia, una triste esperiencia, me ha probado que estas monstruosidades están muy lejos de ser escepciones: los que no han profundizado ciertas clases de la sociedad, no sabrán ni podrán creer jamás cuantos vicios y horrores engendran la miseria, la ignorancia y el abandono.

Però en la época de que hablo, siendo niño, y sin ningun conocimiento del bien ni del mal, salvo algunos buenos instintos, arrojado en medio de aquella cinica deprabacion, me acostumbré pronto y vivi como en mi atmósfera natural, lo que hoy me horroriza, me parecia entonces muy sencillo por falta de punto de comparacion... yo acusaba no los vicios de los demas, sino mi imbécil ignorancia, algunas veces, es cierto, varios principios, varios hechos escorbitantes, me admiraban, pero no me indignaban ni podian indignarme.

¿En qué escuela de moral y de virtud, habia yo aprendido á odiarlos?

No del mismo modo que un niño criado con austeros cuidados, siente en si mismo una vaga preferencia hacia ciertas cualidades y virtudes mas apropiadas, si puede decirse así; á su talento, á su corazon y á su carácter yo sentia en mi desde que entré en casa de la Levrasse, vagas preferencias, por ciertos vicios; la pereza; la truaneria, el vaga-

mundage y el robo, como último recurso, me inspiraban bastante afición, pero las violencias y las crueldades me repugnaban; y apesar de las ecsóticas y amorosas confidencias de Bamboche no sentia aun la necesidad de amor.

Y sin embargo, (prueba evidente de que el hombre nace generalmente bueno, ó al menos apto para toda clase de sentimientos generosos), á pesar de los detestables ejemplos de que estaba rodeado, á pesar de las deplorables pependencias que se desarrollaban en mí cada día, era digno y capaz de cumplir todos los deberes y sacrificios que la amistad impone: lo mismo sucedia á Bamboché; mas de una vez me habia dado pruebas de ello, aunque horribles lecciones hubiesen sumido, mucho tiempo habia, á aquel desgraciado niño, en una corrupcion mas profunda y mas odiosa que la veia.

.

Iba á anohecer cuando llegamos al pueblo; nos apeamos en el parador del Gran Ciervo, donde ordinariamente paraba la Levrasse. Al bajar del carruaje, preguntó al hostelero, cómo estaba el tio Paille, el herrero.

—Acabando, respondió, y en que miseria! once hijos y una muger enferma... El ayuntamiento les dá dos panes por semana... ¿pero qué es esto para tanta gente?

—Bien, dijo la Levrasse, sin disimular su satisfaccion.

En seguida tomando un aire compasivo dijo al hostelero.

—Decidme, teneis á mano algunas provisiones fiambres que pueda llevarme en seguida?

Si señor, hay un soberbio pavo que acaba de salir del asador, y un pastel grande que sale del horno.

—Id por el pavo y el pastel, liadlos y metedlos en un canasto, con dos panes de cuatro libras, y seis botellas de vino....

Para esa pobre familia? exclamó el hostelero con admiracion... Ah! señor la Levrasse; no sois bastante conocido! que hombre tan caritativo!

—Vamos, vamos, amigo mio, respondió mi amo con tono modesto y constricto, aun no hago todo lo que quisiera.

Interin el hostelero preparaba los comestibles la Levrasse dijo á la madre Mayor,

=Dame el saco.

=Toma.

=La corona está?

=Todo está.

—Bien, respondió la Levrasse, ahora haz dar avena á los caballos, y en comiéndola....

No pudo oir lo que dijo en seguida mi amo al oido de la madre Mayor, que respondió:

—Estamos de acuerdo, mas valdrá eso.

— Pues entonces... dentro de una hora... allá bajo.

Mi amo dirigiéndose á mí me dijo:

— Toma Martin, lleva ese saco con una mano, con el otro brazo, tomarás el canasto.

Y me dió un saco de tela verde viejo muy ligero, aunque bastante abultado.

Bamboche se habia quedado cuidando al hombre-pep: sentí que me encargasen en una comision que tan dulce hubiera sido para mi camarada, pues se acercaba inmediatamente á Basquine. En el momento en que el hostalero trajo el canasto que despedia un olor apetitoso, salimos: yo le llevaba y seguia á mi amo, que contra su costumbre se embozó en una capa, parecia inquieto y marchaba rápidamente delante de mí.

Llegamos á una callejuela fangosa, que daba por un lado del pueblo y por el otro al campo, varias ruedas viejas medio quebradas y un monton de tablas que obstruian la puerta, indicaban la habitacion del herrero.

Era de noche cuando entramos en una especie de cobertizo, que servia al mismo tiempo de taller para el artesano y de habitacion para su numerosa familia.

Aquel cobertizo, grande, sombrío y húmedo recibia luz por una ventana con vidrios abierta encima de la puerta, y entonces le iluminaba la pálida luz de un escaso fuego á cuyo alrededor habia diez chicos, de la

que el mayor no llegaba á catorce años; todos ellos amarillos, flacos, temblando y cubiertos apenas con súcios harapos. Dominando á todo aquel emjambre de chiquillos, estaba recostada en un banco una muger, con la mirada triste, los ojos hundidos, la palidez de una enferma, y cuyos huesos, por decirlo así, querian romperle el pellejo: la parte inferior del cuerpo de aquella muger paralitica, estaba cubierta con un pedazo de manta. En el momento en que entramos, varios de los chicos mas pequeños gritaban sollozando... y su madre con voz doliente y amortiguada respondia á sus quejas.

—Pero, Dios mio! Dios mio! puesto que no hay mas pan ¿qué quereis que os dé? Mañana comereis porque es el dia en que le toca el pan de caridad... pero de aqui allá es preciso esperar, pobres hijos míos..

—De aqui á mañana es mucho, decian los niños llorando... tenemos aun mucha hambre esta noche....

En la parte mas retirada vi un miserable lecho en el que yacia el herrero, padre de toda aquella familia, y casi agonizando y con los ojos tan pronto fijos como cerrados, parecia completamente extraño á cuanto pasaba á su alrededor. Tenia pasado un brazo al rededor del cuerpo de su hija preferida, de su pequeña Juanita (la futura Basquine) que estaba sentada en su cama; parecia quererla

proteger instintivamente reteniéndola con un abrazo convulsivo; y murmuraba en voz baja con acento de espanto.

=*El hombre! el hombre!*... va á venir... ten cuidado... ten cuidado con *el hombre*.

Sin duda el hombre cuya llegada temia en su delirio era la Levrasse.

En cuanto á Juanita nada he visto antes ni despues que pueda compararse á la deliciosa figura de aquella niña de ocho ó nueve años. No tenia mas vestido que una camisa de tela amarillenta agujereada por mil partes, y que dejaba descubiertos sus brazos y piernas un poco delgadas, pero tan blancas como el alabastro; un bosque de rubios cabellos naturalmente rizados, y que caian sobre su frente, le cubrian el cuello y las espaldas; nada mas puro, nada mas gracioso que las facciones de aquella pequenita y encantadora cara, ligeramente ajada por la miseria. Su fisonomía era triste, dos ó tres veces le ví llevar á sus labios la descarnada mano de su padre; despues gracias á la movilidad de impresiones, propia de su edad, empezaba una cancion melancólica y tierna, cuyo compás llevaba, dando el uno contra el otro sus desnudos pies: nuestra llegada no interrumpió su canto: pero cuando vió que nos acercábamos á su madre, cesó de cantar; despues con un gracioso movimiento, separó sus cabellos que ocultaban sus hermosos ojos negros

y con la frente un poco inclinada, la mano en su espesa cabellera y el codo apoyado sobre la rodilla, nos observo con un aire admirado, curioso é inquieto.

El herrero seguia agonizando, y no se apercibió de nuestra llegada: solo de vez en cuando acercando á sí á su hija, repetia con voz débil y medrosa.

— El hombre.... el hombre....

El temor de la Levrasse perseguia al padre de Juanita en su delirio como una idea fija.

La muger reconoció á mi amo.

A su vista levantando los ojos y las manos al cielo con mezcla de angustia y de esperanza, exclamó:

— Ah! virgen santa! es el hombre....

Interin que los muchachos agrupados volvan hácia nosotros sus caras espantadas, la Levrasse cerró suavemente la puerta y llevó un dedo á sus labios con aire misterioso: tomó de mis manos el canasto con las provisiones, y viendo una mesa, puso en ella el pavo asado, el pastel, el pan y el vino.

Al ver aquellos comestibles, los hambrientos chiquillos se precipitaron tumultuariamente á la mesa, atropellando los mayores á los mas pequeños.

La Levrasse los detuvo con su gesto y mirada, y les dijo:

— Un momento; estas cosas buenas no son

aun vuestras, depende de vuestra madre el que yo os las dé.

—Cómo, exclamó la muger del herrero.

Mi amo sin responder, ordenó de nuevo el silencio con un gesto, interin que los muchachos con una hambre devoradora, exasperada por la vista de aquella espléndida comida permanecian, por decirlo así, al acecho de la mesa.

La muger del herrero, muda de sorpresa miraba á la Levrasse; éste tomando de mis manos el saco de tela verde, sacó un pequeño vestido de seda color de rosa, bordado de plata, botitas do terciopelo verde también bordadas, y una corona de rosas contrahechas con hojas de plata, y acercándose á la cama del moribundo, cuyos labios descoloridos se agitaban aun, pero sin pronunciar una palabra inteligible, puso á la vista de Juanita el vestido rosa bordado de plata.

—Deslumbrada la niña y llena de admiracion, juntó las manitas, abrió desmesuradamente los ojos y exclamó:

—Oh! qué bonito... qué bonito!

—Cállate! para tí es, la dijo la Levrasse muy quedo, haciéndola seña de que se bajase de la cama.

—Ven, añadió, voy á ponerte guapa para que cuando despierte tu papá le parezcas bonita... mira no le incomodes, no metas ruido.

La muchacha se soltó fácilmente de entre los lánguidos brazos de su padre, y la Levrasse la puso en pocos momentos el vestido rosa, los borceguies de terciopelo y la corona follaje: Juanita se dejaba vestir con una admiración mezclada de júbilo inocente al verse tan bonita, mientras que su madre decía á la Levrasse:

—Pero, para que poneis á mi hija ese vestido de?...

Otra vez se llevó la Levrasse el dedo á los lábios, para imponerla silencio, y acercándose á Juanita, dijo:

—Mirad á vuestra hija..... que linda está así. ¿No la veis tambien vosotros, amiguitos, prosiguió dirigiéndose á los chicos, no veis que maja está vuestra hermana?

Algunos no habian apartado su famética atención de la comida que tenian delante; otros presenciaron en silencio la trasfiguración de su hermana; pero todos exclamaron respondiendo á la Levrasse:

—Qué bonita está! que bonita!

—Parece un niño Jesus de cera, dijo uno.

—Como que tiene vestido de Santa, añadió otro.

Y olvidaron por un instante su hambre, por contemplar el brillante adorno de Juanita. Entonces sacó mi amo, sin duda como último medio de seducción, un bolsillo lleno de plata y soltó la mano de la niña.

Esta corrió al instante á la cama de su padre, y besando satisfecha y risueña su rostro cadavérico y helado, dijo:

=Mira..... papá..... que guapa estoy..... mira!

No respondió el carretero: permaneció con los ojos vivos y entreabiertos, movió lánguidamente los brazos y murmuró algunas palabras sin concierto.

=Estás durmiendo... soñando, dijo la muchacha sentándose con circunspección á la orilla de la cama; y sin duda para entretenerse hasta que despertara, empezó á cantar entre dientes y á jugar con la corona que se quitó de la cabeza. Sus hojas plateadas mezcladas con rosas, eran lo que mas llamaba la atención de Juanita.

Nunca, nunca olvidaré la conmoción profunda y extraña que me causó á pesar de mis cortos años, el ver aquella hermosa niña vestida de rosa y lentejuelas, sentarse en el miserable lecho de su padre, casi moribundo.

Mi amo entre tanto cojió por el fondo el saco de dinero, y acercándose á la muger del carretero, derramó sobre la derrotada colcha con que se tapaba las piernas, una regular cantidad de monedas... creo que trescientos francos.

Sacando luego del bolsillo un papel que llevaba á prevención, y un tintero de asta,

presentó á la muger una pluma de acero con el papel, y la dijo:

—Firmad esto, buena muger.... y queda á vuestra disposicion esa succulenta cena, ganais este dinero, y dais carrera á Juanita sin contar con....

Un grito tremendo del carretero interrumpió á mi amo.

Yo no habia apartado los ojos de Juanita, ni perdido un solo movimiento de su padre.

Cuando el moribundo oyó el ruido del dinero, se incorporó convulsivamente en la cama, derramó por el aposento sus ojos espantados, y grito:

—El hombre del dinero!... el hombre!... Viene á llevarse á Juanita... Socorro... Socorro...

Al oír estos gritos, al ver la palidez y el terror de su padre, Juanita se arrojó llorando á su cuello; el carretero la estrechó contra su corazón con mano desfallecida y repitió cada vez mas desmayado:

—El hombre, el hombre!... no quiero..... antes morirme.... y quedarme con Juanita... mi muger... si queria... y ha escrito al hombre!.... yo no... no quiero ni...

Una violenta convulsion no le permitió continuar: cayó de espaldas, arrastró consigo á Juanita que lanzando desgarradores lamentos continuaba abrazada á su padre.

—Santisima madre de Dios, tened compasion de mi pobre marido!.... Sed justa....

esclamó la buena muger con un dolor amargo. Dios mio! verle así y no poder ir á socorrerle... y esos chicos ahí... quietos al rededor de la mesa. ¡Desgraciados! ni siquiera piensan en su padre.... no piensan mas que en comer....

Pero como si se arrepintiera de estas palabras, añadió,

=Pobrecitos..., ¡tienen tanta hambre!

Firmad pronto... firmad, dijo la Levrasse agarrándola con impaciencia una mano. Firmad y será vuestro todo este dinero; de nada carecerán vuestros hijos!... podreis asistir bien á vuestro marido... y yo me encargo de la suerte de la muchacha.

=Decid á mamá que firme, añadió dirigiéndose á los muchachos, y no tendreis frio ni hambre... y os comereis esa cena tan rica, y otras muchas cosas!

—Firmad... mamá.. anda.

=¿Pero qué he de firmar? preguntó la infeliz muger medio loca al oír los gemidos de su marido que agonizaba, los gritos de dolor de Juanita y los ruegos de sus demas hijos.

—El ajuste de Juana hasta los 21 años... Así la haceis feliz.

Cediendo la pobre muger á su terror, á su conmocion y á sus deseos de poner fin á la espantosa miseria de sus hijos, firmó llorando, y sin leerle siquiera, el papel en que trasladaba á la Levrasse sus derechos sobre Juanita.

—Ea... muchachos, á la mesa.... á cenar... gritó la Levrasse.

¡Ay! no puede describirse el frenesí con que se arrojaron todos sobre los manjares, destrozando y disputándose los pedazos; mi amo entretanto se metió el papel en el bolsillo, y marchó hácia la cama para cojer á Juanita.

La pobre niña daba gritos agudos, diciendo entre sollozos.

—¡Papá... yo quiero quedarme contigo... que me dejen... que me dejen!

No pudo sobrellevar la madre tan cruel espectáculo, y tirando al suelo desesperadamente las monedas que tenia sobre las rodillas, exclamó.

—Tomad vuestro dinero.... y dejadnos nuestra hija. El señor hará lo que quiera... pero no llevareis á Juanita.

La Levrasse se encogió de hombros sin responder palabra y separó sin gran trabajo á la niña del pescuezo de su padre, quien yacia sin movimiento; cojiéndola entonces en brazos á pesar de su resistencia, dijo marchando hacia la puerta.

—Es ya tarde para volverse atrás... está en mi poder el documento de ajuste.

—Hija mía!.. yo quiero mi hija!.. se la vá á llevar! gritó la pobre muger viendo que la Levrasse la cubria con la capa... Niños, socorredme... no le dejéis salir... agarraos á él... Socorredme, Maria Santisima!... que me ro-

ban á mi hija... vá á matar á mi marido!...

Ocupados los muchachos en sastifacer su hambre devoradora, no hicieron caso, y la Levrasse abrió la puerta, con su lijera carga en brazos.

Habiame yo quedado inmóvil y espantado en medio del aposento; para salir de mi estupor, fué nesasario que mi amo volviera la cabeza desde la puerta, y dijese con voz terrible.

— Acabarás de venir?

Corri maquinalmente hácia la Levrasse, y aun despues que hubo cerrado la puerta dándole dos vueltas á la llave, oí sonar la voz de la afligida madre que decia desesperada.

— Virgen Santa.... tened lástima de mí.... Santisima madre de Dios.... socorredme..... ¿Siempre os he de implorar en vano?

Mi amo me dió un fuerte tiron, y me obligó á seguirle precipitadamente.

En lugar de atravesar el pueblo, como yo creia, salimos al campo por la callejuela, y al cuarto de hora de marcha encontramos los carros, que sin duda por disposicion de la Levrasse se fueron con anticipacion á esperarnos.

Habia cerrado la noche.

En poco tiempo nos alejamos bastante del pueblo. La Levrasse arreaba con frecuencia las caballerias, como temiendo que saliesen á sus alcances.



CAPÍTULO XII.

Basquine.

DOMINADOS por una profunda tristeza, y sin dejar de llorar é invocar á sus padres y hermanos, Juanita, á quien desde ahora llamaré Basquine, cayó enferma de tanta gravedad, que llegó casi á desesperar de su vida: mas su juventud é increíble fuerza vital, la salvaron y la permitieron parecer á poco tiempo mas linda, mas encantadora que nunca.

La presencia de Basquine, que con tanto ardor descaba Bamboche, produjo en él un efecto singular... su amor y la vivísima zozo-

bra en que habia estado hasta saber el écsito de la tentativa de la Levrasse en casa del carretero, pudieron tanto en el enérgico temperamento de aquel muchacho, que al saber por mí la llegada de Basquine al carromato de la madre Mayor se le agolpó la sangre á la cabeza, y cayó atolondrado: á esta profunda conmocion sucedió una calentura que se declaró poco despues.

Como tambien estaba enferma Basquine, la Levrasse hobo de detenerse, aunque de mala gana, en una ciudad pequeña, donde pasó un mes cuidando á sus dos alumnos, no por cariño, ni aun siquiera por respeto humano, sino por el interes de su empresa, pues los ejercicios de Bamboche, Basquine y míos, acompañados de la fenoménica presentacion del hombre-pep, le prometian para en lo sucesivo cuantiosas ganancias.

Bien fuertes eran ya los lazos de amistad que con Bamboche me unian; mas los diversos incidentes de su enfermedad y la de Basquine vinieron á estrecharlos haciéndolos indisolubles. Diré como.

La Levrasse quiso sacar partido de aquella imprevista detencion para comerciar en baratijas y cabelleras por los contornos de la poblacion en que estábamos, y se marchó con su asno contando con hacer un viaje productivo.

Ya se nos habia agregado el payaso de la

compañía: se llamaba *Poireaut* y era sucesor de Giroflée, que dejando su primera carrera habia entrado *por vocacion* en un seminario, segun me dijo Bamboche: mas adelante tuve ocasion de ver que no me habia engañado.

Era Poireaut un hombron, seco de hijares y descuadernado de miembros, de facciones regularmente proporcionadas, si bien las afeaba una espresion habitual é in-noble de crápula y perversidad. No pronunciaba dos palabras en su conversacion ordinaria, sin acompañarlas con gestos obscenos ó asquerosos y de repugnante groseria. Hizose al punto aquel miserable el favorito de la madre Mayor, y aunque Bamboche no me hubiese ya abierto los ojos, habria bastado el cinismo con que el payaso y la plebeya Mesalina se entregaban á su amor inmundo, para revelarme lo que mi compañero me dijera.... lo que Basquine, niña pura y cándida, debia saber muy en breve..... en aquel centro de depravacion en que desde entonces habia de vivir..... tierno recental sin mancha, arrojado al nacer al mas inmundo lodo.

Mas no quiero anticipar revelaciones crueles, horribles: demasiado pronto llegarán; necesito armarme de valor para describir aquella época de mi vida, y valor tanto mas grande cuanto que comerciando cándidamen-

te con el vicio, no me inspiraba entonces la menor indignacion lo que ahora me horroriza.

Ausente la Levrasse, entretenidos la madre Mayor y Poireaut con su amor, enfermos Bamboche y Basquine, solo quedábamos el hombre-pep y yo para cuidar á estos y hacer los oficios de la casa.

Poireaut que la echaba de dictador, encargó al hombre-pep por su propia autoridad la cocina, la conservacion y guarda de los disfraces de la compañía, el material etc. No sé por qué razon miró desde el principio con muy malos ojos á Leonidas Tiburon, divirtiéndose en incomodarle, hacerle rabiar injuriarle y hasta pegarle con tenaz y cobarde perversidad; pues Leonidas, aunque le pese á su heróico nombre, era la criatura mas inofensiva y tímida del mundo: mas el buen ex-colegial laureado se acogia á la filosofia estoica y á las máximas del divino Séneca, y lo aguantaba todo con increíble resignacion.

Mira, Martinlto, me decia aquella cándida y buena criatura; aquí tengo alimento, cama, casa y ropa; puedo leer á Séneca mientras cuece el puchero ó hago la comida de la madre mayor y... (aquí bajaba Leonidas la voz y echaba una mirada al rededor suyo por si le escuchaban) y de ese gran picaro Poireaut que me ha tomado tirria como los condisci-

pulos atrasados... que me aborrecian por envidia... pero no me importa, estoy acostumbrado á ello, y todos los dias bendigo la costumbre que de chico contraje de sufrir toda clase de disgustos.. y por otra parte, Martin, no todo son gustos en esta vida; cada vez que recuerdo que despues de trabajar como un negro durante mi niñez y mi adolescencia pasé dos dias sin pan ni abrigo, y que me tiré al rio de desesperacion, no me atrevo á acusar á la suerte. Pudiera vengarme, es verdad; pero añadió con un suspiro de sentimiento y verguenza, tengo las fuerzas de una pulga y el valor de una liebre, la madre mayor me aplastaria de un puñetazo y Poireaut me desharia de una patada. Mas como por último la justicia brilla siempre y hay una Providencia vengadora de los oprimidos proseguia Leonidas en tono solemne de triunfo como un discipulo distinguido de la universidad coronado y abrazado cien veces por el escelentisimo señor ministro de instruccion pública al compas de una brillante orquesta y llamado por S. E. la *esperanza de la patria*; como un hombre de esta clase, repito no ha nacido para servir impunemente de juguete y víctima á un innoble histrion ni á un avestruz ó hércules femenino.... (aqui bajaba otra vez la voz con misterio y zozobra) yo.... yo suelo echarles un gran puñado de sal.... en la olla y.... ¡sea lo que Dios quiera!... voy á confiar

este peligroso secreto á tu honor; Martin... Algunas veces me escondo en lo mas oscuro de la cocina como un criminal; y allí... solo sin que nadie me vea... escupo... alguna vez.... ¡bah! no quiero usar de reticencias cobardes contigo... escupo casi todos los dias en los guisados que mis tiranos me condenan á preparar.. Y ellos se los comen.. sin conocer nada; ¡infelices! se los comen, y entonces creo que está satisfecha mi venganza. Mas no se reproduce como una hidra.... y vuelvo á la misma operacion... Si sigue asi... voy á acabar conmigo voy á volverme ético!!!

La voz de Leonidas espiraba en sus labios al confiarme este horroroso secreto; sus ojos se fijaban aterrados en cuando lo rodeaba cual si me estuviera revelando el mas negro crimen.

Esclusivamente ocupado en sus faenas de la casa, solo podia Leonidas prestarme un auxilio muy corto, y yo era, por decirlo asi, el único que cuidaba de Bamboche y Basquine, enfermos.... esta de dolor causado por la separacion de su familia, á quien adoraba... y aquel, de la impresion honda que le hizo el saber que en adelante podia vivir al lado de la que amaba con una pasion tan profunda como prematura.

La fiebre de Bamboche se complicó, haciéndose tifoidea, y como fué necesario separarle de Basquine por orden del médico,

tenia yo que repartir el tiempo entre mi nueva compañera y mi amigo.

La misma noche en que llegó Basquine deshecha en llanto á nuestro carro, cayó enferma: así es que no pudo ver á Bamboche hasta un mes después de haber entrado en la compañía.

Su desesperacion se reveló al principio por medio de sollozos, interrumpidos solo por los gritos de: papá... papá.... socorro!..... como si él pudiera oirla; y cuando la infeliz niña no tenia ya fuerzas para llorar, la atacaban crisis nerviosas, quedándose después azorada ó dormida, pero agitada en este último caso por siniestros ensueños.

Yo pasaba á su lado todo el tiempo que no estaba con Bamboche: mas apenas daba ella muestras de advertir mi presencia; ensimismada, uraña, desconfiada, no pronunciaba una palabra. La madre Mayor llamó á un médico, prevenida con el documento firmado por la mnger del carretero, precaucion inútil, porque Basquine guardaba un tenaz silencio, sin responder á pregunta ninguna: y como tambien se obstinase en tomar nada de lo que la recetaban, me ocurrió la idea de prometerla; si variaba de conducta, una entrevista con su padre.

Aun me parece que la estoy viendo, acostada en la inmensa cama de nuestro triste y miserable chirivivil. Su linda cara pálida co-

mo el mármol, había enflaquecido en pocos días de una manera increíble; sus cabellos rubios, rizados comunmente, pero bañados entonces en un sudor frío y febril, caían en mechones casi rectos al rededor de la cara hasta sus hombros: tenía fijos en el cielo sus rasgados ojos, amaratados, secos é hinchados, y las dos manitas cruzadas sobre el pecho.

Cuando la dije:

—«Escucha... Basquine..... Si eres dócil y bebes lo que hay en esta taza... verás muy pronto á tu padre.» No teniendo fuerzas para incorporarse, volvió vivamente la cabeza hácia mí; se humedecieron sus ojos y á poco derramaron gruesas lágrimas; sus labios temblaron, y me preguntó con su dulce voceita, debilitada por la enfermedad.

—Mientes?

Turbado por aquella inocente mirada en que brillaban al mismo tiempo la esperanza y una desconfianza dolorosa, vacilé, pero al fin respondí temblando.

—No... no miento.

Sin duda notó Basquine mi indecision, porque replicó mirándome fijamente:

—No mientas... mira: la Santísima Virgen se enfadaria contigo.

Era la primera vez que oía yo hablar de la Santísima Virgen: sin embargo, respondí sin cortarme:

—Te digo que no miento.

—Y veré á papá... si me bebo esto? preguntó Basquine sin apartar de mí los ojos.

—Si tal.

—Dámelo... dijo la niña.

Y apuró la taza de un trago.

Desde aquel momento me trató con alguna confianza, preguntándome incesantemente cuando veria á su padre.

Los consejos y el ejemplo de Bamboche, el temor al castigo y la necesidad de ocultar ó paliar mis faltas á los ojos de mis terribles amos habíame ya familiarizado con la mentira; me fué, pues, fácil engañar á la candorosa niña, haciéndola esperar de dia en dia la llegada de su padre, quien, añadí debia llevarla consigo.

Sirvieron estas mentiras para acelerar su curacion; pues desde entonces se resignó á obedecer al médico; con la esperanza de volver al seno de su familia, su salud se mejoró de dia en dia.

Mis primeras conversaciones con Basquine me causaron una impresion indeleble y al recordarlas ahora me sorprende no poco la rectitud, la honradez con que educaba, ó por mejor decir, de que daba ejemplo el carretero á su hija, pues por lo comun el ejemplo es la única educacion del pobre, y de nosotros los hijos del pueblo, se puede decir casi siempre con absoluta certeza, en alabanza ó vituperios

«A tales padres, tales hijos.»

De modo que juzgando por Basquine, su padre debía de ser laborioso, honrado, de egeimplar conducta; en cuanto á su madre, es de inferir que tuviese la tierna supersticion de tantas otras desgraciadas... una fé infantil, cándida en la intercesion de la Virgen, pues muchas veces la invocaba Basquine durante su enfermedad.

Niña infeliz y angelical á quien brevemente debía iniciar la fatalidad, como á mi, en el idioma torpe y repugnante de los corifeos de nuestra compañía... y en cosas mucho peores, pues aun me faltan revelaciones que hacer harto vergonzosas y crueles. Me falta hablar del singular papel que desempeñé en los amores prematuros de Bamboche y de Basquine, papel que hice con inconcebible ingenuidad de corrupcion, fascinado tambien por el cariño profundo, ciego, casi fanático que á Bamboche profesaba.

Diré de qué modo y con qué ocasion pronuncie por primera vez su nombre delante de Basquine.

Hablando con ella de su padre, en los primeros dias de su convalescencia, para tenerla contenta, pues era su conversacion favorita, le digo que para sostener su numerosa familia debía de trabajar mucho.

Basquine me contestó.

«Oh! si... papá trabajaba mucho... ni los domingos descansaba, y algunas noches las pa-

saba tambien en su faena. Como dormíamos con mamá en el cobertizo... lo veíamos nosotros... En una ocasion pasó papá tres noches seguidas velando... yo estaba durmiendo con mis hermanitas... mamá nos despertó y nos dijo llorando:

—Mirad á vuestro padre, hijas mias.

Nosotras miramos.

Papá estaba hincado de rodillas y habia empezado á hacer agujeros en madera con una barrena de mango muy grande .. por fuerza estaba muy cansado, porque se habia dormido sin soltar el mango, y recostado en él... No se movía. Mamá no dejaba de llorar y nos decia muy quedo, para no despertar á papá... Solo porque tengamos pan trabaja tanto vuestro buen padre... Debemos pedir á la Virgen Maria que tenga compasion de él y de nosotros... y que le recompense, porque no hay en todo el mundo otro padre mejor... Vamos, hijas... pones de rodillas y decid lo que yo, pero quedito para que no se dispierte.

Todos nos pusimos de rodillas y empezamos á decir detrás de mamá:

Virgen santa y bondadosa... no abandonéis, señora, en tan grande afliccion á este pobre padre que tanto trabaja: Santisima madre de Dios que protegeis á las madres y á los niños, oid á una madre y á sus niños y recompensad á nuestro padre por su mucho valor, señora.

Estábamos concluyendo de decir esto muy bajito, cuando despertó papá y nos vió á todos de rodillas con las manos cruzadas: le preguntó á mamá que por qué rezábamos. Mamá se lo dijo... entonces él nos cogió en brazos y lloró tambien mucho... porque nos mojó á todos la cara al besarnos.

Muchos años han pasado desde que me hizo Basquine esta sencilla y tierna relacion. Los acontecimientos, desgracias y hechos infames de que he sido actor y testigo; debian haber mancillado y endurecido mi corazon: sin embargo, solo al recodar la voz, el acento, la expresion de la pobre niña cuando me contó este episodio de la miserable y laboriosa vida de su padre, se humedecen mis ojos como me sucedió aquel dia escuchando á Basquine.

=Profundamente conmovido al escuchar un lenguaje tan nuevo para mí, entusiasmado con la fé y la esperanza que Basquine manifestaba tener en la omnipotencia providencial de aquella madre de Dios, dulce y cariñosa patrona de las madres y de los pobres niños, dije á mi amiguita con la mayor sinceridad:

¿Y la Virgen santa y bondadosa recompensó á tu padre, no es verdad?

=Oh! no, me dijo cándidamente la muchacha, moviendo con tristeza su linda cabecita llena de rizos y dando un gran suspiro... oh! no, nunca.

Recordé entonces lo que me hiciera olvidar

mi conmocion, el doloroso espectáculo de que habia sido testigo en casa del carretero y repuse:

—Es cierto: la Virgen no premió á tu padre por su mucho valor... Pues entonces, de qué sirve rezar?

—Toma!... qué se yo?... Mamá nos decia que rezásemos con ella para ser menos infelices y para que papá fuera premiado. Nosotros lo haciamos... como decia mamá.

Me ocurrió un detestable pensamiento; recordé la horrible muerte del padre de Bamboche, que tambien habia trabajado con ardor incansable, que tambien habia amado con ternura á su hijo... y que tambien habia perecido abandonado de la Virgen santa y bondadosa y de sus semejantes. El hombre-pez por su parte despues de una infancia y adolescencia en estremo laboriosas, tambien se habia querido libertar, segun decia, de la miseria y del hambre, quitándose la vida.

Razon, pues, tenia Bamboche en repetir sin descanso lo que el tullido le habia enseñado.

«Los que trabajan son unos tontos, porque se mueren de hambre ó de miseria.»

El ingenioso relato de Basquine, la escena afflictiva de que fui testigo en casa de su madre, daban desgraciadamente, en mi concepto, mas peso á las crueles máximas de Bamboche.

Envanecido de mi reciente y triste conocimiento de los hombres, dije á Basquine:

—Ya lo ves, tu padre se mata trabajando y la Virgen Santísima no ha tenido compasión de él, ni le ha recompensado: el padre de Bemboche trabajaba también como un negro, y se murió en un bosque comido por los cuervos. Mira, Basquine, el trabajar es una simpleza; mas vale divertirse mientras se pueda, reirse del prójimo y...

Mas como aun no me habia asaltado completamente el contagio del mal y del vicio, no pude continuar; tal efecto me hicieron el asombro, la tristeza, la curiosidad con que me miró Basquine al oirme hablar de aquel modo.

La parte que aun se conservaba buena en mí, se reveló ante la idea de dar, por decirlo así, la primera leccion de mi incredulidad y corrupcion á una criatura inocente, y añadí.

—En fin... Bamboche te explicará eso mejor que yo.



CAPITULO XIII.

Gratnidad.

CUANDO pronuncié el nombre de Bamboche, Basquine que le oía por la vez primera, me miró sorprendida, y me dijo:

=¿Quién es ese Bamboche?

=Un compañero, un chico como nosotros.

=¿Y donde está?

=Arriba en un gabinetito.... tambien ha caido enfermo. Pero si tú le conoces.

=¿Yo?

=¡Vaya!.... no te acuerdas de cuando la Levrasse estuvo en casa de tu padre..... hace algunos meses..... que queria llevarte con él....

=¡Ah! sí..... me acuerdo.... y cuando se marchó, papá dejó el trabajo muchas veces en:

todo aquel dia para ir á besarme.... Lloraba, pero estaba tan contento, y decia, haciéndome caricias.

— ¡Oh! no me han de quitar tan fácilmente á mi Juanita!

— ¿Y al otro dia que sucedió?

— ¿Al otro dia?

— ¿No te acuerdas de que fué un muchacho á recoger una cartera que debía haber dejado el hombre en casa de tu padre?

— Es verdad.... pidió licencia para buscarla por todos los rincones; le ayudamos.... y yo la busqué mucho tiempo con él.... el muchacho no dejaba de mirarme.... con una atención!.... y una vez que yo estaba agachada, me dió un beso en el pescuezo sin que lo viese papá.... yo me reí mucho.

— Pues ese muchacho es compañero nuestro..... es Bamboche..... y á él tampoco se le ha olvidado..... si supieras cuanto te quiere!...

— ¿Me quiere?.... ¿y por qué?

— ¡Toma!.... respondí algo turbado... porque eres muy guapa, muy amable..... muy buena; desde que te vió, ha estado siempre hablando de ti..... por último, aunque fueses su propia hermana no te habia de querer mas.

— Entonces.... yo tambien le quiero.

— Oh! bien haces.... ha sido tan desgraciado!

— Sí?

—Ya lo creo..... Cuando era chicuelo vió morir á su pobre padre en un bosque.... los cuervos se lo querian comer.... y él hacia lo que podia para espantarlos.

—Dios mio.... dijo Basquine con los ojos arrasados en lágrimas.

—Y luego como se quedó solo, sin nadie, y como era mas pequeño que nosotros, tuvo que pedir limosna por los caminos.

—Pobrecito!.... Sin padre ni madre?

—Por supuesto, pero luego se encontró con un mendigo, muy malo, que le hacia pedir con él, y le pegaba casi todos los dias...

—No tener padre ni madre!.... pedir limosna..... y recibir tantos golpes.... repetia pausadamente Basquine con una sorpresa y conmocion que crecian por momentos y demostraban que apenas podia figurarse la suerte cruel de Bamboche, á pesar de la miseria en que ella misma habia vivido hasta entonces.

—Mas adelante.... la Levrasse lo encontró pidiendo en un camino... y se lo llevó..... tambien ha sido muy malo con él, tan malo que el pobre Bamboche quiso escaparse.... tenia proporción...

—Y por qué no la aprovechó?

—Por ti...

—Por mi?

—Si.... desde que te vió, cuando fué á buscar la cartera, no dejaba de hablar de ti... y como la Levrasse habia asegurado

delante de él que tarde ó temprano tu papá te dejaria venir con nosotros, Bamboche dijo: «Nada me importa ya que me peguen... me harán todo el daño que quieran... pero me quedaré, porque Basquine va á venir.... y entonces no me separaré nunca de ella.»

Ahora que la esperiencia y la reflexion me ayudan á interpretar y completar estos recuerdos, tan presentes en mi memoria, comprendo el asombro y la conmocion de Basquine al oir estas pruebas del cariño que á Bamboche habia inspirado. Con toda la ignorancia de su edad y el candor de su corazon, tenia sin duda la pobre niña una gran compasion de nuestro compañero y se sentia propensa á quererle como á un hermano, porque él, segun mis palabras, la queria á ella como á una hermana: porque habia sido tan desgraciado y porque la esperanza de reunirse con ella cuando viniese á la compañía, le habia hecho sufrir con paciencia su aperreada vida... mas este último rasgo, un tanto novelesco para la edad de Bamboche, causaba á Basquine mas asombro que ternura, y la cosa que mas profundamente conmovió á aquella inocente y candorosa criatura, fué la desgracia de que habia sido víctima mi compañero desde su infancia; así es que me dijo, despues de escuchar meditabunda mi relacion:

«Cuando papá venga á buscarme, sabes?

haremos que tambien se lleve á Bamboche, porque esto es muy malo para él.... En nuestra casa, ya verás.... algunas veces tendremos bastante hambre, mucho frio, pero nosotros no pedimos limosna y papá y mamá no nos pegan nunca porque jamás hacemos mal... Nosotros no somos embusteros; somos buenos, porque aprendemos lo que mamá nos enseña... porque si no tendria mucha pena; y pedimos á la Santisima Virgen por nosotros y por aquellos que son todavia mas desgraciados que nosotros... Asi, ya ves tú? repuso despues de un momento de reflexion y con una gracia encantadora, como he suplicado ahora á la Santisima Virgen por Bamboche sin saberlo, y como le ha protegido, puesto que papá lo llevará con nosotros.... para que no le sacudan aquí....

Aunque esta proteccion de la Virgen me pareció, aun esta vez, de las menos eficaces, no me atreví á turbar la esperanza de Basquine, y le respondí:

—Eso es, tu padre se llevará á Bamboche.

—Y á ti tambien, añadió mirándome con una inefable dulzura, á ti tambien, porque tú eres bueno conmigo... Siempre estás aquí á mi lado.

—Oh! si Bamboche no estuviera malo, él es quien te habria cuidado mejor que yo....

—Lo crees así?

—Oh! seguramente.

—Y por qué habia de ser él todavía mejor que tú para mí?

Este terrible por qué, tan familiar en los niños, me embarazaba mucho; y salí de la dificultad diciendo:

—El te ama mas que yo.... porque hace mucho mas tiempo que le conoce...

Esta razon no pareció satisfacer completamente á Basquine: permaneció pensativa algunos momentos y me dijo en seguida con un acento de sincera curiosidad:

—Cuándo veré yo á Bamboche?

—Cuando se ponga bueno.

—Está mas malo que yo?

—Ciertamente..... aun no me ha reconocido....

—Pero puesto que yo puedo levantarme, iré contigo á cuidarle, dijo Basquine. El año pasado estuvo enferma mi hermana Elisa... y yo le velaba con mi mamá.

—Eso no se puede, dije á Basquine; te podria hacer daño...

—Y á tí tambien?

—No, yo no he estado malo como tú...

Despues de un nuevo silencio, Basquine me dijo con un aire pensativo.

—Dios mio! que venga pronto papá, para que nos lleve de aqui, á ti, á Bamboche y á mí.

Muchos dias despues de esta conversacion,

que no fué la única en su género, y en las cuales le hablaba de mi compañero en los términos mas favorables, me pareció que Basquine experimentaba poco á poco una afección creciente hácia Bamboche; este, por la vez primera despues que le acometió la enfermedad, tuvo una mejoría sensible; volvió al conocimiento, me reconoció... y despues de reunir, al parecer; sus recuerdos, su primera palabra fué.

—Donde *está*?

—Aquí... y como tú... ha estado muy mala.

—Ella tambien... esclamó con una angustia profunda.

Y ahora?... añadió volviéndose hácia mí temblando.

Ahora.... *está* fuera de peligro.... le dije.

Nada me respondió Bamboche; pero se desahacia en lágrimas; yo me arrojé en sus brazos y él me estrechó contra su pecho, tanto como lo permitian sus agotadas fuerzas; así permanecimos algunos minutos, mudos, enterrecidos, llorando los dos.

Rompiendo el silencio Bamboche, me dijo con una espresion de reconocimiento imposible de describir.

—Yo no tenia conocimiento apenas...mas sin embargo... te veia algunas veces como en un sueño... ir y venir, noche y dia tú estabas aquí... estoy seguro de ello... esto me hacia mucho bien... esto me tranquilizaba... pues

no sé por qué se me figuraba que la madre Mayor queria envenenarme.

Luego se interrumpió de repente.

—Y Basquine?... quién ha tenido cuidado de ella?

—Yo...

—Tú!.. pero tú estabas siempre á mi lado?

—Siempre no... cuando tú estabas mas tranquilo, y esto era sobre todo por la noche... iba á velar á Basquine.

—Ella... tambien exclamó Bamboche con un nuevo ímpetu de gratitud; luego, despues de un momento de silencio, añadió con una voz grave, sincera, casi solemne.

—Ves tú Martin? tienes el derecho de decirme que me arroje al fuego por tí... yo lo haré si lo mandas...

Despues repitió con una espresion de profunda gratitud.

—A ella.... tambien...

Pero de repente su blanca figura empalideció aun mas, su mirar asombrado vino á hacerse feroz, y noté el estremecimiento nervioso del ángulo de su quijada, sintoma cierto en él de una emocion vengadora; retiró bruscamente su mano que yo tenia entre las mias.... y luego, tratando de leer hasta en lo mas profundo de mi corazon y fijando en mí sus grandes ojos grises, todavia chispeantes del ardor de la fiebre, me dijo con una voz sorda:

—Has estado muchas noches junto á ella?

—Si... le respondí sinceramente, aunque muy sorprendido de esta brusca mutacion en su fisonomia. Si, yo he permanecido junto á ella todas las noches y todos los momentos que no he pasado á tu lado...

—Y estabas solo con ella? me dijo cada vez mas reconcentrada su voz.

—Solo con ella; la madre Mayor estaba siempre con Poireaut; el hombre-pezuña venia tambien algunas veces á velar á Basquine, pero pocas, porque estaba tan fatigado de las haciendas de la cocina y de la casa, que se acostaba al instante.

—Tú quedabas solo con ella? repitió Bamboche, y sus ojos brillaron con un siniestro resplandor.

—Sí... hombre... me quedaba solo con ella; pero... qué es lo que tiene?... Como me miras!

Bamboche hizo un brusco movimiento para precipitarse sobre mí; pero sus fuerzas le faltaron y cayó casi fuera de la cama murmurando:

—Malvado!... tú la amas..... sí, añadió agarrándose penosamente á la almohada, porque herido de estupor, yo no pensaba en acudir en su ayuda; sí... tú la quieres... tú te has hecho querer de ella... tú le has hablado mal de mí... estoy seguro de ello..... yo os mataré á los dos...

Esta violenta emocion agotó sus fuerzas apenas renacientes, y volvió á caer sin movimiento en su cama.

Al principio no comprendí el sentimiento de celos que irritaba á Bamboche contra mí; pero cuando se esplicó con mas claridad.... me indigné dolorosamente: á esta indignacion sucedió despues una especie de satisfaccion llena de mansedumbre: yo tenia la conciencia de poder no solo calmar las celosas ansiedades de Bamboche, sino tambien de probarle hasta qué punto habia llevado el sacrificio hácia él.

A la violenta salida de mi compañero, habia sucedido un gran abatimiento; permanecia inmóvil tendido sobre su cama: yo me incliné hácia él y me sorprendió la espresion de su figura: no era de cólera, de odio; era la de una punzante y dolorosa desesperacion. Las lágrimas regaban sus cóncavas mejillas... Vivamente incliné hácia él, que cerró los ojos por no verme, mientras que sus lágrimas corrían abundantemente.

Profundamente, y si puede decirse tiernamente, enmudecí á la vista de este dolor, de esta especie de debilidad tan rara en este muchacho que de ordinario tenia una rudeza y una violencia estremadas. Qué felicidad para mí, pensaba yo, la de desengañarlo... de decirle... de probarle cuán lejos he estado de querer robarle el cariño de Basquine!...

—Tú lloras... dije á Bamboche.

—Y bien! Si... lloro... esto es vergonzoso.... bien lo sé, me respondió con una voz desconsolada, pero no puedo remediarlo.... Me hubieran hecho pedazos antes que arrancarme un grito... pero en este momento, siento en el corazón como si me lo torciesen, y lloro á pesar mio.

Luego; volviendo á la violencia natural de su carácter, Bamboche añadió entre dientes:

—Pero no seré siempre tan débil!!... bien.... de tí y de ella... yo me vengaré... Oh! sí, yo me vengaré...

—No te pido mas que una cosa, le dije sonriéndome, y es que no hagas imprudencias y que te restablezcas lo mas pronto posible.... Bamboche creyó que me burlaba, y me respondió con un sordo gemido de dolor y de cólera.

—Si, repliqué, porque cuando puedas levantarte... te llevaré donde está Basquine, y verás si es á tí ó á mí... á quien ama.

Bamboche hizo un movimiento sobre su lecho y me miró fijamente.

Sin duda que leyó en mi rostro la sinceridad de mis palabras, porque su frente se despejó exclamando.

—Me ama!...

Vaya... te quiere mucho... ya!

Pero no me ha visto mas que una vez en casa de su padre...

—Pero yo, desde que está aqui, le he ha-

blado tantas veces de tí... desde que ha podido escucharme... le he dicho tantas veces que tú habias sido desgraciado, refiriéndole la muerte de tu pobre padre, todas tus miserias con el tullido... y todo el mal que has experimentado aquí... que...

—Eso le has dicho? exclamó Bamboche.

Y parecia aspirar cada una de mis palabras como si le hubiesen vuelto la esperanza, la felicidad, la vida... Su pecho se dilataba, renacia.

—Eso le has dicho de mí? repitió.

—Y muchas cosas mas... Le he dicho que tú hubieras podido escaparte de aquí, donde te atormentaban sin piedad, pero que te habias quedado para esperarla, porque desde que la habias visto en casa de su padre, no dormias ni pensabas mas que en ella.... Mas puesto que te ama! notendrás neeesidad de golpetearla, no es asi?

A estas palabras, las inmóviles facciones de Bamboche cambiaron de espresion; no era ya el reconocimiento, no era ya la desconfianza, no era tampoco la odiosa desesperacion lo que se leia en ella; sino una confusion, una verguenza dolorosa de haber sospechado de mí tan cruelmente; mezcla singular de ternura suplicante y de indignacion contra sí mismo. Este muchacho tan indomable, juntó sus manos, se puso trabajosamente de rodillas sobre su cama, tan débil estaba to-

davia, y me dijo con una voz suplicante:

=Martin!..... hermano mio.... perdon.....
ten piedad de mi!...

—Cállate... me haces daño, dije apartando de él la vista; tan marcada tenia Bamboche en su fisonomía un verdadero sufrimiento. ¿Piensas que porque eres feliz debes atormentar así á los demas? añadí enjugándome los ojos.

=Martin... es menester que me perdones, repitió Bamboche con inquietud febril, es necesario.....

—Hay necesidad de que te perdone?..... exclamé echándome en sus brazos: ¿no estás perdonado puesto que eres dichoso y me llamas hermano?

=Sí, mi hermano.... mi único y verdadero hermano.. para siempre, murmuró Bamboche con voz que espresaba una dicha inefable.

Desde aquel dia, Bamboche y yo hemos envejecido mucho; nos hemos encontrado en diversas posiciones, contrarias, terribles... pero nunca hemos podido contener nuestras lágrimas al recordar esta escena de nuestra infancia.

Pocos dias despues de esta conversacion, estaba Bamboche completamente restablecido.

Una mañana, sombría y borrascosa (y no sé por qué me llamó la atención esta circunstancia) llevé por primera vez á mi amigo al cuarto de Basquine.

No obstante la sincera alegría que me inspiraba la felicidad de Bamboche, senti que mi corazón se oprimía cuando entramos en aquel miserable aposento.

Sin duda que adiviné por instinto que aquel día, en aquel momento... comenzaba el fatal destino de esta desgraciada niña... y que involuntariamente y con la mayor buena fé, era yo el instrumento de esa fatalidad.

Tanto por discreción como por temor de turbar con mi repentina é involuntaria tristeza esta primera entrevista, me retiré diciendo á Basquine:

=Aquí tienes á un buen hermano... de quien te he hablado tanto.

=!Oh; si... dijo candorosamente Basquine... también yo lo quiero mucho...

Cerca de una hora después, viendo llegar repentinamente á la madre Mayor y á Poireaut, á quienes creíamos ausentes por todo el día, entré precipitadamente en el cuarto en que había dejado á Basquine y Bamboche; quería prevenirlos de la llegada de nuestros amos, porque habíamos convenido que él y ella prolongarían su enfermedad todo el tiempo posible, con la intención de retardar el día de nuestros ejercicios.

Entré en la habitacion.

Sentada Basquine sobre su cama, jugaba cándidamente con los negros cabellos de Bamboche, que habian crecido mucho durante su enfermedad; él, sentado en un taburetillo á los pies de Basquine, apoyando los codos en sus rodillas y la barba en las palmas de sus manos, la contemplaba en silencio con ternura mezclada con una timidez que me chocó.

Mi pronta vuelta no sorprendió á mis dos amigos.

Bamboche se levantó, y haciéndome una seña, dijo señalando á Basquine.

—Hermano aqui teneis á mi mugercita por toda la vida.

—Sí... y Bamboche será mi maridito; en cuanto venga papá á buscarme, nos iremos con él... Bamboche le ayudará en su trabajo, y tú tambien, Martin.

Bamboche me hizo una seña de inteligencia, y dijo á Basquine.

—Sí.. nuestro buen hermano Martin vendrá con nosotros... no le dejaremos nunca, no es verdad, Basquine?

—Oh! nunca, dijo la niña con una gracia encantadora: es hermano tuyo y mio.

.....

He sabido despues por Bamboche, que aquella primera entrevista fué tan inocente y pura como debia serlo.

Y sin embargo, estas palabras *maridito y mugercita*, aunque admitidas en el lenguaje inocente de los niños, me causaron una impresion inesplicable, dolorosa; me parecia que no la hubiera experimentado, si Bamboche y Basquine se hubieran llamado *hermano y hermana*.

No habia, por mi parte, en esta reflexion ni el menor asomo de celos, pues á pesar de las cróticas confianzas de Bamboche, aun no habia alzado mi corazon su voz: pero tenia una vaga inquietud por el porvenir de Basquine; en fin esas palabras *maridito y mugercita*, me recordaban involuntariamente los amores de Bamboche y la madre Mayor, y me hacia sentir de nuevo y con mas fuerzas aquella angustia de corazon que habia experimentado cuando llevé á Bamboche á su primera entrevista con Basquine.



CAPITULO XIV.

Gran representación.

ESTÁBAMOS á fines de setiembre: cerca de ocho meses hacia que Basquine formaba parte de la compañía: nuestras diversas peregrinaciones nos habian conducido á Senlis.

Debiamos dar una gran representación; pero nuestra primera salida y desde la vispera podia leerse un cartel colosal fijado en todas las esquinas de la ciudad, y concebido en estos términos:

GRAN REPRESENTACION.

Para la inauguracion de la compañía acrobática del célebre José Bonin (llamado la Levrasse.)

Primera parte.

*Escenas cómicas entre el payaso y su amo.—
Canclones alegres por la niña Basquine, de
edad de nueve años, y su amigo el payaso.*

Segunda parte.

*La gran pirámide humana, por el Hér-
cules-hembra, Martin, Bamboche y Bas-
quine (el mayor de estos niños no tiene mas
que trece años.)*

En seguida se enseñará:

*El famoso Hombre-pep, pescado en las
aguas del Nilo por un aficionado. La na-
turaleza ha reemplazado los brazos de es-
te increíble fenómeno, con dos soberbias
aletas; vive, se acuesta, come y duerme
en el agua, y no se alimenta sino de pe-
ces vivos que comerá crudos, ante el res-
petable público:*

*Este gran fenómeno es de tal manera
dulce, cariñoso y domesticado, que habla
correctamente cuatro idiomas: el francés,
el latin, el griego y el egipcio del Nilo, su
pais natal. Los señores espectadores que
quieran honrar con sus visitas al hombre-
pez, podrán á su arbitrio dirigirle la pa-
labra en cualquiera de esas cuatro lenguas
y les contestará inmediatamente.*

Se dará fin á la representacion por un gran asalto de esgrima entre la célebre Hércules-hembra y un ayudante de maestro de esgrimas de las academias de Moscow, de Constantinopla, de Persepolis, de Caudebec, etc. etc.

Habiendo obtenido la Levrasse un lugar conveniente cerca de las últimas casas de la ciudad, por la parte de Paris, sentamos en él nuestro campo; una estensa tienda cubierta estaba destinada para los ejercicios; la entrada para el público estaba al pie de un tablado de bastante elevacion, cubierto de diferentes lienzos pintados, de los cuales el mas grande representaba al hombre-pez.

Nuestro carruage nómada, donde todos nos alojábamos, estaba colocado detras de la tienda, que prolongada en esta parte y separada del tablado por una cortina, servia al mismo tiempo de caballeriza y de almacen de forrages para nuestros tres caballos y para el gran burro negro Lucifer.

La vispera habiamos hecho un ensayo general en familia: los ejercicios todos, se habian ejecutado con una maravillosa precision. En los cinco meses que llevaba de duracion nuestro viaje acrobático, nunca se habia anunciado una representacion con mayores auspicios.

Es tal la fuerza de la costumbre que, fuera

de las horas de lección, que eran de casi continuos tormentos, sobrellevaba mi suerte con bastante alegría. Aun me esforcé un día delante del público, en *trabajar* cuanto me era posible, y sentía singularmente halagada mi vanidad cuando recojía mi parte de aplausos. Sin duda que me hubiera resignado en aceptar *sériamente* para el porvenir la peligrosa profesion de Saltimbanquis, sin la esperanza, siempre alimentada, de pasar con Bamboche y Basquine aquella vida de jitano ocioso y vagamundo que se habia hecho el objeto de nuestros sueños diarios.

Siempre que preguntaba á Bamboche cuando abandonaríamos la compañía, me constestaba con ademan misterioso:

=Todavía no; mas ganas tengo yo que tú de salvarme con Basquine pero es necesario esperar una ocasion.

=Pero no podemos marcharnos todas las noches? les decia yo; no nos encierran....

— Ya lo sé... nada nos seria mas fácil.

=Pues entonces!...

=Aun no es tiempo.

— Por qué?

=Primero... porque hasta ahora *no he encontrado lo que busco*; y luego, añadia Bamboche con acento de ódio reconcentrado: yo no quiero dejar á la Levrasse, á la madre Mayor y al payaso, *sin pagarles lo que les debo*... es necesario que tambien tenga yo mi vez!....

—Cuando dices que *no has encontrado lo que buscas*, le decia yo... que das á entender con ello?

—Eso es mi secreto, me respondia Bamboche redoblando su acento de misterio, ni tú ni Basquine podeis saberlo; pero estad tranquilos, porque ese secreto no me concierne á mi solo; á los tres nos interesa... y cuando se pueda nos largaremos.

Esperaba con paciencia el momento fijado por Bamboche para nuestra fuga, cuando supe repentinamente que habia sonado la hora de nuestra libertad.

Cuando el teatro de nuestras representaciones se hallaba en medio de las ciudades, nos alojábamos en alguna posada; pero cuando le establecíamos fuera de las poblaciones, nos acostábamos mezclados en el carro y en el coche nómada, distribuido en parte como un camarote de un buque; esto hacia casi imposible las conversaciones secretas y nocturnas.

Durante la cena que siguió á nuestros ensayo general, refaccion que se tomó al aire libre, me habia hecho una seña Bamboche, cuyo sentido no comprendí claramente: traté, pues, de acercarme á él, en el corto espacio de tiempo que mediaba entre la conclusion de nuestra cena y la hora de acostarnos.

—Esta vez Martin, me oíjo Bamboche con una voz baja y conmovida, sin duda por la gravedad de la noticia que me anunciaba:

esta vez, ya tengo en fin lo que queria....

Y recalco estrañamente estas palabras.

=Tambien mañana, replicó por la noche... nos largamos con mi *muger*.

=Bravo! exclamé, sin poder ocultar mi alegría. Y por qué no salvarnos esta noche?...

—Imposible... ya te diré por qué... Ten cuidado solamente de dormirte mañana á la noche: cuando todos estemos acostados en el camarote, cierra los ojos, pero no te duermas.

Luego repuso Bamboche con una espresion de felicidad, triunfante y comprimida.

=En fin... mañana á la noche.. libres como los pájaros... oh! bien vengados... porque ya hace mucho tiempo que busco un buen medio, y este es...

La ronca voz de la madre Mayor interrumpió mi rápida conversacion con Bamboche.

=Vamos á acostarnos, con mil demonios! dijo el Alcides-hembra, agarrándose al brazo del payaso.

=Allá van, allá van... goretota, respondió Basquine, ahuecando su voz infantil.

=Despues riéndose locamente, corrió á colgarse al cuello de Bamboche, mientras que la Levrasse, que aun permanecia sentado á la mesa, echaba sobre los dos niños que así se habian abrazado, una mirada sombría, irónica y ardiente.

Bien pronto derramó la noche sus sombras

sobre el carruage en el cual nos hacinamos para dormir.

Lo que me queda que decir para explicar la dolorosa trasformacion de Basquine, pobre niña, no hacia mucho tan ingenua y tan cándida... todo lo que se refiere, en fin, á este sorprendente cambio, me quema por decirlo así los labios.

Hoy, que derramo una mirada inteligente y experimentada sobre lo pasado, no se lo que me arrebatá, si el disgusto, la indignacion ó el espanto... pero proseguiré la tarea que me he impuesto y que me felicito de llevar á cabo escribiendo estas páginas. Siento que hay para mí algo de saludable en volver mis ojos hácia aquel odioso pasado... Los movimientos de resistencia y horror que escita de mas en mas en mi alma, me prueban que cada dia me afirmo con mas seguridad en el camino del bien: la emocion fatigosa que experimento hoy, la especie de temblor que me embarga al pensamiento de atravesar hoy, y solo por los recuerdos... aquel abismo de perversidad, de corrupcion y de infamia, me dice en alta voz que no basta experimentar aversion hácia el mal, sino que es menester no obstante lo infimo de mi condicion, hacer todos los esfuerzos que caben en mi humilde espera, para prevenir, impedir ó curar el mal que me inspira este ódio y este horror saludable.

Sí... lo que tengo que contar para explicar la trasformacion de Basquine me quemara los labios... Y sin embargo, estaré muy lejos de decirlo todo... hay revelaciones ante las cuales caerá la pluma de mis manos sin quererlo.

Esta desgraciada niña, habia dejado á su padre, inocente y pura como debia serlo á su edad educada en el seno de una familia honrada y laboriosa...

Al cabo de ocho meses... qué digo? al cabo de dos ó tres meses de habitar en nuestra compañía, oyendo sin cesar las inmundas y obscenas chanzas del payaso, los juramentos, las blasfemias y las cinicas espresiones de todos, comenzó por reirse de estas obscenidades é indecencias puestas al alcance de sus ochos años y acabó por jurar y blasfemar como nosotros lo hacíamos... porque de la misma manera que ella y aun antes que ella habia cedido yo á esta influencia corruptora.

Completamente restablecida de su enfermedad, Basquine se distrajo poco á poco de sus pesares con nuestra grosera alegría, aunque algunas veces preguntaba todavia por su padre. Bamboche y yo ingeniábamos mil medios para disipar los momentos de tristeza que alguna que otra vez le acometian cuando pensaba en su familia. Poco á poco, se aficionó Basquine estremadamente á las lecciones de baile y canto (ó mas bien de canciones licenciosas), que le daban la madre Mayor, Levrasse y el payaso;

dotada naturalmente de una gracia y ligereza increíbles, no tardó en bailar á las mil maravillas dos ó tres pasos de *carácter*: su voz pura é infantil, dotada de un indefinible encanto, hacia un contraste muy extraño con las palabras indecentes de las canciones que se le enseñaban.

La vez primera que Basquine se presentó en público en una de nuestras representaciones, obtuvo un écsito loco: las ganancias fueron enormes, y desde aquel momento sintió una inclinacion fatal hácia nuestra profesion. ¿Y qué otra persona aun de mas juicio que ella, hubiera resistido al atractivo de aquella especie de ovaciones siempre tan lisonjeras, tan fascinadoras, aunque tributadas por un público ignorante y grosero que se agolpaba al rededor de nuestros tablados, como el único espectáculo accesible á su pobreza?

Despues de nuestras representaciones, es decir, despues de cada triunfo, porque Basquine hacia *furor* como suele decirse, toda su pequeña y encantadora figura despedia rayos de satisfaccion y de orgullo; y de tal modo se acostumbrió á aquella vida de *gitanos*, llena de irritantes sensaciones, de peligrosos viajes y de goces groseros, que al cabo de seis meses me decia pensativa:

—Me parece que me moriria de fastidio si me obligasen á vivir como antes, allá en mi casa... y sin embargo, siempre que ten-

go tristeza es porque me acuerdo de mi buen padre, de mi pobre madre... de mis hermanas.....

En efecto, Basquine pensaba muchas veces en su familia al principio; despues estos recuerdos se hicieron menos frecuentes, pues muy rara vez era cuando yo sorprendia algunas lágrimas en sus grandes ojos negros, que de pronto se ponian tristes y meditabundos.

En cierta ocasion ví á Basquine dominada por una especie de terror involuntario é inesplicable.

En una de nuestras funciones, en la que como siempre habia cantado y bailado con una gracia extraordinaria, pidió el público con terribles gritos que volviese á salir á las tablas; pero habia desaparecido: buscábanla por todas partes, y yo la encontré agazapada debajo de nuestro carromato, en medio de algunos manojos de forrajes, llorando lágrimas ardientes y con el rostro pálido y trastornado.

—Qué tienes, hermanita? le dije.

—Yo no sé.... me contestó alterada, he tenido miedo.

—Miedo! y de qué?....

—De toda esa gente que me llamaba...

—Pero si te llamaban para aplaudirte... Tan linda les parecias, que estaban pateando como furiosos....

—Pues sin embargo, he tenido tanto miedo como si me llamasen para hacerme daño, y

he dicho para mí, lo que en otro tiempo me hacia repetir mi mamá todos los dias: Virgen misericordiosa.... madre de Dios, ten piedad de mí.....

Decia esto por instinto? ¿Era un presentimiento de lo funesta que debia serle la carrera que habia comenzado? Yo no sé, pero aunque niño, me chocó mucho aquella rareza de Basquine.

—De quién podias tener miedo? le dije: ¿y por qué pedias á la Santa Virgen que tuviera piedad de tí? Nunca lo habias hecho mejor.

—Es verdad, respondió Basquine enjugando sus lágrimas, y sin embargo esto me ha causado miedo... Es la primera vez que me sucede.

Y luego añadió como temerosa:

—Pero no digas nada á Bamboche.... porque me pegaria por haber tenido miedo.... y despues se martirizaria á si propio, lo cual me causa mucha pena.

En efecto, poniendo Bamboche en práctica los innobles principios del tullido, sobre *el arte de hacerse amar*, golpeaba algunas veces á Basquine; y luego inmediatamente, por una idea de estraña compensacion, se causaba un dolor fisico diez veces mas vivo que el que habia hecho padecer á Basquine: sufriendo este tormento con un valor heróico, le decia:

—Te he pegado para demostrarte que soy tu amo, pero no por gusto de hacerte daño,

pues ya ves que me lo hago diez veces mayor que á ti.

Entre otras de las pruebas que aducía para apoyar este insensato razonamiento, de que nada le apartaba, he visto á Bamboche clavarse friamente un alfiler entre uña y carne hasta la profundidad de cinco ó seis líneas... A pesar de que debía sentir un dolor atroz, su fisonomía no revelaba el menor sufrimiento; por el contrario, decia con una ecsaltacion de ternura salvaje:

—Te he pegado, Basquine, pero te adoro.

Y Basquine, echándole los brazos al cuello, le pedia perdon, por decirlo, de que le hubiese golpeado

Desgraciadamente la influencia de Bamboche sobre Basquine, no se limitaba á hacerle olvidar, por esta especie de feroz estoicismo, los actos de barbarie á que algunas veces se propasaba con ella. Es tan sutil el veneno de los malos egemplos, y se propaga y comunica con tan espantosa rapidéz, que el contagio de los execrables principios del tullido y vagamundo mendigo, habia inficionado ya tres víctimas... primero á Bamboche, luego á mí, y en seguida á Basquine.

A fuerza de oírle repetir que los hombres laboriosos y honrados eran tontos mártires de su laboriosidad y de su honradéz, en prueba de lo cual Bamboche no dejaba de citar-le el egemplo de su padre; á fuerza de oír-

le preconizar la astucia, el engaño, y lo que es peor, el robo como *medios* y como *fin*, una vida alegre, ociosa y vagabunda; á fuerza de escucharle repetir que entre los ricos no se encontraba mas que desprecio y crueldad para los desgraciados, y que estos debian mirarlos como á *enemigos*; llevada asi poco á poco (y esto era lo mas grave) á considerar el mal que pudiera hacerse como justas represalias; Basquine, predispuesta por otra parte á la corrupcion por la contagiosa atmósfera en que viviamos, incurrió bien pronto, del mismo modo que yo habia incurrido, en los funestos errores de Bamboche. La influencia que tenia sobre ella fué desde entonces dos veces mas poderosa, y la pobre criatura concluyó por amar locamente á este muchacho, y á experimentar por él un afecto mezclado de ternura y de temor: el dolor de los malos tratamientos de que algunas veces tenia que quejarse, cedia siempre á una admiracion profunda por la indomable energía y por la rara intrepidez de Bamboche.

Verdad es que todo esto era en proporciones infantiles, pero completas. No sé qué gran pensador ha dicho que *los niños son hombres pequeños*. Las escenas de que he sido testigo me prueban la verdad de este axioma... sobre todo cuando la fermentacion de una precoz corrupcion, proporciona un desenvolvimiento prematuro á la inteligencia, y

hace brotar antes de tiempo entre los niños, las ardientes pasiones de la virilidad.

Diré algunas palabras mas, aunque tocando superficialmente este fangal de infamias. El apasionado amor de Bamboche á Basquine, fué al principio el objeto de chanzonetas obscenas y despues fomentado infernalmente por la compañía y particularmente por la Levrasse. Despues he sabido los abominables designios de este hombre, contra el cual alimentaba Bamboche unos celos instintivos. Un dia llegaron hasta parodiar un matrimonio entre Bamboche y Basquine, por medio de una farsa sacrilega.

La Levrasse representaba al padre del novio.... y la madre Mayor la madre de la novia....

El payaso dió la bendicion nupcial en términos burlescos é indecentes en medio de las carrajas de los circunstantes.

Me equivoco; una persona protestó con una lágrima furtiva contra estos horrores simulados con grotesca apariencia.

La casualidad me hizo fijar los ojos en el hombre-pez, que metido en su estanque presenciaba la ceremonia... Su fisionomia expresaba una dolorosa indignacion, y corrian por sus mejillas dos lágrimas que intentó ocultar bajando la cabeza.

Esta escena infame tenia lugar en Troyes, la noche de una de nuestras representacio-

nes, en presencia de los huéspedes de la posada donde estábamos alojados. Aquellas gentes no vieron ni podían ver en esta parodia otra cosa que una chanza que nada tenía de particular, como que estaba suficientemente autorizada por las palabras de *maridito y mugercita*, admitidas inocentemente entre los hijos de los mas escrupulosos padres.

Al día siguiente se escribió Bamboche en el pecho con letras indelebles estas palabras:

Basquine mientras viva; su amor, ó la muerte.

Así estaban las relaciones de Basquine y Bamboche la vispera de la gran representacion que debíamos dar en Senlis, á cuya continuacion habíamos de tomar la fuga, Basquine, yo y Bamboche, que segun decia, *habia al fin encontrado lo que buscaba.*



CAPITULO XV.

Canciones alegres.

NUNCA he visto un dia de otoño mas hermoso que el que debia alumbrar nuestra gran representacion en Sonlis.

El sol habia nacido radiante: á eso de las cuatro de la tarde, la entrada de nuestro teatro por todas partes se encontraba obstruida por los espectadores que reian estrepitosamente de las pantomimas del payaso y de su amo la Levrasse, que hacian una farsa á la puerta para llamar y aumentar la multitud; esas pantomimas, eran como de costumbre acompañadas de prodigiosas bofetadas y de patatas fabulosas; los golpes prodigados por la Levrasse con gravedad grotesca, eran aceptados por el pa-

yase con las acusaciones, contorsiones y exclamaciones de costumbre.

Despues de la farsa, tuvo lugar la *escena chistosa*, cantada por el payaso y por Basquine.

Cuando esta apareció sobre el tablado, ya su fama la había presidido; hubo un profundo silencio, y en seguida circuló por la multitud un sordo murmullo de admiracion.

=Qué linda es!....

=Está muy bien vestida!

=Si parece una mugercita.

=Qué cabellos tan hermosos!..

Oh!.. y que aire tan arrogante tiene.

Y que bonita cara!

=Por mí, la quisiera solamente con cuatro ó cinco años mas... con esa cara.. y por Cristo, que entonces...

=Y ese talle... es muy bien formada!

=Pues y la pierna... y la pierna! mirad que pantorrilla tan linda..

=Y los hoyitos de las espaldas?

—Y ese ademan tan picaresco... tan taimado!

=Dicen que cuando canta cuchufleta, está.. para comerla.

A Dios gracias, pronto veremos; dicen que la escena con el payaso es de lo mas salado del mundo.

Qué gusto.

=Ya se ve!.. es un diablillo muy gracioso.

=Verdad que tiene trazas de duende!..

—En lugar de Basquine.. debía llamarse Diablotine.

Todas estas exclamaciones las oía yo medio oculto detras de una de las cortinas que guardaban el tablado: y ahora que la experiencia se agrega á mis recuerdos, concibo claramente la impresion que hizo la niña en el público.

Si Basquine estaba moralmente trasformada, tambien lo estaba, y no menos, en su parte fisica: sus facciones, siempre encantoras, habian perdido su expresion suave de candor infantil, desapareciendo tambien de sus mejillas su fresca é inocente redondez: su color, aunque de una claridad y transparencia que anunciaban la fuerza y la salud, se habia vuelto pálido, y no tenia ya aquellas tintas lácteas y sonrosadas, peculiar en las carnes de los niños y sus grandes ojos, de un negro aterciopelado, y entonces levemente amoratados, que en otro tiempo eran tan tímidos, los bajaba ahora sobre la multitud, vivos, libres y descarados, mientras que por sus labios de coral, tan ingenuos no hacia mucho tiempo, erraba una sonrisa maligna y desvergonzada.

Habian vestido á Basquine con un traje de estravagancia deshonesta, que lejos de disgustar al público, debía agradarle sobremanera.

Sobre sus hermosos y rubios cabellos que reunidos en dos gruesas trenzas, casi loca-

ban al suelo, llevaba Basquine puesto de medio lado un gorrillo de griego lana, color de escarlata, bordado de lentejuelas, su justillo, extraordinariamente escotado, y tambien de grana y plata, dibujaba su talle flexible, estando solo sostenido por medio de dos tirantes de hojuela de oro y plata, que dejaban completamente desnudos su cuello, su pecho, su espalda y sus brazos blancos y tersos como el marfil: una falda muy corta de raso azul claro, salpicada tambien de lentejuelas de plata, y que no le llegaba, ni con mucho á las rodillas, dejaba ver un calzon color de carne, que cubria los delicados contornos de sus piernas, y su breve pie se enconvaba dentro de un borcegui de tafete encarnado, guarnecido de pieles imitadas de armiño.

Despues de este tiempo, he tenido ocasion de ver y de admirar la divina estátua del *Amor antiguo*, cuyas formas juveniles, esbeltas y puras, como que es una obra maestra, me han hecho recordar particularmente las de Basquine.

Tal era su traje cuando apareció sobre el tablado para cantar con el payaso una escena jocosa.

El payaso tenia una cara, no precisamente fea; pero si de una espresion innoble; vestia el traje propio de su papel que consistia en una casaca corta un pantalon de

lienzo de colchones, un sombrero puntiagudo y una peluca bermeja.

De repente reinó el mas profundo silencio en el auditorio, y se abrió la escena por una especie de recitado, con algunas copletas llenas de necedades; pero muy popularizadas hacia mucho tiempo entre el público en las calles y plazas, y que tenian por título: *El amor al payaso.*

Este salió con ademan lastimoso, y echando hácia atrás una de sus piernas, saludó torpemente á Basquine cantando alternativamente lo que sigue con su compañera.

PAYASO.

Soy yo! queridita
Que vengo á pintarte,
Mi furioso amor.

BASQUINE.

(Haciendo una mueca desdeñosa.)

Tú! pobre payaso....
Morirte de amor.

PAYASO.

(Tratando de asir la cintura de Basquine, que se defiende riendo.)

Soy yo! queridita
que darte quisiera....

BASQUINE.

Dándole un bofetón.
Toma allá, gran bobo,
Eres un simp!on.

PAYASO.

(Llorando, berreando y refregándose los puños por los ojos, cantaba la siguiente sobre un tema muy vulgar y con voz aflijida y burlesca.

Ay! ay! queridita,
Ya conozco la causa.
De que así me maltartes.
Tú quieres á Arlequin
Que es un tuno, un bribon...
Ayer entre dos luces
Yo os he visto muy bien;
El te tocaba.....

.
.

BASQUINE.

(Interrumpiéndole con una carcajada, y preguntándole con desvergonzada malicia.)

¿El qué?....

.
.

En este tono continuaba la escena en medio de las estrepitosas risas de la multitud.

Estos indecentes equívocos, apenas rimados, y estas miserables alusiones, estaban destina-

das especialmente para servir de pretesto y de adorno *al juego escénico*, á las inmundas reticencias del payaso y para presentar el contraste de este con la gracia infantil, y provocativa de su compañera.

Jamás me habia parecido la inmunda fantasia del titiritero mas licenciosa que en esta ocasion, dos ó tres veces, que con gestos descarados y obscenos y chispeantes ojos, se aproximó á Basquine para abrazarla, llevó tan allá su pantonima cínica, que algunos espectadores le silvaron, si bien su mayor número aplaudió con carcajadas groseras.

Yo presenciaba invisible esta escena á favor de un agujero que habia hecho en una de las cortinas del tablado, cuando ví á la madre Mayor que estaba á algunos pasos de mí, aunque no podia verme... Me asustó la expresion de cólera y rencor semi-feroz que sorprendí en su rostro; pintado con un baño de colorines rabiosos, porque estaba vestida de *Salvaje*. Sus ojos brillaban con un fuego sombrío, sus enormes lábios adornados con un ligero bigote temblaban convulsivamente, y dos ó tres veces estiró sus brazos cerrando los enormes puños, como si estuviese amenazando á alguno.

Al principio, ni aun me pasó por el pensamiento que siendo el payaso el amante de aquella furia infernal, podria haber concebido celos de este miserable, cuya innoble pan-

tomima: en la escena con Basquine, debía haber exasperado hasta la rabia, la envidia del Alcides-hembra.

Yo no traté de averiguar cual pudiera ser la causa de la cólera de la madre Mayor, la cual, así que hubo concluido la escena del payaso y Basquine, desapareció rápidamente por una escalera interior.

Entonces levanté un poco la cortina que rodeaba el tablado, y me acerqué á Basquine para felicitarla por el écsito brillante é inmenso que habia alcanzado... aunque nada debe ser á la vez mas triste y repugnante, que oír la voz pura y argentina de esta niña, ensuciarse con las infamias que le hacian cantar.

Eran tales, sin embargo, el encanto, la melodía y la agilidad de voz de Basquine; la alegría, la gracia y provocativo desenfado de su accion, que ocultaba la repugnante trivialidad de esta escena, hicieron que fuese acogida con frenéticos aplausos: llegó á tan alto punto el entusiasmo, que llovieron por todas partes sobre el tablado, una multitud de cuartos y aun de *monedas blancas*. Y era tanto mas espontánea aquella prodigalidad, cuanto que esta escena estaba destinada únicamente para llamar al público al interior de nuestro teatro: se representaba al aire libre y considerándose como gratuita, nada debía *pedirse* cuando hubiera concluido.

Inmediatamente despues de esta munificencia

popular, gritos furiosos resonaron diciendo: *que se repita!... que se repita! ..*

Siempre medio escondido entre las cortinas, me acerqué alegre y orgulloso á Basquine para darle el parabién: porque lo que ahora me entristece, me entusiasmaba entonces.

—No dirás que esto no es un triunfo!—dije muy bajo á Basquine alzando la cortina.

—No me hables.—me contestó la niña con una animacion radiante, con las mejillas encendidas y chispeantes los ojos—estoy loca... que divertido es esto!...

En aquel momento los gritos de *que se repita!...* resonaron con mas fuerza.

Basquine cuya exaltacion se habia calmado un poco, se encojió imperceptiblemente de hombros, y señalando al público con una mirada burlona, me dijo con voz agitada todavía por la emocion del triunfo:

—Ves como se calienta el *Pájaro tonto...* (1) pues no es nada, veras como lo abrazo cuando lo repita.

—Y yo... te ahogaré... si *repites* cualquier cosa... No me dá la gana que el payaso te toque y te mire como acaba de hacerlo, murmuró detras de mi una voz sorda y encolerizada.

(1) La gerigonza de los Saltimbanquis da este nombre al público Hay *Pájaro tonto magro y Pája o tonto gordo*, para denotar cuando es mas ó menos numeroso.

Me volví para ver quien era.

Era Bamboche que estaba pálido y con las facciones descompuestas por los celos y la cólera.

—Dios mio!... yo no tengo la culpa.... sino el papel, dijo Basquine temblando y volviéndose hácia la cortina que ocultaba á Bamboche.

—Otra vez!.... otra vez!.... la escena del Payaso y Basquine, gritaba la multitud impaciente.

—Te prohíbo que repitas nada, replicó Bamboche levantando un poco la cortina para lanzar una terrible mirada sobre Basquine; me entiendes? Y desapareció.

—No repetiré la escena, me dijo al oído la pobre criatura cuyos ojos se arrasaron en lágrimas: en seguida añadió:

—Anda, vé y dile que no se enfade...

Loco de contento la Levrasse con las redobladas exclamaciones del público, por el écsito de su pensionista, trepó sobre el tablado, y aprocsimándose á Basquine le dijo en voz baja:

—*El pájaro tonto* está entusiasmado.... Anda pues!... en qué piensas?.... Pronto á la escena, á la escena!

—No quiero, respondió Basquine con firmeza.

E hizo un movimiento retrógado para ocultarse detrás de la cortina que hacia el papel de bastidores.

Los gritos continuaban cada vez mas: la Levrasse saludó tres veces al público con un gesto grotesco y dió á entender per señas que intercedia con Basquine para conseguir de ella la repeticion deseada; mas, no obstante, su ademan risueño y burlesco, dijo muy de quedo á su *pensionista* con una voz destemplada:

=Pobrecita, vas á disgustar al *pájaro tonto* y á hacernos perder una ganancia enorme.

=Hé dicho que no quiero, dijo Basquine tan brusca y resueltamente, que no esperando ya la Levrasse vencer su resistencia, añadió bajando la voz:

«Tú me las pagarás!...

—Y luego, volviendo á tomar su máscara de gestos y dirigiéndose al público que guardó silencio, dijo, despues de haberse inclinado de nuevo:

=Me tomo la libertad de decir al respetable público que la niña... la inimitable niña, va á aparecer inmediatamente para ejecutar otros ejercicios de canto y baile, pero estaria en peligro de fatigarse estraordinariamente, repitiendo este trozo para agradar á tan honrada sociedad...

Y como estas palabras fuesen acojidas con furiosos gritos de reprobacion, añadió la Levrasse con su voz aguda que dominaba el tumulto:

—El respetable público tendrá la bondad

de sosegarset... que nada perderá en ello... los ejercicios concluirán con la repetición de ese trozo famoso que ha tenido la fortuna de agradar á tan ilustre asamblea...

Como esta promesa, lejos de satisfacer á la multitud, ávida de escuchar otra vez á Basquine, era acojida con nueva gritería, la Levrasse, mostrando en esto su gran sagacidad, hizo señas á Basquine para que desapareciera, y dejó al bombo, á los tres clarinetes y á los cuatro trombones que componían nuestra orquesta.

Tocad!... tocad!... y fuerte, atronad al *Pájaro tonto!*...

A esta orden, la infernal orquesta rompió con una esplosion terrible, y el payaso, como hombre listo, unió á su atronador ruido, los golpes redoblados de una enorme campana, que bien pronto sofocó las reclamaciones de la multitud, mientras que la Levrasse, inclinado sobre la balaustrada de nuestro tablado, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—Adentro, señores... adentro... las bagatelas que habeis presenciado á la puerta, no son nada en comparacion de lo que vais á ver... Entrad, señores, entrad!!

Apesar de los hábiles manejos de la Levrasse, un gran número de espectadores irritados, se abalanzaron al tablado, á lo cual siguió un espantoso tumulto, dificilmente reprimido por algunos gendarmes, acesorios

obligados de nuestra representacion: algunos aficionados que se apasionaron fuertemente del talento de Basquine, se contuvieron, y comenzó, por fin, la representacion interior ante una increíble afluencia de espectadores, porque este acontecimiento habia redoblado naturalmente la general curiosidad.

Basquine y yo habiamos bajado en las tablas para correr á carmar los celos de Bamboche.

En el momento en que yo atravesaba un corredorcillo rodeado de cortinas, que nos servia de *hogar* y de descanso, oí la ronca voz de la madre Mayor. Aunque queria hablar muy bajo y trataba de contenerse, sus palabras pudieron llegar hasta mi distintamente.

Al instante me detuvo.

— Te digo que tú quieres enredarla, ladron, y que yo mataré... á esa vivorilla, murmuró la harpia, ya hacia mucho tiempo que te estoy acechando.

— Tú no matarás á nadie... gordota mia.. eres muy cobarde, respondió la voz innoble y enronquecida del payaso.

— Que no la mataré? No... no, déjate que *yo tosa*... dijo la madre Mayor, apoyándose con un acento singular sobre estas últimas palabras.

Sin duda que completó con alguna pantomima espresiva la significacion de sus palabras; porque despues de un segundo de silencio, el

payaso replicó muy formalmente por esta vez.

=Ah! *tosiendo*. Si; es posible: pero te desafío á ello... no te atreverás... delante del público...

Advertí un movimiento detrás de la cortina donde pasaba lo que estaba escuchando, me oculté ligeramente.

Entonces comprendí la causa del acceso de furor de la madre Mayor, y temí doblemente por Basquine; mas de una vez me habia llamado en su ayuda para que la defendiera de las brutalidades del payaso, suplicándome, por temor de alguna desgracia, de ocultar estas tentativas á Bamboche cuyos celos eran por demás irritables. La pobre niña tenia, pues, que temer los celos de la madre Mayor y el rencor del payaso.

Tuve intenciones de revelarlo todo á Bamboche; pero calculando que, segun me habia dicho, aquella misma noche debiamos abandonar la compañía, y no viendo tampoco en las palabras de la madre Mayor, sino una amenaza lejana, incompresibles por otra parte pues no decia mas, sino que *tosiendo* podia matar á Basquine, creí prudente guardar silencio como que no creia inminente el peligro.

Llegué donde estaba Bamboche, casi al mismo tiempo que Basquine.

La pobrecita se acercó á él con las manos juntas, con los ojos húmedos y suplicantes, é impresa en su fisonomía una indefinible muestra de afecto de temor y de ternura.

—Dí una palabra... y no vuelvo á salir esta tarde, dijo á Bamboche conmovida.

Y añadió resueltamente.

—Mira.... aun cuando la Levrasse me hiciese pedazos no saldré ya esta tarde, si tú me lo prohibes..

—Ahora me es igual... ya no tienes que trabajar mas que conmigo, Martin ó la madre Mayor... repondió Bamboche bruscamente y con voz que intentó hacer lo mas dura posible: pero su mirada y aun todo su rostro ponian bien de manifiesto la emocion que le causaba el sacrificio y la enérgica resolucion de Basquine.

Queriendo, pues, disimular su enternecimiento volvió la cara diciendo.

—Me llaman.

Y nos dejó precipitadamente: yo habia visto sus ojos arrasarse en lágrimas.

—Dios mio! que es lo que tiene todavia? me dijo Basquine que no habia podido advertir como yo el enternecimiento de Bamboche.

—Llora... y no quiere que lo vean, dije á Basquine.

—Llora... y por qué? me preguntó.

—Porque se ha enternecido de la promesa que acabas de hacerle; de arriesgarlo todo, antes que volver á salir esta tarde, si así lo queria...

—Oh! no ves?... no ves?... que bueno es... apesar de todo, exclamó Basquine profundamente conmovida.



CAPITULO XVI.

La pirámide humana.

LA madre Mayor entró repentinamente en la sala de descanso; iba vestida de *Salvaje* con una corona en la cabeza de grandes plumas negras y encarnadas, y una especie de casaca de lana atigrada, imitando una piel de pantera: el tal vestido apenas le ocultaba sus escabrosas rodillas, sobre las cuales se plegaba un calzon color de carne. Su palidez podia advertirse, á pesar de la espesa tinta de colorines que cubria su rostro, y sus anchas cejas negras parecian contraerse á su pesar: su mirada me pareció siniestra.

Todos estos rasgos me llamaron tanto mas la atencion, quanto que ella nos dirigió la palabra con una dulzura no acostumbrada.

—Pronto, pronto, hijos míos, nos dijo cordialmente, no tenemos mas tiempo que el necesario para preparar nuestra entrada para la *pirámide humana*.... tu rematarás el obelisco, angelito, dijo alegremente la madre Mayor á Basquine, tomándole la cara y dándole un beso en la frente.

Esta caricia hipócrita me hizo temblar.

El peligro que yo temia para Basquine y que habia creido lejano, estaba evidentemente prócsimo.... pero cual era este peligro?

—Y ese truan de Bamboche, donde anda? añadió dulcemente la madre Mayor; nos vá á hacer retardar la entrada...

=Bamboche!.... grité entonces.

=Aquí estoy.... aquí estoy, dijo mi compañero acudiendo.

Bamboche y yo debiamos contribuir tambien á la formacion de la pirámide humana: nuestros vestidos eran conformes á la mas pura tradicion de los Saltimbanquis, pues consistia en carnes que cubrian todo el cuerpo, unos calzoncillos encarnados, muy anchos y bordados de lentejuelas, y borceguies rojos guarnecidos de piel de gato.

=Vamos, Basquine.... arriba, dijo la madre Mayor estendiendo su espalda y apoyando las manos sobre sus rodillas.

En un segundo trepó ligeramente Basquine por los monstruosos lomos que se le presentaban, y llegando hasta los hombros

que eran una verdadera plataforma, la niña se mantuvo en ellos de pie, con los brazos cruzados y las piernas abiertas. En seguida la madre Mayor nos cogió la mano á Bamboche y á mí, se levantó una de las cortinas de la tienda, y entramos de esta manera en el estrecho circo en que dábamos nuestras representaciones.

Muy pronto advertí que la mano de la madre Mayor que estaba asida de la mía, temblaba á veces como si experimentase una emoción violenta y reconcentrada. Redobláronse mis temores por Basquine, y alcé rápidamente los ojos sobre la harpia, cuyo monstruoso pecho palpité dos ó tres veces con tanta fuerza bajo su piel de pantera, que el movimiento se comunicó á sus hombros, que era el solo punto de apoyo de los pies de Basquine: la niña se vió obligada á hacer dos ó tres movimientos casi imperceptibles, á fin de restablecer y conservar un equilibrio perfecto.

En aquel momento, las palabras del payaso: *Tú puedes matarla tosiendo*, asaltaron mi imaginación.... y todo lo comprendí...

Para que fuese completo el ejercicio de la *pirámide humana*, Bamboche y yo debíamos reemplazar á Basquine sobre los hombros de la madre Mayor, á fin de que montando ella sobre los nuestros, pudiese permanecer en ellos de pie con los brazos cruzados.

Cualquier movimiento repentino de la madre Mayor, que á todos nos sostenia, era mas que suficiente para desbaratar la pirámide humana y ocasionar la caida de Basquine, que podia ser mortal desde una altura de nueve á diez pies, y siempre de las mas peligrosas para una niña de su tierna edad.... Pues bien, la madre Mayor podia hacer ese movimiento inesperado perfecta é impunemente, fingiendo un golpe violento de tos, que conmoviendo de repente su inmensa mole, nos hiciese perder á todos un equilibrio que siempre era muy difícil de guardar.

Tal pensamiento me ocurrió con la prontitud del rayo, en el mismo instante en que la madre Mayor se detenia en medio del circo para que bajara Basquine y nos dejase ocupar primero su lugar sobre los hombros del coloso femenino.

Era imposible participar mis temores á Bamboche.... pues estábamos separados por la enorme redondéz de la madre Mayor. Yo debia haberme negado á tomar parte en aquel ejercicio, y así hubiera sido imposible ejecutar la pirámide humana, y hubiera evitado también las desgracias que temia; pero no me ocurrió tal idea en medio del terror y de la turbación que me ocupaba, y obedeciendo á una costumbre maquinal, pues habiamos repetido muchas veces este ejercicio, trepé por mi parte sobre el hombro derecho del Alci-

des-hembra, mientras que Bamboche se encaramaba sobre el izquierdo.

La madre Mayor, con la espalda ligeramente encorvada, y apoyando sus manos en las caderas, recibió inmóvil, como una cariátide de piedra, nuestro doble peso: apenas advirtió que ya estábamos en equilibrio, dijo en voz baja á Basquine:

—Ahora tú... pronto....

Todo esto pasaba con una rapidéz increíble, pues aquellos ejercicios tan difíciles y peligrosos, no duraban mas que algunos instantes.

Cuando me coloqué sobre el hombro de la madre Mayor, tuve que pensar primeramente en coger el equilibrio, antes de comunicar á Bamboche mis temores; y en seguida le pasé mi brazo izquierdo al rededor de su cintura, mientras él me abrazaba de la misma manera.

Este momento, que apenas tendria la duracion de un segundo, lo aproveché para decir rápidamente á Bamboche en voz baja:

—Ten cuidado con Basquine.

—Tranquilízate, me contestó, creyendo que le daba un vago consejo de prudencia.

—No es eso... le dije vivamente, desconfía de la madre Mayor, está alerta.

Bamboche no me escuchaba, pues Basquine despues de haberse servido de la túnica y aun de las greñas del Hércules-hembra, para trepar hasta sus hombros, donde permaneció un momento detrás de nosotros, ponía

sus piecitos, en el momento mismo en que yo hablaba con Bamboche, en el hueco de la mano de este, que la tenia colocada á la altura de su cadera, como si fuese un estribo, Basquine subió á los hombros de Bamboche, donde apoyó su pie derecho, mientras que afirmaba sobre los míos el izquierdo, cruzando los brazos y saludando al público con un graciosísimo movimiento de cabeza:

Al ver este acto de fuerza, de maravillosa destreza, de intrepidez y de gracia, estalló entre los espectadores una salva de *bravos* frénéticos.

De repente senti, si así puede decirse, una lenta y progresiva subida de los hombros de la madre Mayor que se preparaba para toser con fuerza... y en este mismo instante, escitada Basquine por los aplausos, habia tomado la posicion de la *Fama*, levantando el pie izquierdo que se apoyaba sobre Bamboche y echando la pierna, poco á poco hácia atrás... de esta manera no tenia la pobre niña mas punto de apoyo que la punta de su pie que descansaba en mi hombro.

Obedeciendo á un movimiento instintivo; porque no tuve tiempo para calcular su importancia, me eché repentinamente atrás, estendiendo los brazos al mismo tiempo que la madre Mayor tosia con violencia... Faltándole á Basquine el único punto de apoyo, y estando entonces un poco inclinada hácia ade-

lante, cayó delante de mí... mas tuve la rara fortuna de echarle mis brazos en nuestra comun caída, á la altura de los hombros de la madre Mayor, y de caer de pie de este modo abrazado con ella. Con este movimiento inesperado, perdió Bamboche el equilibrio; pero aquel salto nada tenía de peligroso para nosotros, y le dió con la mayor ligereza.

Los tres habíamos caído de pie. El público creyó que el ejercicio debía terminar de esta manera y aplaudió furiosamente: mientras yo me llevaba en brazos á Basquine aturdida, y diciendo á Bamboche:

—Ven... ven...

Y desaparecimos los tres detrás de la cortina, dejando á la madre Mayor con su fingido ataque de tos y tan turbada de este incidente que desbarataba sus fanestos planes, que permaneció algunos segundos petrificada, con la boca abierta en su actitud de cariátide, lo cual arrancó algunos gritos y silvidos de la concurrencia.

Para aumentar su desesperacion, dije de pronto al ayudante de maestro de esgrima de las academias de San Petersburgo. Caudelee, etc. que esperaba el momento de tirar su asalto con el Alcides-hembra.

—Se ha variado el orden de la funcion, y ahora os toca salir... Pronto, que está esperando la madre Mayor para el asalto.

De esta manera queria propocionarme un momento de libertad, para decir á Bamboche y á Basquine el peligro que esta habia corrido.

Como habia previsto, el maestro se apresuró á presentarse en la arena, donde, puesto en guardia respetuosamente delante de la madre Mayor, le propuso con la mayor galantería el comenzar por *tirar el asalto*.

El tal maestro era un hombrecillo seco, delgado, con los cabellos canosos y estremadamente ágil: estaba coquetamente vestido con un chaleco para tirar, y con un pantalon de punto blanco, con la cual contrastaban maravillosamente unas bonitas sandalias de tafilete encarnado: el pobre hombre estaba muy envanecido con ser discipulo del ilustre Bertrand, que habia sabido (segun he oido decir á uno de mis amos) unir la gracia y la nobleza de la academia clásica á lo mas sorprendente de la fantasia de la esgrima, y qué, cosa rara! habia dado al florete un nuevo poder... imprimiéndole la del raciocinio, la del cálculo y el pensamiento... En verdad que el maestrillo no carecia de gracia y de firmeza cuando se puso en guardia ante la madre Mayor; pero la arpia estaba entonces furiosa de que Basquine hubiera escapado á su venganza, y ansiaba descargar su cólera sobre cualquiera; tomó entonces la careta, el guante, el peto y el florete que estaban sobre una mesa, y cayen-

do á su vez en guardia, comenzó á cargar al infeliz maestrillo con la furia de un huracan, redoblando los golpes sin esperar que le contestase á ellos, y sacudiéndole con tanta furia, que despues de haberle roto el florete contra el pecho, y viéndose desarmada, el alcides-hembra en su ciego furor, continuó esgrimiendo con sus enormes puños de manera, que las suertes de esgrima se convirtieron en otras de pugilato.

Con mucho trabajo y en medio de las repetidas risas del público, pudo arrancarse al maestrillo, magullado y contuso, de las terribles manos de la madre Mayor. La representacion continuó sin otro estorbo, concluyendo con la exhibicion del hombre-pep. Un solo incidente estuvo á punto de comprometer esta perfecta ilusion; pero felizmente el hombre-pep estaba muy prevenido de resultas de otros lances iguales.

En medio de un general aplauso, Leonidas Tiburon acababa de tragarse el último pescado crudo y parecia demostrar su alegría de haber comido tan á su gusto, agitándose ligeramente en su piscina, y jugando con sus aletas como un pájaro que bate sus alas, cuando un espectador tan indiscreto como escéptico, se levantó diciendo en alta voz.

—Doy diez cuartos por ir en persona á examinar de cerca las aletas del señor.

Esta peligrosa manifestacion de increduli-

dad, encontró eco por desgracia, y muchos de los espectadores añadieron levantándose:

—Nosotros tambien... nosotros tambien... damos diez cuartos por acercarnos al baño.

—Y por tocar las alitas del hombre-pezu, dijo un endurecido escéptico.

Temiendo una invasion de curiosos indiscretos, la Levrasse hizo una seña á dos gendarmes que cuidaban del orden de la representacion, y fuerte con su apoyo, dijo al público.

—Comienzo por poner al hombre-pezu bajo la proteccion de la fuerza armada y de la ley, pues de ningun modo se ha anunciado en los carteles que se dejaria á nadie que se acercase á él y mucho menos que se tocarian sus aletas.

Y como esta protesta fuese acogida por el público con risas irónicas, la Levrasse añadió magestuosamente.

—Sin embargo... para demostrar al respetable público, que mi fenómeno nada tiene que temer del mas escrupuloso exámen ni del mas minucioso reconocimiento... acepto la proposicion de los señores espectadores, pero con una condicion.

—Hola!... hola!... con que hay condiciones? exclamaron los escépticos.

—Sí, señores, pongo una condicion, replicó la Levrasse, pero una condicion muy sencilla... y es, que cuatro personas á lo mas,

elegidas por el respetable público, sean las únicas que se aproximen al hombre-peze.

—Y porqué no han de ser mas de cuatro?... exclamaron algunos.

La Levrasse bajó modestamente los ojos y repuso.

—Señores, mi fenómeno en su cualidad de hombre-peze, existe en el agua sin ninguna clase de vestido.... pero esta costumbre no impide que tenga un pudor..... extraordinario. Pudor laudable y que le honra.... pero tan delicado, que no respondo que la presencia de estos cuatro respetables espectadores que vendrán, por decirlo así, á escudrinar á mi fenómeno hasta en lo mas profundo de su tina, no hiera muy sensiblemente este mismo pudor de que estoy elogiándole.

Un triste gemido del hombre-peze, parecia confirmar las palabras de la Levrasse: pero este, volviéndose hácia Leonidas Tiburon le dijo con penetrante gravedad y como si quisiera prepararlo para un doloroso sacrificio.

—No hay remedio, chiquito por muy sensible que sea es necesario someternos á la investigacion del público: ojalá *que esa cuba fuese de cristal*, para que no fuera sospechosa tu propiedad fenoménica.... Resignate, pues, amigo, y sacrifica tu pudor otra vez mas.

A estas palabras siguieron nuevos y dolorosos gemidos de Leonidas, que sumergiéndose de cabeza en la cuba, desaparecia completamente.

—No haya miedo, señores, dijo la Levrasse con tono de suficiencia al público, que comenzaba á inquietarse; ahora saldrá á la superficie del agua para respirar el aire puro, como hacen las ballenas y demas cetáceos.

Y añadió dirigiéndose á los gendarmes:

—Gendarmes, dejad que se acerquen cuatro personas... pero advierto que retiraré el permiso, si estas respetables personas se empeñan en querer pagar sus diez cuartos.... por el derecho que tengo el honor de ofrecerles gratuitamente.

Era imposible mostrarse mas generoso que la Levrasse.

En el momento en que el hombre-pez reapareció sobre el agua, los cuatro elegidos, echándose encima, iban ya á sondear con ávidos ojos las misteriosas profundidades de la tina, cuando la Levrasse les dijo con ademan solemne:

Acordaos, señores, que he manifestado anteriormente el excesivo pudor del hombre-pez.

—¿Y qué nos importa á nosotros, su pudor? replicó uno de los curiosos.

—No puedo decir mas, respondió la Levrasse con sentencioso tono. Ahora, señores, que ya estais prevenidos.... satisfaced vuestra curiosidad.... pues en ello os empeñais.

—«Cuando se acercaron aquellos cuatro imbéciles curiosos á la cuba (me decia el hombre pescado, refiriéndome esta escena) di á entender con mis movimientos que se alar-

maba mi pudor, meneándome lo mismo que una náyade perseguida por un río: llegaron los curiosos, y aprovechando el momento en que apoyados en el borde de la tina, abrían desmedidamente los ojos para verme mejor... hice un ligero movimiento y.... paff... el agua limpia hasta entonces, se puso de repente negra como la tinta y despidió un olor sulfuroso, tan horriblemente infecto, que sofocados los infelices tuvieron que echarse atrás tapándose las narices, y retrocedieron prontamente mirándose unos á otros, interin decia la Levrasse:

—«El pudor, señores, el pudor! bien os lo habia dicho: ahí están los efectos del pudor ofendido, pues á la manera del *Sepia* que para huir del tiburón tiene la cualidad de despedir un liquido negro que enturbia el agua é impide la persecucion de su enemigo, del mismo modo el hombre-pescado, cuando quiere sustraerse á miradas que hieren vivamente su pudor, tiene la cualidad de rodearse de una nube que....

«No necesitó la Levrasse estenderse mas sobre las propiedades de mi nube, pues el olor de veinte baños de Barege hubiera sido de rosa y de jazmin comparado con los que mi tina exhalaba; pues á mi mismo me estaba sofocando; mas al fin tenia la satisfaccion de ver á toda la turba de espectadores correr precipitadamente hacia la puerta sin querer ver mas, y castigada del mal

pensamiento de examinar mis aletas por medio de sus imbéciles mandatarios. Inútil sería el decirlo, querido Martín, que cuando llegaba el desesperado caso de rodearme con mi nube para huir de una peligrosa curiosidad, agujereaba con un clavo una gran vejiga que siempre llevaba en el fondo del barreño, llena de hollín desleído y de una fuerte dosis de las preparaciones más infectas y sutiles que pueden hacerse con el hidrógeno sulfurado los demás gases pestíferos... La triunfante invención de esta vejiga llena de ponzoñosas nubes fué objeto del apuro en que me encontré una vez con otro curioso de la misma especie: y para salvarme de él no tuve más remedio que dar patadas y puñetazos en el agua con tal fuerza que en cuanto se aproximaba un poco la cegaba y remojaba que era un gusto. Así pude salvarme de aquella vez pero la vejiga es mucho mejor prescindiendo de que en un momento echa todo el mundo fuera y que después de la representación no queda nadie escondido para mirarme por las rendijas de mi cubeta.

A las nueve de la noche nos pusimos á cenar después de apagar los últimos quinqués del establecimiento. Bamboche, que sin duda de propósito evitaba el acercarse á mí, me dijo rápidamente en voz baja.

—Todo vá bien... esta noche nos largamos.

FIN DEL TOMO TERCERO.

